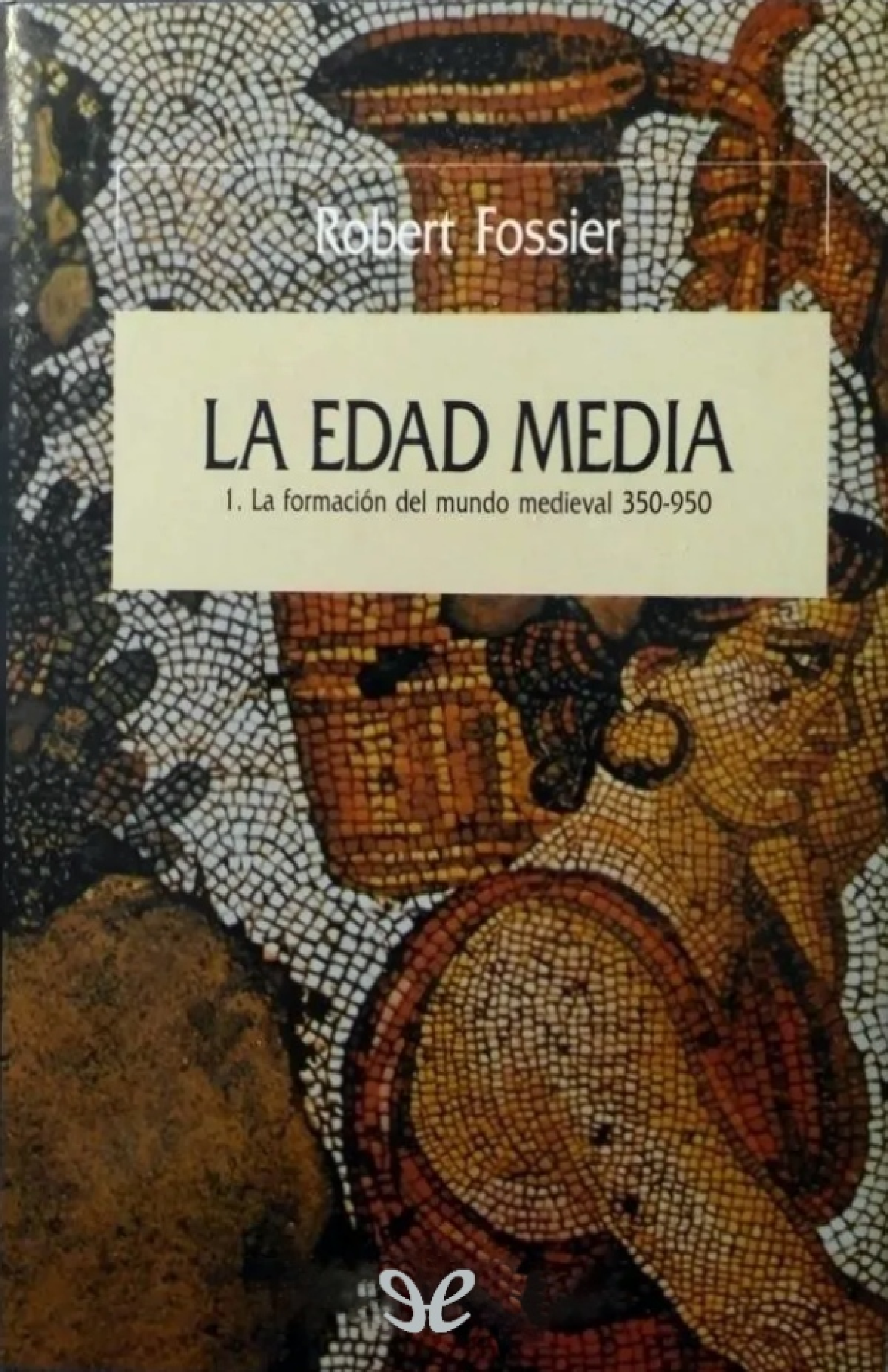

Robert Fossier
LA EDAD MEDIA
1. La formación del mundo medieval 350-950

Este volumen echa por tierra la visión común que hace de la Edad Media una época de oscurantismo, violencia y desorden. En contraposición, se plantea como el período en que el hombre europeo aprendió a dominar su espacio, domesticó la naturaleza y se adueñó del tiempo y de la máquina. Es, ante todo, la época del nacimiento y consolidación de Europa como rectora del mundo.



Robert Fossier

LA EDAD MEDIA: T. I. LA FORMACIÓN DEL MUNDO MEDIEVAL, 350-950

1. LA FORMACIÓN DEL MUNDO MEDIEVAL 350-950

ePub r1.1

Titivillus 08.11.2021

Título original: *LE MOYEN AGE. 1. Les mondes nouveaux*
Robert Fossier, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Índice de contenido

ADVERTENCIA

Esta es una obra colectiva. Como en toda empresa de este tipo, la presencia de una línea rectora es necesaria y la de un conductor del juego, inevitable. Para mantener la primera he solicitado ayuda a historiadores, más jóvenes que yo en su mayoría, pero cuyos trabajos habían tenido cierta resonancia debido a la audacia de su discurso o a la novedad de su estructura; no por afición a la paradoja, que por su misma facilidad podría convertirse en complacencia, sino para huir de las repeticiones y para que un soplo innovador barra algunas ideas rancias. Para conducir el segundo, que en el fondo exige más paciencia que autoridad, he dejado a cada uno la libertad de su propia visión, encargándome solamente del equilibrio del conjunto; así como no pienso imponerles mi concepción de la historia, tampoco suscribo ciegamente sus conclusiones: así, no comparto el juicio optimista concerniente a la agricultura carolingia; pero dejemos a los críticos la ocasión de denunciar la arritmia y el estrabismo en un trabajo de equipo. Por el contrario, porque asumo la responsabilidad global de esta Historia, porque tengo, como cualquier medievalista, una idea definida de la Edad Media, porque, en fin, quiero trazar firmemente esa línea que cada uno de nosotros ha seguido según su propio genio, creo en la necesidad de introducir yo mismo el discurso.

INTRODUCCIÓN

Ante todo, pongámonos de acuerdo sobre el significado de las palabras. Hablar de «Edad Media» china o bizantina solo es admisible o bien como abuso de lenguaje para indicar un sincronismo histórico, o bien como expresión que designa la fase central de un corto período. Según una definición —o, más bien, una ausencia de definición— que tiene ya más de dos siglos, la Edad Media es el período impreciso cuya duración se extiende entre la Antigüedad y su presunto Renacimiento, noción que no puede aplicarse sino a Europa, y más concretamente, a Europa del Oeste en exclusiva: «Occidente medieval» significa, pues, el período de la historia de Occidente comprendido entre los siglos IV y XVI; el enunciado «Edad Media occidental» es una simple tautología. Y si el Islam o Bizancio, África o el mundo eslavo, ocupan un lugar importante en esta obra, ello se debe a que formaron un conjunto de civilizaciones vecinas de Occidente y aisladas unas de otras, que poco a poco fueron llevadas a desempeñar, alrededor de este, una función de satélites, un papel de explotados; se debe también a que, incluso en la primera fase de esta historia de mil años, su acción en la periferia de Occidente es fundamental para explicar la génesis y el crecimiento del mismo.

Hoy en día la expresión está admitida, e incluso, con el transcurso de los siglos, ha adquirido un valor propio en lugar de reducirse al caos lleno de ruido y de furia que era para los humanistas, los hombres del «Siglo de las Luces» y los revolu-

cionarios. Con todo, aún se le asocian dos necedades, absolutamente escandalosas para quien esté familiarizado con aquellos tiempos: la violencia, el desorden, la tosquedad, la incultura son, por esencia, «medievales», como podemos oír o leer de continuo en las declaraciones o los escritos de hombres del siglo XX —y no de los menos responsables—, los cuales, con ello, muestran hallarse poco al corriente, al parecer, tanto de aquella época como de la suya. En cuanto a la confusión que perpetúa el impresionismo de la historia medieval en quien la aborda sin preparación y sin la necesaria perspectiva, es el fruto de un método de enseñanza puntilloso y anticuado, y solo asusta a los adultos —incluyendo, de nuevo, a no pocos hombres prominentes—; abundan los ejemplos de ilustres universitarios dispuestos a tratar, aun improvisadamente, de Blum, Robespierre, Sully o Epaminondas, pero que recogen velas ante Felipe IV el Hermoso. He dicho a los adultos, pues, en efecto, está probado que al niño, por el contrario, le atrae la Edad Media, afición que sigue a las que siente por la prehistoria o por la China según Mao; ¿atracción por el exotismo, por lo «maravilloso»?, ¿o, más bien, sensación natural de hallarse en el mismísimo centro de la vida cotidiana? Y esta curiosidad se transmite a sus padres; como dicen los responsables de los medios de comunicación de masas —llamados *mass media* por quienes creen hablar inglés—, «la Edad Media se vende bien», y cada vez mejor. Para ser más exactos, habría que decir que el aderezo y los condimentos medievales tienen buena salida. Paciencia: un día, tal vez no muy lejano, el hombre contemporáneo comprenderá lo que tan estrechamente le vincula a aquellos siglos y que, aun perdida la memoria del origen, ha hecho suyo. Lo cierto es que las reacciones mentales, intelectuales, o incluso políticas, de nuestra época turbulenta resultarían más familiares y comprensibles para un hombre del siglo X o del siglo XV que para un individuo de cualquier otra época. Pero los viejos ídolos son difíciles de

derrocar, y de Cicerón a Bossuet, o de Pericles a Napoleón, Europa se empecina en buscar sus orígenes allí donde no residen.

Considerémoslo con perspectiva. Mil años largos de historia plantean ciertas dificultades a quien pretende juzgarlos con una sola frase. No obstante, aparecen a lo largo de este período cinco hechos que han durado hasta nuestros días y cada uno de los cuales bastaría para garantizar un lugar de honor en la aventura humana a cualquier cultura:

— en el transcurso de esta larga fase de su historia en el ámbito europeo, el hombre supo adueñarse del espacio, domesticar la naturaleza, sustituir el esfuerzo de los esclavos por el de los animales;

— supo, a continuación, adueñarse del tiempo, no porque aprendiera a medirlo, sino porque atinó a hacer uso racional del mismo;

— se desprendió de los vínculos paralizantes de la tribu o el clan para fundar la pareja;

— dominó la máquina, y

— por último, y en la historia de todos los hombres, creó Europa.

«¡Cómo! —exclamará un buen número de lectores—, ¡otra vez Europa! ¡Es una verdadera idea fija!». Pues sí, esta es mi opinión, y ya es hora de sacudirnos los pseudocomplejos con los que nos abruman hoy en día: el principal hecho ocurrido en la historia del planeta entre los años 500 y 1500 es la aparición de la primacía de Europa. Ni China, ni la India, ni el Islam, ni África, ni América pueden aspirar a decir lo mismo, y no hace al caso saber si más tarde esta primacía fue bien o mal utilizada. Pero afirmo sin reservas un rasgo que no se suele poner suficientemente de relieve: de todas las regiones habitables del mundo, Extremo Occidente es, con mucho, la peor dotada por la naturaleza; no posee grandes yacimientos de metales ni pe-

tróleo —demasiado bien lo sabemos—, sus suelos no cuentan entre los más fértiles, el clima es inseguro, la vegetación irregular, los ríos mediocres, y adolece además de una extrema división en compartimientos. ¿Quién ignora que Asia, África o América rebosan de posibilidades muy superiores, aunque en algunos casos todavía desaprovechadas? Hacer que este «diminuto cabo de Asia», este mediocre pedazo del mundo diera de sí hasta imponerse a regiones remotas, a culturas más viejas e ilustres que la suya, no debió de ser fácil para nuestros antepasados ni pudo lograrse con rapidez, y no resulta sencillo discernir qué fue lo que les ayudó durante tanto tiempo. ¿La providencia divina? Poco creemos ya en ella. ¿El genio de las razas? A fuerza de machacarnos con esta idea, solo se ha conseguido demostrarnos lo contrario. ¿El suelo y el clima? Acabo de afirmar sus deficiencias. No dispongo de solución alguna para este problema, y tampoco la busco. Me limito a declarar que el nacimiento de una Europa conquistadora del mundo constituye un gran episodio de la historia humana, que este es meritorio, que no me sonroja, y que se llama «la Edad Media».

Durante generaciones y generaciones, se ha hecho creer a los europeos que serían «mejores personas», «mejores ciudadanos» o «mejores demócratas» —según las modas de cada época— estudiando la segunda guerra púnica o las jornadas de Octubre (que cada cual escoja la fecha: ninguna importancia tiene para la verdad de estas palabras), y con ello se les ha ocultado permanentemente el hecho esencial de que deben a la Edad Media la casi totalidad de sus estructuras mentales o cotidianas. Tal es el precio de una modestia sumamente rara en la historia de la humanidad: la ciudad antigua, el Estado absolutista, los «grandes hombres», las «grandes naciones», han sabido orquestar a la perfección su propia publicidad con vistas al porvenir, y nuestro siglo bate todos los récords de autosatisfacción estruendosa y propaganda falaz, acompañadas de vez en cuan-

do, eso sí, de fulminantes accesos de culpabilización. Opongámosles dos de las imágenes a las que con mayor frecuencia recurría el moralista de la Edad Media central: «Somos enanos erguidos sobre hombros de gigantes; así, vemos más que ellos y más lejos, no porque nuestra vista sea más aguda y nuestra estatura superior, sino porque ellos nos llevan y nos alzan por encima de su estatura gigantesca»; la segunda es la imagen de la «rueda de la fortuna», cuyo movimiento regular y constante lleva a los hombres de la ruindad a la gloria, y de la pujanza a la abyección. Visiones conservadoras y paralizantes, dice Jacques le Goff; lo son, ciertamente, y conformes asimismo a la humildad resignada que se espera de un creyente, porque la iniciativa es una audacia; confina con la desmesura, y no hay que tentar a Dios. Aun así, un poco de modestia nunca sienta mal a una cultura.

El descrédito de la época medieval en los siglos posteriores no ha afectado, bien es verdad, al legado monumental y a ciertos rasgos anecdóticos de la vida social, la caballería, el *román courtois*, la cruzada, los cuales bastaron para alimentar, en el siglo XIX, el romanticismo «medieval». Hoy en día, para demasiados hombres la visión sigue siendo la misma: la Edad Media es un cementerio. No se aperciben de que el camino que toman en el campo, el nombre que leen en un mojón, el brusco recodo de una calle en su barrio, el bosque por el que pasan distraídamente y el trigo que ven madurar constituyen un legado bastante más duradero; o de que al consultar su reloj, al coger el tenedor, al ponerse su abrigo, al endosar un cheque o al utilizar un pañuelo no son más que herederos. ¿Nimiedades? ¿Son también nimiedades el sentido del pecado, el amor conyugal, la polifonía y el profesorado en las ciudades? Se trata de una mentalidad característica de Europa: ni en el Islam —por supuesto—, ni en la India, ni siquiera en la China contemporánea, se le ocurre a nadie liquidar la herencia del pasado, tal vez porque no se

ha producido en tales civilizaciones ese fenómeno artificial y pasajero de «rechazo» que nosotros llamamos «la Edad Moderna», verdadero foso o «depresión» de tres siglos.

Sin embargo, para el historiador de profesión a quien, evidentemente, irritan la ignorancia y el desprecio de sus contemporáneos por lo que él juzga primordial, el lenitivo no está lejos. Pocos períodos se han beneficiado tanto como este de los progresos de la investigación histórica. Así pues, el hecho de pasar revista a las armas que se van a emplear no constituye aquí un acto ritual de ejecución obligatoria antes de dar comienzo a una exposición que pretende estar bien informada, sino una necesidad dictada por la rapidez con que aumenta la panoplia y por el poco conocimiento que de esta circunstancia tiene el público en general.

Durante mucho tiempo, todo cuanto sabíamos sobre estos diez o doce siglos se basó únicamente en la documentación escrita; comparado con el de la Antigüedad, este acervo representaba un gran tesoro. No se ignoraban sus puntos débiles: una literatura de clase escrita por y para una ínfima élite; un conjunto de reglas minucioso y formalista, y probablemente más teórico que real; documentos de la vida práctica que solo hacen referencia al mundo de los privilegios y de la fortuna, y que la Iglesia, desprovista de otras armas, era prácticamente la única en conservar, obligándonos así a ver esta sociedad con ojos de eclesiástico o, en el mejor de los casos, de fabricante de paños y de prestamista; las desigualdades de repartición geográfica; el silencio casi absoluto de los cinco primeros siglos, seguido del parpadeo de unos pocos y breves destellos en una persistente penumbra. No obstante, de este modo hubo que trabajar durante un siglo, el del gran resurgimiento de los estudios medievales, que abarca desde 1850 hasta después del último (por el momento) de los conflictos mundiales: erudición paleográfica para establecer los textos durante las tres cuartas partes de este

lapso de tiempo, predominio de la interpretación universitaria a partir de 1930. Según su genio propio —o según los impulsos profundos venidos de su inconsciente «nacional»—, Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra, Italia, aportaron sus contribuciones respectivas, y el orden no es fortuito. Gracias a que nuestros predecesores acumularon todos estos materiales, podemos hacer alarde de prescindir de los mismos, nosotros pretenciosos «enanos» encaramados a los hombros de estos «gigantes».

Ahora bien, desde hace treinta años… —pero no, mucho menos, apenas quince—, una serie de potentes focos barren las zonas todavía oscuras o hacen brillar en convergencias luminosas los pequeños «hechos» etiquetados por nuestros mayores. Prácticamente, digámoslo de entrada, el medievalista no ha innovado en ningún campo: se limita a tomar prestado, imitar, adaptar una técnica que ya ha dado frutos en otro contexto; ¿y por qué habría de sonrojarse? Tomemos los ejemplos de los números y de las palabras: los primeros, escasos, discutibles, simbólicos, discontinuos, dificultaban la dinámica de la historia medieval; las segundas, demasiado a menudo con el ropaje del latín, podían no ser sino pedanterías, aproximaciones, *topoi* copiados y vueltos a copiar de un autor a otro; y desde su situación, el medievalista contemplaba admirativamente la filología, que operaba con el latín clásico, y la estadística, que lo hacía con las modernas series de datos. Más tarde cayó en la cuenta de que era preciso cuantificar y descifrar, costara lo que costase, si quería llegar a los cimientos de la civilización de aquella época: el número de hombres, el volumen de la producción, los mecanismos mentales, el papel de lo imaginado y el de lo vivido. Renunciar a hacerlo significaba condenarse a la mera «impresión», a exquisitas vaguedades; el Arte, ciertamente, no es ajeno a la Historia, pero con tal actitud, la Historia no habría sido más que Arte. Poco importa el papel que en este proceso desempeñaron las motivaciones materialistas o el entusiasmo por

la sociología; el resultado está ahí: la era preestadística también tiene sus leyes, y el vocabulario medieval su técnica lingüística. En este mundo donde el Número, lenguaje del infinito, es la forma de la expresión divina, y donde la Palabra, el Verbo, es la esencia del poder, ¿cómo dejar de lado estos dos pilares sin condenarse a una más que insuficiente visión del mismo? Avanzamos, empezamos a contar, hacemos la autopsia de los términos; el tratamiento informático de los datos hace su entrada en las clasificaciones, los análisis de contenido, las concordancias numéricas, las convergencias semánticas: la imagen del medievalista frente al ordenador ya solo hace sonreír a los mentecatos.

Aislada, la palabra puede revelar la cultura, el inconsciente o los fines del escribano, y constituye un indicio de la mentalidad individual; agrupadas, las palabras evocan más que una noción, dan paso a la antropología histórica y ponen al descubierto el trasfondo de la mentalidad colectiva, el rito, el tabú, la usanza, el fantasma, que son, desde luego, elementos básicos de la psicología social, pero que fundamentan asimismo relaciones concretas entre los hombres: obediencia o rechazo. Es cierto que las comunidades humanas de los altiplanos de México o del Perú, las de la cordillera anamita o del África central de nuestros días, se hallan en condiciones geográficas e históricas que no son directamente comparables a las que pudo conocer el mundo occidental antes de 1300. No obstante, muchos rasgos de estructura familiar o espiritual y de nivel técnico parecen similares o, si se prefiere, simétricos a los de la Europa medieval. Lo que los textos no dicen, ni siquiera radiografiándolos, el antropólogo puede sugerirlo. Sin duda resulta presuntuoso creer en la existencia de una «Nueva Historia» cuando hace tanto tiempo que empezaron a elaborar sus obras Georges Dumézil o Claude Lévi-Strauss, pero sí podemos afirmar que estamos en presencia de un nuevo enfoque de la misma historia.

Otro factor, más decisivo y también más concreto: desde hace veinte años la arqueología ha iniciado sus excavaciones medievales. La búsqueda del objeto, hasta tiempos recientes, solo parecía oportuna para culturas y épocas que no conocían la escritura, como la prehistoria, o para las que nos habían legado escasos documentos escritos, como la Antigüedad. Más allá de las basílicas cristianas de los primeros siglos, se hacía historia del arte, que en ocasiones implicaba la necesidad de excavar en una cripta o de despejar una muralla de las construcciones posteriores que la ocultaban. ¿Quién habría soñado entonces con remover un campo, arrancar los arbustos crecidos en un edificio en ruinas, sondar una cloaca urbana o revolver completamente un cementerio? Y no faltan, aun hoy, doctas sociedades y hombres eminentes para quienes la arqueología medieval es el estudio de las campañas de construcción de Notre-Dame de París. Por otra parte, las técnicas de excavación practicadas en los emplazamientos de la Antigüedad —generalmente aislados — parecían inadecuadas para las ciudades y pueblos en los que nuestras pisadas se sobreponen a las de los hombres medievales. El método utilizado para la excavación pre o protohistórica, que no busca ni termas ni templos sino fragmentos de vasijas o la huella dejada en el suelo —al que ha dado una coloración más oscura— por una estaca descompuesta, parecía adaptarse mejor a la exigente estratigrafía que reclama un emplazamiento arqueológico medieval, ya que se puede admitir un error de cien años en la datación en Mari o en Sagunto, pero no en una aldea abandonada durante la Edad Media. Ahora bien, la larga averiguación previa, las dificultades encontradas sobre el terreno y la probable insignificancia de los resultados desalentaban por anticipado al investigador, cuyo objetivo se cifraba en el «hallazgo», el objeto precioso, el tesoro, el esqueleto imprevisto. Fue el avión quien vino a socorrer al medievalista, y ya antes de la segunda guerra mundial, en Inglaterra, re-

velaba a Crawford y otros tal abundancia de vestigios de cultivos o de aldeas fosilizadas bajo un sudario de hierba desde el siglo XV que la investigación se puso en marcha; al arrasar las ciudades, la guerra despertó curiosidad por los centros urbanos; al acabar con la reverencia debida a los príncipes y a los prelados, los regímenes socialistas, con Polonia en cabeza, se lanzaron tras la pista de la «cultura material», de los aperos y herramientas, de la casa. Alemania y los Países Bajos siguieron el movimiento, y también Inglaterra y los países escandinavos; más tarde, Francia hizo lo propio, con su habitual desconfianza, aún hoy no superada del todo; la última adhesión fue la de Italia, cansada de repartir su atención entre la ruina antigua y el palacio renacentista. Los resultados obtenidos son prodigiosos, y se refieren precisamente a momentos o ámbitos sobre los cuales no había textos: períodos remotos, mundo de los humildes, técnicas y enseres de la vida cotidiana. Por si fuera poco, métodos e investigadores de diversas procedencias se entremezclan, con un espíritu de emulación que raramente se observa en otros campos; aquí no existe ninguna Délos reservada: en Toscana excavan ingleses, franceses en Sicilia, polacos en Francia, alemanes en Bélgica. Los prosélitos se multiplican, y no sería difícil señalar a quienes, tras su desdén inicial, se hacen ahora los ruidosos heraldos de lo que hasta hace bien poco les movía a burla. El trabajo realizado es tan espectacular que los medios de comunicación, al acecho de todo cuanto relumbra, reflejan su imagen y la hacen llegar hasta las masas cautivadas. Los puristas hacen mal en lamentarse: en un tiempo en que los potentes solo pagan en función de la rentabilidad, los caminos trillados conservan toda su validez para quien se hallaba perdido y sin dinero.

Hay más. Este mundo medieval europeo y los que lo rodean son, todavía, más tributarios de las fuerzas naturales que del espíritu; el cristianismo y el islamismo no han saciado el apetito

de la mayoría de los hombres. ¿Cómo apreciarlo? ¿Cómo seguir la conquista del espacio sin instrumentos científicos de medida? Es preciso, para ello, echar mano de la arqueología: el estudio de los catastros y del mapa sustenta, evidentemente, desde hace tiempo, la investigación sobre las etapas de la ocupación humana; pero el milenio medieval disfrutó, como todas las restantes fases del trabajo de la tierra, de cierto equilibrio entre las necesidades y el medio ambiente, de un «ecosistema» cuyos elementos naturales pudieron desplazarse debido a la acción del hombre o pese a ella. Y es fundamental hacerse una idea de tales desplazamientos: si el estudio de los suelos fósiles o agotados o el de las capas acuíferas subterráneas realiza pocos progresos, se ha puesto a punto en Inglaterra y en Alemania un método de examen de las formas degradadas de la vegetación, linderos de los bosques, setos, monte bajo; y, sobre todo, la palinología, que durante mucho tiempo floreció de modo especial en Bélgica y Alemania, permite calcular las variaciones, a lo largo de vastos períodos, de los pólenes arbóreos o herbáceos, es decir, de la cobertura vegetal cercana a los lugares sondeados, que hoy en día se han multiplicado por todo el norte y noroeste de Europa, donde las formaciones turbosas —las más propicias— se encuentran en abundancia; en cambio, la escasez de este tipo de análisis en la parte sur del continente nos priva de observaciones capitales referentes a la vertiente mediterránea. Esta exigüidad documental se palia parcialmente con lo que es posible saber acerca de las oscilaciones climáticas generales examinando el crecimiento de las especies arbóreas más longevas —en especial las coníferas—, pero que muy raramente alcanzan los mil años de vida, o bien mediante el estudio de los avances y retrocesos de las aguas, glaciares alpinos u océanos. De entrada, caben vacilaciones ante la idea de fundar un juicio en fenómenos de este tipo, lentos, desiguales, refrendados por testigos incuestionables pero dispersos. Por esta razón, convie-

ne formular apreciaciones exclusivamente relativas a largos períodos: si se observa esta condición, los mencionados fenómenos adquieren un valor capital. He dicho más arriba que no se podía señalar con certidumbre una causa que explicara el impulso de Europa a partir de 900 o 1000; no han faltado historiadores —a los que no tendría inconveniente en sumarme— para quienes dicha causa radica en tres siglos de óptimas condiciones climáticas que beneficiaron los suelos limosos, a los vegetales nutricios y a las especies animales, en cuanto a sus aptitudes para producir y reproducirse.

¿Se cierra aquí el inventario? En absoluto, ya que no transcurre una sola década sin que el medievalista al acecho se apodere de un arma creada para otros fines; citemos, para concluir, una de las últimas: el esqueleto humano proporciona al historiador un cúmulo de datos sobre el difunto, su sexo, su edad en el momento de la defunción, su constitución y la causa probable de su muerte, y hasta su alimentación; mientras vivió, este hombre reaccionó de determinada manera frente a los ataques microbianos según cuál fuera su grupo sanguíneo, y puede que este motivara un comportamiento social particular; en efecto, si escuchamos a los biólogos de nuestra época, este elemento serológico resulta más adecuado que ningún otro —estatura, pilosidad, facies, pigmentación— para diferenciar «razas» entre los hombres; el polaco Hirtzfeld estima que la naturaleza del grupo sanguíneo debe de afectar al contenido en flúor de los huesos. Y si, por descontado, el medievalista no dispone de sangre proveniente de los siglos que estudia, osamentas en cambio no le faltan; ¡qué nuevo campo de investigación se abriría sobre las capas de población y sus osmosis o sobre el comportamiento de los hombres! Aún se trata solo de una simple hipótesis, pero basta para mostrar que la historia de la Edad Media no es un juego cuyas cartas están distribuidas en su totalidad y en el que

unos cuantos iniciados entablan una y otra vez la misma partida.

Tras estas consideraciones iniciales, llegamos al umbral de nuestra materia. Pero ¿cómo guiar al lector a través de mil años, aunque sean de lenta evolución, e indicarle sus grandes directrices, sus «líneas maestras» como dice Léopold Génicot? He tomado el partido, tan discutible como cualquier otro, de pasar revista únicamente a Europa occidental, y más concretamente a la fase central de su historia medieval, los siglos XI y XII; porque al término de la ruta será principalmente Europa la que se encontrará colocada en el centro de la escena; y porque durante estos dos siglos de adolescencia presenta un semblante en el que aún no han podido dejar su huella los fracasos y los vicios.

Una masa humana...

Lo primero que se ve son los hombres. Hoy en día, tras Marc Bloch y Lucien Febvre, no hay un solo historiador, por lo menos en Francia, que se atreva a declarar que no los toma como principal centro de interés; pero no me refiero a esto, sino a que, cuando poso mi mirada en la Europa de la Edad Media, no encuentro estados, circunscripciones herméticas, organismos públicos, oficinas o tribunales, acuartelamientos o aduanas que fijen mi atención; solo percibo un hormigueo de hombres en cuyo seno, si me esforzara, distinguiría un rey, un obispo, un señor, un monje. Esta pulverización, este retorno al átomo, recibe los nombres de «anarquía» o «descomposición del tejido social» de parte de nuestros obsesos del absolutismo estatal y de la centralización parisiense, que no ven ni conciben que el horizonte de esta época es la aldea, y la célula de base el «fuego». Los oropeles romanos, provisionalmente remendados por los carolingios, ya se han ido a pique. Frente a la naturaleza, a la

que hostiga sin cesar para dominarla, ¿de qué le servirían al hombre de 1100 una diócesis, una nación y un catastro? De momento, le basta con una parroquia, un castillo y mojones que señalen las líneas divisorias entre los campos.

Y sin embargo, esta masa, supuestamente disgregada, presenta una extraña coherencia; aísla fuera de sí a todos cuantos no se identifican con ella, los confina en la soledad o el desprecio: judío, errante, extranjero, juglar, todos se equivalen; y el mundo de los excluidos se incrementa con todos los desechos de la sociedad, locos, leprosos, mendigos, ladrones, proscritos. Esta «contramasa», que vive en los bosques, en el monte o junto a los fosos, es la parte abandonada al Mal. Quien está solo está muerto desde un punto de vista social. Porque entre todos los granos de arena que forman la sociedad existen vínculos potentes: una misma sangre, el respeto de los mismos tabúes, la adhesión a las mismas leyes, la transmisión de un mismo patrimonio mental; quien se desvía o es expulsado deja de contar. En todas las sociedades, nada fortalece tanto el conservadurismo como el principio de expulsión, aun cuando no lo acompañe el odio. Naturalmente, el mundo medieval deja sitio para las excepciones y los estados de transición: un pobre puede ser el enviado de Cristo, en el viajero de paso puede ocultarse un narrador fascinante, y la prostituta pertenece al mundo de la estabilidad social. Pero la regla no varía: un individuo solo existe por sus padres, sus amigos o sus vecinos. Señor, gañán o maestro pañero, poco importa, porque no se trata aquí del nivel social; en cada uno de los distintos planos se teje una red de vínculos horizontales, más importantes que todos los demás. Aplicando este criterio, más bien es hoy cuando reina la anarquía; en efecto, no resulta paradójico afirmar que pocas sociedades han sujetado a los hombres tan estrechamente como la de la «anarquía feudal».

La pertenencia a un grupo, una familia, un oficio, un barrio, una devoción forma, pues, la trama del tejido social; por descontado, se pueden descubrir niveles en los que el comportamiento es modificado por los medios de existencia, el ámbito cotidiano; pero en el bordado que adorna el atuendo del noble o en la carne que come el patrón del obrador hay más simbolismo que valor económico; lo mismo ocurre, en el plano militar, con la torre que revela la mansión aristocrática. A fuerza de revisar los documentos escritos, los juristas han logrado hacernos creer también en la importancia de las desigualdades jurídicas: ¿quién no relaciona la noción de servidumbre con la época medieval? Y sin embargo, estas restricciones que traban a un puñado de hombres —porque actualmente tenemos la certeza de que no se trataba sino de una minoría— ¿tienen una incidencia sensible en las relaciones humanas? ¿Acaso el siervo queda excluido del grupo porque su testimonio no tenga valor ante la justicia o porque no se le permita formar parte del ejército? La respuesta es no, y no se ve, en el seno de esta masa, por dónde pasa la línea que separa al individuo totalmente libre y al de más bajo estatuto. La cuestión constituye incluso un excelente campo de batalla para especialistas: ¿en qué momento un hombre cae en situación de «dependencia»? ¿En qué momento traspasa el umbral de la desposesión de sí? «Inmediatamente —asevera la historiografía marxista—. Llámesele o no "siervo", el hombre de esta época tiene un amo; como mucho, dispone de la libertad de escogerlo». Yo, por el contrario, pienso que muy tarde, ya que, si se considera la cuestión desde esta perspectiva, el rey sería el único individuo libre en los tiempos medievales, y no habría prácticamente ninguno en nuestro siglo XX; lo cierto es que en un cementerio o una aldea en ruinas nadie puede descubrir el menor signo de falta de libertad, y yo me inclinaría a situar la invisible barrera en la mentalidad colectiva, cuando la humillación, pública o secreta, hiere al hombre disminuido:

la chica que le desdeña, el amo que le azota, el agente señorial que azuza a sus perros contra él.

Esta cuestión de palabras no es en absoluto vana: se refiere a un aspecto esencial del mundo medieval de Occidente; el trabajador —y todos trabajan, cada cual según su estado, si no de otro modo, rezando— produce para sí mismo, y lo que produce, él lo consume; no es ni un objeto cuya fuerza es aprovechada y explotada a la manera de la Antigüedad, ni una máquina a la que se paga el esfuerzo que realiza para otro. Marx supo ver en este rasgo la principal originalidad del modo de producción medieval, distinto del esclavismo y del asalariado, por cuanto el suplemento exigido por el amo tiene una contrapartida que no era ni mucho menos trivial para los trabajadores de la época. Si el «señor» se queda con una parte del trabajo de los hombres es para, a cambio, protegerlos y juzgarlos; nosotros, por la misma razón, pagamos impuestos, parte del fruto de nuestros esfuerzos: ¿podemos considerarnos más o menos alienados que ellos?

...en movimiento perpetuo

Este mar de arena que acabo de sondear brevemente aparece, cuando se le observa con mayor detención, agitado en su seno por un «vaivén» constante, un «movimiento browniano», en expresión de Marc Bloch. Y ante todo en el sentido concreto, etimológico, físicamente cinético de la palabra: vemos hombres que no saben estarse quietos en un sitio, un mundo de campesinos que en nada responde a la idea falsa pero tenaz del inmovilismo rural. Para nuestros padres, gente hogareña y «asentada», resultaba difícil de concebir, y aun de creer; no así para nosotros, en esta segunda mitad del siglo XX en que la juventud —y a veces, no solo la juventud— conoce mejor Marruecos que la Ardéche, y Nueva York que Senlis. Poco importan las razones que se puedan atribuir a este fenómeno: ¿insa-

tisfacción?, ¿búsqueda de lo Otro?, ¿curiosidad?, ¿necesidades? Se trata, en todo caso, de una peculiaridad que nos hace accesibles a los hombres del siglo XI. Por otra parte, los ejemplos citados no bastan: el peregrino renano que se desplaza a pie hasta Santiago de Compostela, el prelado italiano que, en cortas etapas, acude a tomar posesión de su silla episcopal de York, el caballero de Borgoña que combate en Portugal o el mercader y su tiro de mulas que ponen en comunicación Milán y Troyes recorren largas distancias, pero raramente se establecen de un modo duradero en su punto de destino. No por nostalgia de la tierra natal, porque estas partidas, acompañadas de espléndidas limosnas o de ventas necesarias para cubrir los gastos del viaje, semejan un exilio: quien se va se separa de sus bienes y de su familia como si fuera para siempre. Pero donde más sorprende esta agitación es en el microcosmos del «país»; se distingue con menos nitidez, pero no cabe dudar de su intensidad, de la abundancia de desplazamientos de pueblo en pueblo, por un matrimonio, por un trabajo. Los apodos que han dado lugar a los actuales «nombres propios» no se generalizarán en el campo —y esto tal vez sea aún más cierto para la ciudad— hasta que ya no sea necesario particularizar a los hombres mediante el topónimo de su lugar de origen, es decir, hacia 1200 o poco antes; entonces van a ser los nobles quienes renuncien al remoquete y adopten el nombre de su feudo o de su alodio. Al moverse así de la meseta al valle y del valle a la ciudad, esta población se ve obligada a efectuar un «período de prueba», a pasar por una situación de «extranjería», con todos los riesgos que comporta, antes de ser admitida como residente, como «vecina», por el grupo que la acoge, y no le dispensa de ello el provenir de un lugar situado a solo una legua. Y aún me sitúo entre 1000 y 1200; si retrocediera en el tiempo, vería sin duda alguna imágenes más sorprendentes: el conjunto de este grupo moviéndose, durante la alta Edad Media, de un lado a otro de un

espacio rural todavía poco dominado, en busca de una tierra nutricia; la inexistencia —en mi opinión— de la aldea «clásica», con su cementerio y sus casas dispuestas alrededor de la iglesia, antes de 900; en su lugar, una estructura incierta, dispersa, un hábitat con unos cuantos siglos de duración que se desplaza por los terrenos cultivables, en torno a una ruina antigua, un lugar fortificado o una necrópolis, únicos puntos fijos donde echar el ancla. Nos encontramos aún muy lejos de la estabilidad aldeana. ¿Quién no ve los efectos de esta situación en el reparto de las parcelas, en lo errabundo de los itinerarios, en la cohesión de los hombres por cuyas venas circula una misma sangre?

Este movimiento interno es más profundo. He mencionado más arriba el conservadurismo básico de esta sociedad; más adelante, evocaré el espejo ideal en el que se miran los intelectuales. Pero a falta de transformaciones revolucionarias que logren imponerse derribando el artificial edificio levantado por los doctos o venciendo la temerosa aversión de los demás, los sobresaltos y sacudidas que agitan a la masa muestran que la osmosis existe. Se habla, con excesiva ligereza, de la rigidez del cuerpo medieval, sin pensar que un guerrero puede no descuidar la cuestión económica, o que un obispo puede combatir, un campesino montar a caballo, un mercader casarse con una joven de la nobleza. No es una sociedad de castas al estilo hindú; hoy, casi todo el mundo ha llegado a convencerse de la constante renovación de la nobleza por abajo y del papel omnipresente de la Iglesia, y esta «burguesía ascendente» que desde Pericles escala uno a uno los interminables peldaños de la escalera del poder progresa varios tramos en la Edad Media. Solo hay un campo —pero de importancia capital— en el que este derribo de las barreras interiores no parece muy contundente: en la forma del trabajo; tal vez porque, justamente, cualquier persona puede emprender cualquier actividad. Los economistas actuales deploran esta ausencia de división o de especialización

en la producción, que para ellos constituye el signo de la falta de progreso, del desdén por el provecho, del inmovilismo técnico; la señalan como causa principal, a partir de 1300, de un estancamiento de larga duración, de una esclerosis que afecta tanto a la agricultura como a la enseñanza universitaria; y dirigen una emotiva mirada al sector lanero, quizás el único que franqueó el umbral sagrado de la «industria». Fuera de él, un eremita fabrica cestos, un carretero cava en el campo y un minero forja una espada.

Se han indagado las causas profundas de esta mezcla de estancamiento y de abertura, de compacidad y de osmosis. Hay quien ha creído encontrarlas en el ámbito de lo mental, en la falta de aprehensión científica del tiempo y del espacio. Sin embargo, la cartografía y el reloj son logros medievales, y, a un nivel más modesto, también la agrimensura y la campana que marca la cadencia de las horas canónicas. Por tal motivo, no me satisface esta explicación técnica. Más bien me atrevería a sugerir que la verdadera causa hay que buscarla, como harían los etnólogos de nuestros días, en las fuerzas que gravitan sobre el conjunto, favoreciendo las mezclas pero frenando los progresos: el peso de lo sagrado y el espesor del miedo, dos aspectos también fundamentales de toda sociedad «subdesarrollada».

Lo ininteligible domina

No basta, y ni siquiera es correcto, despachar el primero de los citados problemas alegando el cristianismo o el islamismo. Es cierto, no obstante, que en estas dos áreas culturales —y, sobre todo, en la primera— el peso de los ministros de la divinidad o la confusión de los poderes teológico y material dio un barniz religioso a todas las formas de la vida social. Tal vez en ninguna otra época ni lugar, salvo en el Japón del siglo XVII, el «clero» ha sido tan abundante y proteico como entonces: los

monjes y los anacoretas están a la cabeza de un artesanado fuera de los circuitos habituales, los obispos gobiernan y legislan, los nobles hacen la guerra santa y el artesano amolda su jornada de trabajo a los horarios de la parroquia; el Islam revelaría, *mutatis mutandis*, un rostro similar. Pienso que este cuadro ofrece una buena copia de la realidad. La verdad es que las dos religiones triunfantes supieron captar las necesidades y aspiraciones de los pueblos en el terreno de lo sagrado: lo único que hicieron fue ocupar el lugar de dichas necesidades y aspiraciones. Y con esta aserción no me propongo, ni mis conocimientos me lo permitirían, resolver el interrogante planteado en tiempos reciente, por Jean Delumeau: «¿Puede decirse que la Edad Media fue verdaderamente cristiana?». Por descontado, un conocimiento, incluso rudimentario, de la documentación medieval parece indicar que sí: invocaciones piadosas, motivos religiosos, principios morales acompañan la venta de una simple parcela de viña, y una cruz acuñada en el reverso de las monedas las pone a salvo del Diablo. Pero esta Ley de Dios que parece regir por encima de la de los hombres, o más bien englobarla, configura un mero teísmo: los preceptos que aplican estos actos en sus manifestaciones exteriores se presentan con un hábito cristiano, pero son tan hindúes, chinos o platónicos como cristianos. Conciernen, sencillamente, a la moral social, cuyo fundamento es la noción del Bien, identificado con el interés de la comunidad y con la costumbre.

Imposible ofrecer una prueba más terminante de ello que la que nos proporciona la concepción de la sociedad cristiana ideal tal como la formularon, entre 1025 y mediados del siglo XII, toda una serie de moralistas entre los cuales no solo se cuentan hombres de Iglesia. No hace mucho, Georges Duby ha dedicado un libro difícil pero capital a este trasfondo mental en que se apoya la ideología dominante, a esta imagen de sí misma que quiere crearse; «lo imaginario del feudalismo» se basa en la

célebre partición de la sociedad en tres funciones, en tres «órdenes» complementarios pero estancos: la oración, la guerra y el trabajo, *oratores, bellatores, laboratores*. Ahora bien, se trata de la tripartición europea estudiada por Georges Dumézil en diversas áreas culturales: lo sagrado, la fuerza y la reproducción, tres vías que informan toda la mitología antigua, por no decir también la contemporánea, tres mitos que explican la ordenación del mundo. Nada tiene que ver, pues, esta concepción con el cristianismo. Y tampoco hay en ella nada que podamos considerar típico de la Edad Media, porque este esquema, puramente intelectual, es desmentido por la realidad cotidiana a la que me he referido más arriba; el hecho de que se esgrima con frecuencia se debe precisamente a las constantes vulneraciones de que es objeto, y la obstinación en afirmarlo obedece a la necesidad de mantener en orden una sociedad que no se reconoce en él. Un esquema, en definitiva, conservador y religioso al mismo tiempo, que integra lo sagrado en los estratos sociales, pero que resulta insuficiente para impedirles evolucionar, y cuya comprensión solo está al alcance de un puñado de letrados.

Por tal motivo creo indispensable, a mi vez, incitar a la colaboración de etnólogos e historiadores. Porque para el hombre medieval, este ámbito de lo sagrado, que la Iglesia usurpó orientándolo hacia una divinidad única y antropomórfica, sigue siendo perceptible, con toda probabilidad, a través de otros canales. En vano se intenta obstruirlos o captarlos: el mundo de los muertos, las fuerzas naturales, los interdictos milenarios escapan al control del clero y atribulan incluso el espíritu de santos eremitas cuando el Maligno los emplea para tentarlos. No se trata de «superstición» o de «magia», como se dirá tras la operación coercitiva de la Contrarreforma, sino de un contacto íntimo y espontáneo con lo invisible y lo incomprensible, con todo lo que está más allá de los sentidos y del sentido común, fuerzas a las que no se sabe si hay que combatir o acatar: los ca-

prichos del cielo, la vida secreta de la naturaleza, las virtudes de las piedras, el regreso de las almas atormentadas, la reencarnación, el milagro, que va desde la lámpara que no se rompe al caer hasta el impacto nervioso que hace ponerse en pie al paralítico tocado por una reliquia. La Iglesia medieval, celosa guardiana de la Ley inmutable pero pastora comprensiva de un rebaño medroso, retrocede, esquiva, adopta, rectifica; cuando, hacia 1300, se crea lo bastante fuerte para romper, se quebrará a sí misma. Por otro lado, esta pujanza de lo sobrenatural le sirve para dar más fuerza a sus enseñanzas. El ejemplo de los tabúes sexuales es uno de los mejores entre todos los que se pueden dar; puede que la Iglesia tuviera un interés material en proscribir como incestuosos los matrimonios entre parientes hasta el séptimo grado (sin lugar a dudas, equivalía a poner en una situación difícil a la aristocracia guerrera, en extremo consanguínea), pero para ello se apoyaba en la robustez, desde hacía milenios, del tabú del incesto extendido hasta el primazgo. El hecho de que, en el siglo XIII, moderara la prohibición hasta situarla en este nivel significa, a los ojos de muchos historiadores, que ya no tenía motivos para temer a la nobleza; yo creo, más bien, que la Iglesia no pudo, con su interdicto, triunfar sobre lo que ya existía, consolidado desde muy antiguo y más fuerte que ella.

Sería abusivo limitar a lo ya dicho el peso de lo sagrado en la sociedad medieval. Su imperio es más vasto: afecta al símbolo de los números y de las figuras, lo cual desespera a nuestros contemporáneos, persuadidos de que las matemáticas son una ciencia exacta. La medida es algo que atañe al príncipe y a quienes tienen el poder en sus manos: poco importa entonces que equivalga o no a la de la aldea vecina; es la medida del señor, y no hace falta más. Pero, dado que desempeñan un papel cotidiano e inmediato en la vida de los hombres, es preciso señalar específicamente dos de los terrenos en que reina lo sagrado. La

escritura en primer lugar; y no solo los libros santos y su glosa, asunto de letrados y pensadores, sino todo lo que queda fijado en pergamino o en piedra y, por este mero hecho, parece participar de lo eterno y lo divino. Hace ya mucho tiempo que se ha observado que la reverencia por la escritura se acentúa a medida que aumenta su rareza: el mismo Petrarca se recogía ante un Homero a quien no podía leer; ¿cuál no sería la reacción de los campesinos ante quienes un frailecillo blandía un título de propiedad? Formidable tentación para los falsarios, que, en efecto, fueron legión durante los siglos en los que la prueba era de naturaleza divina; la voluntad de Dios ha protegido al vencedor en la palestra o al sospechoso que logra superar una penosa prueba de orden puramente físico; ¿quién pondrá en duda que también ha sido El quien ha inspirado al redactor de un documento o de un código? Así, por una curiosa inversión, Italia, que no cesa de escribir y que hojea los escritos de la Antigüedad, ha dejado de creerlo y soslaya el Derecho, mientras que en Alemania o en Francia, en los lugares sin códigos, se cotejan incansablemente las usanzas de transmisión oral para mayor seguridad de no incurrir en error. Tampoco cabe disimular, por otra parte, que tanto en un caso como en el otro, el atropello legal acecha siempre al individuo. Ahora bien, no siempre resulta fácil recurrir a la escritura; este texto escrito que solamente una minoría —exigua durante muchos siglos— es capaz de descifrar debe llegar a conocimiento de todos, y a través de una boca sagrada: la del sacerdote desde el púlpito, la del príncipe a su paso por el lugar, la del eremita a quien se va a consultar. A partir de este momento, la palabra, el *verbum*, tiene fuerza de Ley, al igual que Cristo es el Verbo de Dios. Cuando la palabra ha salido de aquellos labios, no queda ningún recurso; nadie puede ya ignorar la ley una vez que ha oído enunciarla; evidentemente, si no ha tenido ocasión de oírla y no sabe leer, no se le puede aplicar nuestro adagio de letrados: la ignorancia de la ley no

exime de su cumplimiento. ¿Cómo no pensar en todos aquellos que, sin mediar por su parte una voluntad de infringirla, pecaron o desobedecieron porque eran analfabetos? Solo una barrera podía contener a las fuerzas que tendían a sumir la sociedad en el desgobierno, una barrera lo suficientemente alta y sólida para mantener en una armonía relativa a la gran masa de los hombres: el miedo, cuarto rasgo esencial de la sociedad medieval.

El miedo siempre presente

Venerar lo sagrado que no precisa de justificación, o admitir sin discusión lo que afirma un texto escrito o la palabra formulada por superiores en la escala social, constituyen ya sendos actos de temor; temor de quedar separado del grupo de los sometidos, de convertirse en el «fuera de la ley» refugiado en un bosque, en el hombre «sin casa ni hogar», solo, amenazado, cuya figura he evocado más arriba. En una sociedad sin recurso público, esto podía bastar para acallar los individualismos e imponer la obediencia. Quien se rebela o actúa en contra de la usanza establecida hace una elección (*haeresis*) de índole religiosa: es sacrílego, es herético, y arde en la hoguera; para ello no hay ninguna necesidad de crear una inquisición o de hacerle hostigar por la Iglesia. La opinión general condena al «descarriado». Para evitar este destino atroz hay que conformarse a las usanzas, a la costumbre, de las que son depositarios los viejos, los sabios, los *seniores*; es fácil apercibirse de cómo la palabra *senior* experimenta un progresivo deslizamiento semántico que va acompañado de un deslizamiento de su sentido jurídico. La mejor manera de ser un hombre respetuoso de la costumbre consiste en estar vinculado a los demás en la parroquia, la cofradía, el oficio, el *conroi* (o estatuto social propio), al convento, en participar, en ser un miembro integrante de la comunidad, alguien que hace como todo el mundo y espera recibir el mis-

mo trato que da. Y, en efecto, ¡cuántos individuos no libres se han infiltrado entre los demás porque se han convertido en lo que la gente creyó que eran! Para explicar el rigor de los monopolios de fabricación artesanal en la ciudad, la fiebre del proteccionismo, el ansia de prohibir la libre competencia, de «hacer buena mercancía» por parte de uno o «buena justicia» por parte de otro, no hace falta invocar la preocupación por el bien público, la caridad cristiana o la moral social; basta con recordar que todo transgresor sería excluido del grupo, si no borrado del mundo.

Un carácter audaz puede probar suerte y rehusar este conservadurismo abrumador, pero no escapará a la angustia de la salvación. Hombres de gran lucidez conocen sus propias flaquezas y no tienen la soberbia de muchos de sus sucesores. El pecado es fácil, las tentaciones numerosas, el arrepentimiento indispensable: las limosnas *in articulo mortis* o en previsión del mismo, el ingreso del agonizante en una orden religiosa o la cuenta corriente abierta a Dios en las contabilidades de los banqueros florentinos no son comedias; la sinceridad de tales acciones parece incuestionable, y la mejor prueba la constituye el hecho de que esta búsqueda de redención revela un increíble egoísmo: en beneficio de sí mismo o de su alma, el mercader inquieto despoja a toda su familia, el señor dispone de sus bienes en contra de toda prudencia, y Carlos V de Francia, en su lecho de muerte, anula todos los impuestos. ¡Y que se apañen los supervivientes! Las virtudes cardinales se conciben al pie de la letra, a la manera de ritos: la fe nunca es explorada ni puesta en tela de juicio; la esperanza toma cuerpo cuando se llega al final del recorrido; la caridad se compendia en la limosna. ¿Sequedad de corazón? No, puesto que si así fuera veríamos crecer malsanas protuberancias en terreno abonado: odio al otro, venganzas obtenidas mediante perfidia, negativa del perdón…, lacras muy raras todas ellas en estos tiempos poco refinados, de

emociones bruscas pero profundas. Más bien miedo, acrecentado con la edad, de no hallarse en condiciones de merecer la verdadera vida, la que sigue a la muerte. Evidentemente, de nuevo, existe la resignación para acompañar al «creyente» en su «paso» por la tierra; así lo predicará la Iglesia, prometiéndole reparación para más tarde.

Miedo de no ser como los demás, miedo de condenarse, nobles sentimientos sobre los cuales no carecemos de testimonios. Nuestras fuentes son menos locuaces sobre otro temor, solapado, siempre cerca, cotidiano; oigamos a Marc Bloch:

> No se trataba, como ocurre en nuestros días, de la angustia del peligro atroz pero colectivo… que supone un mundo de naciones en armas; ni tampoco —o, por lo menos, no prioritariamente— del temor a las fuerzas económicas que trituran al pequeño y al desasistido por la suerte. La amenaza de todos los días pendía sobre cada destino individual;

esta amenaza se llamaba hambre, peste, violencia y la necesaria huida ante tales plagas. Nadie escapa a ella: en los pantagruélicos festines de la aristocracia, más allá del «parecer», está el miedo de faltar un día; en la avidez del fraile que reclama el diezmo, el de no poder pagar un tributo; en las preocupaciones del hombre urbano, en el subconsciente de Renart, el fantasma de la carestía, una vez alimentado el amo. ¿Fermento de solidaridad? No es muy probable en una época en que la caridad es asunto personal; como mucho, factor que incita a estrechar las filas en la célula familiar —lo cual es positivo—, más allá de las adversidades inmediatas.

Sé muy bien que estas líneas sobre el Occidente del siglo XI no responden a los interrogantes que el desarrollo del libro planteará al lector. Solo he pretendido fijar —a grandes rasgos, incluso forzando los rasgos, no lo ignoro— la figura de un hombre de Europa hacia la mitad del milenio examinado en esta obra. Lo he hecho, sobre todo, para que queden explicados mil episodios, mil reacciones sorprendentes a nuestros ojos, que iremos encontrando a lo largo de la exposición. Muchos de

nuestros contemporáneos, dispuestos a adjetivar como «medievales» solo los aspectos repulsivos de nuestro tiempo, dejan de lado el activo de la Edad Media; mi intención ha sido la de tomar en cuenta ambas facetas. Por otra parte, ¿acaso nosotros mismos, los profesionales de la investigación histórica, podemos garantizar que captamos correctamente el alcance de los acontecimientos en el espíritu de la época en vez de clasificarlos según nuestras propias categorías racionales de pensamiento? Cien ejemplos pugnan por salir de mi pluma, pero solo daré paso a uno, porque es bien conocido y no hay en él ningún trasfondo dudoso, al menos en estado bruto; además, está tomado de un sector sencillo de la historia, el de las batallas: el 19 de septiembre de 1356, cerca de Poitiers, el rey de Francia, tras haber iniciado con mal pie una empresa en la que el éxito podía haberle sonreído, es derrotado y hecho prisionero por los ingleses. Sobre este hecho no cabe ninguna duda. Si se consultan los libros que narran este lance, todos, aun los más recientes, son unánimes: «desorden inevitable», «desastre previsible», «reino decapitado», «disturbios mortales», «guerra perdida», «impuestos agobiantes» y demás lamentaciones del mismo estilo; en cuanto a Juan el Bueno, el monarca vencido, tras su lamentable aventura no se le ocurre escribir más que: «¡Habéis perdido a vuestro padre!». Un padre, en efecto: así lo comprendieron los hombre de aquellos tiempos; ¡y qué padre! El «buen» caballero, el que guarda intacto el honor de su casa, el reino de Francia: contra lo que cabría esperar, la monarquía se salva, como se hubiera salvado el imperio en 1870 si Bazaine no hubiera rendido Metz. El enemigo no se engañó sobre ese punto: al dejar que su prisionero entrara en Londres como un rey —porque no podía permitirse obrar de otro modo—, Eduardo, el soberano inglés, estaba renunciando a la corona de Francia. ¿Paradoja? En absoluto. Reacción del siglo XIV, frente a la cual nuestro laborioso positivismo no raya a gran altura.

Por ello intentaré, ahora, poner de manifiesto los principales engranajes del mecanismo, porque sus movimientos y sus eventuales modificaciones determinan una evolución que sin duda no deja adivinar el cuadro que he esbozado hasta aquí. Al hacerlo, espero dar razón, igualmente, de algunos de los principales campos de la investigación actual, así como también de los problemas fundamentales de la historia económica y social de la Edad Media que constituyen la materia básica de este libro, y esta vez sin circunscribirme a Europa.

Más hombres

La cuestión de la mano de obra es la primera que se me plantea: cómo enjuiciar un crecimiento o una contracción sin tomar en cuenta, ante todo, las disponibilidades existentes de fuerza humana o gobernada por el hombre; la productividad, obviamente, puede resultar modificada por la extensión de la superficie agrícola aprovechable o por el nivel técnico de las herramientas de trabajo, pero el primer factor es el número de hombres. Ya he dicho, y a lo largo de la obra habrá que volver de nuevo sobre el tema, que durante mucho tiempo la solución de este problema básico fue impenetrable. Hoy, la línea directriz, jalonada por puntos de referencia cuyo número aumenta en progresión creciente década tras década, permite una respuesta global: considerando el milenio en su totalidad, apercibimos un incremento bruto indudable e importante, pero con altibajos cronológicos —lo cual es secundario— y con desigualdades geográficas —lo cual es grave—, que motivan grandes inflexiones en la historia de esta época. Dicho incremento fue sin duda modesto en toda Europa hasta el siglo VIII, tras el más que probable retroceso de los siglos V y VI; vino a continuación el principio de un desarrollo demográfico relativamente fuerte en la zona mediterránea hasta el siglo X, con indicios de expansión

más discutibles en Occidente durante la etapa carolingia; a partir de 1000, empezó en las zonas costeras del «mar latino» una fase estacionaria, en la que solo el siglo XII constituyó tal vez una excepción; en cambio —y este es el hecho principal—, a lo largo de por lo menos dos siglos, en el norte y el noroeste de Europa tuvo lugar un crecimiento continuo de la población que, según estimaciones verosímiles, debió de triplicar el número de habitantes. El repliegue posterior, entre 1350 y 1500, o más prolongado aún en algunas zonas, fue grave, pero afectó a todos los países; de modo que, al término de este proceso, la presión de la Europa lluviosa seguía siendo la más potente, la más conquistadora.

Ello es así, al parecer, por múltiples razones, aparentemente no vinculadas entre sí: se puede atribuir, por ejemplo, una importancia cierta a la estructura familiar de tipo estrecho, escuetamente matrimonial, que triunfa en el oeste, y que va acompañada de un «modelo» conyugal, como dicen los demógrafos, más «natalista» que el inherente a las estructuras de tipo amplio a las cuales permanece fiel el Islam, con entrega del niño a un ama de cría, nacimientos separados por cortos intervalos, segundas nupcias y exogamia. Sin embargo, me parece que hay que añadir a estas contingencias humanas los dos factores susceptibles de multiplicar la fuerza aportada por cada trabajador: el animal y la máquina. Y en este aspecto, es decididamente Europa, sobre todo la del norte y el oeste, la de las lluvias, los bosques, los abundantes cursos de agua, la hierba, quien se coloca en cabeza; más al sur, hay escasez de bovinos y de caballos de tiro, los hombres se fatigan para mantener en estado de uso norias y *foggara*, que tan solo les sirven para la irrigación, mientras que en el norte se multiplican los molinos que trituran o golpean granos, nueces, aceitunas, corteza de encina, hierro, pieles, serrín; Marx acertó plenamente al relacionar la Edad Media «feudal» con el uso del molino de agua, primer maqui-

nismo nacido fuera de China o de la India. Personalmente, creo que la desaparición del esclavo, utilizable hasta la muerte pero de bajo rendimiento, es anterior a la aparición de los molinos, y que en este maquinismo hay que ver más bien un efecto que una causa del tránsito a un nuevo modo de producción. Porque de esto se trata: quien posea los animales, la máquina y las herramientas de calidad dispondrá de un poder económico primero y político después, sobre los demás; podrá organizar el préstamo, el alquiler o la utilización obligatoria de la máquina, y podrá obtener parte de su renta de la actividad de aquella. Esta estructura no es exclusivamente rural; en la ciudad, el telar, voluminoso y caro, podrá desempeñar el mismo papel y servir de punto de partida y de apoyo a un asalariado que no precisa del molinero. Siempre es posible discutir sobre la rentabilidad o, mejor aún, la productividad de la máquina o de tal y cual animal de labranza; en la misma Edad Media se hizo: uno estimaba que el caballo era demasiado frágil y costoso; otro temía quedarse sin corveas manuales; un tercero, por el contrario, se consideraba amenazado de ruina o desposeído. Pero lo principal no reside en estos incidentes, sino en el foso que acababa de abrirse entre la técnica del norte y la del Mediterráneo y que apenas se halla colmado en esta segunda mitad del siglo XX.

Trabajar sin provecho

La productividad del mundo medieval pudo depender, como acabo de decir, de estructuras demográficas o técnicas, y estar supeditada asimismo, por supuesto, a las condiciones del marco geográfico en que se desarrollaba. En cambio, no se suele atribuir la importancia debida a los «lastres sociológicos», para utilizar una expresión contemporánea, susceptibles de modificar su alcance. Este segundo resorte de la economía medieval no sorprenderá a quien haya comprendido la importancia, en aquellos tiempos, de lo irracional, que condiciona unas «supe-

restructuras ideológicas» lo bastante fuertes para frenar, cuando no anular, el impacto de una nueva técnica o de una iniciativa. Dejemos de lado la rutina de los campesinos o la pereza de los obreros, clichés del siglo XIX que muy bien podrían no tener ningún sentido aplicados a épocas más tempranas. Más difícil resulta pasar por alto el sabotaje deliberado del trabajo requerido, lejano eco de la esclavitud pero sin el riesgo del castigo corporal: la corvea mal hecha, la prestación que se hace esperar, el grano que deliberadamente se entrega de calidad mediocre; ¿quién sabe si durante siglos no hubo otro medio de socavar el «feudalismo», fuente de oposición de clase? Pero pienso que es a la vez más importante y más tenaz la concepción misma del trabajo y la producción.

¿Es natural el hecho de trabajar? ¿Es indispensable trabajar para producir? Pasado el tiempo en que un ganado humano se encargaba de realizarlo, este interrogante sobre el trabajo se ha perpetuado de siglo en siglo, desde Séneca hasta los *punks* actuales: agotador, humillante, el trabajo, el manual al menos, desvía la mente hacia quehaceres innobles, es signo de alienación y de degradación; constituye una actividad servil, y puestos a establecer una jerarquía, más vale tomar o mendigar que producir, del mismo modo que es preferible errar con la tribu a afincarse, o ser pastor que campesino: vieja maldición bíblica, castigo de Caín, orgullo del beduino nómada, excusa de los patricios ociosos. Pero hay más: Jesús y sus discípulos no trabajan, sino que cogen el trigo ajeno, y María, que piensa, ha escogido la «mejor parte» frente a Marta, que le da a la escoba; como mucho, el monje es el único personaje que, a fuerza de cavar, busca la expiación en el esfuerzo y arruina su cuerpo para salvar su alma. ¿Cómo explicar, sin este trasfondo, el malestar y la incomodidad de la Iglesia en cuanto se refiere a dicha cuestión, el éxito de los eremitas del siglo XI, de los cistercienses aislados del XII, de los frailes mendicantes del XIII, por no hablar del mo-

nacato bizantino? La tentación de despreciar el trabajo se hace tanto más viva cuanto más contaminado está por los compromisos y más desprovisto de sentido se percibe, como ocurre en nuestro desdichado siglo. En lo que respecta a su justificación práctica —adquirir más libertad para, a continuación, acumular beneficios—, estaría muy bien si hubiera un reparto equitativo. Como dice Léopold Génicot: «Sin ser más marxista que otros, creo que la idea del beneficio ha estado siempre presente en el corazón del hombre». Sin duda es así, pero ¿quién puede alcanzar tal objetivo? Además, solo hay economía de beneficio cuando el excedente producido se orienta hacia una ampliación de tales beneficios o de los negocios, con reinversión y control del trabajo ajeno, estructura que conocemos bien. En cambio, ¿qué es lo que vemos hasta, por lo menos, el siglo XIII, con la excepción de unos cuantos grupos reducidos de mercaderes que la historiografía resalta de un modo abusivo? El señor exige, y si es necesario toma por la fuerza, una parte del producto de los esfuerzos de sus hombres; si se trata de un guerrero, organiza correrías y pillajes; si de un rey, establece un régimen tributario; si de un prelado, no perdona un solo dinero que le corresponda; pero las sumas así reunidas son para gastar, distribuir, derrochar; coger para dar, sin afán de atesorar ni de invertir, rasgo compartido, incluso, por el mercader que liquida su fortuna cuando le llega la muerte. Este proceder solivianta nuestro espíritu de ahorro burgués: no rentable, inepto, primitivo… Sin embargo, los textos sagrados parecen indicarnos que así lo quiere Dios; por otra parte, nosotros no tenemos en cuenta la dimensión sagrada de la limosna, el banquete, la fiesta: no contar, tal es la actitud «noble» o «santa». De ahí el curioso destino, en los manuales escolares, de los personajes que, según nuestros valores, habría que alabar por su «sensata economía» o su «habilidad maniobrera», pero a los cuales, por el contrario, todavía les persigue el eco de las maldiciones, cuando no el des-

precio, de sus contemporáneos: ¿hace falta que recordemos la animosidad de que son objeto, entre los reyes de Francia, Luis XI o Felipe IV el Hermoso, mientras todavía se lleva en palmas a san Luis —Luis IX—, el «santo varón» que abandonó Aquitania a los ingleses e hizo marcar a los judíos como si se tratara de ganado, y a Carlos V, «restaurador» del orden, quien logró realizar la proeza de reunir los elogios de su tiempo y los de hoy, gracias a que, por un lado, restableció las finanzas esquilmando a su pueblo hasta la saciedad, y por el otro, tuvo la inspiración de anular todas sus medidas cuando vio venir la muerte?. Porque los peores de entre los pecados, los que condenan al individuo a la exclusión suprema —cuya sentencia le será comunicada el día del juicio— son la *superbia*, el orgullo que le impulsa a no temer a Dios ni a los hombres, y la *avaritia*, la ausencia de la gratuidad.

En este contexto psicológico, la producción, el trabajo o su inexistencia, se integran en un esquema que, idealmente al menos, se justifica muy bien. No me gusta la palabra «feudalismo», arcaica, germánica y de etimología más que ambigua, y no me parece que «señorialismo» sea menos eufónica; pero, dejando aparte el problema de las denominaciones, este es el «sistema» al que me refiero, y no se podría comprender sin lo expuesto en las páginas precedentes. Libre o no, el productor está recluido en su celda doméstica indiferenciada: allí posee sus herramientas y su mano de obra familiar, y tiene poder para decidir el reparto de tareas y obligaciones. Produce para vivir y para mantener su instrumental de trabajo, hierros, animales, aperos comprados a un artesano, todo lo cual implica un contacto con lugares de intercambio, donde, sin embargo, no forzosamente interviene el dinero. Se trata de su *necessitas*. Si es propietario de su vivienda o de las tierras que cultiva, ha de velar por el buen estado de tales pertenencias; si arrendatario, paga un canon sin remolonear mucho más que nuestros contem-

poráneos. Su objetivo estriba en comer, no en invertir y prosperar. Pero debe entregar a un señor, de una u otra forma —las hay muchas y diversas—, una parte de los frutos de su esfuerzo. Este, por consiguiente, tiene que rebasar el mínimo estrictamente «necesario». Ahora bien, la cesión de esta parte que le sirve al señor para alimentar a los suyos y satisfacer sus ambiciones de poder, está justificada por la contrapartida que el señor le brinda: la protección, la ley, el orden y el recurso, que hoy, en principio, le serían garantizados por el Estado. El hecho de que aquel exija más de lo necesario, y encima lo derroche, puede indignarnos, pero sería ignorar que en estos abusos reside precisamente el prestigio del señor; las «implicaciones del título» son solo un aforismo para lacayos del siglo XIX. Entre las dos partes hay un contrato, sobrentendido hasta los alrededores de 1200, por escrito en el siglo XIII. Hasta entonces, los sobresaltos se deben al incumplimiento de cláusulas tácitas pero que forman parte de la costumbre; nos es difícil vislumbrarlos, ya que, en los documentos, sus formas insólitas casi no han dejado huella. Una sentencia inicua dictada por un tribunal aristocrático puede constituir un signo; una condena por herejía da fe de una vulneración de las reglas más estridente; ¿pero qué sabemos nosotros del agente señorial asesinado, de la hija del mayordomo violada, de los almiares del señor incendiados, de los retrasos en el pago de la talla? La tensión es constante, como también los reajustes determinados por las fluctuaciones económicas, y hay que ser muy miope para no ver en ello un tipo de lucha de clases adaptado a la coyuntura medieval. A partir de 1250 o 1275, las cosas cambian, primero porque renace el Estado, luego porque nada funciona ya como debiera: el señor ya no cumple con sus deberes, el productor ve peligrosamente amenazada su *necessitas*. Es una crisis de sistema que comienza.

Un frágil «ecosistema»

No me incumbe, en la presente introducción, anticipar las explicaciones que se pueden dar de este desmoronamiento del «feudalismo»; sin embargo, una por lo menos importa, por cuanto desvela en parte el tercero y último de los resortes fundamentales de la economía medieval: un equilibrio «ecológico» acerca del cual no tenemos más que una lejana idea.

Si lo esencial es comer, todo debe concurrir a lo inmediato y a lo seguro. La especulación sobre las modas o las necesidades, la especialización de los productos o de las regiones, tal como se anuncian ya en el siglo XIV, significan el fin del ecosistema anterior, típico de los ocho o nueve siglos precedentes. Su equilibrio se basaba en un régimen alimenticio rico en calorías y en materias primas inmediatamente disponibles; puede que, en Europa, la seda, el oro o la pimienta constituyan una rama comercial cautivadora de describir, pero no me interesa. Lo que cuenta es la madera, la lana de las ovejas, el cuero de los bueyes, el cáñamo que se encuentra junto a los cursos de agua, el hierro extraído de los más ricos suelos arcillosos, la sal que sirve para todo. Son los prótidos animales, los glúcidos de los cereales, los lípidos vegetales o animales; frutos y «hierbas» vendrán por añadidura si es posible. Todos estos elementos configuran un equilibrio, y cualquier modificación de dicho equilibrio puede hacer que el edificio se venga abajo, lo cual supone la carestía o la epidemia que la sigue. Como la tierra exige mil cuidados, incluso cuando ya no es preciso desplazarse año tras año en busca de nuevos labrantíos, los prótidos y lípidos animales provendrán del bosque, que también hay que preservar por sus bayas, sus cortezas, sus ramas secas para leña, sus troncos para construir. Si el bosque retrocede, y si no se puede meter el ganado en un establo, se hace indispensable mejorar el rendimiento. Conociéndola mejor, la historia de la alimentación constituiría un test de primer orden para el historiador; Lynn White, al constatar los progresos de la agricultura ya en el siglo X, excla-

maba: «El siglo X rebosa de guisantes». Habría podido añadir de glúcidos, de farináceas, de sopas espesas con que los hombres se ceban, pan, gachas, tortas, sustancias todas que elevan a 4000 y más la ración diaria de calorías por individuo, cuando 3000 nos parecería ya una cifra estimable; en cambio, una carne de calidad mediocre, porque el ganado está suelto en el bosque y mal alimentado, pocas vitaminas, un régimen desequilibrado que solo el señor, quien se atiborra de los productos de la caza, logra tal vez compensar. Los cementerios revelan las carencias alimenticias, cuyas secuelas son perceptibles en los huesos; no cabe duda de que la situación mejora a partir de 1100, pero la fragilidad de la especie sigue estando sometida a los azares de la naturaleza: basta con un mal año o con que después de 1300 empiece una fase húmeda para que se pudra el grano, se cosechen espigas raquíticas, dejen de manar las ubres de los animales y escasee el tocino; llega el hambre y poco después la peste. Y como, para no dejar de comer, el noble hace la guerra, Europa entra en una fase de «calamidades». ¡A quién le importa entonces la corona de Francia! Así, hay que preservar a la vez el bosque y el labrantío, equilibrio difícil pero en el que todos están interesados, porque de él dependen la *necessitas* de unos y el despilfarro de los otros.

Se me objetará que sigo hablando exclusivamente de Europa, y, lo que es más, de la del norte sobre todo. No sin razón: más al sur, ya en Languedoc —¿y qué decir del Magrib o de Siria?—, las llagas son evidentes; porque, a las dificultades originadas por el clima —las cuales hacen más sobrios a los hombres, es verdad, pero sin que, como se pretende a veces, consigan alimentarles realmente con leche de burra y unos cuantos dátiles, queso de cabra y aceitunas— se suma la mediocridad de los suelos y lo accidentado del relieve, que aísla al grupo y lo fuerza a vivir de lo que produce, es decir, de muy poco. El algodón y el lino, la cebada o la caña de azúcar, la oveja y su lana, la aceituna

y el dátil conjuran el peligro de la desnutrición; pero en estas zonas, sin intercambios, el ecosistema no es estable: falta de hierro, poca madera, penuria de agua; es preciso remodelar las pendientes, irrigar con grandes dificultades; y, dentro de todo, la porción cristiana de este mundo come carne de cerdo y bebe vino, una y otro desechados en el sur, donde el calor echaría a perder la primera y haría temible el consumo del segundo.

En este precario equilibrio no hay que olvidar el papel de las ciudades; en ellas solo se puede contar, para vivir, con los cerdos que limpian las calles de inmundicias o con los huertos y campos englobados dentro del recinto amurallado; la madera, el hierro, la lana trabajada en los telares urbanos vienen de fuera; en cambio, solo en la ciudad puede encontrar el señor lo que le distinguirá del patán: pieles, joyas, bordados, acaso caballos y armas entre los que escoger; el monje encargará asimismo a un taller de la ciudad el relicario cuyo labrado nunca se le ocurriría confiar al herrero de la aldea. Así, la ciudad aparece, de modo inevitable, como un elemento en contradicción con el ecosistema, por su propia índole; es decir: independientemente de que, además, pase a la ofensiva, intentando controlar sus fuentes de abastecimiento en comestibles o en materias primas. Y si se trata de un monstruo urbano como Constantinopla, Bagdad, Córdoba, El Cairo, o incluso París y Milán en la etapa final de nuestro período, estos leviatanes van a buscar hasta a veinte y treinta leguas de sus puertas lo que necesitan para vivir. Aunque, como mucho, solo un hombre de cada cinco u ocho habita en las ciudades, la irrupción de estas en el equilibrio económico y social introduce un elemento perturbador. Y especialmente en un plano cuya mención se habrá echado en falta en las páginas precedentes y que, de manera deliberada, no he abordado hasta aquí: el del dinero.

Naturalmente, no es ni absurdo ni imposible prolongar una economía de trueque; pero ¿cómo fijar los valores respectivos

de productos sujetos a los azares de una procedencia lejana o de una naturaleza caprichosa que modifican sin cesar sus precios en el mercado? El dinero, o más bien la moneda, no aporta más que una comodidad técnica: así se comprendió durante mucho tiempo; en Occidente, por lo menos, hasta el siglo X. Pero, en estas condiciones, para procurarse en la ciudad, o incluso en el mercado de la aldea, un objeto nuevo o precioso, hace falta numerario, sobre todo hacia finales de temporada, cuando aún no se ha cosechado y sería imprudente desprenderse de los víveres de reserva. El dinero que necesita el señor lo exige del productor, y para suministrárselo y poder disponer también de una cantidad para sí mismo, este último deberá vender, y por consiguiente, producir más. De este modo comienza a perfilarse una economía de mercado, a la que la ciudad añadirá su escaparate tentador y, más tarde, el salario pagado a los obreros de los talleres. En definitiva, a medida que el dinero, acompañado de su lacayo el beneficio, desempeña un papel de importancia creciente en las relaciones humanas, resultan afectados, no solo el «feudalismo» —sistema sinalagmático de prestaciones en teoría equivalentes—, sino también el ecosistema en bloque. En efecto, si el numerario posibilita la adquisición de lo que falta, ya no hay necesidad de empeñarse en respetar la división de la naturaleza en dos sectores, el *infield* y el *outfield* de los geógrafos ingleses, el *plain* y el *bosc* de los *romans courtois*, el *ager* y el *saltas* de los agrónomos romanos. El avance o el retroceso de las tierras vírgenes corresponden entonces a modificaciones profundas de la relación entre el hombre y la naturaleza, no a reajustes coyunturales; lo mismo se puede decir con respecto a los vínculos que unen al productor y a su señor. Así pues, no hay que ver en el «declinar del sistema señorial» el origen exclusivo del desmoronamiento de la estructura medieval «clásica»; la causa última reside en la ciudad. Con razón se buscan en ella las primeras estructuras capitalistas, las primeras

manifestaciones de los «valores burgueses», los primeros signos del individualismo y de la mentalidad emprendedora.

Tal vez a estas alturas el lector percibe mejor la espina dorsal de nuestra exposición, lo que le da su dinamismo. En Europa occidental, la Edad Media vio nacer, instalarse y, por último, desintegrarse poco a poco un determinado tipo de producción, un determinado orden de relaciones humanas. Fuera de Europa, las contingencias son demasiado distintas para poder pretender, sin artificio, que exista la misma evolución. Por tal razón, nuestro trabajo no se guía por una pauta como: nacimiento, vida y muerte del «feudalismo»; si tal hiciéramos, concentraríamos sobre Europa toda la luz de los reflectores; y, al finalizar el recorrido, no tendríamos ante nosotros más que un cadáver. Desentendámonos, pues, de la evolución de esta estructura, que es una etapa en la historia del hombre, frágil como todas las demás. Por el contrario, si examino los comienzos de la época que vamos a recorrer y, a continuación, desplazo la mirada hacia su período final, las modificaciones saltan a la vista: en el punto de partida, el don y la protección rigen las relaciones humanas, y su precio lo pagan, de diversas maneras, todos los hombres, algunos de los cuales ni siquiera reciben este nombre; en el punto de llegada, una economía de mercado —urbana o no—, la búsqueda del beneficio y el afán de invertir o de expandirse animan a Europa, pero aparentemente solo a ella. En el intervalo, ha tenido lugar un desgarramiento mental por el que los «valores burgueses» que he evocado poco más arriba —espíritu emprendedor, gestión racional, apetencia de lucro, interés privado— han sustituido a los «valores nobles», limosna, sumisión, costumbre, bien público. Además, y en parte debido a la disolución del «feudalismo», el *homo faber*, el trabajador «en estado bruto» de los primeros siglos, se ha convertido en un *homo oeconomicus*, un productor cuyo esfuerzo encaja en un nuevo sistema económico, en el que los intercambios, las inver-

siones y la búsqueda de mercados suscitan iniciativas audaces y, a menudo, belicosas. La segunda mitad del milenio medieval se caracteriza por un aumento notable del utillaje técnico y por una expansión demográfica importante —pese al reflujo final— que favorecieron incontestablemente a la Europa cristiana, y en especial al norte y a la vertiente atlántica, las dos zonas que sacaron mejor partido tanto de las novedades como de las constantes. Como dicen los economistas actuales, a finales de la Edad Media, Europa «inició su despegue».

Este fenómeno capital, del que la subsiguiente conquista del mundo es la culminación lógica, presenta una serie de aspectos que el historiador siente la tentación de estudiar por sí mismos; actitud fundamentalmente desacertada. Así ocurre, en primer lugar, con el vuelco sufrido por las relaciones entre el campo y la ciudad: esta última, ávida, equipada y conquistadora, es la que está ahora a la cabeza del mundo, en ella se hacen las fortunas y se elabora la política, en ella se disciernen antes y mejor que en ninguna otra parte el desarrollo de un capitalismo mercantil y artesanal, el asalariado, la apropiación de los instrumentos de trabajo por parte de los amos. La polarización social hacia los extremos de la escala humana aparece a continuación, con un fundamento económico y no ya espiritual o jurídico como antaño; dicha polarización rompe en dos cada uno de los antiguos estratos, cada uno de los «órdenes» de los intelectuales, y constituye la base de las rivalidades sociales, las «luchas» ahora más visibles, y también más comprensibles para los sociólogos de hoy: grandes nobles palaciegos e hidalgüelos hambrientos, campesinos prósperos y braceros con el vientre vacío, maestros hereditarios de los oficios y obreros pagados a jornal, mercaderes enriquecidos con ínfulas de nobleza, y desempleados peligrosos. Y como el control ejercido sobre los hombres ya no es sino excepcionalmente el del señor, como en su lugar se infiltra, se impone la fiscalidad del rey o la justicia de sus

agentes, hay quienes no vacilan en emplear la expresión «feudalismo de Estado», y en considerar como su hija cruel a la ciega y envilecedora monarquía absoluta del siglo XVIII ¿Cómo no deducir de los datos disponibles que el poder vinculado al dinero y el interés personal —denominado «bien público»— dominan ahora en Europa? Para sobrevivir, la Iglesia no tardó en manifestar su convencimiento de que así era; y al igual que había garantizado la absolución y la cobertura espiritual al «feudalismo», bendijo y fomentó el otro efecto de este cambio capital: la expansión de ultramar en busca de metales preciosos o de productos rentables. La consecuencia fue la colonización de los restantes continentes, empresa conjunta del mercader, que espera el provecho pero rehúsa las penalidades; del príncipe, que subvenciona con la vista puesta en sus finanzas tanto como en la gloria; del segundón ocioso, que siente despertar en él los apetitos del pillaje, la violación y el racismo, y los eclesiásticos, que se persuaden de la necesidad de salvar almas ajenas a su influjo.

Creo haber justificado el tono y la ordenación del proyecto. En el punto de partida, tenemos unas áreas económicas y culturales, rivales pero complementarias, a menudo herederas de un mismo legado y con idénticas estructuras, pero cada cual con sus propias posibilidades y servidumbres: el cuerpo mutilado de la *Romanía*, cuyas partes aún vivas conservan una notable solidez; el Islam, catalizador de lo más selecto del patrimonio antiguo, pero conjunto inconcluso de costumbres y culturas antaño irreductibles unas a otras; por último, Occidente, masa bulliciosa e inorgánica en la que fermentan monstruos y tesoros. En el punto de llegada, destaca sobre todo una concentración de todas las fuerzas de futuro en el tercero de estos espacios, que a partir de entonces organiza en su periferia las restantes áreas económicas y culturales, eslava, turca, siria, egipcia, magribí, preparándolas para servir de etapa intermedia en

el momento del salto hacia los mundos que aún quedan fuera de su alcance, América, África negra o Extremo Oriente. El hecho de que este resurgimiento se impusiera, poco a poco, entre 1000 y 1500 constituye la razón por la que debía corresponder a Europa la parte principal en nuestro campo de estudios. Por supuesto, se habría podido abordar por separado cada una de las tres zonas referidas, con lo cual el relato ofrecería, sin duda, una mayor cohesión local; o bien tratar uno tras otro los grandes temas de esta evolución tras haber recalcado bien la base inicial y mostrado la desembocadura, con lo cual se hubiera seguido mejor el desarrollo lógico. Sin embargo, me parece que al tomar la cronología como criterio se pone más de manifiesto el proceso esencial en su puesta en marcha y fases: la existencia, al principio, de dos campos —y luego tres— en los que Europa occidental ocupa, incontestablemente, el último lugar; más tarde, la acumulación primitiva en sus manos de todos los triunfos, mientras el Islam y Bizancio, ya alcanzados, se estancan; y por último, su primer salto hacia delante en medio del estruendo provocado por múltiples crisis de las que surgirá una Europa nueva, moderna, capitalista y conquistadora del mundo.

LA FORMACIÓN DEL MUNDO MEDIEVAL
350-950

PREÁMBULO

Encajada por la fuerza, desde hace cien años o más, en los cerebros infantiles, grabada en todas partes, escrita, repetida, se erige al borde del camino la perentoria afirmación: «La Edad Media empieza cuando se extingue la civilización mediterránea antigua». Paul Valéry afirma que todas las civilizaciones son mortales, y André Piganiol, por su parte, exclama: «¡El Imperio Romano fue asesinado!». ¡Ceguera culpable! Las civilizaciones no mueren; envejecen y acaban transformándose en otra: la que fue aplastada en América por los cañones de los españoles salta a la vista en el siglo XX, desde el Perú hasta Río Grande; las del África negra, violadas, esclavizadas o corrompidas, no han desaparecido de la faz de la tierra, como lo prueba su persistencia tanto en Luisiana como a orillas del Zambeze; ni han perecido tampoco las del Cercano Oriente, la India o el extremo este y sudeste de Asia, laceradas por conquistas, saqueos y opresiones; ni tampoco la nuestra, la de Europa occidental, aun cuando su semblante en nuestra época sorprendería al hombre de la Edad Media, de la Revolución francesa o del segundo Imperio. Los eruditos del siglo XVII que situaban a Clodoveo y a Carlomagno en la Antigüedad percibían mejor esta continuidad que sus sucesores del XIX.

¿De un mundo a otro?

Pero es preciso empezar. ¿Dónde señalar una cesura mediante la cual justificar sin excesivo artificio que entre 350 y 450 un mundo ha dejado paso a otro? ¿En qué momento se franquea el umbral de la Edad Media? Y, ante todo, ¿tuvieron conciencia de efectuar este tránsito los hombres de aquellos tiempos? Leyendo sus escritos —no todos son solventes— se comprueba que, principalmente, dejaron constancia de dos impresiones. En primer lugar, expresan un sentimiento tenaz de fatiga y desesperanza; no perciben más que chirridos en la máquina del Estado, deploran los abusos flagrantes, las crueles injusticias, la ausencia de un destello cualquiera que permita confiar en el futuro; buscan en la huida, o bien en la rebelión, un hipotético remedio a su «crisis de sociedad»; los vínculos que unen a los más acomodados de entre ellos —vínculos de cultura, de intereses, de costumbres comunes— siguen actuando, desde Bretaña hasta Siria, pero la correspondencia que mantienen, ya se trate de obispos o de retóricos, no versa sino sobre la urgencia de una *renovatio*. En segundo lugar —para ellos este punto es menos primordial—, se encuentran rodeados de demasiados extranjeros, a los cuales pagan, alojan y emplean, pero cuya lengua, usanzas y hábitos alimentarios les resultan chocantes y les apartan de ellos: Sidonio, obispo de Clermont, en cuya diócesis hay godos instalados, los juzga demasiado familiares y pegajosos, y se queja de su olor a cebolla y a manteca rancia. De este mal, apenas perciben el origen cronológico, ya que dura desde 250 o 300 por lo menos, pero en cambio, tienen la firme creencia de que su perpetuación no es ineluctable, y de que su fin se acerca. Y estos dos sentimientos son tan netos, y al mismo tiempo tan parecidos a los que caracterizan a nuestro siglo XX, que por lo que a mí respecta pienso que nos hallamos en una situación idéntica a la de los «romanos» en la época de las «invasiones», con la diferencia de que en la actualidad estas vienen del sur y no del norte; inversión de los papeles…

Nosotros, que gozamos del privilegio de conocer el porvenir de los hombres de aquellos tiempos, somos tal vez más sensibles a dos características que ellos consignan raramente o que no creen duraderas. Advertimos el hundimiento de las estructuras administrativas antiguas, el bloqueo progresivo de los engranajes del Estado, la sustitución por otro tipo de autoridad de la que emanaba de la *res publica*; de hecho, solo podemos apreciar tales fenómenos con claridad en la Galia, en Bretaña, en España, en Iliria y en África; en las restantes zonas, las crecientes divisiones regionales siguen disimuladas, cubiertas por un manto de Noé, el «poder imperial». Nos parece, asimismo, que los objetivos tradicionales de la *Romanía* se han modificado: ya casi no se habla de *limes*, de fronteras que defender, de civilizaciones que preservar o de ejército popular; se alzan voces para celebrar la nueva sangre que irriga el imperio, la de los hombres que incesantemente atraviesan el Rin, el Danubio, el Éufrates o el Atlas. Quienes así vuelven la espalda al viejo reflejo obsidional de Roma son cristianos para quienes todos los hombres son hermanos, pobre gente o intelectuales lúcidos que esperan la renovación de parte de estos hombres sin pasado que llegan como soldados, como campesinos, como herreros, como «domésticos». Sus «invasiones» tienen a veces, es cierto, un aspecto global y violento que impresionó a los cronistas de la época y que sigue propalándose en nuestros manuales escolares; pero la infiltración individual, o por parejas, o por grupos reducidos, comenzó ya a mediados del siglo ni, y los alemanes tienen razón en preferir el término de «desplazamiento de pueblos» (*Vólkerwanderung*) al de «invasión», más cercano a la realidad. En cambio, yo impugno la verdad de la tercera faceta, tan a menudo invocada, de este tránsito a «otra cosa»: el «retroceso» cultural y político —ciertos autores se atreven a añadir económico— que supuestamente provocaron estos «extranjeros», estos «bárbaros», cuyo nombre no tenía entonces su connota-

ción peyorativa actual. Son sobre todo los franceses quienes se indignan —excepto algunos fanáticos del retorno al celtismo como todavía se encuentran, los cuales se regocijan con la ruina del antiguo conquistador—; los italianos y los españoles suspiran, pero disciernen mejor los matices de la transición; los alemanes, evidentemente, aplauden, sin perjuicio de derramar a continuación una lágrima por el coloso abatido. Tal vez haga falta una mayor sencillez: ¿acaso cualquier juicio moral o cualitativo no está atestado de trampas y de yerros? Los cuerpos mezclados en los cementerios, los matrimonios mixtos que se toleran, los derechos que se ajustan, revelan a mi parecer, una osmosis lenta, irresistible, quizá más sufrida que deseada, pero que no se explicaría si, a todos los niveles y en todos los terrenos, los dos mundos no estuvieran en un pie de igualdad. ¡No en el Este! —se me replicará—; simple discordancia cronológica, como se verá más tarde con los eslavos, los árabes o los bereberes, amén de que oponer el arte de las estepas al helenismo constituye una discusión vana. Por otra parte, allí donde los hay, los núcleos de resistencia no tienen nada de una «reserva de élites»; solo la masa cuenta: ciega o consentidora, se despertó, nueva, en la Edad Media.

¿Dónde situar una cesura?

Puesto que hemos de intentar resolver la cuestión, lo mejor será explorar todos los ámbitos en que se mueven los hombres y buscar en ellos una huella que nos permita trazar una demarcación. ¿El número de individuos? Lo cierto es que no podemos determinar con exactitud su variación. Con el apoyo de razonamientos, «impresiones» y probabilidades climáticas, la demografía histórica tiende a persuadirnos cada vez más de que la zona mediterránea experimentó por entonces una brutal desecación, con su cortejo de carestías, malaria y epidemias, las cuales mermaron a la vez el vigor y la productividad de todo el

flanco sur del Mare Nostrum; más al norte, por el contrario, el calentamiento atmosférico impulsó a los pueblos de los bosques y las estepas a emigrar hacia las regiones meridionales. La interrupción de las guerras de pillaje, proveedoras de mano de obra gratuita, y la necesidad de trabajadores inmigrados procedentes del otro lado del Rin y del Danubio son factores que se combinan para justificar las «invasiones» y no pocas de sus peculiaridades. No es tan seguro que esta afirmación se pueda aplicar también al este del Imperio, donde, en todo caso, dichos factores aparecen menos pronunciados. Por otra parte, en materia semejante ¿dónde fijar una línea irrebasable? Apuntemos, pues, la causa y el contexto, pero renunciemos a asignarles una fecha.

Dejemos asimismo de lado la mutación cultural, sobre la cual he dicho dos palabras más arriba. Es cierto que el latín se corrompe y que el griego pierde terreno; los espíritus refinados lo deploran y los testimonios abundan; el arte helenístico se marchita y los monumentos son bastos. Pero la evolución viene de lejos: ya en el siglo II se alzaban voces para quejarse de tales deterioros. Los juicios de valor cuentan todavía menos en arte que en literatura: son cuestión de gusto y de perspectivas. Además, ¿qué fecha señalar en este campo cuando desde Ulpiano, en el siglo III, hasta la «ley Gombetta» del VI no se cesa de escribir y de innovar?

La instancia espiritual merece que la examinemos con mayor detención. Los dos mundos surgidos de la *Romanía,* así como más tarde el Islam, son monoteístas y tienen sus raíces en los viejos cultos orientales. ¿Orientales? El caso es que los neoplatónicos del siglo desempeñaron un papel no desdeñable en esta evolución, también multisecular. ¿Limitaremos nuestra inspección al cristianismo? No tiene muy buena prensa entre los historiadores de la Antigüedad tardía; su propaganda igualitaria o de no violencia y su desprecio por los asuntos meramente hu-

manos pudieron arruinar desde el interior el sentido cívico, el patriotismo, la ley, y abrir las puertas a los bárbaros, en nombre de una justicia universal contraria a la de la urbe. Aceptemos este razonamiento, pese a que tiene mucho de postulado. ¿Tenemos que escoger como momento clave el del triunfo completo de la nueva fe, cimiento de una nueva ideología? Esta opción nos lleva, en el este del Imperio, a penetrar en la espesa selva de las disputas dogmáticas entre sectas de las diversas provincias, con matices más o menos rebeldes, que en gran parte acabarán barridas por el Islam; en el oeste, las necrópolis muestran que habrá de pasar mucho tiempo, hasta los siglos VIII y IX, antes de que la religión oficial triunfe definitivamente. ¿Es preferible, entonces, volvernos hacia el principio y adoptar como fecha 325, año del primer concilio general, públicamente autorizado por el emperador Constantino, en Nicea? Podría serlo, pero tras haber superado la gravísima crisis del siglo III, la *Romanía* parece entonces una construcción válida, y sigue intacta: no estamos en la Edad Media; de modo que, si obviamos este detalle, nada nos impide remontarnos todavía más en el tiempo, hasta las persecuciones de Diocleciano a finales del siglo III.

La categoría de lo político, que hoy vemos como una apariencia engañosa, menos importante que las estructuras sociales, preocupaba mucho a nuestros padres, para quienes fijaba —y sigue fijando— la imprescriptible frontera cronológica. Los acontecimientos entre los que escoger son muchos, y tienen un aspecto más simbólico, pero la elección resulta igual de problemática. ¿Consideraremos llegado el «fin de la unidad de la *Romanía*» el día en que el Imperio Romano dejó de estar entero en manos de un solo hombre? 395, muerte de Teodosio. ¿Quién podía prever que nunca se reunificaría? Ahora bien, varias décadas más tarde, en 476, tras haber expulsado de Roma, con la mayor facilidad, al «último emperador de Occidente», el bárbaro de turno envió a Zenón, el emperador de Constantinopla,

las insignias imperiales: de derecho, la unidad queda restablecida. ¿Nos decidiremos, entonces, por esta última fecha? A ninguno de los contemporáneos le llamó la atención, y cincuenta años después, Justiniano, emperador «romano» de Oriente, a falta de hollar la urbe con sus propios pies, la hará ocupar por sus soldados. ¿Optaremos más bien por retroceder hasta la muerte de Constantino (337)?, ¿o por detenernos en Mayoriano, el último emperador que legisló en Occidente (460)?, ¿o tal vez destacaremos una fecha intermedia, la de 378, cuando el último ejército que aún se puede calificar de «romano» fue pulverizado por los godos en Adrianópolis, al sur del Danubio? A menos que nos pronunciemos por el saqueo de Roma efectuado por Alarico (410), que tuvo una enorme y duradera resonancia en el Imperio aterrorizado y provocó incluso las lágrimas de san Jerónimo en su retiro de Oriente; o por la redacción de *La ciudad de Dios*, en la que san Agustín abandona la ciudad de los hombres (425); o tal vez por el «consulado» de Clodoveo (510). En realidad, poco importa que escojamos uno u otro de estos acontecimientos como hito sobresaliente, porque ninguno de ellos constituye un hecho verdaderamente nuevo y anunciador del futuro, ni tampoco hay ninguno que sea símbolo de muerte. Si decidimos buscar la cesura en la historia de las «invasiones», abundan los episodios susceptibles de parecemos significativos, desde la instalación oficial de los francos al sur del Rin en 270, hasta la penetración de los eslavos más allá de la cordillera balcánica hacia 600, pasando por la travesía del Rin sobre los hielos en 406, la muerte de Atila en 453, y tantos otros que componen un amplio abanico de posibilidades. Más nos vale renunciar.

Quedan, por último, las mutaciones de la economía y de la sociedad, las que realmente cuentan: retroceso de la esclavitud, fortalecimiento del «patronato» rural, ruptura entre ciudad y campo, desequilibrio cada vez mayor entre Occidente y Orien-

te, confusión entre Estado y patrimonio del príncipe. Tales son los fenómenos importantes y que me propongo escrutar más de cerca; pero antes de dar comienzo a este empeño, abandono sin respuesta mi pregunta inicial: la Edad Media es la continuación natural de la Antigüedad; entre 330 y 360, todavía no estamos en ella; después de 460, seguramente sí.

Lo que dura

A través de las innumerables vacilaciones que acabo de desplegar ante sus ojos, el lector se habrá apercibido, por lo menos, de la siguiente peculiaridad: en ningún campo hubo una mutación evidente, brutal y completa. Con todo, avanzando a tientas en esta neblina, es posible percatarse de los elementos que siguen en pie y se mantendrán así por mucho tiempo, de otros que se derruyen o se tambalean a nuestro paso, y también de otros inesperados y nuevos.

Lo que dura debe su permanencia a las reacciones morales tanto como al tipo de estructuras en las que se encuadra el hombre. Y veo alzarse, en primer término, la violencia y su culto. Durante mucho, demasiado tiempo, se ha enaltecido el ideal romano de un ejército compuesto por ciudadanos campesinos y al servicio de la cosa pública, se ha celebrado la *pax romana*, en oposición el régimen de la banda guerrera que ignora el Estado y se entrega a interminables arreglos de cuentas. Dicha opinión sigue sólidamente anclada en la memoria colectiva, y los turiferarios de la Antigüedad no se recatan de exaltarla: es olvidar los abominables saqueos y masacres de los héroes puros que fueron Escipión, César o Trajano, disimular los esclavos de Séneca tras los discursos del filósofo, renunciar a ver los gladiadores y los «juegos» del circo, el asesinato de los que estorban, las sublevaciones pretorianas y la elección de emperadores analfabetos salidos de sus filas por parte de la soldadesca. Im-

posible ocultar las convulsiones militares y las sórdidas intrigas que marcan toda la historia de Roma, por no hablar de la de Grecia. Estos hombres que se matan entre sí por una nimiedad en tiempos de Gregorio de Tours y que se degüellan unos a otros en nombre de la religión antes de Heraclio no son «bárbaros», sino «romanos». El culto de la fuerza, el prestigio del guerrero, no nacieron con Wotan o los nibelungos. Más aún, resultan excusables o explicables en los pueblos duramente confrontados a los rigores de los desiertos, en el sur, o a los de una tierra difícil, en el norte: los recién llegados son gente de armas por necesidad. Pero beber una copa llena de sangre fresca de caballo ¿es peor que echar un esclavo a las morenas o un cristiano a los leones?

La otra faceta de la sociedad, en parte vinculada a la precedente, se suele tratar, me parece, menos a menudo, y no provoca ninguna disputa de principio: es la movilidad de los hombres. A primera vista, esta observación sorprende. Pensamos en el universo urbano, en las *villae* bien afianzadas en tierra, en las indestructibles calzadas; la misma legislación procura encadenar a los hombres a su aldea y a su oficio, exigencias que Mayoriano todavía repetirá en 460. El desorden debería mover a los individuos —y así ocurre con frecuencia— a aglutinarse en torno a un padre, un señor, un jefe de guerra; el rigor de los textos recluye en su clan, en su *gens* o en su familia al hombre de esta época, tanto a uno como a otro lado del *limes*. Todo ello es indiscutible. Pero se desatienden dos aspectos. El primero es coyuntural: los disturbios guerreros, así como la opresión fiscal y el inverosímil yugo administrativo que han de soportar, hace huir a los hombres. Renuncian a sus raíces para tomar el camino de la ilegalidad y la inseguridad que durante siglos constituirá el destino del solitario: huyen de Bélgica a Provenza, de Gales a Armórica, de Siria al Ponto, de África a Sicilia, para escapar de los alamanes, los sajones, los persas o los vándalos; los

numerosos tesoros de los siglos III y IV escondidos en los bordes de los caminos dan fe de estos éxodos precipitados a los que no siguió ningún retorno. Pero las bandas hambrientas y saqueadoras que merodean por las zonas rurales y llegan incluso a atropellar las ciudades —*circumcelliones* de África, *bagaudas* de la Galia— tienen visos de haber alcanzado el nivel de la protesta social y la insumisión crónica. Tras la apariencia de una *Romanía* que aún perdura, progresa la descomposición.

En cambio, hasta hace muy pocos años se contraponía un mundo de campesinos sedentarios y mercaderes urbanos al de los pastores nómadas y los agricultores itinerantes que deambulan y se desplazan sin cesar al otro lado del *limes*. Han sido necesarios los fulminantes progresos de la arqueología agraria para obligar a que se rectificara esta concepción tradicional. No solo en zonas no romanizadas donde el hecho parecía natural —como Frisia y las regiones centrales de Alemania—, sino que también a este lado del Rin y del Danubio, en Inglaterra, en la Galia o en Retia, el hábitat se revela inestable, ligero, móvil dentro de los límites de las zonas cultivables, con una parcelación incierta y una distribución variable de las zonas de asentamiento. En compensación, hay una serie de puntos fijos: la *villa*, si subsiste; el cementerio, cuando todavía sigue en uso; las ciudades, naturalmente, y la centuriación, en los lugares donde se había trazado: este fenómeno se hace más manifiesto a medida que se avanza hacia el sur y hacia el este. De momento, y dado que carecemos de prospecciones abundantes y serias realizadas en las costas mediterráneas, lo prudente es, en cuanto se refiere a esta zona, admitir la validez de la imagen tradicional.

La esclavitud, fundamento de la producción, es otro rasgo que permanece. Se ha constatado que, contrariamente a las afirmaciones repetidas durante mucho tiempo, sajones, godos y eslavos la practican, y tampoco más al sur se ha renunciado a ella, pese a las dificultades de reaprovisionamiento de ganado

humano. La Iglesia protesta sin demasiada energía, pero como juzga alienante el trabajo, no tiene ninguna propuesta seria que ofrecer como alternativa. Así, el esclavismo prosigue, con su bien conocido cortejo: estancamiento técnico, falta de especialización, indivisión del trabajo, bajos rendimientos, riesgos de rebeliones desesperadas y sangrientas. Mientras no se haya ido a pique este modo de producción, la Antigüedad continuará.

Se suele decir que la ciudad y su territorio —la «ciudad antigua»— son elementos típicos de la sociedad grecorromana, y que su eclipse señala el comienzo de la Edad Media, tanto más cuanto que los pueblos recién llegados conocían mal esta imagen, no estaban acostumbrados a la vida urbana y no percibían su interés. Más adelante se abordará esta cuestión con más matices, pero cabe indicar desde ahora mismo que la más reciente historiografía contradice la idea de una supuesta muerte de las ciudades. Aunque a menudo estén debilitadas y hayan perdido en importancia, aunque se vean privadas de una parte del control que ejercían sobre el espacio rural circundante, estas ciudades, incluso las situadas en plena Galia, en Bretaña, o en las proximidades de los mundos germano, árabe o beréber, viven y no permanecen pasivas. Que no se parecen en nada, ni siquiera en Oriente, a sus antecesoras de los primeros siglos, ni por sus actividades, ni por su aspecto, ni por su peso político o económico, es innegable; pero se trata de mutación y no de agonía. Como mucho, se puede subrayar que la fiscalidad, incapaz de mostrarse eficaz en el campo, se vuelve contra las ciudades, marchita su vigor, provoca la huida de los habitantes, mina su autoridad; pero, con la excepción de zonas duramente afectadas por los incendios o los exilios, todas siguen estando presentes en plena alta Edad Media.

Decir que Chilperico o Recaredo no son fundamentalmente distintos de Heraclio, Cosroes o Valentiniano indignará a los incondicionales de la *Romanía*. No obstante, todas las diferen-

cias que existen entre ellos se reducen a matices cuantitativos. La naturaleza de sus respectivos poderes es la misma: hace ya mucho que el Estado ha dejado de ser el bien de todos; pertenece al príncipe, quien, a veces, ni siquiera goza, frente al bárbaro que le sucederá, del privilegio de un aura mágica como la de los soberanos merovingios, o de una consagración por la Iglesia como la de los visigodos. Ya se trate del Sol, de Zoroastro o del Dios de los cristianos, lo sagrado y lo divino son los factores que justifican y legalizan la autoridad. El poder es guerrero, carismático, personal; en él se mezclan lo profano y lo sagrado, y todo lo que tiene relación con el príncipe es suyo: la tierra pública y el dinero, del mismo modo que los soldados y los clientes. Me atreveré incluso a sostener que en los monarcas sajones —pueblo sin contacto con Roma— o en los merovingios, que tienen una mala reputación a medio camino entre lo odioso y lo grotesco, hay más sentido de la cosa pública, de la ley como algo que deben hacer respetar, del contacto con el «pueblo», que entre los autócratas persas o los militares aventureros de Bizancio. ¿Por qué hablar entonces de anemia política en el Oeste?; la esencia de la *auctoritas* no ha variado, y por un Justiniano, ¡cuántos Mauricios hay en la historia de Bizancio! Ina, Dagoberto o Teodorico admiten perfectamente la comparación: el mismo afán por imponer un orden moral agobiante, la misma manera de apoyarse en los allegados, el mismo recurso a la fuerza. Y el hecho de que en el Este subsista durante varios siglos más que en Occidente una pesada maquinaria burocrática al modo egipcio, que complica, retrasa o detiene con su formalismo abstracto y tiránico cualquier esfuerzo mínimamente original, no me parece una ventaja muy estimable.

Lo que ya no existe

He aquí apoyos seguros para adentrarse en el mundo medieval. Pero faltan otros y esa ausencia es lo que precisamente nos

sorprende. Sin lugar a dudas —¡pero cuántos matices y correcciones!—, el fenómeno de este tipo que mejor se aprecia es la separación entre los dos bloques de la *Romanía* herida: ya no será posible escribir desde Clermont a Nicea o viajar desde York hasta Hipona. Persiste, sí, la idea de una historia común, que en el Oeste los «bárbaros» harán suya, tomándose a sí mismos por «romanos»; pero el estrato superior de la sociedad, el formado por los ricos y los letrados, por hombres cuyos dominios —y cuyas amistades o discípulos— se hallaban dispersos por toda la costa mediterránea, languidece y restringe el radio de acción de sus intereses y de su mirada. Y como su voz es la única —o casi— a la que tenemos acceso, las quejas que emite nos conmueven: el universalismo romano pasa al plano de los ideales o de los grandes recuerdos. Hace falta toda la obstinación de una Iglesia conquistadora para afirmar que existe, incluso más allá de Roma el vasto conjunto de sus fieles, y para valorar como un éxito moral lo que es una mutilación intelectual.

Hay, además, la expresión concreta de este foso que se hace cada vez más infranqueable; «sangría de oro», decía Marc Bloch, tal vez exageradamente; en todo caso, contracción de las necesidades y de los contactos en el Oeste. Aun en las regiones donde las ciudades permanecen más activas —Galia del sur, España, Italia—, se pierden las intensas relaciones con Oriente del período anterior: la primera necesidad estriba en comer, y la comida depende más de los grandes propietarios rurales que de los mercaderes venidos de Siria. Y como la aristocracia, senatorial o bárbara, sigue observando las usanzas antiguas, tanto en la mesa como en el gusto por la ostentación, podemos decir, a la manera de economistas pomposos: «Las balanzas comercial y de pagos invierten sus tendencias: en lo sucesivo, y por mucho tiempo, Occidente será deficitario». Quisiéramos tener una certidumbre comparable en lo que atañe al ámbito rural y poder afirmar que las estructuras todavía imprecisas de ocupa-

ción del suelo son, en adelante, la regla, que el espacio inculto, el *saltus* romano, público o no, se convierte en la segunda cara del ecosistema en formación. Pero la arqueología aún no ha aportado pruebas concluyentes, y solo alcanza a señalar que la mayoría de las grandes explotaciones del siglo II, así como las reconstruidas tras la tormenta de la centuria siguiente, fueron abandonadas entre 400 y 600. ¿Pero en provecho de qué otras estructuras? ¿Los *vid* que se dilatan?, ¿aldehuelas itinerantes?, ¿*casae* dispersas en el vasto marco de una *plebs* territorial?, ¿o, tal vez, un poco todas ellas? Y cuando se trata de hacer sitio a los recién llegados, de la *hospitalitas* a la que el Estado fuerza a los pudientes, ¿se trata de una cohabitación, de un reparto o de una disgregación? Tema fundamental y oscuro pero cuyo sentido general es aquí muy claro; a la importancia que la retracción de las ciudades da al campo, se suma una transformación del ámbito agrario, y quizá de las estructuras sociales implantadas en él.

Por último, el *statu quo* anterior se desmorona también en otro plano, pero mucho más en el Oeste, lo cual agrava las oposiciones ya esbozadas. Poco importa que se pueda discutir o no acerca de la extensión a todas las provincias romanas del catastro y del impuesto cedular. En cambio, lo que no ofrece dudas es que, por un lado, el fraccionamiento de Occidente en unidades políticas menores regidas por soberanos y, por debajo de ellas, en dominaciones regionales replegadas sobre sí mismas u hostiles hacia las demás, y, por el otro, las dificultades que en Oriente encuentra el poder central, en principio único, para imponerse a las provincias más alejadas o menos sumisas, socavan los dos pilares fundamentales de una autoridad suprema: el reclutamiento de los ciudadanos para la guerra y la fiscalidad. Hacía tiempo que se recurría a los servicios de mercenarios, y no nos corresponde insistir aquí en la contribución de los inmigrados, en toda la *Romanía*, al naufragio de las virtudes cívi-

cas; a este respecto, el recurso a los hombres libres en armas, convocados de manera desordenada e ilegal, y mezclados a continuación con los guerreros profesionales que rodean al príncipe —práctica usual en Occidente—, se parece más a las levas de legiones de los buenos tiempos que la soldadesca extranjera que sirve a los emperadores de Bizancio o de Ctesifonte junto con la escasa y poco entusiasta tropa de los contribuyentes llamados a filas. En cuanto a los impuestos, ocurre lo contrario: en el Este, sigue subsistiendo en teoría, y las sumas recaudadas —no siempre sin problemas—, disminuidas además en el camino por los robos o las retenciones abusivas, todavía llegan en parte —¡pero en qué moneda!— al tesoro público; amarrar a la tierra al individuo sujeto a contribución, o hacer al vecino responsable de su cuota, solo conduce a una profusión de huidas frenéticas para eludir las requisas, el impuesto o la incorporación al ejército. En el Oeste, donde la autoridad de las administraciones públicas está completamente quebrantada, incluso en España o en Italia, a los reyes, para desembarazarse de un importuno, les basta con nombrarle recaudador: con ello obtienen la seguridad de no volverle a ver. La única y curiosa excepción la constituyen los sajones, pero este pueblo, sin ningún contacto con los romanos, es el único que parece haber mantenido viva la idea de que al soberano se le debe un servicio material.

Aquí concluiría un cuadro de la situación a la manera de Ferdinand Lot. En Francia, ya lo he dicho, esta es a menudo la óptica imperante. Sin embargo, guardémonos de entonar el canto triunfal de un germanismo sistemático: en esta descripción de una metamorfosis difícil, sepamos, como los italianos, descubrir lo nuevo.

Lo que anuncia el futuro

Europa occidental necesitó cinco siglos para levantar cabeza, pero durante otros diez dominará el mundo. Debemos admitir, en vista de los resultados, que hacia 500 hubo entre sus manos algo más que polvo y «saldos».

Se suele dar demasiada poca importancia, porque la escasez de nuestra documentación las hace raras, a las manifestaciones que saludaron con alegría la llegada de los «invasores», del mismo modo que, tradicionalmente, se condena la posterior conversión al Islam de tantas regiones que habían sido antaño focos del cristianismo. Se ve, en dicho fenómeno, la excepción, la traición, la desviación ideológica, siempre en nombre de Cicerón y de Marco Aurelio; nunca se interroga a la abrumadora masa de los humildes: sin embargo, de ahí parten las aclamaciones a los recién llegados, y tales aclamaciones deberían movernos a pensar que nada dura ni resulta posible si nueve hombres de cada diez no lo aceptan, pero que todo se hace viable si responde a un deseo tenaz y mudo de la inmensa mayoría. Ahora bien, en el siglo V, un sacerdote, Salviano, escribía precisamente: «Despojados, apaleados, tras haber perdido el honor de ser romanos y todo derecho a la libertad, los pobres fueron a buscar entre los bárbaros la humanidad de los romanos». «¡Mito del buen salvaje!», exclaman, sarcásticamente, los cultivados. Acaso tengan razón; pero con solo que la Iglesia meta baza y que unos cuantos senadores estimen preservados sus intereses con el cambio, nos encontramos de pronto con la Galia «merovingia». Este «retorno a las fuentes» ¿se hizo con el beneplácito de la población? Pienso que sí, al igual que más tarde ocurriría con la aquiescencia al Islam. El pueblo traicionado se convierte en exigente y escoge una religión sin complacencia pero sin sutilezas, un poder concreto y visible, un horizonte limitado pero seguro. ¿Cómo ver en esta actitud un simple retroceso?

Además, el impulso rural se acompaña a menudo de un resurgir lingüístico, mental, familiar, amplio, que resquebraja el

barniz grecorromano en Galia, Iliria, Egipto, África, España. Y lo cierto es que lo que aportan los recién llegados no merece en absoluto el desprecio del que les hacen objeto los letrados henchidos de romanidad. La misma Galia —como se lamentaba Camille Jullian— no había ganado tanto, al fin y al cabo, con la ocupación romana; pasado el siglo V, no hay una sola tumba que no pruebe la superioridad de las técnicas artesanales del «bárbaro» comparadas con las mediocres prácticas mediterráneas: de esta superioridad tenemos la prueba científica, gracias al arco eléctrico, en lo que respecta a las armas y las herramientas; la calidad de las construcciones de madera, la ganadería porcina y bovina, la caballería de guerra, el arte abstracto o la representación de animales, que todavía nos cautiva, admite comparación con el legado grecorromano; las estructuras familiares y los procedimientos agrarios no tienen nada que envidiar al derecho romano o a los miserables cultivos meridionales. Si a ello añadimos el vigor demográfico que en esos años parece huir del viejo mundo, el cuadro, según creo, queda completado.

Pero también tiene lugar un crecimiento en otro campo, y sobre este no hay polémica posible, porque es cuantitativo e indiscutible: se trata del ensanchamiento del mundo. Constituye un fenómeno capital, el único que puede justificar la cesura entre Antigüedad y Edad Media en la época en que la buscamos. Antes de 300 o 350, la «historia» concierne exclusivamente a una larga franja de tierras que, desde Gibraltar hasta el Japón, está contenida entre el trópico y los 50º de latitud norte: en los cuatro grandes imperios mediterráneos o subtropicales que se reparten por esas fechas la zona «civilizada», se escribe mucho y se progresa poco. Más al sur, en la Arabia preislámica, en el África negra, donde diversos pueblos se agrupan, así como en Indochina, existen zonas en las que se desarrollan otras culturas y hacia las cuales, por otra parte, acuden los «imperios» pa-

ra procurarse esclavos, metales preciosos, materias primas. Pero sobre todo en el norte, florecen nuevas áreas culturales que la arqueología actual revela progresivamente en toda su riqueza y amplitud: las de los dacios, sármatas, germanos, celtas, turcos tal vez. Estos pueblos son mudos, pero sus tumbas, sus hábitats, y a veces sus hazañas cuyo eco llega hasta el sur, dan fe de su vigor, sus capacidades, su diversidad. En adelante, estas dos zonas del norte y del sur formarán parte de la historia: el mundo occidental abarca así desde el Báltico hasta Guinea, y desde los Urales hasta Zanzíbar. Sea cual sea la causa que se atribuya a esta dilatación, representa un cambio decisivo en la historia humana, porque ofrece, de repente, una posibilidad de abertura y de progreso, preludio natural a la expansión del siglo XVI, que de nuevo desplazará los límites. Un cambio de esta magnitud no se produjo de la noche a la mañana. En el interior mismo de la zona medular se podían percibir sus primeros síntomas mucho antes de las «invasiones»; los centros vitales, los polos económicos o intelectuales se acercan poco a poco a los mundos nuevos, como si, por adelantado, fueran a su encuentro: de Roma a Milán y luego a Tréveris; de Atenas a Constantinopla o Alejandría; pronto serán Bagdad, El Cairo, Kairuán, York o Colonia. Mucho antes de que Alarico levante la mano contra ella, Roma ya no está en Roma; el Mediterráneo ha dejado de ser el lugar geométrico de la civilización en el Oeste, y no es más que un objeto de disputa por parte de dominaciones ribereñas que se apoyan en un *hinterland* profundo, desde siempre despreciado o desconocido. Frente a esta deserción del centro, frente a esta agonía de la ciudad de los hombres, ¿cómo no comprender que un pensador del talante de Agustín haya querido arrastrar a sus semejantes hacia la ciudad de Dios?

Primera parte

LA FRAGMENTACIÓN DE LAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS

(finales del siglo IV - finales del siglo VII)

Capítulo 1
AUTOPSIA DE OCCIDENTE

(principios del siglo V)

En Europa occidental hay una tradición poco afortunada que consiste en establecer en el campo medieval la barrera de Occidente antes que la de Oriente. Es justificable, evidentemente: para un francés, un ibérico, y más aún un inglés o un alemán, es más importante entrar directamente de la ruina romana al reino «bárbaro»; lo que ocurra en el Este les parece lejano, sin efecto ni valor. En la perspectiva de la «larga duración» no están equivocados, y estos libros, como todos, echarán tierra sobre Bizancio. Sin embargo, sería más sensato invertir el proceso y empezar por dirigir la mirada hacia la Romanía, que se extiende (¡y con qué vitalidad!) de Nápoles al Nilo, y del Adriático al Éufrates. Adherirse a esa visión permite subrayar mejor la continuidad que caracteriza «la alta Edad Media», acabar con la falsa idea de una ruptura capital, y colocar a un Occidente sin corona en un lugar secundario: el que le corresponde. No obstante, si cedemos una vez más ante la costumbre, es porque, en definitiva, parece que abordar bruscamente el mundo menos familiar de Oriente podría desconcertar al lector armado solamente con su buena voluntad, y porque el contrapunto bizantino le podrá parecer más original y más accesible si lo acomete a continuación. Pero que no vea en ello nada más que una comodidad.

En el 388, el retórico bórdeles Pacatus se dirigía de este modo al emperador Teodosio: «Sabemos que jamás habrá ninguna revolución contra el Estado, porque el Imperio Romano pertenecerá para siempre a ti y a tus descendientes». Ahora bien, ya en el 406 los germanos cruzaron el Rin; en el 455 el último vástago de la familia teodosiana, Valentiniano III, era asesinado; y

en el 476 el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo, era depuesto. El Imperio se dividió en una serie de reinos germánicos.

La admiración rayana en la obcecación, que Pacatus profesaba a Roma tenía su justificación. Al esperar demasiado, contra todo pronóstico, de su civilización, intentaba de alguna manera exorcizar el futuro. Era uno de los numerosos adeptos de la civilización de la cultura grecorromana que habían dado un sentimiento de universalidad a todo aquel que hubiera aceptado entrar en el *orbis romanus*, el mundo romano civilizado. Asimismo es importante conocer bien lo esencial de las estructuras que la Antigüedad tardorromana legó a los reinos bárbaros antes de iniciarse la muerte lenta, incluso interminable, de una Roma que no cesa de polarizar los afectos y de cultivar las nostalgias. Entonces, una vez expuestas las originalidades de los antagonistas germánicos y romanos, las crisis de los reinos germánicos se nos aparecerán en toda su agudeza, en un desgarramiento entre el abandono de viejas soluciones ya caducas y la creación de prácticas sociales o económicas mejor adaptadas. Porque la llamada época de los reinos bárbaros es, en realidad, y después de breves períodos de estabilidad, uno de los grandes cambios que ha registrado la historia.

Con el fin de evitar cualquier juicio peyorativo por un *a priori* gramatical, vamos a admitir en adelante que se abandone el término de bajo Imperio en provecho del de romanidad tardía para designar el estado de la civilización romana a partir de los siglos IV y V. En efecto, dicha civilización fue profundamente reorganizada y transformada por los emperadores de las familias constantiniana y valentiniano-teodosiana para poder hacer frente a la amenaza germánica. Se impuso una mayor rigidez al sistema político de un imperio que había sido liberal, y que ahora se convertía en burocrático y cristiano. La sociedad soportó la dominación de diversas grandes familias senatoria-

les cada vez más poderosas. Finalmente, la relativa prosperidad de una economía cada vez menos esclavista aseguró un equilibrio inestable y mantuvo intacto el prestigio de Roma ante todos los pueblos de dentro y fuera del Imperio. Esa civilización fue, pues, a la vez un envite y un cebo que los bárbaros tenían que intentar conquistar con una mezcla de admiración y de temor.

UN ESTADO RÍGIDO Y VORAZ

En el 395, el Imperio Romano ha sido dividido entre dos emperadores; Honorio para Occidente, con Ravena como principal capital, y Arcadio para Oriente, con capital en la nueva Roma, Constantinopla. Italia, las islas, el norte de África, la península ibérica, la Galia hasta el Rin, Gran Bretaña hasta Escocia, y los países ilirio, panonio, nórico y rético hasta el Danubio, forman un conjunto político unificado por Roma pero terriblemente codiciado por los bárbaros. A partir del 405, las dos partes del imperio se encuentran cada vez más unidas, teóricamente por lazos de amistad. Pero, de hecho, sus evoluciones divergentes las separan progresivamente, sobre todo en el arte y en los medios que utiliza Oriente para desembarazarse de sus propios bárbaros a costa de Occidente.

La vacía majestad de la función imperial

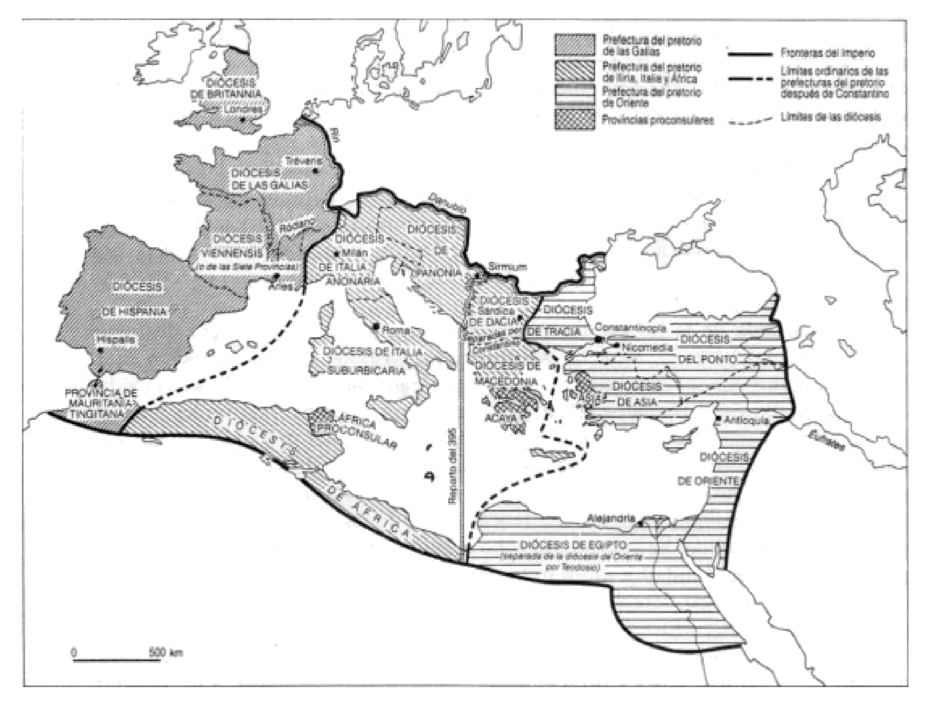
El emperador es un personaje al que toda la propaganda de los panegíricos intenta sacralizar, como ha quedado demostrado en la frase de Pacatus. Además, se aplica el epíteto de sagrado a todo lo que guarda relación con su persona, su palacio y sus principales funcionarios. Sin embargo, esta voluntad de colocarlo por encima de todo no le convierte en un monarca totalitario, porque, aunque en Oriente existe claramente esa tendencia, la tradición jurídica romana la reduce en Occidente.

Oficialmente, el emperador decide sobre el texto de las leyes a las que queda vinculado. «El emperador promulga leyes que es el primero en respetar», dice san Ambrosio, uno de los que inicialmente contribuyeron a poner límites al poder absoluto de los emperadores romanos. En ese respeto por la ley se basa la autoridad del *Código Teodosiano*, promulgado en el 438 en las dos partes del imperio. Toda la legislación romana en Occidente durante siglos habría de basarse únicamente en ese código. A partir de entonces, las leyes y constituciones imperiales, consideradas también sagradas, fueron intocables, tanto más por cuanto debían utilizarse en las sentencias de los procesos con la cita exacta de su fecha de promulgación.

Esta primacía de la ley escrita constituye el elemento esencial que distingue al civilizado del bárbaro. Este último solamente dispone de una tradición oral. El emperador romano, al promulgar la ley, protege con mayor razón a los ciudadanos, al poder estos oponérsele con la ley misma y, además, porque les protege la distinción esencial que separa su vida pública de su vida privada, lo cual conduce a la separación de los dos derechos bajo la misma denominación. En ese sentido, el derecho público se opone al derecho privado. El ámbito del Estado (*respublica*) está cuidadosamente diferenciado del de las personas privadas. Estas distinciones racionales hacen del derecho romano un instrumento de gobierno esencial por su flexibilidad y sobre todo por su precisión. Otro binomio responde al de derecho público-derecho privado: el de servicio militar (*militia armata*) y servicio civil (*militia officialis*). Los cimientos de la sociedad romana se encuentran de ese modo incluidos en el derecho: los ciudadanos privados son administrados por funcionarios civiles y protegidos por funcionarios militares; y el conjunto de esas personas públicas representa el Estado. Nos encontramos ante el apogeo del derecho romano, cuya fuente es el emperador.

Otra fuente de inspiración para el poder imperial es la Iglesia. Desde el 391 se ha abolido el paganismo y el cristianismo se ha convertido en religión de estado. Pero aunque se han cerrado los templos y se ha prohibido el culto oficial a los dioses paganos, persisten las prácticas y las creencias de la religión antigua. Aunque, entre el 400 y el 450, según las regiones, desaparezcan las ofrendas de monedas a los genios salvadores de las aguas en las fuentes termales, a menudo se desconoce, sobre todo en el campo, la nueva religión. Y esta tendencia se acentúa en los extremos del mundo occidental: desde Mauritania hasta Galicia, Armórica, Gran Bretaña, las orillas del canal de la Mancha y las del mar del Norte. En cambio, casi todas las ciudades están cristianizadas y tienen obispo. Los obispos participan en los concilios que tienen importancia para la ortodoxia de la fe. El emperador participa en ellos e interviene en los debates como mantenedor de la paz divina. Según sea la fuerza de su carácter, se deja imponer definiciones religiosas o las dicta él mismo, a veces incluso sin consultar a los interesados. No obstante, no es el único que se arroga el papel de árbitro supremo en materia religiosa. Aunque de vez en cuando hace detener y castigar a los herejes, hay otro personaje, el papa, que se impone en Roma más fácilmente al haberse trasladado el emperador a Ravena. La Roma de Rómulo y Remo tiende a convertirse en una nueva capital fundada, una vez más, por otra pareja de hermanos, Pedro y Pablo, unidos por el martirio de la fe. Los papas de los siglos IV y V recogen toda la herencia romana y se erigen en cabezas de todas las Iglesias, extendiendo su jurisdicción sobre ellas. Identifican romanidad y cristianidad, y hacen de la ciudad por excelencia un símbolo de eternidad puesto que ella se ha salvado por los bautizados. De este modo, el cristianismo, mediante el poder pontifical, contribuye a reforzar el poder Imperial, sin que por ello se le atribuya explícitamente la tutela espiritual del mundo. Así, pues, los cristianos no vuelven a po-

ner en cuestión el Imperio Romano. Por el contrario, lo sostienen y aceptan que la nueva religión acabe siendo sinónimo de romanidad.



El Imperio Romano en el siglo IV.

Descendamos ahora de ese empíreo ideológico para percibir los componentes del poder imperial. La opinión pública no digiere que la dinastía valentiniano-teodosiana ostente el poder. Sigue viva la vieja idea romana de los inicios del imperio según la cual el ejército debe crear al emperador. Es fácil que un general sea proclamado si el peligro amenaza en alguna frontera. Si fracasa, se condena su recuerdo *(damnatio memoriae)* y es maldecido por la posteridad; pero si triunfa, pasa de ser un tirano a ser sagrado y respetable. Así pues, en tiempos de conflictos, los pretendientes proliferan, y los generales que rodean al emperador son más peligrosos, y vigilados, al no dirigir el emperador personalmente a las tropas. Del mismo modo, el gran rival en potencia de todo emperador es el *magister militum praesentalis*

(«generalísimo»), a menudo investido con la dignidad de cónsul o de «patricio». Seguro de la fidelidad del ejército que dirige, puede hacer el papel de un viceemperador que gobierna permitiendo un poder aparente al fantoche que ha dejado o instalado en el trono. Tiene sus propias insignias (la diadema de oro sobre la cabeza), es el hombre al que se puede apelar en última instancia y el que gobierna *de facto* (sin por ello dejar de suscitar un odio tal que pueda dar lugar a un asesinato imprevisible). En definitiva, el poder imperial presenta una fachada sana y goza de numerosos soportes, pero lleva implícito su propio enemigo: la ausencia de verdadera legitimidad si el emperador no es un jefe de guerra.

Una burocracia decoradora de hombres y de oro

Asimismo, el gobierno imperial es imponente gracias a su sistema burocrático, muy desarrollado para la época. Sea donde sea expedida una orden imperial (en Ravena o en Milán, en Tréveris o en Arles, a partir del 407), es siempre transmitida por el correo del Estado a todos los grandes funcionarios locales: prefectos del pretorio (tres en Occidente), vicarios a la cabeza de sus diócesis y gobernadores en cada provincia. Las ciudades, que son la última subdivisión, son las únicas que siguen siendo administradas por la asamblea de los notables locales, los «curiales», que ocupan sus escaños en la curia, un senado municipal que discute sobre la aplicación de los preceptos imperiales. El gobierno central, llamado *comitatus*, agrupa a los principales ministros. A su alrededor, se agitaba todo un mundo de funcionarios con emolumentos establecidos en oro y con títulos rimbombantes. Pero como justamente la cima de esta pirámide de funcionarios que formaban el gobierno central se fue debilitando hasta desaparecer lentamente en el curso del siglo V, nos interesa sobre todo ver lo que quedó de ella: esencial-

mente la organización de la justicia, de las finanzas y de los ejércitos al nivel de las provincias.

Todos los grandes funcionarios locales citados más arriba podían tener un tribunal de justicia a su cargo. La apelación podía llegar hasta el prefecto del pretorio imperial o hasta el mismo emperador. De hecho, estos tribunales, rápidamente sobrecargados de procesos y lentos para resolverlos, acabaron siendo insuficientes. Para proteger a los más pobres, se reservaron entonces las causas civiles menores a personas elegidas por algunos de los ciudadanos, a razón de una por ciudad: los «defensores». También se aceptó que los obispos resolvieran el mismo tipo de litigio, siempre y cuando lo hubieran acordado ambas partes. Su jurisdicción fue en seguida muy popular. Pero a falta de jueces profesionales, los funcionarios encargados de los tribunales estuvieron siempre más o menos desbordados, aun cuando fuesen antiguos abogados. Asimismo, con el fin de acercar la justicia a los justiciables, Valentiniano III o Mayoriano (457-461) acabaron por suprimir lo que subsistía de la autonomía urbana instituyendo a un «conde» dotado con funciones de juez al frente de la ciudad. Paradójicamente, esta última medida de centralización fue una de las más duraderas del mundo occidental romano. Entre los pequeños funcionarios que rodeaban a los gobernadores o estaban encargados de oficializar las sentencias, señalemos finalmente a los notarios *(notarii)*. a los que sería más apropiado llamar taquígrafos. Tomaban en notas llamadas «tironianas» las deliberaciones y todas las decisiones políticas que luego debían transcribir en alfabeto clásico. Estaban al corriente de muchos secretos y a menudo llegaron a amasar grandes fortunas. En cambio, aquellos a los que llamamos notarios y que los romanos llamaban *tabeliones,* porque escribían los contratos, actas de venta y testamentos en tablillas, no podían esperar nada similar. De origen modesto, eran los más humildes depositarios de la cultura jurí-

dica romana por los formularios que copiaban fielmente en sus documentos, respetando escrupulosamente cada término. Se contentaban con llenar los espacios en blanco de las fórmulas con los nombres de los lugares, los datos cuantitativos y los nombres propios de los contratantes. Había *tabeliones* en todas las ciudades e incluso en los grandes burgos rurales. De ese modo, el derecho romano llegaba hasta las entrañas del medio rural.

Asimismo, aunque chirriara la máquina financiera, la burocracia era todavía lo bastante eficaz como para alcanzar a todos los contribuyentes. Buena parte de los recursos del Estado procedía de las tierras públicas. Formaban parte de ellas las haciendas confiscadas a los traidores y a los templos paganos, los bienes intestados o inexplotados, las zonas destruidas por las guerras o abandonadas por sus habitantes. Esos dominios, que los administradores arrendaban a campesinos, procuraban ingresos cuantiosos al Estado, y debían ser raros los territorios de ciudades en donde no los hubiera. Entre los otros ingresos imperiales, los impuestos sobre las minas, las canteras y las cecas representaban ingresos importantes.

Oficialmente, funcionaban solamente seis cecas en Occidente: Tréveris, Lyon y Arles en la Galia; Aquileia y Roma en Italia, y *Sirmium* en Panonia (Sremska Mitrovica). Constantino consiguió regularizar las acuñaciones creando una moneda de oro, el sueldo *(solidus)*, de 4,55 g. Esta moneda fue emitida en gran cantidad y circuló tanto más fácilmente cuanto que el Estado no aceptaba otras para el pago de los impuestos. Las monedas de plata circulaban poco. Las de cobre se utilizaban para las pequeñas transacciones e incluso para el pago de las tropas. La calidad de las monedas romanas, gracias al beneficio que su acuñación procuraba al Estado y al impulso que daba a los intercambios, desarrolló una verdadera economía monetaria.

La prueba más clara de ello es la generalización progresiva del pago del impuesto en moneda de oro a lo largo del siglo V, cuando normalmente se calculaba en especie. En materia fiscal, la burocracia romana había alcanzado un alto grado de complejidad y de variedad según las regiones del Imperio. Teóricamente, coexistían dos formas de impuesto: el que gravaba la tierra (el impuesto territorial), y el concerniente a cada persona (la capitación). Se calculaban unidades abstractas de imposición agrupando ya tipos de tierra, ya cierto número de cabezas. Ello requería la actualización regular de los catastros y los censos. En teoría, dicha actualización debía realizarse para un período de quince años o «indicción». Antes del inicio del año fiscal (el 1 de septiembre), el Estado fijaba la tasa de imposición por unidad. Entonces, los consejos de las ciudades nombraban a unos preceptores entre los curiales. Ellos debían hacer saber a los contribuyentes el montante del impuesto que les tocaba pagar, basándose en las tablillas de los registros de las oficinas. El impuesto era pagadero en tres plazos a lo largo del año, lo cual evitaba las aglomeraciones en los caminos y las bajas brutales de los precios de los productos en los mercados. Mientras que había numerosos escribanos que llevaban las cuentas en las oficinas, parece que el Estado romano no supo crear la función pública del preceptor. Este, el curial o decurión, era una persona privada, y respondía con su propia fortuna en caso de no recaudar los impuestos. Muy a menudo también, esos agentes improvisados del Estado exigían los impuestos con tal brutalidad que la opinión pública les veía normalmente con malos ojos. Por otro lado, si no conseguían recaudar la suma fijada, dejaban su condición de recaudadores y huían lejos de la ciudad ante el temor de arruinarse. Si no se satisfacía completamente la parte del impuesto a pagar en especie, el Estado podía proceder a la requisa. Y, evidentemente, exigía siempre y escrupulosamente los atrasos impagados.

Así, pues, el sistema daba lugar a muchos abusos, aunque solo fuera por la ausencia de regularidad en la revisión de los catastros y los padrones. Había malversación de fondos en los niveles más elevados y extorsiones indebidas a los campesinos. Los grandes terratenientes intervenían a menudo para hacer subestimar su parte proporcional. Y sin embargo, el Estado seguía percibiendo lo que necesitaba, aunque tuviera que gravar duramente la agricultura. El único impuesto sobre los artesanos y los comerciantes, llamado *collado lustralis*, solo aportaba alrededor de un 5 por 100 del montante del impuesto territorial. Aparece entonces la cuestión de si el sistema impositivo romano empobrecía a los contribuyentes, dado que las quejas contra la fiscalidad fueron en aumento durante el siglo V. En primer lugar, hay que constatar que penalizaba a las familias numerosas y que, salvo excepciones locales, gravaba del mismo modo las tierras buenas y las malas. Además, cuando se pueden obtener cifras, parece que en Italia, por ejemplo, la deducción total sobre las cosechas se acercaba a los dos tercios, sin incluir el alquiler de la tierra. Probablemente, las cargas de la parte occidental del Imperio eran más pesadas que las de Oriente, ya que las tierras egipcias estaban gravadas a razón de dos quintos de la cosecha. No obstante, es precisamente Egipto la provincia que aportaba más impuestos de Oriente. En Occidente, África iba en cabeza. ¡Pero la suma total de su recaudación fiscal equivalía a un tercio de la de Egipto! En consecuencia, está claro que Occidente era menos rico que Oriente y que debía subvenir más difícilmente a su defensa, estando como estaba abrumado por las cargas fiscales.

Una carga militar agobiante e inútil

En efecto, las principales partidas de gastos iban para el ejército. Aparte de ello, hay que destacar los sueldos de los empleados de la administración, los gastos de la corte y el abaste-

cimiento gratuito de los 20 000 cabezas de familia ciudadanos de Roma. Pero en Occidente no hubo nunca más de 15 000 funcionarios, lo cual era poco, y para abastecer de pan, carne de cerdo y aceite a los romanos, el emperador podía recurrir al producto de sus tierras personales o públicas y a las importaciones de las corporaciones de armadores o *navicularii*. El producto fiscal era, pues, consumido mayoritariamente por los 250 000 soldados que sostenía el oeste del Imperio. La ferocidad de las exigencias fiscales era consecuencia de las amenazas continuas en la frontera.

El ejército romano se caracterizaba por dos grandes principios. Había una separación total entre las funciones civiles y las funciones militares, de forma que los funcionarios puramente administrativos eran jurídicamente superiores y ello evitaba tentaciones de golpe de estado. Las tropas constaban de dos grandes tipos de unidad: el ejército de cobertura de fronteras *(riparienses, limitanei)*, y el ejército de campaña *(comitatenses)*, a disposición del emperador, destinado a intervenir en cualquier punto amenazado partiendo del interior del Imperio. En Occidente, el ejército de frontera agrupaba alrededor de 135 000 hombres y el ejército imperial a unos 115 000.

El primero era el menos eficaz. Era bastante numeroso en el Danubio y en las fronteras de Escocia, pero estaba reducido a unos 6000 hombres en las orillas del Rin. En general, los soldados que estaban instalados en los campamentos llevaban una vida doble: por un lado, la guardia y la instrucción: por otro, el cultivo de una parcela o incluso el desempeño de un oficio. Había unidades que solo existían en los registros oficiales. Los regimientos de África e Hispania se componían casi exclusivamente de este tipo de tropas.

Solamente había auténticos ejércitos de campaña en Italia, Galia y Gran Bretaña: 30 000 hombres para las primeras y 5000 en la isla. Si, de acuerdo con los demógrafos ingleses, esti-

mamos que el conjunto de la población de Europa occidental y África del norte se acercaba a los 26 000 000 de habitantes, vemos que Roma estaba muy mal defendida. Lo hubiera estado igualmente con un efectivo teórico de 250 000 hombres, pero tanto peor cuanto que los contingentes realmente eficaces constaban de 65 000 hombres.

La principal causa de esta insuficiencia era el bajo rendimiento del reclutamiento. Teóricamente, las levas afectaban a todos los ciudadanos del Imperio cada año. Cada terrateniente debía proveer cierto número de campesinos libres en función de la cantidad de unidades fiscales asignadas. Los pequeños propietarios, que no llegaban a poseer una unidad fiscal, se agrupaban en un *consortium* para designar a uno de ellos y encargarse de sus gastos cuando partiera. Los soldados estaban exentos de todo impuesto, mientras que los clérigos se libraban oficialmente del servicio militar. Este duraba un mínimo de veinticinco años, pasados los cuales se obtenían los privilegios de los veteranos: exención fiscal, donación de tierras y privilegios honoríficos. A pesar de ello, los propietarios, antes que perder mano de obra, preferían desembarazarse de los más perezosos o pagar el equivalente de un recluta. Los que no podían librarse desertaban. Asimismo, en la práctica el servicio militar se había convertido en hereditario, especialmente en el ejército de cobertura, los *limitanei*. El reclutamiento solo era fácil en las regiones fronterizas acostumbradas a la guerra. En cambio, África, Hispania, el sur de Galia e Italia estaban desprovistas de buenas tropas. Así, resultaba que el interior del Imperio era más vulnerable, a causa de su pacifismo, que los confines fronterizos.

A falta de un ejército regular importante, los generales romanos tuvieron que recurrir a los bárbaros. Se enrolaba a voluntarios que, enriquecidos, volvían ala margen derecha del Rin, donde se han encontrado sus suntuosas tumbas. Se instala-

ba incluso a prisioneros de guerra (suevos, sármatas o burgundios) en tierras vacías del interior del Imperio y se les exigía también un servicio militar. Se les llamaba *laeti*. Se enrolaba a contingentes enteros de francos y godos para formar los regimientos escogidos de las tropas de campaña. A menudo, sus oficiales se romanizaban y alcanzaban grados muy elevados que les introducían directamente en el círculo imperial. A veces, la política de alianza con algunos pueblos se hacía mediante tratados *(foedus)* que preveían la ayuda de sus tropas junto al ejército romano. Esos federados formaron en seguida verdaderas tribus instaladas en territorio romano. En Occidente, el caso más claro era el de los francos. Un primer grupo, los francos renanos, se venía utilizando constantemente desde Constantino para la vigilancia de la orilla izquierda del Rin, la *ripa*; de ahí que se les atribuyera el término de «ripuarios». Un segundo grupo, los «salios», fue establecido en la parte septentrional de la actual Bélgica por el emperador Juliano, en Toxandría (norte de Brabante, en el Escalda inferior). Se limitaba la zona de acantonamiento con fortines y guarniciones a lo largo de las carreteras de Tongres a Bavai y de Bavai a Oudenburg. En estos dos casos vemos que los bárbaros ya se encontraban en el interior del Imperio antes de que se hubieran iniciado las «invasiones». Pero no se desconfiaba de los federados, que seguían viviendo según su propia ley, gracias a su fidelidad, a la esperanza de que se romanizaran y, sobre todo, al ejemplo de los germanos ya incorporados en las tropas romanas. Los germanos voluntarios, que no siguieron conservando sus leyes, estuvieron siempre presentes en gran número en las tropas regulares. Según las estadísticas de las excavaciones de cementerios de finales del siglo IV y principios del siglo V, situados al lado de fortines romanos, de un 10 a un 20 por 100 de los guerreros eran germanos en los alrededores de Vermand (cerca de Saint-Quentin), y un 70 por 100 en los de Furfooz (en el sur de Bélgi-

ca). El Imperio había aceptado ese riesgo con el fin de aumentar el número de tropas y, como veremos, ello podía llevar a resultados inesperados o precarios.

Además, el hecho de que el ejército estuviera organizado por una burocracia previsora significaba que podía atraerse a los germanos con los beneficios que se distribuían y estimular la economía de mercado, aunque, se fomentaba la especulación, abrumando con más cargas a la población. En efecto, aparte de los donativos en moneda de oro a la llegada de cada nuevo emperador al trono, de la paga, de los uniformes fabricados en talleres de tejidos estatales y de las armas para los oficiales, que salían de las manufacturas del Estado, a menudo decoradas, los soldados recibían caballos distribuidos por las remontas del Estado para la caballería (poco más de un quinto del ejército), y también raciones de pan, vino, carne y aceite, sin olvidar el forraje. Una compleja organización de graneros estatales entregaba diariamente a cada soldado aproximadamente un kilo de pan más de 600 gramos de carne de cerdo, un litro de vino y siete centilitros de aceite. Finalmente, cada uno de los soldados de las tropas de campaña tenía derecho, según la ley de la «hospitalidad», a un «vale» de alojamiento que le autorizaba a ocupar un tercio de la casa de un particular. Este tipo de vida providencial, reflejo de una población civilizada sedentaria con un alto nivel de consumo, no podía menos que parecer un verdadero paraíso a los pueblos seminómadas de la Europa germánica o eslava. Resultaba más fácil y tentador vivir al servicio del Imperio que al otro lado de la frontera.

Pero los germanos eran conscientes del gigantesco esfuerzo que suponía pagar todos aquellos servicios y prever las necesidades de aquel ejército romano. Gran parte del trigo de África y de la Italia anonaria convergía hacia Roma y las guarniciones del Danubio o de la península en convoyes de barcos o carros. De hecho, la diócesis de Italia anonaria, que englobaba el rico

valle del Po, se llamaba de ese modo porque proporcionaba la anona, es decir, las raciones anuales de trigo. Otro tanto ocurría con las llanuras de Aquitania, la cuenca de París y la cuenca de Londres, que subvenían a las necesidades de las tropas renanas o interiores. Así pues, la administración tenía que asegurarse entradas fiscales regulares. Sin embargo, ya hemos visto que ello era imposible sin la ayuda de cargas muy gravosas. Había que prevenirse contra posibles malas cosechas y bloquear la especulación que dichas cosechas podían desencadenar mediante requisas a bajo precio que provocaban el descontento de los productores. Con el fin de estar al corriente de todo, el Estado mantenía a unos agentes de información y les aseguraba el transporte gratuito a través del correo oficial (el *cursus publicus*), por lo que había que hacer requisas de caballos, etc. En definitiva, el ejército romano era un instrumento tan difícil de manejar como las oficinas civiles a menudo sobrecargadas. Su misma existencia era una contradicción evidente entre un rendimiento débil y un elevado consumo. Defendía al Imperio con la ayuda de importantes tropas bárbaras que no se sabía si eran extranjeras o no. Era un verdadero Jano *bifrons* por su demanda, ya que estimulaba la producción de las tierras del interior a la vez que acentuaba la presión fiscal. En resumidas cuentas, cuanto más progresaba a nivel técnico, más frágil se volvía; y cuanto más eficaz era, más atraía al enemigo.

UNA SOCIEDAD QUE HUYE DEL ESTADO

Así pues, el problema no está en demostrar que el Estado romano era voraz o insuficiente (puesto que alcanzaba sus objetivos a sabiendas de los clásicos obstáculos con que se encuentra toda burocracia), sino en intentar descubrir si conseguía movilizar todas las energías ante una guerra incesantemente amenazadora. Parece que a semejanza de sus emperadores Honorio

(395-423) y Valentiniano III (423-455), que se encerraron en Ravena, la sociedad romana se metió en su caparazón para escapar del Estado, sin por ello dejar de aprovecharse de sus ventajas. Mientras que una minoría de generales decididos, obispos autoritarios y monjes críticos se debatía en inextricables dificultades y denunciaba la apatía general, todos intentaban esquivar sus cargas y buscaban la protección o la seguridad de otras estructuras políticas, ya se tratara del patronato de los grandes senadores ya de las instituciones caritativas de la Iglesia.

Alienación o estrangulamiento de la mano de obra

Hemos visto que los que gozaban de privilegios del Estado eran, además de los cabezas de familia romanos, los funcionarios y los soldados, que gracias a que cobraban sus salarios en oro tenían un gran poder adquisitivo. Los esclavos también forman parte de ese grupo, puesto que, a los ojos de los que huían del reclutamiento y de los impuestos, gozaban de ventajas extraordinarias: la exención de todas esas cargas. En efecto, no eran ciudadanos y en teoría seguían siendo herramientas que hablaban. La mayoría de domésticos eran esclavos, sobre todo en el caso de los soldados, que acostumbraban a poseer dos o más. Se encuentran por centenares en las residencias de los ricos senadores. Pero, aparte de esos trabajos humildes y cotidianos que nadie quería realizar, la mano de obra libre hace la competencia a la mano de obra servil. Tanto en las minas, en las canteras, en las fábricas textiles o metalúrgicas del Estado, como sobre todo en el campo, el rendimiento de un trabajador esclavo es siempre la mitad del de un hombre libre, puesto que aquel no saca ningún provecho de su trabajo. El esclavo no proporciona los beneficios que el dueño de una hacienda espera obtener. Además, desde Valentiniano I se prohibió vender un esclavo sin la tierra que cultivaba. Esta medida quería evitar la

pérdida de la cosecha y, por lo tanto, de impuesto, pero también pretendía asegurar al esclavo que cultivaba aquella tierra la perspectiva de una ganancia personal a cambio del pago de un arriendo al propietario. Así pues, se propone a ese esclavo *casatus* un estatuto económico mejor con el fin de que se interese por su trabajo y rinda más. Incluso parece, según los pocos datos que el historiador inglés Jones ha podido recoger, que esos esclavos rurales eran muy poco numerosos. Si alegamos la semejanza entre los sistemas sociales del Oriente y el Occidente romanos, podemos suponer que, al igual que en algunas haciendas de Asia Menor, solo formaban de un 10 a un 12 por 100 de los trabajadores agrícolas. En definitiva, la sociedad de la Antigüedad tardía ya solo es esclavista jurídicamente hablando.

¿Se debía ello a la disminución en el número de esclavos? Los esclavos por nacimiento siempre habían sido poco numerosos, pero los prisioneros de guerra reducidos a la esclavitud no disminuyeron; incluso bajó su precio a finales del siglo IV, lo que viene a demostrar que eran abundantes. Provenían de las zonas fronterizas: Panonia (la actual Hungría occidental) y Mauritania (Marruecos) principalmente. Los mismos bárbaros vendían a sus propios compatriotas y a sus prisioneros de guerra a los romanos. No obstante, si los prisioneros de guerra eran liberados, los germanos y otros pueblos no se convertían siempre en esclavos rurales. Pasaban a ser soldados-campesinos *(laeti)* instalados en un campo abandonado o incluso colonos adscritos a una parcela. La antigua solución de las grandes tropas de esclavos acuartelados en los grandes dominios ya no existía.

Esta reforma de la esclavitud era correlativa a la agravación del estatuto de los colonos. Se denominaba así a todos los campesinos libres sujetos a presión fiscal y al reclutamiento, ya fueran pequeños propietarios o tenentes. En particular estos últi-

mos envidiaban a los esclavos, que escapaban de los impuestos y las levas. Los primeros estaban a menudo sobrecargados de impuestos o a merced de cualquier mala cosecha. El endeudamiento o la partición de la tierra entre los hijos les llevaban rápidamente a la quiebra. Asimismo, los terrazgueros que, además del impuesto en oro, debían pagar el alquiler, veían cómo se les llegaba a deducir la mitad o incluso dos tercios de la cosecha. En vista de ello, Constantino bloqueó el precio de los alquileres. Pero se sorteó esa prohibición mediante falsificaciones o exigiendo pagos en especie *(xenia)*, que afectaban normalmente a los productos ganaderos (cerdos, pollos, huevos, etc.). Como, por otro lado, todos los campesinos debían permanecer en el lugar donde habían nacido para facilitar la percepción fiscal, muchos de los insolventes tendían a huir, aunque tuvieran que abandonar sus tierras para deshacerse de las deudas. Entonces, el Estado romano se ensañó fijando a los colonos al suelo, aun cuando seguían siendo jurídicamente libres. Pero, por más que se repetían esas prohibiciones y a pesar de la ayuda de los grandes terratenientes satisfechos de ver la mano de obra atada de ese modo a la tierra, no se pudo evitar la continua degradación de la situación. Incluso los campesinos libres no encontraron otra solución mejor que la de vender su tierra a un gran propietario a cambio de que pagara sus deudas o su impuesto en oro al recaudador. Más aún, algunos se convertían en tenentes de su antigua propiedad, aunque tuvieran que pagar el impuesto y el alquiler en especie. Adscribiéndose ellos mismos a la tierra, perdían su derecho a la propiedad y su estatuto de hombre libres. Aunque jurídicamente seguían siendo libres, su comportamiento y su estatuto económico eran prácticamente como los de los esclavos *casati*. La situación empeoró por cuanto que en Occidente, a partir del 451, un simple campesino que hubiera sido obrero agrícola se convertía, al cabo de treinta años, en colono atado a la tierra de la misma hacienda.

El monje Salviano resume bien esa reducción de los libres al colonato y luego a la esclavitud.

Al haber perdido sus casas y sus parcelas a consecuencia del bandidaje o por haber sido expulsados de allí por los agentes del fisco, los pequeños propietarios se refugian en las propiedades de los poderosos y se convierten en sus colonos… Al igual que si hubieran bebido de la copa de Circe, todos los que se han instalado en las tierras de los ricos se metamorfosean y se convierten en esclavos.

Si un campesino libre lograba resistir la tentación del colonato, podía recurrir a otra práctica: el soborno del funcionario local o la búsqueda de un poderoso que le hiciera ganar un pleito o le pagara un impuesto atrasado. En ese caso, el poder político era más rentable que el poder económico. Ni tan solo los oficiales superiores o los senadores encargados de alguna función civil dejaban de desarrollar la vieja práctica romana del patronazgo. El patrono garantizaba su protección al hombre libre, que era entonces aceptado en la fidelidad a cambio de servicios mutuos. Se trataba normalmente de prestaciones diversas, llegando incluso a la donación de tierras a cambio de la supresión de deudas, cancelación de impuestos, etc. Este contrato de igual a igual se podía romper si una de las partes se consideraba perjudicada, pero los clientes, ya fueran campesinos que vivían en una aldea o simples particulares, no acostumbraban a salir de esa protección en vista de las ventajas que comportaba. Individuos de toda clase, burgos rurales enteros, caían bajo la dominación más o menos disfrazada de los poderosos. Esta tercera forma de escapar del Estado no fue, por así decirlo, reprimida en Occidente, y práctica del patronazgo se extendió en todos los grandes dominios.

No debemos sin embargo concluir que todos los pequeños y medianos propietarios desaparecieron, ni que todos los colonos vivían en la miseria. Muchos escaparon a esa tendencia y

hasta sabemos de terrazgueros adscritos a una tierra con capacidad para alquilar otras o para ser decuriones, aunque su número es de difícil precisión. A pesar de eso, la tendencia general era grave, no solo porque creaba una economía sumergida, sino también porque desarrollaba grupos sociales que perdían todo contacto con el Estado. Es paradigmática en ese sentido la aparición de clientelas armadas que se creaban alrededor de algunos poderosos terratenientes o de algunos generales preocupados por su protección personal contra las acciones armadas de los funcionarios indignados ante sus abusos. Sabemos que todo legionario romano prestaba juramento de fidelidad al emperador. Asimismo, todo súbdito del Imperio se comprometía a no perjudicar jamás al emperador en persona. Pero, a partir de principios del siglo V, aparecieron unos guardias privados, llamados bucelarios, que prestaban fidelidad no solo al emperador, sino también a un jefe militar prestigioso o a un gran senador. Prácticamente obedecían más al general que les alimentaba con pan de la mejor calidad, el bizcocho (de donde viene el nombre de bucelarios), que al emperador, que raramente salía de Ravena. De momento, esos guardias personales no eran más de un centenar alrededor de cada patrono, pero ya revelan peligrosamente un riesgo de privatización del ejército.

¿Era la Iglesia el único recurso serio?

Por otro lado, los más pobres buscan ávidamente otra protección: la de la Iglesia. En efecto, después del concilio de Nicea (325), estaba prohibido a los clérigos entrar en la clientela de un patrono laico. Lo que no estaba prohibido era lo contrario, y entrar en el clero era muy ventajoso. Porque mientras que las tierras eclesiásticas estaban gravadas con impuestos, los clérigos, en cambio, estaban exentos de todo impuesto y del servicio militar. Por eso aumentó tan prodigiosamente el número de

clérigos en los siglos IV y V. La Iglesia se convirtió en una verdadera estructura dentro del Estado romano. Calcó su jerarquía de la de los funcionarios civiles, hasta el punto de que había un obispo metropolitano en cada provincia y un obispo en cada ciudad (para la cabeza del distrito y el territorio circundante). La *militia Christi,* la cohorte de los soldados de Cristo, el clero, aparece frente a la *militia armata* (los soldados) y a la *militia officialis* (los funcionarios). El metropolitano y dos obispos coprovinciales tenían el derecho de supervisión de la elección de un nuevo obispo por parte del pueblo y del clero. Ellos lo ordenaban si estimaban que la elección era conforme con los cánones. Finalmente, los obispos de algunas provincias se reunían en concilios (sínodos) qué podían llegar a congregar a todos los obispos del Imperio (ecuménicos) bajo la autoridad creciente del papa de Roma o de su legado. Tales concilios se reunían para resolver los grandes problemas teológicos o disciplinarios. Cada clérigo recibía, según su grado, un salario proveniente de las rentas de los bienes de su iglesia local. El clérigo era, pues, un privilegiado, al igual que el funcionario y el militar. Incluso su jerarquía cedía a veces a los mismos males que los otros dos cuerpos: las tentativas de corrupción. Desde finales del siglo IV, la «simonía» (compra de cargos eclesiásticos) venía siendo denunciada y luego rigurosamente prohibida por el concilio de Calcedonia (451). Ello demuestra hasta qué punto la Iglesia se había convertido en una potencia social.

En Hispania, las rentas de cada iglesia se dividían en tres partes: una para los clérigos, una para el obispo y la otra para construir edificios. En Galia e Italia, se reservaba una cuarta parte para las viudas y los pobres. Estos estaban inscritos en una lista (matrícula) análoga a la de los clérigos. Se les mantenía completamente a expensas de su iglesia. Además, durante el siglo V, se desarrollaron muchas instituciones caritativas: hospitales para los enfermos, hospicios para los peregrinos y los via-

jeros, orfelinatos para los niños expósitos, etc. En Roma, el sistema de la matrícula estaba todavía más desarrollado, en vista de la importancia de su población flotante; funcionaban media docena de diaconías al servicio de los más miserables. Así pues, en el fondo, la Iglesia era el patrono de los pobres.

Por ello, como verdadero estado dentro del Estado, no tardó en practicar, al igual que los grandes propietarios y los jefes militares, un tipo particular de patronazgo. A un campesino a veces le resultaba más ventajoso trabajar como colono en tierras de la Iglesia que ser totalmente libre. La justicia del obispo era más atrayente que la del funcionario, porque era más rápida y más directa. No es extraño encontrar a obispos que protegen a los libertos que les han sido confiados por testamento o a colonos y clientes que hubieran pertenecido a un donante piadoso. El obispo se convertía, de ese modo, en verdadero patrono alternativo dotado él también de fieles. Además, vigilaba cuidadosamente el mantenimiento del territorio de asilo alrededor de su iglesia, donde se podían refugiar los esclavos maltratados o los justiciables sin posibilidades de defensa. Abrumados por una multitud de tareas administrativas, los clérigos estaban cada vez más atados al mundo. Se estaban convirtiendo ellos también en poderosos.

Por otra parte, ese era el punto de vista de otros cristianos que reprochaban a los obispos y a los sacerdotes el que fueran tan mundanos. En efecto, muchos laicos que practicaban la renuncia al mundo material mediante el celibato y la pobreza, atacaban a la sociedad cristiana. Los monjes consideraban que el mundo romano, convertido oficialmente en cristiano, solo lo era nominal y superficialmente. Por eso dividieron a sus compatriotas en dos grupos: los *seculares,* cristianos superficiales sumergidos en el siglo, con ocupaciones frívolas y estúpidas, y los *conversi* o *sancti,* verdaderamente convertidos, de ardiente fervor, que habían renunciado a la impureza de un mundo de-

masiado rico. A finales del siglo IV, la conversión de un noble senador, Paulino de Burdeos, y la de su esposa Therasia, provocó un verdadero escándalo, incluso entre los cristianos. Abandonó todas sus cargas, vendió y distribuyó sus bienes entre los pobres y luego se retiró al santuario de San Félix de Ñola, en Italia. También una rica matrona multimillonaria, Melania, distribuyó sus bienes dispersos en Hispania, Italia, África y Bretaña. Pero esos hombres vestidos con un manto negro y un capuchón, que frecuentaban los caminos y socorrían a los viajeros, era en gran parte parásitos, misántropos e incluso desertores que huían de las ciudades para eludir sus responsabilidades. Y mientras que excepcionalmente uno de ellos, Martín, que había sido oficial superior y se había convertido en eremita y monje, fue propuesto para el obispado de Tours, los otros obispos no dejaron de burlarse de sus vestidos hechos jirones ni de sus cabellos sucios. Incluso en Cartago, los monjes no podían salir a la calle sin correr el riesgo de ser abucheados.

De todos los grupos sociales del Occidente romano, los monjes parecen ser los más marginales, los más contestatarios y los menos integrados. En efecto, en ese inicio del siglo V, proliferaron todos los tipos de vida monástica. Normalmente faltaban reglas, y cuando las había, eran muy blandas. Vírgenes consagradas vivían en matrimonio espiritual con ascetas, suscitando naturalmente todo tipo de habladurías. Había grupos de eremitas que se desplazaban incesantemente, confundiendo el vagabundeo con el desapego. A esos monjes de tipo egipcio se les llamaba «giróvagos», por contraposición a los recluidos y a otros ascetas de tipo sirio que llevaban a cabo penitencias extravagantes. Los monasterios de vida centralizada según la regla de san Pacomio se oponían a los conventos compuestos por celdas dispersas que practicaban la regla de san Basilio. Finalmente, se crearon en los obispados unas comunidades de clérigos episcopales que practicaban la cultura sagrada y la vida

consagrada. En resumen, tanto en el «desierto» como en los campos, tanto en la ciudad como en las casas particulares, proliferaban diferentes modos de vida monástica criticados por los laicos y los monjes. Los más exigentes, como Juan Casiano cuando llegó a Roma hacia el 405, estimaban que los monjes en Occidente eran poco numerosos (en comparación con Oriente, claro está), perezosos e indisciplinados.

La acción de los senadores y sus clientelas en la ciudad

Mientras el clero atrae a los hombres libres y los monjes a los críticos, el medio urbano tiene tendencia a vaciarse. Normalmente, la ciudad, como capital y centro de un territorio, se administra sola. La asamblea de ciudadanos aprueba las propuestas de nombramiento de los magistrados municipales que presenta el consejo de los decuriones, la curia. De hecho, es esta última la que dirige la ciudad. El primero de marzo de cada año elige a los responsables de la recaudación de impuestos, del reclutamiento, de la gestión de las minas, de los dominios imperiales y de los caballos para la posta, sin olvidar a los responsables de insertar los documentos privados (ventas, donaciones, testamentos, etc.) en el registro municipal oficial. Otros cargos tenían que ver con el mantenimiento de los acueductos, el suministro de leña para las termas, y la reparación de monumentos y murallas. El consejo debía vigilar los precios. Por último, los curiales tenían que organizar los juegos públicos, los combates de gladiadores o las cacerías de animales salvajes y exóticos importados de lejos. Ahora bien, los ingresos de las ciudades de Occidente eran escasos, y sus bienes territoriales hasta parecían haber desaparecido a principios del siglo V. Así pues, todos los gastos descansaban sobre la fortuna personal de los curiales, que servía tanto de garante de la recaudación de impuestos como de fuente de los gastos públicos, que respondían a la gran tradición derrochadora de la Antigüedad. Por ello,

fueran ricos o pobres, medianos o grandes propietarios, los curiales trataban o bien de salir de su orden después de haber atendido a sus cargas municipales, y en tal caso se les llamaba *honorati*, o bien de escapar a sus obligaciones simplemente. A menudo les amenazaba la ruina, y entonces intentaban ingresar en el ejército, en el clero o en los monasterios. Si no conseguían entrar en uno de esos grupos privilegiados llegaban incluso a casarse con esclavas para que su función no fuera hereditaria, a pesar del papel de protector de los pobres que debía desempeñar el defensor de la ciudad. Encontramos el mismo fenómeno a cada instante: la huida de la propia condición para escapar del Estado. En el 458, el emperador Mayoriano intentó consolidar los colegios de curiales, que estaban en proceso de desmembración en Occidente. Pero los curiales no desaparecían de las ciudades solamente por avaricia o empobrecimiento. Se oponían sobre todo a ser transformados en funcionarios y a tener que ocuparse de tareas que les apartaban de sus actividades habituales.

En particular, intentaban entrar en la nobleza senatorial. Esta se dividía en varias clases, con títulos muy jerarquizados en función de los cargos administrativos que se ejercían y de los títulos otorgados por el emperador. A principios del siglo V, su forma de reclutamiento había sufrido una profunda renovación. Junto a las viejas familias que venían de la época republicana, aparecieron linajes nuevos surgidos normalmente de los decuriones, aunque también de simples soldados e incluso de oficiales bárbaros o de notarios. Permanencia y cambio son las dos características contradictorias que marcan el reclutamiento de senadores. Abogados y maestros podían también llegar a ser senadores. Algunos de ellos vivían apenas con desahogo. En cambio, algunos eran inmensamente ricos, especialmente los de la clase más elevada que estaban exentos de impuestos y de cargos curiales. Evidentemente, tenían que contribuir con sus

rentas a los gastos suntuarios correspondientes a los juegos que organizaban los cuestores, los pretores o los cónsules como en los tiempos antiguos. Pero cumplir con ese deber era para ellos una cuestión de honor, aunque de ello no se derivara ningún papel político importante. En efecto, los senadores poseían grandes fortunas territoriales, y se podían permitir el lujo de no ejercer apenas funciones administrativas al tiempo que su patrimonio crecía. Dada su gran riqueza y su cultura, llevan una vida holgada y ociosa. Los espectáculos de caza en los anfiteatros, las carreras de caballos y la agradable comodidad de las termas eran para ellos el verdadero placer y la vida ideal, de la que querían hacer partícipes a sus compatriotas ciudadanos. Se comprende así por qué todas las esperanzas de ascensión convergían en ese grupo social, y por qué se le incrustaron tantos advenedizos, de modo que ese grupo senatorial, al que los emperadores ilirios habían vaciado de poder político real, lo fue recuperando lenta e insensiblemente. Efectivamente, un senador de primera clase, respetado por su naturaleza y por el rango que ocupaba en las ceremonias oficiales, podía intervenir directamente ante un alto funcionario o dar largas a un curial que le reclamara sus impuestos. Los privilegios de la influencia se añadieron insensiblemente al prestigio y, finalmente, los que solicitaban cargos a los senadores se fueron convirtiendo en sus clientes. El patronazgo floreció al amparo de las grandes familias senatoriales. El senador, intermediario obligado entre el Estado y los ciudadanos, sustraía a su vez al contribuyente de la autoridad pública. Y cuando finalmente se retiraban a sus posesiones, sin perder contacto con la corte ni sus lazos familiares con altos funcionarios, los senadores se convertían en potentados locales. No fue raro en el siglo V que algún jefe de una familia senatorial obtuviera el Imperio mediante usurpación, lo cual hacía casi dos siglos que no ocurría. Ese retorno a la antigua

fuerza del elemento senatorial es un signo de los nuevos tiempos que se preparan.

En resumen, la sociedad de la Antigüedad tardía ve nacer nuevos poderosos y nuevos privilegiados: funcionarios, soldados, clérigos y senadores, junto a los esclavos *casati* y los colonos adscritos a la tierra, aunque ello pueda parecer una paradoja. Entre esos dos estratos sociales se debaten y se agitan, ya sea para subir o para bajar, campesinos libres, ciudadanos, curiales y monjes. Todos esos movimientos internos tienen por objetivo escapar de la poderosa máquina estatal para convertirse en protector o protegido, en patrono o en cliente. Esa huida general de las responsabilidades y esa negativa a participar en el esfuerzo fiscal y militar necesarios para el mantenimiento de la guerra, provienen de un deseo de conservar los logros del tipo de vida creado por la paz romana. Por ello, el Estado se consume intentando que cada uno cumpla con sus deberes, mientras que la Iglesia proclama en vano una moral que no se sigue. En efecto, las leyes romanas están llenas de prohibiciones de abandono del propio estatuto social. El esclavo no puede ser sacerdote ni monje. Los colonos no pueden abandonar la tierra que cultivan. Los miembros de las asociaciones de oficios no las pueden abandonar. Los curiales no pueden entrar en el ejército ni ser clérigos o monjes. El marido de una joven de familia curial se convierte en curial. Un obispo no puede cambiar de sede episcopal. La hija de un senador no puede casarse con un hombre libre ni con un esclavo. En definitiva, esas leyes, que intentan atar a cada uno hereditariamente a su condición social, demuestran con su minuciosidad y su vana repetición que la sociedad romana sigue siendo fluida o se va coagulando lentamente alrededor de los poderosos protectores sin que el Estado pueda aglutinar todas las energías. Asimismo, las exigencias cristianas se acostumbran a ignorar y se consideran impracticables. Muchos se hacían bautizar *in articulo mortis* para asegu-

rarse de que morían perdonados y salvados. Los cristianos practicaban el divorcio, autorizado por la ley, a pesar de la proclamación de la indisolubilidad del matrimonio. Las prácticas abortivas eran a menudo correlativas a la estructura familiar, conyugal. Es decir: esa inobservancia de las órdenes del Estado y de los consejos de la Iglesia demuestra que la política y la religión no penetran seriamente en la sociedad. Y si llegan a penetrar, provocan una huida hacia los lazos de hombre a hombre y hacia las soledades incivilizadas.

INICIO DE LA PRIMACÍA DEL CAMPO SOBRE LA CIUDAD

Exteriormente, la economía del Imperio Romano de Occidente parece próspera, aunque menos que la de Oriente. Interiormente se encuentra en pleno cambio. En todas partes nacen distorsiones que ni los dirigentes ni la sociedad pueden dominar. Estas afectan al número de hombres, a la extensión de los grandes latifundios, a la economía monetaria y al nacimiento de un nuevo tipo de ciudad. La política militar, fiscal y monetaria tiene un papel verdaderamente preponderante en la evolución económica del Imperio Romano de Occidente, pero ese papel, en vez de ser motor, es más bien creador de grandes rupturas, incluso dentro de una coyuntura de expansión.

Pocos hombres y mucho espacio vacío

Mientras que Oriente está en pleno desarrollo demográfico. Occidente probablemente no ha recuperado todavía la tasa de población del siglo II. El hundimiento del siglo III parece solo momentáneamente detenido. A pesar de las estimaciones contradictorias de los demógrafos (la población de la Galia se acerca tan pronto a los dos millones como a los seis), es posible afirmar que para una población de una veintena de millones de habitantes, los 250 000 hombres que forman los efectivos teóri-

cos del ejército son una carga demasiado pesada. Ello suponía un rendimiento de una centésima parte, mientras que el de los pueblos germánicos, a pesar de lo poco numerosos que eran, era de una cuarta parte. Esa falta de hombres se debía sin duda a que se negaban a luchar, pero también probablemente a que no se cubrían las vacantes. Si no tuviéramos en cuenta eso, no comprenderíamos el empeño del Estado y de los grandes propietarios en adscribir a los colonos a la tierra y evitar que se enrolaran en el ejército. La tierra falta de brazos y el ejército que incesantemente pedía hombres, se disputaban los pocos que había. La política de importación de tropas bárbaras y de *laeti* germánicos instalados en tierras abandonadas, permite detectar las zonas subpobladas del Imperio. Se trata, en primer lugar, de las zonas fronterizas más allá del *limes* fortificado: Iliria, Panonia, Nórica, norte de Italia, norte de la Galia, Gran Bretaña septentrional y Mauritania. De modo similar, la distribución de las ciudades dibuja otra geografía de subpoblamiento: la Galia entre el Sena y el Loira, la Numidia occidental y ciertas zonas de la península ibérica. Particularmente en esta última hay zonas muy poco pobladas como las mesetas centrales, las regiones pirenaicas y cantábricas, y las del actual norte de Portugal, excepto partes de Galicia. Algunos historiadores han lanzado la hipótesis de que en el conjunto de la península solo había de seis a nueve millones de habitantes. Es cierto que en esa época las tierras mediterráneas estaban más pobladas de lo que creemos, pero los datos demográficos de la Antigüedad no se pueden precisar más que de forma confusa y vaga.

Que existían territorios muy poco poblados e incluso vacíos lo confirma el empleo de términos oficiales como *tractus* y *saltus*, que designan a las tierras incultas, bosques, terrenos pantanosos, pastos, estepas, etc. Como jurídicamente se consideraba que no tenían dueño, el Estado se consideraba su propietario. Y ese derecho del Estado se hacía extensivo al subsue-

lo y por lo tanto a las canteras y las minas. Ahora bien, parece que las roturaciones romanas solo se impusieron a la naturaleza salvaje en las inmediaciones del Mediterráneo. La irrigación y el drenaje solo afectaron a las costas del Levante español y las de la península itálica. El sistema catastral romano, que convertía el paisaje en una cuadrícula regular a partir de las carreteras, transformó profundamente las planicies costeras sicilianas, africanas (sobre todo en el actual Túnez) y también las orillas del Po, del Guadalquivir y del Ebro. Desde el Languedoc y la Provenza debió subir por el Ródano hasta la Champaña y la Picardía, e incluso pudo alcanzar la cuenca del Támesis. Pero, en resumidas cuentas, el paisaje inculto lo superaba con creces, y el dominio virtual del Estado debía ser inmenso. Las planicies y las montañas de Europa estaban cubiertas de enormes masas boscosas. Estas representaban quizá tres cuartas partes de la superficie de las regiones que venimos considerando. Los bosques apenas se explotaban, excepto en Córcega, Cerdeña, los Apeninos, Sierra Nevada y los Causses donde se necesitaba madera para los astilleros y resina para fabricar la pez. Las mesetas españolas producían esparto a partir de la retama.

No obstante, las principales actividades que se llevaban a cabo en las zonas incultas eran las mismas del paleolítico: recolección, ganadería extensiva y caza.

Se recogían frutas y bayas de las breñas, o bien se llevaban los cerdos a pacer bajo los robles y las hayas de los bosques vecinos. Los productos de las zonas incultas eran a menudo tan importantes que permitían llevar a cabo explotaciones considerables: los cerdos de *Bruttium* (Calabria) alimentaban a los ciudadanos pobres de Roma, y los de la Galia septentrional iban hacia el Rin y el Ródano. Junto con la lana, uno de los principales subproductos de la ganadería era el queso. Se producía abundantemente en Iliria, Dalmacia, Galia y Gran Bretaña. África, Numidia, Hispania y Panonia suministraban caballos.

Mientras que en invierno se comía carne de cerdo salada, en otoño la caza ofrecía, particularmente en los grandes dominios, la carne fresca de los grandes herbívoros, ciervos, corzos, pequeños roedores, liebres, ardillas y, el gran animal por excelencia, el jabalí. Tampoco debemos olvidar los recursos de los ríos, los lagos y el mar. La pesca con red, con nasa o con almadraba era muy productiva puesto que los hombres, poco numerosos por otro lado, no disponían de medios suficientes para agotar los recursos naturales.

En particular, las ingentes producciones de sal y de *garum* en casi todas las costas del Imperio, verifican esa superabundancia. Las salinas se extendían por las costas mediterráneas allí donde la insolación lo permitía. La pesca del atún, del mújol y de la caballa, junto a la recogida de ostras, permitía la fabricación de un producto para condimentar, el *garum*, en verdaderas «fábricas de salazón». Ese líquido, que corresponde al actual *nuocman*, se exportaba en ánforas especiales y, junto con la sal, remontaba los ríos en grandes cantidades hasta llegar a todas las mesas. Se fabricaba masivamente en las costas de Mauritania, la Bética, el Levante (desde Cartagena a Barcelona), y también en las de Aquitania.

Había otros dos productos del *saltus* por los que el Estado se interesaba: los minerales y las piedras para la construcción. Cuando no los explotaba directamente a base de mineros y canteros adscritos hereditariamente a sus corporaciones, se apropiaba el 10 por 100 sobre el producto extraído y permitía que el propietario del suelo recibiese otro tanto. Parece que la extracción fue activa gracias a ese régimen de explotación ventajoso. Las minas de hierro más importantes eran las de la isla de Elba, las de la Nórica (Baviera y Austria actuales), Iliria, Berry e Hispania. El oro procedía sobre todo de Galicia y las Cevenas. El estaño seguía siendo suministrado por las minas de Galicia y Cornualles, mientras que el plomo y la plata, a menu-

do asociados, abundaban en las minas de Sierra Nevada, de las cordilleras dináricas de Iliria o de las peninas de Gran Bretaña. El mármol blanco de Luni en Italia (cerca de Carrara) y el de colores de los Pirineos o de África, se apreciaban mucho en las construcciones, las columnas, los capiteles y los sarcófagos, pero, en comparación con las sencillas piedras para la construcción que se encontraban más o menos en todas partes, eran productos de lujo. En resumidas cuentas, aunque en el *saltus* no abundan los cazadores furtivos ni las chozas de carboneros, leñadores y pastores, no está por ello menos explotado y contribuye de forma importante al equilibrio de la vida cotidiana, del abastecimiento y de los trabajos de artesanía de los romanos.

¿Qué ocurrió con la gran propiedad?

La gran importancia del *saltus* explica que estuviera poco roturado. Además, su complemento, la tierra cultivada (el *ager* que se opone al *saltus*), estaba falto de brazos, como ya hemos visto, a pesar de las incitaciones del Estado. Sin embargo, este promulgó toda una legislación en virtud de la cual se podía adquirir la propiedad de tierras incultas o abandonadas. En efecto, desde el siglo II, la ley romana reconocía dos tipos de derechos sobre una tierra: la plena *proprietas* del propietario, y la *possessio* o derecho a perpetuidad que detentaba un cultivador sobre la tierra del dueño titular al haberla roturado. Ese doble derecho existía en todo el Imperio Romano. En el siglo V, cualquiera podía explotar una marisma, o un meandro, o cualquier otro aluvión fluvial, y convertirse en su dueño a perpetuidad sin tener que pagar impuestos. Cualquier tierra abandonada que otro volviera a roturar pasaba a su propiedad al cabo de dos años. Finalmente, una ley del 424 autorizaba a cualquiera que roturara una tierra pública, ya fuera del *saltus* inculto o de una propiedad vacante que hubiera caído en manos del Estado,

y que la ocupara regularmente durante treinta años pagando el alquiler y los impuestos correspondientes, a convertirse en su propietario oficial. Así, la *possessio* se transformaba en *proprietas*.

Esa ley y ese principio, fundamental en el futuro, no se aplicaron de momento más que en las tierras estatales cultivadas. Estas no cesaban de aumentar gracias a la incorporación de tierras confiscadas, sin herencia o vacantes. En Campania, en la región de Valence en la Galia y sobre todo en el sur de Túnez, parecen haber existido *agri deserti,* abandonados como consecuencia de una excesiva presión fiscal que no distinguía las tierras fértiles de las tierras poco productivas. Detrás de la frontera renana o danubiana había muchas tierras que habían sido evacuadas por razones de seguridad. Por otro lado, naturalmente, la gente se atropellaba para obtener tierras de la corona. Como los alquileres se podían pagar en oro, muchos grandes propietarios se presentaban como compradores para ampliar de ese modo sus patrimonios. Todo ello explica un fenómeno sorprendente de la romanidad tardía: la tendencia a la extensión de la gran propiedad, sin que por ello desaparecieran los pequeños y medianos propietarios y sin un aumento correlativo de la superficie cultivada. Así pues, las tierras públicas actuaban como reservas de seguridad para responder a la creciente demanda de tierras, sin que hubiera ningún cambio importante en el número de brazos disponibles.

Todo el mundo compraba tierras. Pero la igualdad jurídica que imponía el derecho privado romano obligaba al marido y a la mujer a seguir siendo dueños de sus bienes respectivos y a dividirlos por partes iguales entre los hijos en testamentos extraordinariamente precisos y rígidos. Ello afectaba a todos, desde el más humilde al mayor propietario, y a raíz de ello las grandes centuriaciones primitivas se encontraban convertidas en pequeñas parcelas dispersas. Era necesario entonces hacer

cambios continuamente para reagrupar la tierra o bien alquilar o comprar más parcelas. Además, los negociantes y los comerciantes solo podían invertir sus beneficios en propiedades territoriales. La constante demanda de tierra se encontraba en el extremo de un proceso que había empezado por su abandono. Al fin y al cabo, en esta época la agricultura era la principal fuente de ingresos del Imperio.

Aunque dispersa, la tierra se podía dividir en dos tipos. Los campesinos propietarios, los colonos adscritos a la tierra y los decuriones, cultivaban parcelas *(ager, agellus)* o «colonias» *(colonicae)*. A menudo falta documentación para constatar la existencia de esas pequeñas y medianas propiedades o de esas parcelas, pero existen sin duda alguna, aunque solo figuren en el momento en que pasan a depender de un gran propietario. Este da a menudo nombre a su hacienda: *fundus Cornelianus*, por ejemplo, ha dado Corneilhan en el bajo Languedoc. Ahora bien, es muy raro que el *fundus* o el *praedium* esté agrupado en una unidad. Además, podía estar dividido en mitades, tercios y hasta octavos a merced de las herencias y las ventas. Así pues, la frontera entre gran propiedad y pequeña propiedad era imperceptible. Ya en la cúspide de la escala social, los *fundi* estaban agrupados en *massae*, archipiélagos que emergían de la masa de las pequeñas y medianas propiedades. El senador Paulino de Pella, aunque de origen bordelés, poseía *fundi* a lo largo del Gironda, en Acaya y en el Epiro. En África, algunas porciones del *saltus* que un gran terrateniente daba a roturar a un único poseedor eran mayores que todo el territorio de una ciudad. Pero ello solo era posible en el *saltus*. En los otros sitios, las grandes propiedades se encontraban constantemente fragmentadas por enclaves ya fuesen minúsculos o más importantes.

Por eso, los senadores de rango elevado se esforzaban por transformar las pequeñas propiedades vecinas en tenencias mediante contratos de patronazgo, o por comprarlas ni que

fuera a un precio elevado, o por ampliar su influencia alquilando tierras abandonadas. Ese doble movimiento de exclusión de vecinos y de creación de campos nuevos o de roturación de antiguas propiedades abandonadas llevó a la aparición de grandes propietarios que eran a la vez *possessores* que tomaban en alquiler tierras del Estado (cultivadas o incultas) para acabar convirtiéndose en sus propietarios en virtud de la «prescripción treintañal». Ya a finales del siglo IV, san Ambrosio, obispo de Milán, denunciaba duramente ese ávido deseo de acaparamiento y esa sed de engrandecimiento en los dueños que eran a la vez funcionarios, patronos y jueces, y que, ayudados por administradores (*actores*) y capataces (*conductores*), percibían alquileres elevadísimos y cánones en especie. En efecto, ese sistema era particularmente indispensable en el caso de que el propietario fuera una persona jurídica: el Estado o la Iglesia. El absentismo de los dueños de los grandes dominios privados también requería ese tipo de organización compleja en su administración. A principios del siglo V, los potentes senadores residían todavía en la ciudad y dirigían a distancia a través de sus intendentes. Tenían que estar al corriente de los precios del mercado. En efecto, la Italia anonaria proveía del trigo y del vino fiscales para la alimentación de los ciudadanos de Roma y para el ejército. Por su parte, África, y en menor cantidad la Bética, abastecían de trigo a Italia con regularidad. Aquitania y Champaña proveían a los ejércitos galo y renano. Esa demanda constante impulsó a los grandes propietarios a extender sus dominios. Ellos monopolizaron cada vez más los mercados dado que conocían mejor los precios que los pequeños propietarios y porque tornaban temporeros durante la época de la siega y de la vendimia.

Una agricultura que seguía siendo vigorosa

Así pues, los rendimientos eran para ellos una preocupación primordial. Hemos visto cómo se repartía la mano de obra y por qué se prefería el colono adscrito al suelo al esclavo agrícola que ya había sido *casatus*, en vista de lo poco que producía. Pero ello no impedía que los esclavos, a pesar de ser pocos proporcionalmente, fueran todavía abundantes, puesto que unos parientes del emperador Teodosio pudieron reclutar en el 409, a falta de algo mejor y a pesar de la prohibición, un verdadero ejército compuesto por mano de obra servil para luchar contra los bárbaros. De hecho, como había pocos brazos disponibles, era necesario innovar. Los grandes propietarios consultaban entonces a los agrónomos, de cuyos escritos se hicieron muchas copias: Columela, Varrón y Paladio. Este último era un aquitano, prefecto del pretorio en Roma en el 458. Escribió un tratado de agricultura que revela el creciente interés de los senadores por los trabajos del campo. Por lo que se refiere a los cereales, el barbecho bienal se acompañaba de escardas y labores frecuentes. Se cultivaban cereales de primavera, que crecen en tres meses, para paliar las malas cosechas de invierno.

Mejoraban la producción el cultivo de leguminosas (guisantes, alubias, lentejas, etc.) y la práctica del abono en algunos casos. El arado y la azada se utilizaban conjuntamente para voltear la tierra. Se cuidaban con especial esmero los huertos y las viñas. Los primeros producían coles, cebollas y rábanos en abundancia, pero generalmente se prefería el viñedo por su alto rendimiento y las posibilidades de especulación que ofrecía la venta del vino. Por otro lado, es probable que los primeros esclavos *casati* lo fueran en los viñedos, ya que estos tenían mucho interés en producir con el fin de obtener beneficios del vino que se les dejaba y aumentar con ello sus peculios. El cultivo del olivo estaba muy extendido en África, Hispania e Istria.

Es difícil valorar los rendimientos de los cereales. Para Columela, no se podía obtener un ingreso normal a menos que hu-

biera 16 trabajadores agrícolas por kilómetro cuadrado. Sin embargo, parece que, por falta de hombres, solo había ocho a finales del siglo IV. Así pues, no se llegaba a la proporción ideal. En consecuencia, era necesario aumentar los rendimientos a toda costa. Columela aconsejaba sembrar cuatro moyos por hectárea, pero Paladio prefería seis moyos. En ese último caso, se producirían veinte hectolitros por hectárea, lo cual sería válido para tierras de mediano valor. Según Columela, el rendimiento era de cuatro por uno en un año malo; es decir, de cinco a siete quintales por hectárea. Nos quedamos con esa cifra por prudencia, ya que Varrón precisa que en Etruria se obtenían proporciones del diez al quince por uno y ello daría una producción de trece a veinte quintales por hectárea aproximadamente.

Para una utilización óptima de la escasa mano de obra, los agrónomos romanos aconsejaban el empleo de máquinas. Paladio incitaba enérgicamente a construir molinos de agua «para moler el trigo sin tener que recurrir al trabajo animal o humano». Efectivamente, había numerosos molinos flotantes en el Tíber a su paso por Roma. Los de Barbegal en el Ródano, cerca de Arles, parecían por su capacidad verdaderas molinerías. En el norte de Italia se utilizaba la *sena*, que era una especie de carretilla con ruedas dentadas para trillar el trigo en la era. En el norte de la Galia, el *vallas*, un carro con unas cuchillas en la parte delantera que separaban las espigas del tallo, era empujado por mulas y dirigido por un solo hombre que vigilaba su funcionamiento. Con ello, se suprimía el empleo de muchos segadores. Incluso parece que el arado con ruedas se podría haber conocido en las llanuras del Po y del Danubio, así como en el norte de la Galia. Volvemos, pues, a encontrarnos con las zonas poco pobladas que tenían la obligación de alimentar a los ejércitos y que estaban por ello condenadas a la innovación.

Por ello, el fin del siglo IV es un período de gran producción y prosperidad. ¿No es Paladio quien afirma que «la presencia del propietario acarrea prosperidad a la hacienda»? ¿No es él quien recomienda tener «sin falta herreros, carpinteros y fabricantes de tinajas y cubas en el dominio para que la necesidad de acudir a la ciudad no obligue a los campesinos a abandonar su trabajo normal»? La tendencia a la autarquía en el dominio es el precio de esos esfuerzos de productividad. El éxodo de los senadores hacia el campo, que va acompañado del rechazo a ejercer funciones políticas, no es solamente una dimisión; demuestra un interés renovado por la producción y la especulación agrícolas. Por su disposición y su amplitud, los dominios rurales del siglo IV descubiertos por la arqueología y la fotografía aérea demuestran que no tienen nada que envidiar a los del Imperio clásico.

La ciudad se marchita

En cambio, las construcciones urbanas parecen poco importantes. Incluso se destruyeron templos paganos y se abandonaron completamente algunos edificios públicos. Aparte de las ciudades de Oriente y África, de Roma (que debía tener una población de unos ochocientos mil habitantes), de Ravena, de Milán, de Arles y de Tréveris, se construyeron pocos monumentos civiles y pocas iglesias en las ciudades. A partir del 395, los prefectos del pretorio de Italia y la Galia tomaron una serie de medidas para impedir que los curiales desertaran de los consejos municipales. Ese movimiento que, como hemos visto, se alternaba con el de los senadores, hacía que las ciudades se convirtieran en centros de consumo mínimo. Al no quedar en ellas más que algunos decuriones, el clero episcopal o monástico, los negociantes y los *collegia,* quedaron restringidas al papel de lugar de intercambio con los campesinos, cuartel temporal para

las tropas de campaña, tribunal para los justiciables o ciudadela-refugio en caso de peligro.

El paisaje urbano ya no era abierto, con las avenidas que llevaban a los espléndidos edificios públicos. En todas partes, la ciudad se convirtió en una ciudadela, aparte de algunas de Hispania, Italia y las de África. Ese nuevo modelado urbano, tenía como objetivo mantener las funciones administrativas centralizadoras y las condiciones de un lugar de encuentro e intercambio entre toda la población rural y los religiosos, funcionarios y artesanos que todavía vivían en la ciudad. Por eso, en tiempos de paz, los arrabales estaban bastante poblados, tanto más cuanto que en el siglo V aparecen cementerios cristianos y basílicas. A partir del 415, fecha en que se encontraron las reliquias de san Esteban, el primer mártir, se construyeron muchas catedrales dedicadas a ese patrón. En Milán, el barrio de los comerciantes se encontraba extramuros. Pero es difícil aventurar cifras de la población de esas ciudades; desconocemos la superficie de los arrabales; algunas grandes ciudadelas incluían huertos y espacios sin construcciones (Toulouse, Vercelli, Bolonia, Módena, Piacenza e incluso Roma). Además, en caso de agitaciones o invasiones, solamente una parte de los habitantes se refugiaba en la fortaleza, mientras que los otros huían al campo. La ciudad romana del Imperio tardío estaba dotada de capacidades retráctiles. En circunstancias normales, Burdeos debía contar con 16 000 habitantes y París con 20 000. En tiempos de guerra se podían vaciar de una sola vez. Y ello nos lleva a considerar una de las distorsiones más graves entre la ciudad y el campo: el desplazamiento de la producción y de las fuerzas económicas desde los centros urbanos a las zonas rurales.

En efecto, eran raras las ciudades capitales que tenían artesanos y vendían productos manufacturados. Ya hemos visto que había muy pocas cecas: seis en las ciudades más importantes. Quizá la producción de vidrio en Colonia era la única que

seguía constituyendo una actividad importante. Pero las manufacturas textiles de Amiens y Bourges dependían del Estado, así como los navicularios (corporación de armadores del Estado que transportaban el trigo fiscal) ya trabajaran en Ostia, en Cartago, en Aquileia o en Barcelona. Es particularmente revelador el caso de los talleres de cerámica; estaban todos instalados en el campo, cerca de grandes centros de consumo como los campamentos militares o los alrededores de los grandes puertos. En definitiva, la ciudad representaba cada vez más el Estado y la Iglesia; se convirtió en lugar de intercambio, incluso en competencia con los *vid*, grandes burgos rurales donde los campesinos se concentraban más a menudo para vender sus productos.

En total, las ciudades habían perdido gran parte de su actividad económica y se estancaron en la parte occidental del Imperio a medida que se vaciaban de trabajadores y propietarios terratenientes; pero siguieron imponiendo su ley política y religiosa. En el nivel de los intercambios comerciales y monetarios se produjo una distorsión idéntica; el comercio exterior con los países bárbaros, Irán y el Extremo Oriente estaba gravado en las fronteras con un derecho de aduana nada menos que del doce y medio por ciento. Sin embargo, el comercio con los países de Europa central era beneficioso porque se vendían muchos productos manufacturados. En cambio, el déficit que provocaban las compras de incienso del Yemen, de especias de la India y de seda de China no era suficiente para desequilibrar la balanza de pagos del Imperio. No había ninguna proporción entre ese comercio de lujo y el comercio interior.

El Estado favorecía a este último, como siempre por razones fiscales y militares. La red de carreteras romana se encontraba en su punto de máximo apogeo; cubría todo Occidente permitiendo que las tropas y los correos de posta del *cursus publicus* se desplazaran rápidamente para la época: por ejemplo, había

seis días de camino de Milán a Roma. Pero precisamente los transportes terrestres no favorecían las mercancías; era más caro transportar 600 kilos de carga en un carro tirado por una pareja de bueyes que en un par de dromedarios. Por eso, estos últimos se utilizaron durante todo el Imperio y llevaban todo el equipaje de las tropas. Era mejor el transporte por agua: más práctico y más económico. La carga media de los barcos que transportaban trigo era de 150 toneladas. Pero, una vez más, los *navicularii* intentaban escapar de las exigencias del Estado y preferían utilizar barcos de veinte toneladas, con lo cual no tenían que pagar tantos impuestos y podían obtener más beneficios. También los barqueros del Tíber, el Po y el Ródano estaban controlados por la administración.

Así pues, solamente eran rentables los transportes fluviales y marítimos, tanto más cuanto que el Estado era el principal consumidor. Aunque solo se pudiera navegar del 31 de marzo al 10 de octubre (o a veces hasta el 11 de noviembre), aunque los viajes fueran lentos (cinco días de Narbona a Cartago, treinta días de Alejandría a Marsella), las rutas marítimas estuvieron muy frecuentadas, particularmente para transportar trigo, vino y aceite. Había comunicación regular entre todos los puertos de cierta importancia. El Mediterráneo seguía siendo el centro de esa economía de intercambio. Solo hay dos excepciones dignas de señalar: se utilizaba frecuentemente el periplo ibérico para ir a comprar estaño británico, y las flotillas que llevaban trigo de la cuenca del Támesis iban regularmente de Londres a Maguncia. Pero aquí nos encontramos una vez más con el papel promotor del Estado. En efecto, parece que los negociantes privados eran poco numerosos si nos atenemos al débil rendimiento del impuesto que les gravaba, la *collatio lustralis*. Junto a los mercaderes ambulantes galos, hispánicos y africanos, encontramos a activos comerciantes sirios y judíos. Pero, naturalmente, los productores tenían tendencia a negociar directa-

mente la venta de su trigo o su vino. El mercado frumentario del norte de Italia estaba en manos de los grandes senadores que jugaban al alza o a la baja según los períodos de siega o de espera de la nueva cosecha: en seis meses los precios podían triplicarse o al revés. Entonces, los pequeños campesinos propietarios negociaban directamente sus excedentes, y la especulación era tanto más tentadora cuanto que acostumbraba a ir unida a préstamos y a adelantos sobre las cosechas. Ahora bien, la renta de la tierra en el norte de Italia parece que era del 10 por ciento. Como la tasa de interés era oficialmente del 12 por ciento, y a menudo mucho más, una fuerte demanda del Estado estimulaba en consecuencia el comercio privado que aportaba el complemento necesario y provocaba nuevos empréstitos a intereses aún más elevados. Ello explica las diatribas episcopales, sobre todo las de san Ambrosio, contra la usura.

Esos préstamos a interés elevado, particularmente para las empresas marítimas (33 por ciento), precisaban de dinero contante y sonante, cuya disponibilidad se multiplicó a principios del siglo V con la acuñación del sueldo de oro, que era una moneda con gran poder adquisitivo que se aceptaba en todas partes. Como las piezas de bronce, los *folies*, se devaluaban sin cesar según la ley de Gresham que dice que «la mala moneda expulsa a la buena», el Estado, los funcionarios, los soldados y los comerciantes exigían ser pagados en oro. La *adaeratio*, esto es, el pago de los impuestos en sueldos de oro (en vez de especie), se generalizó. Ahora bien, los contribuyentes, en particular los colonos con una producción débil, no disponían de esas especies monetarias. Por lo que a partir del 383, los emperadores hicieron acuñar *tremisses*, tercios de sueldo de oro de 1,51 gramos, para responder mejor a la demanda. Tampoco sirvió de nada pagar a los legionarios renanos con una moneda minúscula de plata, el *minimissimi*. El brutal efecto deflacionista de la moneda de oro obligó a los campesinos libres a convertirse en

colonos ligados al suelo, dependientes de un propietario o de un patrono al que debían pagar su impuesto en especie, encargándose este de abonarlo al fisco en moneda. Una reserva de oro con excesivo poder adquisitivo con relación a la productividad provocó, ni más ni menos, el retorno a una economía natural. Un sistema monetario estable había de acarrear, tarde o temprano, el derrumbamiento de la economía unitaria romana, según el grado mayor o menor de desarrollo económico en las diferentes provincias. Ello no afectó a las provincias más ricas (África, Italia peninsular, las islas, el sur y el este de Hispania y la Galia meridional), pero ese efecto mecánico disolvente, debido a la ignorancia de las leyes elementales de la moneda por parte del gobierno imperial, empezaba a pesar sobre las regiones pobres. Una vez más, la separación entre el Estado y las ciudades por un lado, y el campo por otro lado, amenazaba derrumbamiento. Oriente lo evitó en el año 498 mediante la revaluación de la moneda de bronce, pero no ocurrió lo mismo en Occidente.

EL PRESTIGIO DE ROMA SE OPONE A UN BAJO NIVEL DE ROMANIZACIÓN

En efecto, un fenómeno ocultaba la realidad a los coetáneos: la religión de la cultura daba a Roma tal prestigio que la insuficiente romanización pasaba inadvertida. Roma, civilización urbana según la tradición de los griegos, nunca puso en tela de juicio la cultura helenística que había extendido a todo Occidente, puesto que en nombre de su modelo, estaba convencida de que era universal. Solamente los bárbaros y los esclavos eran extranjeros; todos los demás hombres eran los únicos verdaderamente libres.

Una cultura elitista, humanística y superada

Los romanos se beneficiaron del proyecto grecorromano que hacía pasar al hombre de la naturaleza salvaje a la cultura. Después de la alfabetización y el cálculo, el objetivo último de la educación era aprender, gracias al latín y al griego, a hablar bien (retórica) y a saber reflexionar sobre el destino del hombre (filosofía). Pero, en una civilización todavía oral en gran parte, el personaje privilegiado de esa educación era el profesor de elocuencia, el retórico, a pesar de que hubiera una casta importante de funcionarios, de notarios y de estenógrafos que tomaban los debates en notas tironianas. Por eso las escuelas municipales acostumbraban a tener un gramático y un retórico por todo profesorado. Las otras asignaturas (filosofía, derecho y medicina) se podían cursar en Roma casi exclusivamente. El derecho siempre se estudiaba en latín, y la filosofía y la medicina en griego.

Los emperadores ampararon esa educación porque comprendieron que era el fundamento del patriotismo romano. Aquella creó un elitismo literario uniforme que ensalzaba el sentido de la elegancia, despreciaba a las ciencias y consideraba que el ideal de vida no era el trabajo (*negotium*, de donde viene negocio), sino la dedicación a los estudios *(otium)*. Las escuelas eran el sostén indispensable del Estado, ya que proporcionaban abogados, funcionarios y, más tarde, obispos. Pero al mismo tiempo desarrollaban un desprecio por los oficios mecánicos y el trabajo manual. En este sentido no reforzaban la sociedad, aunque deslumbraran a los bárbaros con los discursos de los retóricos y el lenguaje florido de las constituciones oficiales romanas. Por otro lado, como el programa de los autores que se debían estudiar se hacía cada vez más complejo, los siglos IV y V fueron la gran época de la redacción de nuevos manuales, particularmente las gramáticas de Donato y Prisciano. Además, como solo se enseñaban prácticamente la gramática y la retórica, el deseo de cubrir las otras cinco disciplinas que faltaban

para completar el programa de las siete «artes liberales» (dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música), llevó a la redacción por parte de Marciano Capela, entre el 410 y el 429, de las *Bodas de Filología y Mercurio*, una vasta enciclopedia alegórica que respondía a aquellas necesidades. Esa complejidad que era a la vez un logro del edificio escolar grecorromano, requería reformas técnicas. Al igual que en la agricultura, también aquí aparecieron innovaciones: el libro *(codex)*, con las páginas que pueden hojearse o donde se pueden escribir notas, empezó a reemplazar al rollo. El pergamino, piel de cordero cuidadosamente alisada, hacía la competencia al papiro egipcio, a la vez caro y rugoso. Finalmente, la pluma de oca apareció sin eliminar a la caña partida (el cálamo). La pluma permitía escribir en escritura cursiva más rápida. Pero a pesar de todo, la enseñanza estaba en crisis: muchos jóvenes alumnos refunfuñaban ante el aprendizaje del griego. Agustín, aunque era profesor de retórica en Cartago, lo conocía muy mal. Paulino de Pella cuenta que el aprendizaje de las dos lenguas le costaba tanto que llegó a ponerse enfermo, después de lo cual decidió dedicarse a los placeres de la caza. También en ese sentido, una enseñanza demasiado difícil provocó que la aristocracia senatorial volviera a la naturaleza y a los placeres del campo.

Las críticas monásticas también influyeron en esa crisis de la enseñanza. Los cristianos laicos no habían querido cambiar la enseñanza clásica humanística que tanto admiraban, pero los monjes se daban cuenta de todo el paganismo que la cultura grecorromana transmitía. Juan Casiano, que fundó San Víctor de Marsella en el 410, reclamaba una cultura espiritual fundamentada en la Biblia. Los monjes egipcios, de origen popular a menudo, consideraban que la enseñanza de las humanidades era inútil porque era inmoral. A esas críticas, que dividían profundamente al episcopado a medida que los senadores de grandes familias entraban en él, respondió Agustín en su *De doctrina*

cristiana, que escribió entre el año 396 y el 427. Para él, la cultura clásica era absolutamente indispensable como paso propedéutico obligatorio hacia el conocimiento de la Biblia. El intelectual cristiano tenía que ser gramático y retórico para convertirse en un exegeta perfecto y en un brillante orador sagrado. Así, Agustín recuperó toda la cultura antigua para ponerla al servicio de las letras sagradas. Pero, al mismo tiempo, la necesidad de hacerse comprender por el pueblo le obligó a practicar un sermón claro y simple, y por ello a abandonar buena parte del yugo de la retórica. Ese aligeramiento y ese abandono eran las únicas soluciones para resolver la crisis de la enseñanza, aunque fueran contra la latinidad. Sin embargo, todavía no se había comprendido en Occidente el alcance genial de esa solución.

Así pues, el ideal universalista seguía intangible, y todas las élites comulgaban, en el mismo culto a la eternidad de Roma, con el panegirista Pacatus Drepanius como ya hemos visto. La uniformidad de la cultura, la aceptación unánime de las ventajas de la civilización, el mismo tipo de vida de este a oeste, apenas afectado por la diferencia entre el latín y el griego, hacían que los espíritus cultivados no se dieran cuenta de las realidades geográficas de una romanidad con matices múltiples. Existían zonas muy poco romanizadas que, casualmente, correspondían a los países pobres. De Cartago a Tánger, en África, la fuerza de la civilización romana disminuía lentamente; en las montañas incluso se desconocía su influencia. En el noroeste de Hispania, las capitales de territorio no eran ni tan siquiera ciudades sino *conventus*, lugares de reuniones tribales; en los montes cántabros y en el País Vasco la romanización había fracasado por completo. En la Galia, sobre todo en Armórica, eran importantes las supervivencias galas. En Gran Bretraña, seguía vivo el fondo céltico que triunfó en el País de Gales y en Escocia, al norte del muro de Adriano. En las zonas poco romaniza-

das de la Tarraconense, de los Pirineos, en los Alpes y entre el Loira y el Sena, bandas de campesinos, a veces llamados bandidos, se rebelaban intermitentemente contra el fisco. Normalmente se les designaba con el nombre de *bagaudas*, palabra de origen galo que significa «agrupación». Finalmente, no olvidemos la germanización del norte de Bélgica por parte de los francos. En definitiva, la unanimidad romana presentaba sombras que el esplendor literario y artístico camuflaba.

Ese cuadro de contrastes nos muestra, pues, una romanidad segura de ella misma y totalmente inconsciente de los desgarramientos internos. Se trataba de un mundo asediado que se creía pacífico, por lo que desarrolló tres instrumentas de paz: el derecho, con su distinción entre público y privado; el ejército, con su dualidad (tropas de cobertura y tropas de campaña), y los funcionarios al servicio de la justicia y de las finanzas. Pero, para mantener lo que se había logrado y para conservar intacto su potencial urbano, se tuvo que crear un sistema fiscal devorador. Para paliar la insuficiencia de hombres se tuvieron que introducir bárbaros en las tropas. Para mejorar los rendimientos se tuvieron que adscribir los colonos a la tierra y se tuvo que generalizar la economía monetaria. Para aumentar el fervor romano, se tuvo que desarrollar una enseñanza y hubo que apoyarse en la Iglesia. Pero tensando de ese modo los resortes de la sociedad sin querer sacrificar nada de la herencia antigua, la romanidad creó privilegios en los extremos de la sociedad e hizo aparecer divergencias graves: decuriones y campesinos contra el Estado, monjes contra clérigos, ciudades contra campo, etc. La sociedad escapaba del Estado a través del patronazgo, el de los nuevos poderosos: militares, senadores y obispos. El campo se modernizaba de espaldas a las ciudades, que se iban vaciando de sus productores. El Estado, el único gran consumidor en un medio que no puede responder a su demanda,

quiebra la naciente expansión con una moneda de excesivo poder adquisitivo.

Como un lagarto que muda, el Imperio Romano, a principios del siglo V, se encontraba atrapado por su vieja piel, que no acababa de abandonar, y debilitado en su nueva epidermis. Se oponían y se contradecían en él la resistencia y el movimiento, el arcaísmo y las innovaciones. La desgracia quiso entonces que surgiera el bárbaro antes de que aquel proceso hubiera tocado a su fin. Aquel cortó con su espada el apéndice caudal del animal, salvando de ese modo la vida al Oriente bizantino, que inició entonces su apogeo. Solo así se puede considerar el papel destructor del acontecimiento. Dentro de esa dialéctica de las guerras y de las estructuras de civilización, veamos ahora qué fue lo que se derrumbó y qué fue lo que se mantuvo.

Capítulo 2

FRAGMENTACIÓN Y CAMBIO DE OCCIDENTE

(siglos V-VIII)

Los coetáneos no se dieron cuenta de las consecuencias duraderas y lejanas de las invasiones germánicas. A menudo mayoritarios, los vencidos minimizaron el alcance del acontecimiento y consideraron que los recién llegados eran antiguos soldados romanos, salvo, evidentemente, en los contados casos en que fueron expulsados. Por ello, en particular en Hispania, en el sur de la Galia y en Italia, la influencia romana siguió siendo preponderante, evolucionando por el impulso adquirido. Tomó entonces el relevo de la civilización romana la Iglesia, que veló por su mantenimiento y su transformación. Mediante misiones, llevó la romanización incluso a lugares en los que Roma había fracasado. Así pues, en esas regiones, la aportación bárbara específica fue minimizada o incluso rechazada. En cambio, esta fue indudable y clara en Inglaterra, el norte de la Galia, Germania y el norte de Italia. Entonces se hubiesen podido oponer la permanencia romana y las novedades germánicas a escala geográfica, de forma que cada región representase a una de ambas. Pero no ocurrió nada de eso porque la influencia de la Iglesia, que escogió lo que le pareció perdurable de la romanidad, llevó finalmente a la creación de una nueva unidad entre vencedores y vencidos que se pretendía idéntica a la antigua. Surgió, pues, una mezcla que, a falta de algo mejor, se ha venido llamando civilización de los reinos bárbaros y la que sería mejor llamar romano-germánica. De todos modos, gracias a la aculturación realizada por la Iglesia, los germanos supieron aprovechar las lecciones que recibieron al tiempo que conser-

varon su originalidad, puesto que siguieron mandando sobre los romanos y sobre los miembros del clero.

DEL IMPERIO A LOS REINOS

A partir del momento en que un pueblo nómada, los hunos, procedente de las estepas de Asia central, cruzó el Don en el año 375, una serie de reacciones en cadena provocó el desplazamiento de tribus enteras del este hacia el oeste y su entrada en el Imperio. Al parar el primer golpe el Imperio de Oriente desembarazándose de sus adversarios a los que mandaba hacia Occidente, aquí empezó un proceso de muerte lenta. Luego, tras un período de reconquista por parte de Constantinopla, que había recuperado fuerzas, Occidente quedó abandonado a su suerte. Desde entonces, empezó la búsqueda del equilibrio entre los diferentes reinos bárbaros que se habían repartido el territorio. Todos esos reinos atravesaron crisis graves, pero uno de ellos, el de los francos, surgió como aspirante a la hegemonía. Curiosamente, la caída de Roma llevó a la restauración de Roma.

Una muerte lenta y dolorosa

Al cruzar el Don, las tribus de los hunos quisieron someter a los alanos, a los ostrogodos y a los visigodos. Estos últimos, vencidos, intentaron refugiarse en el territorio romano como federados, pero la alianza oficial se quebró rápidamente. En el 378, la caballería visigoda rompió en Adrianópolis las filas del ejército romano mediante un ataque lateral. A partir de ese momento, ese ejército germánico seguido de su pueblo intentó en vano renovar la alianza con Roma. Con Alarico a la cabeza, los visigodos erraron por todo el Imperio de Oriente en búsqueda de un estatuto. Después de saquear Iliria, entraron en Italia y, al no poder negociar con la corte de Ravena, que era profunda-

mente antigermánica, tomaron Roma en el 410. Esa caída de la Ciudad eterna tuvo gran repercusión en todo Occidente.

Entretanto, y aprovechando que el Rin no solo estaba desguarnecido de tropas sino también helado, el 31 de diciembre del 406 cruzaron el río y saquearon todo el norte de la Galia los vándalos, grupos de suevos y otros de alamanes. Ante ese desastre, las tropas romanas de Gran Bretaña eligieron emperador a su general Constantino que desembarcó en Boulogne y cerró la frontera renana con la ayuda de tropas federadas francas. Habiendo literalmente caído en una trampa, los vándalos y los suevos entraron entonces en Hispania y la saquearon a discreción. Al mismo tiempo, los\ *bagaudas* se rebelaban de nuevo contra las recaudaciones fiscales ya exorbitantes a las que estaban sometidos, mientras que los armoricanos, viéndose abandonados, apoyaban al usurpador. Tal situación solo se resolvió lentamente gracias a las iniciativas del general Constancio. Después de haber utilizado a las tropas visigodas contra los vándalos en Hispania, acabó instalándolas en Aquitania, de Toulouse al océano, concediéndoles oficialmente el estatuto de federados, aliados del Imperio. A partir del 418, pues, empezó cierta estabilización con la creación de un primer «reino» bárbaro en Occidente. Pero los daños habían sido enormes. Dos tercios del ejército romano de campaña habían sido destruidos y buena parte de los ingresos fiscales no se cobraba.

Es realmente sorprendente observar que el Imperio seguía existiendo. De hecho, lo consiguió gracias al sistema de los federados. Tal era el caso de los suevos instalados en la desembocadura del Duero, alrededor de Braga. Pero los vándalos, después de haber sido instalados provisionalmente en la Bética, la abandonaron (dejándole el nombre de Andalucía) para cruzar el estrecho en número de 80 000, en el año 423. Desde ese punto avanzaron lentamente hacia el Este, tomaron Bona (hoy Annaba), donde acababa de morir san Agustín, en el 430, obtuvieron

el estatuto de federados en el 435, y acabaron por saquear Cartago en el 439. Fue entonces cuando el reino de los vándalos conoció, bajo la dirección de Genserico y a diferencia de los otros reinos bárbaros federados, una verdadera independencia de hecho. Dueño del granero de trigo de Roma, se convirtió en el enemigo por excelencia, tanto más peligroso cuanto que logró ocupar todas las islas del Mediterráneo occidental.

Genserico intentó, efectivamente, acorralar a Roma entre los hunos que ya se encontraban en el Danubio desde el 420 y él mismo. Pero tuvo que habérselas con el general romano más hábil de la época, Aecio, que había vivido su juventud como rehén en la corte de los hunos. Gracias a que estando allí había trabado amistades, consiguió utilizar federados hunos y estabilizar la situación en la Galia. En el 436, en particular, después de haber aplastado a los burgundios instalados en Worms, los desplazó y los instaló en el Jura meridional y alrededor del lago Lemán, en *Sapaudia*, de donde viene el nombre de Saboya. Era el tercer reino federado. Conteniendo a los visigodos y manteniendo su alianza con los francos, supo precaverse de las iniciativas conjuntas de Atila, rey de los hunos, y de Genserico, rey de los vándalos. Desde su campamento instalado en el corazón de las actuales llanuras húngaras, Atila lanzó un ataque destinado a someter a tributo a todos los pueblos germánicos que habían entrado en el Imperio Romano. Precedido por una reputación de terror y en busca de botín, destruyó Metz, sitió Orleans y luego, ante la noticia de la llegada de Aecio con tropas romanas, se retiró a la Champaña. Ahora bien, ahí tuvo que habérselas no solo con los soldados de Aecio, sino también con los visigodos, los alanos, los burgundios, los bretones de Armórica, los bagaudas, los sajones implantados en el Boulonnais y todas las tribus francas. Tal coalición sugiere un cambio esencial de mentalidad. Fue un ejército mayoritariamente germánico el que sorprendió a los hunos cuando se retiraban cerca de Tro-

yes, en Moirey, donde libraron la célebre batalla de los «campos Cataláunicos» el 20 de junio del 451. Al año siguiente, el papa León hizo fracasar una expedición de Atila que se dirigía hacia Roma, y la muerte inesperada del «jan» acarreó la fragmentación inmediata de los agrupamientos tribales que él había reunido bajo su control. Parecía que el Occidente romano se había salvado una vez más. Pero el asesinato del general Aecio, en el 453, por el emperador Valentiniano III, celoso de sus éxitos y temiendo por su trono, volvió a favorecer el lento proceso de agonía del Imperio. Los fieles de Aecio respondieron asesinando al emperador; y en Ravena, un patricio bárbaro, Ricimero, se puso a hacer y deshacer emperadores a su antojo. Así las cosas, el fraccionamiento del Imperio siguió avanzando.

En Gran Bretaña, los bretones, desprovistos de tropas para hacer frente a los ataques de los pictos y a las piraterías de los escotos llegados de Irlanda, y después de haber pedido ayuda en vano, acabaron por recurrir a los anglos y los sajones como federados. Estos dos últimos venían de Jutlandia, de las bocas del Elba y del Weser. Más o menos mezclados con los frisones reunidos en las bocas del Rin, y con los francos que habían encontrado en el Boulonnais, cumplieron bien con su cometido al principio, hacia los años 450-455. Pero pronto se aprovecharon de la situación para dominar a los bretones, instalándose en Kent, en los estuarios del Wash y del Humber. Entre tanto, la resistencia bretona se organizó apoyándose en una emigración hacia el continente y consiguió bloquear el avance anglosajón hasta finales del siglo V. Y al mismo tiempo, los irlandeses establecieron su dominio en la Caledonia céltica, que tomó su nombre: Scotland, Escocia, el país de los escotos.

Socavado en sus contornos, el Imperio también fue golpeado desde el interior. En el 455, Genserico desembarcó cerca de Roma y saqueó la ciudad durante más de un mes. Aquí y allá, en medio de la apatía general, estallaron revueltas antibárbaras: en

Auvernia, en Cataluña, en Sicilia, en Iliria, etc. Sin embargo, todas ellas fracasaron por falta de coordinación y de apoyos exteriores. Entre el Loira y el Somme, los generales romanos Pablo, Egidio y Siagrio se apoyaron constantemente en los bretones para bloquear los progresos de los reinos federados. De hecho, los visigodos avanzaban hacia el Loira, hacia los Pirineos, el Mediterráneo, el Ródano, y tomaron Provenza en el 476. Encargados por Ricimero de someter a los suevos que se estaban desplegando en Hispania, los hicieron retroceder y ocuparon su sitio. Los burgundios tomaron Lyon, desde donde remontaron el Saona hasta la meseta de Langres y luego descendieron por el Ródano hasta el Durance.

En cuanto a Italia, el último ejército «romano», bajo la dirección de Odoacro, un jefe de origen huno, acabó por sublevarse y reclamar un estatuto idéntico al de los otros pueblos federados. El joven Rómulo Augústulo fue despojado de sus insignias imperiales, y luego exiliado el 4 de septiembre del 476. El Imperio Romano de Occidente ya no existía; pero de momento nadie se dio cuenta de ello. Volvía a haber un solo emperador, el de Oriente, con residencia en Constantinopla, que se convertía en el responsable de Occidente. Así es cómo los coetáneos interpretaron el acontecimiento. Por otro lado, el emperador Zenón no reconoció la dignidad real de Odoacro. Este no pudo defender la margen derecha del Danubio y dejó que los lombardos ocuparan la actual Austria. Cuando los ostrogodos, instalados como federados en el 471 en Panonia, hubieron agotado su territorio y quisieron atacar Constantinopla, Zenón encargó a su rey Teodorico que fuera con sus tropas a desalojar a Odoacro en su nombre, ya que él era emperador de Occidente. Las tropas ostrogodas, de nuevo «oficialmente romanas», consiguieron eliminar a Odoacro en el 493 después de duros combates. El reino ostrogodo de Italia fue la última creación de un reino federado en Occidente. Teodorico intentó extender su

hegemonía hasta el Danubio, como representante del poder imperial, y practicó una política de alianzas matrimoniales con todos los reinos bárbaros: el visigodo, el burgundio, el suevo, el vándalo e incluso con el reino franco, entonces en plena expansión.

La sorpresa franca: 486-535

En efecto, ese nuevo equilibrio como consecuencia de un dominio ficticio de Constantinopla sobre Occidente, mediante interposición de godos, no tardó en romperse en favor de una tribu germánica, los francos, que se habían mantenido fieles a Roma hasta los años 465-468. Hasta entonces se componían de dos grupos por lo menos: uno, los ripuarios a los que debemos llamar renanos, vigilaban la margen izquierda del río; el otro, los salios, originarios del Salland, un pequeño territorio hoy situado en los Países Bajos, en el bajo Rin. Instalados, como hemos visto, en el norte de Bélgica, los salios se extendieron imperceptiblemente hacia Tournai y Cambrai, donde se instalaron hacia 430-440. Uno de sus reyes, Childerico, intentó en vano tomar París; fue enterrado en Tournai en el 481, en su capital, donde se encontró su tumba en el siglo XVII. Su hijo Clodoveo (que viene de Chlodweg), considerándose como un general romano dueño de un territorio abandonado, venció a Siagrio en el 486 y tomó su capital, Soissons. Después, unificó el reino franco eliminando a los reyezuelos vecinos mediante asesinatos o astucias; logró entenderse con los bretones de Armórica, a los que reconoció una casi total independencia. Finalmente, hizo retroceder a los alamanes hacia el alto Rin, sin duda a raíz de la batalla de Zulpich (más conocida bajo el nombre de Tolbiac), de fecha discutida (quizá el 496 o el 500).



Los estados bárbaros a principios del siglo V.

Fiero cuando quiso atacar a los reinos burgundio y visigodo, se dio cuenta de que no podía avanzar sin el apoyo de la población galorromana. Esta había rechazado el cristianismo heterodoxo de Arrio, el arrianismo, adoptado por sus gobernantes, en particular por los visigodos. Clodoveo acabó dejándose bautizar en la religión católica por Remigio, metropolitano de Reims, el 25 de diciembre del 498 o el 499. Los obispos católicos del reino visigodo, felices de haber encontrado por fin a un rey ortodoxo, pidieron su ayuda. Clodoveo, apoyado además por el emperador Anastasio, que acababa de enemistarse con Teodorico, rey de los ostrogodos, encabezó una campaña triunfal de Vouillé (507) hasta Toulouse, que los aquitanos vieron como

una guerra de liberación. El reino visigodo se hubiera venido abajo si Teodorico, liberado de un desembarco bizantino, no hubiera podido mandar tropas en ayuda de sus hermanos de raza. Bloqueó a los francos y recuperó Provenza y Septimania (el actual bajo Languedoc), evitando así que Clodoveo y los jefes francos llegaran al Mediterráneo.

Sin embargo, cuando Clodoveo, después de haber reunido en Orleans un concilio «galo», murió en París, su nueva capital, el 27 de noviembre del 511, había fundado un nuevo tipo de reino germánico en el que las relaciones entre vencedores y vencidos eran más sólidas que en ninguna otra parte. Es prueba de ello el hecho de que el impulso que se había iniciado continuó, a pesar de la división del «reino» entre los cuatro hijos de Clodoveo siguiendo la tradición familiar. El reino burgundio, cuyo apogeo había sido obra del rey Gundobaldo (485-516), fue dislocado en dos campañas, en el 523 y el 536, y también fue dividido. Los ostrogodos, de nuevo con dificultades con el Imperio, acabaron cediendo Provenza.

Pero los mayores éxitos de los francos tuvieron lugar al este del Rin. Los territorios despoblados a raíz de las migraciones fueron ocupados por otros pueblos. Los alamanes, de orígenes diversos como indica su nombre (*alie Marinen*, todos los hombres), se habían asentado en el Palatinado y en Alsacia desde el 406, pero sin abandonar las tierras que se extendían desde el Rin al Danubio. De ahí, se extendieron hacia el Franco Condado y Suiza (la parte hoy llamada alemánica), hasta un afluente de la margen derecha del Danubio, el Iller. Allí se enfrentaron con otro pueblo, los bávaros, quienes, entre el 488 y el 539, se instalaron en las tierras situadas entre ese último río y el Enns, en toda la margen derecha del Danubio y hasta los Alpes. Y finalmente en el norte, en las orillas del Saale, se instalaron los turingios. Ahora bien, todos esos pueblos fueron sometidos más o menos al control de los francos: los turingios en el 531 y

los alamanes en el 536 por Teodeberto; los bávaros en el 555 por Clotario. De ese modo, toda la Germania meridional estaba bajo tributo e influencia de los francos. Por primera vez, la Galia y la Germania entraban en contacto estrecho dentro de un marco político común. Clotario I, único rey de los francos después de la muerte de sus hermanos, reinó del 558 al 561 sobre el conjunto político más importante de Occidente. Pero el reino de los francos había de ejercer en adelante una hegemonía incontestable.

En efecto, los otros tres reinos germánicos arríanos que sobrevivían hacían un pobre papel. En África, el gobierno brutal de los sucesores de Genserico vino acompañado de persecuciones anticatólicas, que fueron violentas bajo Hunerico (477-484) y muy severas todavía con Trasamundo (496-523). La realeza vándala se vació progresivamente de todo apoyo interior. Hispania, adonde habían retrocedido los visigodos tras su derrota, se encontraba bajo la tutela ostrogótica que la ayudó a reconstruir su monarquía. Incapaces de elegir a un rey único y de conquistar el sur de la península poblado por católicos hostiles al arrianismo, el reino visigodo se hubiese fragmentado si una facción militar no hubiese llevado a Atanagildo al poder en el 550. Finalmente, en la Italia ostrogoda, el reinado hábil y brillante de Teodorico acabó bastante mal. Su política de rigurosa segregación de los dos pueblos (godos arríanos y romanos católicos), se volvió contra él. Justo antes de su muerte, no consiguió evitar el conflicto religioso, y los godos radicales llevaron a Teodato al poder, con lo que se volvió a una política de dominación puramente germánica.

El retorno de los «romanos»: 533-610

Librado de las invasiones germánicas, el Imperio Romano de Oriente consiguió recuperar sus fuerzas. Justiniano (525-568),

ante las crisis de los tres reinos germánicos del Mediterráneo, creyó que aquel era el momento de reconstruir el Imperio Romano de Occidente y de volver a dar unidad al mundo romano. En el 533, gracias a un desembarco rápido, su general Belisario destruyó completamente el reino de los vándalos hasta el punto de hacer desaparecer todo vestigio étnico. En el 535, las tropas imperiales bizantinas ocuparon Sicilia y luego atacaron Italia. Pero la resistencia ostrogoda fue tenaz; durante veinte años, los dos adversarios tuvieron alternativamente éxitos y derrotas, de forma que llevaron a la península a la ruina y Roma fue tomada cuatro veces. Hacia el 554, Italia era de nuevo oficialmente romana. En el mismo año, Justiniano, que había apoyado a Atanagildo en su lucha con tropas bizantinas, obtuvo en agradecimiento las provincias del sureste de Hispania. El Mediterráneo volvía a ser prácticamente imperial. Sin embargo, esa reconquista no se podía completar sin la sumisión de la Galia franca. De hecho, los sucesores de Justiniano no pudieron proseguir sus esfuerzos ni pudieron aprovecharse de las guerras civiles entre los reyes merovingios entre el 561 y el 613.

Además, Italia, asolada por una gran peste, permaneció totalmente pasiva ante la invasión lombarda. En cuatro años, del 568 al 572, los lombardos ocuparon la llanura del Po y crearon los principados de Toscana, Espoleto y Benevento. Los bizantinos solo pudieron resistir en la franja de territorio que iba desde Venecia a Roma por Ravena y Perugia, mientras que Nápoles, Calabria, el *Bruttium* y Sicilia quedaron intactos. Así pues, la influencia del Oriente mediterráneo continuó en Occidente a través de la Italia sobre todo meridional. Este hecho, de capital importancia para la posterior historia de Europa, es, pues, una herencia de Justiniano. Apenas exageraríamos si dijéramos que, hasta el siglo XIX, marcó el destino particular del «Mezzogiorno». El espacio de los lombardos dejaron vacío en la llanura del Danubio fue rápidamente ocupado por los jinetes nóma-

das de las estepas, los avaros, que instalaron allí sus bases de partida para lanzar numerosas incursiones de pillaje a los diferentes reinos germánicos. Por eso, desde entonces se vieron obligados a entrar en la órbita franca con el fin de protegerse. No obstante, la situación del Occidente bárbaro estaba más o menos estabilizada para dos siglos.

En definitiva, y a pesar de los esfuerzos de Justiniano, el Imperio Romano de Occidente tardó más de doscientos años en desaparecer. Ello es sin duda fruto de su política de constantes alianzas con los ejércitos germánicos. Por eso, esa lentísima agonía permitió la supervivencia de la civilización romana, aunque los primeros reinos germánicos se hubieran desorganizado a causa de su arrianismo y de su desarraigo. La romanidad todavía estaba presente en Italia porque, de la primera generación de asentamientos germánicos, no quedaban más que los visigodos en Hispania. En cambio, la segunda generación (anglosajones, francos, alamanes, bávaros y lombardos) seguía siendo fuerte gracias a que no había perdido la conexión con las tierras germánicas que habían dejado atrás.

Un equilibrio precario: 610-687

En el siglo VII, se consolidaron las nuevas relaciones políticas entre los reinos germánicos y se dibujó un nuevo mapa estratégico del antiguo Occidente romano.

Mientras que África siguió siendo bizantina, la Hispania visigoda consiguió solucionar sus divisiones: Atanagildo estableció su capital en Toledo y conservó la Septimania. Leovigildo (568-586) llevó a cabo una fuerte ofensiva contra el reino suevo al que consiguió eliminar en el 585. Pero el único resultado que obtuvo con sus ataques a los vascos fue provocar que estos pasaran sus incursiones de pillaje a las vertientes septentrionales de los Pirineos. Recaredo (587-601), que se convirtió oficial-

mente al catolicismo en el 589 con todos los visigodos a los que más o menos obligó, unifica interiormente el país, pero no logró expulsar completamente a los bizantinos de la Bética y de Cartagena. Habría que esperar al 629 para que los últimos puertos fueran evacuados de barcos y tropas del Imperio de Oriente. En adelante, los visigodos unificaron totalmente la península ibérica. Solamente quedaban pendientes los eternos problemas vasco y septimano ya que ninguna de ambas regiones aceptó completamente el dominio de Toledo.

Pero mientras que la Hispania visigoda estaba aislada, la Galia merovingia estaba abierta. Acabadas las guerras civiles en el 613, encontró una gran estabilidad bajo Clotario II (584-629) y Dagoberto (629-639), únicos reyes de los francos, por la casualidad de las sucesiones, en 25 años. Al igual que los reyes visigodos, pacificaron las fronteras pero, confundidos por los ataques vasco y bretón, solo pudieron instalar zonas militares en las puertas de sus territorios. Lograron particularmente dominar las tendencias regionalistas en Aquitania y Borgoña. En el este, Dagoberto incluso entró en contacto con el reino eslavo del franco Samo y obtuvo un tributo anual de los sajones, que habían ampliado su territorio del Elba al Rin. Pero luego, esa unidad de mando desapareció, excepto durante el reinado de Childerico II (entre el 673 y el 675). Se desprendieron dos grandes conjuntos: Austrasia, del Rin al Mosa con capital en Metz, y Neustria, del Mosa al Loira con capital en París. Entre las dos, Borgoña, Aquitania y Provenza tenían que jugar con el equilibrio para no ser dominadas ni por una ni por otra. Neustria, donde se encontraba la mayoría de las tierras personales merovingias, logró llevar la iniciativa hasta el 687. Pero, mientras esos reinos rivales estaban luchando, los pueblos germánicos sometidos aprovecharon la situación para reaccionar contra la hegemonía franca. Desde el siglo VI, y sobre todo a partir del 650, un pueblo marítimo, los frisones, que había con-

quistado Zelanda y había participado en las invasiones sajonas, empezó su expansión hacia las costas danesas y las bocas del Rin, donde tomaron los puertos de Utrecht y de Dorestadt.

A partir del 641, Turingia volvió a ser independiente. Poco después, en el valle del Garona, la lucha continua contra los vascos hizo nacer un principado independiente en Aquitania a partir de los años 671-672. En definitiva, se preparaba una crisis en un reino merovingio todavía insuficientemente dominado.

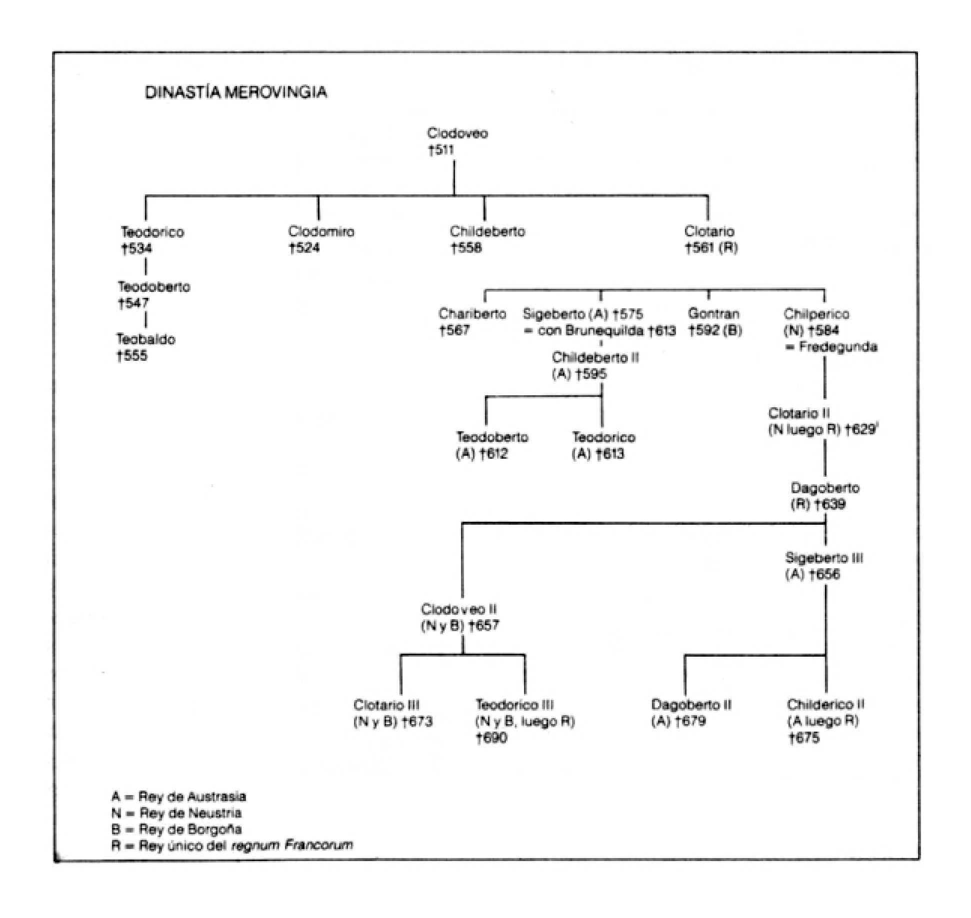
También los anglosajones siguieron un proceso comparable, con la diferencia de que nunca conocieron tentativas de unificación. Bloqueados por los bretones en la parte este de la isla desde el 490, aprovecharon los conflictos con los francos en el continente, a partir de los años 550-560, para seguir avanzando. Distintas bandas encabezadas por sus jefes de guerra, repelieron paso a paso a los bretones arrinconándolos hacia el oeste. Partieron los reinos bretones en tres trozos (Cornualles, País de Gales y Strathclyde), llegando en dos sitios al mar de Irlanda. Arrinconados en las regiones montañosas y pobres, los bretones aceleraron cada vez más su ritmo de emigración a Armórica, la «Bretaña» continental, que tomó entonces su nombre. En cuanto a los reinos anglosajones (Kent, Essex, Sussex, Wessex, Northumbria, Mercia y Anglia Oriental), sus jefes colonizaron a la fuerza los territorios e intentaron dominarse mutuamente sin mucho éxito. A finales del siglo VII, había más o menos equilibrio entre ellos después de efímeras hegemonías sucesivas de Kent, Northumbria y Mercia.

¿También Italia estaba condenada a la fragmentación? Restablecido después de una crisis interna, el reino lombardo intentó someter a los duques independientes. Para conseguirlo, lo mejor era luchar contra Bizancio. Como las tropas imperiales retrocedían inexorablemente y las posesiones bizantinas disminuían día a día, el papado se erigió en verdadero dueño de Ro-

ma e intentó bloquear el avance lombardo desde el pontificado de Gregorio I el Grande (590-604). Para ello, se apoyaba en los duques independientes, a los que convirtió del arrianismo al catolicismo. Esa entrada en la Iglesia romana tuvo lugar bajo el rey Ariperto I, en los años 652 y 653. En el 680, el emperador reconoció las conquistas lombardas en Italia. Solamente seguían siendo oficialmente romanas la parte meridional de la península, la Romana y el Lacio, todas ellas unidas por una vía estratégica. Mientras tanto, el papado estaba cada vez más aislado.

¿QUÉ QUEDÓ DE ROMA?

Oficialmente, el Imperio ya no existía y, en consecuencia, el gobierno central romano había desaparecido. Pero al igual que una oca decapitada, la civilización romana siguió su camino. Incluso los reyes germánicos se veían casi obligados a asumir las responsabilidades de los antiguos prefectos del pretorio. Eso se nota claramente en los pueblos germánicos más civilizados, que mucho antes de su entrada en el territorio romano ya estaban en contacto con el Imperio: los visigodos, los ostrogodos, los burgundios y los francos. Analicemos de nuevo las principales características de la romanidad tardía: el derecho, los funcionarios, los impuestos, el ejército, la esclavitud, los senadores, el sistema territorial, la ciudad, la moneda y el comercio. Veremos a continuación que el balance es realmente complejo.



Subsistieron el derecho y la burocracia

La protección de los vencidos y el mantenimiento de las estructuras políticas y sociales que los enmarcaban, fueron efectivamente un hecho en los lugares donde los vencidos se instalaron bajo la ficción jurídica de un tratado de alianza, como un ejército «romano», y lo respetaron durante largo tiempo. El régimen jurídico basado en el derecho romano es paradigmático en ese sentido. La instalación de los pueblos federados se había realizado conforme al derecho de hospitalidad que caracterizaba a los funcionarios romanos, tanto civiles como militares. Hemos visto cómo Constancio, falto de dinero y de hombres, tuvo que enrolar a los visigodos como federados el 418. Pero,

en vez de asignarles como era normal pagas y alojamiento temporales, transformó los «vales» de alojamiento en títulos de propiedades definitivos. En efecto, como era necesario fijar al pueblo para tener un ejército permanente y los godos conocían la propiedad privada desde hacía dos siglos, era más ventajoso atribuirles dos tercios de una propiedad romana que un tercio de una vivienda. Así pues, los visigodos inauguraron ese cambio de proporción cuando fueron instalados entre Burdeos, Toulouse y Saint Gaudens. Lo reiteraron cuando se implantaron en la península ibérica entre Calatayud, Toledo y Burgos. Los burgundios obtuvieron el mismo régimen entre Ginebra y Lyon. En cambio, en Italia se respetó la proporción primitiva de un tercio, primero con las tropas de Odoacro y luego con los ostrogodos de Teodorico alrededor de Pavía. El contrato de hospitalidad fue distinto según los pueblos. En el caso de los burgundios, se expropió a todos los propietarios romanos, y luego se realizó una distribución equitativa entre grandes y pequeños propietarios. Se atribuyó a cada jefe de familia ampliada dos tercios del *ager*, un tercio de los esclavos y la mitad del bosque, de los edificios y de los huertos. En cambio, en el caso de los visigodos, el *saltus* permaneció indiviso entre el antiguo propietario y el nuevo. El contrato de hospitalidad tenía por objetivo hacer que los recién llegados y los romanos vivieran unos junto a otros; pero ese intento fracasó muy a menudo. En Aquitania, las usurpaciones de tierra envenenaron las relaciones, mientras que en otras partes, a medida que ambas poblaciones se mezclaban gracias a sucesiones y ventas de los lotes de tierra de los germanos, la comunidad amplia de los bárbaros ya no existía. La hospitalidad, allí donde se practicó y al tiempo que protegía a la romanidad, fue un elemento de mantenimiento de las estructuras agrarias romanas.

Los códigos de derecho romano fueron todavía más importantes en ese sentido, Para que la población les aceptara, los

germanos toleraron que se perpetuara el régimen jurídico de los vencidos. Gundobaldo, rey de los burgundios (485-516), hizo resumir extractos de Papiniano para redactar la ley de los romanos en territorio burgundio, la ley «Gombetta». Unos años más tarde, Alarico II, rey de los visigodos, hizo abreviar el *Código Teodosiano* en el 506 para los aquitanos; se trataba del *Breviario de Alarico*. E igualmente para los itálicos, Teodorico, rey de los ostrogodos, publicó un edicto que contenía las principales prescripciones de Teodosio II. Además, Italia fue privilegiada por lo que se refiere al mantenimiento del derecho romano. Al caer en la órbita bizantina bajo Justiniano, recibió el *Codex Justinianus*, publicado entre el 529 y el 534, y las *Novelas*, es decir las nuevas leyes publicadas después del código y hasta el 565. Desde entonces, la península no dejó de ser un foco de derecho romano, tanto público como civil, que se extendió hacia África y la Hispania bizantina. El ejercicio y la práctica del derecho romano prolongaron considerablemente la influencia de los vencidos. Se perpetuó así la doctrina humanística de una sociedad en la que los derechos de las personas privadas eran intangibles, en la medida en que no comprometieran el interés del Estado y el bienestar público. La noción de un Estado que, a cambio de la contribución de todos, organizaba la justicia en interés de cada ciudadano, familia o comunidad social y religiosa, siguió existiendo y desarrollándose en los países que siguieron siendo básicamente romanos. Se afirmaba una diferencia fundamental con los germanos allí donde, para resolver los conflictos, el proceso sustituía a la guerra. Finalmente, no olvidemos que el derecho romano siguió siendo el derecho del clero, incluso en los territorios germanizados, y que la justicia del obispo lo propagaba. Por eso tuvo influencia en los derechos céltico, franco, gótico e incluso lombardo. Si tal no era el caso, sobrevivía en islotes, como la ley romana de Coire, en el actual cantón montañoso de los grisones en Suiza.

Las monarquías germánicas también intentaron utilizar el concepto romano de Estado y la práctica del funcionariado retribuido con regularidad. Los reyes que se instalaron según un tratado, respetaron escrupulosamente las instituciones romanas. Es paradigmático en ese sentido el caso de Teodorico. Constantinopla le había encargado oficialmente el gobierno de Italia, pero el rey era de hecho un viceemperador que llevaba la púrpura imperial. Proclamado «augusto» y con el título de patricio, cada año nombraba a uno de los dos cónsules; el último a quien nombró fue Basilio en el 541. Utilizaba directamente los servicios de las oficinas que todavía funcionaban en Ravena bajo la dirección del jefe de oficios, continuó encargando al cuestor de palacio de la correspondencia oficial y al conde de las *sacrae largitiones* de las finanzas y de los talleres estatales. La administración local seguía en manos de los dos prefectos del pretorio; el de Italia estaba instalado en Ravena y el de la Galia en Arles, cada uno con sus oficinas. Las provincias seguían teniendo su gobernador y las ciudades su conde, Roma conservaba sus antiguas magistraturas y brillaba por su senado que, sin embargo, ya no tenía ningún papel real y acabó por convertirse en un simple consejo municipal de Roma hasta su desaparición a finales del siglo VI. A raíz de la reconquista de Justiniano en el 554, la península fue directamente incorporada al Imperio, pero en el momento de las invasiones lombardas y al revelarse ineficaz la administración romana, el emperador Mauricio (582-609) tuvo que introducir innovaciones. Nombró un «exarca» que gobernara Italia desde Ravena con amplios poderes, tanto civiles como militares, y que tenía bajo sus órdenes a otros jefes militares, duques y condes. Pero no se modificó la jerarquía de los funcionarios civiles. En el siglo VII, todo seguía intacto.

En África y en Hispania, las reformas bizantinas fueron idénticas. De hecho, ni los vándalos ni los visigodos habían in-

troducido cambios en los organismos romanos. Los reyes vándalos se apoyaron en las oficinas romanas del vicario de África y mantuvieron el cargo de gobernador de provincia. Los visigodos, tanto en Toulouse como en Toledo, también utilizaron los cuadros provinciales romanos y una especie de cuestor de palacio que, en el reinado de Eurico, fue León de Narbona, verdadero consejero jurídico y político del rey germánico. Pero, como podemos ver, ni los vándalos, ni los visigodos, ni, con mayor razón, los burgundios (cuyo reino era demasiado pequeño), tuvieron a su disposición los organismos de gestión de un prefecto del pretorio cualquiera. Tuvieron que inventarse un «consistorio» y crear un verdadero patrimonio real con los bienes territoriales confiscados y las antaño tierras públicas del Estado. Teodorico fue el único que mantuvo una separación estricta entre los dos tipos de tierras y que la impuso en Hispania. En definitiva, esas monarquías «dualistas», en las que los vencedores admiraban la civilización de los vencidos hasta el punto de utilizar la lengua latina y los títulos y métodos de gobierno romanos, contribuyeron sin duda al mantenimiento de las prácticas políticas del Imperio en todo el mundo mediterráneo occidental. El mismo reino franco, instalado más por conquista que por acuerdo diplomático con Roma, utilizó ciertos cargos del alto funcionariado romano como el jefe de oficios y el refrendario, responsable del sello y de la correspondencia Regia. No obstante, lo más impresionante es la total vigencia del conde de la ciudad en todos los territorios. En la monarquía merovingia, esa institución no afectó a los territorios germanizados hasta el siglo VII.

Subsistió la impopular presión fiscal

Se observa la misma continuidad en el plano del sistema fiscal. Normalmente, los godos, los vándalos, los burgundios y los francos, es decir, todos los antiguos federados romanos, esta-

ban exentos de todo impuesto como soldados del Imperio. Así pues, todos los civiles romanos, excepto los clérigos, tenían que cumplir con su deber fiscal, y las tierras que conservaban en caso de hospitalidad eran para mantener el pago de los impuestos.

En efecto, todas las monarquías germánicas organizaron y mantuvieron la recaudación del impuesto territorial y el personal. Para ello, se ayudaron de catastros y polípticos, registros que contenían el censo de las personas y el canon que cada una debía pagar, tanto en Italia como en África, la Galia o Hispania. En los lugares donde se habían producido revueltas antifiscales, y en las zonas de los armoricanos y los bagaudas particularmente, la alianza con los bretones contenía expresamente la exención de todo impuesto a los francos. De hecho, los reyes bretones independientes recaudaron impuestos para sí y mantuvieron, como se demuestra en sus leyes redactadas hacia el 520, la práctica de un funcionariado encargado de cobrar los impuestos, el *tributarius*. Así pues, volvemos a encontrar prácticas inalteradas, tanto al nivel central como local. En Italia, Teodorico hizo recaudar y pagar, escrupulosamente y en oro, todos los impuestos que hemos citado. En la Hispania visigoda se pagaba regularmente el impuesto sobre los negociantes, tanto para el comercio interior como para el exterior. El rey de los ostrogodos veló muy particularmente por el abastecimiento gratuito de los ciudadanos de Roma, y utilizó para ello a menudo el procedimiento de las requisas. El aparato burocrático no se había movido, y de resultas tampoco cesaron las quejas de los curiales y de los administrados. Así, en la Italia ostrogoda, antes de pasar a cobrarlo en oro, el Estado cobraba el impuesto en especie según un moyo muy gravoso, de una capacidad mayor en más de la mitad que la del moyo normal. En la Galia merovingia, los registros no se actualizaban en cada indicción de quince años. En consecuencia, estallaron revueltas antifiscales más o

menos en todas partes, sobre todo en período de epidemia, guerra o hambre. En el 548, Partenius fue linchado por la plebe en Tréveris porque había aumentado los impuestos; en el 584, en Neustria, Odón escapó a una suerte igual refugiándose en una iglesia. El nombramiento de alguien como responsable de la percepción de los derechos reales en las tierras fiscales se interpretaba casi como una condena a muerte; por ejemplo, en el caso de Bertoaldo en el 604, que fue mandado al oeste del Sena. Los motines y su corolario, la huida y el abandono de las tierras por parte de los contribuyentes, eran moneda corriente; por ejemplo, en Limoges en el 579, y en Córcega, en Cerdeña y en Sicilia en el 595. Con respecto a esas islas, Gregorio el Grande imploró a la emperatriz que redujera sus impuestos. Sin embargo, el mecanismo de la anona había desaparecido a la muerte de Teodorico. Pero las exigencias fiscales seguían propagando la ruina en el campo y en las ciudades. En el 534, la ciudad de Como quedó vacía de población a resultas de una exigencia de caballos de posta. En Hispania, el rey Chindasvinto (642-653) decidió transferir la recaudación de los impuestos de los curiales a los condes. En Aquitania, el rey Eudes utilizó para ello a los judíos. Pero todos esos esfuerzos eran inútiles contra la voluntad de la población, tanto más obstinada en minar el sistema fiscal por haber conseguido que la tasa del impuesto fuera consuetudinaria (es decir, fijada nominal y oralmente, pero en la práctica devaluada cada año), ya que consideraban su pago como un signo de servidumbre. En efecto, como se había rebajado a los colonos a la categoría de los esclavos, eran prácticamente esos dos grupos los que satisfacían el impuesto. En Hispania, el rey Egica, en el 702, por más que prohibió la huida de los esclavos bajo penas severísimas, no obtuvo ningún resultado. En el siglo VIII, el impuesto romano seguía existiendo. Pero seguía ocasionando catástrofes sociales cada vez que se recaudaba, especialmente en el 722 y en el 756, aun cuando se

hubiera convertido en irrisorio, o se recaudara aquí y allá a merced de las exenciones arrancadas a los príncipes, y aun cuando fuera musulmán como en la península ibérica. La recaudación del 756 provocó incluso una carestía de víveres atroz. En definitiva, sometida al ataque conjunto de la población y el clero, la fiscalidad, una de las bases fundamentales del estado romano, fue desapareciendo a pesar de la voluntad de los reyes germánicos. Solo subsistió en los países administrados directamente por Bizancio o en zonas muy romanizadas como Hispania y Aquitania. Sus restos se extinguieron con mucha dificultad en Asturias y en el sur de la Galia.

También se descubre esa evolución hacia el debilitamiento de los principios romanos en el caso del ejército. Es evidente que la guerra era asunto de los germanos federados y que concernía muy poco a los romanos. En el ejército bizantino las órdenes se daban en latín y no en griego hasta el siglo VIII, y esa práctica se acentuó en Italia, en África y en Hispania, donde siempre se utilizaron federados. Por otra parte, Teodorico prohibió tajantemente a los romanos que combatiesen entre ellos, y los vándalos y los lombardos hicieron otro tanto. Pero en la Hispania visigoda y en la Galia meridional se mantuvo el principio del servicio militar obligatorio para todos los libres, incluidos los colonos que gozaban del mismo estatuto jurídico. Por eso, durante el apogeo de los reinos germánicos en el siglo VIII, y con la excepción de los lombardos y los anglosajones, los ejércitos tenían siempre una gran proporción de autóctonos, «bárbaros federados», vascos y bretones aquí, avaros y sajones allí, y siempre guardias privados que luchaban al lado de su general. Belisario, por ejemplo, estaba siempre rodeado de unos 7000 *hypapistas* (o fieles). Más tarde, los exarcas también se rodearon de ellos. Los reyes ostrogodos y visigodos adoptaron la práctica romana de los bucelarios y la generalización hasta el punto de que muchos senadores e incluso obispos tenían los

suyos propios. La paga también evolucionó. En Italia, el gobierno bizantino daba como *stipendium* a sus soldados la posesión de tierras del Estado. Ese sistema de soldados-campesinos *(stratiotas)* no dejó de tener influencia en Occidente. Asimismo, el sistema bizantino del *limes,* zona fronteriza con enclaves fortificados y vigilados por guarniciones permanentes, también fue adoptado por los visigodos y los francos. El ejemplo más conocido es el de las «guerches» levantadas contra los aquitanos y los bretones, y de las que la toponimia guarda recuerdo en algunas aldeas del oeste de Francia. El resultado de esa práctica defensiva era que perpetuaba las zonas de barbarie indígena y, sobre todo, que generalizaba las divisiones internas de un Occidente romano que antaño estaba unificado, especialmente en la península itálica. En definitiva, en un aspecto en el que la superioridad de los germanos debía de haber sido total, algunos rasgos romanos siguieron intactos o se transformaron poco.

Esclavos y patronos: una sociedad polarizada

Entre los «privilegiados» de la sociedad de la Antigüedad tardía, hemos mencionado a los esclavos y a los senadores. Probablemente, el número de esclavos aumentó con la frecuencia de las invasiones y de las guerras. Aunque los obispos compraran a precio de oro a sus fieles no libres, los vencedores operaron constantes traslados de mano de obra hacia los territorios donde se instalaban. Las *razzias* vándalas, sajonas o francas llevaron a itálicos, galorromanos e hispanorromanos hacia África, las islas del mar del Norte y Austrasia respectivamente. Por su lado, la trata siguió existiendo; al principio con moros, luego con sajones y, a partir de principios del siglo VII, en la época de Samo, con eslavos. En los países de tradición romana, su estatuto no podía evolucionar y sus filas crecían incluso con colonos que, como ellos, estaban adscritos al suelo. El abismo entre

libertad y servidumbre era tal en la Hispania visigoda, que cualquier mujer libre que se uniera a un esclavo se consideraba como el ejemplo mismo de la infamia; los dos debían ser azotados y quemados vivos. En cambio, el propietario libre que fuera dueño de muchas esclavas, tenía derecho a darles tantos hijos como hombres necesitara para trabajar su tierra. La ley romana del emperador Augusto que prohibía libertar a más de cien esclavos a la vez, fue escrupulosamente aplicada con el fin de evitar las caídas de producción. Además, los libertos podían escoger entre la libertad romana total y la libertad con *obsequium*; es decir, la obediencia al antiguo dueño que se convierte en su patrono, a menos que se trate del santo patrón de una iglesia o monasterio (expresión reveladora). Prácticamente, el liberto está en régimen de libertad vigilada; en cualquier momento y por la mínima falta, puede ser devuelto a su estatuto precedente. En resumen, la situación del mundo servil es quizá suficiente económicamente hablando, pero no lo es en el plano jurídico. La intransigencia de la Iglesia en cuanto a matrimonios y ordenaciones era lo único que impedía que se siguieran separando parejas de esclavos y que obligaba a libertar a todo futuro clérigo.

Las sociedades romanas sometidas a los reyes germánicos vieron cómo se acentuaba una nueva división entre *humiliores* y *potentiores*, entre humildes y ricos, y a menudo entre *pauperes y potentes*, pobres y poderosos. De hecho, entre los más humildes y los pobres, se encontraban todos los hombres libres que eran pequeños o medianos propietarios, todo tipo de trabajadores y aquellos que no tuvieran protectores bien situados. En efecto, las grandes familias senatoriales seguían ascendiendo gracias a la desaparición progresiva de las gravosas funciones políticas que habían tenido que ejercer en el Imperio. Escarmentados por sus últimas tentativas de usurpación imperial (Avito, en el 451), o por su oposición contra el arrianismo de los germanos orientales (Boecio en el 524), los senadores se retiraron a sus

dominios. A partir de ese momento, se denominó así a los miembros de una familia rica, noble y de origen romano antiguo o reciente. Expulsados por los vándalos y por los lombardos (aunque protegidos por Teodorico), aliados de los visigodos y de los francos, esos antiguos advenedizos se perpetuaron en Italia central, en la Galia meridional y en Hispania. Pero, en el curso del siglo VII, abandonaron la práctica romana de los tres nombres y adoptaron el antropónimo germánico. Incluso se repartieron los puestos de responsabilidad: los cargos políticos laicos para los germanos y los cargos episcopales para las familias senatoriales. El ejemplo de Gregorio el Grande es revelador: su tatarabuelo fue papa y su familia descendía de los Gordianos. Todavía en el siglo X, Gerberto de Aurillac afirmaba que eran antepasados suyos Cesáreo de Arles y Aridio de Limoges, ambos senadores; uno del reino burgundio y el otro aquitano, ambos del siglo VI. Los pactos con la nobleza germánica hicieron desaparecer a algunas de las tres o cuatro mil familias primitivas. En Italia, el rey ostrogodo Teias exterminó a los senadores que se le habían dado como rehenes. En Hispania, sus linajes se extinguieron a principios del siglo VIII. Pero, en definitiva, las familias senatoriales formaron un elemento indiscutible de continuidad en la transmisión de la herencia romana y cristiana.

Su poder no era solo económico, sino también político y social. Como funcionarios indispensables y obispos protectores de los pobres, los senadores, a pesar de su culto por el Estado, desarrollaron las relaciones de patronazgo que privatizaban cada vez más el poder público. En Italia, esos grandes propietarios escapaban al control de los magistrados municipales desde la época de Teodorico y protegían a un sinfín de campesinos libres que se habían convertido en colonos. Otro tanto hacía la Iglesia de Roma en sus patrimonios sicilianos e italianos; por ejemplo, un negociante de granos se encomendaba a san Pedro,

representado por su vicario en la tierra. Ya hemos mencionado a las bandas de fieles que rodeaban a los funcionarios bizantinos de Italia y a los poderosos de la Galia meridional. En la Hispania visigoda, los bucelarios, para obtener la protección de un noble, le entregaban su tierra que luego volvían a recibir como tenencia; también obtenían armas para luchar a su servicio. Como eran libres, podían romper unilateralmente el contrato con la condición de devolver la tierra y las armas, tras lo cual se dirigían a otro poderoso. Si no, podían legarlas a sus descendientes con la condición de que el heredero o heredera asumieran la misma obediencia y lealtad. Por eso los patronos, que tenían tanto poder sobre sus esclavos, libertos y clientes libres, eran judicialmente responsables de los actos criminales que les hubieran hecho realizar. Una vez más, una práctica romana se volvía contra el Estado; muchos nobles iban en adelante a extralimitarse en la aplicación de la ley, y otros fundaron incluso dinastías reales, como en Aquitania, gracias al poder económico y militar que lograron sustraer a la autoridad del monarca. El contrato escrito del derecho romano, la *convenientia*, verdadero pacto entre iguales, muestra que los lazos de hombre a hombre de tipo romano descansan sobre un concepto cerebral de las relaciones sociales: el derecho crea el hecho, y al mismo tiempo la división de la sociedad en múltiples grupos de presión. Y la Iglesia, a pesar de que prohibía a los clérigos que se convirtieran en clientes, hacía otro tanto con respecto a los pobres. Incluso reforzaba los juramentos de fidelidad aceptando y animando a que se prestaran sobre las reliquias de los santos patrones.

La tierra adquirió una nueva importancia

En cambio, frente a las transformaciones que afectaron al ejército y al Estado a causa de la caída de los ingresos fiscales y al ascenso de las clientelas, el sistema territorial no cambió. Se-

guramente muchas tierras fueron abandonadas por los estragos de las guerras y de la presión fiscal. La iglesia de Ravena, al principio de la ocupación bizantina, tenía que pagar al fisco el 57 por 100 de sus rentas agrícolas. El campesino libre sin tierra que tenía que pagar el arriendo y los impuestos, perdía dos tercios de su cosecha. Por eso, se abandonaron a menudo las tierras más pobres y el cultivo se concentró en las más fértiles. En consecuencia, el fenómeno de los *agri deserti*, de las tierras desiertas, debió extenderse en provecho del *saltas*. Con ello, el patrimonio de los reyes germanos creció considerablemente, sobre todo cuando se instalaron; el número de tierras vacantes era realmente importante. Tanto los reyes francos en el norte de la cuenca de París, como los reyes visigodos en el centro de la península ibérica y los exarcas en Italia y en África muy especialmente, incorporaron muchos dominios abandonados al Estado. Cuando la tormenta hubiera pasado, las nuevas condiciones iban a permitir de nuevo la roturación. La desaparición de la anona para abastecer a Roma y el fin de las requisas de grano y forraje para mantener a ejércitos de campaña o de cobertura volatilizados, permitían esperar mayores beneficios, incluso en los lugares donde se seguía pagando un impuesto romano consolidado por la costumbre. El segundo factor favorable era el mantenimiento de la distinción jurídica fundamental entre propiedad y posesión, y la generalización, excepto en África, de la prescripción treintañal. En cualquier momento podía reanudarse la extensión de los cultivos, aunque para hacer producir una tierra fueran precisos cinco años de gastos sin ingresos y diez años de labores continuas. Lo esencial era recuperar el *instrumentum massae*, es decir el utillaje, la mano de obra esclava. Ahora bien; hemos visto que la mano de obra servil no disminuyó y que el patronazgo permitía fijar cada vez a más colonos a la tierra. Por eso, en las zonas que se pacificaron rápidamente (Numidia, Bizacena, Bética, Sicilia, Romana, Umbría,

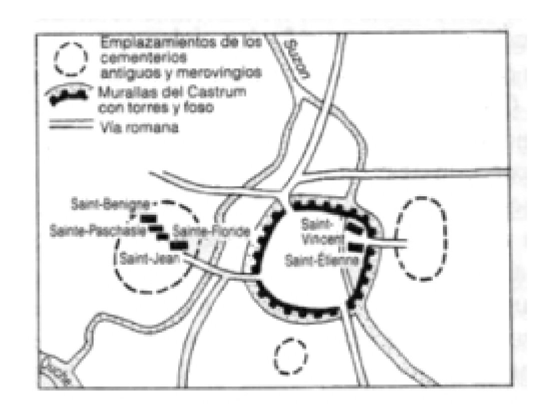
Campania, Provenza, Aquitania, y finalmente Champaña), la antigua estructura territorial de grandes dominios fragmentados en parcelas dispersas o centralizadas, de pequeñas propiedades y de tenencias en enfiteusis (99 años), se perpetuó o se reconstituyó. Las tablillas Albertini de finales del siglo V, descubiertas en los confines algero-tunecinos, demuestran que las tenencias del alto Imperio seguían existiendo y que los grandes propietarios las volvieron a comprar para concentrar sus dominios. De modo similar, los papiros de Ravena del siglo VI revelan que las grandes propiedades podían estar tan sumamente fragmentadas que sus rendimientos eran inferiores a los de los *latifundia* de Sicilia. Las pizarras llamadas visigodas de Hispania nos describen un reparto similar, mientras que el testamento de san Remigio, obispo de Reims, muestra que sus dominios familiares estaban cultivados por población predominantemente libre (es decir, colonos y terrazgueros libres). Así, poco a poco, los grandes propietarios laicos y eclesiásticos ampliaron considerablemente sus tierras a partir de finales del siglo VI y durante el siglo VII; lo consiguieron aceptando que los esclavos y colonos les pagaran parte de los censos en especie, comprando tenencias o roturando tierras incultas. La catedral de Ravena acometió las marismas costeras y fluviales, mientras que las basílicas de San Martín de Tours y de San Marcial de Limoges se convirtieron en dueñas de grandes porciones de *saltas* fiscal después de treinta años de ocupación. Pero junto a las parcelas de las grandes propiedades, también se multiplicaban nuevas propiedades pequeñas y medianas creadas por los administradores *(actores, conductores)* de los grandes dominios o por hombres libres que supieron mantenerse independientes. Si reaparecía la inseguridad, se agrupaban en los antiguos enclaves fortificados, los *oppida* célticos o ibéricos, pero en general, los grandes burgos rurales, los *vid,* siguieron despoblándose en provecho del hábitat disperso en el campo. Conocemos mal las

técnicas y los rendimientos de la época; sin embargo es posible afirmar que la prosperidad había vuelto a Italia con Teodorico (493-526 e incluso hasta el 534), y que había reaparecido en la península bajo el dominio bizantino del siglo VII. Igualmente, en Hispania y en la Galia esa época da la impresión de un retorno a la prosperidad. En total, la superficie cultivada debió volver al nivel anterior a las invasiones. La ruralización de la economía que se había iniciado en el siglo IV se generalizó considerablemente, mientras que la constitución de grandes dominios en provecho de las iglesias, no afectadas por las divisiones sucesorias, se convirtió en uno de los rasgos principales de esa estructura territorial que seguía siendo idéntica a la de sus orígenes romanos.

La ciudad subsistía

Esa ruralización consumó la transformación de las ciudades. Desaparecieron como centros de consumo. El rey ostrogodo Totila vació literalmente de su población a Roma durante cuarenta días (546-547); se supone que solo 25 000 personas volvieron del campo, lo cual es poco en relación a los 800 000 habitantes de finales del siglo IV. Las grandes capitales (Arles, Tréveris y Milán) también desaparecieron como centros políticos. Milán fue tomada por un jefe ostrogodo, Uraia, en el 539, que exterminó a su población, vendió a sus mujeres como esclavas a los burgundios y las llevó a Saboya y al Valais; la muralla de 133 hectáreas fue completamente arrasada, y el general bizantino Narsés no consiguió darle su antiguo esplendor cuando la reconstruyó. En Tréveris no se reanudó la vida urbana hasta el reinado de Clodoveo. La única que se mantuvo fue Ravena, embellecida con iglesias monumentales que todavía se mantienen en pie. Nacieron otras capitales políticas: Pavía, Toulouse, Barcelona, Toledo, y París (502), Soissons, Reims y Metz en la Ga-

lia. Dentro de las murallas de esas ciudades se instaló el *palatium regis* (palacio real), a imitación de la residencia imperial romana, con un séquito de amigos y compañeros del rey: una especie de consistorio reconstituido. Asimismo, los oficiales domésticos equivalían al *sacrum cubiculum*, la cámara imperial sagrada, y la cancillería a las oficinas del antiguo *magister officiorum*. Esas capitales, a falta de un verdadero gobierno central, se convirtieron más en ciudades de corte que en centros administrativos. No obstante, lo que hoy llamaríamos el sector terciario no las abandonó. A menudo, en esas ciudades, aparecen necrópolis reales dentro de una basílica situada extramuros: Santa Leocadia en Toledo, San Dionisio en París, San Martín en Metz, etc. Las más tardías fueron la de San Salvador en Pavía y la de San Agustín en Canterbury. Las antiguas ciudades romanas se convirtieron de ese modo en lugares de encuentro político-religioso. Cuando no eran la sede del palacio real, eran la residencia del conde de la ciudad y del obispo. En adelante, la carrera de un funcionario había de ser al revés de como había sido hasta entonces: se iba primero a la corte para acabar obteniendo un cargo en una ciudad. Sin embargo, ello no era obstáculo para que la ciudad fuera lugar de reunión de peregrinos y comerciantes que acudían a las grandes fiestas del santo patrón, a las ferias y a los mercados, sin olvidar que el conde ejercía la magistratura de justicia local.





Dijon y Cambrai en el siglo VI.

En definitiva y con algunas excepciones, podemos hablar de cierta continuidad entre la ciudad antigua y la ciudad medieval. Incluso Justiniano hizo fortificar las ciudades no amuralladas en África, en Hispania y en Italia. Además, la nueva prosperidad agrícola hizo posible que los obispos invirtieran sus rentas en construcciones. Mientras que se abandonaban los monumentos civiles romanos, se multiplicaban en los siglos VI y VII las basíli-

cas con frontón triangular, techo de madera y campanarios separados. Se estaba dibujando una nueva geografía urbana. Algunas ciudades se marchitaron o desaparecieron al oeste de Cartago, en las costas de Hispania meridional, entre los Pirineos y el Garona, en Bretaña, en Normandía, en Provenza, en el Lacio, la llanura del Po y el sur de Italia. Otras se desarrollaron: Mérida, Évora, Tarragona, Barcelona, Nápoles, Gaeta, Marsella y las ciudades del eje Ródano-Mosela. Orleans, Tours y Nantes sufrieron la competencia con Limoges y Bourges, que estaban incluso fortificando sus arrabales. En particular, las ciudades episcopales tenían todas una decena por lo menos de santuarios intramuros, sin contar los monasterios extramuros y las basílicas funerarias. El grupo catedralicio primitivo, que se componía de una iglesia de los catecúmenos, un baptisterio y un santuario reservado al obispo y sus fieles, se rodeó entonces de otros muchos edificios eclesiásticos, pequeños lugares de culto reservados a un santo local, un hospital para los enfermos y los peregrinos (*xenodochion*), una matrícula para los pobres, etc. Todo ello hacía de la ciudad un lugar animado de paso. Allí se concluían y se escribían los contratos de venta y los testamentos ante notario, mientras que los miembros de la curia municipal (que ya no estaban encargados de la recaudación de impuestos) registraban y oficializaban sus documentos. Finalmente, ese nuevo paisaje en que se había convertido la ciudad, era la morada de las últimas corporaciones de oficios que todavía subsistían: canteros y monederos.

Subsistían también la moneda y el comercio

En efecto, los monederos se multiplicaron en el curso de los siglos VI y VII. Los primeros reyes federados dudaron un tiempo antes de apoderarse del privilegio imperial por excelencia: la moneda. Corrían el peligro de desequilibrar los intercambios comerciales. Por eso los vándalos, los suevos y los ostrogodos

solo emitieron monedas de plata, respetando con ello el monopolio del emperador de Constantinopla. El rey de los francos, Teodorico I (511-534), fue el primero que acuñó sueldos de oro con su monograma en metal de las minas de las Cevenas, aunque no alteró la ley ni el peso. Y cuando sus sucesores añadieron su efigie, esas monedas se aceptaban en todo el mundo mediterráneo, protegiendo y continuando así la antigua unidad económica romana. En Hispania, imitando el ejemplo de Eurico (466-484), fue probablemente Leovigildo (568-586) el primer rey que emitió sueldos con su efigie. No olvidemos finalmente que en los territorios reconquistados, Bizancio reorganizó cecas en Ravena, Roma y Siracusa. La de Milán desapareció, pero las monedas bizantinas con la efigie imperial siguieron circulando en Ravena hasta el año 751 y en Roma hasta el 775. Es una prueba más que muestra que existió continuidad en la persistencia de un instrumento monetario único de oeste a este. También los lombardos imitaron en seguida el patrón monetario bizantino.

Pero como los reinos germánicos no supieron, por razones todavía inexplicables, desarrollar las monedas de bronce y de plata con débil poder adquisitivo, continuaron la rutina anterior, contra la que solo encontraron algunos paliativos. El principal fue la emisión de *trientes* o *tremisses,* tercios de sueldo de oro con un peso de 1,5 gramos. Ese descenso del poder adquisitivo, que no se dio en los territorios del Imperio, tenía seguramente por meta ajustar la oferta a la demanda. Era necesario suprimir el efecto deflacionario que provocaba el oro y evitar, mediante intercambios masivos, la vuelta al trueque. Pero fue un fracaso, porque el tercio de sueldo se devaluó en todas partes continuamente en peso y en ley para adaptarse a las necesidades de los intercambios. No influyó en ese proceso la falta de oro, ya que las minas de la península ibérica y de Aquitania seguían explotándose. Además, se generalizó la economía mone-

taria, puesto que había más cecas que en el Imperio tardío; casi todas las capitales de territorio en Hispania y la Galia tenían una. Los grandes burgos rurales e incluso las abadías o algunos grandes dominios vieron cómo el monopolio de la acuñación se iba de las manos de los reyes merovingios para caer en manos de agentes privados que inscribían sus nombres en las monedas. Por ello, la abundancia de hallazgos monetarios es un indicio seguro para detectar la vitalidad de los intercambios económicos.

El descubrimiento de sueldos y de tercios de sueldo a lo largo de los grandes ejes europeos permite, en efecto, encontrar las rutas comerciales de la época, sobre todo cuando se trata de monedas extranjeras en un territorio. La presencia de monedas bizantinas en las costas atestigua que el gran comercio de Cartago y Ravena con Constantinopla, Antioquía y Alejandría no había cesado. Los negociantes de Ravena compraban sederías en el taller imperial de Constantinopla; el papiro de Egipto llegaba a Marsella; las especias de la India y de China a Narbona, y el natrón egipcio posibilitaba que los vidrieros de Colonia siguieran vendiendo sus delicados vasos a los anglosajones y a los escandinavos. Pero también existía el comercio en sentido inverso, y Occidente no perdía su oro en intercambios desiguales. El reciente descubrimiento de los restos de un naufragio en el golfo de Fos, que data de los años 600, demuestra que ese barco llevaba con destino a Oriente trigo a granel, ánforas llenas de pez y cerámica decorada. Se mandaban mármoles pirenaicos a Constantinopla. De Verdún salían convoyes de esclavos sajones hacia Hispania o Grecia. Los vasos litúrgicos coptos tomaban el camino contrario, y algunos barcos bizantinos penetraban incluso en el Atlántico para ir a buscar estaño a Cornualles.

Los únicos verdaderos cambios del gran comercio en relación con el siglo IV ocurrieron en Italia. Después de que Teodo-

rico paliase el cese de las importaciones de trigo africano mediante el recurso a los negociantes hispanos y provenzales, y después de que desapareciera el comercio estatal, se desvaneció toda especulación en el mercado italiano del trigo. Tomaba cada vez mayor importancia un comercio libre de tipo mercantil destinado a abastecer a la débil población de Roma, y que estaba en manos de los grandes negociantes sirios o judíos. Se reducía a las rutas de Constantinopla hacia Sicilia y Roma, mientras la instalación de los lombardos, a partir del 568, cortó las rutas de los pasos alpinos hasta finales del siglo VII. Desde entonces, el eje Fos-Marsella-Chalon-sur-Saóne-Metz-Tréveris volvió a adquirir importancia. Como los reyes merovingios y visigodos mantuvieron siempre la red de vías romanas, los puertos de Narbona, Barcelona y Cartagena no perdieron contacto con África ni con sus territorios de tierras adentro hasta el Atlántico. El aceite y el *garum* hispanos llegaban al norte de la Galia; la sal de las salinas atlánticas y mediterráneas circulaba por el Sena y el Mosela; y los vinos de tipo griego, ya fueran de Samos o de la cuenca parisina, se compraban hasta en las bocas del Rin. Evidentemente, una moneda con gran poder adquisitivo favorecía menos a ese comercio interior que al gran comercio marítimo; por ello, debía coexistir con el trueque. Sin embargo, la creciente utilización de los ríos, la generalización del dromedario como animal de carga en África, Hispania y la Galia, y la importancia de las colonias de mercaderes griegos y judíos en las grandes ciudades e incluso en el paso pirenaico del Col de la Perche, demuestran que el comercio entre los reinos bárbaros con fuerte población romana nunca disminuyó y que incluso se diversificó.

En resumen, es claro el legado romano en las regiones donde los germanos se asentaron como federados y donde los bizantinos volvieron como dueños del Imperio. Afectaba al derecho, a la esclavitud y a su par el colonato, al patronazgo y a la oligar-

quía senatorial, al sistema agrario y a la moneda de oro. El Mediterráneo siguió siendo un lago romano. En cambio, otras herencias romanas se degradaron. El Estado, atacado violentamente por los pueblos victoriosos o por la población vencida, solo conservaba a sus funcionarios locales y veía cómo su sistema fiscal se deterioraba inexorablemente. Las ciudades acabaron por vaciarse de toda actividad productiva, incluso cuando se mantenían y tomaban un nuevo impulso; ya no dirigían el campo. Además, algunas mutaciones del Oriente bizantino repercutieron en el Occidente bárbaro, afectando particularmente a las funciones públicas, al ejército, a la Iglesia e incluso a las corrientes comerciales. Esa continuidad se compuso de rupturas reparadas, de evolución regresiva (con el retorno al patronazgo de la época republicana), o progresiva (con el ahondamiento de la huella romana). Finalmente, la sociedad de la romanidad tardía, que intentaba sustraerse al Estado, lo logró.

¿QUÉ APORTARON LOS RECIÉN LLEGADOS?

Frente a esa vieja Europa mediterránea se dibuja una joven Europa continental e insular donde la romanidad ya no es dominante. Se introdujeron en el antiguo Imperio comportamientos totalmente desconocidos para los romanos, ya fueran celtas o germánicos. Es importante analizar cómo, demográfica y lingüísticamente, dichos comportamientos modificaron los cimientos de las poblaciones dominadas y qué nuevos conceptos del derecho, de la monarquía, del ejército, de los lazos de hombre a hombre y de la explotación del suelo introdujeron. Pero el comportamiento religioso de esos bárbaros, generalmente arríanos, es una muestra de que todos, poco o mucho, habían estado en contacto con la romanidad.

Una lenta fusión de pueblos

No imaginemos la llegada de esos bárbaros como una «tromba étnica» que lo hubiera trastornado todo a su paso. En realidad, los romanos ya habían tenido contactos con ejércitos germánicos acompañados por mujeres, niños y esclavos que se trasladaban con su impedimenta e incluso con tránsfugas romanos o con germanos destribalizados. Así pues, aquellos núcleos militares con cohesión racial débil arrastraban tras ellos a una población flotante que podía dispersarse a la mínima derrota. Cuando los vándalos pasaron a África eran 80 000. Los visigodos que se instalaron en Aquitania no llegaban a las 100 000 personas. Los burgundios eran sin duda todavía menos numerosos. Algunos autores han hablado de 100 000 ostrogodos. Los lombardos no debieron pasar de los 20 000 individuos. Esos grupos aislados entre los vencidos, desarraigados al haber perdido su patria de origen, temían por su existencia misma. Por ello, los ostrogodos y los lombardos prohibieron a los romanos llevar armas. Asimismo, los ostrogodos y los visigodos aplicaron en provecho propio una ley romana que prohibía los matrimonios mixtos. Ese régimen de segregación explica el hecho de que algunos reinos germánicos fueran verdaderos estados-guarnición acampados en territorio adverso y desaparecieran sin dejar huella, como el de los suevos, el de los vándalos y el de los ostrogodos. En cambio, los pueblos que conservaron los contactos con sus patrias (los francos, los alamanes, los bávaros, los anglosajones y los celtas, cuyas relaciones marítimas eran muy activas), no se vieron disminuidos gracias a los incesantes refuerzos que recibieron. No podemos aventurar cifras, pero una cosa está clara: la menor romanización de estos últimos pueblos en comparación con los primeros citados explica el cambio fundamental que se operó en los territorios ocupados.

Ese diferente grado de romanización se advierte en la forma de instalarse. Solo se practicaron expropiaciones brutales en

tres casos. Los vándalos expropiaron las tierras del África proconsular alrededor de Cartago e implantaron un verdadero régimen de ocupación militar con algunas guarniciones en el interior del país. Los lombardos hicieron otro tanto en la llanura del Po: confiscaciones y matanzas de la población acompañaron a la colonización militar masiva. En Gran Bretaña, los anglosajones avanzaron por los valles y acabaron por expulsar a los bretones, que se refugiaron en el oeste y en el norte de la isla, o por someterlos. De rechazo, estos últimos emigraron a la Bretaña continental, donde ocuparon tierras vacías. El avance de los francos, de los alamanes y de los bávaros fue del mismo tipo. La importancia de las tierras desiertas o nunca cultivadas explica ese avance relativamente pacífico de los pueblos renanos y danubianos. A medida que abandonaban su propia zona de origen, otros pueblos se desplazaban tras ellos para ocupar su lugar, como en el caso de los turingios y los sajones. Pero algunas zonas estaban tan vacías que, en el siglo VII, los francos pudieron volver a la margen derecha del Rin y colonizar una región que tomó su nombre: la Franconia. Asimismo, los frisones y los francos llegaron a Kent y a las costas danesas, mientras que los irlandeses crearon pequeños reinos en el País de Gales y en Escocia.

Esos movimientos de población por infiltraciones lentas tuvieron resultados mucho más duraderos que los de los anglosajones o los lombardos, por ejemplo, que estuvieron condenados a luchar incesantemente. La fusión de los galorromanos y los francos fue relativamente rápida, puesto que, ya en el siglo VI, los territorios del norte del Sena se llamaban Francia aunque los ocupantes fueran allí minoritarios. El estudio de los cementerios revela las múltiples modalidades de la fusión. En efecto, del Rin al Loira aparecen entre el 400 y el 550 modos variados de inhumación, siendo el único carácter común el alineamiento por hileras. Se encuentra la práctica romana del sarcófago aso-

ciada a la costumbre germánica de enterrar al muerto vestido, armado, con ofrendas en alimentos y según una orientación que puede variar. Los sajones y los frisones paganos del norte del Rin seguían practicando la incineración, la inhumación de los caballos y la construcción de túmulos funerarios. Si nos desplazamos al sur del Somme, la tipología franca pura disminuye, las armas y las vasijas no son tan numerosas, y las tumbas de los jefes se encuentran separadas del cementerio. En la margen izquierda del Rin y en Alsacia, la presencia de espadas largas y de vasijas esféricas muestra la existencia de población alamana. En la cuenca parisina la cristalización fue temprana y las tumbas alineadas tienen cada vez menos ajuar. En el reino de los burgundios, encontramos que las armas y joyas han desaparecido, pero la cerámica galorromana y las inscripciones demuestran que hubo una fuerte romanización, al igual que en Aquitania, donde casi no hay huellas de los visigodos. Además, los escasos estudios antropológicos realizados muestran una asombrosa permanencia del fondo neolítico. En efecto, dos o tres cementerios burgundios del Jura central y meridional, del norte de los Alpes y de las orillas del lago Leman, revelan la presencia de un poblamiento germánico gracias a ciertos caracteres dentarios mongoloides. Pero en otras partes, en Normandía, por ejemplo, el cementerio de Frénouville muestra una continuidad absoluta con los esqueletos galorromanos; la estatura es idéntica (una media de 1,67 m para los hombres o de 1,55 m para las mujeres), y las características craneales no tienen nada que ver con las de los escasos anglosajones de Fleury-sur-Orne, que medían 1,80 m de media. Faltan estudios antropológicos para los francos, pero parece que pocos (quizá solo algunas familias nobles) cruzaron el Somme. En el fondo, la dominación franca no fue étnica sino política; mejor es considerarla como obra de galorromanos de ascendencia y raíz franca, si tenemos en cuenta su antiguo contacto con el Imperio.

Ello explica su débil influencia lingüística: el latín hablado retrocedió muy poco, apenas doscientos o incluso cien kilómetros desde el Rin. La frontera del germánico se estabilizó ya en el siglo VI: partiendo de las costas de Picardía, pasaba por el norte de Tournai e iba a lo largo del Sambre y el Mosa hasta Maastricht y Aquisgrán; luego, dibujaba una curva hacia el sur, dejando a Tréveris y Metz en territorio de habla latina; seguía la cresta de los Vosgos, partía Suiza en dos al este de Avenches, y acababa en la línea de división de aguas constituida por los Alpes. Era casi idéntica a la de hoy en día, y refleja perfectamente las zonas de fuerte poblamiento o de fuerte influencia germánicas. Porque en los lugares donde ni siquiera hubo un funcionario franco pronunciando el latín con acento fuerte, la lengua evolucionó menos y fue todavía más conservadora. En efecto, al sur del Loira apareció otra frontera, la del occitano, cuyas características son las de un latín como continuación del anterior. Se dibujaba, pues, *una* zona de fusión y de contactos estrechos entre ambas civilizaciones entre el Somme y el Loira. No ocurrió lo mismo en el norte de Italia, donde la lengua lombarda desapareció en el siglo IX. En cambio, Gran Bretaña puede verdaderamente llamarse Inglaterra, porque se dividió claramente en dos dominios lingüísticos según un eje norte-sur: Escocia, Gales, Cornualles e Irlanda hablaban en céltico, al igual que la Bretaña continental, mientras que el resto de la isla era de habla anglosajona. En definitiva, el latín retrocedió poco, y en su pronunciación y su ortografía se adivinaban ya las transformaciones que darían lugar a las diferentes lenguas romances.

Una sociedad tribal y guerrera

Ese éxito matizado de las lenguas germánicas aparece también en el campo jurídico. Cuando los bárbaros entraron en el

Imperio, cada pueblo estaba dotado de un derecho propio cuyas características se distinguen bien. Todas sus leyes eran orales y aprendidas de memoria por especialistas llamados «rachimburgos» entre los francos y a los que se consultaba durante los procesos. Cuando se dieron los primeros contactos, con las poblaciones vencidas y sobre todo a raíz de los procesos mixtos, los federados (y luego los otros pueblos) vieron la necesidad de poner por escrito los textos jurídicos. Los primeros fueron los visigodos, con el código de Eurico, luego los burgundios con la ley Gombetta y los francos, cuya ley sálica fue por primera vez redactada en el 511. Todas ellas fueron escritas en latín, incluso el edicto de Rotario, entre el 636 y el 643, para los lombardos. Asimismo, hacia el 520, los bretones continentales redactaron también su ley en latín. Los anglosajones fueron los únicos que conservaron su lengua para redactar las leyes de Ethelberto, rey de Kent a principios del siglo VII, y las de Ina, rey de Wessex hacia el 690. Así, un régimen particular posibilitaba la coexistencia entre vencedores y vencidos: la personalidad de las leyes. Cada uno, en el caso de los procesos mixtos, debía valerse de su propia ley. Solamente en un país se acabó practicando la territorialidad del derecho: en la Hispania visigoda cuando el rey Recesvinto (653-672) hizo fusionar ambas tradiciones jurídicas en el *Liber Iudiciorum*. En general, esos códigos germánicos eran un paso hacia atrás respecto a la tradición romana. La noción de derecho público era desconocida en ellos y cada artículo mezclaba las cuestiones públicas y las privadas: el jefe de familia tenía a menudo jurisdicción sobre sus parientes, familiares y esclavos, y poseía el *Mund*, un poder sagrado y misterioso de origen pagano que le daba fuerza y victoria. El mismo era el propietario del *Mund* de todos, sobre todo del de sus hijas, a quienes vendía a sus futuros esposos. La mañana de las nupcias, el esposo ofrecía a su mujer una dote, la *Morgengabe*, para agradecerle el haberla encontrado virgen. De

lo contrario, la mandaba a su casa. No conocían la noción de acusador público, y el acusado debía demostrar él mismo su inocencia. Por eso, debía recurrir a miembros de su parentela que atestiguaran en su favor mediante un juramento. En los numerosos casos en los que los jueces no conseguían el desempate entre los opositores, el recurso a la ordalía era la única solución. El acusado debía soportar triunfalmente la prueba del agua hirviendo o la del hierro candente; si sus manos estaban intactas al cabo de un cierto plazo, ello era la prueba de que los dioses se habían resuelto en su favor. En cuanto a las penas, el ladrón prendido en delito flagrante era ahorcado inmediatamente. Pero el criminal que hubiera matado a un miembro de una familia contraria, practicando con ello el sagrado deber de la venganza (*faida*), podía desencadenar guerras privadas durante muchas generaciones. Por eso, con el fin de acabar con esos conflictos perpetuos, se podía parar la cadena de venganzas haciendo pagar al asesino el «oro de la sangre» (*Wergeld*), es decir, cierta suma tarifada según un catálogo muy preciso de los daños físicos sufridos. Así pues, la justicia bárbara castigaba más severamente al ladrón que al homicida y privilegiaba a la propiedad en detrimento de la persona humana.

Esa confusión entre lo privado y lo público provocó al mismo tiempo la de lo civil y lo militar. El jefe de tribu, incluso cuando se había convertido en general romano y después en rey, seguía siendo un soldado. Era un jefe de guerra (*Heerkönig*) elegido por todos los hombres libres de la tribu; si resultaba victorioso demostraba estar dotado de un verdadero carisma pagano, del *Mund,* fuerza mágica simbolizada por genealogías divinas y por los cabellos largos en la dinastía merovingia. Pero, excepto en esa última familia y en la de los Balthos para los godos, la elección solía predominar porque, a la menor derrota, el rey perdía su carácter sagrado así como el poder. Ya no era el dispensador del botín ni el protector de las cosechas. Se le pri-

vaba entonces inmediatamente del «ban», ese derecho a castigar y a gobernar que se le reconocía normalmente con el poder correlativo de declarar la guerra y hacer la paz. Respecto a ello, se ha hablado acertadamente de «monarquía absoluta mitigada por el asesinato». La inestabilidad de las monarquías lombarda, visigoda, anglosajona e incluso franca es una prueba palpable de ello. Al estar fundadas en el valor militar, no superaban naturalmente las vicisitudes. Sin embargo, ese tipo de monarquía era la clave del éxito de los bárbaros. Toda la educación germánica estaba orientada hacia la exaltación de los instintos de agresión para sobrevivir. *El furor teutonicus,* éxtasis guerrero que saca al luchador fuera de sí, tenía como objetivo obtener la victoria al precio que fuera. Así pues, la civilización germánica se fundaba en la violencia, a la que se consideraba como la virtud principal. El término «franco» viene del antiguo alto alemán *frekkr* que significaba audaz, valiente, del mismo modo que «galo» equivalía a bravo. Todo hombre libre era pues automáticamente un guerrero, normalmente a partir de los catorce años. La onomástica germánica, que fue a menudo adoptada por los vencidos, refleja aquella mentalidad: *Chlodweg,* que dio la forma culta Clodoveo y la forma corriente Luis, significa «camino de gloria»… Y nunca insistiríamos suficientemente en la afirmación de que todo el vocabulario militar actual de la lengua francesa viene de la lengua franca.

En definitiva, gracias a aquella educación guerrera, cualquier rey podía disponer de todos los hombres libres agrupados por tribus y divididos, sobre todo en el caso de los godos, en unidades de 10, 100, 500 o 1000 individuos. Este último grupo era mandado por un *millenarius*. El *thiufadus* era el jefe de los sirvientes que seguían al ejército para la intendencia y los equipajes. En general, los francos y los anglosajones eran soldados de infantería temibles. Cada uno debía aportar sus armas; el escudo, la francisca que se lanzaba de lejos para dividir al frente

contrario, el arco y la lanza, la pica de gancho y la jabalina estaban destinados al combate a distancia. En cambio, la *scramasax* (especie de puñal de 50 cm con un solo filo) y la espada larga servían para el combate cuerpo a cuerpo. Estas armas eran particularmente temibles por un método especial de forja que se utilizaba en su fabricación. El ánima se componía de un cuerpo de soldadura con alternancia de bandas de hierro dulce o carburado y era muy flexible. En cambio, los filos que se añadían mediante soldadura eran de un acero muy duro y muy cortante. La espada franca, manejada atacando con el filo y no dando estocadas (porque se hubiera podido doblar) y después de varios molinetes, podía llegar a partir una armadura. Esta, llamada *broigne,* era una casaca de cuero cubierta con placas de hierro cosidas, pero era relativamente rara y se acostumbraba a reservar para los jinetes. El armamento germánico garantizaba una clara superioridad a sus poseedores, y por eso se comprende el extraordinario prestigio de que gozaba el herrero en las sociedades germánicas esencialmente militares.

La caballería fue siempre menos importante que la infantería. Era corriente sobre todo en el ejército godo, el alamano, el lombardo y el avaro. Los avaros eran jinetes nómadas que iban armados con un arco, flechas y un carcaj, un escudo redondo y una espada. Su táctica consistía en simular una carga general y luego, tras un corto combate, batirse en retirada rápidamente. Cuando sus adversarios les perseguían de forma dispersa y sin orden alguno, se volvían y los acribillaban de flechas mortales sin parar de galopar en la misma dirección. Esa era también la táctica de los visigodos y de los vascos. El ejército romano de Italia la adoptó bajo la dirección de Narsés y gracias a ello pudo vencer en particular a la caballería pesada ostrogoda. En efecto, esta estaba compuesta de hombres a caballo cuidadosamente enjaezados y encaparazonados, aptos para el combate a muy poca distancia a base de blandir la lanza. Existía, por ejemplo,

entre los taifales, los alanos y los lombardos, porque era originaria de las llanuras de la Rusia meridional. Esos jinetes acorazados eran poco numerosos, ya que el armamento era muy costoso, pero su acción podía ser a veces decisiva.

Hombres ligados por el servicio y la fidelidad

Como todo debía contribuir a la victoria, no era raro que los celtas y los germanos utilizaran esclavos para luchar, práctica que los romanos habían rechazado sistemáticamente. La ley de los bretones precisaba que era habitual que un esclavo cargase con las armas de su dueño. El término céltico *gwass*, latinizado como *vassus*, designaba en las sociedades francas a un esclavo encargado de un servicio a veces armado. Luego, el diminutivo *vassalus* daría vasallo. Los jóvenes que luchaban junto a un patrono, a un «veterano» (en latín *senior*, más viejo, que dio más tarde señor), acababan formando respecto a su amo una especie de guardia privada en la que la fraternidad del combate rompía los obstáculos jurídicos. El calor de la relación que experimentaban en aquellos momentos cruciales convertía en seguida al amigo (*Freund*) en libre (*Frei*). Mientras que entre los romanos las definiciones jurídicas creaban las relaciones sociales, entre los germanos, las relaciones sociales modificaban las definiciones jurídicas. La barrera entre libre y esclavo se podía salvar mucho más fácilmente. Por lo demás, los propietarios germanos concedían una independencia absoluta a sus esclavos *casan*. Sin embargo, durante el siglo VII, como veremos más adelante, aquella indistinción social primitiva fue desapareciendo en provecho del trinomio esclavos-libres-nobles.

Esa libertad, original o adquirida, caracterizaba afectivamente a la mayoría de guardias privados o reales que rodeaban a los jefes de tribu y a los personajes poderosos. Entre los visigodos y los ostrogodos, existían también los «sayones», hombres alle-

gados a los reyes que se encargaban de hacer ejecutar las órdenes. De hecho, eran sus acompañantes, delegados capaces de proteger a los débiles como su propio amo les protegía a ellos. Más tarde aparecieron en el palacio de Toledo los *gardingi*, guardias del rey que le debían fidelidad y servicio militar. Asimismo, entre los lombardos existían los *faramanni*, miembros de un clan primitivo que eran instalados en un campamento fortificado y obedecían como una guarnición al servicio de un rey o de un duque, y los *arimanni* (los hombres del ejército, literalmente), soldados que se podían convocar en cualquier momento y que estaban entonces obligados a dejar la tierra en la que habían sido establecidos. Hay que distinguirlos de los *gasindi* (literalmente, los servidores), a menudo esclavos o libertos, que estaban encargados de determinadas funciones en palacio y debían fidelidad a su príncipe. Los reyes anglosajones también se rodearon de un mismo tipo de guardias con un nombre muy parecido: los *gesiths*. Unos, de baja condición, recibían de su amo (llamado *hlaford*, dador de pan, que dio *lord*) el alimento y el vestido, mientras que otros se beneficiaban de una concesión de tierra en precario o definitivamente. Todos debían un servicio militar a su protector. Finalmente, entre los francos aparece el mismo fenómeno: junto a la *scara*, tropa permanente de guerreros que sirven al rey, encontramos alrededor de este a los *antrustiones*. Se trataba de un tipo de guardia de corps del rey. En el curso de una ceremonia particular, se encomendaban a él de rodillas, con sus manos dentro de las del rey. Le juraban fidelidad y *traste*, que significaba lo mismo que *treue* en alto alemán antiguo. En adelante, colocados bajo la protección (el *maimbour*) del amo que les mantenía, le protegían con sus armas. Cualquiera que osara matar a uno de ellos, debía pagar un *Wergeld* enorme: ¡600 sueldos! Ello muestra la importancia que tenían los *antrustiones* y los lazos de hombre a hombre que, en ese caso, eran de superior a inferior. En todas las socie-

dades germánicas y celtas encontramos esta práctica de paternidad adoptiva que consistía en alimentar en su propia casa a jóvenes a quienes se convertía en guerreros y servidores, y más adelante en funcionarios. Esa práctica, llamada *fosterage* entre los anglosajones, creaba verdaderos lazos carnales con los adolescentes que en seguida eran proyectados a la vida adulta. Pieles a su padre educativo hasta la muerte, esos «alimentados» (*nutriti*, como se les llamaba entre los francos y los visigodos) formaron grupos de presión extraordinariamente solidarios, sobre todo por el hecho de que habían prestado juramento de encomendación. Aquellas cohortes de peleadores que no solo estaban al servicio de los reyes, sino que pronto también lo estuvieron al de los jefes de familia ampliada o de clan, se designaban con calificativos como amigos, satélites o jóvenes.

Un hábitat impreciso y cambiante

El auge de estos vasallos alimentados en casa de su jefe fue correlativo con un tipo particular de ocupación del suelo, muy diferente del típico mediterráneo. Mientras que en el paisaje mediterráneo los límites entre los campos o la separación entre el *ager* y el *saltus* estaban muy definidos, eran de tipo lineal rectilíneo y con hitos de piedra, los celtas y los germanos privilegiaban la zona imprecisa, el bosque como frontera y el seto vivo. Entre los bretones, cualquiera que vendiera una finca, una casa o un huerto, no podía enajenar al mismo tiempo los setos que rodeaban los cultivos de trigo y la hierba; tenían que quedar fijos. Entre los sajones, los pueblos estaban cercados con un seto vivo, *Zaun* en alto alemán antiguo, que dio más tarde *town* (ciudad, en inglés). En las costas del Boulonnais subsisten todavía hoy aldeas fundadas por aquellos emigrantes: Baincthun, Offrethun, etc., cuya terminación *thun* evoca su aspecto primitivo. En cambio, cuando se instalaron en tierras romanizadas, probablemente encontraron dos tipos de hábitat: lo que queda-

ba de los grandes dominios de tipo galorromano (*villa* del propietario y *casae* de los colonos o esclavos), o bien, como lo demuestra la arqueología al otro lado del Rin, grupos imprecisos de cabañas y cobertizos. Así pues, se introdujeron en las estructuras establecidas y dieron simplemente su nombre al lugar previamente habitado o recién creado. Los topónimos compuestos por un nombre propio con una terminación en *ingos* dan, según las regiones, indicaciones precisas sobre los asentamientos de los recién llegados.

En Lorena se encuentran todavía hoy aldeas como Dudelange o Hayange que demuestran esa asimilación franca. Los burgundios en el Franco Condado y en Saboya crearon Bavans, Sermorens, etc., e incluso los visigodos dejaron huellas en Aquitania con Brens, Escalatens, etc. En Flandes, algunos hábitats francos terminan en *ingue* (Bonningues) y atestiguan un establecimiento en grupo. Otros que estaban rodeados por setos se llaman Le Plouy, aludiendo a las ramas de los árboles jóvenes doblegadas (en francés, *ployées*) y entrecruzadas que cerraban el conjunto de casas. El término *ham*, que ha dado *hameau* (caserío) revela un asentamiento a base de casas dispersas. Se podrían hacer constataciones idénticas en Lombardía, en la meseta española y en la cuenca de Londres, donde la toponimia céltica desapareció ante nombres terminados en *ings* (como Hastings). Pero es evidente que los cambios más importantes tuvieron lugar en Inglaterra y en el norte de la Galia.

El hábitat de los recién llegados utilizaba esencialmente la madera y la chamiza. En Irlanda, los incontables fortines circulares diseminados en el campo protegían a las explotaciones agrícolas de distintas formas. Unos estaban rodeados de tapias de piedra seca, mientras que otros se protegían, detrás de un foso y de una muralla de tierra, con tabiques de madera. Los *crannogs,* islotes artificiales construidos sobre lagos o zonas pantanosas que comunicaban con tierra firme mediante diques

estrechos, se hacían con vigas entrecruzadas, chamiza y arcilla. En ellos se guarecían, además de numerosos artesanos, las familias más ricas. En los caseríos anglosajones, algunas granjas rodeadas con una valla constaban de grandes chozas sostenidas por postes y donde convivían hombres y animales. Las casas francas descubiertas por los arqueólogos presentan un aspecto similar: un piso por debajo del nivel del suelo, con tubos de desagüe para el agua de la lluvia y con una chimenea si esta no estaba fuera, paredes bajas, y un techo de caña que, apoyándose en dos o cuatro postes, debía llegar hasta el suelo. Todo junto constituía una vasta superficie habitable de unos 70 a 90 m^2. Alrededor había silos enterrados o sobrealzados, herrerías y talleres de tejidos, «fondos de cabaña» excavados para trabajar (como lo demuestran las pesas de telar descubiertas), pozos y setos que cerraban el conjunto. En Escandinavia, las granjas eran mayores ya que, debido al clima, no se podía practicar ningún tipo de estabulación libre. Por ello, de los aproximadamente 30 m de largo, un tercio se reservaba a la vivienda de los hombres, otro tercio a los animales, y el resto hacía de almacén de grano. Cuando aparecía un peligro, aquellas poblaciones de ganaderos podían refugiarse en los fortines circulares de piedra desde donde resistían a cualquier adversario. O podían, como los frisones, aislarse en colinas artificiales (*terpen*), por lo general sobrealzadas detrás de las dunas, desde la desembocadura del Elba hasta el Zuyderzee. El estudio de los *terpen* ha revelado el mismo tipo de granja de madera, de unos 20 m de largo y unos 5 de ancho, y dedicada esencialmente a la ganadería. En definitiva, los asentamientos célticos y germánicos influyeron sobre todo en el campo y desarrollaron una economía silvopastoril muy similar a la de la edad de hierro.

Sin embargo, a pesar de la presencia de chozas sajonas en Boulogne y Canterbury, no debemos concluir que había un

atraso de los ocupantes con respecto a los ocupados, sino más bien que se compenetraron rápidamente.

Una intensa economía silvo-pastoril y nuevos intercambios

Debido a la importancia del manto vegetal en el norte, aquellos pueblos asignaron un papel principal al bosque y a los pastos: la caza, la pesca y la recolección eran fuentes de recursos fundamentales. Los reyes merovingios, en particular, eran cazadores empedernidos. El montero mayor del rey de los lombardos tuvo siempre gran influencia sobre el soberano. Por lo demás, la caza era una prolongación directa de la guerra e incluso servía como preparación militar; de la caza mayor a la caza del hombre solo había un paso. Por eso, los reyes anglosajones, francos y lombardos intentaron monopolizar la herencia romana del *saltus*, las antiguas tierras públicas, para su uso personal. Las tierras incultas, arboladas, pantanosas o abandonadas fueron a menudo incluidas en el dominio fiscal real. Además, al haber desaparecido muchas de las legiones fronterizas romanas, ya no era necesario cultivar trigo para abastecer a aquellas tropas. Volvieron a aparecer zonas boscosas a lo largo de muchas vías romanas, cubriendo a veces antiguos dominios; por ejemplo, entre Colonia y Jülich, entre Bavai y Saint-Quentin (el actual bosque de Mormal), y desde Pevensey y Hastings hacia Londres. Sobre todo en este último caso, el Weald era una inmensa zona de caza que separaba Kent de Sussex y ocupaba unos 200 km de largo por un poco menos de 50 de ancho. Otra gran zona arbolada se extendía desde las costas de Essex al norte del Támesis hasta las colinas de los Chiltern. En su mayor extensión, ese cinturón boscoso, del que no quedan sino algunos pedazos, ocupaba de norte a sur más de 60 km de ancho. Algunos bosques de Germania se utilizaban incluso como verdaderos setos fronterizos y eran totalmente impenetrables. Las leyes anglosajonas precisaban que aquel que no cruzara los bosques

haciendo sonar una trompa, podía ser considerado un bandido y cualquiera lo podía matar. ¡Eran ocasiones excepcionales para llevar a cabo entrenamientos de guerra! De ese modo, grandes zonas, como el macizo de las Ardenas, pasaron a depender de los reyes germánicos. Apareció un término especial para designarlas: la*forestis* o zona forestal, los espacios situados fuera (*for*) de las tierras cultivadas. Entre los lombardos, el bosque se llamaba *gahagio*. Se trataba de que los príncipes, cuyo régimen alimenticio se basaba más en la carne que en el pan, se asegurasen la existencia de caza y pesca para su explotación personal. Además, crearon cotos de caza como reservas que a menudo estaban cerrados. Lo esencial era obtener, según las estaciones del año, ciervos, jabalíes, salmones, perdices y conejos. Pero el gran plato del rey era, evidentemente, el uro, un enorme toro primitivo que constituía una verdadera despensa ambulante. Las leyes germánicas, claro está, también protegían con tarifas apropiadas a los halcones, a las cigüeñas pescadoras de ranas, a los perros de caza y a los animales salvajes.

Así pues, las tierras incultas eran más importantes para los germanos que para los romanos porque la ganadería les proporcionaba muchos más recursos. A la civilización del olivo se opone la de la mantequilla. Como los príncipes no tenían los medios materiales para apoderarse de todas las tierras incultas, los campesinos utilizaban una parte de ellas. También a ellos les interesaba que una gran parte del suelo se mantuviera inculta, puesto que llevaban los cerdos a pacer, extraían miel salvaje, carbón vegetal, estacas, postes, tablillas de madera para los tejados, etc. Y sobre todo, llevaban a los bueyes y las vacas a las zonas pantanosas, y a las ovejas y las cabras a las landas. Incluso parece que los lombardos introdujeron el búfalo en el norte de Italia en el siglo VI. Estos animales domésticos no se utilizaban tanto por su carne como por la mantequilla, el queso, la leche, la lana y las pieles. Se acostumbraban a criar menos caballos

que cerdos o corderos, aunque su escasez les convertía en un animal de gran valor. Los numerosos artículos referentes a robos de reses y caballos en la ley sálica o la ley de los bretones muestran qué importancia se daba a los productos de la ganadería. Entre los irlandeses, el robo de vacas estaba considerado como un deporte noble, porque era violento y peligroso. Todo ello no indica que se descuidara el cultivo de cereales: el estudio de restos de polen de las turberas de toda la zona renana lo demuestra, pero el centeno, la cebada y la avena tenían un papel secundario. Los granos utilizados para la fabricación del pan y de la cerveza se almacenaban en graneros construidos sobre pilotes. A la dieta del pan, el vino y el aceite se añadió, pues, la de la carne, la cerveza y la mantequilla.

Los únicos germanos que no cambiaron en nada fueron los escandinavos; siguieron en la edad de hierro, en la etapa llamada de Vindel. Algunos campesinos cazadores y roturadores se aventuraron a ir hacia el norte, donde entraron en contacto con los lapones; con ellos desarrollaron un comercio de pieles y de sal mediante un trueque mudo. Los túmulos funerarios de los reyes de Upsala que datan del siglo VI muestran efectivamente una gran riqueza. De hecho, el puerto de Helgö, en Suecia, cerca del lago Malar, estaba en relación de 400 a 700 con la Europa continental y Gran Bretaña. La presencia de talleres de orfebres que trabajaban los metales preciosos, así como el bronce y el hierro, muestra que existían intercambios importantes, sin duda por mar. Los barcos de la época (sin puente, quilla, ni mástil) funcionaban con remos y se desplazaban a lo largo de las costas practicando un cabotaje continuo. Parece que los marinos más audaces de la época eran los sajones y los frisones, siempre dispuestos a cambiar lo que fuese así como a piratear. Algunos *terpen* se especializaron en esos negocios. Cuando desembarcaban en un país, los germanos del norte tomaban el término latino de *vicus* para aplicarlo a los nuevos puertos que

iban creando. Bajo la forma de *wik* o de *wich*, aparecieron entonces Quentovic a mediados del siglo VI, Salperwick, Andruicq en el canal de la Mancha, Hamvic o Hamwih (antecesor de Southampton), Sandwich («el puerto de la arena»), Woolwich («el puerto de la lana»), y otros. Esos nuevos puertos, con las casas de madera alineadas una al lado de otra en la playa, con sus embarcaderos y sus correderas de troncos, no compensaron probablemente el hiato de aproximadamente un siglo que revela el subsuelo de las ciudades romanas de Gran Bretaña. Sin embargo, la ruptura debió ser corta en el caso de Londres y en el de Canterbury.

En efecto, Kent fue el primer reino bárbaro, sin contacto con Roma, que acuñó monedas de oro, los «thrymsas», imitando a los *tremisses* romanos. También los frisones plagiaron los tercios de sueldo bizantinos o romanos para desarrollar su comercio. Pero no por ello eliminaron el trueque, ni el uso de trozos de oro en forma de anillo, ni el de monedas romanas transformadas en joyas, ni el de trozos de pulseras de oro, etc. Es corriente descubrir en las tumbas germánicas o escandinavas balanzas de astil destinadas a pesar los metales preciosos. Ello demuestra que, incluso en los países bárbaros que ignoraban cómo acuñar moneda, existía un embrión de economía monetaria basada en el patrón oro, y que la población estaba cada vez más sensibilizada respecto a ese nuevo tipo de intercambio. Por lo demás, países como Bretaña o Irlanda utilizaban la onza o la libra de estaño, o las vacas consideradas en unidades como multas. Finalmente, mientras que las monedas extranjeras no circulaban en países que acuñaban moneda, eran siempre aceptadas en todos los reinos que no emitían. Así pues, la economía natural y la economía monetaria estaban íntimamente compenetradas. Lo demuestran los mapas que reflejan la dispersión de las fíbulas germánicas, de los vasos de bronce coptos y de los sueldos bizantinos.

Fuesen cuales fuesen las novedades que aportaron los celtas y los germanos, existen dos campos en los que no llegaron a producirse rupturas definitivas: la propiedad y la religión. Aunque para muchos pueblos todavía eran más importantes los bienes muebles, las joyas y las cabezas de ganado, y seguían practicando la utilización común de los espacios incultos, de hecho, la comunidad de tierras primitiva propia de una agricultura de calveros, itinerante, había desaparecido hacía ya mucho tiempo. Todos los pueblos practicaban la propiedad privada cuando entraron en el Imperio, hasta el punto de que no comprendieron qué era la propiedad pública. Era este un punto de contacto entre vencedores y vencidos.

Asimismo, la conversión de muchos pueblos al arrianismo habría podido unir a germanos y romanos fácilmente; pero no ocurrió así. Los visigodos, los suevos, los vándalos, los burgundios, los ostrogodos y los lombardos, que ya se separaban de los vencidos por su lengua, por su acantonamiento en determinados lugares, por su oficio militar, su ley y por su economía pastoril, fueron todavía más detestados por la adopción de una herejía que acababa de desaparecer en el Imperio a finales del siglo IV. Predicada por Arrio en Egipto a principios del siglo IV, consistía en rebajar a Cristo al nivel de criatura sobrehumana, con calidad de verdadero representante de Dios, pero negándole una naturaleza divina; el arrianismo permitía crear una ideología política que asimilase al jefe con el enviado de Cristo. Es por lo tanto comprensible que un sacerdote godo, Ulfila, escogiese voluntariamente esa religión cristiana que era más asequible para las tropas de guerreros que sacralizaban el poder. Al mismo tiempo se asimilaban germanidad y cristiandad y aquella herejía pasó a ser su razón de ser.

Por esta razón, aparte de los burgundios que fueron tolerantes con los católicos galorromanos y cuyo rey Segismundo (516-523) se convirtió, la mayoría de los pueblos arríanos mantuvieron una hostilidad latente o manifiesta respecto a los vencidos. Sobre todo los visigodos persiguieron a los católicos durante los reinados de Eurico y Alarico II, y su eliminación de Aquitania se debió esencialmente a que los obispos católicos aquitanos pidieron ayuda a los francos de Clodoveo recientemente bautizados. Instalados en Hispania, los visigodos se enfrentaron al mismo problema. Después de haber eliminado a los suevos que acababan de convertirse a mediados del siglo VI, el rey Leovigildo (567-586) tuvo que enfrentarse a su hijo Hermenegildo, que se había convertido al catolicismo. Con el fin de evitar cualquier conversión de los visigodos, aplastó la revuelta de su hijo e hizo exiliar a Leandro, obispo de Sevilla, que había sido el impulsor de la conversión de Hermenegildo. Aquella política de Leovigildo no debió dar resultado, porque su otro hijo, Recaredo, convertido en el 587, logró, a pesar de algunas revueltas de miembros de la alta nobleza, hacer proclamar la religión católica en toda Hispania a partir del concilio de Toledo del 589. Además, la desaparición progresiva del arrianismo bajo el reinado de sus sucesores favoreció la eliminación de los bizantinos de la costa sureste de la península. En efecto, los católicos bizantinos ya no eran útiles a los hispanos. Así pues, se consiguió una verdadera unanimidad celebrada por el hermano de Leandro, Isidoro, obispo de Sevilla; es realmente cierto que las mentalidades de la época eran incapaces de separar la unidad religiosa de la unidad del reino.

En África, los vándalos no dudaron en perseguir violentamente a la poderosa Iglesia de Cartago. Hunerico (477-484) intentó convertir a los católicos a la fuerza y deportó a miles de ellos al sur tunecino. Trasamundo (496-523) adoptó la misma actitud exiliando a muchos obispos. Se comprende, pues, que la

población africana acabase por pedir ayuda a los bizantinos: el virulento arrianismo de los vándalos fue la causa principal de su desaparición. En Italia, Teodorico, admirador de la civilización romana, había elegido una estricta política de segregación con el fin de evitar enfrentamientos. Al construir un sistema rigurosamente dualista, en el que el conde de los godos era el par en cada ciudad del conde de los romanos, en el que los barrios arríanos de las ciudades estaban separados de los barrios católicos, y al prohibir toda propaganda proarriana, esperaba hacer desaparecer el obstáculo religioso. Era sin duda una política animada por un espíritu muy romano. Pero con la ejecución del filósofo Boecio y la de su suegro Símaco, presidente del senado, porque habían defendido a un senador acusado de conspirar con el emperador, se enajenó a los católicos, tanto más cuanto que después de haber encarcelado al papa que murió en la cárcel, impuso a su sucesor. Por eso, cuando Teodato (534-536) vinculó todavía más estrechamente sentimiento gótico y arrianismo, provocó inmediatamente la reacción de Justiniano y la desaparición prácticamente total de su pueblo.

Así pues, el último pueblo germánico arriano era el de los lombardos. También a ellos se les odió por las rupturas que provocaron, pero no corrieron la misma suerte que los vándalos o los ostrogodos porque los bizantinos fueron incapaces de destruirlos y a causa de un cambio de política pontificia. Para evitar la toma de Roma, el papa Gregorio el Grande prefirió no contar con el apoyo del exarca y negoció la paz directamente con los bárbaros. Obtuvo dos treguas: en el 598 y en el 603. Esperaba que el bautizo del hijo del rey Agilulfo según el rito católico, gracias a su madre Teodolinda, bávara, llevaría a los lombardos a la ortodoxia como había hecho Clotilde con Clodoveo. Pero no ocurrió nada de eso, porque la oposición era demasiado fuerte y los lombardos estaban todavía muy desunidos. Hubo que esperar a los años 652-653 para que el rey Ari-

perto I fuese bautizado, y al 680 para que desapareciesen las últimas huellas de paganismo y de arrianismo entre los lombardos, tanto los de la llanura del Po como los de la península. En lo sucesivo, los pueblos germánicos ya no podían ser expulsados de los territorios que habían conquistado, ya que habían desaparecido todos los obstáculos para la total fusión.

Podemos ahora calibrar mejor la importancia de los trastornos que provocaron los celtas y los germanos en el Imperio Romano. Sus innovaciones fueron claras pero fácilmente localizables. Aunque poco numerosos, su aportación lingüística dejó huellas en las antaño tierras romanas. Su derecho original, donde no existía la noción de Estado ni de dominio público, su justicia más indulgente con el homicida que con el ladrón, y su culto al jefe de guerra, explican el papel principal que se atribuía a la guerra y constituyen la causa esencial de su éxito. Fuesen infantes o jinetes, armados con su temible espada larga, impusieron un tipo de sociedad basada en el elemento militar y en la que incluso el esclavo podía convertirse fácilmente en un guerrero profesional fiel a un amo. Al no distinguir entre lo civil y lo militar, segregaron grupos armados de todo tipo: *gardingi, gasindi, gesiths, antrustiones,* etc., capaces de fragmentar las monarquías en tantos particularismos como jefes. Al acentuar el hábitat disperso con sus caseríos de casas cuidadosamente cercadas, crearon una verdadera diseminación de la población, tanto en las zonas cultivadas como en las incultas. Más acostumbrados a la vida del bosque y del pasto, no por ello fueron menos capaces de impulsar una agricultura dinámica y, al ser sus pequeños grupos tan solidarios, pudieron integrar rápidamente sus territorios en el del antiguo Imperio, como se demuestra en sus iniciativas comerciales en el mar del Norte y en su entrada en la economía monetaria. En resumen, salvado el obstáculo de la religión arriana, los pueblos germánicos y los pueblos romanizados, de algún modo semejantes por su tras-

fondo céltico común, entraron entonces realmente en contacto y llevaron a cabo una fusión con distintos matices según los lugares.

NACIMIENTO DE UNA CRISTIANDAD

El acercamiento fue posible gracias a la Iglesia, verdadero puente entre las dos poblaciones. Aquella fue la única estructura que permaneció intacta entre las migraciones y los cambios de poder. Al poner en seguida en funcionamiento un movimiento de evangelización y de aculturación, la Iglesia fue a la vez un factor de permanencia y de cambio. Al intentar influir en los comportamientos políticos de los reyes bárbaros, al dar al obispo un papel cada vez más político y al hacer del monje el intermediario privilegiado con Dios, quería construir una cristiandad sagrada en la que todo acto estuviese impregnado de la nueva fe. De Irlanda al norte de la Galia, de Gran Bretaña a Frisia, el cristianismo se extendió lentamente en el norte de Europa. En cada reino, los obispos y los monjes participaron en la consolidación de las estructuras políticas y en la edificación de una nueva cultura. Según la expresión de Henri-Irénée Marrou, el hombre histórico europeo iba a nacer de aquella «roturación del alma occidental».

El ardor de la conversión

Desde san Agustín, la entrada de los bárbaros en el Imperio se había interpretado como una ocasión para bautizar a los paganos recién llegados. Desde principios del siglo V, el obispo Paladio, y luego un bretón secuestrado por los piratas irlandeses, Patrick, que murió hacia el 461, evangelizaron la gran isla céltica. Influido por el monaquismo martiniano y el egipcio, con fuerte tendencia eremítica, el apóstol de la verde Erín creó una Iglesia original. Por falta de ciudades, solo pudo instalar

obispos-abades de monasterios, que fueron realmente muy numerosos. El principal, Armagh, se convirtió en la sede metropolitana de la isla. Los monasterios se componían de cabañas de piedra, una por ermitaño, agrupadas no muy densamente alrededor de un pequeño santuario. Lo normal era que los monjes eligieran el lugar, lo más desértico posible, que generalmente era una isla. El cristianismo irlandés, muy atado a Roma, mantuvo un carácter muy ascético e individualista, con usos litúrgicos y prejuicios particulares.

Esa actitud se manifestó muy tempranamente ante los invasores anglosajones que privaron a sus compatriotas bretones, es decir, celtas y cristianos como ellos, de su patria. Frente a la Inglaterra paganizada y al norte de la Galia que había vuelto a caer en el paganismo a pesar de la conversión más oficial que real de los francos en el 498, los irlandeses prefirieron dejar que los anglosajones se condenaran y desembarcaran en Galicia y en la Bretaña continental donde se desarrollaron otros monasterios irlandeses. Más tarde, entraron en relaciones con los reyes merovingios para volver a evangelizar el norte de la Galia. Efectivamente, el paganismo todavía era muy fuerte al norte del Sena; basado en el culto a los manantiales, a los árboles y a otras fuerzas de la naturaleza, seguramente no estaba provisto de un clero ni de templos como entre los sajones y los frisones, aunque no por ello estaba menos anclado en los espíritus bajo la forma de animismo o de magia. Más allá del Rin, el paganismo se fundamentaba en una mitología que daba la supremacía a los dioses: Odin, el padre universal; Thor, la fuerza brutal, y Freyja, la fecundidad. A partir del 590, la llegada de Columbano, que recorrió toda Europa, fue la señal que desencadenó la llegada de otros irlandeses. Para evangelizar a la gente del campo, fundó el monasterio de Luxeuil, que se convirtió rápidamente en una cantera de misioneros. Luego, después de que le expulsaran de Borgoña, siguió fundando al este de París,

bajó por el Mosela y remontó el Rin siempre predicando. En Bregenz, dejó a su compañero Gall, que fundó en la actual Suiza el convento que tomó su nombre. Acabó su vagabundeo en los Apeninos ligures donde creó Bobbio en el 612 y donde murió en el 629. Detrás de aquella alma de fuego, vinieron otros irlandeses que supieron ampliar su influencia: un monje de Luxeuil restauró el obispado de Basilea en el 615; otros crearon Péronne en Picardía, Fosses cerca de Lieja, y Honau en una isla del Rin al norte de Estrasburgo. Otros muchos nos son desconocidos; obispos itinerantes, monjes errantes y reclusos olvidados en sus agujeros, pero todos influyeron en las mentalidades hasta el punto de suscitar émulos.

Por eso, a partir del 630, muchos laicos merovingios que se habían convertido en sacerdotes o en obispos, los imitaron. Generalmente originarios de regiones romanizadas, sobre todo de Aquitania, abandonaron definitivamente sus países para ir a las tierras bárbaras, cosa que hicieron hasta aproximadamente el 730. La mayoría se dirigió hacia Picardía, Flandes y Renania. El más célebre fue san Eloy, obispo de Noyon-Tournai del 641 al 660, que, no contento con volver a cristianizar su antigua diócesis de Noyon, se arriesgó a seguir hasta Amberes en plena zona germánica, a pesar de su mal conocimiento de la lengua. Fracasó en la empresa, como san Amand, obispo originario del Poitou que fue nombrado sin sede fija a partir del 630. Fundó el monasterio de Elnone sobre un santuario pagano de manantiales termales y que hoy se llama Saint-Amand-les-Eaux. Tampoco tuvo mucho éxito en el obispado de Tongeren-Maastricht y recorrió muchas otras tierras antes de morir en el 675 o el 676. Cuando cesó esta segunda ola de misioneros hacia el 690, todo el país al sur de la línea Gante-Colonia se englobaba ya en la órbita de la cristiandad romana.

Entre tanto, como los bretones, los galos y los irlandeses seguían negándose a convertir a sus adversarios anglosajones, el

papa Gregorio el Grande (590-640) tomó la iniciativa de mandar una misión dirigida por el monje Agustín a la isla. Este desembarcó en Kent en el 597. Con el fin de reforzar los resultados de la primera misión, se mandó otra misión dirigida por el abad Mellitus para reinstaurar las dos provincias eclesiásticas de Londres y de York, y para dar autoridad a los monjes romanos sobre el clero celta que seguía siendo hostil a los anglosajones. Después de los primeros éxitos en Essex y en Northumbria, se encontraron bloqueados por una reacción pagana a partir del 634; los misioneros tuvieron que replegarse en Kent. A finales del siglo VII, tan solo Wessex y Anglia Oriental habían vuelto al cristianismo romano.

Con el tiempo, los monjes celtas acabaron por interesarse en la conversión de sus adversarios. El rey Oswald de Northumbria llamó a los monjes de la isla de lona en el 635, que se establecieron en el sur de Escocia, en el monasterio de Lindisfarne y luego en Whitby, en Mercia. A consecuencia de esa colaboración, las discrepancias litúrgicas entre los irlandeses y los romanos se fueron resolviendo. Ya en el 630, los monjes del sur de Irlanda se habían adscrito a la práctica del cálculo romano de la fecha de Pascua. En el 660, la conferencia de Whitby logró reunir a otro grupo de monjes celtas gracias a la intervención del monje anglosajón Wilfrid, que por tal motivo había realizado un viaje especial a Roma. Hacia el 680, bautizó a los últimos paganos de Sussex y de la isla de Wight. En el 704, Irlanda del Norte, y en el 716 los monjes de lona, se avinieron a abandonar sus usos particulares. Finalmente, los bretones de Cornualles y del País de Gales hicieron otro tanto en el 755. De ese modo, todas las iglesias célticas y anglosajonas reconocieron la autoridad espiritual de Roma.

Apenas evangelizada, Inglaterra relevó a Roma y empezó a interesarse por sus hermanos germánicos del continente. Nacido en el 658 en Deira, Willibrord fue mandado por el arzobispo

de York, Egbert, a Frisia, donde desembarcó en el 690. Gracias a la ayuda de Pipino el Viejo y del papa, obtuvo como punto de partida el dominio de Echternach (en Luxemburgo) donde fundó un monasterio. En el 695 fue nombrado arzobispo de una nueva provincia eclesiástica que tenía como sede el antiguo campamento romano de Utrecht. La nueva provincia debía englobar toda la Frisia, pero, a pesar de la llegada de monjes ingleses, Willibrord no pudo cruzar el Rin hasta los años 726 o 728.

Cuando murió en el 739, todas las regiones situadas más acá del Rin conocían el cristianismo. San Lamberto, asesinado en el 705, había desplazado el obispado de Maastricht a Lieja, y su sucesor, san Huberto, había acabado la evangelización de la margen izquierda del Rin. En aquel momento una red de monasterios cubría el país, y los antiguos obispados romanos estaban reinstaurados. Las zonas ocupadas por los alamanes y los bávaros, gracias bien a los misioneros italianos, bien a los monjes del oeste de Europa (Emerando en Ratisbona, Corbiniano en Freising y Ruperto en Salzburgo), también habían vuelto a entrar más o menos en la órbita de la cristiandad. La entrada en las regiones auténticamente paganas fuera del antiguo Imperio Romano no empezó hasta la llegada de otro monje anglosajón, Wynfreth. En el 719, el papa le impuso otro nombre: Bonifacio, y le encomendó la creación de una iglesia franca en Germania, dependiente de Roma. Muy pronto, su actuación demostró ser tan importante como la de san Martín en la Galia. Reorganizó los obispados de Baviera, bautizó a miles de paganos en Hesse y en Turingia, y luego, consagrado obispo en el 722 por Gregorio II, intentó organizar la reforma de la iglesia franca mediante una mejora en el reclutamiento del cuerpo episcopal y una extensión de los obispados del otro lado del Rin. Fue nombrado arzobispo en el 732, pero no pudo ocupar su sede en Maguncia hasta el 747. Demasiado exigente a los ojos de los pri-

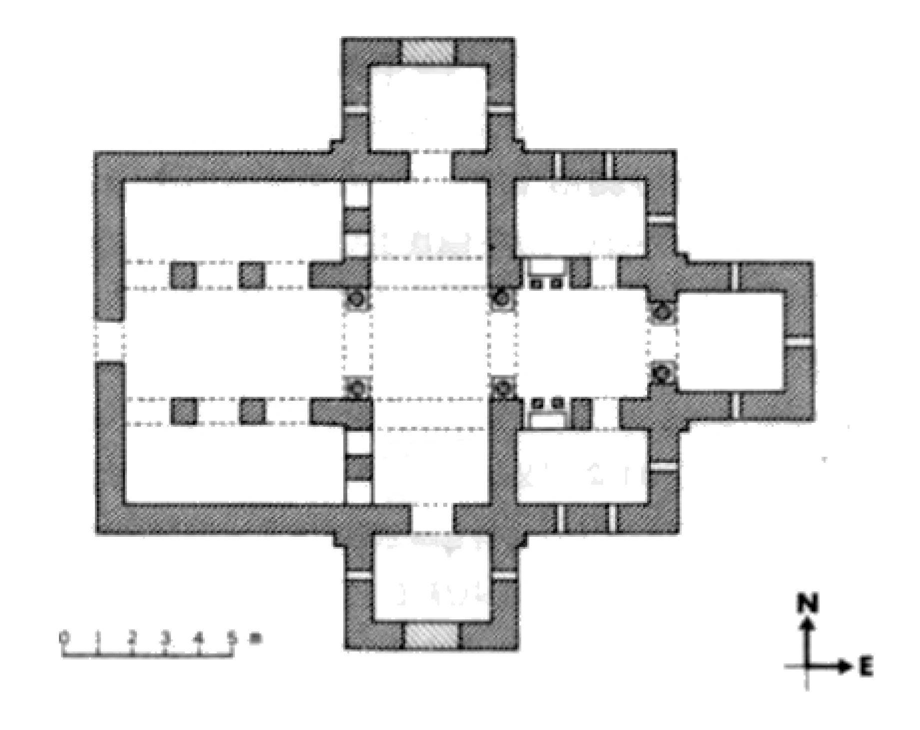
meros príncipes carolingios, prefirió pasar los tres últimos años de su vida evangelizando la Frisia, donde fue asesinado en el 754. Había ganado territorios inmensos para la causa cristiana y había establecido la jerarquía eclesiástica en muchos obispados; su tumba en Fulda, monasterio que él había fundado, se convirtió en uno de los principales centros de peregrinación de Germania.

Una fe simple, un marco fijo y un vínculo fuerte

El principal resultado de aquellas misiones fue el nacimiento de una verdadera primacía de la Iglesia de Roma y de la sede de San Pedro. Esa Iglesia volvió a encontrarse con un imperio, pero esta vez espiritual. «Nosotros, los irlandeses, estamos unidos a la sede de San Pedro», decía Columbano al papa. Y este último procuró materializar aquellos lazos espirituales con un símbolo concreto, el *pallium*, una banda de lana blanca con cruces negras que el pontífice llevaba sobre los hombros durante el oficio y que mandaba a cada arzobispo que nombraba. Por otro lado, fueron numerosos los obispos misioneros que, como Amand, Willibrord o Bonifacio, realizaron múltiples peregrinaciones a Roma para hacer controlar su ortodoxia y hacerse confirmar su autoridad.

Además, sus métodos de evangelización eran al mismo tiempo un modo de aculturación del pensamiento y de la civilización romano-cristiana. Inmediatamente antes del bautismo y como formación considerada suficiente, se enseñaba la Creación por parte de Dios, la expulsión de Adán y Eva, el Diluvio y la salvación de la mano de Cristo. Lo esencial era el prestigio de un Dios y de una civilización superior. Gregorio el Grande aconsejaba a Agustín de Canterbury que solamente destruyese los ídolos y que transformase los templos en iglesias. Ahora bien, lo normal fue que estas se construyesen de piedra, de mo-

do que eran mucho más impresionantes que los edificios anteriores, construidos al aire libre con postes y tablones. Benito Biscop hizo acudir a canteros y vidrieros de la Galia hacia el 670, para que llevasen a la isla los modos de construcción mediterráneos. Así, las ciudades podían reaparecer alrededor de aquellos nuevos edificios: las iglesias. Al mismo tiempo, se multiplicaron las capillas junto a los antiguos manantiales sagrados. A menudo estaban dedicadas a santos locales y su situación en lugares antiguamente sagrados favorecía el paso de un culto a otro. Pero, como método de evangelización, fue todavía más eficaz la liberación de esclavos. Emancipados, bautizados, instruidos y convertidos en sacerdotes a su vez, los esclavos eran la demostración de que la nueva fe era una liberación.



Plano de San Pedro de la Nave.

Este fue un sistema muy practicado por los misioneros irlandeses y anglosajones. Los neófitos, sobre todo si se trataba del

jefe de tribu o del rey bautizados los primeros, desencadenaban conversiones de grupos enteros, ya que los lazos de solidaridad de hombre a hombre se encontraban en auge, y era imposible un comportamiento individual a nivel religioso.

Así pues, implantar la Iglesia y con ella la civilización en un país bárbaro significaba para los fundadores crear al mismo tiempo una sociedad nueva que no rompiese con el pasado. Para cambiar el comportamiento moral, los irlandeses inventaron los penitenciales imitando las tarifas de las multas estipuladas en las leyes germánicas y célticas. Cualquiera que se acusara de una falta, recibía automáticamente una penitencia de un cierto número de años a pan seco y agua, o de un cierto número de ayunos. En un mundo acostumbrado a atiborrarse más que a comer, el ayuno y la abstinencia eran penas muy duras. Así pues, el penitencial fue un instrumento de corrección de los comportamientos, un código de lo permitido y lo prohibido destinado a contener energías desbordantes, más que a transformarlas.

A ese marco de la conciencia correspondía, en el exterior, el papel de la parroquia. Era el lugar de encuentro de los fieles, excepto en Navidad, Pascua y la Ascensión porque entonces debían acudir a la sede episcopal, y esta parroquia rural se llamó a menudo en latín *plebs*. El término ha dado *pieve* en Italia y numerosos topónimos bretones que empiezan por *pié* o *plou* como Plougastel, Plélan, etc. Este sistema de organización de la Iglesia no fue más allá de la línea Viterbo-Chieti en la península italiana, ya que las diócesis meridionales eran tan pequeñas que podían ser ellas mismas una única parroquia. Pero en Lombardía, en Engiadina, en el Friul y en las regiones europeas donde menor fue la influencia de la organización romana en ciudades, la estructura parroquial empezó a aplicarse en los *vici*, los grandes burgos agrícolas, llegando más tarde a las grandes propiedades rurales. A menudo, la iglesia primitiva era triple: había

una primera parte dedicada a los catecúmenos, una segunda era el baptisterio donde se bautizaba a los adultos la noche de Pascua, y la tercera estaba abierta a todos los cristianos. En el norte de Flandes, Willibrord cavó, a falta de baptisterio, pozos destinados al bautizo de los convertidos. Pero, a principios del siglo VIII, la práctica de ese sacramento por inmersión se podía considerar extinguida en todos los reinos bárbaros, prueba del paso oficial de los adultos a la Iglesia. Así pues, la construcción de parroquias rurales llevó a la formación de un verdadero tejido social que reunía a la población en asambleas religiosas e incluso sociales. Porque, de hecho, el vicario ejercía también funciones de tipo judicial y financiero delegadas por el conde. Acababa de aparecer la célula base de la civilización europea.

Esa célula tomó un aspecto particular en el norte de Europa con la multiplicación de las capillas privadas. En efecto, a menudo los misioneros obtenían el apoyo de un noble o de un rey, y acabaron aceptando su petición de fundar, fuera de los *vid*, en tierras del fisco o de un gran dominio, iglesias destinadas a satisfacer las necesidades espirituales de los campesinos. Como el dueño de cada lugar hacía construir la iglesia a su costa y en sus tierras, la consideraba de su propiedad y se reservaba el derecho a legarla, venderla o cambiarla. Incluso acabó por sustraer al cura párroco del control del obispo. Así aparecieron lo que en Inglaterra se llamó las *lesser churches* y en Germania la *Eigenkirche*. También en Hispania, en la Galia y en Italia se dio ese fenómeno. Este sistema favoreció una implantación en profundidad del cristianismo, a pesar de los inconvenientes que tenía y que no aparecieron hasta más tarde. Al mismo tiempo, atestigua la existencia del gran movimiento de ruralización característico de la nueva civilización.

La Iglesia, defensora, activa y salvadora, como ideal del mundo

De momento, el fenómeno de las iglesias propias no molestó a los obispos, puesto que seguían gozando de gran autoridad. En efecto, no olvidemos que, durante las invasiones, los obispos fueron los únicos que siguieron en sus puestos, excepto evidentemente los de Inglaterra, el norte de la Galia y los de otras diócesis que fueron expulsados por los arríanos. Mientras que los altos funcionarios desaparecieron, esos obispos simbolizaron la continuidad, y la encarnaron mediante su capacidad para negociar con los recién llegados y su fuerza financiera con la que rescataron a sus fieles esclavizados por los vencedores. A los ojos de aquellos paganos que luego se convirtieron, parecían los propietarios del mundo sagrado y los cancerberos de la eternidad. Además de poderosos en lo espiritual, también lo eran en lo temporal: en el 507, tuvieron fuerza para abrir el acceso a Aquitania a los francos. La mayoría era de origen senatorial; el episcopado fue cada vez más un cargo reservado a las grandes familias, y los primeros germanos que fueron obispos salían a menudo de las dinastías reales o de su parentela. No fueron pocos, en el siglo VI, los casos de antiguos funcionarios, miembros de esas familias poderosas, que se separaron voluntariamente de su esposa a los 40 años para ir a encabezar un obispado. Al no haber podido ordenarse sacerdotes antes de los 30 años, muchos obispos tuvieron ocasión de ejercer funciones políticas. Como, por otro lado, sus donaciones a las iglesias catedrales y su herencia pasaban a veces al patrimonio eclesiástico, que crecía día a día, dado que no había divisiones sucesorias, el poder temporal de los obispos fue cada vez mayor. Se elaboró entonces una defensa culta de los bienes eclesiásticos fundada en el principio de que aquellas tierras eran el patrimonio de los pobres. Efectivamente, hemos visto que los obispos del Imperio tardío se habían convertido en los patronos de los pobres. Ese papel no dejó de acentuarse durante los siglos VI y VII, a consecuencia de la generalización de las matrículas, de los

xenodochia y de otros establecimientos caritativos, como el cuidado de los niños abandonados o de los huérfanos. Estas instituciones adquirían especial relieve cuando había una ola de miseria o una epidemia. El patrocinio episcopal vio incrementada su importancia gracias al tribunal del obispo y al derecho de asilo en el perímetro, cada vez mejor definido, alrededor del *atrium* que precedía a la catedral. Era indispensable para los campesinos que querían ponerse bajo la advocación del santo patrón de la diócesis, y muchos libertos lo eran gracias al obispo, mediante «la cuerda del altar», que era la forma romana, o mediante «la acción de tirar un denario», que era la forma franca. Finalmente, el obispo se imponía en tanto que constructor, como Nizier y Magnerico que restauraron Tréveris entre el 525 y el 587. En resumen, el obispo se convirtió en un personaje poderoso en todos los reinos bárbaros, hasta el punto de que algunos reyes intentaron apoderarse del derecho de nombramiento no contentándose con aprobar la elección del metropolitano y los obispos coprovinciales. Sobre todo en Hispania y en la Galia, donde por otro lado se reunían concilios regularmente, vemos cómo los monarcas intentaron dominar totalmente al episcopado.

A causa de esto, el estatuto y el lugar de los monjes cambió. Mientras que en el siglo V eran marginales, ahora se convirtieron en un modelo mucho más atractivo porque estaban menos comprometidos con el mundo. Proliferaron en el siglo VI y adoptaron las antiguas reglas de Basilio o de Pacomio, o practicaron el eremitismo del tipo de san Antonio. Florecieron en el Mediterráneo lugares de ascesis y de cultura de todo tipo, tanto urbanos como rurales, según los modelos de los monasterios de Marmoutiers y de las islas Lerins. Los monjes, hombres de oración y de ciencia, se convirtieron entonces en consejeros y profetas, en protectores espirituales de los poderosos y en protectores materiales de los pobres. El rey burgundio Segismundo

fundó San Mauricio de Agaune para que se recitase la *laus perennis*, la alabanza perpetua que cantaban turnándose durante el día tres grupos de monjes para gloria de Dios. En aquella época, los monjes disponían de muy pocos bienes, y el conjunto monástico, aparte de la iglesia, constaba de celdas dispersas, talleres donde se trabajaban las esteras, los cestos, las pieles para hacer pergaminos y, sobre todo, el taller donde se copiaban los manuscritos. Los huertos y los campos vecinos permitían subvenir al abastecimiento de la comunidad y al de los huéspedes de paso. El eremita mismo roturaba a veces el calvero de un bosque o una tierra abandonada, de modo que en seguida atraía a acólitos y tenía incluso que abandonar su primera instalación para dejarla a los laicos que le habían seguido. Luego se instalaba un poco más lejos, siempre a cierta distancia de los lugares habitados, pero sin perder nunca del todo el contacto con los demás hombres. Pero fueran cenobitas, eremitas o incluso reclusos, el monje o la monja seguían siendo laicos. En efecto, el sacerdocio era muy raro en esa época. La actividad fundamental del monje era esencialmente la oración y la ascesis; las comunidades monásticas se reunían todos los días para rezar. Conocemos bien ahora los oficios monásticos: el oficio de noche (maitines), del alba (laudes), de cuando salía el sol (prima), del día (tercia, sexta y nona), de la tarde (vísperas o lucernario, la hora en que se encendían las lámparas), y finalmente completas (antes de acostarse). A esos hombres y mujeres que vivían aislados ya no se les veía como traidores, sino como especialistas de la beatitud y la salvación entre el desorden y las catástrofes. Sus condenas y su serenidad les conferían un verdadero carisma de lucidez. Por eso atrajeron a tantos más discípulos cuanto que los obispos no tenían influencia sobre ellos, y cuanto que la prohibición de entrar en la orden monástica sin la aprobación del funcionario responsable se había desvanecido con la desaparición de las autoridades oficiales romanas.

Las vocaciones cenobíticas y eremíticas se multiplicaron, sobre todo con la llegada de los irlandeses, puesto que con ellos aumentaron la libertad y el prestigio de la dedicación religiosa. La regla de san Columbano, difundida a partir de Luxeuil, insistía en los votos de castidad, de pobreza, y en penas impresionantes en las que el látigo no era lo menos utilizado. Pero de hecho, ese rigor se compensaba con una llamada constante a hacer misiones, a realizar peregrinaciones para Dios fuera del propio país, y con una gran libertad de comportamiento hacia todas las autoridades políticas o espirituales. El monje celta (predicador ambulante, profeta inspirado y sabio sorprendente) y sus seguidores acababan a veces en el martirio, pero más a menudo canonizados por el vulgo si habían fundado una iglesia o un monasterio. Por eso, muchos les imitaban, incluso en sus excesos. Así pues, el monje giróvago, cuyo superior y cuyo país de origen se desconocían, pero a quien se identificaba por su tonsura particular (un semicírculo de cabellos de oreja a oreja), viajaba a la ventura difundiendo una religión en la que los milagros de curación o de castigo para redimir los pecados ocupaban el primer lugar. En el fondo, el monaquismo irlandés era el punto de encuentro ideal entre las mentalidades romana y germánica; la prueba está en que rápidamente apareció una regla mixta que amalgamaba las de Columbano y de Benito. El primer testimonio en ese sentido fue la regla de Waldebert, tercer abad de Luxeuil, dada a las monjas de Faremoutiers hacia el 630.

San Benito, el «padre de los monjes»

Ello nos lleva a considerar la obra de san Benito de Nursia (c. 480-553/556), que jugó un papel considerable en la transformación del monaquismo. En la época, la regla que escribió durante los últimos 25 años de su vida pasó inadvertida a causa de los desórdenes que había en Italia. Aquel hombre, puro pro-

ducto de la civilización romana, quiso poner orden entre todas las reglas existentes. Eremita, y luego cenobita, fundó finalmente el monasterio de Montecassino. Benito, probablemente de origen senatorial, juzgó a la cristiandad de su tiempo como irremediablemente pagana. Por eso, con la ayuda de su regla, quiso crear otra milicia; no sería civil ni militar como las romanas, ni la de Cristo como pretendía un clero demasiado funcionarizado, sino una «milicia del corazón». La comunidad monástica, sacando su fuerza de una relación cada vez más profunda con Dios, se basaba en una simple consigna: *ora et labora*, reza y trabaja, considerándose este último acto como resultado del primero. Esa regla, que requería a la vez rigor y flexibilidad, exigía obediencia al padre abad y recomendaba incesantemente que se tuviese en cuenta a los débiles. No se pudo difundir hasta que los disturbios que provocó la entrada de los lombardos en Italia empezaron a apaciguarse. Entonces, los *Diálogos* que escribió Gregorio el Grande hacia los años 593-594 propagaron la vida y los milagros de san Benito. Pero, paradójicamente, los países de profunda tradición romana como Italia, Hispania, Provenza o Aquitania, se mostraron muy recalcitrantes; hubo que esperar al relevo de las comunidades mixtas columbano-benedictinas como la de Solignac, fundada por san Eloy en el 632. Convencidos de la excelencia de la regla benedictina, los seguidores de la regla de san Columbano (fuesen aquitanos, francos, anglosajones o celtas) acabaron por difundirla hasta que en el siglo VIII fue la única aplicada.

La expansión monástica tomó entonces nuevas características. Después de que algunas familias de la nobleza ayudasen a Columbano a dotar y a fundar monasterios, algunos aristócratas se refugiaron en ellos o se convirtieron en sus abades. Y en los tiempos de disturbios políticos y de trastorno total de la situación, otros se escondieron en los cenobios para aguardar tiempos mejores. En adelante, el santo patrón podía ser tanto

un fundador noble, como un propietario rico, como un monje piadoso. Es revelador en ese sentido el caso de la basílica de los Santos Apóstoles, fundada en Metz antes del 630 por Arnulfo, antepasado de los carolingios, y transformada luego en santuario alrededor de su tumba en los años 715 o 717, la iglesia tomó el nombre de San Arnulfo. Así, al igual que el episcopado, el monaquismo se convirtió en un aliado de los príncipes. Incluso en la Galia merovingia, fue el principal soporte de la fidelidad a otra familia frente al legitimismo merovingio de los obispos. Aparte de Bonifacio, todos los grandes monjes anglosajones fueron aliados y protegidos del linaje de los Pipínidas.

Fuera como fuese ese cambio de la correlación de fuerza entre los obispos y los monjes, el auge monástico fue considerable. Estos establecimientos, que en adelante iban a ser todos rurales, sirvieron de base a las misiones, ya fuesen anglosajones, como Lindisfarne, Yarrow y Wearmouth, austrasianos, como Wissemburg (fundado hacia el 660) y Nivelles, o germánicos, como Fulda y Reichenau. En Hispania, Fructuoso de Braga fundó una serie de monasterios en Galicia. Finalmente, ese movimiento alcanzó a Italia: a principios del siglo VIII aparecieron en plena zona de dominio lombardo los monasterios de Novalesa, Nonantola y Farfa. Después de su destrucción en el siglo VI, la abadía de Montecassino se reconstruyó en el 720. Al final, el circuito de la aventura monástica se cerraba después de ese asombroso periplo europeo desde las costas mediterráneas hasta las de los mares nórdicos en un curioso viaje de ida y vuelta.

Así pues, del choque de las civilizaciones romana y germánica resultaron continuidades, abandonos y fusiones. Hemos visto cómo las sociedades romanas sobrevivieron, se robustecieron e incluso evolucionaron de forma original. Consiguieron poco a poco escapar del Estado y formaron el mapa de una vieja Europa que incluía a la península ibérica, la itálica y la Galia al sur de la línea Nantes-Besan£on. Frente a ella, encontramos

a una joven Europa, la de las islas y el norte del continente, con un clima mucho más severo: las llanuras del Po, del Sena, del Mosa y del Rin. En esas regiones, la aportación celta y germánica fue notable y duradera, y a menudo se opuso a los conceptos romanos. Pero una vez eliminado el obstáculo religioso, es indudable que bajo el impulso del movimiento misionero, sobre todo el de los celtas y los anglosajones, los bárbaros entraron en la Iglesia, depositaría de buena parte de las tradiciones romanas. Como tercera potencia entre los vencedores y los vencidos, creó mediante la red de parroquias un nuevo tejido social. Como transformadora de las mentalidades, se convirtió en un centro de atención de las rivalidades políticas. Mientras que los obispos caían en manos de los reyes, los monjes se convertían a su vez en ostentadores de lo sagrado, al tiempo que dejaban su posición marginal y entraban en la nueva sociedad romano-germánica. Pero lo esencial de las innovaciones cristianas no estaba solamente contenido en la regla de san Benito. Hubo que esperar a la crisis de finales del siglo VII para que, de la alternativa entre los jefes germánicos y los representantes cristianos, y después de aquella fase de acercamiento, surgieran soluciones nuevas e imprevistas.

Capítulo 3
INTRODUCCIÓN A UNA HISTORIA DE ORIENTE

(principios del siglo V)

395. Teodosio I acaba de morir, el 17 de enero. Le suceden dos emperadores, sus hijos Honorio, en Occcidente, y Arcadio, en Oriente. No es este el primer reparto de poder supremo llevado a cabo en un imperio desmesurado en relación a los medios de comunicación antiguos. Ya nunca más un único soberano extenderá su autoridad del Éufrates al Rin, y del Danubio al Magrib. Comienza entonces la historia del Imperio Romano de Oriente, de *la Romanía,* como se la denominará, de Bizancio, como lo llamamos nosotros, conservando el nombre de la ciudad provincial, en decadencia desde las luchas del final del siglo II, en la que Constantino instaló, a partir del 324, su ciudad, Constantinopla, la Nueva Roma. Como toda historia, la del Imperio de Oriente lleva al nacer las huellas de un pasado próximo y las de una existencia secular. Y más que cualquier otra historia, si cabe, por dos razones. La primera es que se funda explícitamente sobre la eternidad de Roma, del Imperio, del orden imperial y —en lo sucesivo— cristiano del mundo, de manera que el freno opuesto por todo sistema institucional, político o cultural a los cambios traídos por el tiempo se fortalece aún más aquí en virtud de la convicción de que nada cambia ni debe cambiar. La segunda razón es que se trata de una historia lenta, en la que los elementos que permanecen son muchos, en que los movimientos, que tardan siglos en consumarse, están marcados por catástrofes, y que muestran, en contrapartida, muy pocas oscilaciones a medio plazo. Así, pues, la indispensable presentación adquiere en este caso valor de clave para todo lo que sigue. Muchos de los verdaderos cambios se producen

en el siglo que precede al año 395, injertados en una antigua permanencia. Y, tal vez, también el lector tenga la impresión de estancarse en el umbral de la historia de Bizancio entendida como la de una cristiandad medieval.

La fecha convencional del 395 no podría iniciar un relato, sino un cuadro, resultado de antecedentes más o menos remotos, progresivamente precisados hasta alrededor del 460. Después de esta fecha el ritmo de los acontecimientos y el movimiento de fuerzas internas se hacen más ágiles, la historia se agita con más rapidez, hasta el límite brutalmente impuesto en las primeras décadas del siglo VII como consecuencia de la pérdida del dominio meridional: Siria. Palestina. Egipto y Cirenaica.

En cierto sentido, toda historia es la lectura de un mapa, pues nada es más durable ni al mismo tiempo más determinante que los itinerarios que la estructuran. Ciudades independientes nacidas en los tiempos de la colonización griega en la costa del Asia Menor, viejas monarquías orientales, reinos divididos por los generales de Alejandro en su fulgurante conquista, reducción de estos reinos a provincias por los romanos, son otros tanto niveles históricos superpuestos en el territorio en que se inicia la historia de Bizancio. Pero las grandes articulaciones de este territorio son más valiosas que los antecedentes de la historia bizantina, puesto que son los factores que permanecen.

EL ESPACIO DE BIZANCIO

El espacio de Bizancio en sus orígenes se puede definir como el de los países en que la lengua dominante era el griego. Se despliega siguiendo la curva oriental del Mediterráneo, desde Trípoli y Ptolemais en la orilla africana, hasta ese punto incierto de la costa adriática al oeste de Durazzo, de donde partía la

línea divisoria lingüística y, desde el 395, administrativa de Iliria, como se denominaba la vasta región danubiana del Imperio Romano. El Mediterráneo de Bizancio baña Chipre, Rodas, Creta, los archipiélagos del Egeo. Está surcado de rutas marítimas, de Alejandría a Beirut, a Antioquía, a los Estrechos, y también a lo largo de las costas. La costa meridional del mar Negro es el otro litoral marítimo, cerrado por los estrechos, por un lado, y adosado a los contrafuertes del Cáucaso por el otro. El poder bizantino se extiende al oeste hasta las bocas del Danubio, mientras que la orilla septentrional ofrece las cabezas de puente antiguas, que Bizancio sabrá recobrar. Los límites terrestres son más difíciles de trazar. Están señalados en principio por el *limes*, la serie de fortificaciones que la arqueología revela en Tripolitania, Palestina, Siria y a lo largo del Danubio. También están marcados por los puestos aduaneros que los aranceles grabados sobre piedra o más tarde, los sellos de los funcionarios permiten indicar en el mapa. Sin embargo, no hay que concebir las fronteras de Bizancio como el trazo de un cercado, sino como una franja históricamente sensible. Cada una de las principales regiones del Imperio se abre sobre su propia frontera, y forma con el otro lado un conjunto estructurado por las rutas del comercio y de la guerra. O, mejor dicho, el Imperio de Oriente se presenta como una red orgánica y viva, constituida por articulaciones interiores, por confines y por los lejanos rumbos del gran comercio.

El cuerpo del Imperio

En el extremo sudoeste, el *limes* de Cirenaica protege el Imperio contra el ascenso de los nómadas que caracteriza la época, tanto al oeste como al este del África blanca. Egipto, granero del Imperio de Oriente, es también un paso esencial desde el Mediterráneo, al que se asoma al gran puerto de Alejandría. Domina el acceso al mar Rojo, vía hacia el golfo Pérsico, flan-

queado por el reino de Axum (Etiopía) y el de Himyar (Yemen). Por otra parte, abre el camino, Nilo arriba, hacia el África sudanesa y su oro. En el otro extremo, se encuentra otra tierra de trigo y de oro, Tracia, entre el Danubio, única vía fluvial propiamente dicha del Imperio de Oriente, y el mar, al que se abren Constantinopla o Tésalonico. Desde el siglo IV, y posteriormente, los invasores atraviesan Tracia en las dos direcciones, y sobre todo por la ruta que cruza, de Filópolis (Plovdiv) a Andrianópolis, el valle de Marica, en tanto que la ruta que costea la margen derecha del río sigue siendo, hacia el noroeste, la gran vía de comunicación terrestre con el Imperio de Occidente.

Las provincias de Oriente se encuentran entre estas dos avanzadas, la africana y la balcánica, pues la Grecia peninsular duerme todavía, en el momento en que comienza nuestra historia, el sueño provincial en que la ha sumido la conquista romana, solo animada por la actividad intelectual de Atenas, adonde los jóvenes llegan de lejos a hacer sus estudios. Un Oriente compuesto por países muy diferentes por el relieve, el clima y la civilización. Palestina linda con Egipto por la poco perceptible transición entre la costa y el desierto: de Pelusio a Gaza, y a las pequeñas aldeas del *limes* de Palestina, muy activas en los siglos V y VI, el calendario y las medidas son las mismas. Las caravanas cruzan el desierto oriental de Egipto y se adentran en él hacia el sur, hasta la extremidad del Sinaí. Una ruta costera une las viejas ciudades portuarias de Palestina y de Siria, de Ascalón a Antioquía, por Tiro, Beirut y Laodicea. Otra, paralela, desde Homs y Damasco hasta Aila (Eilath), arranca al borde del desierto sirio desde las ciudades a las que llegan, al oeste, los desplazamientos agresivos o comerciales de los nómadas. Los itinerarios de estos últimos son fluctuantes. Palmira y Petra han ido a menos, Bosra, Gerasa, Resafa conocieron sus mejores días antes del siglo VII.

Un tercer eje norte-sur se sitúa entre los dos precedentes. Jerusalén comienzan a partir del siglo IV a atraer desplazamientos humanos. Pero, en Siria del norte, la ruta entre Homs y Antioquía pasa por Apamea; después, a partir de Antioquía, se perfila otra transición, en este caso doble. Hacia la costa, Antioquía está situada en el punto en que acaba el macizo boscoso de Tauro, guarida de los salteadores isáuricos, cerrojo del Asia Menor. La ruta, en efecto, deja la costa en Laodicea, para alcanzar Antioquía, situada no lejos de la desembocadura del Orontes, y no vuelve a seguirla hasta después de Tarso. Antioquía no es solamente el punto de encuentro de las rutas locales de la Siria del norte, conjunto de cuencas y de colinas, región productora de aceite de oliva, sino también el término occidental de la ruta hacia Edesa y Nísibe, y hacia Mesopotamia. Por esto, no puede asombrarnos encontrarla constantemente en el transcurso de la historia.

El Asia Menor es una segunda pieza, compleja, del Oriente romano bizantino. Hasta Constantinopla es una costa dentada, salpicada de ciudades activas, unas en la época bizantina, como Atalia (Andalia), otras desde la Antigüedad, como Éfeso o Esmirna. La costa del mar Negro, con Sinope y Trebisonda, contrapartida, no desempeñará un papel verdaderamente importante hasta los últimos siglos del imperio, y en otra coyuntura. Lo que llama la atención al contemplar la historia de Bizancio es la importancia del interior, a pesar de unas condiciones naturales difíciles. Es que las montañas boscosas de Panfilia y Pisidia, en medio de las cuales se hunden algunas llanuras, y toda la meseta de Capadocia, se pueden definir como un territorio capital en el plano estratégico y comercial. La ruta que va de la capital, o más exactamente, de Nicomedia y Nicea, hasta las estribaciones armenias del Cáucaso y el valle del Araxes, es una espina dorsal en la historia de la región. Sebaste es su punto de cruce con la ruta del mar, por Cesárea de Capadocia, y

con la de Mesopotamia, por Melitene (Malatia) y Edesa (Urfa). Se alcanzan entonces las fronteras del Imperio Romano de Oriente, constantemente en peligro, disputadas al Imperio Persa hasta la caída de este en el siglo VII. Por un lado, los países caucasianos, Armenia e Iberia, puertas de la estepa o de los accesos al Caspio, al Azerbaidján, y a una de las grandes vías de entrada al Extremo Oriente. Por otro, la vieja y rica planicie que se extiende entre el Éufrates y el Tigris, donde están establecidas Calínico, Edesa, Amida, Nísibe, objeto de codicias seculares y rivales de Roma y de Persia. Pero, llegados a este punto, los ejes de las rutas no llegan a definir el dominio de nuestra historia. Hay que añadir otro apartado: los pueblos, las lenguas, las civilizaciones.

La lengua griega siguió en Oriente a la conquista de Alejandro, sobrepasando entonces sus antiguos emplazamientos, Grecia y sus fronteras tracia y macedónica, las islas y las grandes ciudades de la costa del Asia Menor. Antioquía y Alejandría son las fundaciones más ilustres de esta expansión. Por consiguiente, se puede decir que, en principio, la influencia del griego y del helenismo disminuye de la costa hacia el interior, así como también de la ciudad hacia el campo. El latín se superpondrá con la conquista romana, como atestiguan numerosas inscripciones. Pero estaba condenado a decaer en un cierto lapso, por la división del Imperio en dos, naturalmente con más rapidez en Oriente que en Iliria. En el siglo VI el griego se convirtió en la lengua del Imperio y de la ortodoxia. Pero lleva aún la carga de la romanidad, pues el latín se conserva como lengua jurídica y administrativa. Además, desde el comienzo de la historia de Bizancio, el Oriente se caracterizó por el vigor de las lenguas ya escritas.

El copto es la forma que toma entonces la antigua lengua de Egipto, con su alfabeto derivado del griego[1]. El hebreo de la Palestina judía subsiste como lengua de cultura, penetrado por lo

demás por términos griegos y abierto a una lengua vernácula próxima, el arameo, que asegura particularmente la comunicación entre las comunidades judías de Palestina y las de Irán, muy importantes. Más al norte, una vasta región sirio-mesopotámica escribe, al menos desde finales del siglo III, el siriaco, dialecto del arameo, practicado tanto en medios cristianos como en medios judíos, a una y otra parte de la frontera política. En la misma época, el árabe aún no ha conocido más que algunos alfabetos de reinos sedentarios aparecidos en los actuales territorios de Jordania y Yemen. Por último, en el extremo noroeste, el antiguo reino de Armenia, codiciado siempre por Roma y por Persia, recibe de Capadocia, a finales del siglo III, la religión cristiana y encuentra hacia el año 400 un alfabeto para su lengua. En resumidas cuentas, el siriaco y el copto sobre todo constituyen, en el interior del Imperio de Oriente, vigorosas unidades, no solamente lingüísticas sino también culturales, que no coinciden con las fronteras políticas y que difunden en el medio oriental influencias helénicas; no obstante, estas unidades son al mismo tiempo otras tantas disidencias o, por lo menos, insularidades, en primer lugar bajo la forma, a partir de entonces dominante, de la confesión religiosa. La cristiandad siriaca, una vez más la más importante de estas comunidades, dará un ejemplo secular desde el concilio de Calcedonia (451). Además, existe una indiscutible relación entre la precocidad de la escritura vulgar, vernácula, y la del triunfo de la cristianización. Se verá claramente en la misión armenia, y se verá de nuevo más tarde en el caso de la misión eslava. Pero el entramado social y cultural de las lenguas desdibuja el trazado demasiado lineal de los territorios: el siriaco es hablado a las puertas de Antioquía y en la misma ciudad en el siglo IV; Juan Crisóstomo, que emplea el griego, observa un día de gran fiesta la presencia de campesinos que no le comprenden; el discurso de Libanios, el retórico portavoz de la ciudad, es exclusivamen-

te helénico. En Jerusalén se reza en las lenguas vernáculas de Oriente. En Palestina, los doctores judíos discuten en hebreo, hablan arameo y entienden el griego. Por otra parte, el griego y el hebreo se mezclan en las inscripciones judías del país. En contrapartida, las de la sinagoga de Sardes, del siglo IV, están en griego, y muchas comunidades utilizan en sus oficios la traducción griega de las Escrituras, llamada de los *Setenta*, que Justiniano querrá imponer a todos.

Pero como acabamos de recordar, este mundo, en la diversidad de sus lenguas, es también un mundo de lo escrito. Y las formas de lo escrito son tan variadas como sus funciones. La ciudad practica asiduamente hasta principios del siglo va la antigua costumbre de las inscripciones, sobre piedra o en mosaico, de decisiones legislativas, aclamaciones, lápidas sepulcrales, consagraciones de iglesias, límites de dominios o aldeas e, incluso, listas de contribuyentes: una palabra múltiple, por lo general, aunque no únicamente, en griego, y no solamente en las ciudades sino también en los campos alejados. ¿En beneficio de quién? La pregunta no puede ser respondida todavía. De todas formas, el número de textos que podían ser leídos hace suponer una cierta alfabetización; a partir del siglo VIII se ha observado que el número de inscripciones es bastante limitado y su contenido considerablemente diferente, de lo que se infiere un cambio cultural a este respecto en los territorios que seguían siendo bizantinos. Posteriormente, el papiro, fabricado con las fibras de las largas hojas de la caña del mismo nombre, se emplea en el trabajo de los despachos administrativos y de las oficinas notariales, en la correspondencia y en las contabilidades privadas o monásticas. Lo produce Egipto, donde crece la planta, y donde constituía ya un monopolio real en la época helenística. Egipto ha legado millares de documentos de la época bizantina, conservados gracias a su clima seco. Algunas piezas provienen también de Constantinopla, y de un importante hallazgo hecho

en una aldea del sur de Palestina, Nesana. Se aprecia en ellas la escritura cursiva empleada en los negocios y contratos, los procedimientos de medida, la manera de efectuar las cuentas y sus operaciones, variables de una a otra región, según las tradiciones. Desgraciadamente, este frágil material apenas ha sobrevivido en el Imperio de Oriente. Por otro lado, en el curso de esta primera época, el papiro es ya sustituido, para la reproducción de libros, por el pergamino, la piel de carnero especialmente preparada «a la manera de Pérgamo» (*pergamenum*). El libro acaba de adquirir en los siglos IV y V la forma con que lo conocemos hoy, la de *codex*, conjunto de hojas encuadernadas. Pero su escritura es aún poco propicia para la reproducción fácil y rápida, por lo que conservamos relativamente pocos manuscritos de la época. Esta forma de escritura solo puede alcanzar una circulación limitada, en el seno de una élite de poder y de saber, lo que no plantea ninguna dificultad, ciertamente, para tal obra historiográfica, o tal tratado dogmático, ni tampoco para los textos escriturarios destinados a la lectura pública en la iglesia. Pero ¿qué relación se puede establecer entre lo escrito y lo oral en caso de obras tan ampliamente apreciadas como auténticas, concernientes a reputados santos? La cuestión sigue sin tener una respuesta.

Además, el discurso pronunciado no es el habla corriente, como se sabe, pues permanece fiel tanto a las reglas de la retórica como al selecto lenguaje de los clásicos, que los jóvenes estudian en la escuela. En esta forma, pues solo conservamos el testimonio escrito, el discurso oral conserva, en el umbral de nuestro período, la antigua importancia de su función urbana. Las ciudades tenían tradicionalmente su retórico, portavoz y al mismo tiempo profesor de elocuencia. Este personaje está muy definido en el siglo IV, y Libanios de Antioquía, muerto hacia el 393, es un ejemplo perfecto de él. Pero pasa a un segundo plano, aunque sin desaparecer aún, en el siglo V, cuando surgen

Procopio de Gaza, bajo el reinado de Anastasio, y Coricio de Gaza, bajo el de Justiniano. A partir del siglo IV, la función del discurso público pasó en parte a los obispos de las ciudades, procedentes del mismo medio, con la misma formación clásica. Y con esta forma, se marchita en el siglo V.

A las puertas de la Romanía

En el 395, el Imperio de Oriente se encuentra frente a países cuyo desarrollo político es muy desigual y cuya historia se está haciendo. Los grandes rasgos de esta situación inicial, que siguieron en vigor hasta los cambios geopolíticos del siglo VII, se prolongan más directamente hasta alrededor del 460.

En primer lugar está la cuestión de los imperios. Pues el Imperio Romano de Oriente no solo está en relación con el Imperio de Occidente, y recíprocamente, sino también con el inmenso Imperio Persa, que se extiende de la Mesopotamia a la India y del Caspio al golfo Pérsico, y es el único Estado bárbaro que Bizancio acepta reconocer como semejante, sea en condición de adversario, sea en condición de interlocutor. Se vuelve a encontrar allí, en efecto, un soberano altísimo, una Iglesia de Estado, subsistencia de la antigua religión zoroástrica, una administración y una cultura escrita, ciudadanos y grandes propietarios y una moneda que circula fuera de sus fronteras. Las ciudades de la Mesopotamia son ocupadas y recuperadas alternativamente por las dos potencias, pero también el reino de Armenia, cuyos límites y libertades oscilan a merced de los conflictos, y que ya apoya su personalidad política sobre una Iglesia nacional. Otros reinos se interponen también entre Bizancio y la desembocadura del mar Rojo en el océano índico: el reino etíope en tierra africana, convertido al cristianismo en el siglo IV por una misión llegada de Alejandría, con el Yemen delante, en el ángulo meridional de la península arábica, estado

urbano y comercial cuya misión llegó de Etiopía en el siglo IV. Y finalmente, en el frente de la estepa siria, los árabes nómadas, organizados en confederaciones de tribus, agrupados alrededor de un jefe, unos a favor de los persas conducidos por los lajmíes, otros a favor de Bizancio dirigidos por los gasaníes.

Los primeros movimientos, que prolongan los del siglo IV e incluso los del III. se producen en los Balcanes. Las relaciones territoriales con el Imperio de Occidente incluyen los países danubianos y, muy especialmente, el problema germánico. Los godos habían franqueado la fatídica barrera del Danubio, en el año 376, procedentes de Ucrania, donde eran acosados por los hunos. Hambrientos, atraídos por la prosperidad y la seguridad de las provincias imperiales, acudieron en tropel a Tracia, donde compatriotas, vendidos antaño como esclavos, y tránsfugas les habían ayudado, principalmente revelándoles los escondrijos del trigo. En el 378 alcanzaron Andrinópolis, consiguiendo una victoria en el sitio en que, cosa inaudita, el emperador Valente, responsable de Oriente, encontró la muerte. Durante todo el final del siglo, soldados, bandoleros o agresores pulularon por la región, y hasta Constantinopla, junto con otros germanos. Pero en el año 400, los godos del jefe Gainas, presentes en la capital, son exterminados y, al año siguiente, el gobierno consigue desviar al jefe Alarico hacia Italia, liberando así la Iliria bizantina. Sin embargo, esta permanecerá en peligro durante todo el siglo V, hasta el momento en que el ejército y los mismos medios allegados al emperador acogen a los guerreros germánicos.

La migración de los hunos tiene un significado diferente. Sus controvertidos orígenes se sitúan en todo caso en esa reserva del Asia Central de donde surgen a lo largo de los siglos, con travesías y fortuna variables, otros pueblos de jinetes que aparecieron más lejos, avaros, búlgaros, magiares, turcos, mongoles. Lo que la arqueología deduce de su cultura material mani-

fiesta aportaciones siberianas, iraníes y helenísticas. En el 370 están a orillas del Volga, que dejan atrás en el 375. Su expansión en Ucrania y el bajo Danubio se realiza en detrimento de los godos que se encuentran allí. Avanzan en varias direcciones: hacia el oeste, llegando a Panonia (la actual Hungría) en el 405; hacia el sur, con una trayectoria a través del Cáucaso que atañe a la vez a Bizancio, Persia y, entre ambos, Armenia; y, finalmente, hacia el Extremo Oriente, donde se hallan los heftalitas, en los confines de Persia y la India, un reino atestiguado por sus monedas. Como todos los bárbaros en movimiento en esta época, los guerreros hunos sirven como mercenarios a Bizancio, a Persia e incluso a Armenia, o, lo que es más frecuente, se dedican al saqueo. Sus incursiones en las provincias bizantinas del Asia Menor, desde los últimos años del siglo IV y durante la primera mitad del V, les proporcionan prisioneros a los que liberan a cambio de tributos que Bizancio acepta pagarles a partir del 430. En consecuencia, su civilización progresa. Su dominio se estabiliza a partir del 420, especialmente sobre el Danubio medio, y toma la forma característica de un Estado fundado sobre el cobro de tributos, sistema que alcanza con Atila su apogeo entre el 435 y el 453, año de su muerte. En el 449 recibe una embajada de la costa bizantina, uno de cuyos miembros, Prisco, dejó una descripción de la residencia de madera, de la etiqueta de la comida real y de su propio viaje por el país sometido a los hunos, en que el interés llega a menudo a la admiración. En el dominio persa, otra rama de los hunos combatirá al servicio de Armenia en el 452. Hacia finales del siglo, vuelve a hacerse la oscuridad sobre ellos, ocultando a los sosegados «romanos» el lento avance de tormentas más violentas.

UNA FACHADA ANTIGUA Y SÓLIDA

Este territorio, tan diverso por sus paisajes y por sus hombres, es un espacio económico, social y político cuya organización se articula según tres formas muy antiguas: la *polis*, ciudad y territorio al mismo tiempo, la primera dominando —y atrayendo— al segundo; la aldea (*komé*), hábitat agrupado y terruño a la vez pero a una escala más reducida, sobre todo diferente, y, en su conjunto, campesino; y, por último, el desierto, el «espacio vacío» (*eremos*). La historia social de Bizancio aparece constituida, pues, por las relaciones entre estas formas, hasta los cambios que tienen lugar en el siglo VIII, pero, fundamentalmente, hasta el umbral ya mencionado del 460. Aún está por decidir nuestro modo de enfocar el tema. ¿Habrá que partir, como sin duda lo haríamos espontáneamente, del conjunto de cuestiones económicas, medios y agentes de la producción, productos, intercambios, estilo de las variaciones coyunturales, todo ello lo bastante familiar como para que las respuestas, sean cuales sean, parezcan la introducción más directa a la comprensión de una sociedad tan remota, y de su evolución? O, por el contrario, ¿habrá que considerar en primer lugar el sistema político y cultural, es decir, los poderes, la ideología, los medios de comunicación, las costumbres de la vida material? Es evidente que cada una de estas instancias remite a la otra. Sin embargo, parece aconsejable empezar por la segunda, porque la red del poder imperial y de su administración, la ciudad convertida en urbe provincial, la aldea rural, el desierto pronto poblado de monjes, se ordenan en este caso como niveles siempre presentes del pasado, para constituir una estructura social cuya historia se sigue en el curso de este primer período de Bizancio: una historia que solo podremos leer y comprender a través del entramado secular de sus continuidades.

La cabeza

A escala de todo el territorio, y en el nivel histórico más reciente, se encuentra el poder del emperador en su capital. Él es la cabeza del ejército y del aparato administrativo, además de la fuente de la legislación, a través de los juristas. Estas competencias, fácilmente inteligibles para nosotros, son de hecho una aplicación práctica de la definición fundamental del emperador, elaborada a partir de Augusto sobre teorías griegas y modelos orientales, ya intuida en realidad por Sila y César, enriquecida por las ideas estoicas y completada de manera decisiva en el siglo IV por la cristianización. El emperador encarna en todo momento la salvación presente y futura del Imperio y, por tanto, del orden universal, ya que el Imperio es considerado, legítimamente, el imperio del mundo. Es portador, en consecuencia, de la victoria militar. Preside los concilios de la Iglesia y castiga como crímenes las faltas a la ortodoxia o a las normas que esta define: el orden imperial es, en efecto, desde Constantino, un orden cristiano. Es la fuente de Ja ley, elaborada por su círculo de legistas. A este respecto, el gran acontecimiento del siglo V es la promulgación, en el año 438, del *Código Teodosiano*, recopilación puesta al día de las constituciones imperiales del siglo ni, y, sobre todo, del IV; una recopilación exclusivamente latina, que será sustituida en el Imperio de Oriente por las ulteriores codificaciones justinianeas. En una palabra, el emperador es el símbolo viviente del sistema que ordena el mundo. Marfiles, medallones, monedas y estatuas difunden su imagen, concebida a partir de un repertorio antiguo, inspirado en parte en el vecino persa y enriquecido finalmente por la cristianización.

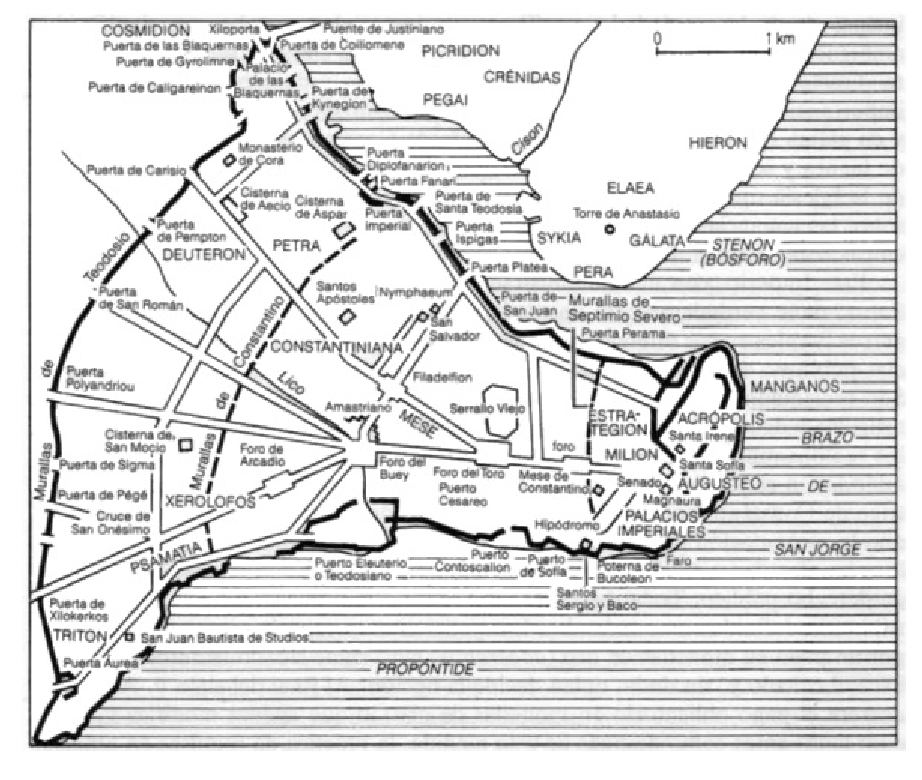
El servicio tanto de su persona como de su vida conyugal y familiar está asegurado por eunucos que ejercen una influencia política directa en las rivalidades y las intrigas que le rodean. La sucesión está justificada al mismo tiempo por la filiación y por la victoria, dos principios inevitablemente contradictorios, hi-

los conductores de la historia bizantina. A ello se añade la aprobación del ejército y de los órganos centrales, como el senado. Ciertamente esto no sucede así durante la primera mitad del siglo V, ocupada, tras la muerte de Arcadio en el año 408, por el reinado de su hijo Teodosio II, hasta el año 450, puesto que los vínculos entre las familias imperiales de Oriente y de Occidente son aún patentes. Por otra parte, hay que reparar también en el papel desempeñado por las mujeres imperiales: la primera, Eudocia, esposa de Arcadio, y la segunda, esposa de Teodosio II, tienen un poderío a la medida de sus maternidades. Por el contrario, la hermana mayor de Teodosio II, Pulquería, hace voto de virginidad en el palacio y recibe su primer cometido al advenimiento de su joven hermano, después entra en conflicto con su cuñada y, finalmente, transmite el Imperio al general con el que se casa en el ocaso de su vida, Marciano (450-457). León I, sucesor de este último, es el primer emperador coronado por el patriarca de Constantinopla. La ceremonia, evidentemente, nació de la ausencia, en este caso, de cualquier transmisión familiar o conyugal. Pero está muy en la línea de la teoría imperial y se convierte, pues, en un elemento obligado de la entronización.

Qué duda cabe que a partir de ella el nacimiento de Constantinopla revista también un carácter simbólico. La historia ha demostrado hasta qué punto fue acertada la elección del emplazamiento, teniendo en cuenta la red de rutas norte-sur y este-oeste por tierra y por mar y, fundamentalmente, las necesidades estratégicas. Se ha observado igualmente que la partición del Imperio correspondía a la superposición de civilizaciones cuyos estratos residuales no podía borrar la conquista romana. Además, el poder imperial, acostumbrado a estancias en Milán, Tréveris, Arles o Antioquía, según las necesidades de la guerra, habría podido desear abandonar la vieja Roma, sede de Pedro, es cierto, pero también de una aristocracia senatorial demasia-

do marcada por la herencia histórica de la ciudad. Todo esto es verdad. Pero es importante subrayar desde un principio que la Nueva Roma nace de un traslado de la antigua. La minuciosa reproducción del emplazamiento, con las siete colinas, la división en regiones y los principales edificios, transfiere a las orillas del Bósforo la eternidad de Roma, tan esencial como la victoria perpetua del emperador. En una sociedad como esta, la capital no es simplemente la primera ciudad sino, ante todo, el corazón del poder imperial en su inmutable duración. Sin embargo, la Nueva Roma, oriental y cristiana, será diferente. El senado, reclutado entre los notables de las municipalidades de las provincias, no igualará jamás la altura aristocrática y cultural del senado romano de la misma época, ni su voluntad de poder. El emperador y su pueblo quedan aquí cara a cara, sin intermediario político. EL emperador vive en su palacio, lugar ceremonial cuya importancia no cesará de crecer. Aparece ante el pueblo en su palco del hipódromo para presidir las carreras de caballos celebradas bajo los auspicios de los cuatro colores, blanco, rojo, azul y verde, los dos últimos los únicos atestiguados normalmente. El hipódromo es la imagen del mundo y de su orden, y sus victorias los signos del destino. El emperador oye allí los clamores, incluso despacha determinados asuntos, y a veces ejerce una justicia expeditiva. Por su parte, las iglesias, sobre todo la de los Santos Apóstoles, donde está sepultado Constantino, componen con sus advocaciones el programa de la capital cristiana. En cuanto al pueblo, hereda el antiguo privilegio del pan a bajo precio o gratuito, vinculado a la posesión de un inmueble en la ciudad. Constantinopla cuenta también con casas de una gran opulencia, cuyo lujo inspira los sermones de predicadores como Juan Crisóstomo, así como los relatos de los provinciales. La ciudad se poblará rápidamente y Teodosio II construye una segunda muralla después de la de Constantino. Pero en el espacio intermedio, la población sigue crecien-

do. Finalmente, la Nueva Roma posee el mismo dispositivo administrativo y fiscal que la antigua, a cuya cabeza está el prefecto de la ciudad.



Plano de Constantinopla.

Los medios

El ejercicio del poder imperial en las provincias se define ante todo por la exigencia de la fiscalidad. Probablemente haya sido en el año 297 cuando entró en vigor una reforma fiscal que, al parecer, retomaba los viejos dispositivos de las monarquías helenísticas, en el marco del aparato administrativo emanado del Imperio. Las recaudaciones fiscales proceden fundamentalmente de la tierra, gravada según su condición: viñedo, olivar, sembrado, pasto y maleza siguen un orden de valor decreciente, según un cálculo de la superficie *(jugatio)*. Los miembros de

la familia, desde la adolescencia a los 65 años, pagan un impuesto personal, la *capitatio* (*caput,* «cabeza»). El conjunto de cálculos así efectuados representa la base tributaria del contribuyente, y las declaraciones son puestas al día cada cinco años. Este sistema perdurará durante siglos, a pesar de las apariencias, pues su solidez corresponde a la prioridad del campo en la producción. El Estado ejerce así un derecho eminente sobre todo el suelo del Imperio, lo que no representa ninguna novedad. Pero este derecho toma tanto la forma de una exigencia fiscal sobre los contribuyentes, como la de una propiedad de las «tierras del fisco» o, incluso, la de la propiedad específicamente imperial: merced a una significativa ambigüedad, en esta época no se hace una distinción clara entre ellas. El impuesto directo sobre el sector de productos artesanales y de servicios no tiene una importancia comparable. En el año 498, Anastasio suprime el impuesto «en oro y en plata» (*chrysargyron*), que gravaba desde Constantino la producción urbana de bienes y servicios. Esta medida es acogida con satisfacción por los portavoces de la Iglesia, que se indignan de que el Imperio deduzca, por ejemplo, un tanto sobre las ganancias de la prostitución. En contrapartida, las cargas fiscales específicas recaían sobre tal o cual categoría de contribuyentes.

Este Imperio, con una administración tan sólidamente elaborada y organizada, no tiene verdaderamente un presupuesto global de ingresos y gastos. Los ingresos fiscales en sus diferentes formas no son más que las respuestas a las exigencias públicas, dictadas en principio por las necesidades del momento y del lugar. Son reclamados en el campo, base del sistema, en forma de granos o de otros artículos y de suministros diversos como vestimenta para el ejército. Deben cubrir los sueldos militares y los salarios del palacio o de la función pública en los que intervienen raciones y provisiones, y, finalmente, contribuir al abastecimiento de trigo de Constantinopla y, al parecer, de Ale-

jandría. Pero es esencial comprender que la presentación de reclutas para el ejército, al igual que la remonta de caballos, se efectúan a título de impuesto, y no constituyen una obligación diferente de derecho público. Todas las exigencias se reparten, pues, en función de la base tributaria definida como más alta. Las peticiones en especie se pueden conmutar por un pago en monedas de oro (*adaeratio*), pero sigue siendo la autoridad quien hace el cálculo y, sin duda, quien decide la opción. Al final del siglo V, Anastasio decreta el pago obligatorio en monedas de oro, lo que apenas modifica la realidad: tanto antes como después de esta medida, la práctica de requisas en especie, la ausencia de una verdadera libertad de conmutación o las compras que la autoridad efectúa a un precio arbitrario (*coemptio*), constituyen otros tantos excesos de la carga fiscal oficial, fácilmente ordenados a todos los niveles. También es una práctica normal, a despecho de reiteradas ordenanzas, el sobrepasar el importe fijado para los honorarios de los jueces. La función fiscal, en todas sus formas es, pues, siempre la máxima, mientras que los cargos son venales y con una responsabilidad financiera ante el Estado: el sistema ofrece una perfecta coherencia.

La ausencia de presupuesto, en el sentido moderno de la palabra, explica igualmente otro aspecto de la fiscalidad de la época: la institución de tareas obligatorias a manera de impuestos, por medio de las cuales el Estado se asegura determinados servicios públicos según categorías apropiadas de contribuyentes. El sistema afecta al campo, donde los campesinos sirven, a título de prestación de interés público, al mantenimiento de los caminos, por ejemplo. Pero concierne sobre todo a las ciudades, y fundamentalmente a los gremios, los colegios, de los que se hablará más adelante. El abastecimiento de trigo de Roma, cuya organización se reproduce en Constantinopla, proporciona el ejemplo clásico. Desde los armadores hasta los panaderos, pa-

sando por los descargadores y los pescadores, toda la cadena es gratuita y fiscal. Es el resultado de una responsabilidad colectiva de las personas y, sobre todo, de las fortunas de las asociaciones, que se encargan de los repartos individuales difíciles. En contrapartida, otra característica de este sistema fraccionado es que a toda carga corresponde un privilegio, y a toda obligación específica una exención de la obligación normal, una inmunidad. Tal es, por ejemplo, la situación de 1000 establecimientos pertenecientes a la Gran Iglesia de Constantinopla, que deben prestar el servicio de pompas fúnebres de la capital. Pues la inmunidad es de ahora en adelante una de las claves de las relaciones entre el Imperio y la Iglesia.

El ejercicio práctico del poder soberano está asegurado, por otra parte, por una administración y un ejército. Al inaugurar el poder personal, Augusto había superpuesto una administración aún patrimonial o, por así decirlo, privada, a la red de funciones de la república senatorial. El sistema administrativo y burocrático está claramente establecido a finales del siglo I, pero sufre en el siglo III diversas modificaciones, que se prolongan lógicamente en el siglo IV. Llevará siempre las huellas de su historia. En la época de la que nos estamos ocupando, presenta un entorno imperial y oficinas centrales por un lado, y ramificaciones provinciales por otro, en el ámbito de las diferentes circunscripciones administrativas. Esto da la medida de la importancia, no solo de la red de caminos, cuyo trazado es una antigua herencia, sino del servicio de correos (*cursus publicus*) que salpica las rutas de postas (*mansiones*), cuyo uso, muy codiciado y a menudo usurpado, está reservado en principio a los funcionarios y a los obispos en sus desplazamientos en virtud del cargo, así como a los portadores de mensajes oficiales. El mantenimiento de las rutas y el aprovisionamiento de caballos de posta constituyen, pues, una carga fiscal de gran importancia.

El emperador está asistido por un consejo, que constituye a la vez el tribunal imperial, y del que forman parte, principalmente, su portavoz (cuestor del palacio sagrado), los dos ministros de finanzas, uno encargado del fisco y otro del patrimonio imperial, y el maestro de oficios, también llamado director de las oficinas centrales, estas a su vez especializadas, pero conformando en su conjunto la cancillería imperial, es decir, la transmisión en los dos sentidos entre el poder supremo y su imperio. Se emplea un cierto número de técnicas y de conocimientos, que los jóvenes destinados a estas carreras deben aprender, fundamentalmente, en la Escuela de Derecho de Beirut: derecho, formulario administrativo, escrituras específicas, procedimientos contables. Pero el sistema tiende constantemente a la uniformización y a la total eficacia. Los cargos son retribuidos, pero al mismo tiempo venales, lo cual tendrá importantes consecuencias en la fiscalidad. No hay ninguna distinción entre el dominio del Estado y el dominio imperial. Estas dos observaciones bastan para mostrar que nos hallamos frente a un sistema histórico vivo, y además duradero, ya que volveremos a encontrar su trama a lo largo de toda la historia de Bizancio.

En el ejército del Imperio de Oriente, a principios del siglo V, encontramos dos categorías: las tropas de asalto, *(comitatus)*, mandadas directamente por el poder central, y las guarniciones de provincias y, fundamentalmente, de fronteras. Los documentos en papiro de Egipto y de Palestina, las inscripciones de Cirenaica y de Siria arrojan luz sobre la vida de los miembros sedentarios de estas guarniciones, a menudo en servicio de padres a hijos, que poseían e incluso cultivaban tierras. Así, el Oriente del siglo V conoció un cierto desarrollo de los *limitanei*, o soldados de frontera, cuya tierra está exenta de las obligaciones fiscales comunes, pues el servicio militar es una de esas obligaciones en particular. En contrapartida, el reclutamiento del ejército móvil se hace tanto entre los campesinos, recluta-

dos en virtud de la fiscalidad territorial, como entre los bárbaros, contratados como mercenarios que se pagan con los ingresos de esa misma fiscalidad. La proporción de bárbaros en el ejército imperial es considerable desde mucho tiempo atrás, desde los soldados rasos hasta los mandos supremos próximos al emperador. Los bárbaros combatían con sus propias técnicas y, además, el mismo armamento imperial había recibido la impronta de sus adversarios. El desarrollo de una caballería acorazada, particularmente, ya perceptible en el siglo IV, tendrá, por su eficacia y su coste, consecuencias importantes en la historia de Bizancio.

Desde Constantino, el poder imperial de Bizancio es también la moneda de oro, el sueldo *(solidus)*, cuya estabilidad secular, mantenida hasta el siglo XI, revela una función ante todo política. El sueldo y sus múltiplos, la libra (72 sueldos) y el *centenarión* (100 libras), manejados en bolsas de cuero selladas, servían para pagar los tributos a los bárbaros y las compras en el exterior como la seda —que hace las veces de moneda internacional—, o los grandes gastos como las construcciones, las dádivas imperiales y una parte cada vez mayor de las retribuciones civiles y militares, que comportan también, en principio, una parte de las raciones alimentarias y de los aprovisionamientos. Esta importancia imperial del oro explica la aspereza de las luchas por el control de las minas. El oro de Armenia es el objeto de las guerras entre Bizancio y Persia en los siglos V y VI, aunque el uso monetario interno de la segunda estuviera más bien fundamentado en la plata. Y será tanto más codiciado desde que el oro balcánico, a partir del siglo IV, sea menos accesible a Bizancio por diversas razones. El oro sudanés entra también en el circuito bizantino en el siglo VI, si nos atenemos al testimonio del mercader Cosmas Indicopleustes («el que navega hacia la India»). Pero, sobre todo, el oro es el principal objeto de la exigencia fiscal, la forma privilegiada del ahorro pri-

vado. Los sueldos y los tercios de sueldos figuran en un lugar destacado en los pagos, los tributos, las ofrendas y en todos los gastos que sobrepasan la calderilla cotidiana. Esta última se acuña en bronce, en cobre mezclado con un poco de plata, y se muestra tan viva y sensible a la coyuntura como la moneda de oro permanece inmóvil. La multiplicación de piezas cada vez más pequeñas, en ocasiones cortadas en dos en las primeras décadas del siglo V, indica el auge de las pequeñas transacciones. Pobre y sin otro valor que el fiduciario, la moneda de bronce representa la única elasticidad del sistema. También hay tensión entre el poder, que trata periódicamente de crear una moneda relativamente fuerte para aliviar el circuito del oro, y la masa de usuarios desprovistos de dinero. Entre estos dos polos, el oro y el bronce, la moneda de plata apenas desempeña papel alguno en el siglo V.

EL ABRUMADOR PESO DE LO SAGRADO

Constantino hizo del poder imperial un poder cristiano. La constitución de un dominio propio de la Iglesia, el reconocimiento de una categoría social nueva, la de los clérigos, la delegación en la Iglesia de una tarea pública, específica y nueva también, la beneficencia, su autoridad garantizada por el poder imperial en el campo de la disciplina de una sociedad cristiana, y sobre todo en la definición de los dogmas de fe, tal es el balance conseguido por la Iglesia en el siglo IV. La sumisión a los dogmas se convierte, pues, en un deber cívico y su rechazo en una ofensa al Estado.

¿Qué cristianismo?

A principios del siglo V, el hecho cristiano se manifiesta en diversos niveles. En primer lugar, la difusión de la fe cristiana.

El viejo politeísmo, portador de los valores históricos de la eternidad de Roma, ha sido desterrado. En el 392, es prohibido, y los bienes de sus templos son oficialmente confiscados. El Imperio de Oriente se cristianiza intensamente, en campos y en ciudades, a partir del siglo IV, e incluso del III. Sin embargo, hay pervivencias del paganismo. La ciudad de Gaza, por ejemplo, poseía un templo famoso, el Marneion, y el obispo de Gaza, Porfirio, muerto en el 420, sufrió en los comienzos de su episcopado los asaltos de los lugareños sublevados contra el tributo debido a su iglesia. La *Historia Filotea* escrita por Teodoreto, obispo de Ciro, en Siria del norte (¿393-466?) se refiere aún a la evangelización de una aldea de la región. Los árabes de las fronteras sirias no reciben un obispo hasta el 430. Por otro lado, el hecho de que la élite de la corte y de la función pública profese desde entonces el cristianismo, no impide a muchos hombres cultos adherirse a la filosofía neoplatónica. Justiniano reprimirá todavía, en diferentes ámbitos de la sociedad, la fidelidad, a los viejos cultos y, en el 580, una acusación de «helenismo» afectará incluso al patriarca de la capital. Y es que, en la práctica, la cuestión no se plantea con la falsa claridad de los documentos oficiales, sino en los términos de una continuidad tan oscura como profunda. El viejo calendario, con sus fiestas de Carnaval y sus farándulas, resistirá, tanto en la capital como en el medio rural, a siglos de cristiandad. Los conjuros mágicos contra la angustia de los bizantinos conservaron la nomenclatura de los dioses antiguos. El fervor de todos se destinará progresivamente a los santos, cuya dudosa autenticidad no tenía nada que ver con el lugar que ocupan en la piedad de Bizancio y de los esclavos convertidos. Así ocurre con san Jorge y san Demetrio. Sus atributos, su iconografía y, a veces, sus lugares de culto, repiten los de las potencias honradas anteriormente, pero no se los puede reducir, ni mucho menos, a estos antecedentes: la cuestión es menos simple de lo que se creía a princi-

pios del siglo XX. Sin embargo, está en marcha un movimiento que excluye paulatinamente a los disidentes de la colectividad del imperio o, si se prefiere, que define cada vez más estrictamente los contornos de la romanidad a través de la ortodoxia del *credo*. Esto es cierto en cuanto al politeísmo, a pesar de las resistencias, pero también en cuanto a los judíos, apartados de las funciones públicas y cuyas relaciones con los cristianos se deterioran en la práctica, y, finalmente, en cuanto a las heterodoxias cristianas, algunas de las cuales serán, por otra parte, excluidas del Imperio por el avance del Islam.

El sistema cristiano del mundo y de la condición humana, como se ve en Bizancio a principios del siglo V, es el producto de una historia anterior que, a su vez, debe proseguir. Este sistema, del que trataremos más adelante, es conocido por los sermones de los grandes obispos de las urbes de finales del siglo IV y, sobre todo, por la masa de relatos piadosos y vidas de santos, redactados en su mayor parte en el medio monástico, para la edificación de los fieles y de los propios monjes o para la ilustración de monasterios y santuarios de peregrinación. Sus grandes rasgos proceden de una profunda transformación cultural, operada en el curso del siglo II e incluso del III, contemporánea, pues, del primer auge del cristianismo, pero no constituye, por tanto, una consecuencia evidente del mismo. En primer lugar, nos encontramos con una imperiosa demanda de salvación personal. Desde el siglo II, el Más Allá cristiano había sido descrito por una obra apócrifa, el *Apocalipsis de Pedro*. A finales del siglo IV, monjes sirios ponen en circulación un *Apocalipsis de Pablo*, más elaborado, que inaugura el modelo bizantino, a pesar del inmediato recelo de la jerarquía eclesiástica. No obstante, el tema del otro mundo no es entonces capital en la sensibilidad religiosa de Bizancio. Lo que aparece en primer plano es la multiforme presencia de los demonios, otra herencia del mismo período. A veces invisibles y tan solo sentidos u oídos, a ve-

ces manifiestos en formas apropiadas, perro negro, ratón o «etíope» gigantesco, a veces incluso vistos sin que se les pueda describir, causan los accidentes, la enfermedad, el pecado y ese estado mórbido llamado posesión demoníaca, a través del cual se expresan los conflictos y desgracias de los hombres de esta época. Pero no es necesaria su intervención para que se perciba la precariedad de la existencia humana: las cosechas están amenazadas por las inclemencias del tiempo y las langostas, las poblaciones por las epidemias, el futuro es oscuro, y sus amenazas son a menudo el castigo por faltas colectivas, que es preciso dilucidar.

Es en este punto donde interviene el personaje del mediador, el hombre santo, que puede sanar a los enfermos, aliviar a los lisiados, multiplicar el alimento insuficiente, proteger los campos, revelar el porvenir, por medio de milagros de características similares a las de los del Evangelio. Este poder, masculino salvo insignificantes excepciones, es fruto de un retiro en soledad, en cuyo curso el santo hace la experiencia de una ascesis que le sitúa fuera de la condición humana corriente, por la privación de alimento y de sueño, la exposición al frío, el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con los demonios y, sobre todo, la más estricta abstinencia sexual. Este último punto es también un elemento de la transformación mencionada más arriba, tal vez el más importante: la salvación y la santidad, y en el nivel común el mérito moral, dependerán en lo sucesivo de la privación sexual voluntaria y continua. Estaría fuera de nuestros propósitos tratar de considerar aquí los orígenes de esta evolución, menos simples de lo que parece; pero sus consecuencias culturales y sociales serán de primera importancia. De cualquier modo, los siglos V a VII constituyen el período más hermoso de la historia de estos santos, pues la sociedad en trance de cambio y, por tanto, móvil e inquieta, les confiere una función que, aunque no es institucional, no por ello es menos capi-

tal. El asceta ejerce libremente su mediación en toda la sociedad, desde su aldea o desde el retiro a donde se le va a buscar. Todas las categorías sociales desfilan al pie de las columnas en las que se encaraman los ascetas estilitas como Simeón el Viejo, no lejos de Antioquía, o Daniel, en un arrabal de la capital. La acción benéfica de los santos se ejerce después de su muerte en su tumba, además de ser una de las justificaciones del monaquismo y de su ascesis por medio del retiro al desierto. Estos movimientos son, sin duda, muy complejos en la realidad, y conciernen a la historia social de las formas de organización del espacio del que se habló más arriba.

La exigencia religiosa de la época honra también a los mártires, en sus tumbas verdaderas o supuestas, de los que se espera los mismos beneficios, y cuyas fiestas son ocasiones para una sociabilidad que abarca un radio más o menos amplio. Más adelante, la devoción colectiva tendrá otros destinatarios más, María sobre todo, hacia finales del siglo VI. Todo esto señala, en el umbral de la historia bizantina, los elementos a la vez esenciales y duraderos de la conciencia colectiva de arriba abajo de la escala social. Cuando el emperador Anastasio consulta al estilita Daniel, cuando Procopio, el gran historiador del siglo VI, compone un panfleto confidencial contra su amo Justiniano donde le atribuye una naturaleza y unos poderes demoníacos, salta a la vista que las creencias que acabamos de describir no conocen de ningún modo las barreras sociales o, si se prefiere, culturales, que supondría nuestra razón moderna.

En pos de la creencia, las modificaciones seculares normalmente asociadas a la cristianización afectan a la disciplina sexual, conyugal y familiar, ya esbozadas en el siglo II. El discurso de san Pablo, que coloca la virginidad en el primer lugar de su escala de valores, seguida de la castidad y el matrimonio, expresa una corriente que vuelve a encontrarse en la cultura imperial de su tiempo, y no en la del judaísmo rabínico, dominante a

partir del mismo siglo II. La elección de la virginidad, el rechazo de las segundas nupcias, la ruptura de las relaciones conyugales consentida por los propios cónyuges, la práctica del matrimonio espiritual, donde estas relaciones se consideran ausentes desde un principio, así como las opciones ascéticas que parecen haber gozado de favor en el siglo IV e incluso en el V, y que no implican abandonar un marco social ni, fundamentalmente, la familia. No obstante, la Iglesia la vigila con inquietud, pues prefiere la elección, claramente expuesta, de matrimonio o retiro, que impondrá paulatinamente a lo largo de los siglos. Así pues, condena violentamente los matrimonios espirituales y tiende a constituir a las vírgenes en grupo en última instancia mantenido por la beneficiencia, como en el caso de las viudas, definidas canónicamente como tales cuando, alcanzada la edad de sesenta años, se considera que su estado es definitivo. Por otro lado, la multiplicación de solitarios y de comunidades de monjes es también una expresión de abstinencia sexual. Pero esta abstinencia plantea tantos problemas que volveremos a hablar de ella más adelante. La Iglesia es parte de su época, una época favorable a la opción del celibato pero que, por otro lado, estrecha los lazos de la familia. Sin duda, la diferencia a este respecto, entre la relativa libertad romana y las costumbres del Oriente imperial, es antigua. La formulación cristiana se afirma en todo caso sobre dos puntos: la constitución del vínculo matrimonial y los impedimentos del matrimonio. La necesidad de la bendición nupcial no llegará a ser de derecho en Bizancio hasta el final del siglo VIII, y la libertad de divorcio de la ley romana se desvanecerá lentamente, pero sin desaparecer jamás. La creciente validez de la petición de mano, testimonio de una influencia oriental, y quizá más concretamente judía, junto con su precocidad, especialmente en cuanto a las jóvenes, manifiestan sobradamente la importancia social de las alianzas. La elaboración de impedimentos a causa de la consanguinidad, la

alianza o el bautismo están en el mismo orden de cosas. La sociedad del Imperio de Oriente parece haber tenido, en el punto de partida de nuestra historia, una tendencia a superponer los lazos de la alianza a los del parentesco, es decir, al matrimonio de primos carnales. La vigilancia de la Iglesia supera poco a poco los impedimentos enunciados sobre el particular en el Antiguo Testamento, y el legislador le da la réplica. La extensión de las prohibiciones proseguirá hasta finales del siglo X, que marca el límite del sistema: al fin y al cabo, tanto la infracción como la regla tienen el mismo sentido de fortalecimiento del parentesco como célula social. Es mucho menos evidente, por otra parte, que la moral conyugal haya sido modificada directamente a principios del siglo IV. El giro a este respecto se revela en todo el Imperio a partir del siglo II; además, la condición femenina en tierra griega o helenizada no es, no fue jamás, la de la mujer romana, aunque los sermones de Juan Crisóstomo lo puedan sugerir.

¿Y qué Iglesia?

La cristianización significa que la Iglesia define en la sociedad un grupo sumamente complejo y, por otra parte, que se establecen relaciones de derecho público entre la institución eclesiástica y el poder imperial. A principios del siglo V, la Iglesia de Bizancio presenta ya los grandes rasgos de su organización definitiva. Hace suya la división administrativa del Imperio: en las ciudades, obispos, en las capitales de las provincias, un metropolitano. En el año 381, el concilio de Constantinopla trazó el primer esbozo del sistema de patriarcados, que acabó por reconocer dignidad eminente a las cinco sedes de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén, en razón de su lugar en la historia cristiana y, a la capital, su dignidad imperial. Cada una de ellas tiene bajo su jurisdicción una región del

Imperio. El sistema será confirmado por el concilio de Calcedonia que, en el 451, sitúa a Roma y a Constantinopla en pie de igualdad, y plenamente elaborado en el siglo VI. El patriarcado de la capital se llama «ecuménico» («universal») y, más tarde, desempeñará un papel político y diplomático primordial. Los obispos tienen su sede en las ciudades. Sus subordinados, los *jorepiscopoi* u obispos «de la campiña», se encargan de esta y, en particular, de las aldeas más importantes. Después, los sacerdotes están al cuidado de las iglesias de las ciudades y los pueblos… Aparecen en las inscripciones y en otras partes como ciudadanos ilustres. El sistema episcopal se extiende incluso a los nómadas: en el 430 se crea un obispado de los «sarracenos» en el límite del desierto. La clericatura, como categoría de derecho, comprende igualmente a los diáconos, los subdiáconos y los lectores. También se pueden incorporar a este medio las vírgenes y las viudas, a las que nos referimos más arriba. Las tumbas provinciales muestran como diaconisas a viudas madres de hijos adultos.

Todo esto constituye la Iglesia de los clérigos, urbana o aldeana. ¿De qué vive? El problema de los bienes de las iglesias, de los bienes personales de los clérigos y de las relaciones entre ambos no ha dejado de plantearse desde que Constantino reconoció la personalidad moral de los establecimientos eclesiásticos. Muchos teóricos de la Iglesia deseaban que los sacerdotes no tuvieran actividades lucrativas y vivieran por y para su tarea, como sucediera antaño en el caso del sacerdocio del Templo judío: las *Constituciones Apostólicas*, escrito utópico del siglo V, desarrollan aún más esta idea. De hecho, las leyes del siglo IV, así como las lápidas funerarias de las provincias bizantinas, dan cuenta de que los sacerdotes, y aún más los diáconos, ejercían a menudo un oficio. En lo referente a las iglesias, a partir del siglo IV tienen bienes y rentas, como, sin duda, el patrimonio de los templos del Asia Menor, pero, sobre todo,

constantemente, donaciones en inmuebles, dinero y rentas que hacen los fieles, desde el emperador al campesino, y que las iglesias exigen, al menos implícitamente, por la mediación religiosa, la salvación esperada y la gracia recibida. La *Vida de Olimpia*, debida a Juan Crisóstomo, celebra la fabulosa fortuna, en dinero e inmuebles, que esta mujer, que escogió el celibato y el estado de diaconisa, legó a la iglesia de la capital. Esta poseía, por ejemplo, centenares de tiendas de artesanías; la Iglesia de la Resurrección de Jerusalén poseía inmuebles de renta en la ciudad. En el siglo VI, el patriarca de Alejandría arma barcos comerciales. Las iglesias de aldea se encuentran, en menor escala, en las mismas condiciones, pero puede ocurrir que sean privadas, si la aldea en cuestión está situada en un dominio, caso frecuente en Egipto.

Desde la época de Constantino, el principio rector del patrimonio eclesiástico está claramente expresado: está destinado a la beneficiencia, que apunta a un grupo social de reciente definición —pobres, vagabundos, ancianos, enfermos—, del que trataremos más adelante. El régimen de este patrimonio sufre las consecuencias: en primer lugar, los bienes de la Iglesia son inalienables, las derogaciones oficiales son motivadas por circunstancias particulares. Así, la Iglesia de Misia es autorizada a vender inmuebles porque necesita fondos para rescatar prisioneros, que es una forma de beneficiencia. En la práctica, las iglesias arriendan a menudo sus tierras a muy largo plazo. Después, las iglesias y los clérigos entran en el sistema fiscal descrito más arriba. Constituyen una categoría de contribuyentes con cargas específicas e inmunidades compensatorias de estas últimas. Cargas de beneficiencia, pues. Inmunidades respecto de las cuales el legislador vacila largamente, tanto en razón de la importancia de los bienes de la Iglesia como de los bienes privados conservados por los clérigos. La cuestión trae pronto a colación esa otra Iglesia, diferente por su origen y evolución,

que es la de los monjes y que el concilio de Calcedonia del año 451 reconoce por primera vez. Las disposiciones fiscales y patrimoniales o los mecanismos de donación que acabamos de indicar se aplicaron entonces a los monasterios, así como a las instituciones de caridad, al cuidado de los mismos, que se multiplican en aquel momento. A principios del siglo V, los monjes constituyen ya una fuerza cultural y social muy importante, original conjugación de éxodos campesinos y de impulsos espirituales de gentes instruidas, pero aún no son una institución. Les dejamos, pues, en el lugar en que volveremos a encontrarlos más adelante en el curso de la evolución de la sociedad.

Probables resbalones, desviaciones seguras

La Iglesia es públicamente competente en cuanto a su disciplina interna, a la de los cristianos, y al dogma. Toma sus decisiones en concilios, unos regionales, otros ecuménicos. El emperador los preside de derecho. Su carácter público se pone de manifiesto en el uso de las postas por los obispos que se reúnen en ellos. Por otra parte, los doctores más influyentes, en primer lugar Basilio de Cesárea, muerto en el año 379, han puesto los cimientos del derecho canónico bizantino en respuesta a cuestiones planteadas o a partir de casos concretos. La Iglesia dispone de su propio sistema de penas, exclusivamente espirituales, entre las que la más grave es la exclusión del culpable por un tiempo proporcional a su falta. Pero está sustentada por el brazo secular o, mejor dicho, es un poder único, por un lado espiritual y por el otro político, que define y castiga las desviaciones, tanto en los comportamientos (fidelidad a los viejos rituales mágicos, transgresiones de las normas matrimoniales, sexualidad desviada), como en la profesión de la fe cristiana. Tal es al menos el principio del poder en Bizancio. La realidad, sin duda, no siempre se corresponde con él.

En primer lugar, no faltan motivos de conflicto entre la autoridad pública y las exigencias de la Iglesia. Las vacilaciones del legislador a propósito de la inmunidad de los clérigos lo muestra claramente. El derecho de asilo en el recinto de los edificios eclesiásticos es un ejemplo perfecto: su principio es reconocido, sus límites son objeto de un bando público. En contrapartida, el poder imperial se esfuerza por restringirlo de manera que no ponga en jaque el orden social, por ejemplo en el caso de los esclavos; y la Iglesia se adhiere en conjunto a esta posición. Igualmente, la entrada en la clericatura o en el monasterio podía aparecer como el medio de escapar a otras obligaciones, como las de las curias urbanas o los colegios profesionales. El legislador se esforzó desde el siglo IV por atajar estas evasiones haciendo hincapié en que el patrimonio de los individuos quedaría en este caso en la asociación, en razón, se les recuerda, de su responsabilidad colectiva.

Más adelante, no toda la Iglesia, ni mucho menos, suscribe el dogma cuyo campeón secular es el poder. Las herejías que la dividen son, a decir verdad, de dos tipos completamente diferentes. Unas definen en el interior del Imperio territorios enteros que no comparten ya el *credo* de la capital. Otras, con nombres diversos, se reducen a una única y poderosa corriente de subversión del orden social cristiano en nombre de un cristianismo radical.

El gran debate teológico que atraviesa el siglo V se refiere a la relación de las personas en la Trinidad o, en otras palabras, a la Encarnación. Según el arrianismo, ya en el siglo IV, el Hijo es una criatura del Padre, que le precede; en tanto que Verbo, Él creó a su vez al Espíritu Santo. El arrianismo, palabra derivada del nombre del sacerdote alejandrino Arrio, había sido condenado en el concilio de Nicea, en el año 325, y de nuevo en el segundo concilio ecuménico de Constantinopla, en el 381. Nos es difícil, hoy día, no el entrar en la polémica en sí, sino compren-

der la amplitud de los movimientos que provocó. Únicamente podemos proponer dos observaciones sobre este punto. La primera es que Cristo es ya en esa época objeto de una adoración lo bastante ferviente, como para que el pueblo cristiano espere de sus doctores la exaltación, al mismo tiempo, de su poder divino y de su proximidad humana. La segunda observación es que los debates del siglo V revisten una dimensión regional ya perceptible en la controversia arriana: la sede de Antioquía y la de Alejandría, la capital, los monjes sirios y los monjes coptos, y tras ellos las poblaciones, trazan en este debate una red de particularismos cuya duración, que sobrepasa incluso la conquista árabe, da una buena prueba de su arraigo. El Occidente germánico, por su parte, había recibido la evangelización en la forma arriana, lo cual tiene su peso, en el contencioso evocado más arriba entre los godos federados y los habitantes de Constantinopla alrededor del año 400.

Conocemos el debate por la polémica, las actas de los concilios y las *Historias eclesiásticas*, principalmente la de Teodoreto, obispo de Ciro, que llega hasta el 428. Este debate no se cerró en el siglo V, pues giraba en torno de los términos «naturaleza» (*physis*) y «persona» (*hypostasis*). La escuela de Antioquía profesa que las dos naturalezas, la divina y la humana, coexisten en la persona de Cristo, aunque permanecen perfectamente diferenciadas, de manera que solo el hombre, en sí mismo, nació de María y sufrió en la cruz. Nestorio, portavoz de esta doctrina, llegó a ser patriarca de Constantinopla en el año 428, por lo que se apoyó en la autoridad imperial. La escuela de Alejandría defiende, por el contrario, la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo. A Nestorio se opone el patriarca Cirilo, respaldado por Roma y por los monjes coptos, a cuya cabeza está Quenudi, abad del monasterio Blanco de Atripa, en la Tebaida. El tercer concilio ecuménico, reunido en Efeso en el año 431, se muestra favorable a las ideas alejandrinas y condena a Nes-

torio. Los años que siguen ven el triunfo, no solamente teológico, sino político, de Alejandría, y el creciente prestigio no solo de Cirilo, que muere en el año 444, sino del patriarcado egipcio. La posición de Alejandría se acentúa aún más, hasta llegar a profesar que la naturaleza de Cristo es una, divina y humana a la vez, aunque más divina que humana. Nace así el monofisismo, que es condenado por el cuarto concilio ecuménico, reunido en Calcedonia en el año 451, en provecho de una fórmula intermedia, defendida por el papa León I. El *credo* de Calcedonia sigue siendo el de la ortodoxia de Constantinopla y la cristiandad romana, unidos contra el preocupante auge de Alejandría. En contrapartida, las provincias de Siria, Mesopotamia y Egipto constituyen a partir de entonces, y sin distinción de clases sociales, un bloque monofisita disidente, del que la Armenia independiente no está lejos. El *credo* monofisita perfila el rumbo que tomarán a través de los siglos las cristiandades orientales y, para empezar, el de las futuras conquistas del Islam en Bizancio. El nestorianismo, por su parte, se difundirá por Irán y el Asia Central, gracias a las misiones que parten del foco sirio.

Las herejías que se pueden considerar subversivas se conocen por las condenas ortodoxas, las polémicas, los cánones conciliares, las fórmulas de reconciliación y por algunos testimonios directos. Un descubrimiento llevado a cabo en el alto Egipto en 1945 sacó a la luz toda una biblioteca heterodoxa, en la que se encontraba el *Evangelio* apócrifo de Tomás, conservado en copto (¿siglo III?); los *Hechos* de Tomás (conocidos en el siglo IV), en siriaco; el *Libro de Grados*, también en siriaco y anterior al 350, todos ellos de idéntica inspiración. Por último, la Iglesia griega incluyó en su hagiografía relatos que ilustran de hecho estas ideas. Es la continuación de una actitud radical, que procede de la gnosis, amplia especulación fundada en el siglo II sobre la filosofía politeísta, el judaísmo o el cristianismo, y que profesaba la dualidad del poder divino y de un creador del

mundo, en suma, el divorcio del alma y de la Creación. La aplicación de tales principios suponía la negación de todas las normas que cimentaban el orden de esa época. Hombres y mujeres vagan y duermen juntos, mezclados unos con otros. Las mujeres se cortan el cabello y llevan unas vestiduras masculinas. Los vínculos familiares se deshacen, los esclavos huyen, los monjes escapan a sus superiores y a su retiro, el matrimonio es condenado, los sacerdotes casados rechazados, el calendario y las festividades de la Iglesia sustituidos por celebraciones privadas. El *Libro de Grados* presenta una jerarquía de Perfectos y de Justos, estos últimos comprometidos en las tareas corrientes de la vida, únicamente los primeros admitidos a la contemplación divina. No es difícil intuir que tal corriente era capaz de atravesar los siglos y, efectivamente, se la vuelve a encontrar más tarde. Pero Epifanio de Salamina observa ya en el siglo IV, en su tratado sobre herejías, que el movimiento no hace más que desarrollar con demasiado celo los preceptos del abandono de bienes. En otras palabras, estas actitudes no estaban, después de todo, tan alejadas del ascetismo ortodoxo.

UNA SOLIDA BASE CAMPESINA

Tal era el poder central y estos eran los rasgos culturales generales. Consideremos ahora más de cerca esta sociedad así ordenada. Las provincias, numerosas, y poco extensas, están regidas por su gobernador y se agrupan en diócesis, a cuya cabeza se encuentran los vicarios de los prefectos del pretorio. Estos últimos tienen bajo su jurisdicción la pirámide de las autoridades provinciales. El Imperio de Oriente tiene un prefecto del pretorio para Oriente y, por lo general, otro para Iliria. Por lo demás, estas divisiones están sujetas a revisiones en las que no entraremos aquí. En contrapartida, se trata ahora de llegar a los niveles más antiguos de la organización social en el Oriente ro-

mano y bizantino: las ciudades, cuya vieja vitalidad se mantiene hasta los brutales cambios del siglo VII; las aldeas, o, dicho de otra manera, el espacio campesino, poco más o menos estables en sus formas inmemoriales bajo el imperio de Roma y, después, el de Bizancio, y el espacio deshabitado, revelador de los cambios históricos.

Producir y comer

Estabilidad pero no uniformidad, sin duda, a través de semejante extensión territorial. No obstante, se pueden proponer algunas definiciones comunes. En primer lugar, las necesidades que trata de satisfacer la producción agrícola. Los hombres de esta época, desde el campesino pobre o el esclavo hasta el emperador, comen pan de trigo; cuanto más arriba se está en la escala económica, más fresco se come, mientras que los pobres, los soldados, los solitarios del desierto, se alimentan de galleta o gachas; la cebada, que siempre se vende a un precio inferior en un tercio al del trigo, es el paliativo de los malos días. Se bebe vino, más o menos bueno, más o menos rebajado con agua. La dosis de azúcar está asegurada por la miel, los frutos secos y los dátiles, consumidos en abundancia en Egipto y en Palestina. Los frutos frescos del tiempo aparecen, por el contrario, como un lujo. Todo el mundo consume legumbres, «hierbas» o «raíces». Pero el abanico social de la alimentación se abre cuando se pasa a las proteínas v a las grasas. Estas últimas se obtienen del aceite, para la cocina y el aliño: aceite de oliva, de desigual calidad, y aceite de diversas semillas para los más pobres. Se consume poco queso, o ese otro producto lácteo al que los pueblos de la estepa son tan aficionados. Se come pescado, fresco o en salazón, así como caldo de pescado, algunos huevos y aves, y carne que, a veces, se reduce a salchichas: téngase en cuenta que el mundo bizantino, a diferencia de Italia y la Galia,

no come cerdo, al menos en su parte meridional, Egipto, Siria y Palestina, cosa, sin duda, menos frecuente en el Asia Menor y en los Balcanes en la misma época. Sea como sea, es evidente que se consume más pescado cerca de las costas, aunque no se desconozca el pescado de río; el pescado y la carne son más accesibles para los ciudadanos que para los campesinos; y la carne figura en las raciones de los soldados. Los que no pueden acceder a estos productos, los más pobres de las ciudades y de los campos, son grandes consumidores de leguminosas, la «carne del pobre», en palabras de dos expertos de las Naciones Unidas.

Lo dicho hasta aquí constituye un bosquejo de la producción campesina, pero se imponen aún tres observaciones. En primer lugar, se está a merced de los cambios naturales. Parece ser que el rendimiento de las semillas oscila en una proporción del 4 o 5 por 1, pero depende de las estaciones, cuyas alteraciones pueblan la historiografía. Las sequías de otoño o de primavera ponen en peligro las cosechas, las langostas las desvastan. Un invierno demasiado riguroso asuela en el año 401 las regiones que habían padecido ya el asalto bárbaro, el hambre, la enfermedad y la multiplicación de los animales salvajes, debida sin duda a las circunstancias. El invierno vuelve a hacer estragos, seguidos de una mortalidad de hombres y animales, en el 443, en los alrededores de Constantinopla. El hambre, siempre definida por la falta de grano, trigo o cebada, afecta a los campos más que a las ciudades, cuyas posibilidades de aprovisionamiento son menos locales, y que disponen de más medios. Como puede comprenderse, el aprovisionamiento de las grandes ciudades, y de la capital en primer lugar, o las necesidades del ejército, imponen un esfuerzo excepcional. Por último, a causa de la lentitud y de las dificultades del transporte a distancia, exigido hasta sus límites ya para los suministros al fisco, los campesinos tienden a producir de todo en todo lugar, tanto para sí mismos como para el mercado de la ciudad en cuyo radio

de acción viven. Incluso consumen, llevan al mercado urbano y entregan al fisco, llegado el caso, otros productos. En Egipto y en el sur de Palestina se hacen sandalias, esteras, cestas y recipientes para medir con fibra de palma. En las montañas boscosas del Asia Menor se vende madera, de la que, por el contrario, carece la llanura de Anatolia hasta el punto de que, tanto en aquel tiempo como en la actualidad, allí se utiliza para calentarse boñiga seca. Los campos proporcionan cuero, cuando hay en ellos ganado vacuno, lana y fibras textiles como el apreciado lino de Egipto. Egipto suministra el papiro a todo el Mediterráneo, inclusive el occidental.

Se alcanza a percibir así, al mismo tiempo, el equipo productivo rural, y los problemas planteados por su organización económica y social, o sus relaciones con las ciudades. Allí también reina la diversidad geográfica, de donde se desprenden algunos rasgos comunes. La unidad de producción es la familia campesina, que conocemos por las declaraciones fiscales y las leyes: hombres que algunos mosaicos muestran en su trabajo; mujeres, que figuran en las listas del fisco y que una ley del año 386 para el Ponto estima en la mitad de un hombre para el cálculo de la capitación, pero cuyas actividades ignoramos. La familia se completa con los esclavos, uno o dos, y a veces con asalariados. Los bueyes sirven para labrar, para arrastrar en la era la pesada plancha erizada de puntas que efectúa la trilla, para tirar de los carros. El asno es también útil para el tiro, pero sobre todo como animal de carga. Los caballos, utilizados por el ejército y por el correo público, y las mulas transportan a las personas. En cuanto a las herramientas, las de metal son escasas. Se labra la tierra con el arado romano. Se hace uso de diversos tipos de hachas, podaderas y binadoras. Pero los equipamientos más importantes son los que proporcionan una idea más cabal sobre el panorama social del campo. La era donde se trilla el grano, el lagar para el vino o el aceite, la muela movida por el

asno y el molino de agua, allí donde ha sido posible instalarlo, pertenecen al «amo de casa» campesino, a la aldea o, incluso, al gran propietario.

El hábitat rural está en principio agrupado, pero algunos textos mencionan asentamientos aislados. Está rodeado de «huertos» de policultivo, viñedos, tierras de labor y monte bajo; las parcelas de cada explotación están dispersas por todo el terreno, sin que se distinga una organización colectiva del cultivo; excepcionalmente, un relato palestino menciona a un chiquillo que lleva a pacer juntos a los animales de los aldeanos. Por lo demás, las variantes son infinitas: guaridas de salteadores montañeses de la provincia de Isauria, villas de Siria provistas de baños e iglesias, aldeas alejadas y aisladas en invierno que acotan el exilio de Juan Crisóstomo. Aunque el artesanado aldeano no figura aún en los informes de los arqueólogos, salvo en Tracia, los textos indican actividades comerciales: tal aldea de Siria del norte produce afamadas nueces, tal otra ofrece un mercado, un albergue en el alto de una ruta importante o en la proximidad de un santo célebre y su monasterio. Por otra parte, los campesinos van a vender sus productos al mercado de la ciudad más próxima, para conseguir así las monedas de oro y bronce necesarias para las compras, los impuestos o los tributos. Venden también su propia fuerza de trabajo en las obras de construcción, donde un hombre con su asno está mejor pagado que un hombre solo.

El vigor de las comunidades aldeanas

La existencia y la competencia de la comunidad rural en Bizancio ha sido objeto de discusiones apasionadas, debido a su inicio en Rusia a finales del siglo XIX, en un momento en que el auge de los estudios sobre Bizancio coincidía con un debate sobre problemas agrarios contemporáneos. Para aclarar la cues-

tión, es importante distinguir el hábitat, la sociedad y las instituciones.

El carácter agrupado del hábitat es un dato cierto, del que hay que partir, y que se enriquecerá, más allá de la diversidad regional, cuando se haya excavado un mayor número de emplazamientos. De todos modos, los resultados ya obtenidos, así como los textos, dan fe de una primera solidaridad en relación con los propios edificios, las atalayas de las aldeas de la estepa siria, los equipamientos a los que nos acabamos de referir, o incluso, allí donde existen, el baño y la iglesia. La existencia de tierras comunales parece cierta, como la de eriales, bosques y límites entre terrenos. No obstante, la sociedad aldeana no está formada solo por campesinos, sino también por rentistas del suelo, sacerdotes, soldados y algún que otro artesano. Por así decirlo, es una sociedad desigual, en la que el nivel económico se mide, sin duda, por el rasero de la tierra y de los medios con que se la trabaja: se encuentran, por ejemplo, en los campos, trabajadores sin tierra alguna, mientras que los soldados o el sacerdote pueden ser considerados como notables de cierto relieve y como grandes propietarios y tener una residencia. Esta desigualdad está claramente representada en el gobierno de la aldea por los «amos de casa», «del más pequeño al más grande», con un dirigente y portavoz que suele ser el sacerdote. La solidaridad aldeana se manifiesta también, por ejemplo, en una decisión de construir que quedará recogida en una inscripción, en el encubrimiento de una jovencita raptada, en la adhesión a una confesión herética, en la práctica del bandolerismo. Además, entre las familias y la comunidad ocupan un lugar las solidaridades intermedias de los «vecinos», cuya importancia es subrayada por las disposiciones del siglo V que les reconocen un derecho preferente de compra sobre las parcelas puestas en venta. Por lo demás, a juzgar por los repartos de herencias que nos han llegado, los vecinos son a menudo parientes y constitu-

yen, en suma, un grupo complejo que la ley designa como «los más próximos», en todos los sentidos del término. Pero por encima de la colectividad dominan los que tienen poder sobre la aldea.

Se trata en este caso de instituciones tan antiguas como fundamentales en una sociedad y una economía en que la tierra es esencial, a saber, el papel fiscal de la comunidad aldeana y la dependencia campesina. Señalemos en primer lugar que el estatuto de la aldea y el de sus habitantes no coinciden necesariamente; que no todos los aldeanos pueden poseer lo mismo; que cada cultivador puede ser al mismo tiempo independiente en relación con algunas parcelas que son de su propiedad y dependiente en relación con otras; que la aldea puede, por último, ser totalmente independiente, es decir, compuesta por campesinos propietarios, o, por el contrario, depender totalmente de uno o varios amos. En una palabra, la independencia campesina significa que la tierra y el hombre no tienen otras obligaciones ni otras cargas que las públicas, es decir, las fiscales: el campesino independiente paga directamente su impuesto al fisco. La dependencia, por el contrario, implica que la explotación campesina se ve incrementada por una deducción hecha en provecho del dueño del suelo, y figura en el registro fiscal en el apartado de este, por cuyo intermedio paga el impuesto. Pero el campesino dependiente o «colono» es, sin embargo, un justiciable y un contribuyente de pleno derecho. Puede incluso promover una acción judicial contra el dueño del suelo si considera abusiva la deducción normalmente fijada por el derecho consuetudinario. Pues el colono no está adscrito a su dueño, sino a la tierra, según fórmula contenida en una ley del año 393. La única disminución de su libertad personal es, pues, la prohibición que se le impone de desplazarse, con lo que contribuiría a menguar una mano de obra que, por el estado de la técnica, no es nunca muy abundante. Sin embargo, el Oriente bizantino de

este período, fiel en esto a su antigua tradición, no conoce otra prestación que la pública. La fuerza de trabajo campesina solo beneficia al dueño del suelo en la parte que le corresponde de su producto, en especies o en dinero, implicando este segundo caso el acceso directo del campesino al mercado. Se vuelve a encontrar aquí la solidaridad de la comunidad, en particular cuando esta es independiente. El fisco la considera, en efecto, solidariamente responsable, lo que explica, por otra parte, los derechos de preferencia de compra señalados más arriba. Además, la comunidad independiente se procura solidariamente un patrono, un protector contra la exigencia fiscal.

La historia de los campos durante este primer período de Bizancio se comprende, en efecto, no a través de la condición fijada al campesinado, sino a través de los cambios que afectan al grupo social de los dueños del suelo. Estos eran tradicionalmente los ciudadanos, de los que hablaremos más adelante, los grandes propietarios, en cuya primera línea figuraba el emperador, las iglesias y los establecimientos piadosos. Esta distribución cambia completamente en detrimento de la burguesía urbana por la práctica del patronazgo que impulsa a los campesinos a buscar una protección eficaz contra el fisco, sean por su parte dependientes o no, pues, como hemos visto, el problema es similar en ambos casos. Esta protección, el patronazgo, se ejerce también ante los tribunales. Constituye, subrayémoslo, una clave de las prácticas sociales de la época. El poder protector de los patronos tiene diversos orígenes: el ascendente religioso, como en el caso del santo misionero cuya historia nos refiere Teodoreto, y a quien una aldea aún pagana de Siria del norte promete con esta condición una conversión colectiva; o la fuerza de esos magnates a los que la ley prohíbe sin éxito desde finales del siglo IV tener sus tropas y sus prisiones privadas, o amparar desertores, pero en cuyo provecho aparece en el 409, para Egipto, el régimen de *autopragia* o percepción autó-

noma del impuesto, que convierte a un dominio en una unidad fiscal, señalada por sus límites. Se valen también de su solvencia y de sus relaciones oficiales en procesos que no benefician a los colonos. Es evidente que, con los mismos medios, la protección podía ser impuesta y no solicitada. De cualquier forma, se tiene la impresión de que está en curso una redistribución de los derechos efectivos sobre el producto de la tierra que, por otra parte, también afecta negativamente a los propietarios legítimos. En una palabra, la verdadera definición de la condición campesina en esta sociedad, como en otras muchas del mismo tipo, es la confusión en una misma deducción de la renta señorial y la renta fiscal.

Los vacíos

Carecemos aún, y careceremos siempre, de una cobertura arqueológica lo bastante completa como para razonar eficazmente sobre la ocupación del espacio bizantino en esta época y sobre sus variaciones. Se pueden proponer hipótesis generales, que expondremos en el siguiente capítulo. Igualmente es posible hacer una observación estructural desde ahora cierta: esta ocupación es discontinua, evidentemente desigual según las regiones. Pero los textos dan fe de la existencia de espacios vacíos en todas partes: el «desierto» es la montaña boscosa, infestada de bestias salvajes, donde un hombre santo constituye la primera presencia humana, donde los bandoleros atracan con toda impunidad a los viajeros, cuando no descienden, tras el invierno, a saquear los campos vecinos; es también la estepa árida donde los nómadas camelleros son tan pronto caravaneros como cazadores o bandidos, en las fronteras sirias o en la gran ruta que se interna en la península del Sinaí o, incluso, en el desierto egipcio; son, finalmente, espacios incultos, abandonados a los demonios no lejos de las aldeas evacuadas en Tracia ante una preocupante amenaza bárbara. Al historiador le gustaría

poder descifrar las variaciones de población en estos ámbitos. El hombre de la época atribuyó a este espacio valores cuyo cambio de signo es uno de los grandes hechos culturales y sociales de ese tiempo. Cambio experimentado, en primer lugar, en Egipto desde finales del siglo III, con la atormentada soledad de Antonio, y el acuartelamiento de los monjes de Pacomio que acudían en escuadras al trabajo del campo, controlando estrictamente sus días y sus costumbres. En el siglo IV, el desierto occidental de Egipto se puebla de ascetas cuyo modo de vida, hazañas y sentencias se difunden por medio de relatos piadosos. Pero, como puede verse, su soledad es, de hecho, teórica: comparten sus cabañas de grava con un «discípulo» o están cerca de otro solitario y venden en las aldeas productos artesanales, cuerdas, cestos. Otros constituyen organizaciones que prefiguran la *lavra* (laura), forma típica de semicomunidad del monaquismo ortodoxo cuyos miembros viven solos, pero se reúnen el sábado y el domingo para tomar sus raciones y celebrar la liturgia en común. Finalmente, existen ya verdaderos conventos (*koinobia*, «lugar de vida en común»), tales como los de Wadi Natrun, o el monasterio de Santa Catalina, al pie del Sinaí, que se remonta al siglo IV. En este mismo siglo, el movimiento había alcanzado el Oriente sirio y Palestina, posteriormente el Asia Menor, con las primeras experiencias capadocias. Viajeros occidentales como Eteria, procedente de Aquitania, o el monje marsellés Juan Casiano, difunden en sus países de origen el interés por estas formas de vida, mientras que Jerónimo, instalado en Belén, atrae a Palestina a algunos de sus penitentes romanos. Solitario o comunitario, el retiro monástico pone en cuestión, en sus principios, tanto la aldea como la ciudad: aun cuando el desierto no está lejos ni de la una ni de la otra, aunque la ciudad acoja en este primer período toda una corriente de monaquismo, el retiro es ante todo negación de la familia, célula social primaria de la época, incluso cuando los vínculos de pa-

rentesco unan a veces a los hombres en un camino ascético común.

En realidad, dada su flexibilidad, su carencia de una regla uniforme, este primer movimiento plantea diversos problemas, que seguirán sin dilucidar a lo largo de generaciones: el desierto y su salvación, o la ciudad con sus tentaciones, su malignidad fundamental, pero también con sus pecadores, a los que hay que convertir; la soledad o la comunidad de hermanos; el trabajo o la contemplación; la convicción interior, la iniciativa espiritual o la autoridad de la jerarquía y los marcos del dogma y del sacerdocio. El monaquismo de Bizancio evoluciona a través de estos problemas, que nunca resolverá por entero, ya que los términos se modifican de siglo en siglo. Las respuestas a las que se llegó entre el 450 y el principio del siglo VII marcaron el período con un sello muy fuerte.

LA FUERZA DE LOS VALORES DE LA CIUDAD Y DE LAS REALIDADES URBANAS

Los valores culturales y políticos del Mediterráneo helénico eran, desde hacía siglos, valores urbanos: la sociabilidad, masculina, la facilidad de los encuentros, el discurso, político o literario, los placeres cómodamente disponibles del agua corriente para la bebida y el baño, así como un mercado perfectamente provisto de todos los alimentos esenciales, trigo ante todo, para consumidores de pan y de galleta, aceite de oliva, vino, «hierbas», carne y pescado. La ciudad, es, pues, en una primera definición, el conjunto de los lugares donde se encuentran estos valores, que persisten hasta el principio del siglo VII. Son testimonio de ellos la historiografía, los elogios de las ciudades que componen los retóricos profesionales, las numerosas inscripciones, las decisiones y sermones con los que la Iglesia de los obispos, también profundamente urbana, se esfuerza por cris-

tianizar la ciudad, y los relatos sobre los hombres santos. Sin olvidar las imágenes de algunos mosaicos ni las excavaciones de emplazamientos urbanos como Sardes, Efeso, Apamea o Antioquía, mejor conocidas que la capital, donde la estabilidad de la aglomeración hizo imposible una verdadera exploración arqueológica. Sin embargo, es difícil proponer una clasificación de las ciudades en el siglo V, ya que faltan criterios cuantitativos y que las fuentes documentales son tan poco homogéneas como las razones de su prosperidad y de su crecimiento. Antioquía y Alejandría son ciudades igualmente importantes desde el punto de vista cultural y comercial; la atracción de Jerusalén es únicamente religiosa, pero eso ya es mucho; y una pequeña ciudad como Coricos de Cilicia revela una intensa actividad por las inscripciones de su cementerio que indican detalladamente los oficios de los difuntos. No obstante, se pudo llegar a decir que esta era una época de «grandes ciudades», en el sentido de que, una vez sobrepasado un cierto umbral, el hecho urbano cambiaba de naturaleza. Y esto es cierto, sobre todo, respecto de Constantinopla, puesto que no es una ciudad, ni la mayor de ellas, sino la capital, y en este sentido es radicalmente singular.

La ciudad, vestigio de la Antigüedad

Una vez hechas estas reservas, el marco tradicional de la ciudad de provincia surge, sin embargo, de nuestras fuentes: los baños caldeados alimentados por agua caliente, donde los muchachos, si no se les vigila, están expuestos a las insinuaciones de quienes se sienten atraídos por ellos; las fuentes; las plazas, donde se alzan las estatuas y las inscripciones que celebran a los emperadores y a otros personajes; las calles con pórticos, entre cuyas columnas se establecen precarios tenderetes de madera y tela, siempre en peligro de incendio; las posadas, donde se encuentra comida y una joven; los figones, donde pueden comprarse alimentos cocinados y calientes, donde circulan los

rumores y donde a veces se originan tumultos; el teatro, cuyos espectáculos divertidos y licenciosos suscitan el entusiasmo del gran público, la repugnancia de los doctos, la hostilidad de la Iglesia, y donde, sin embargo, los gobernadores de la provincia reciben las aclamaciones o los abucheos de una opinión pública que prácticamente no tiene otro medio para expresarse; a veces, como en Cesárea de Palestina, la ciudad cuenta con un hipódromo, al igual que la capital; por último, la basílica, amplia lonja rectangular, forma arquitectónica anterior al culto cristiano, lugar donde se llevan a cabo negocios y procesos, y donde el poder central está representado en ocasiones por la silla del gobernador. Las iglesias, tanto en las ciudades como en los suburbios, se erigen en centros de una nueva sociabilidad, semejante, no obstante, a sí misma: los fieles se reúnen en ellas para la liturgia o la predicación, o salen en masa para las procesiones o, algunas veces, los motines. Los mendigos se instalan en las inmediaciones. En el siglo V aparecen los primeros monasterios urbanos, y se desarrollan los establecimientos de beneficiencia, los primeros de los cuales se fundaron a finales del siglo IV.

La dominación romana había transformado fácilmente las asambleas censatarias de los notables, propietarios rurales residentes en la ciudad, en municipalidades provinciales. Las ciudades cobraban rentas: alquileres de los campos de su territorio, o del suelo urbano, alquilado, por ejemplo, a los tenderos de los pórticos, y arbitrios. Sin embargo, lo esencial de las necesidades estaba cubierto tradicionalmente por los propios magistrados municipales, cuyas funciones, lejos de ser retribuidas o venales, se sustentaban en la fortuna, la generosidad o el deseo de gloria de los que las ejercían. Las estatuas en la plaza pública, las inscripciones que les saludaban como «padre de la ciudad» o «benefactor» (*evergetes*) daban gracias a los que habían construido un baño o remediado una carestía. El Estado romano había adoptado este antiguo sistema, encargando a las

asambleas municipales (las curias) tareas como el mantenimiento de los caminos, los aprovisionamientos militares y todas las recaudaciones tributarias, bajo su responsabilidad personal y colectiva. Bajo el gobierno de los Severos tuvo lugar un endurecimiento del sistema, acompañado de la imposición de la herencia de la condición curial, en la coyuntura militar y centralizadora del primer tercio del siglo III. Este hecho tendría indefectiblemente consecuencias sociales ya claramente perceptibles en el siglo IV.

Sin duda alguna, la curia opone al poder central la fuerza de la inercia y de la solidaridad. Los cargos creados por el poder central para vigilarla acaban siempre por ser ocupados por individuos reclutados en su seno. Las curias se sitúan a su vez bajo un «patronazgo». Y el «patrón» saca provecho, o simplemente prestigio, de este papel ambiguo, perfectamente codificado y, sin embargo, capaz de suspender el normal funcionamiento de la institución judicial o fiscal. El mismo emperador puede ser el patrón de una curia. Pero muy a menudo el patronazgo de esta recae en uno de los «primeros». Las curias atestiguan, en efecto, una creciente diferenciación social. El peso de las cargas municipales empobrece a los más pobres, que pagan entonces con su persona, o huyen al dominio de un gran propietario que les toma a su servicio. En contrapartida, un grupo restringido se destaca sobre los demás: los «primeros», los «diez primeros». Por último, las mayores fortunas tratan de evadirse del marco local, considerado mediocre, de los deberes municipales para entrar a formar parte del senado de Constantinopla o a las grandes carreras que les ofrece la función pública. Por su parte, la burguesía municipal protesta ante la admisión en la curia de fortunas juzgadas innobles al no estar cimentadas en la tierra sino en el beneficio mercantil. Pueden entreverse, pues, los elementos de la decadencia de la institu-

ción municipal. Pero la evolución es muy lenta, aun cuando haya comenzado ya a finales del siglo IV.

El poder central está representado en las ciudades más importantes por el gobernador de la provincia y en las secundarias por al menos una oficina fiscal. Los gobernadores tienen competencias esencialmente administrativas y judiciales. Son, en principio, ajenos a la provincia, donde les está prohibido adquirir bienes, y están integrados en el viejo estereotipo, ya que numerosas inscripciones a lo largo de las provincias celebran su magnificencia de edificadores. Pero una serie de leyes nos hablan de días menos gloriosos, al prohibirles robar para sus construcciones las columnas de mármol de otros edificios, o bautizar con su nombre empresas comenzadas por sus predecesores. Pero los gobernadores no solo buscan el prestigio tradicional; también temen los tumultos y por esta razón se preocupan del aprovisionamiento. Y no tardan en formar parte de la verdadera capa dirigente de la sociedad provincial. Están muy cerca de esos personajes de reciente implantación, pero de primordial importancia, que son los obispos.

La emergencia del episcopado urbano

Inicialmente, la función episcopal no tiene su sede necesariamente en la ciudad. Pero los siglos IV al VI son, de todas formas, la edad de oro del episcopado urbano. Los obispos de ciudades a menudo secundarias proceden de familias ilustres de las provincias, o son hijos de funcionarios, y comparten la cultura clásica de todos los hombres de este medio. Es significativo que el siglo IV y la primera mitad del V sean testigos de la floración, tan brillante como sin continuidad, de grandes escritores episcopales, autores de cartas administrativas o espirituales, de sermones, de tratados polémicos o dogmáticos, en los que hacen gala de sus conocimientos de la retórica y la filosofía antiguas, a

pesar de una influencia monástica ya perceptible: Basilio de Cesárea (hacia 330-379), tal vez el monje más importante de la Iglesia bizantina por la riqueza de sus decisiones canónicas; Gregorio Nacianceno (c. 330-390), obispo de la capital durante un breve tiempo (380-381); Gregorio de Nissa, hermano de Basilio (c. 335- c. 394), maestro del platonismo cristiano, son hombres del siglo IV, pero constituyen un punto de referencia para el porvenir. Fueron dignos representantes no solo de la provincia bizantina por excelencia, la Capadocia, sino también del momento inestable y privilegiado en que el helenismo ya plenamente cristianizado quedó totalmente anticuado. Su contemporáneo Juan Boca de Oro (Crisóstomo) (344 o 354-407) es un hombre de Antioquía —donde su padre era *magister militum*, el más alto cargo militar—, que representa la voz eclesiástica, junto al obispo Flaviano, entre el 386 y el 397. En esta fecha se convierte en arzobispo de la capital y mantiene una conflictiva relación con el palacio y, sobre todo, con la emperatriz Eudocia. Muere en el exilio en el año 407, en el interior de la Capadocia. Representa otra forma del mismo momento cultural, la omnipotencia del discurso retórico que sirve para la reivindicación de la omnipotencia del sacerdocio. Se convierte, pues, en el defensor de los habitantes de Antioquía, el predicador de las normas cristianas, el juez público, en este sentido, de sus interlocutores imperiales. Sinesios, obispo de Cirene (c. 370-413), perfila en el interior de la Pentápolis libia la misma figura cultural y social que sus compañeros de Capadocia. La serie se cierra con Teodoreto de Ciro (c. 393-c. 466), antioqueno también, pero más dado al trabajo en su despacho que al púlpito, como queda patente en su *Historia eclesiástica*, en sus tratados contra los herejes y los paganos, en sus relatos edificantes sobre los santos personajes de la Siria del norte, a la que pertenecía su pobre diócesis. En él, la cultura antigua es algo más alejado de la figura episcopal.

Elegidos por aclamación, tras una experiencia personal del mundo, los obispos de esta época encontraron fácilmente su lugar en el sistema urbano combinando de una manera nueva algunas de sus funciones. En cierto modo, son los sucesores del portavoz tradicional, que era el retórico de la ciudad, y toman parte, cada vez más, en la gestión urbana, fundamentalmente en las ciudades secundarias. Se preocupan de los aprovisionamientos, de las murallas, de las intervenciones ante el fisco relacionadas con los clérigos o su diócesis, así como del arbitraje judicial, que será codificado por Justiniano. Al igual que los demás notables, construyen, y sus edificaciones son evidentemente específicas. Este estado de cosas se prolonga en el siglo VI, como lo atestiguan las inscripciones, y en mayor medida en las grandes ciudades. La *Vida de Juan el Misericordioso*, patriarca de Alejandría del 610 al 619, escrita en su mismo ambiente por Leoncio, obispo de Neápolis, Chipre, ofrece todavía un cuadro de asombrosa vivacidad de las actividades de la iglesia de la ciudad, entre las que se cuenta el comercio marítimo. En el mundo sirio y copto la eminencia de los dirigentes monásticos es más precoz y más profunda que en la sociedad de las ciudades griegas. Para estas últimas, finalmente, la fuerza del poder episcopal se debe también a que responde mejor a una nueva exigencia social que se va perfilando en su marco aparentemente estático.

El «pueblo» urbano, reflejo de la Antigüedad

Lo que acabamos de decir a propósito de los poderes en esta primera sociedad bizantina trataba de mostrar que la ciudad domina al campo que la nutre. En otras palabras, el poder reside en la ciudad pero sus cargas repercuten en el campo. Es cierto que el eje político de esta primera época de Bizancio se define así. Pero las cosas se presentan más complejas si se quiere comprender las bases económicas de esta misma sociedad.

Es preciso partir, también aquí, de los marcos antiguos de la ciudad. Mientras que los burgueses propietarios de tierras se agrupaban en la curia, los productores urbanos de bienes y servicios, así como el gran comercio, el de las rutas marítimas, se reunían en los «colegios» de sus respectivos oficios. Estas asociaciones tienen una larga historia, pues la fórmula asociativa es el verdadero módulo social del Mediterráneo clásico. Basta considerarla en la época de los Severos, en que se precisa el sistema de delegación de servicios públicos a título fiscal que hemos definido más arriba. Este sistema inspiró a los historiadores de principios del siglo XX, confiados en las ilimitadas posibilidades de la empresa individual, páginas sobre las despiadadas coerciones que habrían inmovilizado a cada uno en su lugar de origen en la sociedad del «bajo Imperio». De hecho, el cuadro no es tan esquemático, ni mucho menos. En primer lugar, no estamos seguros de que la inscripción en un colegio fuera obligatoria, ya que, como se recordará, toda obligación tiene su contrapartida en un privilegio. Por otro lado, era efectivamente difícil abandonar el colegio paterno, o el propio. Pero, como en las curias, la responsabilidad solidaria unía más los bienes que las personas. Hay que situar aparte los talleres del Estado, que acuñaban la moneda, fabricaban las armas y las vestimentas militares, e incluso los tejidos de púrpura y seda reservados a la corte. Se hallan establecidos no solamente en Constantinopla, sino también en Antioquía, Cizica y otros lugares. La condición de los obreros era allí verdaderamente dura y próxima a la esclavitud.

Por otro lado, los textos de todo tipo revelan la actividad de un artesanado urbano aparentemente independiente, sin duda más familiar que individual, a juzgar por las lápidas sepulcrales que agrupan un padre y un hijo, o hermanos. De hecho, se plantea un problema al tratar de este artesanado en relación con la producción global del imperio. Se observa que los bienes

de consumo prevalecen abrumadoramente sobre los bienes de equipo, o sea, la fabricación de herramientas que sirven para determinadas actividades. De esto se deduce que los campos se equipan sobre todo a sí mismos, y poco más. El artesanado común es a la vez muy escaso y muy diversificado: se confecciona tal pastel, tal tipo de calzado. El artesanado de lujo, que nos ha legado los maravillosos cofrecillos de marfil que se ofrecían en las bodas, llega también a su fin. De hecho, el sector indicador del movimiento económico, sobre todo en las ciudades, pero también en las aldeas y en los campos, es el de la construcción. Indicador particular, específico de sociedades como la que aquí estudiamos, y que encontrará su verdadero lugar después del 450.

Sin embargo, hay grandes fortunas mercantiles en las ciudades más importantes, Alejandría, Antioquía y Constantinopla sobre todo. En primer lugar los armadores y mercaderes del gran comercio, abastecedores de especias y seda cruda: las rutas marítimas del mar Rojo y del golfo Pérsico son tan conocidas antiguamente como la ruta terrestre que conduce la seda china al Mediterráneo a través del Asia central y del Irán. Los beneficios del gran comercio, sobre todo por mar, están en relación directa con los riesgos a los que se exponen los que lo practican o lo financian. Están también los «negociantes en plata», manipuladores de metal precioso, a la vez pesadores, cambistas y productores de objetos que reciben la garantía de un sello imperial, y engrosan tanto los tesoros privados como los de los monasterios. Pero estas fortunas nunca forman parte del eje del poder político ni de los movimientos importantes de capital.

La ciudad antigua había tenido un pueblo, el *demos* griego. Su papel era, literalmente, el de hacer oír su voz públicamente para dar su conformidad, protestar, reclamar, elegir o, al menos, aclamar: su clamor, en una palabra, tenía fuerza legitima-

dora. La misma categoría política, pues, reúne a todos los ciudadanos que no pertenecen a la curia, desde los grandes comerciantes y los artesanos más calificados hasta aquellos que una ley del 312 exime de cualquier obligación fiscal en razón de su indigencia. La historia del pueblo de las ciudades de Oriente entre los siglos V y VII tiene un doble nivel, el político y el social, y ahí reside precisamente el problema histórico. El pueblo político desempeñaba su papel en los lugares de la ciudad privilegiados en este sentido, el teatro en Antioquía, el hipódromo en Constantinopla y en otras partes, pero también las plazas públicas; a ellos se añade ese lugar nuevo que es la Iglesia, donde el pueblo de los fieles contesta al predicador, y de donde sale en ocasiones para manifestarse en el exterior. Estas manifestaciones, por violentas que sean, obedecen de hecho a un repertorio que regula la propia violencia: ultrajes a las estatuas oficiales, lanzamiento de piedras, griterío de consignas. A partir del 450-460 se exacerban, y su código cristaliza en torno de las rivalidades entre el Azul y el Verde en las carreras de caballos, en las calles y en los barrios.

Para entender estas rivalidades se impone un paréntesis: se ha hecho mención ya del hipódromo de Constantinopla, de su simbolismo cósmico y del de las carreras que se realizaban allí. De los cuatro colores iniciales, heredados de Roma, que llevaban los cocheros, solo se seguían usando entonces el Azul y el Verde. Ignoramos, a decir verdad, su significado para los hombres de esta época y no comprendemos, pues, por qué se adherían a una u otra facción. Los colores ocultan un grupo muy complejo. En primer lugar, sin duda, las cuadras de caballos de carreras y todo el personal que gravita alrededor del espectáculo: los aurigas, pero también los bailarines y los mimos. Todo esto provoca pasiones incontrolables y peligrosas para el orden público. Prueba de ello son las infructuosas medidas de control, las riñas en el hipódromo, o incluso las finas laminillas de plo-

mo que llevaban textos escritos con un punzón y destinadas a hechizar a determinada persona de la facción opuesta. Por otro lado, el Azul y el Verde definen sectores de la opinión, quizás de la sociedad, pero ¿cuáles? Esta cuestión ha hecho verter mucha tinta sin obtener una respuesta concreta. El Azul podría representar el Palacio, los altos funcionarios, la ortodoxia de Calcedonia, y el Verde la Ciudad, la herejía llegado el caso, una marcada hostilidad frente a los judíos.

Entre el 460 y el 610 las facciones, o más probablemente sus cabecillas, salen a la calle, luchan y llegan incluso, a partir del 530, a la delincuencia. Pero las causas de esta escalada de violencia habrá que buscarlas en la historia social de este largo siglo VI, la de sus ciudades más concretamente.

El objeto de los tumultos urbanos de la primera mitad del siglo V enumerados por la historiografía debe poner en guardia contra toda lectura demasiado simple. En la capital, hubo motines por la falta de subsistencias en los años 409, 412 y 431, en que se atacó a los responsables: en el 412 los manifestantes incendian la sede del prefecto de la ciudad, Monaxios; en el 431 el propio emperador «es recibido a pedradas por el pueblo hambriento», por citar a un contemporáneo. La popularidad personal también parece haber sido uno de los motores de la efervescencia urbana. Puede verse cuando Juan Crisóstomo es condenado por el concilio de Chena, celebrado el 403, por su áspera censura de la emperatriz: la ciudad se manifiesta en favor de su arzobispo, y cuando toma el camino del exilio, el 404, sus partidarios incendian Santa Sofía. La agitación religiosa cristaliza, pues, en motivos muy diferentes de la pasión teológica atribuida, no se sabe muy bien por qué, por tantos historiadores a los bizantinos de a pie. Las riñas, a veces homicidas, entre arríanos y ortodoxos, entre cristianos y judíos, atestiguan sin duda la creciente importancia del factor confesional en el

consenso unificador que esta sociedad busca, como cualquier otra. Este factor llegará a ser dominante en lo sucesivo.

Es fácil ver que estas manifestaciones, a veces coronadas por el éxito, siempre alarmantes, tienen una verdadera función política en una sociedad que aún no había olvidado la antigua identificación entre vida pública y vida urbana. Esto lleva a hacerse alguna pregunta más sobre la composición social de este pueblo. Se aprehende como una forma, o más bien dos formas, una antigua, otra cristiana, claramente distintas aún en la primera mitad del siglo V. El pueblo antiguo está constituido por los beneficiarios del sustento llamado «cívico» (*politikoi*) tanto en Constantinopla como en Alejandría, y de lo que aún subsiste de la generosidad tradicional. A él pertenecen también los hombres de las milicias urbanas, los «jóvenes» que montan guardia en las murallas y que, al parecer, trabajan incluso en Constantinopla, en el recinto amurallado de Teodosio II, y, por último, los miembros activos de las facciones, que quizá fueran al mismo tiempo los milicianos a los que nos acabamos de referir. Sin duda, era la clase inferior de las ciudades, del pequeño empleado al muchacho avieso, pero no estaba desatendida. Además su realidad no está contenida en su marco público. Durante los últimos años del siglo IV, Libanios presenta a los actores de las revueltas en Antioquía, «los 300 lobos del teatro», sobre todo, como una hez urbana de gentes sin casa ni hogar, extranjeros en la ciudad. Por clásico que sea el argumento, la constante disponibilidad de revoltosos que representan, literalmente, «el pueblo» de la ciudad le otorga alguna consistencia: lo recordaremos cuando veamos confluir, después del 460, el crecimiento de las ciudades, con la cada vez más frecuente sucesión de tumultos.

La plaga de la indigencia y la irrupción de los monjes

Las homilías cristianas multiplican, a partir de finales del siglo IV, las alusiones a las necesidades de la beneficiencia y a las miserias que hay que socorrer en el marco urbano, mientras la legislación de la época pone en relación, con vacilaciones que no viene al caso referir aquí, la delegación en la Iglesia de las tareas de beneficencia y las inmunidades fiscales concedidas a los clérigos y a los bienes eclesiásticos. Pobres, errantes, enfermos y baldados, mendigos y viejos son agrupados en una definición única de la pobreza como incapacidad para asegurar la propia subsistencia, lo que es muy bien visto. La respuesta a estas necesidades, también única, es el establecimiento que asegura a la vez a los pobres el alojamiento y los eventuales cuidados. El hospicio y su complemento, el hospital, nacen en el siglo IV, mientras que la Antigüedad clásica los había ignorado a pesar de su práctica médica. Constituyen, pues, una importante innovación de época tardía. En el siglo IV hay pruebas de la existencia de iniciativas privadas en residencias particulares. El primer ejemplo eclesiástico es el establecimiento abierto por Eustato, obispo de Sebaste, Armenia, desde el año 356 hasta su muerte acaecida en el 380. En este aspecto, como en otros, inspira a Basilio de Cesárea, que llega a obispo de su ciudad natal en el año 370 y crea una especie de ciudad sanitaria a las puertas de Cesárea, la Basiliada. Eustato y, tras él, Basilio ponen monjes al cuidado de sus establecimientos, lo cual se constituye así en parte integrante del modelo, que es, pues, en sus comienzos, urbanos. Las casas de caridad con personal monástico se multiplican, fundamentalmente en la capital, ya en la primera mitad del siglo V. El motivo cultural es, evidentemente, el primero que acude a la mente: la institución cristiana estaba dispuesta a producir tales formas de ayuda para los que se encontraban fuera de los marcos entonces normales de la vida social. Por otra parte, las concibe a partir de los siglos II y III, en provecho de los aislados de la comunidad cristiana, las vírgenes o las viu-

das, por ejemplo. Pero también hay que contar con la coyuntura del momento. Los pobres a los que es preciso socorrer se multiplican, al parecer, a partir del 360, más o menos, en relación con el crecimiento de las ciudades, que son, más que nunca, centros de atracción, sobre todo las más importantes. Se huye de las exacciones a los funcionarios, de las sentencias inicuas de los gobernadores, de la carestía, de los abusos de los terratenientes, y se busca un sustento, otorgado por la tradicional generosidad de los notables o por esta nueva beneficencia cristiana. Y, una vez más, los nombres de Constantinopla, Jerusalén, Antioquía o Alejandría se sitúan a la cabeza, aunque por razones, evidentemente, diferentes. También pudo deteriorarse la salud de las poblaciones que, por lo que parece, debido a unos recursos poco elásticos, crecían lenta pero firmemente. Por último, las enfermedades tienen su propia historia: la lepra parece salir de la sombra en el último tercio del siglo IV; los trastornos atribuidos a la posesión demoníaca se hacen absolutamente comunes y los pacientes quedan en cierto modo inválidos, incapaces de llevar a cabo una actividad continuada. Curiosamente, las fuentes documentales de los años 400 a 450 no dan cuenta de ningún aumento de la criminalidad: esto será un hecho en la época de Justiniano. Solamente se sabe que a los «mendigos sanos» se les prohíbe permanecer en la capital, pero ¿tiene éxito la medida? Por encima de todo, las miserias de los pobres asistidos o a punto de serlo confiere una dimensión totalmente nueva a la población de las ciudades.

Como vimos, el modelo monástico fue en sus orígenes antagonista de los valores urbanos, pero la realidad desborda una vez más el modelo. Los monjes intervienen en la ciudad como tropas de choque de los conflictos dogmáticos, tanto en Antioquía como en Alejandría. La banda de los cuarenta, que baja de Samosata a los Santos Lugares siguiendo a Barsauma, destruye las sinagogas de las ciudades por donde pasa antes de diezmar a

la muchedumbre de judíos reunidos en Jerusalén en el año 438, con motivo de la fiesta de los tabernáculos. Alejandro el Acemeta («que no se acuesta») es expulsado de Antioquía antes de llegar a la capital hacia el 425, y encabezar allí un auge monástico del que la beneficencia no es más que un aspecto. El asilo es otro: los monasterios acogen las miserias sociales, los esclavos fugitivos, los deudores insolventes, en el recinto definido en el concilio de Efeso, en el año 431, como el espacio que va del edificio al muro exterior. El Estado reconoce el principio, aunque se esfuerza por preservar sus derechos. La subversión herética, por el contrario, no admite ninguna restricción, pues el antagonismo entre monaquismo y ciudad oculta aún en parte, en pleno siglo V, la dualidad entre regla y libertad. El monje que va a la ciudad se pierde, según los relatos edificantes. Por el contrario, la subversión herética se reconoce en las bandas errantes, a menudo mixtas, que se mezclan con el mundo, es decir, van a la ciudad. El primer monaquismo de Constantinopla no siempre es ortodoxo. En todo caso, aparece independiente, informal. La regla no se entiende en el sentido occidental del término, sino como un código ascético cuyo origen se remonta a Basilio de Cesárea, con un menor grado de disciplina que en ciertos establecimientos del desierto, y muy poco o ningún encuadramiento sacerdotal. Tanto en la ciudad como en el desierto, el monje está fuera de los marcos de la autoridad y de la sociedad. Y de aquí el vigor de la intervención de la «fuerza» monástica en las oposiciones teológicas, sus violencias, su asociación con los pobres, su agresividad respecto del episcopado como en el caso de Juan Crisóstomo en la capital, por ejemplo. Además, los monjes son a menudo hombres del campo, en el sentido no solamente social, sino también cultural, del término. Con ellos, el mundo copto o sirio hace irrupción en el medio helenizado de Alejandría o de Antioquía.

En este sentido, los monjes de principios del siglo V son plenamente, como los pobres, un componente nuevo que modifica irreversiblemente la vieja categoría urbana de «pueblo». Los monasterios de la ciudad no son entonces casas sometidas a reglas, sino, por el contrario, abiertas. Los monjes viven a veces en grupos muy pequeños, de dos o de tres, a semejanza de los ascetas del siglo IV que permanecían en el seno de sus familias, o más exactamente, ya que son hombres solos y a partir de ahora fuera de todo marco familiar, a semejanza de los grupos comparables del desierto. Se comprende por ello la creciente severidad de las leyes que se esfuerzan por impedir los libres desplazamientos de estos hombres de una a otra ciudad. El concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451, les prohíbe cambiar de sitio, y somete la apertura y la actividad de sus establecimientos al obispo de la ciudad. Sin éxito, puesto que la ley justinianea se esforzará finalmente por apartarlos de las ciudades. Mientras tanto, la primera mitad del siglo V ofrece claramente un panorama urbano de la Iglesia de los monjes que hemos visto desarrollarse en el desierto y, claramente también, el antagonismo entre la Iglesia de los monjes y la de los obispos, que no tendrá solución hasta el siglo XI, que señala el triunfo de los primeros.

Capítulo 4
LA GLORIA DEL IMPERIO

(mediados del siglo V - mediados del siglo VII)

El gran siglo que comienza con el advenimiento de León I, en el 457, y finaliza con la muerte de Justiniano I, en el 565, no debe su coherencia a los emperadores que lo gobiernan. Constituye uno de esos períodos muy ricos en los que los acontecimientos y las iniciativas se acumulan; en el que el conjunto de virtualidades sociales y culturales que se observaban hasta entonces, más o menos latentes, se hacen realidad; en que la sociedad, en una palabra, parece haber alcanzado la más alta cota de una abundancia de hombres y de medios que explicaría los rasgos que acabamos de indicar. La primera etapa de este período abarca hasta el advenimiento de Justino I en el 518. Y este último no es más que el mensajero del gran reinado del siglo, el de Justiniano I, que le sucede el año 527. Con una mirada sobre la época se descubren en primer lugar los mecanismos de la sucesión imperial, que ilustran a su manera una definición del poder supremo, así como la nueva estabilidad que adquiere, a partir de León I, el imperio de Bizancio. El Occidente se convierte en una zona marginal, una posible apertura de la política exterior. El vecino persa se afirma también, y Bizancio lo continúa encontrando en los caminos terrestres y marítimos del Oriente. Pero los sucesivos emperadores se apoyan, como se hizo a lo largo de siglos, unas veces en los Balcanes, al norte, y otras en las provincias de Siria, Palestina y Egipto, y al sur, un sur que comienza, recordémoslo, en los límites meridionales del Asia Menor, con la transición montañosa de la Isauria. En el centro de esta disyuntiva se encuentra «la ciudad soberana», Constantinopla, y su pueblo, de cuyo papel político hablamos en páginas anteriores.

Los reinados de León I y de su yerno y sucesor Zenón suponen la liquidación del problema planteado en el Imperio de Oriente, y más concretamente en el palacio, por una parte, y en Tracia, por otra, a causa de las fuerzas armadas germánicas. Liquidación que ahonda aún más la diferencia entre este imperio y el de Occidente.

El desorden isáurico

En el 457, momento del inicio de la sucesión de Marciano, el «señor de los soldados», Aspar, un alano de confesión arriana, es quizás el primer personaje del Imperio. Su padre, Ardaburius, cónsul el año 427, y él mismo, cónsul en 434, fueron los grandes generales de Teodosio II, y a pesar de que los alanos son un pueblo de la estepa, ambos hombres representan ante el emperador los intereses de los germanos federados, militares y arríanos como ellos. Aspar es quien determina la elección de León, un tracio de su entorno, como emperador. Y León, para contrarrestar el peso de los germanos, empieza a reclutar hombres entre los bárbaros del interior, los isáuricos. Crea el cuerpo de los *excubitores* (los que se apuestan ante las puertas), compuesto de tracios, ilíricos e isáuricos, nueva guardia palatina que desempeñará un importante papel en los siglos sucesivos. Un jefe isáurico, que ostenta el nombre griego de Zenón, se casará con la hija de León, Ariadna, el año 466 o 467. Cuando, en el 471, Aspar y su hijo Ardaburius son asesinados en el palacio, Tracia es asolada por uno de sus parientes, Teodorico el Bizco (*Strabo*), respaldado por la fuerza ostrogoda, instalada como federada en la región desde el año 454: se convierte a su vez en *magister militum* en el 473. Pero Zenón, al enfrentar a los jefes ostrogodos unos contra otros, consigue alejarlos hacia Italia.

A falta de un matrimonio en la familia reinante, León ha unido, por primera vez, las aclamaciones del ejército y el pueblo, con la imposición de la corona por el patriarca de Constantinopla, recientemente designado por el concilio de Calcedonia (451), en paridad con la sede de Roma. Se perfila entonces en torno al trono el esbozo de una constelación familiar, y de una mediación de las mujeres. León casa a su hija mayor, Ariadna, con un hijo de Aspar, el isáurico Zenón, que le sucede el 474. La viuda de León, Verina, interrumpe este reinado al año siguiente, poniendo en el poder primero a su amante y después a su hermano Basiliscos; pero este último debe contar a su vez con su propia esposa, y luego con su sobrino, amante de esta. Zenón vuelve a tomar el poder en el 476 y lo conserva hasta su muerte, acaecida el año 491.

La solución del problema ostrogodo en los Balcanes y la desaparición del Imperio de Occidente en el 476 favorecen un nuevo equilibrio, abiertamente oriental, en que los montañeses isáuricos ocupan un lugar destacado, hecho del que la ascensión de Zenón y su entorno son la mejor aunque no la única prueba. La turbulencia de los isáuricos era atestiguada ya en el siglo II, así como su crónica insumisión. La segunda mitad del siglo V es, a todas luces, uno de sus momentos culminantes. Antes incluso del advenimiento de Zenón, entre el 467 y el 470, se señalan sus violencias en Rodas, donde cometen raptos y homicidios, mientras la población de la capital les arroja piedras y mata a algunos de ellos.

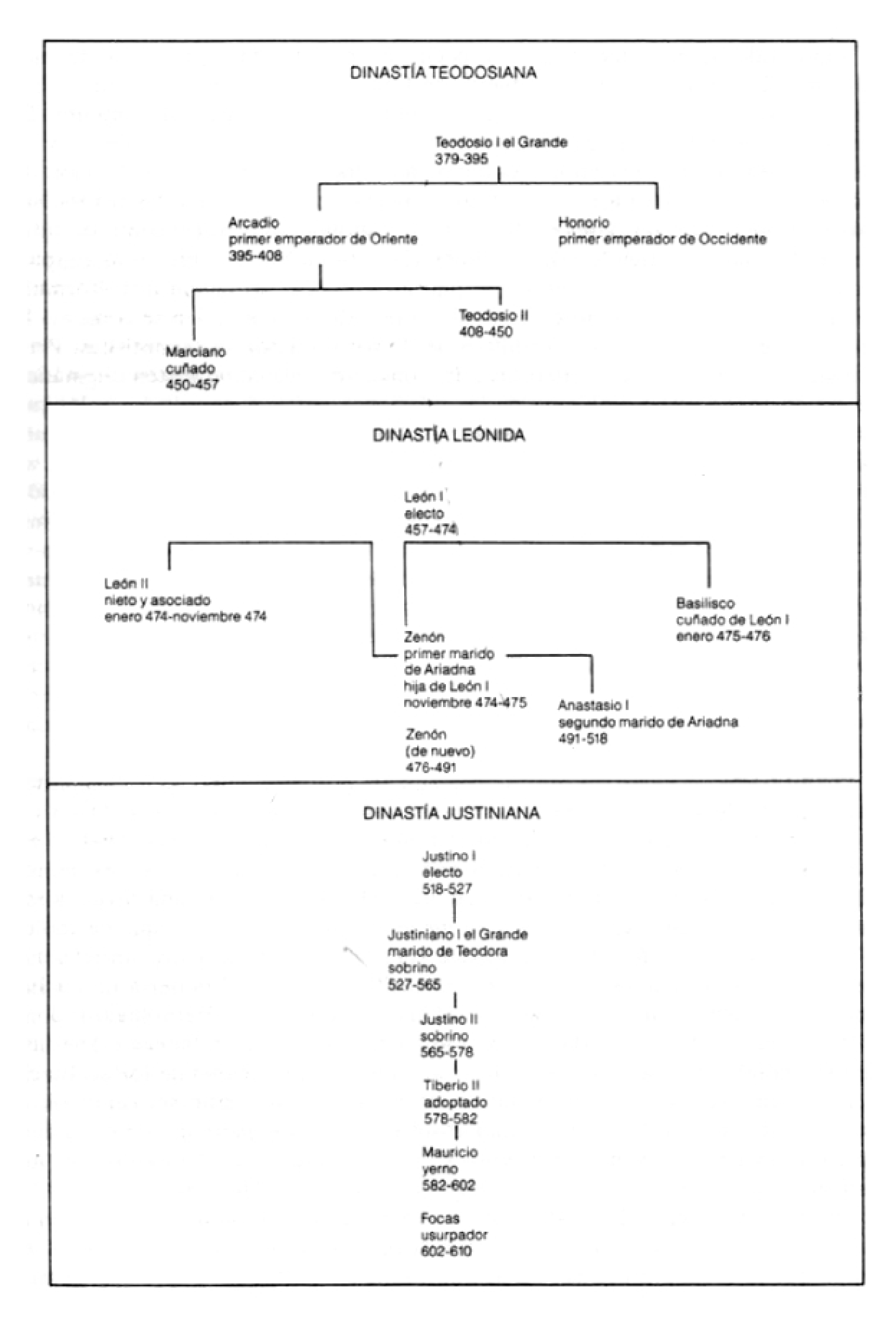
Las discordias dogmáticas

Sobre todo, Zenón juega la carta específicamente oriental y provincial del monofisismo. La fisura confesional abierta en Calcedonia comienza a partir de entonces a perfilarse claramente, entre la capital y las provincias de Oriente. El pueblo de

Constantinopla es calcedonio. La llegada al poder de Basiliscos y su posición monofisita provocan un conflicto en el que los monjes y la población de la capital, agrupados en torno al patriarca Acacio, hacen frente a las tropas, sin duda monásticas, del patriarca de Alejandría, Timoteo Ailuros. En contrapartida, el monofisismo se extiende por las provincias orientales, y sobre todo Egipto, donde nació. El año 482, Zenón y el patriarca Acacio proponen una «fórmula unitaria» (*henotikon*), que no es aceptada ni por Roma, con quien se consuma la ruptura en el 484, ni por los calcedonios del Imperio, ni por los monofisitas. Pero al menos este intento sitúa al patriarca de Constantinopla como sostén dogmático del poder imperial. El problema de las relaciones entre el emperador y los patriarcados, e incluso entre estos, está a partir de ahora abierto, más brutalmente si cabe, y su solución no está cerca. El patriarca de Alejandría, Pedro Monge, se esfuerza en primer lugar por zigzaguear entre el *henotikon* imperial y la presión monofisita de los millares de monjes del país. No obstante, sigue su propio camino y se afirma, por otra parte, a los ojos de las masas, en los años que siguen al 482, como la verdadera potencia en Egipto, contra la que nada puede el gobernador, el representante del Imperio en la provincia. En 490 se rompen las relaciones entre los patriarcas de Constantinopla y de Alejandría, en tanto que el monofisismo ocupa la sede de Antioquía, con el tercer patriarcado de Pedro el Batanero (485-489). En desquite, Zenón cierra la escuela de Edesa, centro de la doctrina nestoriana, cuyos maestros se exilian a Persia. Este hecho contribuye a precisar un poco más la división religiosa.

Por su parte, la Palestina central está agitada por la rebelión de los samaritanos, antiguos fieles de un Pentateuco gemelo del de los judíos, trazado en un alfabeto propio, y de un santuario situado en el monte Gerizim. En 456-457, en Neápolis (Nablus), su centro, samaritanos y simpatizantes asesinan monjes

monofisitas instigados por el patriarca de Jerusalén. Hacia 484 estalla una revuelta samaritana en Cesárea y en Nablus, con un intento de usurpación, que se repite en 529. Este mismo año, un decreto que reprime su culto provoca un levantamiento campesino, que es masivamente samaritano, y lleva al poder a un tal Juliano. La revuelta alcanza la ciudad, a Nablus, a Esquitópolis (Beth-Shean), donde la población está mezclada y donde los rebeldes incendian bienes e iglesias. Cien mil hombres, según Procopio, habrían perecido en el curso de los acontecimientos; sea como sea, los propietarios, cristianos, se quedaron sin campesinos y solos frente al fisco. Los judíos, numerosos en Palestina, participaron en el movimiento samaritano. Aún en 555, unos y otros se desatan en Cesárea contra los cristianos, matan, entre otros, al gobernador y destrozan las iglesias.



Muerto Zenón en 491, a causa de una enfermedad, su viuda elige como emperador a un funcionario de palacio ya sexagenario, el silenciario Anastasio, al tiempo que lo toma por espo-

so. Anastasio comienza por llevar a cabo una guerra de pacificación contra Isauria, que no acaba hasta el 498. La hora política de los isáuricos parece concluida; pero volverá a sonar. Por lo demás, Anastasio se define menos por su nacimiento en Dyrhachium (Durazzo), en el límite del mundo latino, que por su carrera administrativa y por una estancia en Egipto. Con él, el poder imperial permanece decididamente en el campo monofisita. Es apoyado por Filoxeno de Mabboug, obispo de Hierápolis en el patriarcado de Antioquía, de expresión siriaca, y uno de los grandes teóricos del monofisismo, y sobre todo por Severo de Sozópolis, en Pisidia, griego de cultura y lengua, cuya aportación e influencia desempeñaron un importante papel en la historia de la doctrina, y que llegó a ser patriarca de Antioquía el año 512. En una palabra, Anastasio mira hacia Siria, hasta el punto de acoger monjes severianos en la capital en 508, y nombrar como prefecto del pretorio a Marinos de Apamea en 512. Sus relaciones con el patriarca de la capital fluctúan. Coronado por el patriarca Eufemio mediante garantías respecto al *credo* calcedonio, Anastasio lo destituye en 496. Su sucesor, Macedonio, que se mantiene fiel, como el emperador en principio, a la línea oficial del *henotikon,* acaba por conocer la misma suerte: es exiliado en 511. Anastasio se atrae así la abierta y violenta hostilidad de la población partidiaria de Calcedonia, de la capital muy unida a su patriarca. En el otro extremo del Imperio las opciones del emperador no consiguen la adhesión. Mientras que la población de la capital se rebela contra una fórmula monofisita introducida en la liturgia, y se saquea la casa del prefecto Marinos, los obispos calcedonios de Iliria apelan al papa en 512. En 513, la rebelión de Vitaliano estalla en otro lugar sensible del Imperio, Tracia. Vitaliano, conde de los federados, pariente del patriarca Macedonio, arrastra consigue a sus soldados bárbaros descontentos, a los que se añaden los campesinos de la región, y se pone en contacto con

Roma. Su tropa alcanza Constantinopla en tres ocasiones. En primer lugar, llega victorioso en 514, e impone sus condiciones al poder central, aunque es derrotado en 515. Pero la reticencia de una parte del episcopado balcánico en relación al monofisismo no ha disminuido, a pesar de la represión. Y Roma se convierte en el horizonte de esta reticencia.

¿Fue la alternativa de Anastasio el resultado de una convicción personal, de las influencias intelectuales de las que acabamos de hablar, o bien se dejó llevar hacia lo que se estaba convirtiendo en la cultura dominante de las provincias orientales, que le parecieron en este caso más importantes que la adhesión de la capital? Es prácticamente imposible responder a esta pregunta, pues la vida de los emperadores, en esta sociedad, nos es menos accesible aún que la de los miserables. Sea como sea, al término de su reinado, los patriarcas orientales, en su conjunto, están separados de Roma. Pero el patriarcado ecuménico mantiene sus reservas, el de Alejandría es decididamente monofisita, mientras que en Siria la victoria del monofisismo no es total; en Palestina tampoco se ha producido, ya que las masas de la provincia, en lugar de ser cristianas, seguían siendo, en importante proporción, judías o samaritanas, mientras que, en consecuencia, el monaquismo era fácilmente calcedonio o, tal vez, su origen tuviera otras influencias. Pero en todas partes se libran luchas, en todas partes se pelean los monjes, incluso en Siria, tanto de uno como de otro lado. En todas partes, en fin, salvo en el caso particular de Palestina, o de personajes como Severo, la discrepancia doctrinal es de raíz lingüística, y por tanto social, en una medida aún no precisada. Pero fuera copto o sirio el monofisismo, y heleno el *credo* de Calcedonia, las líneas del futuro ya están trazadas.

Anastasio muere en 518, después de su esposa. La elección del sucesor se hace esta vez también en el palacio, antes de ser confirmado con arreglo a los usos, primero por el senado, lue-

go por el pueblo y el ejército y, posteriormente, por el patriarca. Se hace cargo del poder el conde de los *excubitores,* Justino, originario de la región de Skoplje, en la Ilírica latina, y con más de sesenta años de edad. No había tenido hijos de su compañera Lupicina, coronada a la sazón bajo el nombre de Eufemia, y muy rápidamente asocia al poder a su sobrino Justiniano, nacido hacia 482. La misma situación volverá a producirse en 565, a falta de progenitura imperial: Justino II es un sobrino de Justiniano I. Sucesión imperial, pues, pero lateral. Y papel, una vez más, de una emperatriz, no en la sucesión ya que muere en 548, antes que su esposo, sino en el gobierno y el equilibrio del Imperio. Esta emperatriz, Teodora, nacida en la capital, hija de un guardián de osos del hipódromo, parece haber sido *seenica,* mujer del espectáculo, es decir, prostituta, y, por tanto, tradicionalmente prohibida a un hombre como Justiniano, al que su función pública colocaba en la categoría de los *Ilustres*. La ley que, en los años 520-524, flexibilizó esta prohibición estuvo claramente destinada a permitir su unión. La vida azarosa de Teodora la había llevado a través del Oriente, que ella representa, en cierto modo, en la pareja pronto imperial, incluidas las simpatías monofisitas, mientras que el tío y el sobrino se mantuvieron en una posición calcedonia, por razones aún no esclarecidas.

JUSTINIANO: EL ESPLENDOR

Con el advenimiento de Justiniano se abre la segunda parte del siglo, la más dramática y la más brillante. La más famosa también. Todo el mundo ha visto las siluetas imperiales que caminan entre dignatarios en la procesión representada en los muros de San Vital de Ravena y conoce el perfume escandaloso del nombre de Teodora, cuya participación en el poder supremo aparece, sin embargo, menos insólita si se la ve desde la perspectiva de toda la serie de reinados imperiales. De hecho,

en razón de la misma magnitud del poder justinianeo, la época ha suscitado gran abundancia de fuentes escritas o iconográficas, cuyos tópicos sobre la pareja no son más que la falsa quintaesencia. En primer lugar, un historiógrafo oficial, Procopio de Cesárea, hombre de aguda y apasionada inteligencia que, después de los años dedicados a relatar las guerras y las construcciones del soberano, escribe hacia 550, como movido por la impaciencia, la *Historia secreta,* en la que se encuentra el famoso relato de la infancia y juventud de Teodora. La obra proyecta, asimismo, una sombra sobre otros personajes, sobre Belisario, el gran general, sobre el prefecto del pretorio, Juan de Capadocia (531-541). De igual modo, Juan el Lidio, nacido hacia 490, y durante mucho tiempo vinculado a la prefectura del pretorio en Constantinopla, consagra a esta ciudad el tercer volumen de su *Tratado de las magistraturas del Estado romano,* donde este virtuoso y mediocre funcionario bosqueja cuadros de una violenta obscenidad para atacar a Juan de Capadocia.

El siglo de Justiniano

Gracias a obras como estas, y a algunas otras, el círculo de Justiniano y de Teodora se presenta animado por figuras individuales. Por lo demás, es una característica de la época que el grueso de la literatura conservada, a excepción de la hagiografía, proceda del medio de los gobernantes y funcionarios de la capital, mientras que la de finales del siglo IV provenga de los retóricos y los obispos de las ciudades. De manera que se lee en ellas a la vez tanto el relato de los acontecimientos y de las medidas tomadas como la constitución de un modelo imperial cuyos rasgos, elaborados a partir de Constantino, si fijan entonces para el futuro. El monumento de la legislación justinianea es un testimonio capital sobre este doble nivel, y otro personaje de la época aparece entonces en escena, el jurista Triboniano, responsable de la redacción del *Código justinianeo,* publicado en

529, y del *Digesto*, publicado en 533, recopilación revisada, y declarada a partir de entonces intangible, del derecho romano. Posteriormente, el legislador expresa en las *Novelas* leyes independientes, cuyos considerandos y decisiones jalonan la evolución de la capital, de las provincias y de las tierras conquistadas. Si el *Cádiz go* es aún un texto latino, a excepción de algunas leyes posteriores a 450, en las *Novelas* domina el griego ya que el pequeño número de textos latinos tiene un destino occidental, Italia, África, Iliria. Por otro lado, el reinado fue bastante largo como para constituir un ejemplo político, o al menos para imprimir un sello decisivo al modelo en curso de elaboración a partir de Constantino. Este modelo está desarrollado en el discurso político, en el que el emperador dice estar inspirado por el «amor de la humanidad», cuyas riendas ha recibido de arriba, y por la presciencia de lo que es bueno para ella, de acuerdo con la voluntad divina. El preámbulo del *Digesto* declara que no duerme jamás, y Procopio invierte curiosamente la imagen en su *Historia secreta*, en la que lo muestra, en efecto, insensible al sueño, pero debido a su naturaleza demoníaca.

El poder justinianeo expresa también su esplendor en sus edificios y su decoración, a lo largo de las provincias, y sobre todo en la capital, donde Justiniano hace erigir dos símbolos, un palacio y Santa Sofía. Al igual que el de Constantino, y los de los siglos IX-X, el Gran Palacio del siglo VI lo conocemos imperfectamente. Las excavaciones han sacado a la luz exquisitos mosaicos rurales de gusto helenístico, en los que puede verse un molino de agua junto a un río, imagen nueva en esta época. El encargado de los asuntos de Justiniano, el patricio Pedro, recopiló por su parte los protocolos de las ceremonias de la corte de los siglos V y VI, trabajo que sigue la misma línea de alarde ritualizado de la majestad imperial que conocemos por los fragmentos conservados en el *Libro de las Ceremonias* de Constantino VII, compuesto a mediados del siglo X.

Santa Sofía, comenzada el año 532, consagrada en 537, de nuevo en obras en 558 tras el hundimiento de la cúpula, y consagrada por segunda vez en 562, la iglesia de la sabiduría divina, fabulosa por la cantidad de dinero que costó y los tesoros expuestos, se convierte y permanece como el corazón religioso del poder imperial de Bizancio, no solo para el emperador y la población de su capital, sino para las naciones extranjeras. Las capitales de los Estados eslavos no se olvidarán de ella. Bajo los 55 metros de altura de la gran cúpula, en el interior de los 77 metros de anchura desplegados debajo, el coro de Beauvais podría alojarse con holgura. Se fija así, y por mucho tiempo, el prototipo, desigual y gigante, de la iglesia bizantina de planta central, torpemente asentada, casi poco agraciadamente echada sobre el suelo, pero cuyo interior, con el esplendor de los mosaicos, ofrece a Dios un cuadro cuyo poderío recordará el del príncipe. El hecho de que San Vital, en Ravena, Italia, fuera más pequeña o que San Apolinar siguiera el modelo de la basílica no es más que un rasgo regional: allí también se establece el vínculo entre el emperador, presente en medio de sus oficiales, y el poder divino.

El programa justinianeo se sustentaba en los términos de unidad, de romanidad y, también, de inmovilidad. El poder se esfuerza por eliminar todas las disidencias en relación a una norma que es la del imperio cristiano. Se concibe como nacido de una herencia, pero no abierto a ningún cambio. Memoria pero no proyecto, perpetuidad pero no futuro: esta posición, poco inteligible para una mentalidad de hoy, explicaría en lo sucesivo las orientaciones de la política de Bizancio. Así queda demostrado, por ejemplo, en la concepción legislativa: una vez recopilados el *Digesto* y el *Código*, todo el material es destruido y todo comentario prohibido de ahora en adelante. En realidad, paráfrasis y traducciones latinas eludieron la prohibición, mientras que las mismas *Novelas* de Justiniano reflejan la pre-

sión de las circunstancias y atestiguan el inicio de las evoluciones prácticas. Aunque su lengua es a partir de ahora el griego, y el latín parece haber perdido su papel oficial, los contactos culturales no son interrumpidos, pues son también contactos políticos, como lo manifiesta de Roma a Constantinopla la actividad de los Anicios, una de las más importantes familias romanas de la época, con la que quizá estuvo emparentado el papa Gregorio Magno. Pero la reconquista de Occidente sigue siendo el gran proyecto histórico o, mejor dicho, cultural también, de Justiniano.

Grandeza y límites de la «reconquista romana»

Ya en el umbral de la época que estamos analizando, la intervención de León I en África con poderosos medios marca la vuelta a la gran política, ya que responde no a una amenaza directa sino a una demanda del Imperio de Occidente en la víspera de su caída. Anastasio se limita a guerras inicialmente defensivas en el Cáucaso contra el pueblo guerrero de los zanos, parapetado en su refugio montañoso; en la frontera de Mesopotamia, con un importante esfuerzo de fortificación, y, por último, en los Balcanes, donde, desde el reinado de Zenón, los eslavos «antas» y los «esclavenos», y elementos turcos ya designados como «búlgaros», ejercen juntos una presión que se agrava bajo el mandato de Anastasio. Por otra parte, la acción de Anastasio entre las tribus árabes de la estepa sirio-palestina intenta proteger a las provincias de sus incursiones, entonces muy activas, y dirigir su fuerza contra Persia. En este sentido, el emperador apoya la conquista del Himyar por Etiopía, que refuerza una cristianización venida de Alejandría, y por tanto monofisita. De este modo queda despejada para los navegantes bizantinos la ruta marítima esencial que conduce de Eilath (Aila) hacia el golfo Pérsico y la India. El conflicto se vuelve a abrir bajo Justino I, pues el rey de Himyar se pone de parte del judaísmo, lo

que significa que rechaza la tutela de Etiopía y del patriarcado de Alejandría. Se apoya, por el contrario, en el principado árabe de Hira, fiel por su parte a sus cultos tradicionales. Pero una nueva expedición etíope somete el reino rebelde, circunstancia de la que Bizancio se beneficia. Justino I consolida igualmente la posición bizantina en el Cáucaso. Según hemos podido saber, tanto las expediciones como las operaciones de defensa se hacen, a partir de ahora, con las fuerzas propias del Imperio. Desde los años en que los isáuricos se enfrentaban a la población de Constantinopla o de Rodas, en la víspera de su guerra con el poder central, eran mencionados como temporeros en las obras de construcción monásticas de Siria del norte. Tras la caída del reducto isáurico, son deportados a Tracia para reforzar la defensa de la provincia. Y desde el reinado de León I constan como hombres de armas en las tropas privadas reclutadas por los grandes propietarios para su estrategia patrimonial, y a veces entregados por ellos a los ejércitos regulares, en caso de necesidad. Estos *bucellarii* («comedores de bizcocho de soldado») desempeñaron un importante papel en las guerras justinianeas; y no fueron solo hombres de Isauria, sino también de Tracia, por ejemplo. Justiniano dispuso pues, a su advenimiento, de un ejército más provincial que formado por bárbaros, aunque estos últimos no estuvieron jamás ausentes. Su lugar es incluso preponderante en las expediciones de Italia e incluso (no nos sorprendamos de ello) después de 540.

Justiniano deja un modelo, un horizonte, en la tradición imperial de Bizancio: la restauración de la antigua unidad por la reconquista del Occidente. Llamado con motivo de los conflictos dinásticos, intervino en 533 en África, donde su general, Belisario, hizo una campaña triunfal, y en 535 en Italia, donde el mismo general desembarca en Sicilia, pasa luego el estrecho de Mesina y entra en Roma en 536 y en Ravena en 540.

No se deben minimizar estos hechos, como se hace a menudo, porque tuvieran una duración desigual. ¿Acaso el «triunfo» de Belisario en la antigua Roma y la llegada de los «romanos» hasta el Po no suponen la vuelta a la época de Constantino? Faltaban aún la Galia e Hispania, es cierto. Pero aún había mucho tiempo por delante. En estas expediciones es donde queda más de relieve la importancia de los bucelarios reclutados por millares y puestos al servicio de generales como Belisario o Germanos, primo de Justiniano: signo al mismo tiempo de una cierta abundancia de hombres y del creciente poderío privado del que veremos otros rasgos en las campañas.

Pero si la memoria de Bizancio permanece en el Oeste, su historia presente y futura está en juego en los Balcanes y a lo largo de la frontera oriental. Al principio del reinado, la guerra persa se lleva a cabo, con cierto éxito, en Mesopotamia, en Lacica y, sobre todo, en Armenia. Está marcada por las grandes ofensivas del enemigo, que le llevan hasta Antioquía en 529, y sobre todo en 540, año en que la ciudad cae momentáneamente en su poder, y se rompe el tratado concertado en 533. De 531 a 579, el trono de Persia está ocupado por Cosroes I, cuyo reinado señala un gran siglo político y cultural, el de la Persia sasánida que la conquista islámica ensombrecerá aunque sin conseguir borrarla. Aquí también abundan los hombres y el dinero, ¿de plata tal vez? Es posible. Los pueblos bárbaros pululan alrededor de las dos potencias imperiales. Al norte, Justiniano somete definitivamente a los zanos del Cáucaso. Los «hunos» irrumpen en Asia Menor como hicieron bajo el mandato de Anastasio, pero sobre todo, al controlar las rutas continentales de la seda china ejercen presión sobre Bizancio y sobre los persas, cuando no son mercenarios de los unos o de los otros. Los «búlgaros» se hacen fuertes en los Balcanes y asolan en 540 Tracia y Macedonia. En cambio, Bizancio consolida en su beneficio y contra Persia la confederación de las tribus al mando

de los gassaníes, que establecen en la estepa siria su centro, Sergiópolis (Resafa), la ciudad de san Sergio, mientras que los lajmíes están a la cabeza de una organización similar que lucha en favor de los persas. Finalmente, en el sur, Justiniano prosigue la acción diplomática, evangelizadora y militar que constituye la política exterior de Bizancio, por una parte hacia Nubia, por otra, y siempre, en las inmediaciones del mar Rojo, de la ruta marítima bloqueada por Etiopía y el Himyar.

El punto de inflexión militar se sitúa un poco antes, según parece, que el financiero y social, lo que hará del primero una causa del segundo. Ya en 540, la reconquista occidental va perdiendo fuerza. En África, una insurrección beréber amenaza lo adquirido entre 544 y 548. En Italia, el nuevo rey de los ostrogodos, Totila, comienza en 541 una resistencia que se prolongará hasta 555. En 552, sin embargo. Bizancio emprende una guerra en Hispania con motivo, allí también, de un conflicto a la vez dinástico y religioso que le entrega una parte de la península. En 561 la conquista de Italia se consuma en los Alpes venecianos. El mismo año se concierta un tratado por diez años con Persia. En los Balcanes, la presión se agrava después del 544, se desencadenan otras oleadas que cambian las circunstancias políticas: los hunos cutrigures, los «búlgaros» que tienen bajo su mando a los «esclavenos» asolan cada vez con más intensidad Tracia y amenazan la capital, de la que los hunos alcanzan ya la periferia. En 558 llega a Constantinopla la primera embajada de otro pueblo turco, los avaros, que acampan en el Danubio en 561. Esta serie de incursiones, de batallas y de negociaciones que ocupan los diez últimos años del reinado de Justiniano marca de hecho el principio de una nueva época en esta parte del mundo.

JUSTINIANO: LAS DIFICULTADES

Los tiempos no son homogéneos de 457 a 565. Un primer período, que se puede cerrar en 518, acumula en algunos decenios, y simultáneamente, las guerras lejanas o provinciales y las turbulencias urbanas, un formidable auge monástico y un progreso de las construcciones de todo tipo; una evolución que va acompañada de modificaciones de las formas fundamentales de la sociedad y de la producción. Un lento aumento de la población durante el siglo V, que alcanza hacia 450-460 un umbral de presión demográfica, explicaría bastante bien tal concomitancia, siempre que estuviera apoyada en una abundancia de efectivos, oro fundamentalmente, instrumento de la política interior y exterior. Esta actividad histórica es paralela a una rigidez social. Los signos de actividad y rigidez se hacen indiscutibles con Justino I, y con Justiniano: más concretamente, a partir de 550 se hace patente una ruptura.

El peso de los hombres y del oro

Es evidente que no poseemos cifras demográficas seguras, o mejor dicho, estimaciones globales posibles a través de las cuales poder apreciar los datos que rebuscamos en los documentos: número de monjes de un monasterio, o de los contribuyentes de una aldea, efectivos de un ejército proporcionado por un escrito bien informado, etc. La arqueología sugiere las variaciones de población de un territorio, pero las investigaciones en este sentido son aún insuficientes. Lo que sigue es, pues, una pura suposición, simplemente justificada por el deseo de explicar lo mejor posible el mayor número de hechos. Es cierto que el siglo IV y la primera mitad del siglo V no conocieron desequilibrios ni catástrofes de gran envergadura. Y esta fue suficiente para que la población creciera, a pesar de la mortalidad infantil y estacional, del hambre frecuente y de la alimentación insuficiente, de una salud pública deficiente. Se ve por las tumbas fa-

miliares que los matrimonios provinciales rebasaron a menudo el umbral del nacimiento de cuatro a seis niños. Ahora bien, una sociedad cuya productividad era a la vez poco elástica y fuertemente tributaria de la energía humana debía acusar muchas más oscilaciones de las que nos muestran las cifras. Los factores negativos podrían ser las sangrías catastróficas, por un lado, y por otro, ese segundo fenómeno que abarca pero sobrepasa al primero, una alarmante disminución del número de parejas genitoras.

Esta_disminución pudo tener causas demográficas. Una de ellas, de primera magnitud, fue la_peste. La enfermedad bubónica está descrita en los textos médicos, pero no identificada en la historia del alto Imperio, donde dos graves epidemias, a finales del siglo II y a mediados del III, son difíciles de definir exactamente, aunque podrían haber sido viruelas. En cambio, cuando la peste irrumpe a finales de 541, procedente de Etiopía a través de Egipto, Procopio y otros historiadores la describen con una precisión que prueba su novedad. En la primavera de 542, llega a Constantinopla y asola el Imperio tanto como Occidente. Una ley de marzo de 544, que prescribe la vuelta a salarios anteriores, la declara acabada. Aunque, de hecho, permanece amenazante, y la historiografía la menciona aquí y allí, en 557-558, 572-574, 590, 599, e incluso en el siglo VII. La epidemia de 541-544 causó sin duda grandes estragos, amplificados por la perturbación social que comportó, y que repercutieron en las pérdidas de hijos de las generaciones futuras. La década abierta por la peste estuvo, por lo demás, marcada por otras calamidades, en particular una epizootia catastrófica en 547-548. Todo el reinado de Justiniano estuvo salpicado de frecuentes épocas de hambre. ¿Es preciso ver aquí los signos de un período de sequía, de la que también sería un indicio la creciente agresividad de los nómadas en los caminos orientales? Es posible. Pero también puede pensarse que el alcance, en cualquier

caso muy grande, de los estragos de la peste y el hambre está en correlación con una población llegada a un grado de densidad elevado en relación a los recursos, al término del lento ascenso supuesto anteriormente que cesa después de 550. Sin embargo, también el declive será lento. Pues implica causas sociales del desequilibrio demográfico y de carencia de procreación, claramente visibles desde 450-460, y que llegan a su máxima expresión bajo el reinado de Justiniano, pero cuyo efecto sigue siendo acumulativo, a medio o largo plazo. Si se ponen aparte las empresas militares, y el problema de las regiones constantemente expuestas a los bárbaros, estas causas se inscriben en los tres espacios definidos más arriba, el desierto, el campo y la ciudad, y en la relación que existe entre ellos. Las volveremos a encontrar, pues, en la historia social del período.

La historia militar, la historia interna de la ciudades, de los monasterios o de las construcciones no es posible sin una abundancia de moneda de oro que la financie. La guerra vándala de León I, la edificación del complejo monástico del Monte Admirable, al norte de Antioquía, bajo el mandato de Zenón, son los primeros ejemplos. Pero son las medidas financieras y fiscales de Anastasio las que se llevan la palma, después de estos primeros gastos también elevados. El emperador suprime en 498 el impuesto en oro y plata recaudado en concepto de bienes y servicios, incluida la prostitución, mientras que declara que el impuesto sobre los campos se ha de cobrar en oro. Por otra parte, crea una moneda fuerte de bronce, el *follis*, destinada a las más importantes de las pequeñas transacciones, a fin de revalorizarlas y de aliviar el circuito del oro. Finalmente, vuelve a poner orden en el sistema de aduanas y en el de los pagos a los funcionarios, o al menos se esfuerza, antes de muchos otros, en prohibir los aumentos practicados por estos últimos. Pero *el follis* no cesa de depreciarse en términos de cambio con el oro, a pesar de una medida de recuperación tomada por Justiniano

en 529. Las dotes de las jóvenes de las provincias, los tesoros de los monasterios, las rentas constituidas en su beneficio, los donativos que se les hacen son valorados más que nunca en oro, mientras el ahorro de los trabajadores pagados diariamente lo es en bronce.

Frecuentemente se ha pensado que el oro del Imperio se consumió durante los siglos V y VI a causa de los tributos pagados a los bárbaros, las compras en el exterior, las especias llegadas de la India, la seda china conducida a través de Persia y los mercenarios escandinavos, aunque la exportación de metal fue oficialmente prohibida. Los hallazgos de sueldos, de Suecia a Ucrania, parecen confirmar esta hipótesis, y es cierto que, según el testimonio del ya citado mercader Cosmas, el sueldo de oro bizantino fue más importante que la moneda de plata persa hasta en el mercado de Ceilán. Pero una parte del oro pagado a los bárbaros o a los mercenarios tal vez volvía a entrar en el Imperio a través de compras. El problema de la seda se solucionó con la introducción del gusano en el Imperio hacia 553 o 559. Posteriormente, las reservas de oro se renovaron por el metal de las minas del Sudán, pero sobre todo por la constantemente posible conversión de los objetos atesorados por el palacio, los poderosos y los establecimientos religiosos. Por fin, el gobierno de Justiniano usa y abusa de los procedimientos tradicionales: venalidad de los cargos; creación de un monopolio en provecho de las corporaciones de la capital, que ellas le pagan; monopolio imperial sobre la seda sin trabajar cuando era aún importada; confiscación de los bienes de los paganos y herejes del Asia Menor, en particular; incremento de la extorsión fiscal, cuyos medios hemos descrito; retraso en la paga de los soldados, mientras que algunos oficiales, tal como nos consta, omiten a sabiendas el tachar a los difuntos en las listas. Todas estas presiones parecen acumularse a partir de 540, en el mis-

mo momento en que la peste y diversas calamidades afligen a la población.

La efervescencia de la ciudad

Los conflictos urbanos se recrudecen en gran medida desde 450, sobre todo en tiempos de Justiniano, planteando un problema de historia demográfica, política y social. Sin lugar a dudas, la población relativa de las ciudades aumenta. La arqueología nos lo prueba de Alepo a Jerusalén. Y los textos muestran que este aumento no es saludable. Se va a la ciudad huyendo de las dificultades sociales del campo, y a la capital porque se busca refugio frente a los problemas de las ciudades provincianas. Las *Novelas* de Justiniano, preocupadas por contener el movimiento, torrencial a partir de 530, nos proporcionan buena información sobre el particular. Los que llegan son a menudo víctimas a la vez de los hacendados, del fisco y de la justicia corrompida de los gobernadores. Sin olvidar, por supuesto, el vagabundeo puro y simple, la inestabilidad de los pobres, la inquietud que arroja a los caminos y a las calles a esos «monjes errantes» que los cánones no cesan de condenar sin éxito; ni tampoco la atracción que arrastra hacia algún reputado santuario como el de Monte Admirable, o hacia Tierra Santa. La ciudad solo puede responder muy parcialmente a esta tendencia. Proporciona trabajo en la construcción de edificios, cisternas o murallas, o en las obras públicas, pero muy poco ya que los que llegan ofrecen una fuerza de trabajo sin cualificación. Por el contrario, el trabajo cualificado del artesanado parece escasear, quizá al haber conseguido su estabilización frente a una creciente demanda. Las asociaciones artesanales tienden, en efecto, a convertirse en grupos de presión, defensores de un monopolio, o al menos de una posición de fuerza. Ya en 459, un proceso grabado en piedra publica en Sardes las disposiciones relativas a los litigios y rupturas de contrato entre los artesanos

de la construcción, los miembros de la asociación y sus empleados. Una *novella* de 538 propone condiciones ventajosas a los hortelanos que hagan fructificar los terrenos situados alrededor de la capital. Por las mismas fechas, Justiniano concede, o más bien vende, a las asociaciones de la capital una situación de monopolio, incluso ante la peste, que provoca un aumento excesivo de todos los salarios, atestiguado por una *novella* de 544. En 539, se dota a la capital de un magistrado especial, el *quaesitor,* que recibe la misión de controlar a los recién llegados, de expulsarlos si su estancia no está justificada, p de emplearlos en las obras públicas y en las panaderías. Esta ley hace alusión al peligro de criminalidad, mientras que otra denuncia los perjuicios de los proxenetas que amenazan en la ciudad a campesinos aún niños. A falta de trabajo, los que llegan buscan una ayuda. Mientras los inmuebles de Constantinopla y Alejandría conservan para sus habitantes de derecho el privilegio de los «panes públicos», la beneficencia es de ahora en adelante una atribución de la Iglesia. Esclavos y colonos prófugos, deudores del fisco, pleiteantes desafortunados se refugian en el recinto de asilo, malviviendo en espera de días mejores. Los campesinos, los errantes, los inválidos de cualquier tipo piden socorro a los establecimientos de caridad, que se multiplican en las grandes ciudades, y están al cuidado de monjes y, cada vez más, construidos y dotados por los emperadores. Algunos ofrecen un verdadero servicio hospitalario. Todos distribuyen alimentos, al menos durante las fiestas. Las asociaciones piadosas laicas aportan también su ayuda, recogiendo a los indigentes vivos o muertos.

Este movimiento de población provoca necesariamente un problema político que la institución ciudadana tradicional es incapaz de asumir, pero que se manifiesta por el recrudecimiento de los tumultos. En efecto, es significativo que las causas explícitas no sean otra cosa que reivindicaciones materiales.

Sin duda, las dificultades de abastecimiento, las gestiones poco eficaces, las medidas impopulares provocan una agitación violenta, incendios, lanzamiento de piedras a las autoridades, muertes de hombres; incluso se llegan a matar unos a otros alrededor de los puntos de agua en períodos de sequía. Pero la «agitación de los pobres» en Constantinopla el año 533 contra una «brusca devaluación de la calderilla» constituye un caso excepcional. Y cuando el *demos* de Antioquía se subleva en 540 ante la proximidad de los persas porque «busca la revolución», hace pensar que la motivación social está sin duda alguna recubierta en la conciencia de los actores por una espera de tipo escatológico. En cambio, se consideran características las refriegas entre confesiones o los asaltos contra los isáuricos. Las reyertas callejeras contra los judíos se multiplican en Alejandría y otras partes. La única respuesta de la institución consiste en aumentar y estructurar el papel de las facciones en el hipódromo.

Recordemos que el simbolismo de los cuatro colores, pronto reagrupados en dos, el Azul y el Verde, y el del hipódromo, imagen del mundo donde reina el soberano, se remonta al siglo IV, al menos en nuestra historia, pues sus antecedentes son aún más antiguos. El papel de estas facciones se afirma sobre todo en el siglo V, y más concretamente a partir de Anastasio, antes de eclipsarse a principios del siglo VII o, mejor dicho, de quedar reducido desde entonces a un apacible componente del simbolismo oficial. Sus miembros de plena dedicación constituyen a la vez la milicia ciudadana, que trabaja y hace guardia en las murallas, y los interlocutores del diálogo ritualizado con el soberano en el hipódromo. Aparecen estructurados, con un comandante, un administrador, un consejo, un portavoz y un cierto capital. Los Verdes tienen patronos conocidos. Pero la actividad de las facciones no se limita a la capital, ni al espectáculo, ni está encerrada en el hipódromo, donde se pone de relieve el pueblo antiguo frente al poder imperial. El Azul y el

Verde se enfrentan en peleas que llegan también a la calle, intervienen en la efervescencia de variadas circunstancias y, si se tercia, contra el propio emperador. El episodio más significativo a este respecto es la célebre sedición *Nika* («¡Victoria…!») que en 532 pone en peligro a Justiniano, y que es desencadenada por las dos facciones a raíz de una represión motivada por los excesos de los Verdes. Si hemos de creer a Procopio, por estas fechas, y tal vez por velada instigación de Justiniano antes de su advenimiento, las facciones y sus «jóvenes» se convirtieron abiertamente en organizaciones de bandolerismo, robando, violando, matando por encargo. Su movilización no está ni mucho menos vinculada al incremento del número de pobres y desarraigados. Se recluían, por el contrario, hasta en las buenas familias. Y toda la ciudad de la Antigüedad que toca a su fin está sin duda ahí, en esta delegación de todos los antagonismos, en esta cristalización formal de la violencia latente sustentada por las condiciones de la vida urbana.

El decaimiento campesino

Mientras que las ciudades crecen desmesuradamente, sobre todo las más grandes, los campos no se vacían. Pero aunque la organización aldeana permanezca inalterable, bajo una forma que recorre los siglos, el desarrollo de la dependencia patrimonial y el auge de monasterios productivos en ciertas regiones, Siria del norte, Mesopotamia, alrededores de Jerusalén, introducen importantes modificaciones. En efecto, el dominio evoluciona menos como explotador directo que como recaudador de rentas y, sobre todo, como poder que privatiza en su beneficio el poder público, su orden, su exigencia fiscal, a menudo a partir de una delegación. Tenemos testimonios de tropas, policía y cárceles privadas fundamentalmente a partir de 450. Constituyen un orden que es a veces el de la propiedad legítima, y a veces el de una extensión abusiva de esta por medio de

la práctica del patronazgo, ya sea impuesto o voluntariamente aceptado. Los bienes de los Apiones, en Egipto, cuyos archivos poseemos, son en el siglo VI un pequeño Estado dentro del Estado. A fin de cuentas, la actitud del poder central es ambigua, pues se halla dividido entre una exigencia fiscal frustrada y una solidaridad natural con los grandes propietarios —a cuya cabeza se sitúa el propio emperador, como se recordará—, entre los que se cuentan también las iglesias, como las de Alejandría, cuya forma de riqueza es la base del poderío social y político por excelencia tal como se entendía entonces. Asimismo, las *Novelas* de Justiniano lamentan, después de 530, que la prosperidad de las aldeas montañesas desafíe al poder público del que las sustrae alguna protección local, a punta de cuchillo, se entiende. El poder central se esfuerza, pues, en vigorizar el orden público reuniendo es una sola mano los poderes civiles y militares tradicionalmente separados, esbozo del sistema que se generalizará más tarde. Por otra parte, bajo Justiniano y Justino II, se multiplican las concesiones de autonomía fiscal dentro de los límites de un dominio en que los agentes del fisco no pueden entrar y cuyo propietario recauda y abona el impuesto, lo que equivale a reconocerle una parcela de la autoridad pública y un poder de deducción fiscal sin limitación externa.

A la pesada carga campesina se añade aún la parte correspondiente a la Iglesia, fundada sobre otra relación de poder. Nos encontramos aquí con ofrendas voluntarias, regulares u ocasionales, aunque también con alguna que otra extorsión practicada por el sacerdote rural que niega los sacramentos a quien no los quiere pagar. La punción se hace en el marco del sistema de creencia. Por lo demás, allí donde la iglesia es privada, lo que es frecuente en Egipto, estas entradas específicas corresponden a la renta patrimonial.

Se adivina a partir de entonces una condición campesina desigualmente dura según las regiones y los momentos. Los cam-

pesinos del Asia Menor son abrumados, después de 545, por la conjunción del estrago demográfico debido a la peste, de la creciente exigencia fiscal y de una serie de malos años. Los de Tracia soportan en progresión creciente agresiones de los bárbaros cada vez más duras. El poder central reprime las disidencias religiosas regionales, las samaritanas de Palestina, las heréticas y paganas del Asia Menor, a fin de conseguir la unidad ideológica y sacar a flote el tesoro por medio de las confiscaciones. Estas disidencias tienen importantes cimientos campesinos. Sin embargo, si se observan las resistencias violentas, como las de los samaritanos, los asesinatos y muertes voluntarias entre los heréticos, o cómo los campesinos tracios engrosan en 513 los efectivos de la tentativa de Vitaliano, no se observan revueltas campesinas propiamente dichas. La~sociedad campesina reacciona descomponiéndose. No a través del bandolerismo, que es una actividad normal en regiones como Isauria, sino huyendo. La familia se desmembra, la tierra queda abandonada, el campesino se deshace de su carga cuando se ve agravada por cualquier poder que exceda los límites de lo soportable. El campo envía sus hombres a la ciudad, por medio del ejército reclutado por los grandes y, sobre todo, indudablemente, al campo y al convento.

El mundo de los monjes

Ya vimos más arriba lo que era el desierto, y también cómo se dejaba el mundo por la soledad, de uno en uno o de dos en dos, del artesanado eremítico, o por la vida comunitaria. Hemos mostrado también el auge monástico urbano vinculado a la beneficencia. Pero esta época se caracteriza ante todo por un gran desarrollo de las comunidades fuera de las ciudades a través de dos modalidades: la laura (*lavra*) y el convento (*koinobion*). La laura se basa en una fórmula semicomunitaria: hábitat individual, patrimonio común, reuniones los fines de

semana y dirección material y espiritual de uno solo, el *higumeno* («el conductor»). El funcionamiento del modelo está descrito en la *Vida* del más ilustre de los monjes palestinos, Sabas, muerto en 532, cuya fundación perdura hasta nuestros días. Establecida en un terreno árido como, por ejemplo, el desierto de Judá, una laura se limita a la producción artesanal, pero se apoya en un «huerto», en este caso a orillas del mar Muerto. A sus recursos propios se añaden las ofrendas de dinero, que permiten particularmente la adquisición o la construcción de inmuebles. Es así como Sabas construye su laura y adquiere en Jerusalén locales para el hospedaje de sus monjes. Esta fórmula se desarrolla en la zona árida de Egipto y de Palestina. En las regiones susceptibles de producir, en Egipto, alrededor de Belén, en Siria del norte, en Mesopotamia, se multiplican los establecimientos comunitarios, productores de trigo, vino o aceite de oliva. Las excavaciones muestran, en este caso, un hábitat colectivo. Estos establecimientos ejercen también una función caritativa y hospitalaria que puede llegar a ser primordial si están situados en un eje de circulación importante. Constituyen la fuerza monástica tanto los de calcedonios de Palestina y Antioquía como de los monofisitas de Egipto y Mesopotamia. Reciben ofrendas en dinero, ya sea al contado o en forma de rentas que aseguran su actividad y su desarrollo. Sus tierras, como todos los bienes de la Iglesia, son inalienables y a veces proceden de un desmonte. Los límites de asilo puestos en el campo de Sirio o de Panfilia sugieren una forma de la atracción que podían ejercer estos monasterios. La *Vida de Simeón Estilita el Joven*, muerto en 592, describe a los obreros, a veces venidos de lejos, los enfermos curados que ofrecen su mano de obra ya que el dinero no es aceptado, el taller de construcción siempre abierto, cuya importancia han confirmado las excavaciones de Monte Admirable, cerca de Antioquía. Pero ya en esta

época también algunos monasterios se comportan como hacendados, es decir, como recaudadores de rentas.

El movimiento de las fundaciones monásticas se inscribe con bastante claridad en ese gran siglo que transcurre entre 457 y 565. Así, la cruzada confiada al obispo monofisita Juan de Éfeso en 542-543, se salda con la colonización monástica de las tierras confiscadas a los paganos del Asia Menor. Las fundaciones disminuyen considerablemente a partir de 550, al mismo tiempo que la presión humana, como puede pensarse, y los recursos financieros. Sin embargo, los monasterios existentes tardaron siglos en extinguirse, cuando no sobrevivieron hasta nuestros días, como San Sabas, Santa Catalina del Sinaí, acabado de construir hacia 556, y algunos otros, que mantienen la presencia histórica del helenismo bizantino en países donde prevalece el cristianismo oriental y el Islam.

El fracaso religioso

La prosecución de la reconquista no consigue devolver al papa el lugar eminente, en el sistema del mundo, que había tenido la antigua Roma. Es la nueva Roma quien tiene el poder. Tras la reconciliación llevada a cabo al principio del reinado de Justino I, el papa sigue siendo un posible arbitro, una referencia que Justiniano se esfuerza por obtener en su búsqueda de un compromiso capaz de resolver la cuestión monofisita y que él estudia en virtud de la competencia dogmática del emperador. En este campo de la unidad religiosa alrededor de un *credo* imperial, Justiniano tiene un éxito desigual. Los monofisitas representan una coherencia cultural, demasiado fuerte, convertida ya en nacional, con dos polos, el sirio y el copto, como para hacerlos volver al seno de la ortodoxia. Sin embargo, un conflicto doctrinal divide entonces Egipto entre Severo de Antioquía, que está allí refugiado, y Juliano de Halicarnaso, cuyos

puntos de vista radicales sobre el sufrimiento y el cuerpo de Cristo hacen mella en muchos monjes. Justiniano interviene estableciendo, en primer lugar, una jerarquía calificada, todavía hoy, de *melkita* («del soberano»), de acuerdo con su propia doctrina. Efrén, que ocupa la sede de Antioquía de 527 a 545, es un alto funcionario, conde de Oriente. Igualmente, Apolinar, patriarca melkita de Alejandría de 551 a 570, es un *dux* (comandante militar). El poder central tiende a conferirle una autoridad total sobre la provincia. Por su parte, la Iglesia monofisita adquiere una nueva y durable fisonomía bajo el impulso de Jacobo Baradai, llegado a Constantinopla hacia el año 528, miembro del círculo monofisita protegido por Teodora, y ordenado gracias a la influencia de esta como obispo de Edesa en 541. Esta dignidad le permite renovar, hasta su muerte acaecida el año 578, un clero que estaba en vías de extinción y que tomará a partir de entonces hasta nuestros días la denominación de jacobita. La confederación tribal (*filarquíá*) de los árabes de Siria y las misiones que remontan el Nilo hacia Sudán se suman al peso político del monofisismo, cuya floración intelectual en el dominio sirio es entonces brillante, como lo ponen de manifiesto la historiografía de Juan de Éfeso y la filosofía mística de Esteban bar Sudaili, entre otros. En estas circunstancias no tiene ninguna posibilidad de éxito el compromiso propuesto por Justiniano en 543 o 544, consistente en condenar «tres capítulos» extraídos de las actas del concilio de Calcedonia. Ni unos ni otros lo aceptan, aunque el papa Vigilio es convocado por este motivo a Constantinopla, ciudad a la que llega en 547, en plena campaña bizantina de reconquista. El balance del reinado en relación a los monofisitas es, pues, nulo. Si bien es cierto que la sede de Alejandría sigue en manos de los calcedonios tras Apolinar, que se sirvió de la violencia y la persuasión, ni el campo ni los monjes la apoyan. La situación es similar en Antioquía y en Siria, en tanto, según parece, el monofisismo

progresa en la capital hacia el final del reinado. La victoria del Islam, o más exactamente, la derrota de Bizancio en Siria y en Egipto, quizá permite leer ya entre líneas en esta historia.

La misma observación se puede hacer con respecto a los judíos, afectados por incapacidades civiles, pero cuya religión no estaba sin embargo prohibida, aunque sí los matrimonios con ellos y las conversiones al judaísmo. Siguiendo el principio de su competencia imperial, Justiniano interviene en un debate que divide las comunidades judías, y que, sin duda, incide en su relación con el Imperio. En efecto, los judíos de este tiempo están divididos entre la tradición griega, heredera del judaísmo alejandrino, y la corriente rabínica, basada en la exégesis en lengua hebrea y aramea, y, en el siglo VI, en las florecientes juderías de Persia. El Talmud de Babilonia quedó cerrado, según parece, hacia 500, pero la exégesis prosigue. En otras palabras, por un lado está la cultura clásica, fundamentalmente la filosofía griega, y por otro, un monumental conjunto de tradiciones, en que la cultura imperial no está ausente, bajo formas menos refinadas por lo demás, pero que dominan la profundización de la jurisprudencia y de las ideas religiosas que conferían a los judíos en el conjunto una creciente particularidad. Así, la *novella* de 553 autoriza la lectura litúrgica de la ley en griego, preferentemente en la traducción llamada de los «Setenta», y prohíbe el uso de los comentarios de los rabinos, lo que apunta a una limitación de la norma aparentemente más cercana a la antigüedad judía, pero también a la cultura imperial cristiana y, por tanto, la más cercana a una eventual aproximación. La acogida dada por los judíos de Oriente primero a los persas y después a los árabes mostrará que su historia también iba en ese sentido.

La sangrienta represión de los maniqueos desde el inicio del reinado y, en la misma época, de la antigua herejía montañista de Frigia, por conductas subversivas simbólicas o reales, así como las medidas tomadas contra el politeísmo tradicional, signi-

fican la voluntad imperial de depurar definitivamente la herencia cultural. Pero también aquí sobreviene el fracaso en la práctica. Maniqueos y montañistas se sitúan en la secular profundidad de una corriente demasiado fundamental como para poder ser liquidada de esta manera; volveremos a tratar de ellos más adelante. En cuanto al paganismo, se encuentra en diferentes niveles sociales. La prohibición de enseñar hecha a sus adeptos en 529, y el consecuente cierre de la Escuela de Filosofía de Atenas, centro neurálgico del neoplatonismo, afectan a un medio intelectual que permaneció hasta entonces fuera del magisterio de la Iglesia. Algunos emigraron a Persia, donde fueron bien acogidos por Cosroes. En cambio, la misión llevada a cabo por Juan de Éfeso entre los montañeses paganos de Asia Menor, hacia 542, tuvo las trazas brutales de una colonización monástica. En cualquier caso, los viejos cultos sobreviven en el patrimonio colectivo, y reaparecen con asuntos que alcanzan mucho eco, como el que implica hacia 580, con razón o sin ella, al mismo patriarca de Antioquía.

EL MOMENTO CRUCIAL DE UNA ÉPOCA: 565 610

Un importante reinado se acaba a mediados de 565 con la muerte de Justiniano y otro inicia su andadura en 610 con la llegada al poder de Heraclio. Entre estos dos fechas no se produce ninguna ruptura. El curso de la historia íntima continúa en la misma dirección, incluso se acelera bajo la presión del imperio persa y de los bárbaros de los Balcanes, y conduce hacia otra Bizancio al emperador y a su Iglesia, a la capital y sus provincias. La transición política, cultural y militar abierta en 565 prosigue, en realidad, hasta 615-620, pero su importancia, a pesar de ser grande, no radica en la persona de los soberanos. Solo en aras de la claridad del relato comenzaremos por estos últimos.

Al igual que Justiniano después de Justino I, Justino II es el hijo de una hermana del emperador precedente. Su esposa, Sofía, es partícipe del poder imperial como muestra su presencia en las monedas. Sumido en una enfermedad mental desde 574, Justino II piensa como nuevo César en el tracio Tiberio, conde de los *excubitores*, elegido en el palacio como Justino I lo había sido por Anastasio, y lo adopta. Tiberio le sucede a su muerte, acaecida en 578. Tiberio muere a su vez en 582, tras haber designado como sucesor al capadocio Mauricio, también él conde de los *excubitores*, y más tarde comandante supremo en Oriente (*magister militum per Orientem*) en la guerra contra Persia; Mauricio se casa con la hija de Tiberio, Constantina. La pareja tendrá numerosos hijos, como un avance del tipo de familia imperial de los próximos siglos, en contraste con los emperadores sin descendencia directa del siglo que se acaba. Sin embargo, Mauricio no es el fundador de una dinastía: su reinado está jalonado de conflictos entre facciones cuya violencia toma las proporciones de una guerra civil; además, tal vez, fuera herético. En todo caso, a pesar de su esfuerzo militar, es derrocado en 602 por Focas, un suboficial que la historiografía de la época califica de «tirano» (es decir, sin legitimidad), y asesinado junto a los suyos. El desconcierto de los tiempos y sus propias crueldades le impiden mantenerse por mucho tiempo. Su yerno, el patricio Crispo, apela a Heraclio, exarca de Cartago. Las facciones acogen triunfalmente bajo las murallas de la ciudad, en 610, al hijo homónimo de Heraclio. Heraclio el Joven y su descendencia directa ocuparon durante un siglo la historia de Bizancio.

No nos faltan fuentes para situar el contexto de esta sucesión de emperadores. A la narración de los historiógrafos, Evagrio, Teofilacto Simocatta, entre otros, hay que sumar los relatos hagiográficos más destacados. La *Vida del patriarca Juan el Miseri-*

cordioso, muerto en 620, obra del obispo Leoncio de Neápolis, habla de la considerable actividad comercial y financiera de la Iglesia de Alejandría. La colección de *Milagros de san Demetrio,* patriarca de Tesalónica, narra en su primer libro, compuesto por un obispo de la ciudad poco después de 610, un gran asalto llevado a cabo, sin duda en 597, por los avaros y los eslavos, los «esclavenos» de las fuentes bizantinas. La supuesta biografía de un judío convertido al cristianismo, Jacob, se sitúa en las luchas de facciones a principios del siglo VII, mientras que el relato georgiano de la toma de Jerusalén por los persas, en 614, señala también la agitación de los bandos contrarios y el apoyo prestado por los judíos a los enemigos orientales de Bizancio. Por otra parte, las excavaciones aportan datos, aunque de manera local y parcial, sobre la coyuntura.

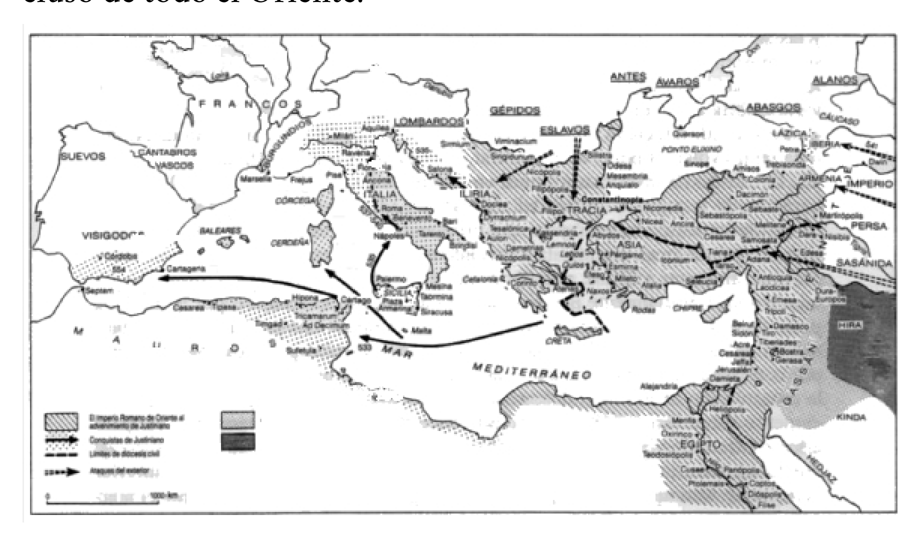
A este respecto, Justino II inicia sin duda un resurgimiento, tras el declive que había acompañado la vejez de Justiniano. Sus construcciones, su generosidad o la restauración del consulado manifiestan en todo caso tal voluntad. Pero la época, sobre todo con Mauricio, aparece atormentada por los disturbios. Los ejércitos se agitan, descontentos por la paga irregular, y otras medidas. En 588 las tropas impagadas de Oriente se desbandan y se entregan al merodeo y al bandolerismo en los campos. En 602, el ejército del frente balcánico se subleva y lleva a Focas al poder. Las grandes ciudades parecen estar aún muy o demasiado pobladas y en una difícil coyuntura. Las facciones de la capital desempeñan su papel en la caída de Mauricio y, posteriormente, en la de Focas. La hagiografía de san Demetrio les atribuye, bajo el reinado de este último, una explosión general, a lo largo y ancho de todo el Imperio, de sediciones y criminalidad, motivadas, según él, por el diablo. La tensión religiosa se inscribe en el mismo cuadro. Mauricio prosigue una política activamente calcedoniana, quizá para recobrar la unidad que se deshace. Intenta imponer el *credo* imperial en Armenia tras la

victoria de 591, y deja a su primo Domiciano, obispo de Melitene, ejercer en Mesopotamia una brutal represión, por lo demás sin resultado. Por otra parte, el año 580 está marcado por un movimiento pagano, en el que están implicados los patriarcas de Antioquía y Constantinopla, con un levantamiento en Heliópolis y matanzas en Edesa. Los samaritanos vuelven a sublevarse una vez más en 594. Por último, las catástrofes jalonan este fin de siglo, como las pestes mortales de 573-574, las importantes carestías de 582 y, sobre todo, de 600-603. Sin embargo, la verdadera característica del período es la presión bárbara. Es ella la que asóla los campos y los caminos, la que aviva el nerviosismo de los ejércitos y las ciudades, la que atiza los conflictos entre comunidades, entre el poder central y las disidencias regionales. Un *Tratado táctico* de la época, durante mucho tiempo atribuido erróneamente al propio Mauricio, describe las armas y las maneras de combatir de los diversos pueblos lanzados al asalto de Bizancio, con una significativa atención y calidad de observación. De hecho, son muchas las etnias que abastecen tanto a los asaltantes como a los defensores mercenarios del Imperio. La impresión que obtenemos es la de una muchedumbre que llega hasta las fronteras, al menos relativamente; pues, una vez más, no disponemos de cifras que nos den la medida, en nuestra escala, de estos movimientos de pueblos.

El final de la reconquista

En los límites de nuestra historia están las regiones reconquistadas por Justiniano, Italia y África y, aún más lejos, Hispania. Esta última conquista, la más frágil, es la primera en desmoronarse bajo el asalto visigodo. África está constantemente amenazada por los «moros». Italia está abierta en 568 a la invasión lombarda, pero lo que subsiste de la dominación bizantina en forma fragmentada, alrededor de Ravena, Perusa, Roma, Nápoles, Calabria y el Adriático, además de Sicilia, sigue siendo

un elemento esencial del dispositivo militar y político de Bizancio. El reinado de Mauricio aporta una importante novedad. África antes de 591 e Italia no más tarde de 584 son elevadas al rango de exarcados (gobiernos), cuyo responsable reúne en sus manos los poderes civiles y militares, quedando Sicilia administrada aparte. Justiniano había instaurado esta fórmula para las provincias de montaña particularmente delicadas. Mauricio la vuelve a poner en práctica en relación a los territorios alejados del centro, y establece en Italia una situación que tiene importantes consecuencias: desde el final del siglo VI, en efecto, y más concretamente bajo el pontificado de Gregorio Magno (590-604), el papa se confirma como único poder en la vieja Roma, mientras que el exarca reside en Ravena. Esta dualidad acaba con la caída del exarcado y el nacimiento del Estado pontificio en el siglo VIII. Al sur del Imperio, en 583-584, los bereberes devastan por completo la tierra de Esceta, la actual Wadi Natrun, destruyendo un foco monástico de Egipto, e incluso de todo el Oriente.



El Imperio Romano de Oriente a la muerte de Justiniano.

Por el lado balcánico, la situación se distingue, desde principios del siglo VI, por la afluencia de eslavos bajo encuadramien-

to turco: en la segunda mitad del siglo, su número se acrecienta. El elemento turco está constituido por los avaros, organizados alrededor de un jefe y de una élite guerrera. Siguen una trayectoria de este a oeste que les sitúa en 570 en la llanura húngara, hasta que, más tarde, Carlomagno destruya su poderío político a la vez amenazante y frágil. Justiniano y sus sucesores reciben sus embajadas. Incapaz de vencerlos, Bizancio les paga un gravoso tributo, y debe entregarles en 582 la posición clave de Sirmium. Durante este tiempo los eslavos afluyen, en progresión creciente, a la península balcánica, a partir de las bocas del Danubio y alcanzan Corinto en 578. Tesalónica es sitiada por primera vez en 586 aproximadamente, y por segunda vez en 597; la guerra es evitada durante un tiempo más allá del Danubio, pero la barrera del río se rompe en 602. Tiberio y Mauricio desplazan entonces poblaciones del Asia Menor para defender Tracia, que la permanente inseguridad había acabado por despoblar. Mientras la organización política y militar de los avaros no es más que un episodio del avance de los pueblos turcos, la penetración eslava en los Balcanes prosigue en cambio sin interrupción, y constituye el gran hecho del siglo VII europeo en el Este.

Por el lado oriental, el sistema del siglo VI se descompone igualmente. El reino árabe de los gassáníes, aliado infiel, es desmantelado en 580. Persia inicia en 572 un brillante período militar, cuyo primer envite es la Armenia sublevada contra ella con el apoyo de Bizancio: sin embargo, un tratado pactado en 591 cede a Bizancio la mayor parte. La ofensiva persa se reanuda con la caída de Mauricio. El comandante de la plaza de Edesa se subleva contra Focas, desencadenando la ofensiva sasánida: los persas se ponen en pie de guerra y penetran en el Oriente bizantino; en 609 están en Calcedonia, frente a la capital, y su triunfal avance ocupa de nuevo, y esta vez mucho más profundamente, los primeros años del reinado de Heraclio. Hemos

visto cómo se había trazado la demarcación que separaba del poder bizantino tanto a los cristianos monofisitas como a los judíos. Los persas son los más beneficiados, incluso tal vez más claramente que los árabes, algunos decenios después, pues su poder aparecía desde hacía mucho tiempo como un posible recurso. La inquieta espera de su llegada puede explicar, pues, la sangrienta agitación de los judíos contra los cristianos en Antioquía en 609.

Así comienza, a partir de 560-570, la formidable redistribución de los pueblos y las soberanías, que alcanzará su punto culminante en el siglo VII con la expansión musulmana, seguida del nacimiento del primer Estado búlgaro. Más allá de los textos que pintan con reiterados trazos la desolación de Tracia, solo la arqueología podría decir en qué medida se descompone la organización bizantina del espacio social. Gracias a ella sabemos que una ciudad de la importancia de Antioquía jamás volvió a ponerse en pie tras la invasión persa de 540, ni tampoco Alepo. El estudio de las construcciones en Éfeso, Sardes y Gerasa muestra la depauperación de la segunda mitad del siglo VI. La relación de monedas dispersas en un emplazamiento arqueológico, que proporciona una tosca imagen de la circulación monetaria local, manifiesta a menudo una caída a partir de Heraclio. El siglo VII abre, sin lugar a dudas, una época de eclipse de la ciudad como forma económica y social, brutalmente inaugurada para algunas, como Sardes, por la invasión persa de 614, pero, por otra parte, manifiesta cambios más profundos: la difuminación del antiguo trazado urbano, cuando los espacios públicos son invadidos por construcciones privadas, o se emplean bloques de monumentos antiguos para la construcción de murallas defensivas. Finalmente, los obispos prevalecen decididamente sobre los curiales, pues desde hace mucho tiempo están más próximos a los funcionarios imperiales que estos últimos. Por lo demás, el diagnóstico no puede ser más que regio-

nal, y poco riguroso cronológicamente. Así, el interior oleícola de Antioquía parece declinar en el siglo VII, al mismo tiempo que el mercado urbano que constituye una importante baza económica, o el comercio marítimo del que Antioquía está a la cabeza. Por el contrario, alguna que otra pequeña ciudad del sur de Palestina, o algún que otro monasterio de Tierra Santa siguen adelante apaciblemente, incluso en los primeros tiempos de la conquista árabe. ¿Puede pensarse claramente en un cambio de la estructura del espacio y la organización social, o no es más que una pura peripecia coyuntural?: la respuesta a esta doble alternativa no es evidente ni única.

Sin embargo, la importancia cultural de la época es considerable. Vimos ya la expresión literaria de las disidencias religiosas nacionales. La cristiandad calcedoniana de lengua griega produce entonces algunos de los más significativos relatos de su literatura edificante, a cuya cabeza habría que situar *La pradera (Limonarion),* en la que el autor, Juan Moscos (el Carnero), muerto en Roma en 619, reunió en el curso de peregrinaciones piadosas un conjunto de historias cercanas a los cuentos, que se difundirá a través de las literaturas medievales. Se escriben también relatos relativos a las imágenes y a sus efectos milagrosos, pues se va perfilando la creencia y el culto rendido a las representaciones (iconos) de Cristo, de su madre y de los santos. Las figuras, que responden a una tipología fija, son ejecutadas en mosaico, o sobre todo con una pintura encáustica sobre un soporte de madera ligeramente ahuecada, por lo general de tilo. Entre sus antecedentes se cuenta el uso de los retratos funerarios, como los que adornan las momias del Fayún cristianizado; las imágenes colocadas sobre las tumbas de los mártires, y la imagen imperial que, en los pretorios, el hipódromo y sobre los vestidos de seda ofrecidos por el emperador, significa una verdadera presencia del soberano. Ya a finales del siglo VI, se cree que existen imágenes de Cristo «que no son obra de mano hu-

mana». La ciudad de Éfeso, levantada en armas contra los persas, atribuía su salvación a una de ellas. En la misma época, el culto a María toma un auge decisivo. Justino II acaba la construcción de las iglesias de Blanquernas y Calcoprateia en la capital, y dota a la segunda de una capilla dedicada al Cinto de la Virgen.

Estos santuarios cobran una importancia que no se borrará ya de la vida religiosa de Constantinopla. La iconografía de María continúa, y su modelo se dice que es un retrato ejecutado por el evangelista Lucas. El culto a los hombres santos, vivos o muertos, contribuye igualmente al nuevo desarrollo de las imágenes. Los relatos edificantes del final del siglo VI y del VII les atribuyen poderes no solo de protección, sino de intervención directa en los asuntos públicos y privados. La elaboración del personaje imperial está vinculada en cierto sentido a esta evolución: llega a ser verdaderamente «la imagen de Cristo», por emplear los términos de un texto que describe la entronización de Justino II. Este es coronado en su palacio, y el ceremonial que le rodea evidencia sus vínculos con el patriarca, mientras que este último, bajo el mandato de Mauricio, reivindica el título de «universal» (*oikoumenikos*). Todo esto no es más que el esbozo de la teoría que se desarrollará en el siglo IX. Justino II hace construir la «Sala de Oro», reducto de la presencia imperial en el curso de las ceremonias. Un hecho significativo es el que la imagen de Cristo se coloca allí por encima del trono imperial, con lo que queda de manifiesto el vínculo estructural entre los dos poderes. Las facciones, cuya violencia urbana vive entonces su paroxismo y sus últimas décadas al mismo tiempo, son investidas del papel ceremonial que desempeñarán a partir de ahora en el ritual del palacio y las apariciones públicas del emperador. Sus hombres, que eran los actores de los conflictos urbanos, se convertirán en representantes de la grandeza imperial, conservando no obstante, al menos hasta el principio del

siglo VIII, sus responsabilidades en cuanto a la defensa de la capital.

En una palabra, todo el siglo de Heraclio y de Justiniano II se presiente ya en la trama de los años que cierran el siglo de Justiniano I. Pero en esta evolución falta un elemento, capaz de acelerar el movimiento, incluso de desnaturalizar cruelmente sus rasgos. En tanto que el Imperio Romano y el de los persas intentan recobrarse, se prepara una catástrofe, fulminante e imprevista: los soldados del Islam surgen del desierto.

Segunda parte

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS NUEVOS MUNDOS EN ORIENTE

(siglo VII - finales del siglo X)

Capítulo 5
DEL MODELO HEGIRIO AL REINO ÁRABE

(siglo VII, mediados del siglo VIII)[*]

El mundo islámico de los primeros siglos medievales se define no tanto por una comunidad de estructura económica social o técnica sino más bien por el predominio absoluto de un sistema de valores y de un modelo político y cultural que arrolla los «conjuntos» que le han precedido en el espacio geográfico oriental y mediterráneo, que aniquila su recuerdo y llega a reducir y enquistar los restos de los mismos. Pero este mundo en elaboración y en construcción presenta las mismas características generales que los mundos bizantino y sasánida a los que sustituye: sus economías y sociedades, cuando pueden ser objeto de estudio y puede analizarse su evolución, no constituyen entidades autónomas cuyo sistema político y cultural sería un mero reflejo de las mismas; la conquista musulmana no superpone simplemente un lenguaje común a los mundos que unifica ni impone solo un código fiscal como símbolo de una dependencia efectiva. El Estado, al igual que en la Antigüedad, es al mismo tiempo un espejo de las desigualdades y un instrumento represivo que las codifica e inmoviliza; es también el motor de la circulación de bienes y valores. En función de este Estado se establece una clase de privilegiados, casi de funcionarios, constituida en un principio por la totalidad del pueblo musulmán que se ha lanzado a la conquista y, más tarde, por los grupos sectarios o las clientelas dinásticas; gracias al Estado funciona una economía monetaria en la que la única función del metal es reforzar la jerarquía mediante una imposición fija sobre la producción de las pequeñas unidades campesinas.

Al igual que el mundo antiguo, del que la *Dar al-lslám* (conjunto de países musulmanes) constituirá un reflejo no solo de sus grandes rasgos sino incluso de sus más pequeños detalles, el mundo nuevo se presenta como una totalidad; todos los elementos se relacionan y, en él, la adhesión es profunda y vital: la duda constituye el enemigo principal, y es un riesgo de anarquía social y de maldición que aniquila la personalidad. Poder, facciones, familia y pensamiento religioso son los motores de la evolución social. La propiedad de los medios de producción o el lugar que se ocupa en la circulación de bienes son factores secundarios ya que dependen, en primer lugar, del ejercicio de un poder del Estado que va siempre acompañado de una adhesión ideológica total a una dinastía gobernante, que constituye la garantía de la justicia, la armonía y la salvación. El modelo teocrático encarnado por el Profeta ejercerá una misma influencia sobre todas las experiencias revolucionarias o conservadoras que surgirán en el futuro. Serán, no obstante, el pensamiento antiguo y, sobre todo, la *gnosis* los encargados de articular en programas políticos esta sed de unidad y de salvación así como la esperanza apocalíptica. Analizar las mutaciones del mundo islámico entre los siglos VIII y XI aplicando esquemas de conflicto entre burgueses y militares «feudales» puede, evidentemente, llegar a aclarar ciertos aspectos de una realidad que se ha renovado repetidamente, pero sin duda también contribuirá a oscurecer una originalidad y una permanencia sorprendentes.

UN ORIENTE PRÓXIMO DESGARRADO ANTE UNA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

En el año 610, en el momento en que comienza la profecía islámica, el Oriente Próximo se encuentra dividido en dos grandes imperios, dos sociedades monárquicas provistas de una aristocracia de Estado y de un clero centralizado pero ca-

rentes de una unidad ideológica o religiosa: la monarquía y la dinastía se identifican, en efecto, con un pueblo dominante y con una cultura hegemónica. El Oriente Próximo bizantino somete, a la autoridad de los griegos y a la ortodoxia establecida en el 451 en el concilio de Calcedonia, a toda una serie de naciones antiguas semihelenizadas cuyas opciones religiosas, las «herejías», intentarán reforzar la originalidad de los grupos nacionales bebiendo en el manantial de las polémicas teológicas. La persecución melkita (en nombre del rey, el emperador bizantino) no fue siempre uniforme, ni las opciones heréticas resultaron, tal como se ha visto, un simple reflejo de las peculiaridades lingüísticas y de las tradiciones étnicas. En Egipto, en donde los melkitas son poco numerosos y la opinión se aglutina en torno a la iglesia monofisita, la lengua copta constituye un elemento unificador eficaz así como un signo de oposición a los griegos. Hacia el 610 surge en este país un clima de terror tras el exilio del patriarca Benjamín y la apostasía forzosa de los obispos, sacerdotes y monjes, obligados a adoptar la solución impuesta por Heraclio (638) al problema cristológico, el «monotelismo». Sirios y mesopotamios, de lengua aramea y siriaca, se encuentran por el contrario divididos en tres confesiones: los melkitas son numerosos entre la aristocracia de Jerusalén, donde un solo patriarca mantiene la ortodoxia griega; los monofisitas, que se identifican con la tendencia «jacobita» definida por Severo de Antioquía luego implantada por Jacobo Baradai, un predicador itinerante, se agrupan en torno al patriarca de Antioquía y su fuerza se apoya esencialmente en una base monástica; tenemos, finalmente, el grupo constituido por la cristiandad iraquí e irania cuyos obispos eligieron, desde el 484, la teología de Teodoro de Mopsuente y establecieron, en el 485, un *catholicos* nestoriano en Ctesifón. Cuando, hacia el año 491, el emperador Zenón expulsó a todos los nestorianos del Imperio, solo logró reforzar la posición de esta Iglesia semiofi-

cial para todos los cristianos del imperio persa. Si los jacobitas de Siria se sienten en comunión con los coptos de Egipto, se encuentran, por otra parte, separados de los siriacos de Mesopotamia así como de los armenios, los cuales, por su parte, abrazan mayoritariamente la Iglesia oficial; la misma separación existe, por otra parte, con respecto a los monotelitas de Antioquía, agrupados en torno al monasterio de San Marón.

El imperio sasánida tampoco se encuentra sólidamente unificado: además de las divisiones «horizontales» entre la aristocracia persa y los pueblos vencidos y sometidos del Iraq y de Armenia, el mundo iranio en sí mismo solo se ha convertido de manera aparente a la ortodoxia zoroastriana. Si bien se han apagado los fuegos sagrados de las restantes ramas herederas del antiguo mensaje del *Avesta*, el zorvanismo y otros movimientos heréticos subsisten en el inconsciente o en el fervor popular, se enraízan en el seno de la corte y agitan las masas. El príncipe Mani había predicado, en el siglo III, un sincretismo y una moral de la verdad absoluta, de la división de los principios buenos y malos, del rechazo de la carne y de cualquier obra de muerte. Ejecutado en el año 276, Mani dejó una amplia herencia ideológica que quedó inerme ante la represión. Hacia el año 500, en tiempo del *sháh* Kubadh, el filósofo Mazdak arrastró al imperio a una guerra desastrosa: apoyado en un principio por el mayor de los príncipes herederos, provocó luego su caída y facilitó el acceso al poder del más joven de estos príncipes, Cosroes II (Jusráw II). Todo el nordeste del imperio se escapa, así, a la religión zoroastriana: en torno a Balj (Bactria), la Bactriana y los antiguos países iranianos situados más allá del Oxus o Amu Darya, la Fargána y la Ushrusana en la montaña, los principados sogdianos de Samarcanda y Bujára se convirtieron profundamente al budismo. En Balj se encuentran más de cien pagodas *(viharas)*, así como 3000 monjes y, sobre todo, el «nuevo Vihara», en Nawbihar, cuyo prior será el antepasado de la

poderosa familia de visires Barmekíes, en tiempo de los califas ‘abbásíes.

Estas debilidades son, por consiguiente, estructurales: oposición larvada de enormes masas campesinas, sólidamente apoyadas por una red de monasterios y de predicadores errantes; resistencia moral y fiscal combinada en provincias enteras; finalmente, divisiones teológicas de los medios políticos y religiosos de las cortes reales, los cuales se mostraban siempre dispuestos a buscar una solución de conjunto o a seguir una «herejía». Durante los años 600-610 se añade a esta situación el agotamiento debido a la guerra encarnizada entre los dos imperios: esta se desarrolla en buena parte con ayuda de guerreros pertenecientes a los dos principados árabes/vasallos, ambos cristianos, el de los gassáníes, situado en los confines de Siria, y el de los lajmíes de las riberas del Éufrates. De esta manera los árabes, hasta entonces recluidos en la reserva de valores y principio de libertad que constituye el desierto, se introducen de manera gradual en el gran conflicto teológico y político de Oriente.

Estos árabes son, fundamental y etimológicamente, -nómadas. Al sur se encuentran los árabes «puros» y al norte los «arabizados», todos ellos unidos y federados por el centro caravanero y religioso de La Meca, custodiado por la tribu de Quraysh. Al norte encontramos un mundo de pastores, conservador, aferrado a los valores de la libertad que impone la estructura tribal o el estado de guerra permanente entre los grupos; al sur se halla un mundo urbano, aislado de la evolución religiosa y cultural de los países semíticos debido a la barrera del desierto de Arabia, orgulloso de su tradición de libertad (se trata del único pueblo semítico autónomo) y provisto de estructuras sociales y culturales arcaizantes (ciudades-estado, panteones locales). Las guerras, que lanzan nuevas fuerzas al asalto del Yemen, detienen el proceso evolutivo del reino yemení de Himyar

que avanza hacia un imperio militar y hacia un monoteísmo judaizante. Por otra parte, se refuerza la solidaridad de los árabes meridionales y septentrionales: en el 525 los etíopes de Axum, empujados por los bizantinos, conquistan Yemen y acaban con la monarquía himyarí; no obstante, los supervivientes se alían con las tribus del norte y dan nueva fuerza a una confederación, centrada en La Meca, que acabará con la ocupación etiópica en el 571. Esta resistencia cristalizó en torno al orgullo que los árabes sentían por su originalidad lingüística y cultural. Asimismo valorizó un «humanismo tribal», con su énfasis en el honor y su ética de libertad y virilidad, aunque subrayó también sus contradicciones con las exigencias de monoteísmo.

Mahoma

Si las debilidades o la crisis, que se definen *a posteriori*, no pueden constituir el único factor determinante de la caída de los imperios del Oriente Próximo, ello se debe a que el Islam se presenta, ante todo, como una revolución. No se trata de una revolución social, ya que el Islam no atribuye ningún valor especial a la pobreza, por más que la expansión musulmana pudo verse acompañada, esporádicamente, de venganzas y ajustes de cuentas. Tampoco es una revolución «nacional» de pueblos minoritarios sometidos a los grandes imperios. Se trata, en cambio, de una revolución religiosa, lo cual implica que afecta, a la vez, los planos político, intelectual y filosófico, y está centrada en una nueva apelación a la fundamental unidad de lo divino y marcada por la experiencia inefable de la profecía, o sea de la relación directa con Dios. La llamada desde La Meca a una mutación de valores y a una ruptura con el paganismo que se está organizando hace surgir la extraordinaria fuerza del monoteísmo. El período durante el cual Mahoma reside en Medina dará lugar, en cambio, a una corriente profética que se disciplina y se canaliza hacia la creación de un Estado, cuya estructuración

no se terminará nunca pero que constituirá el modelo ideal incierto de su legitimidad, a medida que se vea agitado por las fuerzas explosivas que surgen y son suscitadas por la llamada del Profeta. En veinte años se forja el conjunto de principios en los que se apoya una cultura, una fe y una ley, frente a un Estado que siempre se pone en tela de juicio.

Podemos extrañarnos de la inmensa adhesión del mundo cristiano de Asia y de África o del conjunto de países dominados por el orden zoroastriano-sasánida a una religión defendida por un grupo, numéricamente muy modesto, constituido por los árabes del Hidjáz, que no se caracterizaban por una capacidad filosófica particular ni por mantener relaciones estrechas y sostenidas con los grandes centros de cultura —Antioquía, Alejandría, Harrán, Ctesifón o Djundishapur— en los que se había producido la fusión entre la herencia clásica y las grandes corrientes religiosas monoteístas. El «escándalo» intelectual del nacimiento del Islam fuera de las áreas ya convertidas al monoteísmo recuerda, de hecho, el carácter también subversivo y marginal de la mayoría de estas tendencias religiosas en sus orígenes: el Islam redescubre la radicalidad del judaísmo o del cristianismo primitivos frente a los panteones y a las construcciones filosóficas complejas de su tiempo. En el Islam, la cultura semítica de expresión griega encuentra, por vez primera, su originalidad y su verdad: abandona las expresiones extranjeras que la ahogaban así como las teologías filosóficas, por más que las recupere más tarde.

En el momento en que empieza la predicación de Mahoma (Muhammad) en La Meca, la Arabia central sigue experimentando la tensión provocada por la invasión del Yemen por los etíopes cristianos, tal vez en represalia por las persecuciones de las que fueron objeto los cristianos árabes de los oasis a manos de los príncipes yemeníes judaizantes. El valor simbólico de la victoria que obtiene la coalición árabe en el Año del Elefante

(571) ante La Meca es enorme. El santuario abriga, en efecto, los ídolos ciánicos y tribales, reunidos, bajo la custodia de la tribu de Quraysh, en el «recinto de Abraham», en torno a la Kaaba, «cubo», la primera casa, harto rudimentaria, de Ismael, el hijo de Abraham. En ella cristaliza la relación con los orígenes mismos del monoteísmo y justifica la elaboración de una vía original, propiamente árabe al culto del Dios único a través de los *hanifs*, hombres piadosos cuya fe en Dios contiene referencias explícitas a Abraham. Por otra parte, dado el carácter de santuario federal, aunque informal, que tiene la Ka'ba, La Meca espera y desea la aparición de un profeta capaz de estructurar un panteón jerarquizado, para que pueda consolidarse la hegemonía de las tribus y de los qurayshíes. El poder de estos últimos se encontraba en auge debido a los cambios sufridos por las vías comerciales: la decadencia de los transportes marítimos a través del mar Rojo y la de las rutas caravaneras hacia el codo del Éufrates, debido a la guerra entre persas y bizantinos, había estimulado el desarrollo de una nueva ruta caravanera que pasaba por los oasis del Hidjáz, entre el Yemen, productor de plantas aromáticas e importador de especias indias, y Siria. El enriquecimiento y la irrupción de la economía monetaria amenazaban el equilibrio tradicional de las estructuras ciánicas y de las relaciones entre clanes; el dinero iba a sustituir a los valores del «humanismo» tribal: virilidad, generosidad y solidaridad agnática. Esta es la razón por la cual el movimiento iniciado por la predicación de Mahoma tiene, por una parte, el carácter de revolución debido a su adhesión radical a una nueva moral familiar y, por otra, constituye una restauración de los valores fundamentales del monoteísmo que, a lo largo de la historia del Oriente Próximo, había mostrado su creciente decadencia. Construcción de una fe «total» y, al mismo tiempo, revolución árabe que logre el retorno triunfante del Dios único a los templos de los que había sido expulsado debido al olvido

del pacto fundamental de los hombres con Él, por paganismo o por la complejidad de las disquisiciones de los teólogos, empeñados en conocer la naturaleza divina. Mahoma se sitúa, desde un principio, en la tradición de los grandes profetas del judaísmo y de las restantes ramas de la revelación: los Shu'ayb, Sálih, Hüd, los profetas de Moab y de los pueblos árabes del norte desempeñan un papel fundamental en el Corán y evocan la omnipotencia divina y la inminencia del Juicio.

De la predicación a las armas

La ruptura protagonizada por este mercader, rico, responsable en el seno de su comunidad (administraba la reconstrucción de la Ka'ba) y monógamo, ha sido comparada con otros destinos místicos: se trata de una aventura que, en un principio, tiene un carácter individual y cristaliza en predicación tras un largo período de meditación. En un principio el Profeta procede, sin duda, a una búsqueda personal de salvación: la revelación del 610 constituye, para él, un mensaje que conmueve a un alma exigente, un mensaje espiritual, una llamada a la justificación y al respeto de los imperativos de la vieja moral ciánica, aunque depurada de su orgullo y de su egoísmo. Al condenar el matrimonio consanguíneo y maldecir el asesinato de las niñas recién nacidas, Mahoma tendía a destruir la sociedad tribal por explosión demográfica o por ruptura de la solidaridad de clan. En esta primera etapa la revelación profética se deja arrastrar por la propia evolución de la sociedad mekí, sin tratar de remodelarla pero sin integrarse tampoco en ella. Mahoma se niega a vestirse como un adivino (*káhin*) o a asumir sus funciones; sus contactos con otros *hanifs*, incluso la competencia con otro profeta (Maslama), el hecho de que se reúnan en torno a él «jóvenes y débiles» excluidos de la sociedad tribal, son un conjunto de hechos que cambian gradualmente su función: del mensa-

je que afirma la preeminencia del Dios de salvación, Mahoma pasa progresivamente a la reforma política y social.

Los qurayshíes no se equivocan cuando le ofrecen el liderazgo de un movimiento de reforma y le sugieren que sea, a la vez, el Licurgo y el Hesíodo llamado a establecer un nuevo panteón. El Profeta acepta en un principio la tarea de fijar la genealogía de los dioses pero pronto se echa atrás ante una doble presión: por una parte es consciente de que Dios habla por su boca y, por otra, el rechazo de la idea por sus primeros conversos. Solo le protege la moral tribal de la solidaridad a pesar de las condenas que lanza contra el orgullo y la violencia de las familias qurayshíes. Insertado gradualmente en la tradición monoteísta, su mensaje se cristaliza por la adhesión de los primeros fieles, las «gentes de la Casa», sus parientes Jadidja, su única esposa, ʻAli, a la vez sobrino y yerno, el liberto Zayd, un verdadero hijo adoptivo, más tarde algunos vecinos como el omeya ʻUthmán y ʻUmar ibn al-Jattáb, y finalmente personajes más humildes como Bilál, el esclavo negro perseguido por su amo y rescatado por Mahoma. El mensaje profético, que durante mucho tiempo permanece difuso, se integra en el rito de la oración cotidiana y constituye, hacia el 619, una primera comunidad de naturaleza particular, igualitaria y revolucionaria. A la muerte de su tío Abü Tálib, que ha protegido al grupo de creyentes sin sumarse a la nueva religión, el Profeta decide una ruptura sin precedentes: para escapar a la persecución se impone la emigración y las mujeres y niños parten en dirección a la Etiopía cristiana. Esto confirma la existencia de lazos con el cristianismo en un momento en el que surgen versículos coránicos que exaltan a la Virgen y recuerdan la concepción de Jesús por obra del Espíritu, con lo que adquiere un lugar excepcional en la línea profética. Mahoma entabla contactos con los *hanifs* y con los clanes árabes de Yathrib, la ciudad por excelencia en el momento en que el Profeta se establezca en ella (*Madina,* Medina). Allí se en-

cuentran también varias tribus judías y se le ofrece el papel de arbitro. Su emigración (*hidjra*, «hégira») hacia el refugio, el 24 de septiembre del 622, funda el Islam como comunidad universal: es la «hégira», la emigración provisional, ruptura y exilio voluntario. El Islam, religión de la duda en la que nada puede escapar a la omnipotencia divina, se afirma por este acto original como una religión del exilio que obliga a abandonarlo todo y a depender únicamente de la voluntad divina.

La acogida por parte de los mediníes, los denominados «auxiliares», a los inmigrantes que han llevado a cabo la hégira (los *muhádjirún*), seguida de la conversión a la fe musulmana, bastante rápida, de los primeros, da lugar a la constitución de la primera comunidad, la *umma*, pacto de solidaridad total, adhesión íntima y familiar a la sombra de lo divino omnipresente; pues Dios está hablando por boca de su Profeta con menos solemnidad en Medina que durante los primeros tiempos de la revelación. Se comprende mejor, de esta manera, la extraordinaria nostalgia que suscita en toda la historia del Islam esta comunidad musulmana de la hégira, en la *dar al-hidjra*, «casa de la emigración», expresión con la que se denomina a Medina. Cada siglo será testigo de las tentativas, incluso sectarias, de volver a la pureza de las relaciones entre los hombres, y entre estos y Dios, a esta simplicidad del Estado, simple caja común alimentada por las contribuciones voluntarias de cada ciudadano o por el botín de guerra obtenido en la lucha contra los infieles. Se trata de un pueblo armado, al que se reúne con facilidad, que vive en una igualdad que traduce la igualdad fundamental de la oración. Este «modelo» sostendrá siempre la marcha ofensiva del Islam en sus fronteras, estrechamente ligado a la «vocación» de las almas por Dios, menos preocupado por la conversión que por la conquista, menos predicador que defensor activo de los derechos de Dios. Será el modelo que animará todos los movimientos de retorno a un Islam primitivo, desde las se-

cesiones járidjíes hasta las insurrecciones cármatas, la «vocación» fatimí y, con el transcurso de los siglos, volverá a encontrarse en el mahdismo sudanés del siglo XIX o en la *Sanüsiyya* de la Libia contemporánea.

Medina es también el laboratorio en el que se definen las relaciones del Islam con las religiones monoteístas: el contacto con el judaísmo en esta ciudad resulta fructífero para el Profeta, que adopta sin reservas las costumbres judías, las prohibiciones alimentarias, el ayuno (fijado entonces en el día 10 del mes de *muharram*) y refuerza los lazos de su doctrina con la religión de la ley. El Islam escapa de esta manera a la atracción de un cristianismo que resulta únicamente moralizante e incapaz de fundar un Estado, mientras que los elementos judaizantes se ponen inmediatamente al servicio de la lucha militar que la *umma* ha emprendido en contra de los paganos de La Meca. Estos subrayan, al igual que la oración comunitaria dirigida hacia Jerusalén, la unidad de los musulmanes «combatientes» de la fe y de la ley. No obstante, este hecho se produce debido a un malentendido extraordinario: Mahoma se considera un profeta dentro de la línea que une a Noé, Abraham y Moisés con Jesús; liga su mensaje con las llamadas y la visión de Dios de sus predecesores y afirma inmediatamente su carácter universal con lo que rompe con la noción de «pueblo elegido». Para los judíos o judaizantes de Medina, Mahoma era únicamente un profeta árabe, destinado a difundir en árabe y para los árabes una especie de religión paralela al judaísmo. Tras un período de colaboración militar eficaz se producirá la ruptura en dos etapas: expulsión de las tribus judías en el 625 y, más tarde, aniquilación de los Qurayza en el 627 tras haber sido acusados de traición. El profetismo de Mahoma apela, entonces, de manera más estrecha al personaje de Abraham y al de su hijo Ismael y reafirma el papel central de la Kaʿba de La Meca. Es el momento en el que se modifica la dirección de la oración, que apunta ahora a

La Meca, y en el que el ayuno se endurece y extiende a un mes lunar entero de abstinencia de alimentos y continencia diurnas: se trata del mes de *ramadan* (ramadán), que recuerda el aniversario de la primera profecía. Finalmente, se abandonan las prescripciones alimentarias aunque se conserven las interdicciones más tradicionales relativas al cerdo o a los animales muertos. El horror por el consumo de la sangre, de origen judío e implantado en Medina, marcará igualmente al musulmán.

Los principales resultados de la hégira son, no obstante, la militarización de la comunidad y la vida basada en el botín que obtiene una *umma* hegemónica y combatiente: en enero del 624, sin respetar las treguas sagradas establecidas en torno a la Ka'ba durante tres meses cada año, Mahoma inicia una campaña de guerrillas contra los mekíes, atacando a las caravanas y llegando a cambiar la naturaleza misma de la guerra. La «guerra elegante», cuya finalidad era hacer prisioneros y someter a las tribus bajo la apariencia de una dependencia familiar, es sustituida por el Profeta por una guerra total, sin piedad, que pretende la destrucción de las estructuras políticas o religiosas del mundo mekí. La derrota sufrida en el año 627 por el ejército qurayshí, bajo el mando de los omeyas Jálid y 'Amr, implica el hundimiento moral de la tribu. Sin renunciar a su militarización, el organismo mediní insistirá, a partir de este momento, en el retorno a los valores fundamentales del pueblo árabe: tras la conversión al Islam de los generales omeyas se llega a un acuerdo entre La Meca y Medina, en el 628, que permite que los musulmanes de Medina tengan, el año siguiente, la vía abierta para efectuar la peregrinación a la Ka'ba. Mahoma procede entonces a una recuperación y sacralización de los ritos, restableciendo su significado dentro de la historia de Abraham: siete circunvalaciones en torno a la Ka'ba, siete carreras entre Safa y Marwa, detención para rezar en el monte 'Arafát, lapidación de Satán en el valle de Mina y, finalmente, la Pascua, la

«fiesta grande» que conmemora, de manera aún más exclusiva que las pascuas judía y cristiana, el sacrificio fundamental de Abraham. La peregrinación pacífica del año 629 garantiza a los qurayshíes, por consiguiente, que La Meca siga siendo el centro político y comercial de Arabia a pesar de la islamización definitiva del santuario. Por otra parte, las expediciones mediníes habían ampliado el ámbito de influencia musulmana que, limitada en un principio a las tribus del Hidjáz, se extendía ahora a amplias zonas del sur y de los confines siro-palestinos. En el año 630 un gran ejército de 10 000 musulmanes comparece para realizar la peregrinación: el *hadjdj* se convierte en una entrada victoriosa, se destruyen los ídolos y se restablece la unidad entre la tribu de quraysh y el más ilustre de sus hijos. Al año siguiente se prohíbe definitivamente la peregrinación a los no-musulmanes y se opera una identificación entre el Islam y el marco sagrado que le precedió. No obstante, la capital del Estado islámico no será nunca La Meca: entre el 630 y el 632, fecha de la muerte del Profeta, al igual que bajo los primeros califas, la capitalidad se asociará sólidamente con Medina, que seguirá siendo el principio de legitimidad, el centro de insurrecciones eventuales de varios anticalifas y la residencia predilecta de los parientes más próximos del Profeta, los descendientes de Ali.

EL MODELO DE ESTADO MEDINÍ

El estado mediní se encarna en el monumento por antonomasia del Islam primitivo, la primera «mezquita», el *masdjid* de Medina: se trata de un «santuario» privilegiado (no en vano el mundo entero es el santuario de Dios) que dará forma a un prototipo de edificio cultual musulmán, la mezquita con patio, lugar de oración y centro político en el que se reúne la comunidad para trabajos y ceremonias colectivas. En un terreno ligeramente irregular, el Profeta dispuso un gran patio cuadrado

rodeado de una pared de ladrillos con tres entradas; un tejadillo, sustentado por columnas rústicas formadas por troncos de palmera, bordeaba el muro norte, que señalaba la dirección de Jerusalén y, más tarde, después del 624, el muro norte, la alquibla, dirigido hacia La Meca. Fortín de defensa, lugar de reunión política y militar, espacio encerrado en sí mismo al igual que la casa musulmana, el santuario de Medina se encuentra dominado por la sede del Profeta, su almimbar, y comprende su casa y un rosario de habitaciones dispuestas a lo largo del muro este. A la hora de la oración la comunidad igualitaria de los musulmanes se dispone en una serie de filas, paralelas al muro de la alquibla, y solo queda aislado el *imam* (imán), el «guía» de este culto de alabanza y adoración. Pero, tras la muerte de Mahoma, ¿quién mantendrá el contacto entre el Dios trascendente y la comunidad de sus adoradores? ¿Cómo llevar a cabo la unidad de los creyentes y responder a las nuevas preguntas que se planteen? ¿Cómo se podrá desarrollar y defender el mensaje divino ya que únicamente el Profeta se encontraba en relación directa con Dios y daba testimonio de la voluntad divina mediante sus juicios, sus hadices, así como mediante el ejemplo mismo de su vida?

El Estado recluido íntegramente dentro de la mezquita

El ejemplo de la mezquita muestra tanto la unidad de función en el seno de una organización única de la sociedad-Estado de los musulmanes, como el conservadurismo de un sistema que reproducirá dócilmente el modelo de Medina en todo el *Dar al-lslám*. Por todas partes los musulmanes construyen santuarios que conservan la forma cuadrada del prototipo, su espacio prohibido y cerrado, la asimetría de su organización, así como los grandes rasgos de su mobiliario: el almimbar, estrechamente relacionado con la oración del viernes a mediodía, que expresa la solidaridad militante del pueblo en armas, es el

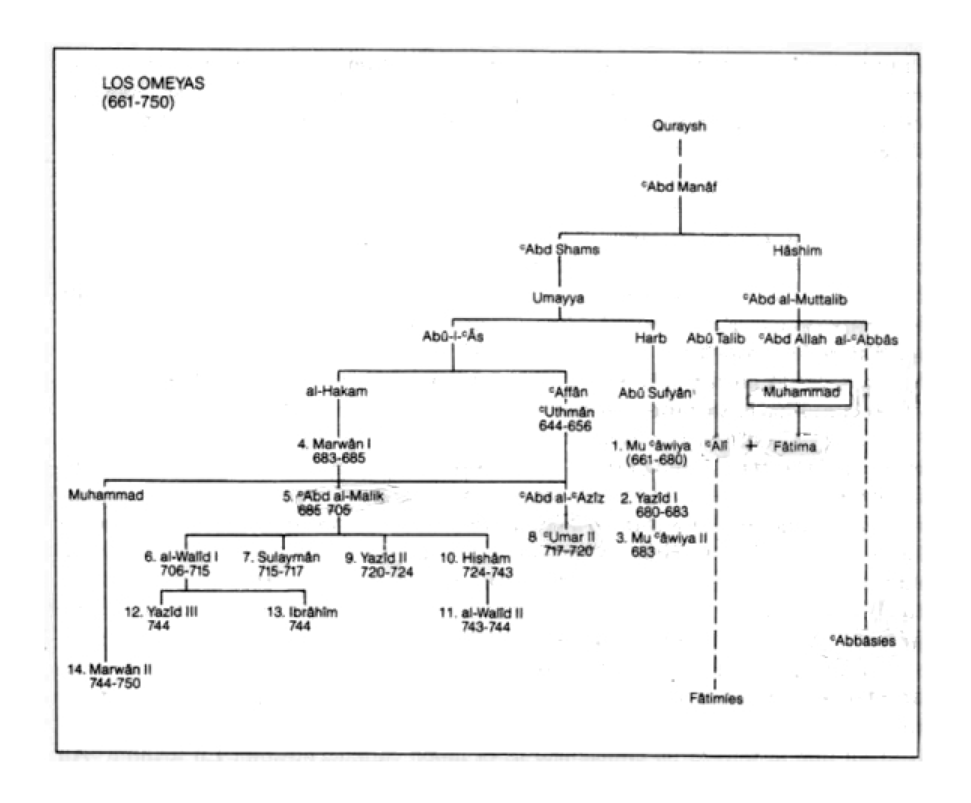
lugar desde el que el predicador, también armado y vestido ritualmente, proclama la legitimidad de la dinastía que ocupa el poder; es la ceremonia de la *jutba*, que une a la comunidad. Un nicho vacío, el *mihráb*, señala la «dirección espiritual» de la oración y está situado junto al púlpito del predicador; en este *mihráb* ha querido verse un residuo de una capilla reservada al califa, pero se trata de una hipótesis a descartar sin que ello implique perder de vista el estrecho vínculo que une la mezquita con el palacio, tanto si se trata del palacio califal como el del gobernador. Debe exceptuarse el caso de Jerusalén, donde la Cúpula de la Roca constituye una reminiscencia del lugar del sacrificio, consagrado ya por el templo de David, y la mezquita al-Aqsá es la última mezquita, la del juicio y del fin de los tiempos. En todos los demás casos, la mezquita aljama (djámi) o mezquita del viernes se encuentra junto al palacio, unida a él por un pasadizo que desemboca en el espacio cerrado llamado *maqsüra*, aislado de la parte pública, donde reza el titular de la autoridad. Como en Medina, estas mezquitas asumen durante mucho tiempo las funciones de lugar de reunión del ejército, de hospital, de tribunal y de tesoro público: tal es el caso de Damasco, donde el edículo del tesoro se alza sobre una columna en un ángulo de la mezquita de los Omeyas.

En el año 632, a la muerte del fundador, se han establecido ya los grandes principios de un Estado y de una sociedad. Tenemos, en primer lugar, «los cinco pilares del Islam»: la profesión de fe monoteísta, la oración, el ayuno del Ramadán, la peregrinación y, finalmente, la limosna legal del diezmo (*zakát*, azaque), engranaje esencial del Estado. Por otra parte, aparecen las «buenas costumbres», establecidas por el ejemplo del Profeta y por sus «dichos», los hadices, manifestación en tono menor de la función profética, pronunciados en Medina con motivo de la organización de la vida secular. Los múltiples hadices serán jerarquizados en la práctica consuetudinaria de los musulmanes

y, más tarde, discutidos y organizados en *corpus* por los primeros doctores de la ley. Estos *corpus* constituirán la *sunna* o tradición, que sigue en importancia al Corán (*Qurán*), recitación que contiene la revelación divina, en la enumeración de las fuentes del derecho musulmán. Entre las buenas costumbres antes aludidas, una de ellas, el *djihdd*, «esfuerzo» militar contra los paganos y contra los que desconocen los derechos de Dios, adquirirá pronto una jerarquía casi igual a la de los Cinco Pilares. Otras tradiciones, más o menos islamizadas, se reintroducen en la vida religiosa y en la organización de la familia: la circuncisión, por ejemplo, la obligatoriedad del velo femenino que el Profeta solo recomendaba a las mujeres de su casa y a las esposas de los creyentes; también, pese a haber sido condenada por Mahoma, la endogamia, que constituía un signo de nobleza en una sociedad basada en el linaje y era una garantía contra la dispersión de los patrimonios que podía traer consigo la legislación mediní sobre la herencia (una parte para cada hijo, media parte para cada hija); finalmente la poligamia, autorizada por los múltiples matrimonios del Profeta, uniones tanto políticas como amorosas, que fue estrictamente limitada por la doctrina a cuatro esposas cuyos derechos debían ser iguales y respetados, incluso en el plano de la sensualidad, cuyos valores son asumidos por el Islam.

La restauración de las costumbres de la aristocracia mekí y su difusión como modelo en el conjunto de la *Dar al-Islam* es el signo de un compromiso entre la sociedad igualitaria de los creyentes —siempre horizontal, teocrática y enteramente dependiente de la voz de Dios en su administración o su justicia— y la sociedad mekí cuyos valores anclados en un pasado lejano, como la pureza del linaje familiar, la jerarquía tribal o la solidaridad agnática, constituyen un instrumento extraordinario de poder pero también un riesgo de inestabilidad. El sistema tribal se impone, en efecto, al ejército musulmán y colonizará el Esta-

do omeya: se apoya sobre una red eficaz de dependencias y adhesiones y constituye una «república de primos» basada en un principio aristocrático. A la muerte del Profeta, el Islam, conducido por los generales omeyas, será el vehículo de transmisión del poder de las grandes familias. En todas partes se impondrá un modelo genealógico que redescubrirá las viejas costumbres agnáticas mediterráneas patrilineales. La poligamia, por su parte, funcionará como un poderoso disolvente de las sociedades vencidas, obligadas a entregar a sus mujeres. La guerra de conquista y el derecho familiar constituyen, por consiguiente, de manera sorprendentemente paradójica y en buena parte extraña a la profecía, una sociedad original cuya gestión impondrá un considerable esfuerzo de interpretación y de reflexión. Pero desde el momento mismo de su constitución, e incluso antes de su triunfo sobre sus enemigos, la túnica sin costura del Islam mediní se desgarra en «escuelas», divididas en temas como los principios de la devolución del poder, las relaciones entre el libre arbitrio y la omnipotencia divina, y el vínculo entre la fe y la reflexión humana.



La «familia» ante los poderes

El «asunto de familia» que constituye la sucesión del Profeta, con sus episodios trágicos, sus nimiedades y sus luchas de facciones, revela la debilidad fundamental del Islam durante muchos siglos: la dificultad de definir la legitimidad del poder. Esta dificultad trae consigo la elaboración de múltiples doctrinas políticas y, por tanto, religiosas, siempre profundizadas, enriquecidas por aportaciones exteriores y que con frecuencia se encuentran al borde de la herejía, aunque solo sea bajo forma de «exageración», algo muy frecuente en el Islam. A la muerte del Profeta, una solución conservadora y eficaz permite confiar el poder a viejos musulmanes respetados y unidos por lazos de matrimonio a la familia de Mahoma: Abü Bakr y ʻUmar que inician el período de las grandes conquistas. Al hacer esto, se descarta a otros parientes más próximos del Profeta: su tío

‘Abbás, cuyos descendientes destacarán más tarde sus méritos y derechos y, sobre todo, su sobrino ‘Ali, el primer converso después de Jadidja, creyente escrupuloso y activo en torno al que cristaliza un partido cuando, a la muerte de ‘Umar, un tercer «lugarteniente» (*jalifa,* «califa») se instala en el poder: se trata de ‘Uthmán, un omeya apoyado por su clan y que empieza a colonizar el Estado. Este provoca la oposición de los creyentes a la antigua usanza, fieles a la vieja *umma,* o la de los testigos de la Revelación, los «recitadores» del Corán: al ordenar el establecimiento de una vulgata o versión única del libro de la Revelación, de la que se han censurado las maldiciones lanzadas en un principio contra su clan, ‘Uthmán se precipita hacia su propio asesinato que tendrá lugar en 656.

Alí, por consiguiente, llega muy tardíamente al poder, en medio de una atmósfera de intrigas y venganzas. Acusado por el gobernador de Siria, Mu‘áwiya, de haber instigado el asesinato de su pariente ‘Uthmán, ‘Ali contemporiza y pierde a sus partidarios. Forzado a una guerra civil entre sus hombres, agrupados en Küfa, y el ejército de Siria, evita un choque sangriento al aceptar, en Siffin, someterse a un arbitraje que establecerá su responsabilidad eventual en el asesinato. Esta debilidad provoca, no obstante, el furor de los que protestan contra un juicio humano en un asunto de esta índole. A partir de este momento el Islam sufrirá una división en tres partidos: de entre los antiguos partidarios del yerno de Mahoma, algunos salen de la *umma* inicial; son los *járidjíes,* intransigentes y rigoristas, que denuncian a los imanes pecadores o a los creyentes relapsos y preconizan que la pureza de conciencia es el único camino posible. En torno a ‘Ali solo permanece un grupo de creyentes, que pronto serán sectarios y que no logran protegerle del cuchillo de un járidjí. El hijo mayor del califa asesinado renuncia a luchar, pero el menor, Husayn, se alza contra Mu‘áwiya y los omeyas: su martirio en Karbala, en el año 680, provoca

la creación de un «partido» (*shia*) pro-Alí, el de los *shiíes*, legitimistas y minoritarios, refugiados en una atmósfera de arrepentimiento trágico y teatral. En cambio, en torno a Mu'áwiya, el vencedor, se reúnen los moderados, los oportunistas, los indiferentes y los ambiciosos que aceptan apoyar este poder militar reflejo de Quraysh y de las tribus antiguas: han llegado los Omeyas.

En conjunto, no obstante, las doctrinas filosóficas y políticas que se elaboran en el ámbito musulmán, resultan bastante desfavorables a los Omeyas: el escándalo de Siffin, la desposesión y el martirio de la familia de 'Ali suscitan la reflexión sobre la validez del imamato, sobre la responsabilidad del hombre e incluso sobre la naturaleza del Corán o los atributos divinos. La razón, específicamente musulmana para estos tiempos, reflejada en el *kalám* (teología dogmática), afirma la libertad humana contra la «coacción», defendida implícitamente por los Omeyas, y contra la predestinación. Los que insisten en la inaccesibilidad de Dios y en su unidad forman una gran corriente de pensamiento, el «mu'tazilismo»: se trata de una organización clandestina, que lucha contra el antropomorfismo y contra la inmoralidad de los califas omeyas y defiende la obligatoriedad de un «gobierno del bien» y de rebelarse contra los jefes injustos o impuros. Estas doctrinas abren camino a la propaganda de los descendientes de 'Abbás que se infiltran en el seno del movimiento *miftazil*. Alejados de los járidjies en el tema de la condición del musulmán pecador, los *mutazüíes* se aproximan a estos en la idea de un imán justo y que pueda ser destituido por los creyentes, mientras que en el plano propiamente filosófico se encuentran más cercanos a los medios shiíes.

La elaboración del Islam es, pues, principalmente, una profundización, una reflexión racional sobre los elementos de la fe. Los contactos, los préstamos de otras culturas y las polémicas resultan limitados. Desde luego, el Islam queda sometido a los

ataques de los teólogos cristianos de las escuelas sirias como Juan Damasceno y Abü Qurra, pero la reflexión musulmana va fundamentalmente dirigida contra el escepticismo radical de los «libertinos», los *zindiqs*, herederos del dualismo iranio. El problema del mal les motiva mucho más que el del *logos* helénico del que hablan los cristianos de Siria. Las tesis mu'tazilíes excluyen cualquier responsabilidad divina en la existencia del mal cuyo origen se encuentra únicamente en el libre arbitrio humano; su doctrina de un «Corán creado» tiene como finalidad desechar los argumentos de los adversarios del Islam que habían encontrado imperfecciones en el texto sagrado, que es palabra divina. En esta atmósfera de profundización intelectual, las opciones filosóficas implican siempre una aplicación política inmediata. El Islam, religión y Estado, impone una responsabilidad a este respecto a cada musulmán. La cristalización de los partidos y, en particular, el de los seguidores de 'Ali, trae consigo la introducción de ideologías que, en un principio, eran totalmente extrañas al Islam.

Por más que el movimiento de partidarios de 'Ali se mantiene durante mucho tiempo como una tendencia familiar, dirigida por los miembros más antiguos de este linaje, y como un partido legal, surgen pronto sectarios que introducen o desarrollan en él gérmenes de «exageración»: esperanzas milenaristas que les conducen a atribuir una función profética a los imanes y, en particular, a esperar la aparición del «bien guiado» (el *mahdí*). El fracaso en las empresas llevadas a cabo por los imanes, reconocidos sucesivamente como *mahdis*, llevó al grupo a adoptar la idea de la clandestinidad en espera del retorno de un *mahdí* salvador que sería descendiente de 'Ali; de este modo acabaron reconociendo, en la cadena de los imanes ocultos, las encarnaciones de la divinidad, lo que les indujo a aceptar los temas helenísticos de la metempsicosis y a empezar a reflexionar sobre la gnosis del mundo cristiano. Hacia el 760, en los medios

shiíes de Küfa el profetismo y el milenarismo, protegidos por el recuerdo de los tiempos de Medina y de La Meca, se prolongan en una pléyade de sectas siempre en ebullición: partidarios de ʻAlí y creyentes en su probable retorno mesiánico; partidarios de su hijo Muhammad ibn al-Hanafiyya; partidarios de Abü Háshim; devotos de la descendencia de Husayn; activistas reagrupados en torno a la rama de Hasan, dentro de la familia de ʻAli, y partidarios fervientes de una oposición militar (los *zaydíes*). Fronteras inciertas separan el «partido» legal de la *shía*, engarzado con frecuencia en revueltas violentas y efímeras, de los grupúsculos de carácter exageradamente místico, que se ven finalmente obligados a refugiarse en una clandestinidad impotente. De este modo, incluso antes de haber logrado alcanzar la máxima cantidad posible de su cosecha, el Islam veía crecer la cizaña.

LA COSECHA DEL ISLAM

El gobierno de los Omeyas se elabora, por tanto, en una atmósfera de conflicto permanente —político, ideológico, familiar— entre las distintas facciones que surgen en el seno del pueblo árabe. El mundo del Islam, que gracias a la conquista adquirirá dimensiones similares a las de los mayores imperios de la Antigüedad, podrá ser administrado al descubrirse soluciones al triple problema del poder en la comunidad, de las relaciones entre vencedores y vencidos y de la definición de las doctrinas jurídicas. El fracaso final de la dinastía no debe movernos a subestimar su capacidad creativa, que llegó a expresar una síntesis entre elementos contradictorios, entre el mensaje igualitario y universalista y las realidades de una estructura jerárquica y de la existencia de clientelas dentro del pueblo árabe. Los Omeyas no son, evidentemente, simples generales de la aristocracia qurayshí: siempre serán considerados responsables

de la ruptura con los partidarios de ʻAlí, más prestigiosos, y se les acusará fácilmente de inmoralidad y amor al lujo; deben tenerse en cuenta, no obstante, las necesidades que les impuso la construcción de un centro de poder, de una corte y de servicios administrativos privados que les separaron de un pueblo armado, indócil y nostálgico. Por otra parte, siempre tuvieron conciencia tanto de sus deberes con respecto a la comunidad —deberes de ejemplo moral, generosidad y justicia— como de su legitimidad incierta o, por lo menos, compartida con las restantes ramas de la familia. Con ellos la represión de las insurrecciones no alcanzará jamás la ferocidad de las represalias ʻabbasíes posteriores: la jornada fatal de Karbala, en la que murió Husayn, hijo y heredero de ʻAli, es la única excepción.

Desde el Turquestán hasta Libia

La construcción del Estado mediní y la difícil sucesión de Mahoma se sitúan sobre un trasfondo de expansión, conquista y fundación de un imperio universal. Los acontecimientos se suceden rápidamente: si las primeras expediciones, en vida del Profeta y bajo Abü Bakr, logran que las tribus se alíen con el Islam y se asocien a los primeros conversos en una empresa militar común, los éxitos extraordinarios de los generales qurayshíes traen consigo, menos de seis años después de la muerte del Profeta, la construcción de un nuevo imperio que trastorna las fronteras tradicionales del Oriente Próximo.

En el año 636 la batalla de Qádisiyya marca la caída brutal de la dinastía sasánida: bastarán pocos años para que la dominación musulmana llegue al Zagros (642), al Fars y al Jurásán (651). En el otro extremo del Creciente Fértil la toma de Damasco (635) y, tras la batalla de Yarmük (636), la de Jerusalén, abren a la ambición de los conquistadores, casi sin resistencia, el camino de Egipto, la alta Mesopotamia y Armenia (641). De-

be subrayarse que fueron los mekíes, aliados tardíamente al Islam, y en particular los Omeyas quraysíes, de fuerte tradición tribal y militar, quienes se hicieron cargo de las expediciones y, más tarde, de la administración de los territorios conquistados: Mu'áwiya fue gobernador de Siria desde el 637, mientras que Jálid y 'Amr gobernaron las provincias de Irán y Egipto. Crearon las condiciones de una autonomía muy amplia de los gobernadores locales, que se incrementó aún más dada la diversidad de pactos concluidos con las distintas poblaciones. La existencia de estas fuerzas tribales y de estos mandos descentralizados subraya la importancia del consenso político y religioso sobre el que se apoya el Estado musulmán: una unidad ideológica en la que ha hecho mella, no obstante, la dura lucha en torno a la legitimidad del poder.

Lo esencial del imperio islámico, Egipto, Siria, Iraq e Irán, ha sido ya conquistado en 656, cuando estalla la gran querella (*fitna*) entre 'Alí y los herederos de 'Uthmán. La expansión continúa en el Jurásán y en el Sidjistán, alcanza las marcas iranias del nordeste, limítrofes con el país de los turcos, y las avanzadillas del imperio chino. Violentos enfrentamientos tribales acompañan la reducción progresiva de estos viejos países iranios de la Transoxania, mosaico de principados zoroastrianos o budistas que, en un principio, fueron sometidos a tributo y, más tarde, suprimidos. El ejército de conquista, puramente árabe, trasladado desde Küfa y Basra, se divide muy pronto en partidos que se enfrentan en torno al problema del reparto del botín entre los guerreros y la administración central de los Omeyas: los Banü Qays, que se encontraban al frente de un grupo de tribus del Hidjáz, llegan a apoyar a los adversarios de los Omeyas para pasar, después del 691, incluso a aliarse con estos últimos en contra de los árabes de origen yemení. Muy pronto todas estas tribus se llenan de «clientes» (*mawálí*): soldados de ocasión, antiguos esclavos iranios, prisioneros de guerra. Su

manumisión viene acompañada por un deber de fidelidad y entrega a la tribu de la que formarán parte en lo sucesivo, aunque dentro de una categoría inferior (*mawlá* indica la relación de subordinación entre el señor y el subordinado). Son contingentes de *mawálí,* o sea, iranios arabizados, los que participan, después del período 705-715, en la conquista de Bujára, de Samarcanda, del Jwárizm y de los altos valles de Fargána que abren la vía de entrada a la China. En el año 731, 1600 infantes *mawálíes* y un millar de conversos de Samarcanda serán los que ayuden al ejército regular árabe, formado probablemente por unos 40 000 hombres, a terminar con la amenaza del *jan* turco de Turgesh. Ahora la frontera está bien defendida y los chinos, que intentan una contraofensiva para recuperar el control de sus antiguos tributarios de la Transoxania, son rechazados en el río Talas (751): es cierto, por otra parte, que el Islam no parece preparado para adentrarse más en las tierras del imperio chino. Más allá de los límites que se han alcanzado, tanto si se trata del país de los turcos, del Cáucaso o de las montañas situadas al sur del mar Caspio, del Afganistán o de Nubia, se encuentra el «país de la guerra» y de las *razzias* o algazúas. En él actúan los «voluntarios de la fe» junto al ejército regular. Poco a poco, la sedentarización de los árabes y el menor papel que desempeñan los soldados oficiales dará un mayor relieve a estos voluntarios, los *gázis* o guerrilleros. Su prestigio crecerá sin cesar y, en época ‘abbásí, veremos que los *gázis* de la frontera irania acuden en ayuda del ejército tribal árabe que se encuentra en dificultades en el Taurus, frente a Bizancio.



Las grandes expediciones tras la muerte del Profeta.

Por este lado, al igual que en las islas del Mediterráneo oriental, la conquista había proseguido bien en un principio,

pero cuando surge la reivindicación de un imperio universal, esta va unida a una fascinación acerca del papel sagrado que desempeña la nueva Roma. Se cree que la toma de Constantinopla acabará con ciertos secretos escatológicos y coronará el triunfo del Islam. El esfuerzo que llevan a cabo los Omeyas es inmenso: no obstante, en tierra, una vez agotado el impulso de las primeras victorias casi milagrosas, el armamento y la táctica musulmana se encuentran, en pleno país griego de Asia Menor, en equilibrio con las fuerzas bizantinas a las que se había barrido fácilmente de otros países cristianos, como Egipto o Siria, pero que resultaban tremendamente coriáceas en Constantinopla. En este momento la guerra debe abrir paso a la caballería pesada, a un armamento constituido por sables, lanzas y corazas costosos, y a una articulación cuidadosa entre los distintos cuerpos del ejército. Resulta cara y produce escasos beneficios: de acuerdo con la evolución de los conflictos, los Omeyas se verán obligados a desmovilizar contingentes del ejército regular y a tacharlos de los registros de soldada, atrayéndose con ello terribles oposiciones. En el mar, los árabes dominaron bastante de prisa las técnicas de construcción de navíos así como las de la guerra naval: desde el 648 llevan expediciones a Chipre, en el 655 obtienen una victoria decisiva en la «batalla de los mástiles» y, menos de 20 años después, se presentan ante Constantinopla, entre el 673 y el 680. Este primer «asedio», que no lo es en realidad, se renueva con mayor seriedad en 717-718. No obstante, fracasa dos veces ya que los árabes no habían tenido en cuenta la formidable posición bizantina así como la eficacia de la nafta, el «fuego griego», que permite a los bizantinos incendiar los barcos enemigos, liberar la ciudad y recuperar, al menos hasta aproximadamente 825-826, una verdadera hegemonía marítima.

Y desde Libia hasta Aquitania

Los propósitos iniciales de los Omeyas no incluían, probablemente, ir más allá de las arenas libias: una campaña relámpago de ʻAbd Alláh, hijo de al-Zubayr, hasta Cartago en el 647, había revelado claramente la extrema fragilidad de las guarniciones bizantinas de Ifríqiya, pero también las dificultades que existían para llegar a controlar a los bereberes del Atlas de los que se decía que Dios, en el reparto inicial, les había dado la turbulencia, la ceguera, el amor al desorden y a la violencia. ¿Llegó ʻUqba ibn Náfiʻ a cruzar a la velocidad del rayo toda la Berbería hasta llegar al sur del *wadi* Sebu y penetrar a caballo en el Atlántico (681-683)?: tal vez no, pero, por lo menos, puede atribuírsele la fundación de un campamento, detrás de Cartago, denominado al-Qayrawán, a pesar de la hostilidad de las tribus bereberes vecinas. Después de 692 empieza una conquista metódica poderosa (se habla de 40 000 hombres). Cartago cayó, al igual que las restantes plazas griegas, bajo el ataque de Hassán ibn al-Nuʻmán. ¿Existió realmente una resistencia organizada en los montes Awrás bajo el liderazgo de una mujer de la tribu de los Djaráwa, la «Káhina»? Hoy en día se tienen ciertas dudas, pero, por lo menos, se sabe que hicieron falta más de diez años para que resultara seguro el camino que llevaba de Qayrawán a Volubilis. Por otra parte, los gobernadores del Magrib, como Musa ibn Nusayr, juguetean con la independencia, sintiéndose seguros dada la lejanía del centro de poder.

El episodio ibérico sigue aún suscitando hipótesis: ¿pidieron ayuda los griegos y judíos levantinos contra la presión visigótica?, ¿se trataría de una transacción comercial?, ¿aventura personal de un *mawlá* beréber de Musa, Táriq ibn Ziyád? La usurpación de Rodrigo en la Bética y los sobresaltos de la corte de Toledo pudieron tentar a codiciosos y oportunistas. En el verano del 711 Táriq cruza el estrecho, dando su nombre a la montaña que domina su orilla septentrional (*Djabal Táriq*, Gibraltar), dispersa el ejército de Rodrigo y mata al rey en el río Barbate. Al

año siguiente se le une Müsá, acompañado esta vez de árabes que se apoderan de Sevilla, Mérida, Toledo y Zaragoza. Las resistencias son raras, las huidas alocadas; esta conquista «fulminante», que dura como máximo dos o tres años, resulta característica tanto de la prudencia como de la audacia de los musulmanes. Hacia el 714 la avalancha musulmana llega al pie de la cordillera cantábrica, en la que se han refugiado algunos guerreros, y hacia el 720 se desborda hacia el Rosellón y Narbona. La rapidez y ulterior duración de esta «revolución occidental» exigen, no obstante, explicaciones más completas que las que recurren a la fuerza o a la sorpresa explotadas con habilidad.

En realidad, los ejércitos musulmanes encontraron en este país una situación agitada que debe relacionarse con una crisis muy profunda del orden sociopolítico de tradición romana que existía tanto en el África bizantina como en la mayor parte de España. Las estructuras impuestas por Roma ya habían desaparecido prácticamente de varias regiones, como los Pirineos vascos, la zona cántabro-astur y, sobre todo, el África beréber ante la reconstitución de formas sociales de tipo tribal o «segmentario» que parecen enlazar con los modos de organización anteriores a la romanización. La manifestación más visible de esta degradación de la herencia romana es, al igual que en el resto de Europa occidental, la decadencia o desaparición de las ciudades, evolución que no afecta solo a las franjas de la romanidad que se encuentran más amenazadas desde el punto de vista ecológico, como sucede en las zonas predesérticas del norte de África que van siendo recuperadas para la vida tribal. En las mismas riberas del antiguo *mare nostrum,* el «mar romano» de los textos árabes, los centros de actividad urbana antigua e intensa situados en la costa mediterránea de la península ibérica, como Sagunto y Cartagena, han decaído de tal manera, entre la crisis del siglo III y la invasión musulmana, que estas ciudades, a principios del siglo VIII son simples aldeas insignificantes. Las

luchas entre visigodos y bizantinos hasta principios del siglo VII pudieron contribuir a esta decadencia —Cartagena fue destruida por los soberanos de Toledo— pero no bastan para explicar una evolución de conjunto que termina con la desaparición de la tercera gran metrópolis romana de la costa levantina, Tarragona, que desaparece por completo del mapa entre su destrucción durante la conquista musulmana y la repoblación del solar llevada a cabo por los catalanes en el siglo XII. Las antiguas ciudades romanas de la costa africana han desaparecido también, con la excepción de algunas plazas del estrecho de Gibraltar en las que la presencia bizantina se mantuvo durante más tiempo: es el caso de Tánger y Ceuta.

¿Agonía del mar latino?

En definitiva es el mar el que aparece como el espacio de combates más encarnizado y más duradero. La desurbanización preislámica del Occidente mediterráneo viene acompañada por una decadencia de las relaciones marítimas normales que afecta a toda la cuenca occidental. Este espacio que antes tenía un tráfico tan intenso, se convierte en una zona de vacío político y económico entregada a las empresas de piratería; la situación se prolongará hasta que se produzca el lento renacimiento del tráfico marítimo a partir de fines del siglo IX y, sobre todo, en el siglo X. La situación de las regiones marítimas, a pesar de su entrada en el mundo musulmán, solo se modificará muy lentamente dado su mediocre interés político y económico que los centros de poder principales del Occidente musulmán —ninguno de los cuales es una ciudad marítima antes del siglo XI— no tenían excesivos deseos de controlar. No existe ninguna ciudad digna de este nombre en las costas andalusíes y magribíes entre la conquista musulmana y el siglo X si exceptuamos los puntos de paso obligados entre la Europa meridio-

nal y la costa africana, o sea, el Mediterráneo central por una parte y la zona del estrecho de Gibraltar por otra. Entre Nákur y Túnez solo se encuentran ruinas de ciudades romanas y la situación no es mucho mejor al norte de Málaga, en la costa mediterránea de la península. Solo Tortosa, dada su importancia militar frente a los francos, conserva cierta significación, sin que pueda descubrirse en ella actividad comercial alguna antes del siglo X. Al igual que las grandes metrópolis, todos los centros urbanos que, como consecuencia de su integración en el área de civilización islámica, empiezan a animar la vida política, económica, social y cultural del Magrib central y occidental y de la Hispania del Sur —el país de los vándalos (al-Andalus)— se sitúan en las zonas interiores: es el caso de Tubna, Msila, Ashir, Tahert, Tremecén, al-Basra, Sidjilmasa, Sevilla, Toledo o Zaragoza.

El caso de las Baleares puede ilustrar bien esta situación de vacío político y de depresión de la vida urbana y de los intercambios comerciales. Sometidas, en un principio, en el año 707, por la flota de Túnez que acababa de crearse, se mantienen luego independientes de cualquier poder político exterior durante casi dos siglos. En el año 798 son atacadas por piratas procedentes, probablemente, de las costas andalusíes; el poder de Córdoba considera que gozan de una tregua (*sulh*) cuya ruptura provocará, en 848, una expedición punitiva de carácter semioficial. En el año 902 las Baleares son consideradas, todavía, un país de guerra santa ya que en esta fecha un rico ciudadano obtiene un permiso del emir de Córdoba para organizar un *djihád* privado con el fin de conquistarlas. Es el momento en el que se islamizan las islas, pero todavía durante unos 30 años constituyen una especie de emirato autónomo que solo se integrará a la administración cordobesa tras la proclamación del califato en el 929. Solo después de la conquista del 902 se producirá el renacimiento de la vida urbana en Mallorca, con la

fundación de Palma (*Madina Mayürqci*) que tiene un rápido desarrollo, en un Mediterráneo occidental en el que se reanima el tráfico internacional.

El mismo esquema se repite en el este: cuando en el 723 Willibaldo quiere dirigirse a Oriente, encuentra navíos disponibles en Gaeta, Nápoles e incluso en Sicilia, para llegar al Egeo y a Chipre, isla que ha obtenido un estatuto de tributario de los Omeyas y que sigue manteniendo relaciones con Bizancio. No obstante, apenas ha desembarcado en Siria, es detenido junto con la tripulación chipriota, acusado de espionaje, y solo un anciano podrá dar testimonio de que se trata de un peregrino. Liberado, detenido de nuevo, liberado por segunda vez gracias, ahora, a un converso español, deberá esperar durante mucho tiempo la llegada de un barco que le lleve directamente de Tiro hasta Constantinopla. No se han cortado, desde luego, todas las relaciones, pero puede comprobarse cuántos peligros y obstáculos rompen, en esta época, lo que había sido la unidad del mar y el gran comercio de lujo mediterráneo. Solo los chipriotas parecen ser capaces de atravesar el bloqueo naval y ello no es fruto de un objetivo económico sino una consecuencia de la recuperación de la superioridad griega en el mar hasta el año 826 que dará como resultado una decadencia de los centros urbanos de la costa siria y una progresiva escasez de viajes marítimos, para no hablar, como hacía Pirenne, de cierre total a la navegación. La primera consecuencia desastrosa de la guerra omeya parece ser, pues, una «continentalización» del imperio árabe.

Sin duda, en tierra y hasta el fin de la expansión, la guerra sigue siendo uno de los elementos esenciales de la sociedad musulmana, pero existen grandes diferencias con la época de la hégira en Medina. En aquel momento todo el pueblo árabe se encontraba lanzado y comprometido en una empresa de expansión armada y, con el transcurso del tiempo, la progresiva

disminución del papel desempeñado por el elemento tribal redujo la función militar a un grupo de especialistas que, durante un período, siguieron siendo los representantes de las tribus pero que, en época ʻabbásí, quedaron reducidos únicamente a los árabes del Jurásán, los «hijos de la revolución». No obstante, el sentimiento del deber militar del *djihád*, como afirmación militar de los derechos de Dios, sigue teniendo mucha fuerza entre los musulmanes, tanto si esta fuerza es espontánea como si es el resultado del nuevo vigor que le dan los juristas. Los Omeyas establecen, a fin de cuentas, un prototipo de califa combatiente. Una solución cómoda, al menos en apariencia, puede encontrarse, tanto en el plano doctrinal como en el de la praxis, en los *mudjáhidüns* voluntarios mantenidos por el califa. Con ella se evita, salvo en caso de invasión, tanto una movilización general, que evidentemente resulta embarazosa para el poder, como movilizaciones excesivamente parciales. Pero esta práctica trae consigo dos reclutamientos paralelos: el de los profesionales de la guerra, que pronto serán mercenarios o esclavos acuartelados, y el de los voluntarios orgullosos de sus méritos. Aleja, por tanto, la masa de los musulmanes del modelo de Medina y de la democracia militar salvo en casos excepcionales. Incrementa, asimismo, la tentación de una revolución conservadora que devolvería al musulmán «de base» su derecho imprescriptible y su prestigio, ambos anulados. Las secesiones de los járidjíes, de los partidarios de ʻAli y de los movimientos que derivan de los dos anteriores adquieren fuerza debido precisamente a este hecho.

¿ES POSIBLE UN REINO ÁRABE?

Los Omeyas contestarán a las pretensiones del Imperio Bizantino confiscando dos símbolos de esta soberanía universal. Todavía en el año 687, el califa sirio se comprometía a propor-

cionar al emperador el papiro con las marcas distintivas imperiales y los vestidos de aparato, de dignidad y de función, tejidos en los talleres egipcios. En el 692 el califa ʻAbd al-Malik realiza una ruptura radical al suprimir las invocaciones a la Trinidad y el signo de la cruz que aparecían en el papiro y al instituir una marca, un *tiráz*, del taller del Estado en las vestimentas cortesanas. Por otra parte, lleva a cabo una reforma monetaria que trastorna las escalas constantes de valor y sustituye los tipos monetarios bizantinos que habían prolongado las acuñaciones de los primeros califas por un tipo nuevo y puramente musulmán. Entre el 691 y el 696 acuña un primer *diñar* de oro, con la efigie del califa en pie y, más tarde, en el 696, el diñar clásico, puramente epigráfico. Para Bizancio esto constituye la usurpación de un derecho fundamental: la acuñación de oro vinculada a su soberanía. Las nuevas monedas musulmanas (diñar de 4,25 gr de oro y dirham de plata de 2,97 gr) unifican dos sistemas de circulación que durante mucho tiempo han estado separados: el sueldo bizantino de 4,55 gr y el dracma sasánida de 4,10 gr de plata.

¿Cómo unificar todos esos pueblos?

Las equivalencias de las monedas son cómodas, pero difunden sobre todo un mensaje religioso, una profesión de fe: «No hay más dios que el Dios; es único y no tiene asociado. Mahoma es el enviado de Dios», «Dios el único, Dios el eterno; no ha engendrado ni ha sido engendrado; nadie es igual a Él». Lo anterior constituye un «símbolo omeya», pero aparece también un segundo símbolo profético: «Mahoma es el enviado de Dios para señalar la dirección del camino recto y enseñar una religión verdadera que triunfe entre las restantes religiones». Estas leyendas ocupan lo esencial del lugar disponible en la moneda y a ellas solo se añade, en un principio, el nombre del califa, el del acuñador, normalmente un cliente o *mawlá*, la indicación del

taller y la fecha: manifiestan, pues, un claro deseo de propaganda religiosa, de afirmación serena y de arabización. La existencia de una auténtico bimetalismo oro-plata viene reforzada por abundantes acuñaciones en cobre (el *fals*, plural *fulus*, que deriva del *follis* bizantino) y da testimonio de la existencia de un mercado complejo y escalonado, rural, local e interregional y de una primera tentativa de unificación económica del continente musulmán, que en lo sucesivo se independiza del antiguo dominio mediterráneo.

Esta unificación simbólica se acompaña, en la realidad, de un control serio de las fuerzas vencidas —grupos étnicos o grupos religiosos— cuya debilitación es sorprendente y testimonia el agotamiento de las tradiciones ante la presión de una ideología universalista. El mismo Irán, pueblo de combatientes, nación dominante, llamado por el mazdeísmo a representar un papel universal y a luchar permanentemente contra el mal, se hunde por completo. Desde luego, algunos linajes «nobles» se mantienen en la provincia de Lars y conservan el sentimiento orgulloso de su raza de origen y el recuerdo de las dinastías nacionales. No obstante, son sobre todo las montañas del litoral del mar Caspio, tradicionalmente insumisas y que se islamizaron tardíamente, las que conservan durante más tiempo un poder autónomo: sus «marqueses» (*ispahbadhs*) del Tabaristán, por ejemplo, herederos de los gobernadores sasánidas, u otros similares, enquistados en un «país de guerra» devastado por las constantes expediciones musulmanas, o amenazados por los esfuerzos de los misioneros, podrán resistir durante un cierto tiempo. Al este, el Islam se adapta a las condiciones de sumisión de los antiguos principados sogdianos y bactrianos: en Balj una dinastía local conserva su autoridad, primero sola hasta el 736, mientras los árabes se mantienen acuartelados en una ciudad vecina, más tarde entra en competencia con el emir hasta ser eliminada hacia el 870. Los príncipes de Largana y del Ushru-

sana, los afganos de Gazna y, más tarde aún, hasta el 995, los *shahs* del Jwárizm disfrutarán de la misma autonomía. En conjunto, estos acuerdos parciales y frágiles entre la aristocracia irania y el poder islámico no implican la constitución de un «refugio» nacional: el Islam penetra por todas partes y las lenguas persas se arabizan en gran medida. Solo subsiste el recuerdo del pasado espléndido de la poesía, de la arquitectura y de la dominación política de los iranios que se traduce, a partir del momento en que los Omeyas empiezan a reclutar secretarios de origen persa para las oficinas de la administración, en la polémica de la *shuübiyya*: frente a los humanistas árabes de Basra, los persas reafirman —¡en árabe!— los valores literarios y heroicos del pasado iranio.

En los países cristianos de Iraq, Siria y Egipto, la afirmación de la libertad religiosa y el fin de las persecuciones bizantinas trae consigo un renacimiento de las iglesias minoritarias, la reconstrucción de los monasterios y el reclutamiento de numerosos funcionarios monofisitas, a la vez que se produce un gran desarrollo cultural en la iglesia jacobita siria en torno a la figura de Severo Sebojt. Cierto es que la presión fiscal acaba pronto con esta «primavera del Islam», al incitar numerosas revueltas coptas e inducir al califa a jugar al sectarismo de los minoritarios, enviando, por ejemplo, preceptores zoroastrianos a la Djazira. Asimismo, las sectas, divididas, no ofrecen excesiva resistencia a la aplicación estricta, con 'Umar II ibn'Abd al-'Aziz, de las reglas que establecen la superioridad del Islam: obligación de respeto y de discreción (prohibición de las campanas y del culto público, necesidad de adoptar una actitud de deferencia) y de llevar una señal distintiva. La aplicación de la ley musulmana es obligatoria en cualquier proceso entre un fiel de una confesión minoritaria y un musulmán o entre dos minoritarios pertenecientes a distintas sectas, del mismo modo que está prohibido poseer un esclavo musulmán o prestar testimonio

contra un creyente. La fiscalidad y la justicia constituyen, por otra parte, armas eficaces de conversión, pero el califa evita su uso por temor a agotar la reserva fiscal sobre la que se apoya la vida de la comunidad. En conjunto, por tanto, da garantías a los súbditos *dhimmíes* (judíos y cristianos principalmente) contra el exceso de celo y arbitra un largo debate entre los teóricos musulmanes y los doctores pertenecientes a las minorías en torno al tema de las libertades contestadas: derecho a reconstruir iglesias y sinagogas, mientras que está prohibido construir de nueva planta edificios de esta índole; derecho de *waqf*, esto es, derecho a que las instituciones religiosas tengan propiedades libres de impuestos; derecho a heredar de parientes lejanos y a percibir legados testamentarios de un musulmán. Los escribas cristianos, sobre todo nestorianos, que servirán a los Omeyas y, más tarde, durante mucho tiempo, a los ʻabbasíes, tratarán de ampliar estas libertades; no obstante, en un principio, la partida de los escribas sirios de rito griego hace irreparable el conflicto con Bizancio y convierte a una parte de la cristiandad oriental en sospechosa de espionaje a favor de los griegos.

En Occidente, incluso fuera de los medios tribales islamizados que estaban ya próximos estructuralmente de la sociedad árabe tradicional y que podían adoptar fácilmente sus ideales al asimilar su lengua, llama la atención la difusión rápida del árabe entre los indígenas islamizados, incluso entre los que permanecieron fieles al cristianismo. En Toledo, ciudad particularmente refractaria a la autoridad de los emires cordobeses y donde no parece que se instalara más que un número reducido de orientales, se ve, desde fines del siglo VIII, cómo el poeta *muwallad* (indígena converso) Girbib galvaniza la resistencia de sus conciudadanos, que se han rebelado contra el poder cordobés, componiendo poemas árabes. Conocemos, por otra parte, a mediados del siglo siguiente, las lamentaciones de Eulogio, clérigo mozárabe (arabizado, que vive en medio de los árabes),

a propósito del abandono de las letras latinas por los cristianos de Córdoba y de la atracción que estos sienten por la cultura árabe. Durante mucho tiempo, sin duda, se siguió utilizando en la península los dialectos romances indígenas, aunque relegados al rango de lengua popular no escrita; ahora bien, incluso a este nivel, sufrían la competencia del árabe vulgar que acabó por suplantarlos por completo quizás a partir del siglo XI. Con la semitización lingüística penetraron también costumbres, modos de vida, mentalidades que contribuían a alejar la población andaluza de sus raíces indígenas. Es curioso observar, por ejemplo, que el matrimonio endógamo practicado, probablemente, por imitación de las costumbres árabes, era tema de controversia entre los mozárabes del siglo IX. En toda la fachada mediterránea encontramos, en la abundantísima toponimia gentilicia difundida en el campo sin duda desde los siglos IX y X, el índice de una relación entre los grupos humanos y la tierra, de tipo oriental o magribí, que supone una modificación profunda de las estructuras de parentesco respecto a la tradición local de origen romano-visigótico.

¿Cómo obtener recursos?

Así pues, el «reino árabe» de los Omeyas superpone la estructura política del ejército-Estado a las tradiciones de las múltiples provincias del imperio: el pueblo, musulmán, esencialmente de lengua y cultura árabes, reunido todavía en contingentes tribales, vive de una renta asegurada por la fiscalidad y el botín, mientras consagra sus propias energías a la conquista o a la definición intelectual, filosófica, jurídica y política que justifica su poder. Esta sociedad islámica tiene, por tanto, una resonancia «ateniense» y se basa, evidentemente, en la explotación de las sociedades conquistadas, anquilosadas en su diversidad e inferioridad radicales.

El sistema de pensiones manifiesta, en primer lugar, la superioridad de los musulmanes en conjunto, y no solo de la clase militar; las tribus aparecen registradas en los libros de los tesoreros (divanes) desde ʻUmar, sin que se establezca una relación precisa entre la pensión recibida y un servicio prestado al ejército. La pensión (*ata*) de los militares, de los veteranos o de los musulmanes libres que constituyen el potencial movilizable, tiende a sustituir el botín móvil (*gamma*) de la época de las primeras conquistas, regula los derechos eminentes del pueblo árabe y evita que se deje arrastrar por la tentación de entregarse a la algazúa y a la guerra irregular. El enrolamiento de los contingentes tribales recuerda mucho, por otra parte, los orígenes del Islam ya que, durante largo tiempo, excluyó a los no-conversos que, por otra parte, se veían obligados a convertirse en clientes (*mawáli*) si querían integrarse en la sociedad musulmana «pura»; incluso su participación, activa según ha podido verse, en las expediciones militares no les daba derecho a soldada sino solo a una parte menor del botín.

Otro reparto, el de la tierra conquistada, iba a incrementar las desigualdades dentro de la sociedad musulmana y a estabilizar, dada la casi propiedad de amplios dominios, las jefaturas tribales y los mandos militares. En teoría, el botín de bienes inmuebles (*fay*) se repartía entre todos los combatientes, salvo un quinto reservado al Profeta, y más tarde a la comunidad, que se atribuía a las fundaciones religiosas. En la práctica, los musulmanes vacilaron entre dos tipos de reparto: el primero respeta el principio y determina amplias distribuciones de tierras, que seguirán siendo cultivadas por sus poseedores, los dhimmíes convertidos en súbditos y situados en una posición jurídica inferior; estos pagarán los impuestos consuetudinarios mientras que los musulmanes deberán abonar al Estado el diezmo de sus ingresos. El segundo procedimiento se aplicó en el Sawád, la «región negra», o sea, la zona arbórea que rodea a Bagdad, y

prevé la inmovilización de la tierra que se atribuye en *waqf*, o sea, en bien de mano muerta, al conjunto de la comunidad de los creyentes: los habitantes pagan su impuesto bajo un doble título, como capitación y como impuesto territorial, constituyendo este conjunto un «ingreso de fundación piadosa» destinado al servicio de los musulmanes. No obstante, en ambos casos el príncipe, en nombre de la prioridad que reservan al jefe los usos tribales, conserva para sí mismo una enorme reserva territorial, los bienes *sawáfí*: tierras conquistadas pertenecientes al Estado sasánida, a las iglesias y templos de fuego, propiedades de familias nobles expulsadas o bienes abandonados. Estas tierras tenían, en un principio, una extensión mediocre y, en el Sawád, solo producían ingresos de 4 millones de dirhams, que suponían una cantidad mínima en relación a los 124 o 128 millones de ingresos totales anuales. No obstante, los bienes *sawáfí* crecieron sin cesar debido a las confiscaciones o a la aplicación del derecho de posesión del califa sobre los pastos.

El califa podía distribuir lotes de estas tierras *sawáfí* a los musulmanes que tuvieran méritos particulares: la concesión implicaba la obligación de trabajar las tierras, era revocable y, por tanto, no daba lugar a una propiedad plena. Permitió pronto, no obstante, la formación de grandes dominios (*daya*) en los que resultaba difícil distinguir la concesión usufructuaria inicial de las compras sucesivas. Sin llegar a la constitución de una aristocracia territorial, ya que el derecho musulmán establece que la herencia debe dividirse entre los hijos, estos lotes permitieron sin duda la implantación de una clase de medianos propietarios musulmanes.

No obstante, en conjunto, la base financiera del Estado sigue fundándose en el sistema de impuestos que se elabora a medida que avanza la conquista.

La evolución de la imposición y el esfuerzo de racionalización llevado a cabo por los juristas (*fuqahá*^{0}) contribuyeron po-

co a poco a simplificar esta anarquía conservándose, finalmente, dos impuestos universales: la *djizya*, impuesto que grava «las nucas» de los súbditos (los *dhimmíes*), precio por la protección que pagan solo los hombres adultos, capaces de ir a la guerra; dicho impuesto constituía una contribución elevada y oscilaba entre 1 y 4 dinares. El segundo impuesto era territorial, el *jaradj*, y su base tributaria más frecuente (caso de Iraq o Irán) era la superficie de la tierra (*misáha*), efectuándose el pago en efectivo o la mitad en especie. El gran problema era, evidentemente, el de la progresiva conversión de los dhimmíes ya que, en este caso, dejaban de pagar la capitación. Por ello los juristas tendieron a relacionar el impuesto territorial con la tierra y no con el estatuto de su poseedor: el impuesto pertenece a la comunidad y no puede disminuirse o enajenarse. Una casuística refinada se ocupó de la clasificación de las tierras según su *status* original: de todos modos, las opiniones de los doctores diferían tanto que, en último término, el califa seguía siendo el último árbitro en materia de impuestos.

Los musulmanes estuvieron durante mucho tiempo exentos de toda imposición: eran rentistas del impuesto y solo estaban obligados a dar una limosna voluntaria (*zakát* o *sadáqa*) cuya equivalencia con el diezmo fue establecida por la costumbre. No debe subestimarse la importancia de la misma: la *Crónica* de Dionisio de Tell-Marhé permite evaluar los distintos impuestos en los que se descompone. En el siglo II del Islam el diezmo de la cosecha que, en la Djazira, se abona según una tasa muy elevada, 2 dinares por unidad de tierra, asciende a una cuantía que equivale al *jaradj* del vecino Iraq; el diezmo de los rebaños beduinos, calculado no sobre los beneficios que estos producen sino sobre el capital y que debe pagarse en metálico, constituye una contribución tan elevada que hubo que reducir la tasa a 1/30 o, para los rebaños pequeños, a 1/40. El sistema de imposición aplicado a los musulmanes no resulta, por tanto, tan fa-

vorable como podría creerse: solo se les exime de la capitación, que se consideraba infamante. A pesar de todo, el amplio movimiento de conversiones, acompañado del crecimiento de las ciudades improductivas y del abandono del campo, reducen los ingresos del Estado desde la época Omeya; así los ingresos fiscales procedentes de Egipto, cuya media era de 12 millones de dinares bajo 'Umar y sus sucesores, con algunos aumentos esporádicos que llegaban hasta 14 o hasta 17,5 millones, bajarán hasta 4 millones en tiempos de Hárün al-Rashid, en el siglo IX, y, más tarde, oscilarán entre 3 y 4 millones bajo los fatimíes. En la Djazira jacobita esta disminución se producirá más tarde: 58 millones bajo Hárün al-Rashid y 17,3 millones hacia el 870. Igualmente, los ingresos fiscales del Iraq, estabilizados en torno a los 120 millones de dirhams en la época de la conquista y que se mantenían al mismo nivel en tiempos de Hárün al-Rashid, sufrirán una brusca caída en el siglo IX: 78 millones hacia el 870. Este empobrecimiento del Estado se debe, sin duda, a numerosas causas, como las distribuciones de bienes *sawáfi* y los cambios en el estatuto fiscal de los contribuyentes. Sin necesidad de subestimar el gran peso de la presión fiscal, que gravaba tanto las actividades económicas como los ingresos individuales, resulta fácil comprender la preocupación que sentía el fisco por no dejar escapar a nadie y detener el movimiento de disminución de los ingresos.

En estas condiciones, la fiscalidad contribuye a desarrollar una administración quisquillosa: el *tadil*, una auténtica inquisición periódica, es el encargado de fijar el censo de las riquezas. En la Djazira esta inspección se realiza cada diez años a partir del 690 y actúa de forma despiadada, en particular con los poseedores ilegítimos de tierras públicas. Nadie puede viajar sin llevar el recibo del recaudador que le protege frente a una posible detención e investigación: se trata de evitar la huida ante los impuestos que amenaza con generalizarse. Acabará por exigir-

se, como prueba de que el contribuyente ha cumplido con sus deberes fiscales, llevar un sello de plomo sujeto al cuello con una correa. Por otra parte, la dureza del impuesto crece, en virtud de la arbitrariedad del censo que llevan a cabo los funcionarios de la administración central, frecuentemente elegidos entre los miembros de una minoría distinta de aquella a la que pertenezcan sus contribuyentes. La imposición se endurece también debido a la necesidad de pagar en oro o plata; para obtener efectivo el campesino se ve, por tanto, obligado a vender inmediatamente la cosecha, antes de la recolección, a precios desde luego inferiores a los que se obtendrían unos meses más tarde. Las autoridades locales, que son responsables del pago de los impuestos y son, al mismo tiempo, grandes propietarios, se convierten entonces en prestamistas. La usura tiende a dislocar la estructura igualitaria de la comunidad rural y da lugar a la multiplicación de los vínculos de protección entre autoridades locales y campesinos empobrecidos. Todo ello trae consigo no solo la huida ante los impuestos, sino también la aparición de violentos motines de los campesinos. Estas revueltas van dirigidas en contra de los especuladores pero también en contra de los exiliados que han huido de los impuestos y a los que se persigue para obligarles a volver a la comunidad que se ha visto empobrecida por su huida. ¡No estamos muy lejos de Bizancio!

La fiscalidad sigue el mismo ejemplo en Occidente

No hace falta decir que, en los niveles superiores del gobierno y de la administración, las estructuras que se organizaron en Occidente eran un calco fiel de los modelos que se estaban elaborando en Oriente. Algunas de ellas aparecen muy pronto, como el *diwán al-djund*, registro en el que figuraban los distintos contingentes tribales del ejército con los sueldos que percibían. La fiscalidad se caracteriza de entrada por el deseo de organizar un sistema idéntico al oriental: *djizya* o impuesto

específico de los contribuyentes cristianos, *jaradj* o impuesto territorial, diezmo (*zakát* o *ushr*) que se exige a los musulmanes. A partir del 701, por ejemplo, vemos cómo el gobernador de Ifriqiyá inscribe sobre las listas de percepción del *jaradj* a los *Rüm* (romanos) de Ifriqiyá que desean conservar su religión cristiana. En al-Andalus, un célebre tratado llamado de Tudmir (Teodomiro) es firmado por las autoridades musulmanas y por un jefe godo de este nombre, residente en Orihuela. Este pacto concede a los cristianos del sudeste de la península la conservación de sus bienes y la adquisición del estatuto de *dhimmí* a cambio del pago de una *djizya* en metálico y en especie, prácticamente idéntica a las que se encuentran en textos orientales del mismo tipo.

La lejanía podría haber facilitado abusos o licencias, pero en realidad el control ejercido por el califato de Damasco sobre los primeros gobernadores parece haber sido tan estricto como lo permitían las distancias y los medios técnicos de la época. No existe duda alguna de que tanto el gobierno del imperio como las autoridades locales querían ajustar la organización de las provincias recién conquistadas a las normas islámicas. La crónica latina del 754, llamada *Crónica mozárabe*, insiste repetidamente en los esfuerzos realizados por los gobernadores de Córdoba para ajustar a la legalidad la realidad anárquica de la apropiación de las tierras por los conquistadores. De esta manera, el gobernador al-Samh (719-721) habría procedido a un nuevo reparto de los bienes que los árabes tenían «indivisos» (*indivisum*), es decir, sin que se hubiera procedido previamente a un reparto legal. Por su parte, el gobernador Yahyá ibn Saláma (725-727) obligó a árabes y bereberes a restituir a los cristianos indígenas los llamados «bienes de paz», probablemente tierras que les habían sido arrebatadas a pesar de haber sido garantizadas por un tratado de paz (*sulh*), pactado en el momento de su sumisión. Por otra parte, la misma crónica contiene múl-

tiples alusiones al establecimiento de registros fiscales por parte de estos primeros gobernadores, de varios de los cuales se dice que efectuaron una *descriptio populi*, sin duda con la intención de regularizar la percepción del *jaradj*.

El sistema monetario, que constituye un corolario de la fiscalidad, se introduce tanto en África como en al-Andalus con una notable rapidez. Los tipos impuestos por la reforma del califa ʻAbd al-Malika a fines del siglo VII en Oriente van precedidos por algunas monedas híbridas latino-árabes. Ahora bien, aunque la existencia misma de estas últimas da testimonio de la conciencia adquirida por las autoridades de la necesidad de facilitar la transición, la brevedad de su emisión (del 703 al 716 en África) muestra también que se deseaba instaurar el sistema oriental lo antes posible. En al-Andalus existe una ruptura completa e inmediata con la moneda visigoda, y las monedas de transición, latinas o bilingües imitadas de los modelos africanos, solo duran desde el 711 hasta el 717; después de esta última fecha solo se encuentran dinares que se ajustan, en su epigrafía y metrología, al tipo fijado por la reforma de ʻAbd al-Malik. Un problema que no está claro, en cambio, es el de la interrupción de la acuñación de moneda de oro en al-Andalus a mediados del siglo VIII. En efecto, a partir del 745, y tras una interrupción que dura unos 15 años, debida sin duda a la crisis política de mediados del siglo VIII, las cecas andalusíes solo acuñarán dirhams conformes a los tipos acuñados previamente por el califato de Damasco, y esta situación durará hasta la proclamación del califato en Córdoba en el 929. En esto, como en otros rasgos institucionales, al-Andalus parece conservar estrictamente la tradición omeya. Es posible que, al no haber osado asumir inmediatamente el título califal, los soberanos de Córdoba no se creyeran autorizados tampoco a disputar a los ʻabbásíes el monopolio de la acuñación de oro. Puede pensarse también que el oro era, entonces, raro en todo el Occidente, y

señalar el sincronismo de la interrupción de estas acuñaciones en al-Andalus y en la Galia en el siglo VIII. En el Magrib los idrisíes, sin duda por las mismas razones, únicamente acuñaron dirhams. En lo que se refiere a los dinares emitidos por los aglabíes de Ifriqiyá, probablemente sirvieron sobre todo para pagar el tributo debido al califa, mientras que la circulación interior se debió basar fundamentalmente en la plata.

UNA RECUPERACIÓN ECONÓMICA DIFÍCIL

La base rural del Oriente Próximo afectado por la conquista musulmana no debió sin duda transformarse de manera inmediata. La preocupación fundamental del conquistador tenía carácter fiscal, según acabamos de ver con detalle: heredaba situaciones locales, impuestos bizantinos y sasánidas, y se dirigía a unas comunidades campesinas para cobrarlos. Aunque la invasión árabe provocara una cierta sedentarización de las tribus, en Siria, la Djazira y Egipto, esta instalación de algunos beduinos (poco más de 150 000 combatientes de Siffin) no pudo tener consecuencias importantes sobre la base rural del imperio. Por otra parte, el atractivo que suponían las ciudades improductivas desorganizó las comunidades rurales y determinó una ola de deserciones. La ciudad islámica, que vive de las rentas del suelo y de la fiscalidad y acumula tanto el prestigio religioso como el militar, atrae a la población de los nuevos conversos que se ven rechazados por la dureza de la fiscalidad campesina: en la ciudad escapan al *jaradj*, que les asimila a los súbditos dhimmíes; adquieren la libertad y el anonimato o incluso el privilegio de verse admitidos, como *mawálí*, en una tribu.

Una base rural encogida y anémica

Las deserciones fueron, por tanto, considerables. Se encuentran claramente expuestas y fechadas en el *Libro* sobre el im-

puesto territorial redactado hacia el 790 por Abü Yüsuf para el califa Hárün al-Rashid; en el Iraq central, en el Sawád, centro fiscal del imperio, «datan de hace un centenar de años aproximadamente». La arqueología aporta indicios tales como el abandono total de los canales de Iraq entre Bagdad y el Zagros o entre el Tigris y el Éufrates; la disminución del número de pueblos al pie de los montes por los que circula el río Diyálá «detrás de Bagdad», al igual que en la Mesopotamia septentrional; en otras regiones del Próximo Oriente aparecen los mismos indicios de deserciones antiguas como en las franjas nabateas de la Palestina meridional y oriental, y en la Siria oriental, principalmente entre Hims y Palmira. En la Djazira, el comportamiento de los indígenas se modifica debido a la instalación de las tribus mudar, bakr y rabiʻa, todas ellas del norte de Arabia; lo mismo sucede en Siria donde se instalan qaysíes y kalbíes, oriundos del Yemen, y en Egipto donde aparecen qaysíes y numerosos grupos yemeníes que se dispersan hasta el Sudán. Se ha señalado que no debe verse en esto un aspecto de la lucha entre nómadas y sedentarios; el equilibrio ecológico de estas regiones no se ve alterado por los pastores; por el contrario, se produce una valoración de recursos complementarios y surgen intercambios entre la zona límite del desierto y la zona agrícola. De, hecho las oleadas de abandono de las tierras son más amplias y más tardías que estas instalaciones. La deforestación y, más tarde, la crisis demográfica son los dos factores que desangran por completo los mercados urbanos y provocan la debilitación de los valores tribales ante un Estado opresor. En el caso de Siria el desencadenante es el desplazamiento del centro político del imperio hacia el Iraq después del 750. En Egipto la disminución de la superficie irrigada y el abandono de las franjas occidental y, sobre todo, oriental del Delta son consecuencias tardías, en el siglo X, del encenagamiento de la rama pelusiaca del Nilo. A este respecto no es seguro que una reflexión

más atenta por parte del Estado musulmán hubiera podido evitarlo, ya que de las siete ramas principales del río utilizadas en la época ptolemaica solo quedaban tres en uso a la llegada de los árabes: las de Pelusium, Damieta y Roseta.

No conviene recargar demasiado las tintas del cuadro. A lo largo de las franjas desérticas, en Siria, por ejemplo, el período omeya vio aparecer múltiples castillos que eran, a la vez, lugares de cita de los que partían expediciones de caza y centros de grandes explotaciones agrícolas que se mantenían gracias a un control minucioso del agua, recogida en embalses y conducida hacia los grandes recintos cultivados, que se encontraban rodeados por altas paredes de piedra y ladrillo crudo. Qasr al-Hayr al-Sharqi, el «oriental», construido por el califa Hishám en el 777, comprende un poderoso conjunto fortificado de 71 m de lado que rodea a un patio de 45 por 37 m, defendido por 12 torres redondas; es una residencia lujosa, maravillosamente decorada por frescos y ornamentación vegetal de estuco que recibe sus vituallas de un jardín y un huerto (*hayr*) de 7 km de largo por 1,5 de ancho. Otros esfuerzos precoces de valoración de tierras, construcción de diques y canales, erección de nuevos castillos y hasta fundación de pueblos se atribuyen a los príncipes omeyas Sa'íd y Maslama. Todo ello da testimonio de que el interés de los poderosos se inclina hacia las tierras irrigadas del bajo Iraq, que constituirán el centro de aplicación de la revolución agrícola de la época 'abbásí. Ya Ibn Wahshiyya, en su *Agricultura Nabatea*, describe estas explotaciones, estas *dayas*, llevadas por un dueño y un administrador y pobladas por trabajadores no especializados y poco islamizados. Pese a ello se tuvo que recurrir a la ayuda de técnicos para construir los canales y fabricar las grandes norias con cangilones para elevar el agua. En su doble condición de aldeas y grandes granjas, dichas explotaciones comprenden un sector artesanal de herreros, alfareros y carpinteros. Sólidamente ancladas en una antigua tra-

dición de gestión, sin utilizar todavía un personal exclusivamente constituido por esclavos, estas grandes explotaciones son el centro en el que se conserva el calendario solar preislámico y un saber técnico impregnado de magia.

El estatuto de los campesinos presenta, en su conjunto, una gran variedad. La gran explotación utiliza una mano de obra asalariada, por lo menos alimentada y mantenida en una dependencia casi servil, aunque se trata de un caso minoritario. Las comunidades rurales siguen siendo muy fuertes en Siria y en la Djazira, donde ejercen un derecho de propiedad colectivo sobre el suelo que implica repartos periódicos. En Egipto, en cambio, es el Estado el que impone cada año a una comunidad, enlace de su autoridad, la repartición de la tierra de regadío y los cultivos obligatorios. El peso de los impuestos y los abusos del fisco no favorecen la constitución de grandes propiedades —en contradicción, como hemos visto, con las reglas de la herencia—, sino más bien el reforzamiento de las relaciones de clientela entre los notables y los habitantes del llano. El campesino busca la protección (*taldjPa* o *himáya*) de un «poderoso» que se hace cargo de los impuestos y obtiene, a cambio, un derecho eminente sobre la tierra de su protegido, pudiendo explotarla en régimen de aparcería o devolverla al campesino y exigir un diezmo o medio diezmo como precio de su protección. Este fenómeno no implica la constitución de grandes dominios estables distribuidos en concesiones feudales. La resistencia de la comunidad campesina es muy fuerte y se encuentra a menudo organizada según el modelo genealógico que resulta, por tanto, solidario; sigue existiendo la posibilidad de huir hacia la ciudad, algo que se explica bien debido a la fragilidad de la clase de los «poderosos». La fuerza y la riqueza están estrechamente asociadas a la fortuna política, que cambia demasiado a menudo. La propiedad de la tierra se ve continuamente afectada por desgracias y confiscaciones. ¿Es todo ello el resul-

tado de una defensa de los equilibrios naturales del régimen social islámico?, ¿una reminiscencia del carácter centralista del Estado nacido de las conquistas?, ¿un medio para impedir que, gracias a la riqueza y al poder, se constituya una clase social capaz de influir sobre el califa y de arrebatarle su derecho eminente e imprescriptible sobre las tierras? La gran propiedad se constituye rápidamente pero se divide también rápidamente y no puede mantenerse más que bajo la forma del waqf religioso; las obras pías destinadas a los pobres, a las mezquitas, a los trabajos de interés colectivo (baños, alhóndigas, canales) son de pequeña envergadura pero la práctica de fideicomisos familiares encargados de su gestión podría constituir una base temible para la constitución de grandes propiedades. Pese a ello debe tenerse en cuenta que los *waqfs* suelen ser bienes ciudadanos y que el campo suele notar poco sus efectos.

En conjunto, el estatuto del campesino, que ya era humilde y se veía amenazado en época bizantina o sasánida, se ha degradado. Se le denomina *raqiq*, esclavizado, término que implica una situación personal desprovista de honor. En las tierras que tiene en régimen de explotación, propiedades antiguas o extendidas por el juego de las protecciones, la parte que corresponde al campesino resulta de lo más mediocre: la aparcería (*musáqá*) no le deja, en las tierras fértiles, más que una cantidad comprendida entre la mitad y una cuarta parte de la cosecha; el contrato de *mujábara*, especie de sociedad en la que el propietario, además de la tierra, proporciona las herramientas, la utilización de su ganado y las simientes, solo deja al asociado la quinta parte del grano cosechado; una situación idéntica se produce en el Magrib, donde el régimen de los *jamrnás* («quinteros») tiene la misma estructura. Esta condición social y económica tan degradada no es, en modo alguno, universal ni homogénea: la llanura tiene ricos y pobres, campesinos sin tierras y vagabundos que apenas se notan. Sin duda hay incluso una

complementariedad entre la gran propiedad y la comunidad rural. La primera puede absorber y organizar, en las tierras irrigadas, un exceso de población rural o incluso, cuando la comunidad ha alcanzado sus límites ecológicos y no queda ya tierra que repartir, ofrecer a los excluidos, los hijos menores de las familias, un medio de trabajo prestándoles los bueyes y las simientes.

Herencia urbana y nuevas ciudades tribales

La sociedad musulmana de los conquistadores es, en primer lugar, una sociedad de ciudadanos, organizados en campamentos militares, fácilmente movilizables en las grandes asambleas tumultuosas de la oración comunitaria y agrupados además en torno a esos dos órganos esenciales de la vida de la comunidad armada que son la mezquita y el palacio. La sedentarización de los beduinos forma aglomeraciones nuevas y poderosas en la desembocadura de las grandes rutas caravaneras seguidas por los ejércitos árabes, así como a orillas de los grandes ríos de Iraq y de Egipto: en el 636 se funda Küfa junto a una ruta que lleva de Hira hasta el centro del Iraq cruzando el Éufrates sobre un puente de barcas; en 638 Basra, en la confluencia del Tigris y el Éufrates; Fustát en 640, junto a la fortaleza bizantina de Babilonia de Egipto, en el lugar del primer puente situado más arriba del delta. Estas ciudades, los *hanifs* (singular *hanifs*), manifiestan la fuerza y la unidad de los vencedores y carecen de cualquier tipo de fortificación o protección. Basra no será amurallada y provista de un foso hasta el 771, cuando se produzca la insurrección de los járidjíes surgidos de entre los propios beduinos; estas obras no se deben, por tanto, a que se sienta ningún temor a los vencidos.

En estas ciudades se desarrolla un urbanismo original, variado. Su fundamento es la estructura tribal que ha presidido la

fragmentación en lotes y la distribución de circunscripciones que corresponden a los contingentes, todos ellos organizados según el modelo genealógico. En Basra encontramos cinco barrios, cada uno de los cuales ha sido elegido por una confederación de tribus: Azd, Tamim, Bakr, ʻAbd al-Qays, y ʻAbd al-Adiya. En Kūfa el plano recuerda el de un campamento romano con cuatro avenidas principales que se cruzan ortogonalmente en el centro, marcado por la mezquita y el palacio. Las calles son muy anchas, hasta 25 m, y en el centro de cada concesión tribal (*hanifs*) se encuentra el cementerio del grupo. La topografía de Kūfa respetará los límites diseñados para esta instalación que, en un principio era semirrural. Así, las chozas construidas con cañas y las tiendas de campaña no serán sustituidas por casas de obra hasta treinta años después de la fundación. En Fustát la arqueología confirma una cronología similar: una ciudad de tiendas en la que las calles separan a las *hanifs* tribales. Aquí, no obstante, el plano es más confuso y muestra una red de calles que constituyen laberintos, con callejones sin salida y plazas a veces cerradas en forma de pata de oca o de estrella. Este plano reproduce, sin duda, las originalidades tribales y ha marcado toda la topografía ulterior de la ciudad. Incluso en Fez, fundada en el paso del siglo VIII al IX, el plano de la nueva capital idrisi se basa en una repartición tribal.

El urbanismo de las ciudades nuevas se caracteriza por un cierto número de rasgos comunes: estructura basada en el grupo tribal, más o menos aislado, administrado por sus propios jefes con la colaboración de los «síndicos» —cuya función adquiere gran importancia ya que conocen las reglas genealógicas de la tribu—. Es una estructura simple que permite la movilización rápida de un pueblo unido, con un aparato jurídico y político muy elemental ya que las cuestiones relativas a la herencia son competencia de la tribu, y un centro religioso e intelectual, la mezquita, en continua efervescencia. Toda esta simplicidad

se desvanece poco a poco ante los progresos de una vida económica cuyo objetivo principal seguirá siendo el aprovisionamiento de los grupos urbanos. La organización se complica entonces sin perder su significación fundamental de metrópolis rentista que «digiere el botín»; a esto hay que añadir las rentas de la tierra, constituidas fundamentalmente por los impuestos que los vencidos deben abonar a la comunidad vencedora. En todas estas ciudades se construye la Casa de la Moneda, la Casa del Tesoro e incluso, en Küfa, una Casa del Botín y un arsenal en Basra que, en un principio, apunta hacia el Golfo Pérsico y, muy pronto, hacia la India. En Fustát la vida comercial se encuentra anclada en la tradición de los comerciantes locales pero la experiencia de los mekíes se desarrolla en torno a un mercado agrícola local que, poco a poco, se alimenta con productos más exóticos, procedentes de la India y de China. Esta transformación de las ciudades cambia, en realidad, su apariencia tribal de forma muy lenta, pero acentúa las diferencias de riqueza entre las grandes «casas» que controlan la dirección de los clanes y los linajes inferiores.

Las aglomeraciones nuevas, aunque constituyen el ideal de la vida urbana para los árabes que han inmigrado en las antiguas tierras del Creciente Fértil, de Egipto o de al-Andalus, ejercen su autoridad sobre una gran red de ciudades heredadas del pasado. Se produjeron, sin duda, algunas fundaciones en tiempo de los primeros califas y bajo los Omeyas, sobre todo en el Iraq y en las zonas fronterizas, pero lo esencial sigue siendo la estructura bizantina o sasánida. La continuidad de la toponimia y el hábitat son particularmente apreciables en la Siria septentrional, en los confines de Anatolia o en Irán. Al este, donde la urbanización recibe un latigazo debido a la instalación de grandes contingentes árabes, puede contemplarse un desdoblamiento de las aglomeraciones antiguas y, junto a las ciudades persas, que frecuentemente son ciudadelas de escasa importan-

cia, los recién llegados desarrollan un suburbio (*hanifs*), junto a la carretera, en el que se sitúan los órganos de la ciudad islámica, la gran mezquita y el palacio con el mercado. En Nishápür, situada sobre la carretera que atraviesa el Jurásán hacia la Transoxania y la China, la ciudadela y la ciudad interior quedan englobadas en un conjunto más amplio. La autonomía, que dura largo tiempo, de los antiguos «marqueses» sasánidas hace que numerosas ciudades como Marw, Balj, Samarqand y Bujára queden al margen de la islamización. Por todas partes se nota que se ha roto la estructura de la ciudad, ajena al esquema unitario que solo se recompondrá lentamente; en Marw, que durante mucho tiempo resultó inaccesible a los árabes que acampaban en el oasis, hubo que esperar a que Abü Muslim construyera un nuevo centro político *hanifs* hacia el 750. En Siria la continuidad es aún más fuerte: la ocupación árabe se ha amoldado a la estructura de los distritos militares, los *hanifs,* en las ciudades antiguas. Desde luego, las ciudades del litoral, tal como ha demostrado la arqueología, sufren una decadencia rápida en el momento de las grandes expediciones por el Mediterráneo, pero fuera de ellas el número de monedas de cobre que llevan los cuños distintivos de las distintas cecas confirma la supervivencia de Tiberíades, Emesa (Hims), Qinnasrin y Alepo. En las plazas fronterizas, como Tarso, Adana, Missisa, la presencia del ejército mantiene una vida activa y democrática: un pueblo de combatientes, ejército regular a sueldo o voluntarios retenidos por el botín o las fundaciones pías vive en ellas, se entrena, lucha, se desgarra en oposiciones tribales o disputa la autoridad del gobernador.

Damasco, que ha sido elegida como capital administrativa de la dinastía omeya, simboliza esta misma continuidad de una manera diferente. Ha heredado de la tradición antigua y de la dominación bizantina un recinto fortificado, una red de aprovisionamiento de agua, un acueducto, numerosas canalizacio-

nes y múltiples depósitos de agua de los que parten las conducciones que alimentan las fuentes, mezquitas, baños públicos (*hanifs*) y casas. Se han podido establecer las etapas de la evolución topográfica de la capital siria: establecimiento de una red de mercados (*hanifs*, zocos) en torno a la gran avenida con columnas de la ciudad romana, conquistada gradualmente por las tiendas lo que le hace perder su trazado rectilíneo y su aspecto monumental; transformación de la antigua ara sagrada del templo de Júpiter Damasceno (Ba'l Haddád) en una mezquita con patio central comunicada con la residencia del califa; finalmente, dislocación de la red de calles perpendiculares, por obra del particularismo tribal, que puede aún vislumbrarse bajo la nueva estructura en forma de colmena, con calles acodadas y barrios fortificados.

Estas transformaciones tienden a aproximar a Damasco, capital efectivamente arabizada, a las ciudades nuevas, los *hanifs*. De hecho, muchas ciudades antiguas siguen fieles al sistema helénico y, por otra parte, los secretarios del califa, incluso conversos, siguen fieles a la cultura helénica, expresión que todavía es sinónima de ciencia e incluso de tecnología, y son partidarios acérrimos de una ciudad racional fundamentada en la astrología, la geometría y las técnicas propias del ingeniero. A partir de este momento, todo lo que afecta a la vigilancia y a la regulación de la vida urbana constituye un asunto público y escapa a las contingencias tribales. A este respecto, todo lo que se sabe de las ciudades de Occidente se dirige en el mismo sentido: el de un abandono progresivo del modelo tribal. La historia de la *hanifs* («control del mercado»), función de vigilancia y de regulación de la vida social y económica que resulta fundamental en la ciudad hispano-musulmana, nos proporciona un buen ejemplo, con la ventaja de afectar directamente a la historia económica. El cargo aparece con seguridad en las fuentes andalusíes a partir de la llegada al poder del segundo emir omeya de

Córdoba, Hishám I, en el año 787, pero nada prueba que se trate de una estricta novedad. La función se considera suficientemente importante en la jerarquía administrativa como para que su titular, de origen oriental, sea un visir que figuraba en primera fila en el registro (*hanifs*) en el que se anotaban las pensiones atribuidas a los dignatarios del gobierno y de la administración. Se sabe también que, en el 805, al-Hakam I hizo ejecutar al *hanifs* (funcionario encargado del mercado), implicado en una conjuración, y que, al año siguiente, la gestión de su sucesor provocó una revuelta popular en la capital. El primer manual de *hanifs*, tratado relativo al gobierno del zoco, que conservamos y que constituye el primero de una serie de manuales jurídico-administrativos orientales y sobre todo occidentales del mismo género, es obra de un andalusí, Yahyá ibn 'Umar, residente en Ifriqiyá al final del período aglabí, el cual responde a las consultas de los funcionarios de los mercados de Süsa y de Qayrawán siguiendo las doctrinas sobre la materia del propio Malik ibn Anas y de los grandes doctores del malikismo egipcio, andalusí e ifriqí. Esta obra es, por consiguiente, totalmente representativa de este mundo musulmán del siglo VIII en el que la falta de una unidad política práctica entre Oriente y Occidente y los inevitables matices regionales no impiden la elaboración de una civilización común a partir de bases idénticas.

LAS DISLOCACIONES Y EL FRACASO

La monarquía omeya conoce una historia sembrada de insurrecciones que continuarán, por otra parte, con idénticas características durante el primer siglo 'abbásí. Estas revueltas asocian una componente antifiscal a la protesta contra la dominación del pueblo-ejército árabe. Frecuentemente han sido interpretadas como revueltas «nacionales» contra el Islam, ancladas en un pasado religioso, sobre todo en Irán. Si bien las cons-

tantes revueltas coptas (cinco entre 739 y 773 y una última particularmente violenta en 831) no deben nada al drama filosófico y religioso del contacto con el Islam, siendo de hecho simples rebeliones contra el fisco desautorizadas por otra parte por la jerarquía episcopal que llega incluso a ayudar a reprimirlas. Irán, por el contrario, conoce movimientos complejos que constituyen más bien respuestas al universalismo islámico. De la misma manera y por la misma razón surgen profetas entre los bereberes que elaboran «espejos del Islam»: adoptan un monoteísmo con aire regional que pretende restaurar la lengua y el orgullo de sus antepasados persas o bereberes. La profecía se dirige hacia el futuro y en este plano hace la competencia al Islam inspirándose, al mismo tiempo, en sus instituciones.

Revueltas y aculturación

El primero de estos profetas persas, Bihafaríd, provoca un levantamiento del Jurásán entre el 746 y el 749, anuncia el fin del décimo milenio de la misma manera que Zoroastro había anunciado el final del noveno, aporta su Libro, un anti-Corán en persa, su *hanifs* (el sol), sus siete oraciones e, incluso, el diezmo; prohíbe el matrimonio endogámico, el culto del fuego y el vino; se opone, por tanto, de manera indiscutible al clero zoroastriano e incluso su color, el verde, es el mismo del Islam. Tras su derrota, es sustituido por un movimiento más sincrético, también en el Jurásán hacia 755-756, que logra reunir enormes muchedumbres armadas. Otros movimientos rivales surgirán más tarde y, entre ellos, el de un batanero que, hacia 756-768, logrará reunir 300 000 hombres en unos días. Estas tendencias hacia el mesianismo sincrético alejan poco a poco a los rebeldes de toda relación con el Islam al que ya no tratan de imitar. Las desviaciones caen en la «exageración»: en 776 un artesano de Marw llamado Muqanna' provocará una revuelta utilizando el tema de la encarnación de Dios. Se inspira en el

extremismo shi'í, pues los apóstoles encarnados son, en efecto, Adán, Set, Noé, Abraham, Moisés, Jesús, Mahoma,'Ali, su hijo Muhammad, Abü Muslim y, finalmente, el propio Muqanna⁰; proclama el derecho a consumir cerdo y lleva una máscara de oro. Conforme a la visión musulmana, esta radicalización del movimiento enlaza la especulación filosófica con el militantismo político. Antes de su islamización definitiva, el noroeste del Irán será testigo de una nueva revuelta general, la Jurramiyya, cuya doctrina admite la transmigración de las almas y la encarnación de los apóstoles. Su jefe, Bábak, hijo de un comerciante de aceite, subleva al Adharbaydján en el 816 y también una parte del Irán hasta el 827. Bábak, al constituir en torno a sí mismo una especie de Estado y presentarse como luchador de la luz contra las tinieblas, obedece al modelo de Medina que pretende renovar.

Todas estas revueltas, vanas y confusas, son testimonio de una necesidad y subrayan las dificultades de una aculturación. Deberíamos, por otra parte, añadir más conflictos: piénsese en las querellas «simplemente» tribales que oponen a qaysíes y kalbíes, en los sobresaltos producidos por los partidarios de 'Ali y en las protestas armadas de los járidjíes. Estos últimos defienden, como es bien sabido, el retorno a la comunidad de Medina y el reparto igualitario de ingresos entre todos los creyentes. En principio, los járidjíes son partidarios de la igualdad de todos ante la ley, sean estos musulmanes antiguos o conversos recientes. Por esta razón sus convicciones deberían haber promovido la sublevación de los clientes, los *hanifs*, cuya nueva fe, moldeada sobre las estructuras tribales de sus vencedores, no había recibido la recompensa debida por los servicios prestados. No obstante, el movimiento quedó restringido solo a los beduinos: su anarquismo agresivo sigue concediendo excesiva importancia a su mérito como pioneros del Islam. Su táctica de golpes de mano realizados a caballo solo puede garantizarles

éxitos efímeros: entre 684 y 699, amenazan el Iraq, el Fars y el Kirmán. Aplastados por el gobernador al-Hadjdjádj, que crea la nueva ciudad de Wásit para vigilar Basra y Küfa, los járidjíes se dispersan por la periferia del imperio, en el Sidjistán, y sobre todo por el Magrib donde crean un principado autónomo en Tiaret en 766.

Por el contrario, el movimiento shi'í arrastra muchas más adhesiones, particularmente en las ciudades en las que los *hanifs* son numerosos, por más que los partidarios de 'Ali no se dirijan, en un principio, a ellos. Simple legitimismo dinástico, el shi'ismo promete una era de justicia tras el restablecimiento del linaje de Mahoma y de 'Ali. Ofrece a los *hanifs* una función revolucionaria adaptada a la concepción común de su parentesco con los seguidores de 'Ali: sus clientes, elegidos, honrados como miembros de la familia, se sienten hermanos espirituales de los pretendientes. Se trata de una adhesión compleja, aunque sincera, de estos hombres dispuestos a servir a la comunidad. Los *hanifs* de Küfa participan masivamente en el «movimiento de los Penitentes» del 684 y, sobre todo, en la insurrección de al-Mujtár en el 687 que estableció en Küfa un embrión de Estado y pretendió gobernar en nombre de los sucesores de 'Ali. Las grandes «casas» le abandonaron y esto dio lugar a su fracaso, pero el impulso estaba ya dado porque el shi'ismo encarna una aspiración profunda a una monarquía totalmente islámica; al mismo tiempo se envuelve en una religiosidad mística en la que el martirio de la familia de 'Ali se asocia el parentesco profético, constituyendo un conjunto que conmueve profundamente a los intelectuales.

La crisis del 750

La crisis revolucionaria del 750, que termina con el imperio omeya e inaugura una era y un régimen nuevos —ambos con-

ceptos aparecen expresados por el término *hanifs*— confirma la debilidad del poder y su incapacidad para resolver los problemas planteados por la conversión masiva de los antiguos dhimmíes. No se trata, no obstante, de una revolución nacional de los iranios contra los árabes ni de una revolución de los *hanifs* contra la aristocracia tribal, sino de buscar una solución islámica al problema de la Hacienda estatal. Si bien el centro de la insurrección es, de nuevo, la provincia del Jurásán, de hecho son árabes y, en particular, las tribus que se vieron privadas, hacia el 733, de los sueldos del *hanifs* y fueron excluidas del ejército, quienes marchan sobre Marw armadas con garrotes. Las consignas del movimiento no muestran ninguna hostilidad hacia los árabes e incluso la población propiamente árabe de Küfa será invitada a apoyar y sancionar las decisiones de los generales jurásáníes. En ningún momento se observa resto alguno de un programa que pretenda corregir las desigualdades e injusticias de las que eran víctimas los *hanifs*, sino tan solo una promesa de renovación del Estado. Ha surgido simplemente un mensaje revolucionario que se ha recibido en un terreno favorable y que unifica diversos descontentos, todo ello en medio de una atmósfera vagamente milenarista en la que no faltan los rasgos místicos característicos de los sectores extremistas del shiʿismo.

Por otra parte, la situación particular del Jurásán explica el éxito que allí tuvo un movimiento revolucionario: arabizado debido a la afluencia de 50 000 familias de Küfa y de Basra que constituyen una poderosa fuerza de ocupación, la provincia, marca extrema del Islam, en contacto con los países iranios todavía independientes o paganos de la Transoxania y del Afganistán, es aún «tierra de guerra santa», de botín y de tributo. Abundan en ella los conflictos tribales entre los de Mudar o qays y los yemeníes y existe una oposición violenta a todo lo que viene de Siria, por tanto, a los Omeyas. El problema de los *hanifs* solo se plantea en términos de honor y dignidad; desde

‘Umar II están inscritos en los registros de los contingentes militares y, después del 738, una reforma fiscal ha aligerado sus cargas. Por el contrario, los árabes, en particular los yemeníes, tienen una revancha pendiente con los Omeyas que en 733 les suprimieron los privilegios de la soldada, con la excepción de 15 000 familias que se mantuvieron en los registros. La elección del Jurásán y, en particular, de la tribu yemení de los Juza‘a como base del movimiento revolucionario explica asimismo el éxito de una propaganda clandestina y, en último término secundaria, la de los ‘abbásíes, un linaje mediocre y de pretensiones tardías. Por otra parte, su parentesco masculino indiscutible con el Profeta los sitúa en un plano de igualdad con los descendientes de ‘Alí e incluso el testamento de uno de estos últimos, Abü Háshim, en favor del ‘abbási Ibráhim, permite que se alíe con ellos una parte de la opinión shi‘í. Durante casi 20 años los ‘abbásíes desarrollan un movimiento político (en Küfa con Abü Saláma) y militar (en el Jurásán bajo Abü Muslim) hostil a los Omeyas, sin especificar jamás el nombre o el linaje del «imam digno» para el que trabajan. Sus adeptos se limitan a referirse al deber y al derecho a vengar a los miembros de la familia del Profeta, asesinados por los tiranos omeyas; la bandera negra y las ropas del mismo color de sus seguidores constituyen únicamente una señal de luto y de venganza; se unen también al espíritu mesiánico.

El lugar que ocupan los *hanifs* en todo este asunto aclara la importancia de los lazos familiares y de adopción espiritual: Abü Muslim, iranio que ha entrado como *hanifs* en una tribu árabe de Küfa, adopta el título de «general (*hanifs*) de la familia» y de «representante» del linaje. Adoptado por el imam Ibráhim en el 746, recibe de este una especie de misión, según la cual, aunque no pueda reivindicar el poder para sí mismo, puede, en cambio, transmitir su autoridad subdelegada. Este es un procedimiento de transmisión que será recuperado, más

tarde, por los fatimíes. En Küfa, Abü Saláma, también un liberto, adopta un título que había sido utilizado por Mujtár durante la revuelta del 686, en nombre del hijo de ʻAli, «auxiliar» (*hanifs*) de la familia, literalmente «el que lleva el peso de la carga», una denominación que implica, por lo menos, un parentesco espiritual —recuérdese que en el Corán Aarón es llamado *hanifs* de Moisés—. Estos hermanos espirituales asumen todos los riesgos y se hacen cargo de la propaganda y de las operaciones militares, protegiendo a sus superiores, los príncipes ʻabbásíes o descendientes de ʻAli que se ocultan en una clandestinidad absoluta y que no se mostrarán, en modo alguno, agradecidos: Abü Saláma será ejecutado inmediatamente después de la victoria ʻabbásí y Abü Muslim en el 754, por orden del califa al-Mansür.

El éxito de la revolución se explica precisamente por la ambigüedad que rodeó al nombre del imán, permitiendo recuperar toda una serie de revueltas anteriores de los partidarios de ʻAli, asociarse al movimiento teológico de los muʻtazilíes, del que hablaremos más tarde, y adoptar de ellos la idea central de un «mando» del bien que se opone a una mala autoridad. Al mismo tiempo, potencia plenamente la carga de los odios tribales y, en particular, la oposición de los yemeníes a la hegemonía qaysí. La revolución es proclamada abiertamente en el 747 y se transmite mediante el telégrafo óptico constituido por un sistema de señales con hogueras en la región de Marw la noche del 25 de ramadán. La declaración se hace en nombre del «imam esperado» y derrota a la dinastía omeya que se encuentra debilitada por todas partes. En dos años el ejército de los «garrotes» barre los contingentes califales de Irán e Iraq y el 28 de noviembre del 749 se proclama a Abü-l-ʻAbbás en la gran mezquita de Küfa pese a todo el despecho que sienten los príncipes sucesores de ʻAli. Al año siguiente los miembros de la familia omeya, a los que se ha atraído a un encerrona en Siria, son ase-

sinados sin piedad; solo uno logra huir, tan lejos como puede, hasta Córdoba. El nuevo poder se instala en Iraq, en Anbár-Háshimiyya, lo que constituye un primer signo de ruptura con los Omeyas, en medio de una atmósfera de crueldad y odio tribal que llega a desenterrar a los muertos omeyas con el fin de arrancar a la dinastía depuesta cualquier resto que pudiera quedar de grandeza. La revolución 'abbásí manifiesta, por tanto, una tremenda violencia ideológica pese a ser, en primer lugar y de hecho, un simple cambio de dinastía.

Capítulo 6
EL MUNDO DE LOS ‘ABBÁSÍES.

El éxito del Islam[*]

MANDAR

El triunfo ‘abbásí ofrece una solución islámica a los problemas de la legitimidad y de la gestión del poder: la proclamación de Abü-l-‘Abbás en el marco sacralizado de la venerada mezquita de Küfa, foco de las revueltas legitimistas, tiene lugar en el momento de la oración comunitaria del viernes.

Una monarquía «islámica»

Esta monarquía afirma los derechos absolutos del linaje de ‘Abbás, tío del Profeta, en virtud de un derecho de antigüedad. Rechaza todo imamismo de tipo shi‘í (Abü-l-‘Abbás adopta, por otra parte, el título de «príncipe de los creyentes y no el de imán») así como cualquier transmisión testamentaria de los herederos de ‘Ali a los ‘abbásíes. Parientes honrados y protegidos por la dinastía, los herederos de ‘Ali y sus primos los dja‘faríes son excluidos en lo sucesivo de toda legitimidad dinástica y ni siquiera forman parte de la *hanifs,* el consejo consultivo que determina, a falta de una designación por parte del califa, quién es el sucesor «más excelente» entre los miembros de la familia, que ha quedado reducida al linaje de ‘Abbás. Abü-l-‘Abbás restaura una historia interrumpida y establece un retorno absoluto a las fuentes a partir del momento en que se prestó juramento al Profeta. Restaura también la unidad de la *hanifs,* suprimiendo los privilegios del ejército árabe y estableciendo la igualdad entre todos los musulmanes. Proclama, finalmente, la responsabilidad y la autoridad absoluta del «príncipe de los

creyentes» con respecto a la comunidad. Tal como puede verse, la monarquía islámica no rompe con el fundamento absolutista del régimen de los Omeyas ni reduce la extremada concentración del poder; por el contrario, suprime el contra-poder de los jefes de tribu que constituían el ejército. Todo el ejercicio de la autoridad se encierra en el seno de la «familia bendita».

Ahora son las estructuras familiares, ampliadas gracias a la clientela y el parentesco ritual, las que aseguran la gestión del Estado islámico. Los ‘abbásíes sirven al califa como gobernadores de provincia o jefes del ejército y se seccionan amplios territorios del imperio para que ellos gobiernen y, de manera particular, para el presunto heredero que, con frecuencia, manda el ejército de las marcas situadas en el frente bizantino. Estos gobernadores favorecen, de hecho, los autonomismos subterráneos, inevitables dada la inmensidad y la ausencia de unidad cultural y económica del imperio, en particular en el inmenso Oriente iranio que Hárün al-Rashid confía a su hijo al-Mamün, proclamado heredero de su otro hijo, o que al-Mutawakkil confía a al-Mu‘tazz, mientras que el presunto heredero, al-Muntasir, gobierna el Oeste. También el ejército se reconstituye sobre la base de utilizar solo a mercenarios y apoyarse en la solidaridad de partidos: compuesto por jurásáníes, su núcleo está constituido por los *hanifs*, «hijos» del régimen, mientras que los antiguos contingentes árabes son eliminados gradualmente del ejército, tachados de los registros de soldada o acantonados en las marcas. Bajo al-Mansür, la gestión del aparato administrativo se confía, a un fiel ayudante del califa y, para denominar su cargo, se utiliza de nuevo el título de visir *hanifs* del que había hecho uso Abü Saláma. Si se trata de un secretario (*hanifs*), buen conocedor de la gestión de las numerosas y complejas oficinas, su relación con el califa será íntima, familiar y también conflictiva: además de recibir una delegación, que tiende a ser total, de las prerrogativas califales (absolutismo

visiral que, no obstante, se encuentra moderado por la revocación, ejecución o confiscación), el visir, y otros cortesanos, se ven introducidos, forzosamente, en la intimidad de la familia como «secretarios-tutores», es decir, verdaderos padres adoptivos, preceptores de los príncipes y tutores que pronto resultarán molestos.

La base administrativa del imperio se desarrollará rápidamente y su eficacia se verá reforzada. El gobierno de los ʿabbásíes constituye el apogeo de la especialización de los departamentos estatales y del control, la obra maestra de los secretarios. El Tesoro omeya (*hanifs*) desarrolla un conjunto de servicios que controla los impuestos territoriales, diezmos, bienes confiscados y el tesoro privado; más tarde, en el siglo IX, el servicio de los impuestos territoriales se reestructura en tres que son responsables, respectivamente, del Occidente, Oriente y el Sawád (región de Bagdad) y que, en su conjunto, están sometidos a un departamento encargado del control. Esta estructura, que resulta por otra parte inestable y sometida a reorganizaciones, se reproduce en provincias y permite un conocimiento precoz de los recursos fiscales e incluso la elaboración de presupuestos centrales, que se elevan a 400 millones de dirhemes bajo los primeros ʿabbásíes, a 300 millones hacia el año 850 e incluso a más de 200 millones hacia el año 900. Los servicios de la tesorería, que reciben solo una parte de los ingresos derivados de la fiscalidad ya que las provincias gozan de autonomía financiera, pagan, a través de los divanes de los gastos y del ejército, los sueldos de los funcionarios y de los militares, las pensiones de los miembros de la familia y las necesidades de la corte. Finalmente, las oficinas de la cancillería y del sello registran las decisiones de política general y los diplomas en los que constan los nombramientos, mientras que el servicio de correos organiza una red oficial de comunicaciones y de vigilan-

cia policial sobre el conjunto del imperio, a la manera sasánida o romana.

Este sistema, estable solo en teoría, se encontraba no obstante sometido a las fuertes tensiones que agitaban a la familia y a la corte califal, esto es, fundamentalmente, los conflictos sucesorios que forman parte, de modo inevitable, de la estructura misma del régimen. Ninguna sucesión se ve libre de ellos: a la muerte de Abü-l-'Abbás al-Saffáh, el tío de al-Mansür prueba su suerte alegando su derecho de mayor antigüedad; al-Mansür debe apartar a su primo, designado por al-Saffáh, para transmitir el califato a su hijo al-Mahdí. Cuando este muere, posiblemente asesinado, se rompe el orden sucesorio y al-Hádi obtiene ventaja sobre su hermano Hárún. Este, liberado de la prisión a la muerte de al-Hádi, trata de imponer un orden sucesorio entre al-Amin y al-Mamün. Fracasa y, a su muerte, el Estado se ve desgarrado por una dura guerra civil que estalla en el momento en que el califa elimina de la sucesión a su medio hermano. Al-Ma'mün, con el ejército del Jurásán mandado principalmente por Táhir, marcha sobre Bagdad y asedia la ciudad desde agosto del 812 hasta septiembres del 813, viéndose obligado a vencer la resistencia heroica de la población. Estos conflictos se ven animados, por otra parte, por la competencia de los secretarios-tutores y por las ambiciones de las reinas madres, cada una de las cuales espera derrotar a sus rivales del gineceo califal. Esta atmósfera de intrigas desatadas acaba por afectar el carácter mismo del poder califal: al-Mahdi muere, tal vez asesinado, y se abriga la misma sospecha sobre la muerte de al-Hádi; al-Amin, por otra parte, morirá a manos de los soldados de Táhir.

¿Qué sentido tiene?

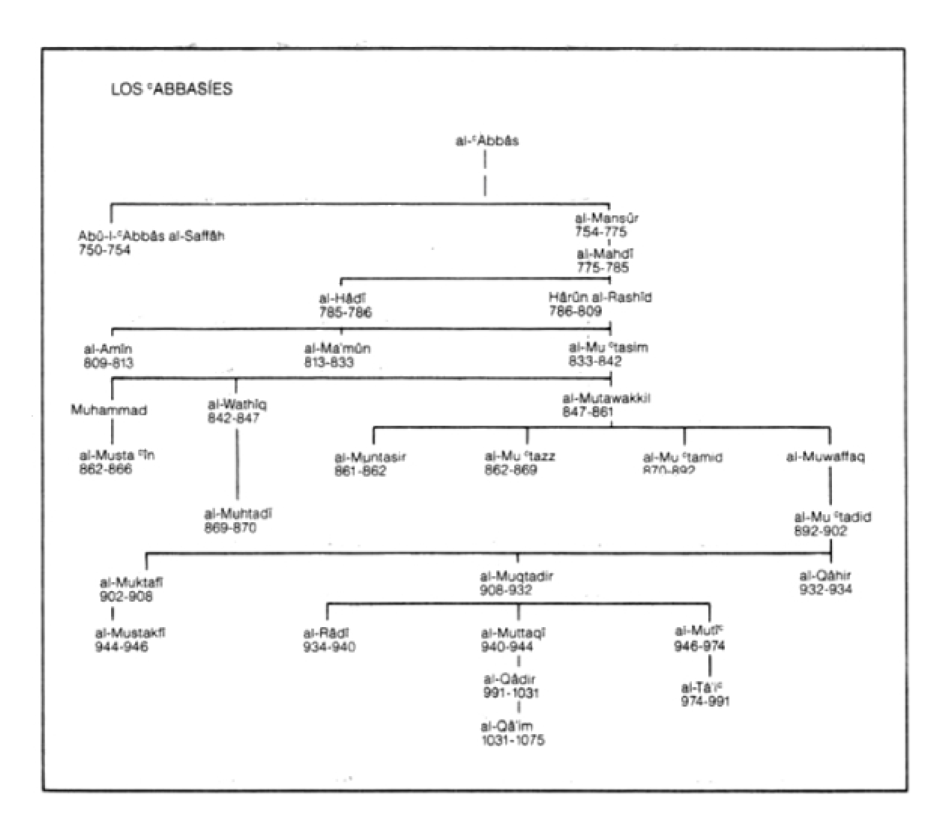
Los conflictos que surgen en el seno de la familia repercuten, sin duda, en el ambiente de palacio y contribuyen a que el visirato tenga una historia caótica, interrumpida por tremendas desgracias y confiscaciones desmedidas, hasta el mismo fin del gobierno personal de los ʻabbásíes. La fragilidad de su suerte lleva a los secretarios a promover una consolidación desmesurada de su partido, a tratar de enriquecerse sin medida, y agrava sin cesar el carácter de poder privado y de delegación personal y total del mismo que caracteriza al visirato. Los favoritos reciben títulos significativos y suntuosos («hermano en Dios» es el apelativo de Yaʻqüb ibn Dáwüd bajo al-Mahdi) que implican una integración en el seno de la familia y enmascaran la inestabilidad del cargo. Un caso resulta, ante todo, digno de mención: es el de los Barmekíes, descendientes del superior de un convento budista de Balj, que gobiernan entre 786 y 805, a partir de Yahyá, tutor de Hárün al-Rashid, gracias al cual este último alcanzará el poder. La extraordinaria buena suerte de esta familia, dada la duración y amplitud que alcanzaron sus poderes, permitió una política a largo plazo cuyos frutos fueron: reconciliación con los partidarios de ʻAlí, reclutamiento de un nuevo ejército en el Jurásán e imposición de la paz a Bizancio. Se produce una verdadera división del trabajo político que asocia el visirato, todopoderoso en Bagdad, con el califato, dedicado de manera exclusiva a la guerra santa o *hanifs*. El peso fiscal de esta política dará lugar, en el 803, a la caída y ejecución de los Barmekíes.

En efecto, los miembros de la familia se ven afectados por la duda sobre la legitimidad de su poder, lo que constituye una seria amenaza para el futuro de la dinastía. Los descendientes de ʻAli han intensificado su propaganda y afinado su argumentación. Se jactan siempre de su genealogía pura en la que no aparece ningún matrimonio desigual: insisten en su ascendencia materna irreprochable, como hijos de mujeres nobles, mientras

que los califas eran hijos de concubinas esclavas, y pronto argumentan que descienden de Fátima, todo ello a pesar de que el modelo genealógico habitual entre los árabes es exclusivamente patrilineal. Pero sobre todo apelan, en círculos restringidos, a las nuevas ideas que están en el ambiente: mesianismo apocalíptico que anuncia la próxima llegada del *hanifs* el «bien guiado», el «señor del tiempo» encargado de establecer una era de justicia, función casi sobrenatural del *hanifs*, dotado de ciencia y virtud y puente con lo divino. Estas convicciones integran los antiguos temas de los extremistas shiíes y están de acuerdo con la cosmología neoplatónica que acaban de descubrir los sabios árabes. A ellas responderán los ʻabbásíes con una táctica imitativa de escaso alcance: el hijo de al-Mansür, que se llamaba ya Muhammad ibnʻAbd Alláh, precisamente el nombre que la tradición religiosa atribuye al *hanifs* salvador, llega a adoptar el título caüfal de al-Mahdi; al-Mamün se autodenominará *hanifs* e incluso *hanifs*, «vicario de Dios». Todo ello presagia una extraordinaria inflación de los títulos califales, cada vez más cargados de significado religioso: expresan, en una lengua todavía fresca, la elección, la fortuna o la victoria que Dios ofrece a su protegido. Estas fórmulas no están aún estereotipadas pero constituyen un simple recurso para cubrir las apariencias y los mismos califas se ven afectados por el sentimiento de superioridad de los descendientes de ʻAli: entre 816 y 818 al-Mamün decide transmitir el califato a ʻAli al-Ridá, perteneciente a la familia de ʻAli y, para ello, lo convierte en su yerno y lo nombra heredero suyo. Este sueño de reconciliación fracasa debido a la oposición armada de Bagdad y el *hanifs* muere probablemente envenenado.

Tras este fracaso, al-Mutasim y su hijo al-Wathiq realizarán, entre 827 y 847, una última tentativa de dar un sentido a la monarquía islámica: se trata de imponer una ideología común, la del mutazilismo, al imperio musulmán. En 827 al-Mamün

adopta el dogma del «Corán creado». En 833 empieza la *hanifs* o inquisición, cuyas investigaciones lleva a cabo el jefe de la policía de Bagdad, bajo la autoridad del gran cadí, y los gobernadores de las provincias, los cuales apartan del servicio de la dinastía a todos los adversarios ideológicos del pensamiento mu'tazilí, a los dualistas iranios y a los negadores de la unidad divina (denominados, ambos, *hanifs*), a los antropomorfistas que admitían la realidad de los atributos divinos y la visión de Dios en el paraíso, y a los que negaban la libertad humana. La represión alcanza a los doctores los cuales son interrogados por la autoridad e incluso por el propio califa, viéndose conminados a la aceptación de los dogmas mu'tazilíes. La mayoría se someten, de forma más o menos sincera, pero surge una resistencia entre los tradicionistas, agrupados en torno a la figura de Ahmad ibn Hanbal, que fue interrogado y encarcelado dos veces. Algunas víctimas proporcionan mártires a la propaganda hanbalí y la inquisición será abandonada de manera brutal a principios del reinado de al-Mutawakkil. El gran cadí Ibn Abi Duád es destituido en 825 y el califa se resigna a condenar, por rescripto, todo estudio de teología dogmática (*hanifs*). Este fracaso, si bien no compromete el futuro de la investigación teológica y filosófica, contribuye no obstante a que estas disciplinas sean consideradas sospechosas por muchos tradicionalistas. Por otra parte, las doctrinas se encuentran forzosamente limitadas por su concordancia con la letra del Libro sagrado. Finalmente, este fracaso trae consigo, asimismo, el fin de un nuevo tipo de gobierno: el que ha sido asumido por el gran cadí en un momento en que los visires ven limitadas sus funciones a lo estrictamente fiscal y financiero.



Este paréntesis se cierra con al-Mutawakkil y la monarquía islámica vuelve a la inestabilidad y a los peligros de la época de los Barmekíes. Surgen, además, nuevos peligros con el reclutamiento sistemático de un ejército de esclavos turcos, ya que la dinastía ha renunciado a la administración directa del Jurásán, que se encuentra confiado a Táhir y a sus descendientes, con lo que desaparecen las fuentes de su ejército tradicional. Las intrigas palaciegas, promovidas por los «hermanos adoptivos» del califa y por los secretarios-tutores, se ven incrementadas por las ambiciones de los oficiales turcos, seguros de la obediencia de sus tropas, y las sucesiones trágicas vuelven a producirse con el asesinato de al-Muta-wakkil, en 861, a manos de los guardias de palacio; con ello reaparecen, una vez más, los conflictos entre los príncipes ʻabbásíes. El fracaso de la monarquía islámica es total, pues priva al Estado de sus fundamentos, re-

vela la existencia de relaciones de pura fuerza, disfrazadas de manera hipócrita con pomposos títulos califales, contribuye a crear corrientes contradictorias en la opinión pública, refuerza el shi'ísmo milenarista que predica la esperanza en un reino de justicia y, finalmente, favorece a los doctores o ulemas (*hanifs*) que están decididos a hablar en nombre de la Comunidad y a oponerse a los abusos de los militares. Tal vez sea el Occidente islámico, en el que se está operando un cambio moral y político profundo y duradero, el que les ofrezca un ejemplo.

La evolución política de la parte occidental del inmenso imperio musulmán presenta, en efecto, ciertas características particulares. Al-Andalus y el Magrib occidental y central a partir de la crisis de mediados del siglo VIII, así como Ifriqiyá después del 800, se organizan en estados independientes que prescinden, en la práctica, de la autoridad del califato oriental. Si bien la aparición de los emiratos de Tahert y de Fez se debe, en buena parte, al hecho étnico beréber, la constitución de los de Córdoba y Qayrawán no revela ningún particularismo local indígena. Todo sucede en función de una aristocracia dirigente de origen oriental que encuentra apoyos o resistencias en los medios tribales árabes o bereberes. Por otra parte, incluso en los estados «bereberes» de Tahert y de Fez, las dinastías son, respectivamente, irania y árabe. También eran árabes, o al menos pretendían serlo, los pequeños emires del principado sálihí de Nákür. Solo en las fronteras aún inciertas de este Islam occidental podemos encontrar jefes políticos, más o menos independientes, de origen indígena: es el caso de los midraríes bereberes de Sidjilmasa o de los «señores» muladíes (*hanifs*) del valle del Ebro. Por consiguiente, en el orden político, procede de Oriente todo lo que domina la segmentación tribal y la disgregación local, si bien hay que intentar medir, en primer lugar, la influencia árabe y oriental en los comienzos de estos estados musulmanes del Occidente mediterráneo.

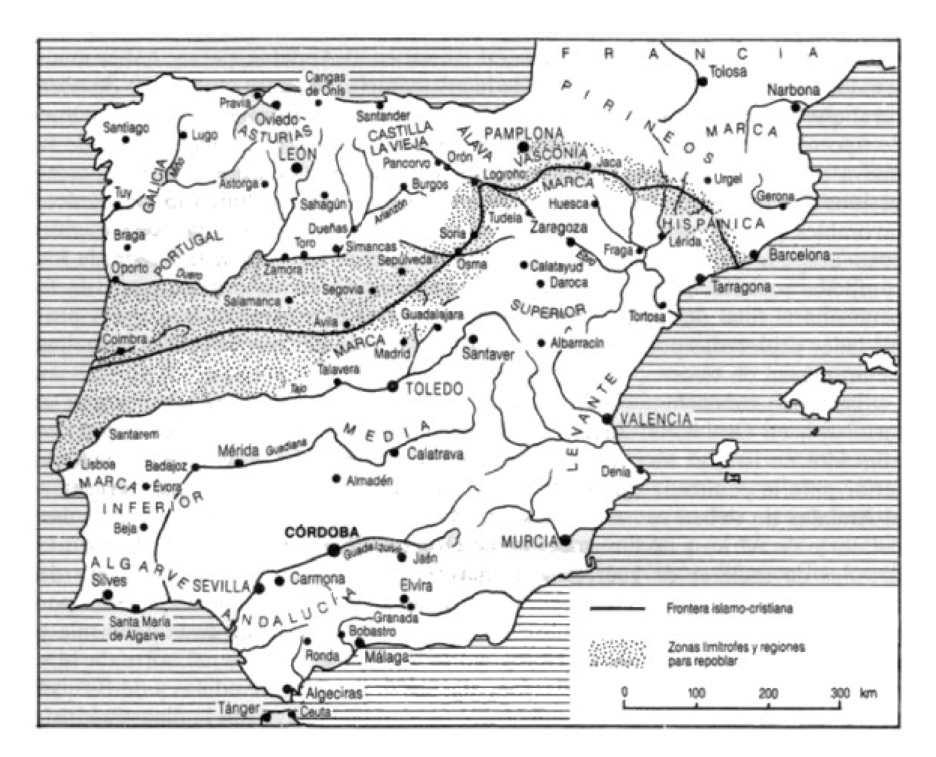
No conocemos con suficiente precisión las modalidades exactas de la implantación de los elementos étnicos procedentes del Oriente Medio, tanto si se trata de árabes como de clientes arabizados e integrados al ejército y a su organización tribal. En principio, estos guerreros no debieran haber recibido tierras sino una soldada, de acuerdo con la jerarquía del *hanifs* o registro militar. De hecho, tanto en Ifríqiyá como en al-Andalus, recibieron pronto concesiones territoriales importantes y los gobernadores enviados por el califa de Damasco realizaron ímprobos esfuerzos para legalizar el reparto de las mismas. No sabemos casi nada sobre las modalidades de la desposesión de los indígenas, la proporción de tierras que los conquistadores se apropiaron de este modo y el procedimiento por el que fueron distribuidas (sobre base individual o ciánica). Podríamos interrogarnos hasta el agotamiento en torno a la aplicación efectiva de las normas jurídicas, aún mal definidas en aquel momento, que habrían debido regir la apropiación y el reparto de las tierras por los conquistadores, pero lo cierto es que nunca sabremos lo que sucedió en realidad. En lo que respecta al modo de explotación de las propiedades (*hanifs*) adquiridas de este modo, puede suponerse que los nuevos poseedores conservaron, en un principio, el régimen en vigor en el momento anterior a la conquista que, al menos en al-Andalus, parece haber mantenido, en las grandes propiedades de la aristocracia dirigente, una mano de obra rural que se encontraba en una situación jurídica todavía próxima a la esclavitud de tipo romano. No obstante, las conversiones al Islam y el propio espíritu de la nueva civilización debieron favorecer la evolución de la condición de estos campesinos adscritos hacia formas de colonato aparcero que resultaran lo menos desfavorables posible para los explotadores. Pese a ello, Ibn Hawqal, que escribe poco después de mediados del siglo X, pero parece referirse a la época de

los conflictos sociales, políticos y religiosos que conoció la parte musulmana de la península al final del siglo anterior, señala todavía la existencia de grandes propiedades explotadas por campesinos cristianos de condición servil cuyas revueltas siempre eran de temer.

Tampoco conocemos con seguridad el número de árabes o arabizados que se instalaron en Occidente. Según Talbi el efectivo total de los ejércitos orientales afincados en Ifriqiyá asciende a unos 180 000 hombres. La cifra es, sin duda, inferior para la península (¿unos 50 000?) y los efectivos orientales que llegaron a al-Andalus no deben sumarse a los del Magrib, ya que sin duda muchos venían del norte de África y no directamente de Oriente. Solo puede hablarse de algunas decenas de millares de guerreros, la mayoría de los cuales debió instalarse de modo definitivo y que, en la mayor parte de los casos, vinieron acompañados por sus familias. Se concentraron sobre todo en Ifriqiyá, en el sur de la península y en la marca superior (valle del Ebro), y, de manera secundaria, al norte de Marruecos, en torno a Tánger. Más tarde, algunos árabes de al-Andalus y de Ifriqiyá acudieron para poblar Fez, que había sido fundada de nuevo por la dinastía idrísí. Resulta menos importante evaluar el peso demográfico inicial de este elemento árabe que darse cuenta de la importantísima función social que desempeñó. Se ha llamado la atención sobre el hecho de que, en Ifriqiyá este elemento étnico no solo logró mantener su individualidad sin diluirse en la masa ambiente, sino que se afirmó «como grupo piloto del cuerpo social al que invadió con su lengua, su religión y los ideales que difundía. Por otra parte no puede dudarse de su fecundidad física y si, desde el punto de vista biológico, la aparición de generaciones de *hanifs* o muladíes y de *hanifs* (descendientes de varones árabes y mujeres indígenas) debe considerarse como resultado de una cierta forma de fu-

sión, desde el punto de vista social se trata de una dilatación del elemento árabe».

Estas observaciones son también válidas para al-Andalus, en donde, al menos durante dos siglos, los árabes siguieron formando un grupo aristocrático activo, distinto del resto de la población y suficientemente numeroso, sobre todo en las regiones meridionales, para poder medirse con ventaja, a fines del siglo IX, con los indígenas islamizados (*hanifs*) y con los cristianos mozárabes rebeldes contra su dominación. En particular, en este último país puede pensarse que la organización patrilineal y endógama de los linajes árabes «arrebatadores de mujeres» que, por otra parte, eran dominantes social y políticamente, les proporcionó una fuerte ventaja sobre una aristocracia indígena debilitada por la derrota, carente de un sólido soporte cultural y cuyas estructuras familiares resultaban mucho más débiles. Esta última parece haberse visto marginada, eliminada o absorbida de manera progresiva, de tal modo que, después del siglo IX, no se la ve desempeñar ningún papel.



La España musulmana y cristiana en la primera mitad del siglo IX.

En el norte de África el sistema sociopolítico propuesto por los conquistadores no destruía, de manera fundamental, las estructuras indígenas, al contrario de lo que sucedió con el sistema impuesto por el imperialismo romano. La tradición árabe, por su parte, incluía un sistema tribal que no era muy distinto del de los bereberes y que se conservó, en parte, gracias a la organización militar del *hanifs*. Los grandes grupos tribales bereberes «orientales» se asimilaron rápidamente a los árabes a los que, sin duda, se asemejaban notablemente. Así lo observa, por ejemplo, al-Ya‘qübi, a fines del siglo IX, a propósito de los Hawwára, los cuales, dice, «afirman ser descendientes de tribus yemeníes cuyo nombre han olvidado. Las fracciones de los Hawwára —añade— se unen unas a otras a la manera de las fracciones de las tribus árabes». Los sedentarios *hanifs* de la Argelia oriental conocían, sin duda, una organización más adaptada a la vida en núcleos de población que los nómadas o semi-

nómadas de las estepas predesérticas, pero su esquema social tampoco era muy distinto del de los antiguos árabes si pensamos en lo que responden, hacia el 900, unos peregrinos de la tribu de los kutáma de la pequeña Kabilia que se dirigen hacia La Meca cuando son interrogados sobre las costumbres de su pueblo: «Nos ramificamos en varias tribus, clanes y familias... No practicamos mucho la ayuda mutua entre nosotros... Luchamos unos con otros y luego nos reconciliamos; hacemos la paz con unos mientras guerreamos con los otros». Estos bereberes explican, asimismo, que son gobernados por las asambleas (*hanifs*) y que para resolver sus litigios recurren al arbitraje «de las personas que han adquirido algunos conocimientos y de los maestros de escuela». Precisan, finalmente, que no están sometidos a ningún Estado y que entregan directamente a los pobres la limosna del diezmo que exige la norma islámica.

Una síntesis de esta índole entre las exigencias musulmanas y los modos de organización tradicional de la sociedad tribal debió realizarse en una buena parte del Magrib, en particular en toda la zona járidjí, en la que las tribus solo estaban sometidas a la supremacía lejana y vaga del imán de Tahert, como es el caso de los Nafüsa del sur de Ifriqiyá, los cuales, según al-Ya'qübi, no pagaban el impuesto territorial a ningún gobierno. El mismo autor precisa que en su tiempo (fines del siglo IX) los nafüsa no hablaban árabe. El mantenimiento de las estructuras sociales indígenas debió favorecer, en la mayoría de los casos, la conservación del beréber como lengua corriente. Pero debe tenerse en cuenta que, de manera paralela, estas tribus bereberes se islamizaron sin reservas y aceptaron, asimismo, el árabe como lengua de cultura, con todo lo que ello podía implicar en lo relativo a la modificación progresiva de los ideales sociales, de las mentalidades y de los comportamientos cuando no se mostraban conformes con los que transmitía la nueva lengua «oficial». Puede entreverse, por ejemplo, un nivel de arabiza-

ción bastante elevado entre los kutáma de la pequeña Kabilia cuando, hacia el año 900, los misioneros fatimíes acudieron, para difundir el shiísmo, a esta región rural situada en las fronteras del emirato aglabí que se había mantenido, no obstante, prácticamente independiente del poder de Qayrawán en el marco de una organización tribal bien conservada. Y si bien, por una parte, a los kutáma les repugna la idea de aceptar la autoridad política y las obligaciones fiscales que tratan de imponerles los representantes del Estado aglabí establecidos en las ciudades situadas al pie de sus montañas, el éxito de los fatimíes revela, por otra parte, la existencia entre ellos de una fascinación por el Oriente al que consideran como la fuente de todo conocimiento. Esta concepción tuvo necesariamente que favorecer la penetración de la lengua árabe y de los ideales sociales que transmitía.

Lo que acabamos de decir acerca de las tribus bereberes del Magrib resulta también evidentemente cierto, *a fortiori*, en el caso de las que se trasladaron a al-Andalus en el momento de la conquista de la península a principios del siglo VIII. El medio tribal beréber andalusí no tenía, sin duda, la importancia ni la solidez del Magrib pero los textos no dejan duda alguna acerca de su existencia. Numerosas regiones de al-Andalus, como las montañas andaluzas, zonas del Guadiana y del Tajo (*Djawf* o región de Mérida y Marca Inferior), la Sierra Morena (*Fahs al-Ballüt*), el norte del Garb (centro del actual Portugal), las zonas montañosas situadas entre Toledo y la región valenciana (Santaver), así como buena parte de la misma región levantina (*Sharq al-Andalus*), habían recibido una importante aportación étnica beréber de la que quedan restos en la toponimia actual: Mestanza, en las montañas situadas al norte de Córdoba; Mequinenza, en la región de Tortosa; Cehegín, en la provincia de Murcia, y los diversos Adzaneta de la región valenciana, que dan, todavía hoy, testimonio de la implantación de grupos tri-

bales coherentes de bereberes Mistasa, Miknása, Sinhádja (*al-Sinhádjiyyin*) y Zanáta. Ejemplos de la misma índole pueden multiplicarse sin dificultad. Ciudades o distritos rurales de la Marca Inferior, del Levante y de las montañas andaluzas llevaban nombres de otras tribus como los nafüsa, los magíla, los lamaya, cuya instalación debió producirse, con frecuencia, a través de una ocupación de hecho de los territorios que habían conquistado, legalizada a continuación, en la medida de lo posible, por los representantes del poder. Así, el jurista ifriqí de fines del siglo X, al-Dáwüdi, en la parte de su *Kitáb al-amwál* (tratado sobre el régimen de las propiedades territoriales), relativa al occidente musulmán, se hace eco de tradiciones relativas a la ocupación de Hispania durante la cual cada grupo de conquistadores —recuérdese que los ejércitos estaban organizados sobre una base tribal— se había apoderado de las tierras a su alcance sin que, en un principio, se hubiera realizado un reparto legal. Consecuencia de este hecho fue que las transformaciones, sobre todo de orden económico, siguieron a la ocupación del suelo más lentamente en Occidente que en Oriente donde las reformas legales pusieron en marcha un proceso de cambios agrarios que fue duradero y rápido.

PRODUCIR

La reforma fiscal, tardía e independiente del cambio político producido por la revolución ʻabbásí, solo afecta al Iraq central, al Sawád de Bagdad, que constituye el núcleo del imperio califal. Responde al deseo de acabar con el empobrecimiento del Tesoro y con el abandono de las tierras. Defendida por Abü Yüsuf en su *Libro sobre el impuesto territorial* presentado a Hárün al-Rashid, había sido puesta en práctica por sus predecesores bajo el califato de al-Mahdi. Dicha reforma empieza por constatar que los campos del Iraq están siendo abandonados y que

este hecho aumenta la carga impositiva sobre los campesinos que permanecen en su comunidad; señala asimismo la existencia de conflictos sociales avivados por la necesidad de pagar en metálico en un momento en que la cosecha no se ha realizado todavía. Los juristas del califa observan asimismo que la imposición de las parcelas abandonadas, que recae sobre la comunidad, quita a los campesinos los medios financieros necesarios para valorar las tierras desiertas. Por consiguiente, a petición de las comunidades campesinas del Sawád, el gobierno del califa decidió volver al reparto de las cosechas.

Una reforma fiscal, una revolución agrícola

Este reparto, la *muqásama,* se efectúa en los campos. No se trata, no obstante, de un impuesto en especie: solo se calcula la base tributaria en el momento en el que se miden las cantidades cosechadas de manera efectiva y entonces se exige al campesino el valor de la parte correspondiente al príncipe que debe pagarse en metálico. ¿Los recaudadores de impuestos calculaban este valor en función de un precio ideal, tras corregir las variaciones, o de acuerdo con el precio real del mercado? Probablemente haya que aceptar la primera hipótesis ya que los teóricos del derecho islámico temían la irregularidad del precio del mercado, que solo pertenece a Dios y que hacía sospechosas las ganancias ilícitas a las que pudiera dar lugar. No obstante, el reparto resultaba mucho más duro que la imposición por unidad cadastral: la diferencia, notable, es de uno a tres e implica un considerable endurecimiento del impuesto unitario. La necesidad de una venta rápida de las cosechas para pagar los impuestos no contribuía precisamente a aligerar las cargas fiscales y, por otra parte, permitía que surgiera la sombra de la especulación, de la compra del grano a precio de monopolio por los banqueros que acompañaban a los recaudadores de impuestos y, finalmente, de la usura. El hecho de que los propios campesi-

nos hubieran deseado esta reforma da cuenta de hasta qué punto resultaba aplastante el peso de las tierras abandonadas y de los impuestos correspondientes.

Esta vuelta al reparto de las cosechas va acompañada por una política fiscal consciente destinada a favorecer el desarrollo agrícola y, especialmente, por una auténtica revolución en los cultivos. La supresión de los impuestos sobre las tierras no cultivadas mueve a las comunidades y a los individuos a ampliar los perímetros cultivados. Se acompaña también por una política de restauración: se conceden las tierras «muertas» a los que las trabajan de nuevo. Hay más: la desgravación sistemática de las tierras irrigadas tiene en cuenta los costos de la irrigación. En tierra de *jaradj*, el Estado exige el 40 por 100 del trigo y de la cebada obtenidos en cultivos no irrigados y solo el 30 por 100 de los que se obtienen en los regadíos; grava el 33 por 100 de la cosecha de las viñas, de los forrajes (trébol y alfalfa) y de los restantes cultivos obtenidos en regadío en las huertas; finalmente solo grava el 25 por 100 de los cultivos «de verano» (como las legumbres, sandías, sésamo, colocasia, berenjenas y también algodón y caña de azúcar). En tierra sometida al diezmo esta política es aún más clara: 10 por 100 para los granos regados «de manera natural» (sin intervención de máquinas, por lluvia, crecida o regadío por gravedad), 5 por 100 para los granos regados con ayuda de máquinas costosas, 10 por 100 de nuevo para los frutos secos, legumbres secas, fibras textiles y cereales secundarios (mijo, arroz, sésamo), pero exención del impuesto para las hortalizas y los forrajes. Se trata, a la vez, de cultivos veraniegos (melón, calabaza, berenjena), de cultivos que se desarrollan bajo el suelo (pepino, zanahoria, espinaca, melón de primavera) y de forrajes cuyo interés para el suelo había sido reconocido por los agrónomos (fijan el nitrógeno, sirven de abono verde o de alimentación para el ganado, dejan libres los terrenos de pasto y suministran estiércol).

Pueden comprobarse los objetivos económicos precoces de esta reforma compleja: el coeficiente decreciente del impuesto en relación a la productividad del suelo incita a la valoración y al desarrollo del mismo sin que, por ello, el Estado pierda ingresos ya que estos se recuperan gracias a las cantidades cosechadas que son superiores a lo previsto. El Estado, por otra parte, se hace cargo de la construcción o excavación de los canales de irrigación. La reforma favorece la adopción de especies nuevas, la renovación de las cualidades productivas del suelo y la multiplicación de cosechas a lo largo del año (cultivos subterráneos y cultivos veraniegos). Además, la desgravación afecta a los productos que resultan más fácilmente comercializables en los mercados ciudadanos: el trigo duro de verano irrigado que permite fabricar pastas alimenticias, el arroz cuya progresión en el mundo musulmán no ofrece dudas, las frutas y hortalizas cuyo consumo se ve favorecido por las modas culinarias codificadas en los libros ʻabbásíes de recetas (carnes condimentadas con especies, frutos secos o plantas aromáticas, carnes con almendras, pistachos o granadas, arroz y carne azucarados y con leche agria, carne con hortalizas, puerros, cebollas, guisantes y berenjenas).

No hay que disimular que, a pesar de algunos relanzamientos indiscutibles de una economía alimentaria que, sobre todo en Oriente, había sufrido una notable inseguridad durante más de dos siglos, la situación de las poblaciones rurales se mantuvo en el nivel mediocre del que hemos hablado al referirnos a la época omeya: el explotador suele ser un pequeño propietario o un aparcero, menos frecuentemente un esclavo, que se encuentra dominado, a la vez, por el rico propietario que le protege y por las exigencias de la ciudad vecina. Esta última, como en la Antigüedad, desempeña un papel fundamental. No obstante, antes de considerarlo, conviene echar un vistazo hacia el Oeste.

En efecto, el carácter desarticulado por naturaleza de la autoridad pública multiplicó, en el occidente islámico, los contrastes locales y la confusión de estatutos. Los diccionarios biográficos mencionan, a veces, a sabios que vivían en medio rural y algunos de ellos disfrutaron de una gran reputación: es el caso de un alfaquí de principios del siglo IX que vivía en el campo en los alrededores de Morón y que inspiraba tal respeto a los *muftis* («jurisconsultos»), consejeros del cadí de Córdoba, que estos se abstenían de expresar cualquier opinión en su presencia cuando acudía a la capital. Este personaje, que al final de su vida fue cadí de Ecija, era de origen beréber y pertenecía a un grupo tribal efectivamente instalado en las proximidades de Morón en la época de la conquista. Ibn al-Faradi, fuente de estas indicaciones, nos informa de que este sabio vivía en una *qarya*, o sea en un pueblo, y no en una gran propiedad. No hay duda alguna sobre la existencia de haciendas importantes pertenecientes a la élite residente en las ciudades de al-Andalus y del Magrib, pero no sabemos nada acerca de la proporción que representaban sobre la totalidad del suelo cultivado ni tampoco acerca de cómo eran explotadas. Antes hemos visto que Ibn Hawqal mencionaba auténticos siervos cristianos en algunas *diyá* andalusíes, pero esto no parece que constituyera la regla y es probable que estos procedimientos de explotación agraria tendieran a evolucionar hacia un régimen de colonato por aparcería menos riguroso. Podemos preguntarnos, sobre todo, si el régimen más frecuente no era el de la propiedad pequeña o mediana, individual o colectiva, en el marco de los pueblos.

Uno de los textos más interesantes sobre el estatuto territorial es el tratado de al-Dáwüdi, antes citado, que nos proporciona algunas precisiones útiles relativas a Sicilia así como también, de forma secundaria, sobre al-Andalus. La mayor parte de las indicaciones que contiene se refieren a grupos de explota-

dores que entran en conflicto con las decisiones abusivas del poder central, el cual, tras haberles concedido tierras en *iqta'*, se las retira por razones diversas (de naturaleza político-administrativa) o dispone de ellas de nuevo por haber sido abandonadas de manera temporal como consecuencia de guerras, teniendo que enfrentarse, a continuación, con las reclamaciones de los antiguos poseedores o de sus herederos. Se asiste, por ello, a litigios entre el Estado que, como representante de la comunidad musulmana, ejerce una especie de propiedad eminente sobre el suelo y los titulares de concesiones convertidas en explotaciones agrícolas que tal vez no cultiven personalmente (aunque en algunos casos cabe suponer que lo hicieron) pero que son asimilables a colonos militares y no a grandes propietarios de tierras. El poder, por ejemplo, quiere imponer talas obligatorias de árboles, por necesidades de la flota, a los colonos sicilianos. Pero estos rehúsan argumentando que solo están obligados al servicio de guerra, al *ajinad*. El poder intenta imponerles su voluntad por la fuerza, pero solo consigue que abandonen las tierras. Del mismo modo unos bereberes andalusíes ven cómo se les impugna una *iqtá'*, resisten por las armas y, finalmente, son expulsados. En todo ello interesa menos el resultado de estos conflictos que la relación de fuerzas que revelan entre el poder y ciertos grupos de poseedores del suelo capaces de rehusar un cierto nivel de exigencias estatales llegando, en caso de necesidad, a oponerse por la fuerza.

Este nivel de exigencias estatales, en principio limitado por el mismo derecho musulmán y que no podía, de modo verosímil, elevarse al infinito, dada la omnipresencia de los juristas, variaba sin duda en función de la capacidad de resistencia de los distintos grupos. Si bien los dhimmíes, a los que se había dejado la posesión de sus tierras, no podían oponerse en gran medida a la percepción de un *jaradj* elevado, no sucedía lo mismo con los soldados conquistadores que se habían establecido

en *iqtás*, ni con las tribus bereberes islamizadas del Magrib, provistas de fuertes estructuras tribales o municipales. Sin necesidad de hablar de las tribus járidjíes independientes del emirato de Tahert o de las del Magrib occidental, sabemos que, en el interior mismo del Estado aglabí, se había conservado una organización tribal en muchos lugares relativamente alejados de las regiones costeras. Así, cerca de Bádja, al-Ya'qübi señala la existencia de un territorio ocupado por los bereberes wazdadja, «de humor independiente, que rehúsan toda obediencia al príncipe aglabí». Los señores árabes autónomos de Setif y de Balazma se enorgullecían de haber acabado con los kutáma y de haberles «reducido a un verdadero estado de servidumbre y vasallaje» porque habían logrado imponerles, de manera temporal, el pago de los impuestos coránicos mientras que estos bereberes pretendían, por su parte, satisfacerlos entregando directamente la cantidad correspondiente a los pobres bajo forma de limosna. Puede verse que los kutáma elevaban en gran manera el nivel de su resistencia a las exigencias estatales ya que de hecho rehusaban cualquier tipo de fiscalidad.

Estos hechos no afectan solo al Magrib. En Sicilia y en al-Andalus grandes partes del territorio conquistado habían sido concedidas a los grupos de conquistadores, algunos de los cuales, a la manera de los kutáma de la Pequeña Kabilia, aprovechaban el alejamiento o la debilidad del poder y se sustraían también a toda obligación fiscal: este es el caso, siempre según al-Ya'qübi, de las tribus bereberes establecidas en la región valenciana que no reconocían la autoridad de los Omeyas cordobeses. En el momento de la gran crisis de fines del siglo IX, la mayor parte del territorio andalusí escapa a la autoridad de los emires. Pese a ello no parece que las poblaciones hayan caído, de manera general, bajo la férula de feudalismos locales que las hayan oprimido y por todas partes se las ve resistiendo con las armas a todos los intentos de restablecimiento de la autoridad

de los emires, en castillos que se encuentran por todo el país y que son refugios situados en lugares elevados o auténticos pueblos fortificados en lugar de castillos «señoriales». Estas poblaciones parecen estar mayoritariamente islamizadas y lo poco que sabemos de ellas contradice lo que frecuentemente se afirma, sobre al-Andalus de manera especial, acerca de la existencia de grandes masas de colonos en situación harto mísera por encontrarse sometidos a la presión del fisco o a la arbitrariedad de los grandes propietarios. Si esta pudo ser la situación de los sectores menos favorecidos de entre los campesinos, caso de los mozárabes que trabajaban las propiedades de la *jüssa* urbana tras la conquista, no puede decirse lo mismo de la mayor parte de los propietarios de tierras, descendientes de los conquistadores árabes y bereberes o de indígenas conversos, que vivían en el marco de los pueblos o *qura* y solo dependían de una fiscalidad estatal sobre la que sabemos muy poco pero que, en un principio, no tenemos motivo alguno para suponer opresiva o para creer que se salía de los límites marcados por las normas generales del derecho público musulmán.

Una producción agrícola sabia en un medio ingrato

En conjunto, la economía agraria desarrollada por la reforma fiscal corresponde a un Iraq bien provisto de agua y se basa en la irrigación. Un libro de matemáticas prácticas, destinado a los geómetras de los servicios de impuestos y de irrigación, describe en el siglo XI, con precisión y mesura, mediante la resolución de problemas sencillos, la manera de perforar canales, el costo de los mismos, el esfuerzo físico que requieren las máquinas de elevación de agua movidas a brazo o con la ayuda de un buey, que permiten irrigar los campos situados por encima del nivel de los canales y de los ríos. Se trata de un servicio público organizado por un cuerpo de agentes técnicos del Estado, niveladores y geómetras, que están al frente de equipos forma-

dos por varios centenares de obreros libres, que trabajan a destajo y son pagados en función de la cantidad de tierra que han extraído o acumulado para formar un terraplén. De acuerdo con el terreno se perfora o se construye utilizando grandes cantidades de haces de cañas o arbustos que se consolidan con arcilla. Las máquinas permiten un riego constante y varias cosechas y se utilizan la noria giratoria, con cangilones, que riega 35 ha. diarias, asegurando la irrigación de más de 100 ha en cultivos de verano y de 150 en cultivos de invierno, y el balancín, movido por 4 o 5 hombres, que puede acarrear en su cubo hasta 600 litros (de 44 a 78 ha en cultivo de verano y de 100 a 138 en cultivo de invierno). De manera paralela, en las montañas se difunde una técnica irania, la del *qanát* (un canal subterráneo que capta, montaña arriba, el agua de la capa freática y guía su recorrido a lo largo de un trazado que aparece señalado, en la superficie, por una red de pozos de aireación y de mantenimiento), que permite a la vez regar los suelos ligeros, arrancados a la montaña y «cálidos», y drenar los *mardjs*, zonas pantanosas en las que se encuentran aguas estancadas. Se trata de una hidráulica sabia que conoce los peligros de la irrigación mal dosificada así como los de la salinización que pueden afectar a los terrenos mal drenados.

Evidentemente, en el conjunto del imperio musulmán domina la agricultura pluvial. Si bien esta solo utiliza el agua de lluvia o, como mucho, el agua que proporcionan la pequeña hidráulica de los pozos, de las cisternas o de las pequeñas norias elevadoras de los huertos, no deja por ello de ser sabia: sabe «cerrar» el suelo por bina para evitar la evaporación, preparar un suelo nivelado con una ligera pendiente para repartir adecuadamente el agua, escalonar los trabajos necesarios para «romper» la tierra —tras las primeras lluvias— y hacer circular el aire en primavera y, finalmente, ofrecer los surcos al sol. Toda la ciencia geopónica de la Antigüedad, la de los romanos y

griegos (Varrón, Columela, traducido al árabe en el siglo IX, el bizantino Casiano Baso, autor de la *Agricultura de los romanos,* y el pseudo-Constantino VII) y también la de los persas (Qustüs ibn Askuraskina), apoyada en la cosmología aristotélica, en una observación atenta e incluso en la experiencia, se difunde a través de una literatura agronómica cuyas manifestaciones en al-Andalus han sido estudiadas recientemente y entre las que se cuentan: procedimientos para abonar y enterrar pajas y cenizas, práctica del barbecho labrado con cultivo subterráneo del nabo, multiplicación de los procedimientos de arado, encierro móvil de los animales sobre el barbecho muerto (para evitar el exceso de estiércol), rotación generalizada de los pastos naturales y de los cultivos, que evita el endurecimiento de los suelos pisoteados. Se trata de un saber verificado y vivificado por la experiencia, cuyo lugar favorito es, sin duda, el jardín de las cortes de los príncipes, y que se difunde a través del libro, que unifica las técnicas, las registra de acuerdo con el método de los tradicionistas (maximizar la cantidad de informaciones, falta de certeza absoluta) y las critica por un método experimental.

La actitud de innovación audaz y de investigación que se transparenta en el trabajo de los agrónomos ayuda a comprender el éxito que obtiene la revolución de los cultivos: los *new crops* que se introducen o seleccionan en los centros hortícolas de Irán, Siria y Egipto se difundirán muy rápidamente en todo el conjunto del Dar al-Islám. Este enriquecimiento del patrimonio floral forma parte de un amplio movimiento plurisecular que tiende a asimilar, en el Mediterráneo, las plantas subtropicales que habían sido ignoradas en la Antigüedad. Estos nuevos productos son, en primer lugar, plantas de estación corta: la espinaca, que es la verdura de Isfahán (*isfánáj*), la colocasia, la berenjena, también de origen iranio y que conserva en todas partes su nombre persa (*bádindján*) apenas transformado (*melenzana, melinjano,* etc). Estas plantas permiten un cultivo

subterráneo siempre y cuando se abone y labre bien la tierra. Aún más importante resulta la introducción de los cultivos de verano (arroz, algodón, melón, sorgo, trigo duro, caña de azúcar) que ofrecen, en las mismas condiciones, la posibilidad de conseguir una segunda cosecha de verano, algo que antes se ignoraba por completo. Los agricultores —sobre todo arboricultores y horticultores— del Mediterráneo adoptan asimismo otras plantas: nuevos árboles frutales, limoneros, naranjos, plataneras, cocoteros y mangos, plantas de las que se obtienen tintes como la aleña y el índigo, plantas con raíces verticales como el nabo, destinadas asimismo a producir cosechas subterráneas. Su difusión resulta precoz y vasta: la Sicilia árabe conocerá, en el siglo XI, cultivos especiales de algodón, aleña e índigo, «cañas persas», la producción de azúcar refinado, tal vez las plataneras, con toda seguridad las palmeras datileras y, asimismo, la morera que se multiplica, de forma paralela, en el mundo bizantino para el cultivo del gusano de seda.

El calendario agrícola que redacta al-Maqrízi para Egipto muestra la importancia de los nuevos cultivos: la crecida del Nilo, que empieza en junio, en el mes copto de *abib*, y alcanza su plenitud en *tüt* (septiembre), va seguida inmediatamente por la siembra de los cereales, trigo y cebada, que se cosecharán en abril, hortalizas que madurarán en noviembre, garbanzos, lentejas, lino y trébol, cuyas cosechas se escalonarán desde abril hasta junio e irán seguidas del cobro del primer plazo del impuesto territorial establecido en función del catastro levantado en septiembre sobre las superficies inundadas. En marzo y abril, sobre las superficies regadas con las máquinas que extraen agua del Nilo y de los canales contiguos —sobre todo en el delta, en el que se reciben las aguas acumuladas, durante la crecida, en la reserva natural del lago Qárün, en Fayyüm, regularizada por esclusas antiguas— se siembra el arroz cosechado en octubre, la colocasia, las berenjenas, los pepinos, el melón, el

sésamo, las espinacas, la *lübiyü* (alubia o judía de la Antigüedad) y el índigo, sembrado en mayo y cuyo período de crecimiento dura 100 días. Las cosechas de los cultivos de verano (*sayjt*) coinciden con la recolección de frutas, cerezas, higos, melocotones, peras, plátanos, limones y uvas, así como con el pago del segundo plazo del impuesto catastral.

Estas nuevas plantas se encuentran estrechamente asociadas a la política de desarrollo por intensificación y valoración de las tierras: la caña de azúcar, la colocasia y el cocotero mejoran las tierras salobres y absorben el exceso de salinidad, mientras que el algodón enriquece las tierras de mala calidad. En conjunto los árboles frutales, legumbres, hortalizas y plantas industriales implican un mercado urbano rico, suficientemente provisto de granos y productos agrícolas de primera necesidad, así como una cocina desarrollada y refinada. Concuerdan con el desarrollo urbano de la época y contribuyen a diversificar y mejorar cualitativamente la alimentación. Estas plantas subtropicales necesitan mucha agua así como mucho laboreo y grandes cantidades de abono; concentran, por tanto, el esfuerzo de desarrollo, irrigación e innovación agrícola en los suburbios bien regados de las grandes ciudades, mientras que el *dry farming*, realizado por otra parte de manera muy sabia, se hace cargo de la alimentación de base.

La revolución en los cultivos se basa, en los regadíos, en la aportación de agua y abono. La crecida y la irrigación por gravedad no resultan suficientes y todo el esfuerzo de innovación pretende alargar el período de regadío utilizando máquinas y canalizaciones, así como renovar las cualidades productivas del suelo. Si bien el abono animal no sufre grandes transformaciones, el conocimiento empírico de la aportación de nitrógeno que traen consigo las leguminosas (habas, lentejas, altramuces, garbanzos, bejines) y de las plantas forrajeras verdes (alfalfa, guisante gris, trébol de Alejandría), que se utilizan también co-

mo abono (si se las entierra en su estado natural o bajo forma de abonos compuestos o cenizas), se asocia con la multiplicación de las formas de uso de la azada y del arado con el fin de favorecer la penetración del agua, mullir la tierra y eliminar las plantas parásitas. El deseo de crear cortezas superficiales duras favorece la adopción de plantas de raíz vertical de las que se conocen bien sus efectos mullientes, así como de abonos compuestos por pajas y cenizas, en particular las que se obtienen en las calderas de los baños. Una observación interesante preconiza la elección de leguminosas de raíz corta, que fertilizan las capas superficiales y son esenciales para el crecimiento de los cereales. Otra preocupación clara es la de aportar al suelo elementos «cálidos» —en particular el abono de ave y la muy cotizada palomina— pero, por razones evidentes, se descarta el abono de cerdo y el abono humano.

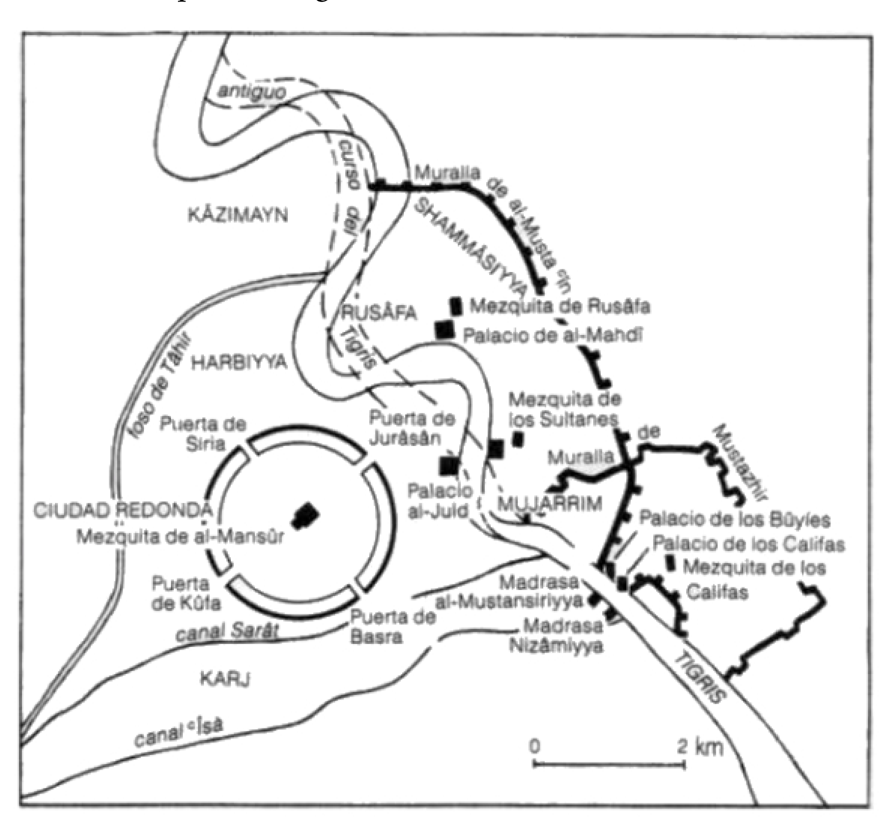
En conjunto, la reforma fiscal —limitada a Iraq y esencial para las finanzas califales— se encuentra estrechamente ligada con la revolución agrícola —que puede compararse a la del siglo XVIII en Inglaterra— y sus objetivos económicos comunes constituyen, en cierto modo, una premonición de las reflexiones de los fisiócratas, pues pretenden intensificar la producción y, gracias a ello, lograr que las sociedades campesinas no resulten aplastadas por una fiscalidad muy dura y, al mismo tiempo, alimentar a las numerosas metrópolis, muy pobladas y grandes consumidoras. Se trata de reformas muy ligadas a la existencia del mercado libre ciudadano y, de alguna manera, evitan la necesidad de una anona y de la distribución autoritaria de los excedentes. Pero esta agricultura ʻabbásí, que permite una siembra con rendimientos muy elevados, increíbles para el historiador de la Edad Media Occidental (en Egipto se obtiene una media de 10 granos cosechados por cada grano sembrado llegando a alcanzarse máximas comprendidas entre 20 y 30 granos por grano sembrado; en la Sicilia medieval, que hereda los métodos

de cultivo árabes, se obtienen medias de 8 y máximas que llegan a 20 y 22), así como rendimientos también elevados por superficie sembrada (de 2 a 20 *irdabbs* de trigo por*faddán*, o sea, entre 3,6 y 36 hl por ha, una media de 18 hl), es una agricultura frágil que requiere un control constante del agua en las zonas de regadío y, siempre, abundancia de abono. Resulta, por ello, sensible a las destrucciones repetidas de canales y ganado. No obstante, debe rechazarse la visión «asiática» de una sociedad hidráulica: Egipto, Iraq y el Jurásán disponen de sistemas regionales de irrigación, al nivel del nomo, de la comarca y del distrito, que solo pueden ser destruidos como consecuencia de la repetición de catástrofes. Por el contrario, esta agricultura se ve escasamente afectada por los desplazamientos de población y por el abandono de los emplazamientos de los pueblos. En un mundo ampliamente inexplotado y en el que hay una inmensa reserva de tierras, el capital más precioso está constituido por la técnica y por el control del agua.

TRIUNFO DE LA CIUDAD MUSULMANA

La revolución ʻabbásí simboliza su triunfo mediante la creación de una capital colosal, la ciudad redonda de Madinat al-Salám, la «ciudad de la Paz», cuyo nombre evoca el carácter islámico de la nueva monarquía. La elección del lugar en que se construyó resulta digna de mención: como Nínive al norte y Basra al sur, la nueva capital se encuentra en la desembocadura de una de las tres carreteras que cruzan el Zagros y llevan al Jurásán (Nínive al final del Gran Zab, Basra por Ahwáz y Bagdad por Hulwán, Nehavend y Hamadhán). Las comunicaciones fluviales son cómodas, por el Tigris y el Éufrates, hacia la Djazíra y Siria. La región ofrece los últimos lugares de paso fácil sobre los dos grandes ríos antes de que el valle se ensanche y se llegue a las ciénagas del bajo Iraq. Finalmente, los barcos marítimos

con poco calado pueden remontar los ríos hasta el emplazamiento de la nueva ciudad. Para al-Mansür, en el 758, es «la encrucijada del universo. Allí atracarán y fondearán los barcos que, por el Tigris, vengan de Wásit, Basra. Ubulla, Ahwáz, Fars, Omán, la Yamáma, Bahrayn y las regiones vecinas. Allí llegarán las mercancías, transportadas por el Tigris desde Mosul, el Adharbaydján y Armenia. Del mismo modo allí llegarán los productos transportados por los navíos por el Éufrates desde Diyár Mudar, Raqqa, Siria, las marcas del Asia Menor, Egipto y el Magrib. Esta ciudad se encontrará también sobre las rutas de las poblaciones del Djibál, Isfáhán y de las provincias del Jurásán». Añadamos a este programa, preocupado por el abastecimiento de la futura capital, la fertilidad del Sawád y de la llanura situada al pie del Zagros.



El emplazamiento elegido en el año 758 ofrecía, para un campamento militar y residencia de la dinastía revolucionaria, una serie de baluartes naturales: unos canales antiguos, el Sarát y el Nahrʻísá, que forman una «isla» entre los dos grandes ríos. Por otra parte tenía un gran inconveniente: la zona en la que se fundó la ciudad redonda emerge apenas unas cuantas decenas de centímetros sobre las elevadas aguas del Tigris y las fuertes crecidas del río socavarán los palacios construidos con ladrillo crudo. Solo el barrio de Karj (en arameo «la ciudad») se encuentra fundado sobre una colina insumergible y será el centro del sector occidental de la ciudad, mientras que la combinación de las crecidas del Éufrates (escasas pero devastadoras) con las del Tigris (anuales y siempre peligrosas: el caudal pasa de 1200 a 8000 m^3segundo y puede llegar hasta 25 000 m^3segundo) invita a trasladar la parte esencial del hábitat a la ribera oriental, más elevada, protegida por antiguos diques de tierra, pero carente de una defensa militar natural.

La ciudad redonda, fundada en 762 y acabada en 766 gracias a una fantástica movilización de 100 000 artesanos y obreros, presenta un plan radioconcéntrico. Es de forma redonda perfecta, herencia de las ciudades iranias, a través de una mística de la realeza cósmica (cuatro puertas, 360 torres, una orientación astrológica rigurosa que obliga a «desorientar» la mezquita unida al palacio), en la que los aspectos defensivos y simbólicos adquieren una importancia privilegiada: rodeada por un foso de 20 m de anchura, una muralla con una espesura de 9 m aísla un espacio vacío de una anchura de 57 m que bordea la muralla principal de una altura de 31,2 m y espesor de 50 m en la base y 14 m en la cima. En cada puerta, una construcción defensiva abría paso hacia el exterior a través de pasillos acodados y permitía el acceso a los sectores del anillo habitado, estrictamente aislados tanto entre sí como del mundo exterior.

Tras la primera muralla, un espacio de 170,7 m constituye el anillo construido, reservado a los partidarios de los ‘abbásíes y a los militares: este anillo se encuentra cerrado en su cara interna por un muro con un grosor de 20 m y 17,5 m de altura. En el centro de este conjunto, de 2352 m de diámetro, se encuentra una inmensa explanada vacía y, en la intersección de los dos ejes que pasan por las puertas, aparece el palacio de Oro de 200 m de lado, con su cúpula verde y encuadrado por cuatro *iwánes* colosales, y la gran mezquita de 100 m de lado. Nadie podía entrar en el espacio central si no era a pie y provisto de la correspondiente autorización. Una minuciosa vigilancia multiplica meticulosamente los puntos de control, los cuerpos de guardia, y los pasadizos cubiertos vigilados desde las bóvedas. El comercio, de modo particular, es recluido en las cuatro «avenidas» cubiertas, cada una de las cuales alberga 108 tiendas, hasta ser, finalmente, expulsado al Karj donde al-Mansür construye una segunda mezquita aljama. Entonces la ciudad se convierte en el «dominio personal» del califa.

Capital de los seguidores de los ‘abbásíes, se encuentra exclusivamente poblada por los responsables y pensionistas de la revolución, por los soldados jurásáníes (los «hijos del régimen», *Abna al-Dawlá*) y miembros de la familia entre los que se incluyen los descendientes de ‘Ali, primos de los ‘abbásíes, y se desarrolla rápidamente siguiendo dos ejes: en primer lugar, la corte califal se desplaza hacia el este; en vida del propio al-Mansür abandona la ciudad redonda para desplazarse al «jardín de la Eternidad» (*Juld*), instalado en la cabeza de puente que lleva a la ribera oriental; más tarde, bajo al-Mahdi se dirige a la Rusafa y, con al-Ma’mün, al Hasani. Cada soberano considera una cuestión de honor el construir una nueva residencia ostentosa y los materiales de construcción que se utilizan facilitan esta política: se trata de ladrillo crudo barato recubierto con ladrillo cocido y paneles de estuco. Tras los cincuenta años de estancia en

Samarra, cuando los ʻabbásíes regresan a Bagdad en el 892, el Hasani se convierte en el centro incomparable del poder califal. Mientras que los palacios de los primeros califas de la dinastía eran unitarios, el Hasani abarca dentro de su recinto varios conjuntos: el *Tadj* («corona»), el *Firdaws* («paraíso») y 11 pabellones más. Un lujo deslumbrante acumula en el Hasani todos los símbolos del poder: 38 000 cortinas de seda, 12 500 vestidos honoríficos, 25 500 grandes cortinas, 8000 colgaduras, 22 000 tapices, 1000 caballos, 4 elefantes y 2 jirafas, 5000 corazas, 10 000 piezas de armadura; todo ello se presenta ante los embajadores de Bizancio en el año 917. La guardia personal se compone, entonces, de 20 000 pajes-soldados y 10 000 esclavos a los que hay que añadir un número mal conocido de criados. Bajo al-Muqtadir (908-932) se cuenta con 15 000 esclavos y con la guardia mudjárí, además de una guarnición de 14 000 hombres.

La capital se desarrolla en otros lugares, incluso en la orilla occidental en donde los miembros de la familia han recibido parcelas para instalar residencias y dependencias. Se construyen nuevos barrios, casas de vecindad y mercados, situados en torno a los palacios, en zonas parceladas, pero también hipódromos privados, campos de polo y residencias de los «clientes» de los príncipes ʻabbásíes. Se advierte que los palacios califales se rebajan con frecuencia hasta convertirse en residencias de la *jássa*, mientras que el urbanismo se organiza en grandes avenidas trazadas en función de estos palacios; en la orilla oriental, la Gran Avenida, paralela al Tigris, tiene, en el siglo X, una topografía muy semejante a la de Samarra: las residencias se construyen en la misma ribera, con accesos al río y vistas del agua; frente a ellas se encuentran los alojamientos de los soldados, los establos y las mezquitas privadas. Este urbanismo abierto, con amplios espacios, recortado por la presencia de jardines, parques de animales y reservas de caza, con un hábitat

horizontal y sin pisos, se opone a los callejones sin salida de los barrios cerrados y protegidos y, en particular, a los mercados. No existe ninguna fortificación, con la única excepción del muro de tierra construido apresuradamente por al-MustaAn para proteger la orilla oriental en el 865, durante el año en el que se defiende del asedio de las tropas de su rival al-Mu'tazz.

Samarra («se alegra quien la ve») fue fundada por al-Mu'tasim en 836 como una segunda Bagdad, con el fin de hacer frente al problema de la seguridad personal del monarca (tras la guerra civil y la insurrección de Bagdad) y renovar el prestigio dinástico. Tiene las mismas características que Bagdad y una evolución similar: su emplazamiento parece bastante mal escogido ya que carece de agua potable y, previamente, no existía en él más que algunos pueblos y conventos cristianos; no ofrece pues las mismas ventajas de situación que Bagdad. Se trata, de una «fundación» absoluta: en un principio se construyó un palacio aislado, el Qatul (en este caso se trata de un octógono), seguido por un segundo palacio, colosal, en el que al-Mu'tasim se instala en 838 y en torno al cual se disponen la mezquita aljama y algunas zonas aparceladas. Entre 859 y 861 al-Mutawakkil construye una segunda ciudad, la DjaTariyya, con su palacio y su mezquita (llamada de Abü Dulaf, que quedó por acabar en el momento del asesinato del califa en el 861), provista asimismo de varios complejos palaciegos (Balkuwara, el «castillo del Novio») construidos para los príncipes. El plano de Samarra no revela la existencia de ningún programa defensivo: falta de fortificaciones, escasos canales, y presencia de enormes complejos palaciegos, con inmensas avenidas una de las cuales tiene más de 7 km. Según el modelo jurásání, los palacios están separados de la calle por un canal cruzado por puentes y se encuentran gigantescos hipódromos, parques de caza y pabellones residenciales situados sobre la ribera occidental irrigada. No puede discernirse el emplazamiento de los mercados sobre el plano,

que revela, ante todo, la gigantesca distribución ortogonal de las arterias privadas. Si bien existió una zona para los comerciantes, los proveedores del califa y de la *jássa*, la ciudad aparece ante todo como un centro militar y administrativo que distribuye, a lo largo de más de 35 km, residencias y cuarteles, habitados simultáneamente sin que ello implique que Bagdad haya sido abandonada en favor de la nueva capital: se trata de la capital de una dinastía vigorosa, deportiva y guerrera, que desconfía de sus tropas y de las posibles conjuras, en la que residirán siete califas durante 50 años. En esta ciudad, enormemente larga, la segregación de los grupos étnicos enrolados en el ejército evita la fusión y el contacto con la población civil y mantiene las oposiciones sobre las que se basa la seguridad personal del califa. Por otra parte la misma inmensidad de la ciudad garantiza el disponer de tiempo suficiente para huir en el caso de que se produjese un golpe armado: hace falta un día entero para cruzar la capital a pie.

Samarra y, más tarde, la Bagdad oriental después del 892 exageran la tendencia a lo colosal y lo grandioso de las primeras fundaciones de al-Mansür: la instalación extensiva y la ocupación del terreno se aproximan a lo absurdo. En Samarra (6800 ha), el califa y los notables compran escrupulosamente un suelo poco costoso: el espacio está libre, vacío, inmenso y, en ambas capitales, el uso del ladrillo crudo limita, afortunadamente, los gastos que, pese a ello, resultan enormes. Salvo en el caso de los paneles estucados y pintados al fresco, la decoración puede desplazarse fácilmente: mármol, mosaico, cedro y teca. Se llegan a desmontar los paramentos y los arcos para poder trasportar los ladrillos cocidos, que son muy costosos ya que el combustible escasea, dejando con ello al descubierto los cascotes de ladrillo crudo que son rápidamente erosionados por las inundaciones y por el viento. Con todo, los gastos se encuentran a la altura de las grandes empresas: la ciudad redonda cos-

tó entre 18 y 100 millones de dirhams según las distintas fuentes, el palacio de las Pléyades le costará a al-Muʻtadid 400 000 dinares y el del príncipe büyí Muʻizz al-Dawla un millón. La prodigalidad de al-Mutawakkil impresiona a los historiadores musulmanes: según al-Yaʻqübi, el canal inacabado de la Djaʻfariyya costó, por lo menos, un millón y medio de dinares. En ambas ciudades, la extensión del espacio construido por adición de nuevos barrios pone de relieve el carácter personal y autocrático de las fundaciones: nunca se decide abandonar los antiguos palacios y barrios. El califa manifiesta una total confianza en su destino, reforzada por las predicciones favorables de los astrólogos, a las que se adaptan los arquitectos, los cuales se limitan a ejecutar la voluntad del califa incluso cuando es extravagante desde un punto de vista técnico: tal es el caso de Samarra que carece de agua y de puentes cómodos, está expuesta a las crecidas y alejada de las grandes rutas imperiales. De hecho, Samarra, una vez ha sido abandonada por la corte y por el ejército, no conocerá la prosperidad de Bagdad durante la ausencia del príncipe y se retraerá a una zona minúscula situada cerca de la gran mezquita de al-Mutawakkil.

Focos de aculturación

Las capitales ʻabbásíes, ciudades en las que se ha afincado la *jássa*, viven fundamentalmente de la fiscalidad imperial. En el momento de la fundación de Bagdad, cada tío del califa recibe una paga de un millón de dirhams, la familia se reparte 10 millones y cada uno de los 700 compañeros obtiene una pensión de 500 dirhams mensuales. Una geografía compartimentada distribuye los contingentes beduinos del ejército en barrios tribales y los regimientos jurásáníes (que también son árabes) son repartidos en función de su ciudad o región de origen (Jwárizm, Rayy, Marw, Qábül, Bujára) junto a los palacios y parcelas distribuidos a los parientes y jefes de los seguidores ʻabbásíes.

La ampliación de la ciudad, en la que se multiplican los mercados, atrae la inmigración de gentes pertenecientes a las clases bajas, sobre todo iranios que se han arabizado rápidamente y que se instalan asimismo en los barrios en función de los vínculos de solidaridad: es el caso de los artesanos de al-Ahwáz (las gentes de Tustar, especialistas del tejido de la seda y del algodón). Junto a la élite administrativa, militar y religiosa, Bagdad y Samarra ven cómo se desarrolla la *'ümma*, un pueblo turbulento, solo en parte productivo (tejedores, albañiles, escultores de la madera, ladrilleros y alfareros), en parte inactivo o activo de modo irregular (cargadores, barqueros, guardaespaldas, maceras y los numerosos ladrones), preocupado por los conflictos político-religiosos y por el patriotismo municipal. Profundamente islamizado y también arabizado, este pueblo se compromete, sin temor, con el sistema: son los «desnudos» que resisten durante 14 meses, armados solo con bastones, frente a las tropas de Táhir en 812-813, cuando surge el conflicto entre los califas al-Amin y al-Ma'mün.

La gran ciudad representa un papel que, sin duda, es esencial en el fenómeno de la aculturación: si bien Bagdad sigue siendo una ciudad cristiana, con su patriarcado nestoriano y sus conventos e iglesias nestorianas, jacobitas y melquitas, así como la capital del judaísmo, con sus escuelas talmúdicas y la presencia, en la corte, del exilarca, por otra parte la solidaridad de los barrios cristaliza en torno a las mezquitas dedicadas a los mártires, aquellas que guardan las tumbas de los imanes shi'íes, en Kazimayn, y las de los doctores perseguidos por la inquisición mu'tazilí, situadas en torno al mausoleo de Ibn Hanbal. La cultura astrológica, astronómica y médica florece en palacios, observatorios, hospitales públicos y en la Casa de la Sabiduría, fundada por al-Mamün con el fin de reunir en ella la suma de todos los conocimientos de la antigüedad griega, pero a ella se yuxtapone —sin que ello implique que no se produzcan fenó-

menos de interacción y de circulación de ideas y personas— un Islam popular, vigoroso y atento a los debates ideológicos, fácilmente intolerante y siempre agitado por los conflictos entre las escuelas. El shiísmo aparece en Bagdad a partir del año 780 y pronto empieza, impulsada por los hanbalíes, una auténtica resistencia puritana contra la inmoralidad de los poderosos.

Samarra y Bagdad son los prototipos de la vida cortesana, dedicada al lujo y a los placeres que provocan la revuelta de los barrios puritanos y constituyen un modelo para las provincias: el estilo arquitectónico y decorativo elaborado por los arquitectos califales se impone en la capital del Egipto tülüní. La gran mezquita de Samarra, construida en 849-852 y la de Abü Dülaf (859-861), ambas inmensas (100 m por 160 y 104 m por 155, respectivamente) se presentan como auténticas fortalezas en medio de amplios espacios libres: muros gruesos, planta redonda de las torres situadas en los ángulos y de los contrafuertes que aparecen a lo largo de las fachadas, alminares enormes. Volveremos a encontrar en la mezquita de Ibn Tulün (879), que tiene una planta distinta (en este caso cuadrada), la tendencia al gigantismo, la construcción de ladrillo en grandes pilares rectangulares, la posición del alminar en el eje del mihrab y, sobre todo, la superposición de placas de yeso decorado con rosetas e inscripciones epigráficas que sugiere un traslado de los artistas. Del mismo modo la cocina bagdadí, la etiqueta y la compostura y la música llegarán a al-Andalus de la mano del liberto Ziryáb, el «Petronio andalusí», antiguo esclavo de al-Mahdí, cocinero, bailarín y maestro de buenos modos. Son, desde luego, las grandes ciudades, las que crean el modelo del «hombre honrado» musulmán, el *adib*. Sus amplios conocimientos que le permiten brillar en la conversación y que se ajustan a las reglas del buen gusto son los que cabe esperar que surjan, en muy buena parte, de la formación que se exige al secretario, al *kátib*.

El enciclopedismo árabe codifica, en efecto, una erudición colosal, ecléctica y algo heteróclita; refleja las tertulias en las que se charla y recita poesía y en las que se utiliza una terminología pedante y considerable. Emplea una memoria infinita, reforzada por procedimientos mnemotécnicos, y desarrolla una cultura histórica, biográfica, genealógica y geográfica que cristaliza en anécdotas, que pueden utilizarse fácilmente como ejemplos morales, y en descripciones maravillosas de presentación agradable: todo ello coincide bastante exactamente con los saberes que se exigen al secretario. Si bien este debe, además, tener una formación de jurista (impuestos, estatutos territoriales y estatutos «gubernamentales»), conocer la caligrafía y la retórica administrativa, es su cultura general o su mundología lo que le permitirá progresar en su carrera: se trata de un conjunto de conocimientos que abarcan la poesía, la cocina, la música, la astronomía, etc., todo al servicio del *adad*, o sea, el buen gusto. Y dado que la capital había reunido y sometido a las normas del Islam y del arabismo las adquisiciones culturales de Irán y del helenismo, el manual de la cultura mundana hará confluir la etiqueta de los espejos de príncipes persas y el saber aristotélico, conocido fundamentalmente a través de las traducciones siriacas del seudo-Aristóteles. Responde asimismo a las críticas irónicas de los secretarios iranios y forja un humanismo original que está de acuerdo con las tradiciones árabes.

Debido al sincretismo que empieza a actuar en Oriente, las ciudades serán los catalizadores fundamentales del saber. A este respecto, la creación de la «Casa de la Sabiduría» en Bagdad por al-Mamün, en 832, constituye una fecha básica para la historia del pensamiento humano, pues marca el encuentro de la filosofía y de la ciencia helénicas con la cultura árabo-irania e hindú. Los musulmanes recibieron con avidez y respeto a los grandes autores griegos: la traducción de Platón, Aristóteles y también la de Hipócrates, Galeno, Dioscórides, Ptolomeo, Eu-

clides, Arquímedes, Herón de Alejandría o Filón de Bizancio constituyeron un acicate para los doctores que reflexionaban sobre la revelación coránica o, de manera más simple, sobre las virtualidades de la lengua, el empirismo de la medicina o la observación astronómica. Al-Kindi (m. 873) y al-Farábi (m. 950) fueron los primeros en adoptar la lógica aristotélica y el movimiento mu‘tazilí del que hemos hablado antes obtuvo gracias a ella buena parte de su fuerza argumentativa. La magnitud de las «bibliotecas» que se constituyeron de este modo nos parece, hoy, extraordinaria: en los comienzos del período fatimí en Fustát se nos habla de 18 000 manuscritos antiguos, de 40 almacenes de libros, de 400 000 volúmenes, cifra, esta última, que se repite, en Occidente, para la Córdoba de la misma época.

El campo científico sacó provecho, esencialmente, de este sincretismo. Por otra parte, cualquier pensador, es a la vez, filósofo, biólogo y matemático: el «Ptolomeo de los árabes», Isháq ibn Hunayn (m. 910) reunió y desarrolló las teorías antiguas sobre la visión, la óptica y la luz, mientras que sus contemporáneos Abü Ma‘shar (m. 886) y Thábit ibn Qurra (m. 900) hicieron lo mismo con el movimiento de los planetas y la trigonometría respectivamente. No obstante, debe observarse que, por una parte, antes de la aparición de las grandes síntesis iranias del siglo XI, se trata esencialmente de asimilar, verificar y propagar: por ejemplo, las teorías geocéntricas griegas del cosmos todavía no se ponen en tela de juicio. Por otra parte, en un punto esencial, la reflexión científica musulmana se separa de la herencia helénica. Nos referimos al cálculo: en esta ocasión la India —y no Ptolomeo o Diofanto— constituirá el punto de apoyo fundamental de la reflexión matemática; nada mejor para probarlo que la obra, amplia y precoz, de al-Jwárizmi (m. 830), introductor del sistema decimal y del cero hindúes y también vulgarizador del sistema de ecuaciones de segundo y tercer grado que también toma de la matemática hindú. Su libro

al-Djabr, es decir, el «número que restaura» la unidad, cubrió, en lo sucesivo, toda reflexión algebraica.

Una civilización urbana sin igual en la Edad Media

Las fundaciones imperiales (Bagdad y Samarra, pero también Raqqa, capital de Hárün al-Rashid situada cerca de la frontera siria, Tyana, Tarso en Cilicia, donde reside al-Ma'mün) y las capitales provinciales (Fustát, que será más tarde la capital de Ibn Tülün, en Egipto) se injertan, con mejor o peor fortuna, en un desarrollo urbano evidente. Surgen numerosas aglomeraciones en Iraq (Haditha, Qasr ibn Hubayra, Rahba, Djazirat ibn 'Umar), en el norte de Siria (Hisn Mansür, Hárüniyya, Masisa e Iskandarüna, reconstruidas frente a los bizantinos) y en Palestina (Ramla), mientras brotan las ciudades iranias en torno al arrabal árabe. Debe, no obstante, tomarse todo esto con una cierta reserva y no creer en exceso en un aparente desarrollo urbano: ciertos éxitos brillantes pueden ocultar el desplazamiento de las poblaciones y la decadencia de las antiguas metrópolis. Esto es lo que sucede en Egipto con el abandono casi total de Alejandría, que queda reducida a menos de la mitad del espacio encerrado dentro de las murallas de la Antigüedad y se instala, en lo sucesivo, en el cordón litoral anexo al muelle del Heptastadio, un pequeño puerto sin importancia que ni siquiera tiene un pequeño taller para la fabricación de moneda. De la misma manera en Siria se producirá la regresión de Antioquía. En realidad, la evolución demográfica se conoce muy mal y los cálculos son puramente hipotéticos. Recordemos principalmente el fin de las grandes epidemias bajo los 'abbásíes tras la etapa en que las pestes se producen repetidamente desde los primeros decenios del siglo VII hasta aproximadamente el año 745. Puede pensarse, por tanto, que la urbanización no tiene como premisa una punción de la población rural tan catastrófi-

ca como bajo los Omeyas o, al menos, que pudo repararse más fácilmente.

Si bien, en general, una red urbana sustituyó a otra (en Siria, donde son numerosos los abandonos de las ciudades costeras, también en Egipto, en los confines de la Anatolia y quizá también en Irán), en Iraq se produjo en cambio una auténtica urbanización colosal: Bagdad mide, en el año 892, entre 6000 y 7000 ha, por lo menos cuatro veces más que Constantinopla y 13 veces más que Ctesifonte. La ciudad parece contar con medio millón de habitantes: a principios del siglo X, en dos de las cuatro mezquitas en las que se pronuncia la *jutba* (a la que, en principio, se convoca a todos los varones adultos) se cuentan 64 000 asistentes. Se trata de un peso demográfico completamente nuevo ya que el crecimiento de Bagdad no va acompañado por la decadencia de las ciudades de tamaño mediano, por lo menos antes de que los Zandjs incendien Basra en 871. Solo puede explicarse debido a la movilización de los recursos financieros de un imperio, que permite el «despegue» de las grandes capitales y por el aumento de la productividad agrícola en las tierras sometidas a cultivo intensivo, que permite la supervivencia de estas enormes aglomeraciones en las que el artesanado solo contribuye en una parte mínima a los ingresos fiscales y a la creación de riqueza. Las ciudades no venden su producción al campo y la circulación de bienes entre la ciudad y el campo es puramente fiscal. El propio peso de las ciudades constituye un límite infranqueable para el desarrollo urbano.

La expansión que acompaña a la urbanización en el imperio ʻabbási no implica la unidad del urbanismo. Debe dejarse de lado la idea de un «tipo musulmán» de ciudad, en la que la mezquita ocupa una posición central y los mercados están dispuestos en un orden iniciático fijo: las capitales omeyas y ʻabbásíes siguen un modelo contrario al de la ciudad centrada en el palacio. Bagdad y Samarra oponen su topografía de grandes aveni-

das, muy distintas de los callejones de los barrios de los mercados, al espacio limitado y recortado de Fustát, en el que se mantiene la disposición tribal, y a la estructura de las ciudades antiguas descompuestas por la privatización y la usurpación del suelo de las calles. No obstante, en todas partes se impone un modelo de casa con pequeñas variantes: se trata de la *bayt* de Samarra, que conocemos gracias a las excavaciones realizadas en la capital califal, constituida por un amplio domicilio rodeado de paredes sin ventanas y cuyas habitaciones geométricas se abren a un patio central. El análisis de las excavaciones de Fustát confirma que este modelo data del siglo IX: se trata de tres habitaciones, alineadas tras un pórtico o antesala con tres vanos, de las que la central presenta dos entrantes laterales (habitación en *T* invertida, de acuerdo con la denominación usual). El patio dispone de un estanque, la disposición general es frecuentemente asimétrica, y tanto las habitaciones como el patio están embaldosados de forma irregular.

Sobre este esquema común, que encontramos tanto en el Magrib como en Siraf, la necesidad y el azar injertan una serie de rasgos particulares: en las casas de mercaderes de Siraf falta la antesala, pero las paredes altas y gruesas soportan pisos que se utilizan como almacenes. En Fustát, al igual que en los palacios de los príncipes, se combinan dos patios que, a veces, se componen de dos *bayts*, situadas una frente a la otra, con el fin de obtener apartamentos funcionales: en unos casos se oponen la zona de recepción y la zona familiar o secreta *(harim)*, en otros las habitaciones de verano y las de invierno. Todas las excavaciones arqueológicas muestran un mismo lujo: calidad de la construcción, buena piedra y ladrillo cocido, fábrica bien cuidada y excelentes morteros, decoración de estuco y, sobre todo, abundancia de agua pese a las dificultades existentes para obtenerla. En Siraf la traen dos acueductos procedentes de la montaña y que se dirigen hacia el emplazamiento de la ciudad,

árido y aplastado por el calor. En Fustát existen depósitos jerarquizados (para el riego de las calles, lavado y consumo) excavados en las rocas, que se encuentran próximos a un sistema potente de evacuación de las aguas residuales, canalizaciones y fosas sépticas protegidas por muros y que se limpian regularmente desde el exterior de las casas: prueba de ello es su contenido arqueológico, homogéneo y contemporáneo de la época en que fueron abandonadas. El ingenio, el afán de limpieza y la eficacia se descubren, incluso, en Fustát en la construcción, en las terrazas en las que se encuentran sistemas de captación de vientos frescos que, a continuación, se distribuyen mediante canalizaciones: todo ello llevará, en los siglos X y XI, a la multiplicación de instalaciones hidráulicas. Así, en una casa simétrica ordenada en torno a una canalización a cielo abierto, una fuente, provista de una cascada que humedece y refresca el aire, conduce a un estanque con surtidores y criaderos de peces rojos, rodeado de arriates y zanjas para los árboles. Este modelo, que ya es fatimí, tiene una doble simetría orientada y corresponde a las casas de grandes dimensiones.

La tipología diversificada de las ciudades islámicas y la originalidad de las formaciones urbanas y de sus topografías no deben hacernos olvidar que la generación de las ciudades ʻabbásíes presenta rasgos comunes: surge una clase que sube y que recibe el nombre de «patriciado», constituida por gentes que viven de las rentas de la tierra, por profesionales de la religión y por mercaderes, y que se codea con los representantes del poder central, los secretarios, o sea, los funcionarios de las oficinas, y los militares. Con diversos orígenes religiosos (nestorianos, zoroastrianos, musulmanes) y sociales (juristas y profesores de tradiciones —*hadith*—, *dihgans*, antiguos funcionarios sasánidas del distrito, mercaderes de la ruta de la seda que lleva desde el Jurásán hasta la Transoxania y la China), pero estrechamente asociados en función de los matrimonios que los lle-

van a fusionarse, rápidamente, en familias de actividades económicas muy variadas, los linajes patricios de Nisháрür unen el prestigio de la ascendencia árabe y musulmana de los conquistadores (los Harashi, familia de cadíes, descienden, por ejemplo, del califa ʻUthmán, de quien toman el nombre) y las realidades del poder económico local: los Harashi-ʻUthmání reciben también numerosas propiedades por sus matrimonios con hijas de funcionarios y se asocian, en el siglo X, a mercaderes de origen persa, los Balawi.

Una imagen arqueológica extraordinariamente precisa de la hegemonía de la clase dominante nos la proporcionan las excavaciones de Fustát y de Siraf: son mansiones inmensas, que parecen fortificadas, protegidas por los alojamientos de los porteros y, a veces, con entradas acodadas. Su extensión resulta sorprendente: en Siraf los domicilios excavados miden entre 210 y 540 m^2 de superficie en la planta baja, con una media de 361 m^2, sin contar la planta alta. En Fustát la planta, menos clara (los muros, con frecuencia, han sido arrasados al nivel de los cimientos), y la irregularidad de la parcelación, nos permiten, a pesar de todo, reconocer conjuntos muy amplios y hacen surgir dos módulos distintos: uno, sencillo, con un solo patio, que tiene de 180 a 200 m^2, y otro, con doble patio, y 400, 500 y hasta 1200 m^2. En ambos lugares, el *emporium* iranio y la metrópolis egipcia, estas enormes mansiones ocupan todo el espacio, especialmente en el campo de excavaciones de Fustát B (350 m de longitud por una anchura comprendida entre 50 y 100 m), en el que enmarcan amplios complejos industriales (talleres de alfarería y vidrio). No se encuentra ningún tipo de hábitat de menor envergadura con la excepción de ciertos restos de *squatters* tardíos situados en los islotes muy destruidos que rodean la encrucijada principal. Las casas patricias, que en Fustát han sido denominadas «castillos», aparecen perfectamente unidas sin dejar entre sí espacio alguno que permitiera la presencia de un

tejido de casas pequeñas que ocupara los huecos. Tampoco se encuentran casas de alquiler, del tipo de la antigua *ínsula*, que los visitantes caracterizaban por sus múltiples pisos. ¿Dónde vive el «vulgo», la clase baja? y ¿dónde están las tiendas? Si puede pensarse que los inmigrantes vivían en habitaciones de alquiler situadas sobre las terrazas de los patricios y que los trabajadores habitaban en los mismos talleres, estas constataciones multiplican los límites de la pretendida exuberancia de los mercados y del desarrollo de la clase media de los artesanos. Surge, entonces, una imagen de la ciudad que manifiesta la dependencia íntima de los asalariados y supone la integración de los débiles en el seno de estas grandes casas: esto ilustra la existencia de clientelas familiares y, de manera más general, la base familiar de la organización urbana.

Un poderoso dinamismo artesano y una expansión artística

El desarrollo urbano impone y estimula una diversificación creciente de las actividades, que se desarrollan a la sombra de las residencias de la «élite». La ciudad musulmana hereda de la Antigüedad tardía una extensa gama de oficios artesanales cuyo número se ha precisado y multiplicado debido, en parte, a la preocupación puntillosa por la calidad y por el control de los precios. De entrada hay que prescindir de la idea de una vida corporativa que agrupara a los maestros artesanos en una asociación privada obligatoria, así como de la teoría de un carácter iniciático y democrático de las agrupaciones profesionales a partir de un «pacto de honor» artesano cuyo gran maestro habría sido el barbero del Profeta, Salmán el Persa, llamado «el Puro». Se ha podido demostrar que esta especulación es tardía y que establece una confusión entre el nacimiento de la *jutuwwa*, una sociedad política sin carácter profesional, contaminada por los ritos iniciáticos de los ismá'ilíes, que surge a fi-

nes del siglo IX, y la organización estatal dedicada a la supervisión del trabajo urbano.

Esta última es muy antigua: en ciertos oficios se organiza desde la época omeya y, bajo los ʻabbásíes, empieza a someterse al control de los guardianes del comercio, los almotacenes o *muhtasibs*. Estos son especialistas elegidos para garantizar la calidad del producto, supervisar los precios y asegurar que los maestros se inscriban en los registros fiscales. Bajo su guía los oficios se mantienen abiertos: el aprendizaje, la admisión en la profesión y su ejercicio no están sometidos a ninguna regla restrictiva o coercitiva. Tampoco se impone la localización topográfica de las actividades por más que se vea con buenos ojos la agrupación de los oficios que permite una vigilancia más fácil. Si nace un «espíritu de cuerpo», ello se debe al mismo peso sociológico que hace que los hijos sigan las profesiones de sus padres o de sus tíos y solo podemos citar un número limitado de casos de conflictos de grupo entre oficios (encargados de baños contra comerciantes de sal en La Meca, oficios de la alimentación contra zapateros y mercaderes de telas en Mosul, en 919 y 929). En este cuadro institucional o contra él, el mundo artesano no manifiesta ninguna aspiración democrática determinada y no se constata ninguna penetración masiva de las teorías ismá'ilíes en los medios profesionales; por otra parte, el interés que manifiestan los escritores por el mundo del trabajo no es más que una reminiscencia escolar de la cultura antigua.

En todas las ciudades del mundo islámico, las necesidades del consumo imponen la presencia de los oficios relacionados con la alimentación y con la transformación final de los productos. Junto a los proveedores de las residencias aristocráticas (mercaderes de hortalizas y frutas, frecuentemente especializados de manera muy específica en un único producto, comerciantes en granos, lecheros, mercaderes de vinagre, vino y vino de dátiles, pescaderos, vendedores de mariscos, carniceros y

vendedores de aves de corral) y a todos los oficios relacionados con las cadenas de producción (desde el mercader de ganado hasta el matarife, descuartizador, carnicero, tripero y fabricante de salchichas; igualmente y, desde el mercader en grano hasta el molinero, vendedor de harina, panadero, hornero y una gran variedad de tipos de pastelero), el mercado o zoco ve surgir gran número de fabricantes de diversos platos cocinados, destinados a la alimentación de las clases populares que no cocinan, bien sea por temor a los incendios o por falta de medios para comprar alimentos al por mayor, y recurren a la casa de comidas. Son platos de pescado, arroz, legumbres, carnes en salsa (de buey, que se contrapone al cordero considerado como la carne de los ricos, y de camello), menudos, buñuelos y dulces de miel. La comunidad social y cultural se expresa, desde al-Andalus y Sicilia hasta el Irán, gracias a la difusión de esta cocina callejera; existen platos que permanecen sólidamente implantados, en el Palermo del siglo XX, con sus nombres árabes (*cália* o *sfincio*). También el *hammam* surge por todas partes: se ha olvidado su origen griego, que se ha visto desplazado por la necesidad ritual que impone el Islam. También en todas partes se desarrollan los oficios relacionados con la construcción, que son muy numerosos, los fabricantes de muebles (cofres, asientos, armarios), las profesiones relacionadas con el cuero (esenciales para el mobiliario y los recipientes), con los tejidos (el sastre, cuyo salario elevado y prestigio social subrayan el carácter altamente técnico del oficio) y las artes del fuego (herrero y ceramista).

La circulación interregional de productos de artesanía afecta, además de a un gran número de productos alimenticios que se conservan (confituras, frutas confitadas, frutos secos, verduras en vinagre) y pueden transportarse sin excesiva dificultad, a los productos elaborados de alta calidad y, en particular, a los textiles, armas, papel y cerámica decorativa. Las técnicas, pese a

la unidad política, se difunden lentamente y su difusión se debe más a la emigración de los operarios que a la imitación (así, en Fustát, los fabricantes de pañuelos de lino proceden de Amida, en Mesopotamia). Esto concuerda con la extraordinaria capacidad visual que adquieren los clientes para reconocer las calidades, los orígenes y la habilidad manual adquirida por las sucesivas generaciones que trabajaban con una continuidad perfecta, de tal modo que se llegan a inventar expresiones para denominar los trabajos efectuados, de acuerdo con las normas y procedimientos tradicionales de las regiones de origen, por los obreros emigrados: de esta manera, los tapices tejidos en Ramla, Palestina, por operarios procedentes del Tabaristán recibirán el nombre de *tabarí ramli*. La localización de estas «especialidades» se debe en gran parte a las materias primas que, cuando son pesadas, resultan de transporte difícil. De este modo, la metalurgia se sitúa principalmente en las regiones mineras: es el caso de las industrias de armamento armenias, afganas y de la Transoxania, de la siderurgia damascena, que no se encuentra lejos del hierro del Taurus y de la Cilicia, de las forjas del Dágistán, del Adhárbaydján, de Níshápür, de Isfáhán, de la calderería de Mosul y de la industria del latón en Herát y Baykand. Pero Damasco, donde se desarrolla una industria del cobre, y el delta egipcio, donde Tinnis crea una industria especializada de cuchillería, muestran el papel que adquieren los medios artesanales de tradición antigua y de alto nivel técnico a la hora de establecer tales centros y poner de relieve su fama.

La industria textil —sin duda la de mayor importancia y la que acapara lo esencial de las inversiones familiares dedicadas a la adquisición del mobiliario y al establecimiento de una reserva eventual— presenta una especialización análoga de los centros de producción que, de la misma manera, se distribuyen en función de las materias primas: lana de Egipto, de Siria y del arco de montañas que va del Taurus al Irán a través de Armenia

y del Tabaristán, lino del delta egipcio, algodón del Jurásán y de la Djazíra, seda cruda del Jurásán y de al-Ahwáz. Evidentemente, el transporte, más fácil, de ciertas materias primas, que se cotizan de manera especial, favorece la multiplicación de centros y la diversificación a ultranza de los productos: tapices de Tiberíades, de Armenia, del Adhárbaydján, del Tabaristán, del Jurásán y de Transonia, tapices bordados con agujas del Fars, mantos a rayas del Yemen, tejidos de algodón del Kima, pañuelos del Tabaristán, satén del Jurásán, brocado y *dibádj* (trama y urdimbre de seda) de Tustar, tafetán *attábí* de seda y algodón de Siria, vestidos del Fars, tejido *siqlatün* con grandes círculos ornamentados de Bagdad, gasas de lino egipcio, el *sharb* y el *qasab* del delta. Esta breve lista solo nos permite atisbar la gran variedad de productos existentes, entre los que se encuentran ciertas imitaciones declaradas de modelos de prestigio como los «cinturones armenios» de Tib, en al-Ahwáz.

Por otra parte, nos encontramos ante la primera fase original de un arte decorativo que puede calificarse de «musulmán», de la misma manera que el arte de los Aqueménidas acabó por ser «persa». Dicho de otro modo, al encontrarse en presencia de tradiciones frecuentemente antiguas y poderosas como la exuberancia floral hindú, el arte que representa figuras de animales en el Oriente Medio mesopotamio y las representaciones «historiadas» y en materiales suntuosos de Egipto y Siria bizantinos, los califas o su entorno no pensaron por un momento en imponer una tradición exótica que, por otra parte, no les proporcionaba el arte árabe preprofético. Atrajeron en torno a ellos, y sin pretender una colaboración exclusiva, a artistas de las regiones más diversas y, en una primera etapa, les permitieron trabajar de acuerdo con modelos que, indiscutiblemente, eran bizantinos o sasánidas, como sucedió en Damasco o en la cúpula de la mezquita de la Roca en Jerusalén. En el 722, el califa omeya Yazid II trató de presionar sobre el arte al prohibir,

incluso antes que los bizantinos y sufriendo tal vez la influencia de una concepción muy rigorista en el Oriente Medio, toda representación de criaturas, considerada como una manifestación inadmisible de «competencia» con Dios. Pero, si bien los edificios dedicados al culto se adaptaron a estas exigencias —que, por otra parte, fueron suscritas con mayor suavidad por los ʻabbásíes—, subsiste un número suficiente de motivos decorativos en edificios privados, así como de cerámicas o miniaturas anteriores al siglo X, en los que aparecen figuras humanas: tal es el caso del palacio de Qusayrʻ Amra, en Jordania, y ello nos permite dudar de la eficacia del espíritu iconoclasta musulmán.

A partir de aquí, y en una segunda etapa, la concurrencia de las diversas corrientes estéticas hizo surgir una fuente de inspiración original que resultó, en definitiva, bastante homogénea de un extremo al otro del Dar al-Islám. Dado que la pared, la puerta, la columna o el plato no deben utilizarse como comentario o ilustración de un versículo sagrado o de un tratado jurídico, carece de importancia que el arte apunte, o no, a la realidad, a lo concreto. Por ello la expresión artística musulmana será abstracta, se situará al margen de la vida, como puro sueño y misterio, sin más significado que la armonía de las formas. La estilización, la geometría, la imbricación y la repetición infinita de las figuras constituyen su tema fundamental. Curvas, contracurvas, rombos, mocárabes y ornamentos florales que se multiplican, debido a un horror al vacío que es, aquí, totalmente medieval, sobre el estuco, la madera, el marfil, el barniz de los azulejos, el tejido, el vestido, hasta alcanzar un exceso que resulta agobiante para nuestra estética occidental. Los dos únicos elementos que podrían romper esta monotonía exuberante no alteran mucho el conjunto: el primero es el «arabesco», o sea, la inscripción piadosa en rasgos estilizados que se mezcla con la decoración, la cual, a su vez, toma sus formas del aspecto mismo de la escritura árabe que se construye a base de bucles y

cortos segmentos curvados. Estas inscripciones resultan, a veces, difíciles de distinguir de la ornamentación floral vecina. En lo que respecta a la introducción, típicamente «oriental», de motivos a base de figuras de animales, tanto si se trata de monstruos como de fauna real, elefantes, camellos, leones, pavos reales, pero también aves fénix, dragones, unicornios, pájaros de fuego, que encontramos luchando, enfrentados, formando filas, la estilización les hace perder buena parte de su interés «óptico», que es sustituido por el valor simbólico que encarnan y que resulta bien conocido.

Sin duda, es algo artificial el contemplar el nacimiento de este arte desde la ciudad: muchos palacios rurales han desaparecido. Pero la riqueza y el costo probable del arte desarrollado en la corte o asociado con el culto justifican su asociación con los centros fundamentales de aculturación que son los enormes conjuntos urbanos.

Al Oeste, una reanimación y no un despegue...

En el Oeste, las indicaciones relativamente numerosas que poseemos sobre el desarrollo de la función del «señor del zoco», el *sáhib al-süq*, en Córdoba y en Qayrawán, deben relacionarse con los aspectos generales del desarrollo urbano que, por su parte, se muestran de acuerdo con los modos de urbanización que aparecen en todo el mundo musulmán. Aquí, una vez más, puede insistirse en la precocidad de esta estructuración urbana de tipo oriental.

Qayrawán, en sus orígenes, es una ciudad-campamento que puede compararse con Küfa, Basra o Fustát, en las que, de entrada, se delimitan los barrios tribales y el núcleo monumental. El gobernador Hassán ibn al-Nuʻmán (692-705) emprendió, de manera muy activa, la construcción de la mezquita catedral y sabemos que la obra fue concluida bajo el califa Hishám ibn

‘Abd al-Malik (724-743). En ella se utilizaron las técnicas del ladrillo y la reutilización sistemática de las columnas antiguas; es una de las más bellas del Islam (80 m por 135 m son las medidas del conjunto constituido por el patio y el oratorio), contiene 17 naves de techo plano y una cúpula sobre el tramo en el que se abre el mihráb. La decoración, a base de cerámica con reflejos metálicos, deriva directamente de Samarra. La mezquita fue objeto de modificaciones sucesivas después del 774 y, más tarde, en 836 y 862 fue ampliada de nuevo y su alminar cuadrado adquirió mayor altura hasta alcanzar los 30 m. También hacia esta época se construyó su mercado central, a lo largo del Simát, la gran avenida que dividía la ciudad en dos; el gobernador Yazíd ibn Hátim, algo más tarde, lo estructuró y especializó de acuerdo con los oficios. Pero al margen de este urbanismo oficial, la ciudad se estructura asimismo de manera espontánea en torno a los zocos y mezquitas de barrio, muchas de las cuales aparecen documentadas desde antes de mediados del siglo VIII. La capital de Ifriqiyá siguió creciendo a ritmo rápido en época aglabi, pero los gobernantes de esta dinastía la duplicaron construyendo ciudades principescas a la manera ‘abbásí: primero fue al-‘Abbásiyya, en los comienzos de la dinastía y, más tarde, Raqqáda, a fines del siglo IX. Para las necesidades de aprovisionamiento de agua de esta metrópolis se llevó a cabo, ya desde la época de los gobernadores, y, más tarde, durante el período aglabi, una red completa de obras hidráulicas —depósitos de almacenamiento y canalizaciones— de la que todavía quedan restos en los alrededores de la ciudad.

La línea general de la evolución es la misma en todo el occidente musulmán aunque debe tenerse en cuenta que, en la mayoría de los casos, se trata de la reanimación y de la reestructuración de ciudades antiguas en decadencia más que de la fundación de ciudades nuevas. La excepción principal está constituida, evidentemente, por Fez, fundada hacia el 789 bajo Idris I y,

más tarde, ampliada a principios del siglo IX por Idris II, quien distribuyó a los árabes procedentes de Ifriqiyá y al-Andalus en barrios tribales. En Túnez, la mezquita catedral (la Zaytüna) fue construida por el gobernador Ibn al-Habháb (732-741) y se vio rodeada, rápidamente, de zocos. En el Magrib occidental, la urbanización del país se desarrolló dentro del marco de los principados idrisíes, cuyos centros fueron ciudades fundadas en el siglo IX, como al-Basra, o pequeños núcleos preislámicos. De entre ellos, varios acuñan moneda y las abundantes emisiones de dirhemes dan testimonio de la progresiva «monetarización» de la economía.

Apenas conquistada Córdoba, el gobernador al-Samh (719-721) hace reconstruir en piedra el puente romano sobre el Guadalquivir y restaurar la muralla parcialmente derruida. La historia de las ampliaciones sucesivas de la mezquita aljama, corazón material y espiritual de la aglomeración, ofrece claros indicios sobre el crecimiento de la gran metrópolis andalusí. En al-Andalus, este edificio tiene un papel que puede compararse al santuario de Qayrawán, en el Magrib: hacia el año 766 o 768 se empezó a construir, en el emplazamiento de la catedral, adquirida a los cristianos, un edificio al que se hicieron continuas adiciones hasta mediados del siglo X, con lo que adquirió un tamaño grandioso. La sala de oración (180 m por 120 m), más grande que las de Samarra o Fustát, comporta 19 naves sostenidas por más de 850 columnas de mármol, unidas por una doble red de arcos de piedra blanca y ladrillo rojo. Varias cúpulas recubiertas de mosaico, una decoración floral a base de estuco y paneles de alabastro grabados con inscripciones piadosas dan testimonio de una inspiración claramente autóctona, «visigótica», por no decir romana. Este edificio, el más considerable que nos ha legado el Islam medieval, constituye, por sí solo, una prueba de la amplitud de medios y de la fuerza política y económica de los emires omeyas que se refugiaron en

España tras la matanza del 750. Para los viajeros árabes, Córdoba es la única rival posible de Bagdad. La célebre «revuelta del arrabal» del 818 muestra la extensión, ya considerable en esta época, que han adquirido los barrios populares situados frente a la antigua ciudad romana, al otro lado del Guadalquivir. Habrá que esperar, no obstante, a la primera mitad del siglo X, bajo el califato, para que Córdoba, como Qayrawán, se vea superada por una ciudad principesca, Madinat al-Zahráʿ.

Estas ciudades o, al menos, las más notables de entre ellas, se convierten rápidamente en núcleos de vida intelectual. Esto no afecta solo a las capitales políticas sino también a los centros de mayor envergadura: Túnez, por ejemplo, tiene, al igual que Qayrawán, sus sabios y sus tradicionistas y su mezquita era, ya antes del período aglabí, un centro de cultura y de enseñanza famoso. Una ciudad geográficamente tan marginal como Zaragoza, situada en la frontera del mundo franco, no es solo una plaza fuerte y un centro de intercambios comerciales. Por el contrario, a través de los diccionarios bibliográficos andalusíes puede adivinarse, desde los primeros tiempos del Islam y durante todo el período del emirato de Córdoba, la existencia de una notable vida religiosa e intelectual de la que da testimonio la treintena de hombre de religión, juristas y letrados oriundos de esta ciudad o que vivieron en ella antes de la proclamación del califato (929) cuyos nombres fueron considerados dignos de ser preservados por los biógrafos en sus repertorios. Lo mismo sucede en Toledo, a pesar de que esta ciudad fue, étnicamente, poco arabizada y que estuvo permanentemente en estado de disidencia política con el poder central de Córdoba, llegando incluso a aliarse contra él con los cristianos del norte de la península. Desde los comienzos del emirato encontramos en Toledo a un grupo de personajes dedicados al estudio de las letras y de las ciencias religiosas que viajan a Oriente para escuchar las enseñanzas de Málik ibn Anas (m. 795). A su retorno,

estos estudiantes se convirtieron en maestros y difundieron sus conocimientos entre sus compatriotas. Algo más tarde, en la primera mitad del siglo IX, otro grupo se dirige, en viaje de estudios, a Qayrawán para recibir, en esta ciudad, la enseñanza del gran jurista málikí Sahnün. Resulta obvio, en efecto, que tanto en Toledo como en Zaragoza, toda la ciencia procede de Oriente, bien sea de manera directa a través del viaje que muchos eruditos han realizado con el fin de buscar el conocimiento en sus mismas fuentes, bien de manera indirecta a través de Córdoba o de Qayrawán, ciudades en las que también se transmite la enseñanza de los maestros orientales. Uno de los elementos sociales más activos está constituido, en los centros de población importantes, por el grupo de doctores en ciencias religiosas y jurídicas del que se conoce, por ejemplo, el papel importante que representó en el levantamiento del arrabal de Córdoba del 818.

En su calidad de capitales políticas y administrativas, lugares en los que reside la aristocracia militar, centros de producción y de intercambio, focos de vida intelectual y de irradiación cultural, las ciudades del Occidente musulmán se animan rápidamente, a medida que se desarrolla el nivel de civilización y de integración al mundo musulmán de estos lejanos límites del Dar al-Islám. Se ha señalado, a propósito de Ifriqiyá, donde la sociedad se encuentra, en buena parte, dominada por el hecho ciudadano, la existencia de una tendencia excesiva a considerar las ciudades como organismos amorfos, dóciles y sumisos sin reservas al poder. La ciudad ifriqí del siglo IX es, por el contrario, el centro neurálgico que agrupa las fuerzas vivas de la región, un lugar de tensión permanente entre los múltiples clanes burgueses o aristocráticos y, por su propia naturaleza, un medio de fermentación perpetua, tal como puede observarse a través de la historia agitada de Qayrawán, Túnez, Trípoli o Palermo durante la época aglabí. Este dinamismo se percibe también

en al-Andalus, pero debe tal vez subrayarse que, en ambos casos, parece agotarse en una agitación cuya lógica comprendemos mal, ya que está marcada por revueltas y luchas de clanes, bastante estériles en apariencia, que, posiblemente, deban relacionarse con la falta de estructuración y de autonomía orgánica de las ciudades de la Edad Media musulmana.

...pero una misma sociedad urbana

En Occidente, la descripción clásica de la sociedad urbana musulmana la considera compuesta por la masa, o *al-'ámma*, que comprende a los artesanos, pequeños comerciantes, jornaleros y asalariados de todo tipo, y la élite o *al-jássa*, cuya imagen en Oriente acabamos de ver. La élite comprende, en primer lugar, el grupo titular del poder, asimilable en los emiratos occidentales del siglo IX a un auténtico clan de parientes, por línea paterna, y de clientes de la dinastía reinante que ocupan los puestos clave del gobierno, la administración y el ejército y representan, la igual que en Oriente, un conjunto de varios centenares de personas a las que se han atribuido las pensiones más elevadas e importantes propiedades territoriales. También forma parte de la*jássa* la antigua aristocracia militar, básicamente de origen árabe, pero que abarca también a los *mawáli* de origen oriental y, en Ifríqiyá, a numerosos jurásaníes. Constituyen el núcleo antiguo del ejército y algunos de sus elementos permanecen a sueldo debido a su participación relativamente frecuente en las campañas militares (como los *djunds* sirios en al-Andalus), mientras que a otros les han sido concedidas amplias concesiones territoriales, razón por la cual se encuentran relativamente «desmovilizados», en la medida en que no dependen directamente del Estado para su subsistencia. Este último, por otra parte, confía más, para las operaciones de policía y expediciones de importancia limitada, en la guardia del príncipe o en las tropas acuarteladas formadas por mercenarios o soldados

de condición servil que han sido reclutados entre los bereberes, esclavones (esclavos de origen europeo) o negros, por encontrarlos siempre a su disposición y por considerarlos más seguros, dada su experiencia de las múltiples revueltas del ejército tradicional. No obstante, en caso de campaña importante o de peligro inminente, siempre puede apelar a este último.

Se clasifica también dentro de la élite a la categoría importantísima de los *fuqahá*, es decir los intelectuales, especialistas en las ciencias jurídico-religiosas o *fiqh*, cuyos nombres llenan los diccionarios biográficos y que, partiendo a veces de un origen humilde, podían elevarse gracias a su ciencia hasta los más altos puestos del Estado. De este modo, el cadí de Qayrawán, Asad ibn al-Furát, encargado en el 827 de dirigir al ejército que se embarcaba para Sicilia, al acordarse de su pasado de modesto alfaquí en medio de los honores que le rodeaban, se dirigió a sus compañeros exhortándoles a cultivar la ciencia del derecho que —según les decía— podía abrirles todas las puertas, incluso la del mando de los ejércitos. Muchos acceden a funciones oficiales, en primer lugar a las de la judicatura (cadí o juez, *mufti* o consejero del cadí) o a cargos relacionados con el servicio de las mezquitas (dirección de la oración y de la predicación). Los más famosos entran en los consejos de los soberanos, pero algunos tienen el prurito de rechazar cualquier compromiso con el poder, lo que, evidentemente, incrementa su fama entre el pueblo. Orgullosos de este prestigio pueden, a veces, llegar muy lejos en la crítica o, incluso, en la oposición declarada a determinada medida adoptada por el poder. Algunos se dedican, simplemente, a la enseñanza y esta actividad les proporciona, por lo menos, una parte de sus medios de subsistencia.

Este grupo social unificado por su formación y por su función (se trata, siempre, de establecer lo que es conforme a derecho), así como por sus orígenes y actitud con respecto al poder, representa un papel fundamental en la sociedad musulmana

entre fines del siglo VIII y principios del X. Son los alfaquíes los que difunden en Ifriqiyá y al-Andalus la doctrina málikí, una de las escuelas más rigoristas dentro del Islam ortodoxo. Aunque pueden proceder de las categorías sociales más diversas, la mayoría de ellos parece haber surgido de una especie de clase media, situada al margen de la división entre *al-jássa* y *al-al-ʻámma* y constituida por los comerciantes que formaban una burguesía de hecho aunque no estuviera reconocida por la jerarquía oficial; pese a esto último debe señalarse que, en Córdoba, los notables más acomodados de los arrabales y de los bazares aparecen, a veces, ocupando el último lugar dentro del orden protocolario. En efecto, a través del laconismo de las biografías en torno al tema de los medios de existencia de estos alfaquíes, se entrevé que un número considerable de ellos procedían de familias de mercaderes e incluso se dedicaban, ellos mismos, al comercio en una civilización en la que esta actividad no era, en modo alguno, objeto de ningún descrédito social ni religioso, sino más bien lo contrario.

Numerosas obras atraen la atención sobre la imbricación de intereses entre comerciantes y alfaquíes y subrayan el respeto de los primeros por la ciencia del derecho y la interconexión de las redes de circulación de los mercaderes y los intelectuales puesta de manifiesto por los esquemas de viaje que combinaban los intereses de ambos órdenes, así como el hecho de que la ley islámica fue codificada en la época en que la sociedad urbana musulmana estaba dominada por una mentalidad comercial. Puede discernirse, entre los alfaquíes andalusíes del siglo IX, la existencia de una oposición entre un primer grupo de juristas estrechamente especializados en *elfiqh* e interesados por el ejercicio del poder, y una generación posterior, abierta a las ciencias religiosas que entonces hacían, cuyos representantes se dirigieron a Oriente y adquirieron un prestigio superior al de sus rivales. Tal vez los segundos sean el resultado de una creciente

integración de al-Andalus en las redes de intercambio del mundo musulmán, así como de la ascensión de las clases urbanas ligadas al desarrollo de la producción y del comercio. A pesar de ello no debe llevarse demasiado lejos la identificación entre clase comerciante y clase intelectual: en primer lugar porque existen categorías de comerciantes con un nivel social muy diferente (los *tudjdjár*, que se dedican al gran comercio y están relacionados con los medios dirigentes, y los pequeños tenderos de los zocos ciudadanos, que forman parte de la *'ámma* y están sometidos a la jurisdicción del *sáhib al-süq*). Desde luego, los intereses de estas dos categorías no son los mismos. La prosperidad del comercio a gran distancia que, en buena parte, es practicado también —especialmente en Occidente— por mercaderes no musulmanes, judíos y cristianos, carece de relaciones estrechas con el contexto económico regional o local. Sería abusivo, por otra parte, presentar a los alfaquíes como una clase exclusivamente urbana, por más que se encuentren muy ligados al medio ciudadano por su formación y, frecuentemente, por sus actividades ulteriores.

LOS LAZOS DEL COMERCIO

El movimiento de técnicas y técnicos desde el este hacia el oeste tiene una importancia fundamental en el proceso de unificación cultural del mundo islámico: denota la presencia de gustos comunes y subraya el papel que representan las clases dirigentes en la difusión de los productos.

De este modo, la producción textil, que moviliza grandes masas de obreros, hilanderas, tejedores y tintoreros, recupera tradiciones técnicas y artísticas antiguas coptas y, sobre todo, sasánidas y bizantinas (trabajo del brocado en efectos de fondo y de trama) y más tarde innova al inventar, por ejemplo, el trabajo del lampote de múltiples tramas. También populariza nue-

vas fibras como el algodón o la seda cuya difusión de Oriente a Occidente resulta muy rápida: el algodón, introducido en el siglo VIII a partir de su lugar de origen en el Jurásán, llega antes del siglo XI a Hispania, Túnez y Sicilia desde donde será exportado, en rama, hacia el centro industrial egipcio. El gusano de seda, que ya conocían los bizantinos y los sasánidas, y la técnica compleja de su cultivo, de su devanado e hilado, cuya introducción o perfeccionamiento se atribuye a los chinos que fueron hechos prisioneros en el Talas en 751, llega a Hispania muy pronto. Al-Andalus se convierte en la principal región dedicada a la sericultura, tal vez porque fue poblada por árabes de Siria, mientras que Sicilia se convierte, a partir del siglo X, en la gran productora de seda bruta del mundo musulmán, de la misma manera que Calabria, en la zona situada alrededor de Reggio, es uno de los grandes proveedores de materia prima de las sederías bizantinas. Algo similar sucede con el papel cuya introducción se atribuye, asimismo, a los prisioneros chinos del 751. De hecho, su fabricación se implanta primero en Samarcanda donde, todavía a principios del siglo X, se elaboran papeles de gran calidad que los ijshidíes importan en Egipto. La administración adoptará el papel a fines del siglo VIII (la primera fecha segura es el 799) y este sustituirá a los restantes materiales utilizados para escribir, en los que las correcciones se distinguen menos bien que sobre el papel. Las grandes variedades de este se denominan a partir de nombres de príncipes o de altos cargos de la administración: «faraónico», *sulaymání* (derivado del nombre del tesorero de Hárün al-Rashid), *djafari* (de Dja'far, visir de Hárün), *talhi* (de Talha, hijo de Táhir), *táhirí* y *nühi* (de Nüh el Samáni). A partir del 794 se fabrica papel en Bagdad, en el siglo X en Egipto y, poco después, en España, particularmente en Játiva, iniciándose así un comercio de exportación de papel de gran calidad hacia Egipto. Se trata de un papel fabricado con trapos desmenuzados a los que se añade cola de almidón, que

se alisan, finalmente, sobre una capa superficial de harina y almidón y cuya masa se colorea con frecuencia. Toda una gama de colores (amarillo, azul, violeta, rosa, verde, rojo) muestra la perfección técnica que se ha alcanzado, mientras que su uso como envoltorio (cucuruchos y paquetes) a partir del siglo XII da testimonio de la democratización del producto.

La arqueología nos permite seguir la circulación de Oriente a Occidente de un producto de gran difusión como la cerámica. La herencia bizantina y sasánida (vidriado plomífero y decoración estampada) se une, en un principio, al deseo de imitar las producciones chinas importadas a través del golfo (el verde celadón y los gres T'ang). Varias escuelas nacen dentro de una atmósfera de revolución técnica impetuosa que revela un extraordinario espíritu inventivo: Irán imita los *splash ware* T'ang (policromía con trazos de color por debajo del vidriado) y añade una variante propiamente islámica, la incisión por esgrafiado bajo la decoración coloreada. Susa, Rayy y Samarra, para imitar la porcelana blanca de los Song (cuyo procedimiento de vitrificación a alta temperatura sigue siendo desconocido), inventan una loza monocroma blanca con incisiones delicadas bajo el vidriado estannífero y, sobre el blanco opaco de la loza, añaden una decoración seudoepigráfica y temas florales en azul cobalto. El conjunto constituye una de las grandes aportaciones de los fabricantes de loza islámicos que será adoptado, a su vez, por la China e inspirará las fábricas de Delft. En Nishápür y en la región que la rodea aparecerá una cerámica ornamentada con barnices de colores sobre barniz blanco que adopta, en torno al motivo Tao, una decoración a base de epigrafía cúfica. En Samarra, finalmente, se lleva a cabo la elaboración precoz del lustre metálico: la cocción, en una atmósfera reductora, de las piezas de loza hace aflorar en la superficie las sales metálicas, mezcladas en exceso con el vidriado, e imita la vajilla metálica condenada por los doctores rigoristas. Estos productos

(con excepción de los barnices jurásáníes) aparecen asociados al lujo de las capitales califales y se difunden muy rápidamente por la gran vía que va de Oriente a Occidente. Son exportados, tal como sucede con los azulejos polícromos brillantes que se utilizan, en 862, en la mezquita de Qayrawán y con los que llegan, en 936, a la capital española de Madinat al-Zahrá, cerca de Córdoba. También son objeto de imitaciones: azulejos bícromos de Qayrawán, reflejos metálicos y esgrafiado del Egipto fatimí, en el que trabajan artesanos de la loza coptos que llevan a cabo obras religiosas. A partir del 771 se fabrica, en Fustát, vidrio esmaltado de acuerdo con una técnica semejante y, hacia el 900, junto a los vidrios tradicionales tallados y grabados con torno, surge un vidrio decorado con trazos de color. Estos últimos ejemplos muestran las estrechas relaciones existentes entre las distintas artes que utilizan el fuego, subrayan la función ejercida por las capitales provinciales como etapas en la migración de técnicas y justifican la solidez de las relaciones de intercambio en todo el ámbito islámico.

¿Para qué clientela se produce?

El papel del lujo resulta, evidentemente, esencial en la elaboración y difusión de estos artesanados: lujo de pobres en el caso de las cerámicas de brillo metálico o en el de los falsos verdes celedones, lujo costoso, en cambio, en las artes que utilizan materias primas raras y preciosas: marfil, oro y plata de joyeros y tejedores de brocados, perlas y coral utilizados por los bordadores de tapices, lana de mar del biso tejida en una tela de colores cambiantes (que fue pronto imitada utilizando tintes menos costosos) y tintes importados desde países muy lejanos (brasil de la India, laca, goma arábiga). La búsqueda de los productos menos corrientes explica los precios asombrosos que citan los autores: 50 000 dinares por una pieza de brocado de la madre de Hárün al-Rashid, 1000 dinares por la vestimenta del mismo

tejido del médico de al-Mamün, 400 dinares por el manto del jurisconsulto Abü Hanifa, que la polémica opone al valor, más que modesto, de 5 dirhemes de la ropa de Ibn Hanbal. La función de reserva explica asimismo la acumulación de productos artesanales en los armarios de los miembros de la élite, como los 200 pares de pantalones de seda del jurista Abü Yüsuf y, sobre todo, del príncipe. Las colecciones colosales de los palacios ʻabbásíes no son, de acuerdo con las cifras que se citan, utilizables en realidad y ni siquiera suponen una auténtica reserva valiosa, ya que solo son parcialmente negociables: se trata, en realidad, de un simple símbolo.

La reserva califal se renueva gracias a los talleres oficiales del *tiráz*. Su función es proporcionar continuamente regalos, en especial vestidos honoríficos *(jila!)* que se distribuyen a funcionarios y cortesanos y que las embajadas llevan a los príncipes extranjeros. Esta organización de la producción textil del Estado, que conocemos mejor en el Egipto fatimí que en el imperio ʻabbási, tiene dos vertientes: en el palacio califal y en el de los emires de las provincias existen sastres que preparan los vestidos honoríficos; en otros centros textiles que, dada su especialidad, tienen una fama particular hay talleres descentralizados o, mejor, marcos administrativos dirigidos por el «señor del *tiráz*», con capacidad jurídica para movilizar a los artesanos a cambio de una remuneración justa. El taller califal no es una manufactura sino una administración. En cada centro existe una residencia-almacén que, en el caso del *tiráz* egipcio, es un vínculo simbolizado por la barca nilótica del «señor» que recoge los productos y procede a verificar el funcionamiento de su máquina administrativa. El estatuto eminente de este alto funcionario queda subrayado por su presencia en las ceremonias califales, en las que presenta los vestidos reservados al príncipe de los creyentes.

El *tiráz* (una palabra persa que significa «bordado») forma parte en realidad de los derechos exclusivos de la majestad soberana, al igual que la oración y la moneda. En efecto, en los tres casos se exalta el nombre del príncipe: el *tiráz* es una banda de tejido en el que aparece su *aláma*, su divisa, bordada en oro o en color. Solo puede llevarlo el soberano o, en virtud de una orden expresa suya, aquellos a los que hace objeto de una gracia especial. Su carácter político queda subrayado por la presencia de eulogias y bendiciones propiamente dinásticas y, a veces, bajo los fatimíes, por expresiones tomadas del credo ismá'rlí y por inscripciones con los nombres de los visires o allegados al califa —sus *mawáli*, sus clientes— que han ordenado la fabricación del *tiráz*. Es una prerrogativa soberana que se asocia con el derecho califal de revestir la Ka'ba con un velo de seda tejido por el taller estatal, con la práctica de la distribución de un turbante y una vestimenta negra al predicador oficial encargado de la oración. No es de extrañar, por ello, que Hárün al-Rashid mencione el *tiráz* en su testamento junto al impuesto territorial, el correo o el Tesoro, entre los engranajes del Estado y precisamente como expresión de la gloria del califa. Del mismo modo, el primer indicio de la revuelta de al-Ma'mün será suprimir el nombre de su hermano de los bordados del Jurásán. A partir de los Omeyas, Egipto parece privilegiado en la repartición geográfica de los talleres: Ajmim, luego Fustát y, más tarde, Bansha, Dabiq y los *tiraz* del Sa'id, el Alto Egipto. Las indicaciones que nos suministran los fragmentos que se han encontrado en Samarra y en Egipto establecen la diferencia entre una oficina destinada a la producción reservada al califa, *tiraz al-jássa*, y otra de carácter público, *tiraz al-'ámma*, que, bajo al-Amin, se encuentra en Fustát, y cuyos productos gozaban de una distribución más amplia y eran, sin duda, distribuidos a los funcionarios, a los servidores del califa (en particular a los predicadores oficiales) y a los militares, o incluso vendidos. Esta

comercialización no deja de ser hipotética: se encuentra excluida en Tinnis en 1047, por el testimonio de Nasiri Jusráw, pero podría justificar la gran dispersión de los hallazgos.

Las falsas apariencias del «despegue» comercial

Una tradición cómoda pretende ver en el imperio ʻabbásí la edad de oro del comercio musulmán. La unificación política de regiones que, hasta la conquista, se encontraban separadas por una frontera rígida, el desarrollo urbano y la irrigación monetaria, permitida por el botín, el gasto público y el oro del Sudán hacen imaginar «un crisol cronológico y geográfico, un plano de intersección, una inmensa coyuntura y una cita fabulosa». La realidad es más modesta y, sobre todo, resulta cronológicamente desfasada: el desarrollo comercial se encuentra estrechamente relacionado con las disponibilidades y necesidades de las clases sociales dominantes. Se adapta a la sociedad califal de las grandes capitales y excluye todo comercio de masa. Este primer punto debe quedar claro: el imperio califal verá la desaparición —que durará doce siglos, salvo en ciertas regiones— del carruaje (cuyo nombre mismo, *araba*, es hoy de origen turco) y de la rueda. Esta falta, en un mundo montañoso y compartimentado, expresa y refuerza la ausencia de todo comercio de productos pesados limitando, en particular, los transportes de granos a unidades geográficas restringidas situadas en torno a un río o junto al mar. Egipto provee al Hidjáz desde que ʻAmr abre de nuevo el canal que une el Nilo con el mar Rojo pero no puede exportar a Siria más que cantidades muy reducidas, limitadas a las pocas toneladas que puede desplazar una caravana de camellos. La Djazira suministra a Bagdad y Sicilia a Túnez pero, en conjunto, las cantidades que se transportan son muy exiguas. El mundo musulmán constituye una inmensa masa continental y, con la excepción del mar Rojo y del golfo que, por otra parte, se abren a regiones desérticas, los mares interio-

res resultan inutilizables para las relaciones interregionales. Solo el Éufrates asume esta función mientras que la fachada mediterránea se encuentra desierta de manera duradera. En lo que se refiere al camello, este puede transportar, según el arnés, entre 70 y 240 kilos y una caravana compuesta por la cifra impresionante de 500 animales desplazará entre la cuarta parte y la mitad de la carga de un navío de tamaño medio (250 toneladas).

Por otra parte, la unificación política, aunque rápida, permaneció durante largo tiempo incompleta, sobre todo en el Asia central que, desde la Antigüedad, mantuvo estrechas relaciones comerciales con la China. Tampoco puede decirse que unificación política implique necesariamente unificación comercial ya que subsisten aduanas interiores como el *masín* de Djedda, que grava las mercancías procedentes de Egipto. Asimismo las acuñaciones monetarias respetan durante largo tiempo las peculiaridades regionales, los monometalismos en plata y oro. Solo de forma muy lenta se producirá una unificación de la circulación, tal como lo atestiguan los tesoros, mientras permanecen áreas comerciales muy distintas que traducen importantes desniveles en los precios: Iraq y la Djazira por una parte, Siria y Egipto por otra. La abundancia misma de las emisiones monetarias no puede haber impulsado de manera decisiva la circulación comercial y la producción. La economía del imperio resulta perfectamente rígida al no producirse una revolución técnica —de la que solo hay indicios en la cerámica y, de manera tardía, en el siglo X, en la industria textil de lujo— y solo en una etapa mucho más tardía se constituirán nuevos mercados gracias a la democratización de las sederías de la que dan testimonio los documentos judíos de la Genizá en Egipto. La puesta en circulación de metales preciosos solo trae consigo un alza de precios. Los datos que se han podido recoger con enorme paciencia permiten apreciar su enorme importancia: en el siglo VIII los

precios del grano y del pan se multiplican, al menos, por cuatro. El fenómeno se explica, en parte, por la reducción de las superficies cultivadas acompañada por un probable crecimiento demográfico, pero debe aceptarse el testimonio del propio Hárün al-Rashid: un dirhem de al-Mansür valía más que uno de los dinares que él acuña 30 años más tarde.

Por consiguiente, la conquista musulmana solo contribuye a unificar la clase mercantil, a particularizar los tipos de mercaderes e instituciones comerciales, en particular las formas de cooperación descritas por las obras jurídicas a partir del siglo VIII. Junto al artesano productor-distribuidor que vende directamente al cliente, el mundo musulmán ve desarrollarse la figura del cambista, liberado de los límites institucionales que enmarcaban su esfera de acción. Se produce un retroceso en la distribución estatal (desaparición de la anona). La gran propiedad autárquica y la autosubsistencia campesina desaparecen ante el mercado libre, estimulado por la fiscalidad. El comerciante se ve, asimismo, liberado de las obligaciones tradicionales: obligación de afiliarse a una asociación, derecho preferente y monopolístico de compra por parte del Estado o de la corporación. Por otra parte, sigue sometido a la obligación de residencia en factorías en el extranjero, se le encargan misiones de espionaje y está ligado al poder, que lo utiliza como banquero y recaudador de impuestos. Al igual que en el conjunto del mundo antiguo, su rápido enriquecimiento se encuentra regulado por grandes confiscaciones, de modo que el comerciante se ve sometido a sangrías brutales: en el año 912 se pone una multa de 100 000 dinares al mercader egipcio Sulaymán.

En el siglo VIII surge una jerarquía dentro de los comerciantes. En la parte más baja de la escala se encuentra el mercader itinerante que recoge las mercancías en los centros de producción y las traslada a los mercados periódicos. Por encima está el «viajero» que va a ver la mercancía en países lejanos llevando

consigo la correspondiente lista de encargos, un capital en metálico o en especias que deberá comercializar por cuenta de un gran mercader del tercer tipo. Este último, el mercader «estacionario», el único que tiene derecho al título respetuoso de *tádjir*, actúa desde los lugares más importantes, a través de encargos y también con informaciones que circulan por cartas y gracias a la cooperación amistosa e informal cuyo apogeo se encuentra en el mundo de la Genizá. En el interior del grupo de los *tádjir*, poco numerosos y fabulosamente ricos como el egipcio Sulaymán, circulan los productos preciosos y el dinero fiduciario de los bancos, órdenes de pago siempre al portador, órdenes de pago de ejecución diferida (*suftadjas*), pagaderas a la vista por los corresponsales del *tádjir. Suftadjas* y cheques (*sakkas*) circulan ampliamente alcanzando las mayores distancias, pero el préstamo con interés resulta raro y se limita a graves necesidades extracomerciales. Probablemente es considerado inmoral y solo aparecerá en los negocios de manera tardía, en el siglo XII, mientras que la letra de cambio no se utiliza en el mundo musulmán, que conserva su unidad monetaria y numismática ideal y solo trabaja con su moneda de cuenta, el diñar o dirhem «puros», con la que se relacionan todas las monedas reales.

Las estructuras de la cooperación comercial se constituyen muy pronto. En las obras de Málik ibn Anas (m. 795), fundador de la escuela jurídica málikí, y del hanafi al-Shaybáni (m. 803), autor de un *Libro de las sociedades* y de un *Libro del préstamo*, surgen las formas que se introducirán o reinventarán en Italia en el siglo X. Tenemos, en primer lugar, la «sociedad» (*sharika*) que constituye un capital común, limitado a una sola operación, a una mercancía, a una suma en efectivo, o, por el contrario, ilimitado y universal lo que, en este último caso, coincide con la solidaridad de un grupo familiar. El contrato impone a los socios un deber de garantía colectiva así como de represen-

tación recíproca, que encuentra también su complemento y sus raíces en una colaboración amistosa, informal y patriarcal. En el préstamo con participación (*qirád, muqárada*), conocido en el Hidjáz a partir del siglo VI, el gran comerciante confía un capital o unas mercancías a un «viajero» que obtendrá como recompensa una parte de los beneficios (un tercio si no se responsabiliza de las pérdidas eventuales), con lo que se le pagarán su trabajo y los riesgos personales en que incurra durante el viaje. El préstamo de mercancías, prohibido en teoría debido a la incertidumbre que pesa sobre la formación de los precios, se admite de hecho en la escuela hanafi. En efecto, la escuela hanafi tiende, en conjunto, a respetar las antiguas costumbres mercantiles y al desarrollo de formas jurídicas que constituyen subterfugios legales para rehuir la prohibición de las prácticas usuarias y que son rechazados por las escuelas jurídicas rivales de los sháfiʿíes y málikíes.

La clase de los comerciantes, un grupo cerrado, poco numeroso y cuyos miembros se conocen bien entre sí, lleva a cabo la operación que implica la pesada tarea de negociar las mercancías de sus corresponsales sin solicitar por ello compensación, comisión o beneficio alguno, únicamente con la seguridad de obtener, en el futuro, una revancha amistosa. Esta tarea implica el deber de ayudar a los «viajeros», asegurar la expedición, así como la vigilancia y transporte de los productos y, sobre todo, de mantener siempre informados a los amigos lejanos acerca del movimiento de los precios, de la calidad y cantidades de los bienes disponibles en el mercado y de las ocasiones que ofrecen navíos y caravanas capaces de desplazarlos hasta su destino.

Los manuales de mercaderes como el de al-Dimashqi, escrito en el siglo XI en medio fátimí, y las cartas de los comerciantes de El Cairo se muestran de acuerdo en la constante práctica de la búsqueda de una información segura, y en la rapidez en las operaciones, sin las cuales no pueden obtenerse los altos bene-

ficios a los que aspiran los mercaderes: entre el 25 y el 50 por 100 del precio de coste, en el que se incluyen los gastos de adquisición, transporte y venta. Excluyen de su esfera de acción y de sus intereses el comercio destinado a las masas, con lo que se dibuja la figura del gran comerciante al que solo le importan las mercancías preciosas (piedras de gran valor, especias raras de importación, tejidos de precio elevado) y, principalmente, las materias primas, además del artesanado de transformación (orfebrería, droguería y farmacia, bordado de tejidos con hilo de oro). Se trata de un comerciante que conoce bien las técnicas «capitalistas» (prestar y tomar en préstamo, prestar con participación), y que se interesa fundamentalmente en la reinversión de sus capitales, en el subarriendo de los impuestos y en las operaciones inmobiliarias y agrícolas. Se constituye así una aristocracia mercantil, que en modo alguno se encuentra prisionera de su función comercial y está al servicio de un consumo ostentoso, principesco y aristocrático.

El mercado rey

La fiscalidad estatal mantiene en todas partes el mercado local, cuya edad de oro fueron los siglos VII y VIII y que se caracterizó, en el terreno monetario, por la abundancia de moneda fraccionaria, *fals* de cobre omeyas y ʻabbásíes, especialmente en Basra. Se trata de un mercado que asombra a los peregrinos occidentales: Arculfo, que visita Alejandría en el año 670, y Bernardo el Monje, que ve, ante Santa María la Latina de Jerusalén en el año 870, un foro en el que para vender hay que pagar una tasa de dos dinares al año. En realidad solo se trata de la entrada en la ciudad del mercado rural, bajo el aguijón del impuesto que exige el pago en metálico y sitúa al productor rural en una posición débil ya que se ve obligado a vender a cualquier precio. Este mercado anima el campo sin crear salidas para las actividades urbanas ya que los campesinos deben conservar sus

ganancias y solo compran excepcionalmente, con lo que el mercader tiene escasas oportunidades de insertarse en él. El *Mirbad* de Basra, el *Kunása* de Küfa, el mercado del martes de Bagdad, el del miércoles en Mosul, el del lunes en Damasco son centros totalmente abiertos en principio y existe una completa libertad para instalarse en ellos. Allí, como en la mezquita, el primero que llega ocupa el mejor lugar. No obstante, el zoco se cierra progresivamente bajo los últimos Omeyas: las plazas quedan reservadas y los vendedores pagan un alquiler al «señor del zoco». Pronto los zocos se especializan y surgen los *jáns* en los que los *junduqs* constituyen pequeñas «bolsas», cada una dedicada a un producto y muy pronto, a partir del siglo VIII, aparece un mercado cerrado y vigilado para los productos de lujo, la *qaysaríyya* o alcaicería (la «casa del César» del mundo antiguo), mientras que el mercado alimentario, excluido del centro urbano, se descentraliza en *suwayqas*, los mercadillos de barrio.

Si bien la topografía de la ciudad musulmana excluye una repartición jerárquica fija de los zocos, la actividad comercial se especializa hasta el límite. Al igual que los cuerpos constituidos por los oficios artesanales, los oficios comerciales, no muy distintos de los anteriores, se caracterizan por una determinación minuciosa, filológica, del producto que se vende. En su libro *La clave de los sueños*, al-Dinawari enumera casi 150 actividades comerciales en la Bagdad del año 1006, mientras que la Genizá cita 90 oficios comerciales. El mercado, vigilado en época Omeya por un *wáli* en las ciudades principales (La Meca, Medina, Küfa, Basra, Wásit) y más tarde por un almotacén (*muhtasib*) que fija los precios, cobra el diezmo y el alquiler de la plaza utilizada, controla pesos y medidas y juzga acerca de la honradez de las transacciones realizadas, es un organismo enteramente monetarizado. No obstante, la ley de la oferta y la demanda no determina el precio de las vituallas que, en un principio, es «político» y ha sido calculado por el «señor del *zoco*» en fun-

ción de las necesidades de una masa turbulenta. Esta «tasación» de las mercancías puede adquirir, de manera precoz, el aspecto de una intervención de la autoridad bajo la forma de un granero público destinado a regularizar la carestía. La Sicilia normanda heredará, así, en el siglo XII la institución de esta *rahba*. Por su parte, el mercado rural obedece a otras reglas, ya que los vendedores se ven obligados a vender productos voluminosos y perecederas a cualquier precio para obtener las cantidades en efectivo que necesitan para pagar los impuestos. Finalmente, el mercado artesano resulta evidentemente especulativo ya que apunta a la calidad, a la originalidad y a la acumulación de trabajo en el objeto. El precio no viene determinado por la productividad ni por la ley de la oferta y la demanda sino por la moda y por la técnica consumada del fabricante, más artista que artesano. La historia de los precios se limita fatalmente, por una parte, a la de las carestías, en una coyuntura uniformemente favorable al consumidor urbano y, por otra, a la fastuosidad de los ricos o a sus deseos de ostentación.

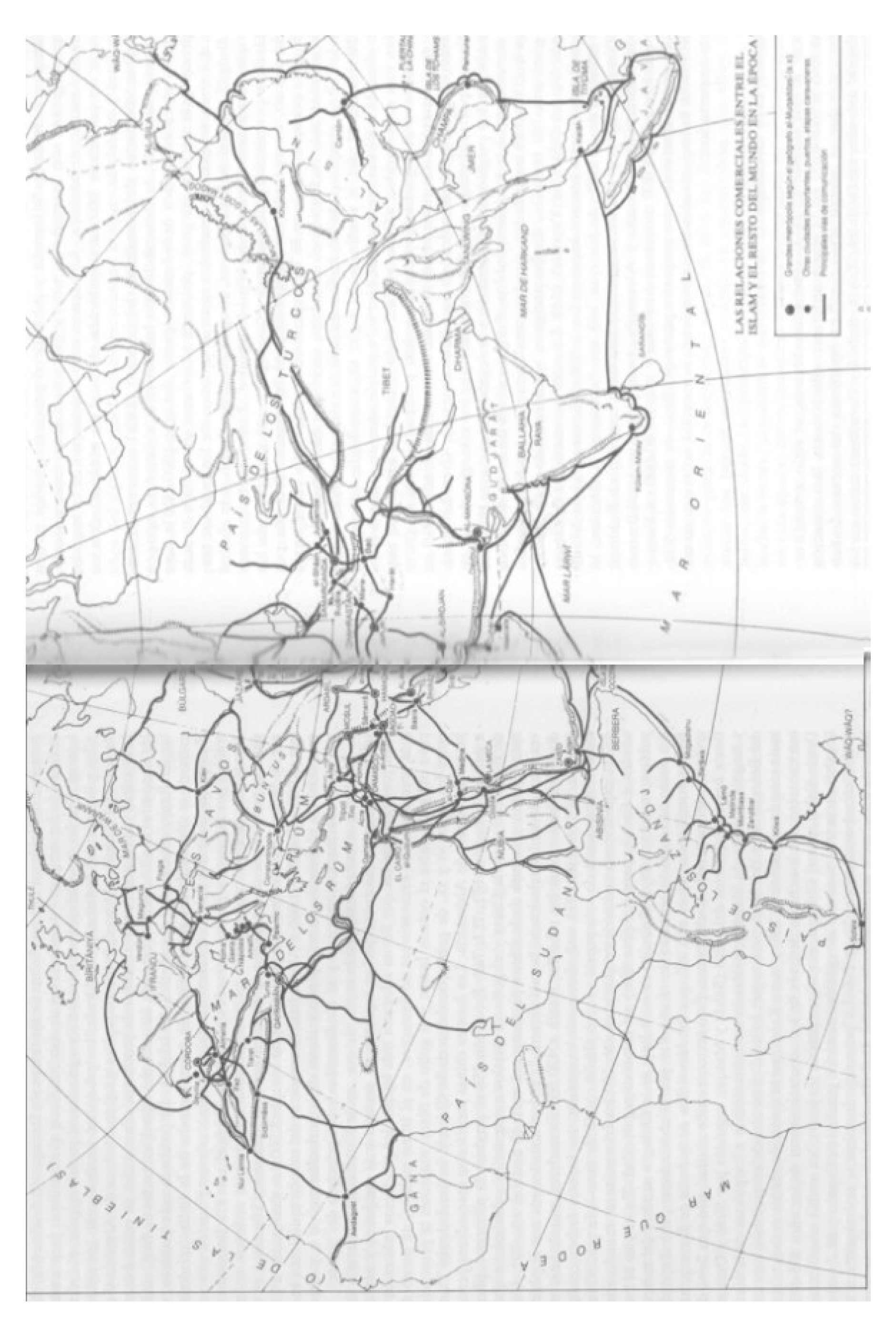
Rutas lejanas hacia el Este y productos de excepción

El desarrollo de los grandes centros de poder de Iraq y de algunas capitales provinciales refuerza un gran comercio que resulta ya antiguo y está destinado a proveer de suministros de consumo a una élite refinada y de enormes disponibilidades financieras. Además de en las capitales califales se encuentra en las grandes ciudades de Iraq meridional, Küfa, Basra y Wásit, cuyos comerciantes participan, gracias a su enriquecimiento, de los privilegios de la élite, en el Fustát de los Tülüníes, así como en Rayy, Nishápür y en las grandes ciudades de la Transoxania. Las rutas comerciales se modelan de acuerdo con la demanda de los centros y, en particular, de las capitales de los emires. Siria permanece mucho tiempo al margen de la circulación de estos bienes. La arqueología confirma que tras la pri-

mavera precoz del lujo omeya no existe lujo iraquí ni iranio al oeste del Éufrates y que se adoptan con lentitud las modas que vienen de China a través de Irán, como la loza recubierta por una capa estannífera o la cerámica de reflejos metálicos.

Un famoso texto de al-Djáhiz en torno a las importaciones de Iraq describe un comercio de productos caros, caballos, especias, esclavos, frutos y productos confitados, vestidos, tejidos y armas que se estructura en torno a tres polos: un consumo militar que concuerda con el carácter fundamental del estado ʻabbásí (caballos de China y de Arabia, armaduras afganas, de los jazares y yemeníes, arneses chinos, espadas indias y también francas); un consumo ostentoso de productos tropicales (especias, drogas, marfil, maderas preciosas y, en particular, la teca procedente de la India), nórdicos (pieles procedentes de Siberia a través del Jwárizm) o incluso exóticos (papel, seda y verdeceledones de la China, animales para su exhibición en un zoo, fieltro de los turcos de Dzungaria); finalmente, una circulación interregional de productos de uso cotidiano que resultan, pese a ello, lujosos. Son las especialidades artesanales y agrícolas, el papiro egipcio, el azúcar y las golosinas del Jwárizm y del Ahwáz, los productos textiles como los tejidos de seda del Ahwáz, el lino egipcio, los tapices y tejidos de lana de Armenia y de la Djazira, y las numerosas variedades de productos alimenticios de calidad como las alcaparras confitadas de Büshandj, faisanes del Djurdján, trufas de Balj, ciruelas de Rayy, manzanas y membrillos de Isfahán. El producto más precioso, el esclavo, es objeto de un gran tráfico. Se traen esclavos de la India (técnicos), Zandjs (negros) del Sahel africano oriental, así como eslavos y turcos que son traídos por búlgaros y jazares a través del Jurásán. Hacia el año 870 Bernardo el Monje sale de Bari, capital de un emirato dedicado a la trata de esclavos, acompañado por seis navíos cargados de cautivos que son lombardos afincados en el sur de Italia. Se trata de 9000 prisione-

ros de los que 3000 van destinados a Túnez, 3000 a Trípoli y 3000 a Alejandría. El comercio del mundo musulmán aparece como la conjunción de múltiples corrientes de importación que no se preocupan de las balanzas económicas y se fundamentan en el principio del placer.



No hay que extrañarse, por lo tanto, de que, en la historia del desarrollo del tráfico comercial, las rutas que se explotan de

manera más temprana y rápida sean precisamente las que llevan a lugares más lejanos los productos más raros y más preciosos. Las excavaciones de Satingpra, en el istmo malayo, un punto de paso obligado entre el océano índico y el golfo de Siam, muestran la presencia, entre los siglos VI y IX, de gres procedente de la China y verdeceladones T'ang junto con vidrios de Alejandría. Las fuentes chinas mencionan mercaderes persas a partir de los años 671, 717, 748. En el año 758 se produce la primera ruptura de relaciones entre la China y el golfo ya que los mercenarios musulmanes queman Cantón y la ruta de la China permanecerá cortada hasta el año 792. Una vez reanudadas las relaciones, la ruta se verá de nuevo abandonada tras el período 875-878 en el que los rebeldes matan a 120 000 mercaderes musulmanes en Cantón. Si bien esta cifra está claramente exagerada, las fuentes árabes confirman la importancia de este puerto —cuyo alminar sirve de faro—, la precocidad de las expediciones comerciales (hacia el año 750 los comerciantes musulmanes acuden a Cantón para comprar áloe) así como su regularidad. En el año 851 se publica un portulano, la *Relación de la India y de la China*, a nombre del mercader Sulaymán, siendo revisado en el año 916 por el comerciante Abü Zayd de Siráf y completado, en el año 950, por las *Maravillas de la India* de Buzurg, negociante del puerto de Ram-Ormuz. Este texto describe el itinerario que lleva de Basra hasta los puertos del golfo (Suhár y Masqat, seguidos por Siráf y Ormuz) y luego a la costa de Malabar, evitando cuidadosamente a los piratas de la costa del Beluchistán y del Sind, para seguir hasta Ceilán, donde se establece una colonia musulmana desde el 700, y hasta Kalah, en Malasia, donde los árabes tomaron contacto con los chinos después de los acontecimientos de los años 875-878. Desde Kalah, por el Champa, el antiguo país de los jmers, los navíos musulmanes llegaban, tras tres meses de navegación, hasta los puertos de Cantón y de Zaytún, en la desembocadura

del Yang-Tsé. La presencia musulmana se consolida a lo largo de esta ruta y surgen las colonias del Sind (Daybul y Mansúra), de la costa de la India (antes del 956 al-Mas'üdi visita una ciudad de 10 000 musulmanes en Saymür), de Sumatra y de Java. Sulaymán y Abü Zayd precisan que los navíos son escasos y que regresan con mercancías raras y preciosas: áloe, teca, porcelana, alcanfor, brasil y estaño de Malasia. Añadamos otro testimonio de la arqueología: la presencia de porcelana blanca translúcida china y de verdeceladón en Samarra, Rayy, Susa y Nishápür.

La segunda gran «fachada» del comercio del imperio califal comenzó a animarse desde la época sasánida, se desarrolló con los táhiríes, alcanzó su apogeo bajo los sámáníes y entró en brusca decadencia a partir del año 1000. Es la ruta de las pieles, procedente de la taiga rusa, polaca y siberiana, y también la ruta de los esclavos. La trata se efectúa desde los centros urbanos de los pueblos turcos del Volga, Bulgár, capital de los búlgaros, situada cerca de Kazan, y la ciudad de los Burtas, que se encuentra cerca de Nijni-Novgorod. Los descubrimientos de monedas islámicas permiten establecer una cronología y una geografía de los intercambios: un tesoro, encontrado en Novgorod y perfectamente fechado por la dendrocronología, permite asegurar la existencia de un intervalo breve entre la fecha de la acuñación más reciente y el momento en el que fue enterrado (no más de 15 años). De un conjunto de 66 fechas estudiadas de este modo, 2 son del siglo VIII, 20 del IX, 41 del X y solo 3 del siglo XI, cronología que resulta confirmada por el análisis de los tesoros que han sido publicados de manera íntegra y que revelan una superioridad aún mayor del siglo X sámání. En lo que respecta a la distribución en el espacio de estas monedas, parece falseada en parte por una fuerte concentración de tesoros en la costa báltica (en el año 1910 se enumeran 11 tesoros en el «gobernorado» de San Petersburgo y 42 en Livonia). Esto suele

explicarse por el drenaje que debieron efectuar los vikingos de las riquezas acumuladas por los pueblos que transitaban la región, bien como botín de guerra o como consecuencia de los intercambios. Pero un mapa de estos descubrimientos muestra que estaban enterrados, fundamentalmente, en los límites meridionales de la gran zona de bosques, en los antiguos «gobernorados» de Kazan (14 tesoros), de la Viatka (15) y de Yaroslav (11). La enorme cantidad de riquezas escondidas en Rusia (varios tesoros superan los 1500 dirhemes y el de Vladimir alcanza el número de 11 077, de los que 140 son ʻabbásíes, 4 táhiríes, 16 djaʻfaríes, 2 sádjíes, 16 büyíes y 10 079 sámáníes), así como también en Polonia, Escandinavia e incluso en Gran Bretaña y Alemania, ascienden a un total de media tonelada de plata pura (120 000 dirhemes en Rusia y más de 40 000 en Escandinavia), que solo puede constituir una pequeña parte del flujo de monedas islámicas. Todo ello revela la importancia del movimiento comercial así como su carácter puramente importador.

Mayores incertidumbres en Occidente

Al contrario de lo que sucede en estas «fachadas» activas, el siglo X verá surgir un Sahel africano activo que, en la etapa anterior, solo conocía la animación de unas pocas factorías que se encontraban tanto en las costas del océano índico (donde se establecen colonias en Berbera, Zayla, Sofala y Zanzíbar) como en las metas meridionales de las rutas saharianas, que fueron, quizás, descubiertas por Sidiʻ Uqba a partir del año 666 y más tarde exploradas e islamizadas, en los siglos X y XI, por los bereberes Sanhádja. La costa mediterránea, por otra parte, se encuentra esterilizada por la guerra y las algazúas. De hecho, el mar se encuentra en manos de los piratas «sarracenos», cuya primera expedición conocida es el conato de invasión de las Baleares en el año 798. A continuación, en los primeros años

del siglo IX, las fuentes mencionan ataques contra las islas pequeñas situadas junto a las costas de Sicilia e Italia meridional, así como contra Cerdeña, Córcega y, en el año 812, Civitavechia y Niza. Se trata de flotas importantes y aparentemente bien organizadas, procedentes sobre todo de las costas levantinas de al-Andalus y, de manera secundaria, del Magrib occidental, y que llevan a bordo, principalmente, a bereberes si es que debemos interpretar estrictamente el apelativo de *mauri* con que los designan las fuentes carolingias. Pero las crónicas árabes que se ocupan de esta época, generalmente basadas en anales semioficiales, no nos proporcionan información alguna acerca de estas operaciones, ya que suele tratarse de empresas de carácter privado cuyo punto de partida se encuentra en regiones que, de hecho, escapan al control de los poderes políticos establecidos en las grandes capitales del Islam occidental, o que, incluso, llegan a encontrarse en un estado de disidencia abierta. Esta piratería andalusí se desarrolla en la segunda mitad del siglo IX en el que lleva a cabo ataques contra el litoral de la Provenza y establece una instalación permanente en la base de Fraxinetum, que perdurará desde el año 890 hasta el 970.

También Italia se ve seriamente inquietada por los sarracenos. En realidad las incursiones marítimas, como el célebre ataque a Roma del año 846, probablemente obra de piratas andalusíes, tiene menor importancia que la actuación de las bandas de mercenarios musulmanes, al servicio de las pequeñas dinastías del sur de la península desde antes de mediados del siglo, que rápidamente han escapado a todo control. También aquí los musulmanes dispondrán de establecimientos permanentes que, en el caso del emirato de Barí (841-871), llegarán a adoptar la forma de un auténtico, aunque pequeño, Estado. El propósito de todas estas agresiones sarracenas, es, ante todo, la captura de esclavos por los que se obtiene un buen precio en los mercados del mundo musulmán, en los que existe una fuerte demanda.

Los mercaderes del sur de Italia exportaban esclavos a Ifriqiya desde finales del siglo VIII, pero quizá ciertos aventureros decidieron acudir para apoderarse de la mercancía con las armas en la mano dada la insuficiencia de la oferta y la esperanza de lograr mayores beneficios. En vano, en el año 836 el príncipe de Benevento pretendió prohibir su comercio a los napolitanos. Las expediciones contra las islas se han querido justificar, también, por el deseo de abastecerse de madera para la construcción naval. Si bien las flotas sarracenas no dejaban de atacar los barcos mercantes cuando se encontraban con ellos, estos no constituían, sin duda, su principal objetivo. No se puede, por tanto, tal como se ha hecho a veces, argumentar partiendo de esta piratería para postular la existencia, en esta época, de un comercio todavía importante en el Mediterráneo occidental.

La situación resulta diferente en el Mediterráneo central, donde Sicilia y las ciudades del sur de Italia mantienen relaciones estrechas con el mundo bizantino del mismo modo que Ifriqiya se encuentra ligada, económica y políticamente, de forma más directa con el imperio ʻabbásí que el resto del Magrib y al-Andalus. En este sector el mar se ha visto siempre recorrido por importantes corrientes de intercambio y ha estado controlado por las flotas bizantinas, de modo que los poderes establecidos en Qayrawán se ven forzados a interesarse por él. Las relaciones entre las ciudades comerciantes del antiguo ducado de Nápoles (la propia Nápoles, Gaeta y Amalfi) y la costa africana se mantienen de manera sostenida incluso después de la conquista musulmana la cual, como hemos visto, estimuló probablemente ciertos tráficos como la trata de esclavos. Por su parte, los aglabíes de Túnez tratan de no perder oportunidad alguna de participar en empresas que podrían escapárseles y, por ello, toman la iniciativa de una operación de *djihád,* la conquista de Sicilia, que se inicia en el año 827. No obstante, incluso durante el emirato aglabí, los centros urbanos y las regiones del

interior como Mila, Laribus, Sbiba, el Záb, el Nafzáwa adquieren tanta importancia en el equilibrio general del país como los centros costeros de Túnez o Süsa. Ciudades marítimas como Gabes o Trípoli deben su peso a ser etapas o metas de las caravanas terrestres procedentes de Egipto más que a su condición de puertos.

Ciudades caravaneras importantes son, también, Tahert (fundada en el año 761) y, sobre todo, Sidjilmása (757), gran centro comercial situado en el límite del Sahara Occidental. Son etapas en las rutas que recorren el Magrib en dirección este-oeste y, sobre todo, puntos de partida de un tráfico importantísimo con el África negra a través del desierto, consistente en la exportación de sal y productos manufacturados y en la importación de esclavos y, sobre todo, de oro. Este comercio desarrolla otras ciudades del sur de Marruecos como Agmát o Tamdult, ciudad esta última fundada por un emir idrisí en el siglo IX. Asimismo contribuye a explicar la importancia de las ciudades situadas al borde del desierto, durante el emirato aglabí, o sea de Tozeur en la Qastiliya y de Tubna en el Záb. Pero conocemos muy mal la cronología del desarrollo de este comercio, controlado enteramente por los bereberes járidjíes del emirato de Tahert. Parece, en particular, que el papel de Sidjilmása no fue preponderante hasta el siglo X cuando los fatimíes extendieron su control al conjunto del Magrib y redujeron Tahert, hasta entonces uno de los polos principales de este tráfico, al papel de simple etapa en la ruta este-oeste. Otro sector animado por intercambios comerciales que tampoco conocemos bien es la frontera entre el imperio carolingio y los Estados surgidos de su desmembración. Las ciudades de la Marca Superior (Zaragoza, Huesca y Lérida) ven pasar por ellas a comerciantes judíos, y probablemente también a mozárabes, que se dirigen a los países de los francos por una parte a través de Barcelona y, por otra, por Pamplona y los Pirineos occidenta-

les, para volver con esclavos blancos (*saqáliba*), pieles y, tal vez, armas.

Pero los comerciantes extranjeros penetran ampliamente en el Islam

Las «fachadas» del imperio, si bien manifiestan el espíritu de iniciativa de los mercaderes musulmanes y la audacia de los marinos, no revelan en modo alguno la superioridad comercial del mundo islámico. Ponen, simplemente, en contacto unos círculos de comerciantes que buscan los productos reclamados por el consumo aristocrático con otros círculos de mercaderes capaces de tener iniciativas. Si los musulmanes penetran ampliamente en la India, Insulindia, Indochina y China y si exploran franjas de África y Siberia para comprar, se encuentran prácticamente ausentes del Imperio Bizantino, que agrupa a los escasos visitantes en factorías sometidas a una vigilancia estricta, e ignoran totalmente a la Europa Occidental. Por el contrario, la preocupación que sienten las capitales califales por conseguir suministros incita al imperio musulmán a abrir sus fronteras a los mercaderes extranjeros, pertenecientes a grupos marginales dentro de sociedades menos desarrolladas y menos urbanizadas y a grupos móviles cuya actividad no sirva en modo alguno los intereses políticos de los grandes estados enemigos, Bizancio y los jazares. Estos mercaderes se desplazan dentro del mundo del Islam bajo la vigilancia del «contraespionaje» de los «señores» del correo (*baria*[1]).

Será precisamente un señor del correo, Ibn Jurdádhbih (en el año 870 era responsable de la oficina central), quien nos deje una descripción precisa de las rutas que utilizaban dos de estos grupos. Si bien los itinerarios resultan, en algunos puntos, inverosímiles e inciertos, es indudable el valor que tiene este testimonio en su conjunto. Asegura que, sin duda hacia el año 840 (Ibn Jurdádhbih empieza a escribir en 844), un grupo penetraba

en el mundo del Islam, mientras que se autorizaba a otro a atravesarlo en su istmo central con la finalidad de llegar al Océano índico. El primer movimiento lleva, en efecto, a los mercaderes rusos, de raza eslava, desde las «regiones más remotas» (precisamente las de los cazadores de la taiga y de la tundra) hacia el mar Caspio a través del Don, el Volga y la capital de los Jazares. Atraviesan el Caspio y desembarcan en la costa del Djurdján desde donde se dirigen, por caravana, hasta Bagdad y allí unos eunucos eslavos les sirven de intérpretes. Otros mercaderes van a Bizancio por el Dniéper y el mar Negro. Todos venden pieles, esclavos (palabra que deriva etimológicamente de eslavo) y armas francas (espadas fabricadas con técnicas superiores), así como sus propios servicios. Estos rusos no hacen, evidentemente, más que prolongar el amplio movimiento hacia el este de los varegos. Se trata, sin duda, de eslavos conducidos por escandinavos e Ibn Jurdádhbih precisa que son cristianos. En otras circunstancias el itinerario dejará de ser comercial para convertirse en ruta de invasión: entre los años 864 y 884, y más tarde en el año 909, en 913, en 943, en 969, y en 1030-1032 los rusos franquearán el Cáucaso o atravesarán el Caspio para atacar el Tabaristán y el Adharbaydján, llegando a ocupar la capital de este último. Como puede verse, el comercio resulta inseparable del pillaje. Puede observarse que los pueblos turcos del Volga, jazares y búlgaros (estos últimos acuñaron, no obstante, monedas bastante abundantes que imitaban las musulmanas) no desempeñaron el papel de intermediarios que la geografía parecía reservarles. Este gran movimiento de hombres en compañía de sus mercancías atestigua la irregularidad de las transacciones y su carácter rudimentario lo que está de acuerdo, a fin de cuentas, con los altos precios que se pagan.

El movimiento de los judíos «rádháníes» constituye un tema más importante y muchos más discutido por los historiadores, que han llegado a negar la misma autenticidad del texto, con-

virtiéndose en el núcleo central de un debate. Durante mucho tiempo se ha querido ver en el relato de Ibn Jurdádhbih la prueba de la especialización comercial de la comunidad judía y, en fecha más reciente, la de su supremacía en unas rutas que estaban abiertas a todos. Ambas posturas deben descartarse y, si bien hay que aceptar que ciertos detalles del itinerario indicado por Ibn Jurdádhbih provienen de una «contaminación» con otras rutas, en conjunto debe admitirse que revela un episodio breve pero significativo. Estos mercaderes judíos, políglotas (hablan persa, griego, árabe y las lenguas francas, españolas y eslavas) traen de Occidente eunucos, esclavas, muchachos, seda, pieles y espadas. Se embarcan en el país de los francos, en el mar occidental (queda, por tanto, excluida Narbona y debe tratarse de uno de los puertos oceánicos del imperio carolingio), franquean el istmo de Suez entre Faráma (la esclusa) y Qulzum (Suez), llegan a los puertos de la península arábiga, al-Djark y Djidda y, finalmente, a la India y la China. El regreso, en este primer itinerario, lo efectúan siguiendo el mismo camino, provistos de especias y plantas aromáticas. Una variante pasa por Antioquía y llega al Éufrates, a Bagdad y al puerto de Ubulla para acabar en las mismas regiones del Extremo Oriente. Una tercera ruta parte de al-Andalus y del país de los francos y pasa por Tánger, el Sus, Ifríqiya, Egipto y Siria. Finalmente, la cuarta ruta, avanza «por detrás de Bizancio» y por el país de los eslavos, llega a la capital de los jazares y penetra en el mundo islámico por el Djurdján. A través de Balj y la Fargána, llega a China.

Es probable que Ibn Jurdádhbih haya unido, en su descripción de las rutas rádháníes, varios segmentos de itinerarios que, en un principio, eran independientes. El paso por Marruecos y Túnez parece, de manera particular, haber sido añadido para completar y no se relaciona con el conjunto. Muchos otros elementos, en cambio, concuerdan perfectamente con informa-

ciones que tenemos documentadas por otras fuentes. Hacia el año 825 Luis el Piadoso concedió privilegios comerciales a unos mercaderes judíos llamados Donato, Samuel, Abraham de Zaragoza, David y José de Lyon y, de forma paralela, según Ibn Jurdádhbih los rádhháníes regresaron «junto al rey de los francos». El hecho de que no se mencione Alejandría en el itinerario se corresponde con la etapa en la que este puerto quedó relegado por ser la sede de una república de corsarios. El paso de una ruta «por detrás de Bizancio» se encuentra confirmado por la existencia de una hilera de tesoros —en su mayoría algo más tardíos, del siglo X, que contienen monedas sámáníes y búlgaras — en Galitzia y Bohemia. En el año 973 el andalusí al-Turtüshi encontró, en Maguncia, especias indias y dirhemes sámáníes fechados en el período 913-915, lo que constituye un buen indicio de la existencia de esta ruta. Queda aún una duda acerca de la apertura precoz del mar Rojo y, de manera particular, que esta resultara accesible a grupos minoritarios como los judíos: observemos, simplemente, que en el año 950 Buzurg encuentra en el océano índico a un mercader judío, un dhimmí, que disfrutaba de la «paz califal» mucho antes que los comerciantes de la Genizá. Puede, por tanto, considerarse que los itinerarios son verosímiles así como aceptar la lista de productos mencionados. Solo queda por identificar quiénes son los rádhháníes.

En ellos se ha querido ver a judíos oriundos del mundo musulmán ya que Rádhán es el nombre de un distrito del Sawád, situado al este del Tigris. Esta etimología resulta decisiva y debe descartarse la que recurría al persa Rahdar («el que conoce los caminos») o la que, de manera fantástica, pretende relacionar a los rádhháníes con el *Rhodanus* o Ródano. Pero el texto atestigua de manera explícita el carácter europeo de estos mercaderes judíos que aparecen como «judíos del rey». No obstante, si aceptamos que este comercio aventurero y marginal tiene un carácter particular y que establece una relación azarosa y

atrevida (aunque se efectúe con suficiente regularidad como para que el señor del correo llame la atención sobre ella a los secretarios del monarca), puede concebirse qué un nombre de origen iraquí, con el que se designe una familia o una pequeña comunidad, hay sido, conservado por un grupo inmigrado o englobado por la conquista en el imperio franco. Este grupo pudo conservar el uso del árabe y del persa (indicio revelador de la verosimilitud de la hipótesis) y aprovechar su carácter de bisagra o puente y de la indefinición de su estatuto jurídico para lanzar operaciones comerciales que resultan inauditas desde un punto de vista comercial pero que, sin duda y tal como hemos visto, eran bastante normales para los mercaderes del Dar al-Islám. Puede pensarse, evidentemente, en los judíos de Narbona, reconquistada por Carlomagno, cuyo prestigio se mantuvo muy alto en los siglos sucesivos pero nada lo confirma y las relaciones de los rádhániés con España pueden explicarse mediante el itinerario oceánico, mencionado por Ibn Jurdádhbih, que pasaba por Gibraltar. Pero, en su conjunto, la *Rádhániyya*, que no tuvo sucesores, corresponde a la expansión del imperio carolingio. Se extingue con la crisis —invasiones normandas y reanudación de la ofensiva musulmana hacia la Provenza— pero anuncia en gran medida las características del gran comercio del siglo XI. El papel de las minorías y del mar Rojo y desarrollo de las rutas sámániés hacia la India.

Elaboración de un modelo de sociedad

El mundo ʻabbásí nos aparece como el heredero directo del Dar al-Islám omeya. La estructura del mundo antiguo se encuentra aún en pie, la capital absorbe las disponibilidades monetarias que proporciona un aparato fiscal eficaz, el poder permanece indiscutible, tanto el del Estado como el de su clase administrativa, principal beneficiaría de la redistribución social del impuesto, pero capaz también de aspirar, como por capila-

ridad, la fortuna y el prestigio de las viejas aristocracias transmitidas por herencia familiar o surgidas de la guerra. Una lista cerrada y jerarquizada, bien delimitada por la memoria de los síndicos de las familias privilegiadas, pero provista de una apertura que permite el ascenso de los esclavos mediante el parentesco adoptivo. Las luchas de facciones en el seno de los estratos más abiertos y más cambiantes de esta clase privilegiada expresan las tensiones para lograr el poder, o sea la fortuna. La dislocación del ejército árabe y de su aristocracia de grandes linajes deja que compitan entre sí letrados y oficiales. Estos dos grupos están constituidos, por una parte, por los técnicos de la belleza del lenguaje y de la caligrafía y por los administradores fiscales distinguidos y, por otra, por profesionales ambiciosos nacidos en las capas sociales más modestas, más remotas, y en los lugares más miserables: se trata, en último término, de los esclavos turcos y jazares. La competencia y los conflictos no oponen, sin embargo, a los grupos sociales sino a las facciones, que son alianzas móviles y momentáneas.

El pueblo musulmán, ahora sólidamente constituido gracias a la conversión masiva y la aculturación de las minorías, unificado por la circulación de la enseñanza y su normalización, parece excluido de la vida política, dominada por la autocracia califal y por el poder real de las camarillas, así como también del poder económico. Cabe imaginarse una vida social duramente sometida a la pirámide de las clientelas, agrupadas en torno a las grandes fortunas de la administración y del círculo de los mercaderes que aprovisiona a la *jássa*, la élite. Todo da testimonio de esta hegemonía que aparece traducida en imágenes arqueológicas y urbanísticas. No obstante, una realidad social, una conciencia colectiva, un «Islam horizontal» subsisten y rebrotan, hundiendo sus raíces en el modelo surgido de la hégira. La *jássa*, excesivamente móvil y dislocada por las confiscaciones no puede fundar nada auténticamente estable. La verdadera

fuente de toda estabilidad sigue siendo el saber y la normalización de la enseñanza multiplica tanto candidatos como posibilidades y desestabiliza las fracciones cuya posición parece adquirida de forma definitiva. Las clases populares, cuya filosofía se adapta bien a esta revancha, oponen a esta movilidad las virtudes de la estabilidad y de la humildad. Sus esperanzas se vuelven hacia la polémica religiosa, el milenarismo y el afecto que sienten por los nobles descendientes de ʻAlí que sufren en una semiclandestinidad y que estudian las «ciencias religiosas».

De este modo la figura del «doctor» gana peso y adhesión por parte de las masas. No aparece solo como el jefe de partido, sabio, buen filósofo y dispuesto a levantar prontamente el estandarte de la revuelta y de la pureza. Es, también y cada vez más, un maestro cuyo enraizamiento en la masa se establece gracias al contacto cotidiano, en la mezquita o en su domicilio, con los hijos del pueblo cuya pobreza y dependencia comparte en gran número de casos. La *ámma*, el pueblo bajo que vive sin duda aglomerado y aglutinado en torno a los poderosos del momento, protegido y explotado a la vez, encuentra, no obstante, en la economía monetaria, en el mercado, la posibilidad de despegarse y de adquirir una independencia moral que contrastan con la estructura jerarquizada de las tribus de la primera generación de las ciudades islámicas. Al ganar poco, no descubren garantías ideológicas ni fidelidades afectivas en el vínculo que les une a los poderosos. Pueden por ello deslizarse hacia otros señores y, sobre todo, reencuentran su libertad en su adhesión, en un principio tumultuosa y, más tarde, secreta, a las esperanzas revolucionarias. El milenarismo no tiene asignada ninguna misión social si no es la inversión de papeles y la esclavitud de los amos como consecuencia lejana del retorno al modelo egalitario surgido de la hégira. Realmente, no hay modo de salirse de un doble modelo: uno realista, en el que solo el poder trae consigo la riqueza y en el que el saber es una intro-

ducción al ejercicio del poder, y un segundo, ideal, en el que el poder es un servicio que solo se justifica por el saber. La mirada, el juicio y la valoración de los criterios constituyen, en ambos casos, el privilegio de los doctores.

Capítulo 7
¿HACIA UNA NUEVA BIZANCIO?

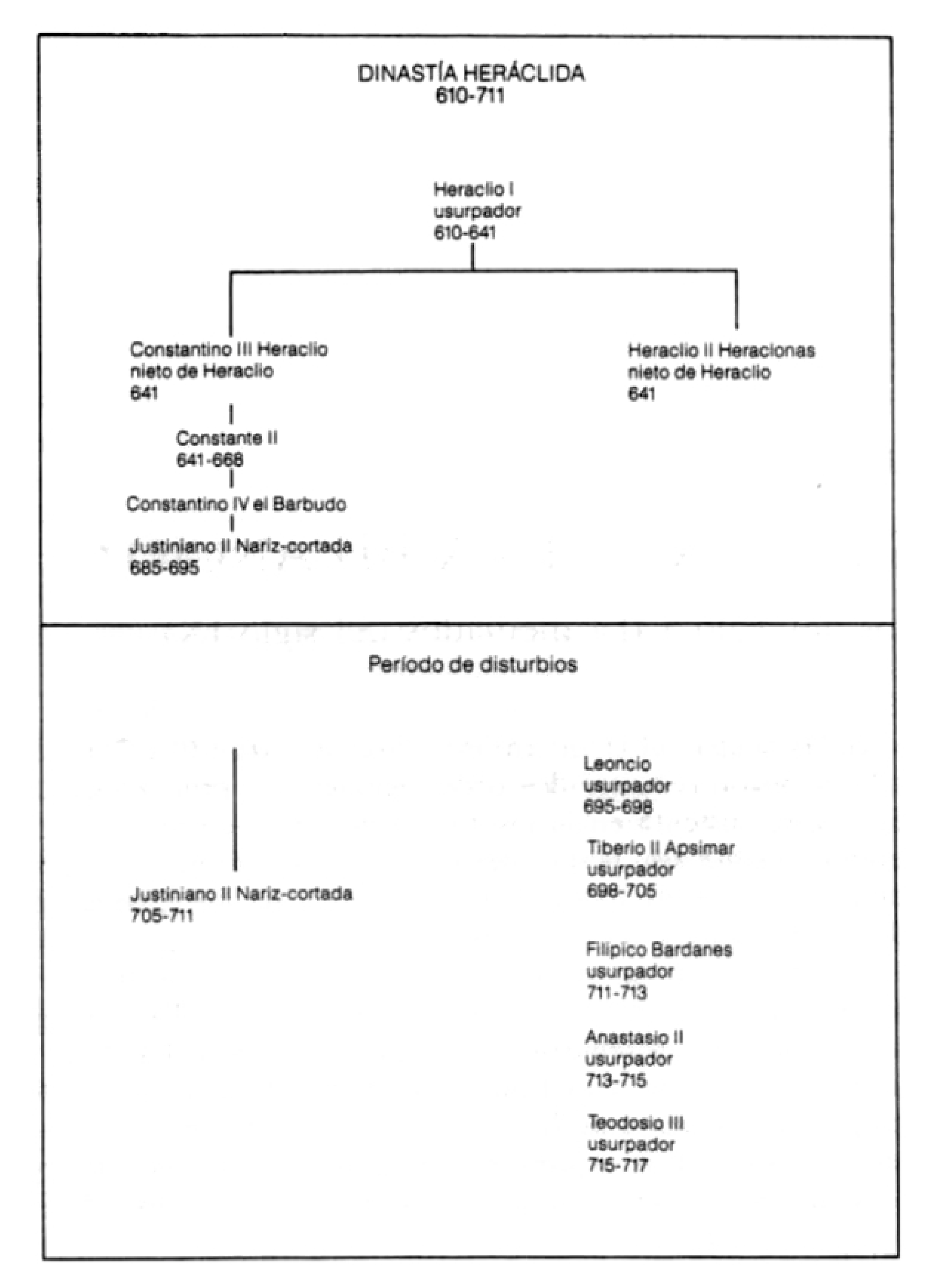
(mediados del siglo VII - mediados del siglo IX)

Los heráclidas ocupan el trono en línea directa entre 610 y 711, con algunas peripecias. Su sucesión requiere dos observaciones. En primer lugar, se afirma en línea directa; se sustenta en la institución de los coemperadores, asociados por el soberano reinante a su poder, pero detiene enérgicamente las pretensiones de los hermanos. Posteriormente, la descalificación de los candidatos vencidos obedece, desde entonces, a un «código» de mutilaciones corporales que se abre paso en la práctica judicial en el siglo VII e incluso ya bajo Justiniano, antes de ser ratificada por la legislación de León II y de su hijo en 726. Código, ya que la mutilación se percibe en relación simbólica con el caso. La de la nariz está cargada de una significación sexual que explica su aplicación a los adúlteros de ambos sexos por la legislación de 726, y significa, en consecuencia, una privación de la potencia, una de cuyas expresiones es el poder soberano; de aquí su empleo, en modo alguno descabellado, para descalificar a los competidores imperiales a lo largo del siglo VII.

LA MUTILACIÓN

Heraclio, casado a su advenimiento, viudo en 612, asocia a su reinado ya en 613 a su hijo Heraclio, «el nuevo Constantino». En 614, contrae una nueva unión con su sobrina, Martina, de la que tendrá nueve hijos. Con este matrimonio seguía, sin duda, una costumbre provincial, atestiguada por las condenas de la Iglesia y de la ley imperial en los siglos V y VI. Asimismo, la transmisión del nombre de padre a hijo, y no del nombre del

abuelo o del tío, parece indicar una familia ajena a la cultura dominante, tal vez una familia armenia, como escribe un historiador armenio de la época. En todo caso, el matrimonio provoca la reprobación pública y, tras la muerte de Heraclio y de su hijo y sucesor en 641, Martina y su hijo Heraclonas son apartados del poder violentamente. El trono pasa a manos del hijo de Heraclio el Joven, Constante II el Barbudo (641-668), luego al hijo de Constante II, Constantino IV (668-685), coemperador desde 654 y, posteriormente, a partir de 659, coemperador con sus hermanos más jóvenes, Heraclio y Tiberio. Estos comparten el trono con él hasta 681, año en que los aparta del poder y les hace cortar la nariz. Su hijo Justiniano II reina de 685 a 695. Derrocado y mutilado de la misma manera, de donde el sobrenombre de Nariz-Cortada, vuelve, no obstante, al trono en 705, con la ayuda del kan de los búlgaros, hasta 711. En el intervalo, un general isáurico, Leoncio (695-698), marca el retorno a escena de la belicosa provincia, con la ayuda de la facción Azul. La guerra en el mar contra los árabes provoca un levantamiento que, con la colaboración de la facción Verde, sustituye a Leoncio por un comandante de la flota, Apsimar, emperador bajo el nombre de Tiberio II (698-705). Árabes, búlgaros, estos nombres señalan muy a las claras que las piezas colocadas en el tablero ya no son las del principio del siglo VII, al que debemos volver ahora.



Esta larga sucesión de padre a hijo, principal diferencia con el siglo VI, y principal similitud con lo que seguirá, cuenta, en efecto, menos que los cambios territoriales que modifican para siempre el marco histórico de Bizancio, y que los cambios es-

tructurales que, en el mismo momento, separan a fin de cuentas el futuro del pasado. Sin embargo, el siglo VII, claro está, procede del VI. Este último se distinguió ya por una serie de agresiones militares. Pero, bajo el empuje de la oleada eslava, al norte, en pos de su asentamiento, y de los jinetes turcos en busca de botín, bajo la reconquista justinianea al oeste, bajo la rivalidad de los imperios bizantino y persa en Oriente, se perfila a partir de entonces por todas partes un igual valor social y cultural de la guerra. Valor que da, en cierto sentido, la clave de un siglo VII con campañas de primavera anuales, y que reúne en una misma civilización a Bizancio, a su agresor balcánico, que se está estructurando, y a su antagonista persa pronto relevado por el Islam.

Persas, árabes y eslavos: el asalto

Tres frentes territoriales, étnicos o, a decir verdad, ya nacionales, militares en una palabra, constituyen la historia de Bizancio en esta época, en forma a menudo combinada: el Oriente, del Cáucaso a Egipto; los países situados en la orilla derecha del Danubio, Macedonia, Tracia, Grecia peninsular y las islas, y, por último, lo que queda de la reconquista, o sea, únicamente los territorios italianos y Sicilia.

El empuje persa había continuado, como vimos, bajo el reinado de Justino II. Los persas toman Capadocia y Armenia en 612, Damasco en 613 y Jerusalén en 614. Este último acontecimiento tiene una gran resonancia, dado que los vencedores se llevan la reliquia de la Vera Cruz; Jerusalén es una ciudad donde cobran mayor relieve la escatología y el símbolo que la historia, tanto para los judíos como para los cristianos de la época. Los últimos conflictos que desgarran la ciudad aún bizantina, las reacciones opuestas de las diferentes confesiones en el momento de su caída, están reflejados en los relatos que se sitúan

en esta perspectiva. En 615, los persas llegan a Calcedonia, y en 619, se apoderan de Egipto, donde el terreno estaba preparado como en Palestina. Por otra parte, en el norte, los eslavos entablan combates con saldo positivo en 617, al oeste de Iliria, en Tracia, en las islas y en Asia. Sitian Tesalónica. En 619, unen sus fuerzas con las de los avaros, frente a Tesalónica todavía, y frente a Constantinopla. La capital del Imperio, la Nueva Roma, está cargada de un valor comparable al de Jerusalén, e incluso, en realidad, más inmediato y más grande. Este hecho se apreciará mejor en el momento de un segundo sitio, unos años más tarde.

Diversas medidas traducen el esfuerzo bélico de Bizancio en estos primeros años de Heraclio. En 615, se empieza a acuñar una pieza de plata, el *miliarision* o hexagramo, innovación en un sistema monetario que, frente a la plata persa, había demostrado en el siglo VI su absoluta preferencia por el oro. Pero esta moneda no sobrevivió a los heráclidas. En 615 se aumenta el precio especial del pan dado a los *scholes*, fuerza armada del palacio; en 618 se suprime el viejo privilegio de los panes, vinculado a la domiciliación en la capital, pues su abastecimiento de trigo está ahora comprometido por el avance persa. Por otro lado, el tesoro de la Iglesia de Constantinopla es entregado al emperador por el patriarca Sergio, y convertido en moneda. Y en 622, sin duda fortalecida por esta aportación en metales preciosos, Bizancio pasa a la ofensiva. Heraclio ataca Persia poniendo en marcha campañas de primavera, en un movimiento que atraviesa Armenia y se sustenta en los pueblos cristianos del Cáucaso. En 628, las fuerzas de la romanidad se apoderan de la residencia real persa de Dastagerd, cuyo fabuloso tesoro es saqueado: Teófanes, que compone su crónica a principios del siglo IX, recuerda sus riquezas: especias, sederías y tapices, además de oro y plata. Este mismo año, el rey de Persia es derrocado con la complicidad de su hijo Shiraw, que le sucede y pide la

paz. El Imperio vuelve a tomar la Mesopotamia romana, Siria, Palestina y Egipto, y Heraclio entra en Constantinopla en 629, cargado de botín. La reliquia de la Cruz es devuelta a Jerusalén en 630. El Imperio Persa parece desde entonces abatido por su secular adversario. El Imperio de los romanos triunfa, y su soberano adopta por primera vez oficialmente el título de *basileus*, del que la práctica bizantina se había apoderado desde hacía mucho tiempo, pero que en principio correspondía al rey de Persia. Se consumaba así una secular evolución que, en primer lugar, había revestido el poder personal del emperador de los símbolos cósmicos tomados de la iconografía y el ceremonial del modelo iranio, y que realzaba, para acabar, su propio título.

Pero solo cuatro años después de la conclusión de este conflicto, el Islam se lanza al asalto. La derrota bizantina del río Yarmük, en 636, y la toma de Cesarea de Capadocia en 640, son los hechos que enmarcan la conquista de Siria. La toma de Dwin en 642 constituye una cabeza de puente armenia para los árabes. Jerusalén cae en 638, mientras que Palestina resiste mucho más tiempo. Por último, la conquista de Egipto, iniciada en 638, acaba con la toma de Alejandría, símbolo del helenismo y del Imperio, en 642. El califato desempeña, a partir de entonces, hasta el siglo X, el antiguo papel de Persia frente a Bizancio, adversario militar, interlocutor político y cultural, y vecino territorial, pero sobre una extensión sin precedentes, ya que sus victorias marítimas se añadieron, a partir de Constante II, a la conquista terrestre. Dicho esto, la historia de las relaciones entre las dos potencias a lo largo de este período no debe expresarse en términos de frontera: por el contrario, no podría comprenderse sin tener en cuenta la franja que sigue abarcando de Tauro a Armenia, pasando por Mesopotamia, y que, definida por personalidades al mismo tiempo lingüísticas y confesionales, será el arbitro y el motivo, a la vez, de los futuros conflictos.

En primer lugar, los eslavos y los avaros continúan avanzando desde los Balcanes. La colección de los *Milagros de san Demetrio*, protector de Tesalónica, narra un asedio de la ciudad, que hay que situar entre 610 y 626, a raíz del cual, los que los bizantinos llaman en esta época «esclavenos», alcanzaron por primera vez el mar en sus características embarcaciones, hechas con un tronco de árbol ahuecado (*monoxylas*). En 626, los avaros y los esclavenos sitian juntos la capital pero son repelidos. Más adelante veremos la decisiva repercusión religiosa de este acontecimiento en Bizancio. Señalemos aquí que sella la decadencia del poderío avaro en esta parte de Iliria, pero en cambio no detiene la pacífica afluencia de eslavos, que se coincide en suponer agrupados a la sazón en formaciones de carácter tribal. Se instalan especialmente en los campos que rodean Tesalónica.

Finalmente, en el oeste, la reconquista justinianea, revelaba su profunda fragilidad. La casi totalidad de su territorio hispánico es abandonado entre 616 y 631. Pero, sobre todo, se perfila ya el problema italiano de los siglos VII y VIII, el de un centro político e histórico convertido en periférico por la fundación de Constantinopla. Un problema latente hasta el final del reinado de Justiniano, y evidente desde la invasión lombarda y el pontificado de Gregorio Magno. El exarcado de Ravena no puede aportar a Bizancio la solución que cada vez más se halla en Roma, en las manos del papa. En 616, un tal Juan de Conza subleva la Campania y reivindica el poder, en tanto que en Ravena el exarca Juan es asesinado junto a algunos otros, tal vez a causa de un retraso en el pago del sueldo a las tropas reclutadas desde ese momento en la plaza. Eleuterio, encargado por Heraclio de restablecer el orden, se proclama a su vez emperador, y el arzobispo de Ravena le envía al papa para su coronación. Es asesinado en el camino, pero el asunto tiene un valor premonitorio.

La lectura guerrera de la cronología de Heraclio es solo la primera. La guerra no tiene lugar sin ideología. La que Heraclio comanda personalmente es concebida como una guerra santa. Tal es la versión que da la época de la identificación entre romanidad y cristiandad, vigente a partir de Constantino. Su punto de referencia es la devolución de la Cruz a Jerusalén, que concierne directamente a Heraclio, cuyo hijo y sucesor, por lo demás, es llamado el «nuevo Constantino». El ideal de la guerra santa se expresa en la obra del poeta oficial Jorge de Pisidia, y el discurso puesto por Teófanes en boca de Heraclio, a principios del siglo IX, muestra que en este papel quedó registrado en la conciencia histórica de Bizancio. El cometido del patriarca se perfila entonces en la misma perspectiva, cuando la Iglesia se desprende de su tesoro, cuando el patriarca Sergio comparte la delegación de la autoridad imperial en la capital mientras el emperador está en campaña y, sobre todo, a partir del decisivo episodio de 626. Este año, Constantinopla sufre el cerco concertado de persas y avaros. El emperador está lejos. Sergio hace pasear por las murallas las imágenes de Cristo y de su madre, hacia las que crecía la devoción desde hacía varias décadas. En ese momento, los contemporáneos manifiestan que se ve una silueta de mujer desplazarse sobre estas mismas murallas y lanzar dardos contra los asaltantes. Constantinopla establece ese día un vínculo definitivo con su protectora, cuyo vestido, retirado de la iglesia de Blanquernas a causa de la amenaza avara y colocado en Santa Sofía hasta 619/ 620, era ya un objeto de culto. A partir del sitio de 626 fue cantada en su honor la versión definitiva del himno «[qué hay que oír] sin sentarse» (*akathistos*), siempre presente en la liturgia griega. Nada ilustra mejor el futuro sesgo de la cristiandad bizantina que todo este episodio, que se constituyó en uno de sus puntos de referencia. Por otra parte, Justiniano II coloca en las monedas la imagen de Cristo, en lugar de la cruz, sustituida, solo bajo el mandato de

Tiberio II, por la antigua imagen de la Victoria. La secuencia es significativa.

La unidad de la romanidad se manifiesta, pues, como la de una confesión. Heraclio, que prohíbe a los judíos el acceso a la Jerusalén reconquistada, decreta su conversión obligatoria en el Imperio, lo que ninguno de sus antecesores había osado hacer: el argumento de la Antigüedad que había protegido con dudosa eficacia el judaísmo se revela así caduco, frente a un nuevo sistema de valores. Por otro lado, los triunfos de los persas y luego de los árabes en Oriente hay que situarlos al mismo nivel que las discrepancias provinciales que surgen a partir de los siglos V y VI. Heraclio lo sabe. En 616, el patriarca Sergio comienza a elaborar, en honor de los monofisitas, una fórmula de conciliación sobre la «energía única» que mantiene unidas las dos naturalezas en la persona de Cristo. Tras algunos éxitos con el clero de Armenia y de Antioquía, y la condescendiente atención del papa Honorio, el poder central choca con la intransigencia calcedonia del nuevo patriarca de Jerusalén (634), Sofronio, y con la de los monofisitas más radicales de Alejandría, duramente reprimidos entonces por su propio patriarca, Ciro. Un nuevo documento, la *Ekthesis,* sobre la «voluntad única» de Cristo (*monotelismo*), publicado en 638 y aprobado por un concilio reunido en la capital, es aceptado en Alejandría y, en cambio, rechazado por el papa Severino, y condenado en un sínodo por su sucesor Juan IV. La doctrina del emperador y de su asociado frente a la del papa es también un anuncio de lo por venir, mientras que el Oriente monofisita pasa durante siglos a la condición de minoría reconocida por un poder islámico. Sin embargo, el helenismo ortodoxo no se extingue tan de prisa. En Palestina, y sin hablar de Jerusalén, muchos monasterios decaen poco a poco hasta el siglo IX, mientras que otros, como San Sabas, en el desierto de Judá, se mantienen —y llegan hasta la actualidad—, al igual que Santa Catalina en el monte

Sinaí. Precisamente la península del Sinaí es objeto en el siglo VII de una figuración mitad real, mitad fantástica que proviene de los relatos del monje griego Anastasio, poblados de demonios y de «sarracenos» errantes. Este mismo autor escribe también una *Guía (Hodegos)* de la polémica calcedonia contra los monofisitas.

Resignación y balance en el Este

Bajo el mandato de los sucesores de Heraclio continúa la puesta a punto del nuevo mundo. El Islam sigue cosechando triunfos a los que contribuyen los anteriores contenciosos con el poder central de Bizancio y las particularidades de la periferia. Así pues, los árabes progresan desde Egipto a través de la Cirenaica y la Tripolitania, y llegan en 647 al África bizantina, mientras que en 642 la disidencia de un jefe armenio les abre el país, que es conquistado por completo en 654. Se instala en Dwin una administración musulmana; de hecho, la dominación árabe se limita a exigencias fiscales y militares que dejan intacta, en virtud de un tratado firmado en 653, esta sociedad guerrera, aristocrática y cristiana. Pero sobre todo la guerra musulmana es llevada a partir de ahora al mar, gracias a los puertos, a la madera para construir barcos y a los hombres de las costas conquistadas a Bizancio, Siria fundamentalmente: la primera flota árabe se construye en Trípoli de Siria en 645. Rodas se pierde en 654. Chipre sigue siendo motivo de rivalidades. En 659, las dificultades internas del califato conducen a la firma de un tratado de paz, que le impone incluso un tributo en sueldos de oro. Después prosiguen las hostilidades, por un lado en África, y por otro, y sobre todo, en el mar. Bajo el reinado de Constantino IV, la flota árabe, ya familiar en el Egeo, se lanza al asalto de Constantinopla. Penetra en el Helesponto en 673 y, desde Cízica, bloquea anualmente la capital en la temporada de navegación (abril-setiembre), para retirarse finalmente en 677.

Otros reveses obligan al califato a negociar. La réplica bizantina debió una parte de su eficacia a la utilización contra los navíos árabes de lo que los cruzados llamaron el «fuego griego», mixtura inflamable y combustible incluso en el agua, compuesta de nafta, azufre y pez, que se aventaba por medio de tubos.

La lucha en el mar, y la constitución de los árabes en potencia marítima estimularon la profunda reorganización del sistema fiscal y administrativo de Bizancio en función de la guerra, pero de esto hablaremos más adelante. Al restablecer la paz en 688, Justiniano II acepta desplazar hacia el interior a los mardaítas, pueblo montañés y belicoso que se interpone en el macizo del Amano entre Bizancio y el territorio conquistado por los árabes, protegiendo a la primera por sus incursiones en el segundo. Deja también el Asia Menor más al descubierto, mientras que los mardaítas, transplantados a Panfilia, de donde emigrarían más tarde a Grecia, proporcionan hombres a las fuerzas marítimas del Imperio.

En los Balcanes, los asentamientos eslavos son a partir de ahora de la envergadura suficiente para que se los reconozca como verdaderos enclaves, los *sklaviniai* de los textos bizantinos, en Mesia (margen derecho del Danubio) y, sobre todo, en Macedonia. Desde el siglo XIX se ha discutido apasionadamente en Grecia sobre los límites de la eslavización, por motivos de conciencia nacional. La tesis griega reconoce una densa eslavización alrededor de Tesalónica, ciudad que tiene una función de cerrojo, y una avanzada en el oeste del Peloponeso; pero, por el contrario, refuta la idea de una penetración duradera en Grecia central y el este del Peloponeso, así como en toda la Tracia. Este último territorio es, por su parte, objeto de transferencias de población que son un instrumento habitual del poder bizantino, como se vio en relación con la última parte del siglo VI. De hecho, hay que distinguir entre población y cultura, pues el verdadero problema es el de la aculturación de los esla-

vos. La arqueología y la toponimia, que son aquí indispensables, casi no permiten, por el momento, una exacta cronología. Los textos mencionan importantes conflictos, es evidente: incursiones que se extienden hasta Epiro y el Taigeto, piratería, desembarcos en las islas del archipiélago y, sobre todo, la serie de ataques contra Tesalónica, cercana y codiciada. En 658, Constante II pone en marcha, para liberarla, una verdadera guerra de pacificación contra los islotes eslavizados. El cronista Teófanes emplea por primera vez, a esta altura de su relato, el término *sklaviniai* para designarlos. En 689 todavía, Justiniano II conduce una expedición contra los eslavos de Macedonia, en la que instala un contingente para custodiar el paso del Estrimón, mientras que una parte de su población es deportada al Asia Menor para reforzar la defensa contra los árabes. Por lo demás, las últimas décadas del siglo abren una nueva etapa en la historia de los eslavos de las tierras balcánicas.

En efecto, están marcadas por un acontecimiento decisivo, el nacimiento del primer Estado búlgaro, o mejor dicho, del primer reducto de poder reconocido por Bizancio como interlocutor en el frente balcano-danubiano. Procedentes de la misma matriz turca que los hunos y los avaros, tal vez emparentados con los hunos utrigures y cutrigures de principios del siglo VI, los búlgaros, o más exactamente una de sus ramas, hostigan la orilla izquierda del Danubio, en el umbral del Imperio, ya en el reinado de Heraclio. Al igual que las etnias del mismo origen, presentan el aspecto de una élite de guerreros a caballo, con una cultura que deja ver influencias siberianas e iranianas, conducida por un kan cuyo poder es hereditario. Participan en el sitio de 626. Hacia 635, el búlgaro Currat se subleva contra la autoridad avara, lo que le vale el título de patricio otorgado por Heraclio, junto con diversos presentes. La hora de los avaros ya ha pasado en los Balcanes, y suena ahora la de los búlgaros. En 679, el kan Asparuc cruza el Danubio bajo el empuje de los ja-

zares, otro pueblo turco del que volveremos a hablar. Al establecer sus tribus entre el río y los Balcanes, se halla a partir de entonces en un territorio muy eslavizado, en el que los búlgaros serán una minoría dirigente. Posteriormente, en 681, firma un acuerdo con Constantino IV que le reconoce autoridad sobre este territorio, oficialmente del Imperio, la antigua provincia de Mesia, mediante el pago de un tributo. Bulgaria, como la designan ya los autores bizantinos, ocupa desde ahora su lugar en la historia de esta parte del mundo medieval, entre Bizancio y los países bárbaros, en la otra orilla del gran río del que tiene en su poder un extremo. La capital está en Plisca, donde las excavaciones han revelado una civilización característica aún del mundo uralo-altaico, y marcada como otras por influencias iranias: una escritura, aún misteriosa; símbolos solares, amuletos con dibujos de animales; jinetes con arco, así como la imagen de un chamán con sus campanillas, hechicero tradicional de la estepa siberiana. El kan recibe su poder de un dios celeste y reside en un palacio, rodeado de sus dignatarios. Desde 705, el kan Tervel, hijo de Asparuc, interviene en los asuntos imperiales, ayudando a Justiniano II, refugiado a su lado, a reconquistar el trono que había perdido. Recibe en recompensa el título de César. La aculturación está en marcha desde el siglo VIII, tanto por la cohabitación con los eslavos como por los contactos con Bizancio, cuyos frutos podrán verse en el siglo IX. Por último, los búlgaros son desde ahora seguidos por otro pueblo turco, los jazares, que alcanzan el mar Negro, hacia 679, y, por otra parte, Crimea. Ocupan desde entonces el curso medio del Volga. Justiniano II, expulsado de su trono, encontrará apoyo en ellos al casarse con la hermana de su kan. La hora de los jazares llegará en el siglo VIII.

Alejamiento e incomprensión en el Oeste

La cuestión occidental es entonces cada vez más una cuestión italiana y pontificia. Hemos visto cómo la conquista árabe, con su preludio persa, había desprendido del imperio de Constantinopla regiones que su cultura tendía a disociar en cualquier caso. La misma evolución se producirá en el Oeste, en esa Italia que sigue siendo hasta el final el Occidente de Bizancio, y proseguirá hasta la ruptura de 1054. La secesión de exarcas, Gregorio en África en 646, Mauricio y Olimpo en Italia en 642 y 650, ofrece la traducción militar y política de este movimiento centrífugo, tanto más irresistible cuanto que es respaldado por la presencia del poder pontificio, que cobra gran importancia desde Gregorio Magno y el final del siglo VI. El papado rechaza la *Ekthesis* de Heraclio y no acepta tampoco el *Typos* de Constante II en 648, que declaraba acabada la discusión sobre la propuesta de Heraclio. El papa Martín I condena el *Typos* en el sínodo de Letrán, en 649, y este rechazo es respaldado por el exarca Olimpio, que se proclama emperador. Pero cuando este encuentra la muerte en Sicilia en 652, en la guerra árabe, el papa es detenido en la iglesia de Letrán, llevado a Constantinopla, juzgado y exiliado en Querson. Recibió el apoyo de la Iglesia de África, pues, aunque de tradición latina, el portavoz de la ortodoxia era allí un griego, Máximo el Confesor, nacido en una gran familia de Constantinopla hacia 580, primero alto funcionario de la capital y luego monje. Establecido en Cízica, llevado después hacia África y Egipto por los peligros de la época, se consagra a la lucha contra el monofisismo, y más tarde contra el compromiso monotelita. Como alma del concilio romano de 649 comparte el arresto y la condena del papa. Acaba su vida exiliado en Lázica en 662, con la lengua y la mano derecha cortadas. Máximo el Confesor se convirtió en un importante punto de referencia de la Iglesia griega y fue en su tiempo una figura premonitoria de la posición que la Iglesia monástica de Bizancio tomará a lo largo del siglo IX contra la integración polí-

tica de la Iglesia patriarcal y, por consiguiente, en favor de la obediencia romana. Italia vuelve a ser el centro de gravedad de la política imperial cuando Constante II abandona Constantinopla y se instala en Siracusa en 663, hasta su asesinato en 668, tras haber atravesado el sur de la península, bajo la dominación lombarda, y ser acogido por el papa en Roma. Este desplazamiento está dictado tanto por las dificultades en la capital como por la amenaza de los árabes de África sobre las posesiones italianas de Bizancio. Conduce al emperador a jugar la carta ravenesa: el arzobispo de Ravena obtiene de él la independencia (autocefalia). La ruptura entre Roma y Ravena se acaba, al menos formalmente, en 680, fecha en la que Constantino IV convoca en la capital el VI concilio ecuménico, que abroga las propuestas monotelitas, y en el que toma parte el papa Honorio.

Pero la historia camina hacia una separación. En 692, Justiniano II convoca un concilio «bajo la cúpula (del palacio)» (*en Troullo*), de una importancia capital en la historia de Bizancio y de su posteridad. En efecto, después de los concilios dogmáticos de 553 y 680-681, los participantes se reúnen para poner a punto la disciplina, convertida desde entonces en el fundamento de la organización cristiana de Bizancio, como resultado de la evolución canónica anterior. Se inspira en la coyuntura obsidional en que la Nueva Roma se siente desplazada por el Islam, por los eslavos y los búlgaros aún paganos, desafiada en su propio seno o en sus márgenes por los judíos, por los armenios, por la fidelidad colectiva a los viejos ritos y a las viejas fiestas, pero también por el brote incontrolado de la invención cristiana. El matrimonio recibe una reglamentación que permanecerá después inmutable: formalización de un sistema de prohibiciones a causa del parentesco o la alianza, así como del parentesco espiritual nacido del bautismo, que el concilio lleva mucho más allá del esbozo justinianeo; autorización para mantener un vínculo conyugal anterior en el caso de los que se hacen sacerdo-

tes, pero prohibición en cambio para los que acceden al episcopado; esta es sin duda una de las razones, aunque no la única, que explicarán más tarde el reclutamiento esencialmente monástico del episcopado bizantino. La clericatura, y sobre todo el sacerdocio, son objeto de prohibiciones, algunas de las cuales no son nuevas, como el préstamo con interés, la explotación de una taberna, la asistencia a los espectáculos y al hipódromo, tachada de paganismo; se hace alusión también al delito de simonía y al de la venta de la eucaristía. Otros cánones revelan la seducción que continuaba ejerciendo el modelo judío de sacerdocio, fundamentalmente entre los armenios, que le confirieron un carácter hereditario, y que lo honraron con ofrendas de carne cocida con este fin. El concilio manifiesta una gran preocupación por separar los sacerdotes de los laicos, y al mismo tiempo por hacer que estos últimos cumplieran con los tiempos litúrgicos y la asiduidad dominical. Al igual que mantiene la prohibición escrituraria de consumir sangre, proscribe, conforme a una antigua tradición, todo contacto con los judíos: tomar parte en su comida pascual, frecuentar su baño, cohabitar con ellos, consultarles en caso de enfermedad. Pero, sobre todo, sus cánones sacan a la luz una doble tensión, vigorosa, contradictoria solo a primera vista. Por un lado, condena la fidelidad a los viejos ritos y fiestas: calendas de principio de año, mascaradas de tipo carnavalesco, culto a Dionisos, juramentos «a la manera helénica», es decir, pagana. Por otro, se enfrenta a las formas libres, y por tanto, al menos, sospechosas, de la práctica cristiana. La prohibición hecha a los laicos de predicar y enseñar, la de bautizar en un oratorio particular, así como la de la vida errante de los monjes, se sitúan en esta tradición. Precisar que un laico no puede administrar la comunión, que un recluido debe acatar un noviciado monástico, significa reconocer el hecho de una cristianización cada vez más difícil de someter al poder normativo de la Iglesia, pues es cada vez más profunda.

Por otra parte integra, como acabamos de decir, elementos del calendario antiguo reducidos de tal manera a lo esencial para la conciencia colectiva que atravesaron los siglos hasta llegar a la práctica griega y balcánica de nuestros días. La costumbre de dar la comunión a los cadáveres, y la de servir al día siguiente de la Navidad el plato de sémola de la parturienta manifiestan idéntica integración. Pero esos hacedores de milagros, esas adivinadoras, esos exhibidores de osos, esos locos de Dios, auténticos o fingidos, de los que se hace mención en las prohibiciones de 692, atravesaron, de hecho, los siglos de Bizancio, como lo muestran los comentarios de los grandes canonistas del siglo XII, especialmente Teodoro Balsamen.

En todas estas disposiciones, el concilio no tiene en cuenta el contencioso con Roma o, más bien, se afirma independiente de él. Se define como la continuación del VI concilio ecuménico de 680-681, pero de hecho decide sobre cuestiones específicamente orientales, y además otorga a Constantinopla el mismo rango que a Roma. Esta última rechaza la costumbre del matrimonio para los clérigos y no acepta hasta 721 la extensión del impedimento de matrimonio a causa de parentesco por el bautismo. Sin embargo, la situación de 649 no se repite, el arresto del papa Sergio fracasa, las milicias de Roma y del grupo ravenés se unen para defenderlo. El papa Constantino hace una visita oficial a Constantinopla bajo el segundo reinado de Justiniano II, y se llega a un compromiso. Sin embargo, a pesar del vigor del helenismo romano en los siglos VII y VIII, este sosiego es provisional y la fisonomía de las dos Iglesias es cada vez más distinta.

HACIA EL «IMPERIO DE ORIENTE»

Justiniano II es el último de los heráclidas; su hijo Tiberio, aún niño, es degollado cuando él mismo es derrocado por segunda vez, en 711. Se suceden entonces algunos años de com-

petición por el trono, en la que resultan triunfadores, cada uno en su momento, Filípico Bardanes, un armenio (diciembre 711-junio 713), Artemio, coronado con el nombre de Anastasio II (junio 713-agosto 715), Teodosio III (715-717) y por último León III, proclamado el 18 de abril de 716 y coronado el 25 de marzo de 717. Cada uno de estos hombres se apoya en otras fuerzas, a través de las grandes circunscripciones militares y administrativas, denominadas *themas*, que aparecen desde las últimas décadas del siglo VII, como explicaremos más adelante. León tiene a su cargo el *thema* de Oriente (Anatolikon), y recibe ayuda de Artavasdos, comandante del *thema* armeniaco y armenio él mismo a juzgar por su nombre; lo convertirá en su yerno tras la victoria. Con él llega, pues, al poder el sector clave del frente oriental, de donde él mismo es oriundo, ya que nació en Germaniqueia. Su descendencia masculina conserva el trono hasta 797. Su hijo Constantino V le sucede en 741, después de haber sido asociado al Imperio a partir de 720, a la edad de dos años. En 741-742 impide un intento de usurpación por parte de Artavasdos, respaldado por los *themas* de Opsiquion y el armeniaco; por su parte, Constantino, cuenta con la fidelidad de los *themas* de Oriente y de Tracia. Constantino V reina hasta 775. Casado en 733 con la hija del kan de los jazares, bautizada con el nombre de Irene, tiene tres hijos de ella, entre los que se cuenta su sucesor, León IV; después tiene otros hijos, fruto de una tercera unión. León IV, asociado a su padre desde 750, reina de 775 a 780. Se casa con una ateniense, también llamada Irene, y le sucede su hijo Constantino VI. La lucha de este último con su madre y la acción de esta tienen tanta relación con toda la historia interna de la época que no es posible extendernos aquí sobre ello. La dinastía isáurica llega de hecho a su fin cuando ella lo hace cegar en 797, aunque la propia Irene se mantiene en el poder hasta 802.

La guerra bizantina del siglo VIII es conducida por los propios emperadores, Constantino V en particular. Tiene lugar contra los búlgaros, en el bajo Danubio y en el frente tracio, y contra los árabes, en el mar y en un sector terrestre que concentrará a partir de ahora los enfrentamientos hasta el siglo XI. Bloqueado por Melitene (Malatia) y sus alrededores, este último está protegido al sudoeste por el macizo del Tauro, al norte de Tarso, y al noroeste por las primeras estribaciones de Armenia. Es, en una palabra, el viejo país monofisita y, más al sur, nestoriano, a partir de Edesa, constituyendo, como hemos visto más arriba, un paso entre Bizancio y la Persia sasánida. La propia Armenia, dominada por los linajes que poseen la tierra, las armas y el sacerdocio, supone desde mediados del siglo VII un punto de conflicto entre Bizancio y los árabes, consciente de su valor estratégico. Por último, los jazares, a los que se vio aparecer tras los búlgaros en el siglo precedente, constituyen entonces un Estado apoyado sobre el Volga y el Caspio, y limitado por el Don y el Cuban. Los jazares contribuyen a fijar el límite caucasiano del Islam. Dirigen los itinerarios comerciales importantes, por los que, sin duda, la influencia judía alcanza al kagan y a sus allegados ya en 740, antes de atraerse su adhesión. La ayuda que prestan a Lilípico Bardanes y, más tarde, al matrimonio de Constantino V manifiestan que son en ese momento una potencia con la que se cuenta en esta parte del mundo.

Los árabes ponen la mira en la capital del Imperio. El ataque por tierra y por mar, que bloquea la ciudad en 717-718, es repelido con la colaboración de los búlgaros; será el último. Pues aunque la ofensiva árabe prosigue en 726 con sus asaltos anuales, es frenada bruscamente en 739 por la ofensiva bizantina cerca de Afión Karahisar, y la flota egipcia es aniquilada por

largo tiempo en el mar, a la altura de Chipre, reconquistada en 747. En 746, Constantino V entra en Siria y recobra Germaniqueia. La siguiente década es significativa. Armenia se rebela contra los árabes en 751: el emperador recupera y destruye Teodosiópolis y Melitene e instala la población en Tracia en 755, con el evidente propósito de debilitar la zona más crítica del Asia Menor y reforzar la frontera balcánica; a continuación, rehúsa pagar a los búlgaros un tributo que había concedido previamente, con lo que vuelve a estallar la guerra. En 755, los búlgaros alcanzan los accesos a la capital, pero los bizantinos vuelven a sacar ventaja y la población desplazada contribuye a las fortificaciones. En 758, es aplastado un levantamiento eslavo en Tracia y en Macedonia, y los eslavos son a su vez transportados al Asia Menor. El combate se extiende también al mar Negro. En 773, la flota bizantina remonta el Danubio y el kan Telerig se somete. Pero estos datos aislados no deben llevar a error al lector: no se trata de una lucha ofensiva o defensiva de Bizancio para conseguir la paz, sino de un movimiento de sociedades coetáneas, donde la guerra, cualesquiera que sean sus motivaciones explícitas, es una actividad común. Y, por cierto, no es la única forma de las relaciones internacionales, dejando incluso de lado la cuestión italiana y pontificia, que se ventila, al menos teóricamente, en el interior del Imperio. Los tratados, el matrimonio jazar de Constantino V y el matrimonio bizantino del kan Telerig, bautizado en Constantinopla en 777, así como los artesanos que parten de Constantinopla para la construcción de la mezquita de los omeyas en Damasco, son una buena muestra de la alternancia y de la ambigüedad de las relaciones, pero sobre todo sitúan la guerra, entre otras prácticas, en la acción progresiva y duradera que pone en su lugar a los pueblos y los Estados de esta historia. En el interior, la guerra aparece como un motor social; las transformaciones en marcha dan buena prueba de ello.

A lo largo de los siglos VII-VIII un haz de transformaciones sociales y culturales consumaron esta separación entre dos épocas de Bizancio que perfilaban ya las últimas décadas del siglo VI. Sobre el telón de fondo de los movimientos eslavo-búlgaros y árabes, y de la coyuntura contemporánea, estas transformaciones se revelaron tan fundamentales como mal documentadas por las fuentes escritas, hasta el momento en que se las observa constituidas en sistema de una sociedad desde ahora diferente, en los primeros años del siglo IX. Su origen, su sentido, y a veces su cronología, han sido, en consecuencia, discutidos con acritud.

En primer lugar, la organización administrativa. La concentración de todos los poderes civiles y militares en las manos de un solo administrador no era desconocida en el siglo VI, en que Justiniano lo había decidido para las provincias difíciles de las montañas del Asia Menor, y constituía el principio mismo de los exarcados de Italia y África. A partir de Heraclio, oscura y progresivamente se desarrolla el sistema de los *themas* (del griego *themata*), a cuya cabeza un estratega reúne todos los poderes. El sistema militar en vigor desde Diocleciano comprendía un ejército móvil, mandado por el poder central (*comitatus*), y tropas provinciales y fronterizas, sedentarias y locales. Volvemos a encontrar el ejército central bajo la forma de cuerpo de tropas (del griego *tagmata*). La palabra *thema* designa a partir de entonces tanto la fuerza armada provincial como su circunscripción. De este primer sentido de «circunscripción militar» procede el sentido administrativo, de manera comprensible para una época en que la sociedad bizantina está totalmente abocada a la guerra. Por lo demás, la organización interna es flexible, dictada por las circunstancias, y sujeta a modificaciones y, sobre todo, a divisiones. De los *themas* más antiguos, y más im-

portantes, hay testimonios desde el final del siglo VII: Asia Menor, corazón del Imperio, está dividida entre el *thema* de los armeniacos al nordeste, nacido, según parece, entre 669 y 692; el de los anatólicos (es decir, de Oriente), más o menos de la misma época, y simétrico al sudoeste; el Opsiquion, ampliamente extendido al norte, frente a Constantinopla; el *thema* de Tracia, que se separa de él entre 680 y 685, a raíz de la invasión búlgara. A 732 pertenece el primer testimonio de un estratega del *thema* marítimo de los Cibirreotas, en donde Attalia (Andalia) se convierte en la principal ciudad.

Las fuerzas marítimas están organizadas sobre el mismo modelo. Para empezar, un mando general tiene bajo su jurisdicción, en el último cuarto del siglo VII, la flota de *karabisianoi* (del griego *karabi*, navío), reclutada por Bizancio para ir contra la flota árabe. Pero se revela impotente en el momento del sitio de Constantinopla en 717, además de haber respaldado a Artemio-Anastasio en la competencia por el trono. Victorioso, León III la suprime. Desde entonces, las fuerzas marítimas de Bizancio comprenden por una parte una flota imperial, que custodia Constantinopla y los estrechos, desde las bases de Abidos e Hierón, y está, asimismo, encargada de las expediciones ofensivas, y por otra parte flotas provinciales, a manera de guardacostas, entre las que las flotas themáticas reciben ayuda de los *themas* marítimos como el de los Cibirreotas, los del Egeo y el Dodecaneso («las doce islas») a finales del siglo IX, y los de Samos y Quíos a finales del siglo X. El siglo IX y la primera mitad del X señalan el apogeo del sistema de *themas*. Las grandes circunscripciones de un principio son progresivamente divididas. A mediados del siglo X, la importancia estratégica de la frontera oriental favorece una nueva concepción: a los *themas* «grandes» o «romaicos» del interior se oponen entonces los *themas* «fronterizos» o «armeniacos», reducidos a una fortaleza con su territorio. En el *thema* todos los poderes están

en manos del estratega hasta el declive de la institución. Desde finales del siglo X, el estratega tiende a estar subordinado militarmente al duque, que manda los *tagmata* en todo un sector de la frontera; por otra parte, la autoridad judicial de un juez pretor tiende igualmente a distinguirse de la suya. En el curso del siglo IX, el sistema queda anticuado. Planteaba, evidentemente, un problema de financiación y de reclutamiento, que no es otro que el de las relaciones entre la guerra y la sociedad a lo largo del período.

En la fiscalidad instaurada por Diocleciano y siempre en vigor, el abastecimiento de los hombres que prestan servicio militar, así como los gastos de su equipo, representan cargas fiscales que pesan esencialmente sobre los campos, mientras que las conmutaciones en moneda permiten el reclutamiento de mercenarios, a los que se añaden los bárbaros federados, es decir, firmantes de un pacto de establecimiento en territorio bizantino, especialmente en las fronteras. El sistema se reveló insuficiente para satisfacer las necesidades del Imperio, teniendo en cuenta los territorios perdidos, el constante y primordial esfuerzo bélico, y la evolución técnica, e inevitablemente social, que concedía el más importante papel estratégico a los jinetes acorazados, los más costosos de los combatientes. En una fecha que nos es difícil precisar, sin duda antes del final del siglo VIII, los contribuyentes son clasificados en «civiles» y «militares», y son inscritos en dos registros diferentes. El aprovisionamiento directo de reclutas y de equipo tiende a convertirse en la obligación específica de los contribuyentes «militares». Todavía en los primeros años del siglo IX, el emperador Nicéforo I (802-811) toma medidas que su contemporáneo, el cronista Teófanes, considera como vejatorias, y que constituyen, de hecho, la conservación de soluciones tradicionales o, mejor dicho, antiguas: la solidaridad de la comunidad aldeana con respecto al armamento de los reclutas del lugar es la aplicación de un

principio ya enunciado en leyes a inicios del siglo V; el préstamo impuesto a los armadores más ricos para la constitución obligatoria de un dominio evoca la financiación por Trajano de la caja alimentaria que creó. De hecho, en el curso del siglo IX, la obligación de servir, y de equiparse a este fin, aparece reservada a las «casas militares», familias de propietarios de un alodio cuya tierra, «militar» también, es desgravada a este efecto: la *Vida de Eutimio el Joven*, cuya muerte se sitúa en 898, se refiere a él como el hijo de uno de estos propietarios de alodios. El principio es también antiguo, es el mismo que había justificado la exención de los bienes de la Iglesia en razón de su labor benéfica en los siglos V y VI, e incluso, desde igual época, el de los patrimonios de los *limitanei*, los soldados acantonados en las fronteras. Pero los «militares» de los que tenemos testimonios a partir del siglo IX están dispersos por todo el Imperio, o más exactamente, por todos sus *themas*.

El reclutamiento marítimo implica, por su parte, una especialización que justifica el llamamiento a las poblaciones costeras, sobre todo, en esta época, a los mardaítas del monte Amanus, desplazados a Panfilia por Justiniano II. La unidad de combate es el *dromon*, barco estilizado, movido a remo, capaz de transportar de 100 a 200 hombres, y equipado desde entonces con fuego griego. La financiación de las flotas de los *themas* marítimos no está aún aclarada, aunque cabe suponer que se basaba en el mismo principio de bienes especialmente exentos. La tendencia al reclutamiento de mercenarios se pondrá también de manifiesto cuando se recurra a los marinos rusos.

El nacimiento de una nueva sociedad: guerreros y campesinos

El reclutamiento de combatientes para los ejércitos de tierra plantea el más importante de los problemas de la historia social. Las *Vidas* de santos del siglo IX, los tratados tácticos de los

siglos IX al X, y la evolución legislativa de los siglos IX y XI los muestran como una categoría social diversificada por la desigualdad de sus bienes y, en todo caso, como combatientes a caballo, cuya figura militar, y en consecuencia social, evoca más bien a sus coetáneos de los capitulares carolingios. La evolución del grupo de guerreros en este período de la historia de Bizancio constituye una cuestión esencial y difícil. La institución de los bienes militares no cubre todo el reclutamiento ni la financiación de las fuerzas armadas, mientras que la posibilidad tradicional de conmutar la obligación del servicio por un pago en moneda reviste en los siglos X y XI, como se verá, una creciente importancia, así como su consecuencia, la colaboración de mercenarios extranjeros. Por otra parte, las «casas militares» parecen, en principio, localizadas a lo largo de toda la escala social, y de ningún modo limitadas al campesinado renovado por la aportación eslava, como se ha pensado: será preciso ver el proceso de diversificación que se experimenta más tarde. Por último, la dimensión étnica no está ausente, en el sentido de que, de las fronteras al centro, se viene a buscar en el Imperio una fortuna que a menudo es la de la guerra. A este respecto se ha subrayado el papel de la inmigración armenia. La masa solo es afectada cuando, a continuación de las expediciones, los emperadores proceden a realizar transferencias de población, como es el caso de Constantino V a mediados del siglo. Pero los individuos llegan desde siempre a ofrecer sus servicios, y este movimiento parece acentuarse en el siglo VIII, como un eco de las luchas de linajes del interior. Es típico el caso de Smbat Bagratuni, que recibe el poder soberano de los árabes a los que entrega el país, debilitando asilos linajes rivales, Mamiconianos y Camsaracanos, que eran partidarios de Bizancio. Más tarde, juzgado demasiado poderoso por los propios árabes, pasa a Bizancio hacia el año 700, pero solo por un tiempo, a causa de su confesión disidente. Tras Filípico Bardanes y Artavasdos, el

yerno de León III, ambos emperadores por un breve tiempo, la historiografía revela en número creciente personajes con nombre armenio. El hecho será aún más sorprendente después de la mitad del siglo IX, pero es ya importante. Quizá contribuyó a reforzar, por la llegada de hombres adecuados, el carácter decididamente guerrero de la sociedad bizantina de la época, o más exactamente de su clase políticamente dominante. Así, Bardas, que fue estratega de los armeniacos, y que se implica en un complot destinado a llevar al poder, después de la muerte de León IV, a uno de los hermanos de este, Nicéforo; o Alejo Moselé, *drongarios* de la Vela (comandante de la guardia encargado de la seguridad del emperador y del palacio), enviado por Irene para reprimir una rebelión en el *thema* de los armeniacos, del que llega a ser estratega. Estos dos ejemplos, entre otros, sugieren que el papel de los armenios en el círculo imperial corresponde al de la frontera oriental en la estrategia de Bizancio. Como se dirá más adelante, la conciencia de linaje que caracteriza la clase dominante en el siglo IX parece abrirse paso, según el testimonio de la historiografía, con el reinado de Constantino IV. Es posible que las aristocracias armenias fueran también en este caso un factor evolutivo.

Esta sociedad así estructurada es cada vez menos urbana. Por lo demás, el Imperio ha perdido, en el sur, las regiones tradicionalmente ricas en vida urbana, Siria y Palestina, y las grandes ciudades de Alejandría y Antioquía. Lo que queda, en Asia Menor y en Tracia, acusa, de manera muy marcada, los golpes del siglo VII, la invasión persa, y en un menor grado árabe, en el primer caso, y la eslava y búlgara en el segundo. Las excavaciones lo demuestran, poniendo de relieve tanto las modificaciones del espacio urbano y de su organización, como el descenso de la circulación monetaria en el emplazamiento: la actividad y la población disminuyen al mismo tiempo, lo que explica, por ejemplo, que a la altura del siglo VIII se encuentren

en Corinto tumbas en la acrópolis, es decir, en el corazón del hábitat. La reforma de los *themas* modifica las funciones administrativas de las ciudades, beneficiando, por lo demás, a algunas, como Atalia. Los grandes días del episcopado urbano han pasado, en tanto que la persecución de Constantino V aleja los centros de atracción monástica, que se dispersan por la montaña bitinia. Las agresiones continúan: guerra abierta de los árabes, que perjudica los mercados costeros como Atenas; incursiones búlgaras que inquietan continuamente a Corinto. Y, por último, una peste general asuela el Imperio. Sin embargo, las viejas ciudades no sucumben, como puede verse en algunas *Vidas* de santos, simplemente se eclipsan, hasta su reactivación en el siglo IX. La capital sigue también este proceso, según parece. La arqueología en este caso no nos aporta demasiados datos, pero los textos dicen que en el siglo VIII la población no era suficiente para el mantenimiento de las murallas, o que un cierto número de cisternas quedaron fuera de uso, lo que revela una menor necesidad de agua. A raíz de la importante peste sufrida, Constantino V transfirió allí gente de las islas, del Peloponeso y del *thema* de la Hélade (la Grecia del este y el centro). La ciudad recibe los ataques árabes, junto con el asalto de la flota de 673 a 677, y posteriormente el sitio por tierra y mar de 717-718. La actividad árabe en el Mediterráneo la priva, por lo demás, de las tradicionales salidas al mar. Pero no hay duda de que el corte no es tan radical como se creyó durante mucho tiempo. Constantinopla no recibe ya el trigo de Egipto, pero no deja de recibir papiro. Y, sobre todo, sigue siendo la capital, lo que basta para asegurarle condiciones incomparables de supervivencia. Por su parte, Tesalónica conserva la importancia que le confirieron los movimientos étnicos de la orilla derecha del Danubio, y el papel de puerta comercial y cultural del Imperio, que tendrá su momento de mayor esplendor en el siglo IX.

No obstante, la sustancia y la continuidad del Imperio se hallan entonces en los campos, lo que hace resaltar la institución de los bienes militares. El balance de los movimientos de población de los siglos VII y VIII no les fue, probablemente, desfavorable, sobre todo en las regiones donde se conjugaban la afluencia de eslavos y de búlgaros, y la solicitud estratégica de los emperadores. Estos últimos empleaban a los que llegaban para defender la frontera contra las siguientes oleadas, y practicaban como refuerzo, desde finales del siglo VI, los traslados de población entre Tracia y el Asia Menor. En el siglo VIII, los eslavos de la región del Egeo, dotados del estatuto de «aliados», constituyen núcleos autónomos, y culturalmente distintos, cuyos contornos religiosos y lingüísticos no se borrarán hasta el siglo IX. Otros cercaron el Peloponeso, a mediados del siglo VIII. Como consecuencia de sus expediciones, Constantino V trasladó eslavos al Asia Menor, y a Tracia armenios y sirios recogidos en la región de Germaniqueia, Melitene y Erzerun, debilitando, al mismo tiempo, una cristiandad disidente. Todo esto sugiere una importante aportación demográfica, pero no una gran renovación para los eslavos, ni en las estructuras sociales, como creyeron muchos historiadores. En efecto, el período que va del final del siglo VII al siglo IX apenas está documentado a este respecto, por lo que se ha examinado con gran atención un texto aislado, cuya fecha y región de origen ni siquiera se pueden fijar con precisión, el *Código rural*, conocido por numerosos manuscritos de contenido jurídico. Se trata de un libro de derecho consuetudinario, donde se contemplan tipos de contratos agrarios, litigios, delitos como el robo de herramientas, especialmente grave en el momento de los trabajos estacionales, tala de árboles, cosecha, corte de madera, etc. El lugar es una comunidad aldeana donde se combinan la propiedad privada, la indivisión y la propiedad comunal. La comunidad está, por lo demás, investida de una responsabilidad fiscal, sobre todo en el caso de

las tierras abandonadas. Y precisamente alrededor de este último punto gira la discusión histórica. En efecto, muchos artículos hacen alusión al «reparto de la tierra de la aldea», y es ahí donde la escuela rusa ve la prueba de que la estructura de la comunidad eslava, basada en la redistribución periódica de las tierras, había sido introducida en el campo bizantino. Dejando de lado la cuestión misma de una comunidad semejante en esta época y en estas regiones, otros autores han observado que estos artículos se explican suficientemente por la propia fiscalidad bizantina, la redistribución de las tierras abandonadas por el fisco, o por la comunidad solidariamente responsable. Hecho que, cuando las fuentes escritas de los siglos IX-XI permitan establecer un cuadro relativamente exacto de la organización rural bizantina, se situará efectivamente en la larga continuidad de la institución fiscal.

LAS IMÁGENES

La prohibición del culto a las imágenes es un hecho destacado del siglo VIII. Determina, en la historia de Bizancio, una crisis de crecimiento capital, cuya documentación fue irremediablemente mutilada en el momento del triunfo del culto en el siglo IX. De las actas de los concilios, de los textos polémicos, no quedan más que trozos pacientemente reconstruidos por la erudición a partir de citas hechas en el concilio de Nicea, que restaura el culto en 787, y en la polémica de los partidarios de las imágenes durante la segunda «iconoclasia» (813-843). Por esta misma razón, bien poco ha subsistido en los monumentos decorativos de las iglesias. La propia historiografía ha guardado silencio, tal vez debido a la gran acumulación de acontecimientos en el siglo, por lo que nuestra principal fuente es la crónica del monje Teófanes, hijo de un favorito de Constantino V, y él mismo ferviente partidario de las imágenes, que escribió bajo el

reinado de Miguel II (813-820). Por lo demás, desde el primer gesto iconoclasta («destructor de imágenes») hecho por el *basileus* en 726, hasta la restauración definitiva en 843, el movimiento comprende diversas fases y diversos debates. Ante todo, hay que situar los jalones cronológicos. El lector se dará cuenta en seguida de que estos son al mismo tiempo los datos del problema.

La destrucción de imágenes en el siglo VIII

El advenimiento de León III se produce en un clima de espera mesiánica sugerida por el conflicto entre el Imperio y el Islam, y especialmente por el sitio de Constantinopla, que representa desde entonces no solo la Nueva Roma, sino también la Nueva Jerusalén. Una espera compartida, en primer lugar, por los propios judíos, como demuestra el movimiento desencadenado en Irak bajo el califa Hishám, por un tal Severo, cristiano de Siria convertido al judaísmo. En 721-722, León III decreta la conversión obligatoria de los judíos.

En el año 726, vuelven a empezar las incursiones anuales de los árabes en Asia Menor; León III, con su hijo y coemperador Constantino, promulga una codificación bajo el título de *Eklogé* («selección»), primera recopilación sistemática del *Código Justiniano* de 529. Pero ¡qué diferencia entre el viejo monumento y esta obra contenida ahora en sesenta páginas impresas en octavo! Sin embargo, no hay una gran ruptura en su contenido; el *Eklogé* ratifica la profunda evolución práctica del derecho desde 565, e incluso, de hecho, desde 529: igualdad de los cónyuges ante el delito de adulterio y respecto de la edad del consentimiento, importancia de los esponsales, desarrollo de las penas corporales, básicamente las mutilaciones que recuerdan simbólicamente el delito. Se abre paso una definición de la autoridad

imperial, que perfila una figura de legislador inspirado directa y únicamente en lo alto, como un nuevo Moisés.

Pero este mismo año, León III ordena retirar la imagen de Cristo que remata la Puerta de Bronce del Gran Palacio, y sustituirla por una cruz. El encargado de hacerlo fue inmediatamente asesinado por la muchedumbre. En 727, el *thema* de Hélade se subleva, pero el movimiento es aplastado; la defensa de las imágenes suscita una primera obra, los tres *Discursos* de Juan Damasceno. Este, cuyo nombre real era Mansur, nació en Damasco en el seno de una gran familia cristiana, ocupó importantes cargos en la corte califal y se hizo monje con el nombre de Juan, en el convento de San Sabas en Palestina. Los partidarios de las imágenes le deben la argumentación que se convertiría en clásica, y que requiere distinguir radicalmente los ídolos condenados en las Escrituras, de la imagen cristiana, mediación entre lo divino y lo humano hecha posible por la Encarnación. Como se verá, con las referencias heréticas de la Antigüedad tardía y sus filosofías, el debate fundamental gira en torno a esta.

Los discursos del monje de San Sabas abren también otra perspectiva, pues ponen en cuestión la competencia del emperador para decidir en materia teológica. De hecho, entre 727 y 729, León III intercambia con el papa Gregorio II cartas en las que intenta sin éxito obtener el aval de este último: han llegado hasta nosotros en una traducción griega, y señalan la posición de arbitro que el papa conservará durante mucho tiempo todavía en los asuntos religiosos de Bizancio; pero, por otra parte, ahondan la sima abierta en el siglo VII. Pues, efectivamente, el emperador no podía decidir solo en este terreno, lo que acababa de hacer, al menos en la práctica. Tampoco tenía el consentimiento del patriarca Germanos, entronizado en 715; hemos conservado las cartas de reprobación dirigidas por este último a dos obispos de Asia Menor, Constantino de Nacoleia y Tomás

de Claudiópolis, que habían tomado la iniciativa de hacer destruir las imágenes en sus respectivas diócesis. El *silention* (consejo) del 17 de enero de 730, destituye a Germanos y lo sustituye por su propio *synkellos*, primer personaje de la administración patriarcal. El decreto se cumple. El papa Gregorio III, elegido en 731, reúne en seguida un sínodo que lo condena. Entonces, probablemente en 732-733, el emperador vuelve a poner bajo la jurisdicción de su patriarca los patrimonios pontificales de Sicilia, Calabria e Iliria, lo que significa la devolución de sus rentas, pero también la apertura de un grave contencioso con Roma. A su muerte, en 741, prosigue la contienda armada, esta vez en el seno de la familia imperial. Artavasdos, yerno del difunto emperador y comandante del *thema* de Opsiquion, ataca allí a Constantino, de camino al frente. Victorioso, se hace coronar en Constantinopla, al tiempo que asocia al trono a su hijo mayor Nicéforo, y confía al menor, Nicetas, el mando supremo de las fuerzas armadas. También le destina el *thema* armeniaco, que él tuvo a su cargo, y el de Tracia. En contra de Constantino V, restaura el culto a las imágenes. Pero este último se repliega en Amorión, centro del *thema* de Oriente, antaño al mando de su padre, y desde allí vuelve a tomar el poder y entra en Constantinopla en noviembre de 743.

El reinado de Constantino V, sobre el telón de fondo de las notables victorias que hemos recordado, se caracteriza por una elaboración doctrinal en la que él mismo desempeña un relevante papel, y por una cristalización del conflicto abierto, de hecho, entre el poder del emperador y el de la Iglesia por su respectiva evolución. En 754 se reúne un concilio en Hieria, en las afueras de la capital, donde se halla la residencia de verano de los emperadores. A causa de la vacante en la sede patriarcal en ese momento, lo preside Teodosio, obispo de Éfeso e hijo del emperador Tiberio III, quien define la doctrina de la iconoclasia. Se contaba con el antecedente de un escrito de Constan-

tino V, reconstituido a partir de citas hechas en el siguiente siglo por el patriarca Nicéforo, durante la segunda iconoclasia. El soberano señala allí la imposibilidad que ve para la representación de Cristo: no se lo puede representar por la imagen de su naturaleza divina, y tampoco cabe limitarse a representar su naturaleza humana; su única imagen está, pues, en la eucaristía. El concilio de 754 afirma su veneración de María y los santos. Pero, según el testimonio de las fuentes del siglo IX, Constantino había expuesto su razonamiento de la siguiente manera: María, en tanto mujer, solo pudo llevar en su interior un hombre y tras el nacimiento de este volvió a ser una mujer corriente, del mismo modo que una humilde bolsa pierde su valor cuando se le han sacado las monedas de oro. El culto a los santos era, sin duda, un objetivo prioritario de la ofensiva de Constantino V. Hemos visto cómo, desde el final del siglo VI, el desarrollo de la veneración de las imágenes se conjugaba con el prestigio de los santos y, por tanto, de los monjes, servidores y mediadores de su culto. La iconoclasia de Constantino V es en primer lugar una lucha contra el poder de los monjes a partir de 760. A este respecto contamos con el testimonio de la *Vida de Esteban el Joven*, compuesta en 806, que narra su martirio, infligido por la muchedumbre de la capital en 764, obedeciendo una orden del emperador; y el de la *Crónica* de Teófanes, escrita bajo el reinado de Miguel II (813-820), que da cuenta de los malos tratos y vejaciones infligidas a los monjes a partir de 766 por Miguel Lacanodracon, estratega del *thema* de los tracesios, quien, entre otras cosas, obligaba a monjes y monjas a casarse entre sí. A los edificios de los monasterios se les da un uso secular y sus bienes son confiscados. Por el contrario, Constantino intenta apoyarse en la jerarquía episcopal. Una primera consecuencia de esta política es la adopción definitiva por parte de Roma de la alianza franca, según el acuerdo firmado en Quierzy en 756 entre Pipino y el papa Esteban II. Desde enton-

ces, el papa es políticamente independiente, y confirmado, en virtud de su independencia, en su papel de instancia de apelación, que le aseguraba en todo caso la dignidad histórica de su sede. Veremos más adelante el uso que hicieron de ello los bizantinos del siglo IX.

El concilio de 754 le da a Constantino V la justificación para una destrucción efectiva de las imágenes y de las decoraciones donde se encontraban las representaciones incriminadas, por lo demás poco numerosas, sin duda, en este época. Justino II había sustituido en las monedas la imagen de Cristo por la cruz con que Tiberio II había reemplazado la antigua figura de la Victoria. En las acuñaciones del siglo VIII, Cristo fue sustituido a su vez por las efigies imperiales, y esto mismo sucedió durante la efímera restauración de las imágenes bajo el mandato de Artavasdos. También en los edificios parece haber prevalecido la iconografía imperial, por ejemplo, a través de escenas del hipódromo. Pero a la muerte de León IV en 780, el poder queda en manos de su viuda, Irene, dada la corta edad de su hijo Constantino. En 784, el patriarca iconoclasta se ve obligado a dimitir; en 786, un concilio reunido en Constantinopla, en la iglesia de los Santos Apóstoles, es bloqueado por la tropa; en 787 se convoca otro en Nicea. Este concilio restaura las imágenes y toma además una serie de disposiciones sobre la disciplina eclesiástica que constituye un testimonio esencial sobre el estado cultural y social de la Iglesia de Bizancio a finales del siglo VIII.

¿Por qué una crisis tan particular?

De esta forma llega a su fin lo que se suele llamar la primera iconoclasia, sobre cuyo significado se ha discutido mucho. Sin duda, se puede descartar su explicación por una influencia judía, o por el ejemplo del Islam contemporáneo, pues los antece-

dentes no son comparables. El Islam prohibió las representaciones de cualquier ser viviente en los lugares de culto, como se sabe; se observan, en efecto, destrucciones de mosaicos en algunas iglesias palestinas entre los siglos VI y VIII; sin embargo, en las sinagogas de la época, los donatarios son pequeños, pero no están excluidos de la decoración. Especialmente la significación atribuida a tales representaciones, que no son, por lo demás, móviles como los iconos de Bizancio, no guarda relación alguna con la creencia cristalizada en torno de las imágenes de los santos, de Cristo y de María, ni con la evocación del dogma de la Encarnación que constituyen estos dos últimos tipos. En el campo cultural, el origen sirio de León III es tal vez más significativo. Su reticencia ante la representación humana de Cristo podría tener una relación con la doctrina monofisita. Constantino V será incluso acusado de nestorianismo por el razonamiento que ya vimos. Se pensó desde entonces que la opción iconoclasta se habría adoptado en favor de las provincias monofisitas, que en el siglo VIII son las del frente terrestre contra el Islam. La hipótesis monofisita es más aceptable que la de una aversión «semítica» por las imágenes, que no es más que una fantasía. Sin embargo, no zanja la cuestión, que pone también en juego la alternativa de la capital y la de los ejércitos de las provincias. Ahora bien, los movimientos por los que estos últimos quitan y ponen emperadores, a lo largo de este período, no se reducen, a fin de cuentas, a esa opción doctrinal, sino solamente a las fidelidades personales que siguen siendo desde hace siglos una de las claves de la sucesión imperial. En cuanto a la población de Constantinopla, reacciona violentamente contra las primeras actitudes de León III y manifiesta, por el contrario, su adhesión a la posición oficial bajo el mandato de Constantino V, si hemos de creer, por ejemplo, el relato del martirio de Esteban el Joven. Es probable que, de hecho, no

respondiera a una única definición, y sobre todo que la iconoclasia se implantara más sólidamente con el paso de los años.

Nos queda, pues, por considerar la explicación imperial. Cuando León III hace reemplazar la imagen de Cristo por una cruz en la Puerta de Bronce, trastoca una evolución reciente, ya que, como se recordará, es Justiniano II quien sustituye en las monedas la cruz por la imagen de Cristo, que los emperadores iconoclastas eliminan a su vez para poner su propia efigie. Esta secuencia es reveladora de un debate sobre la fundamental relación entre Cristo y el emperador, en las dos facetas de este último, encarnación del derecho y portador de la victoria, que siempre ha poseído, pero cuya interpretación crítica se perfila mejor a partir del final del siglo VI. Al sustituir a Cristo por la cruz, León III le confiere, por así decirlo, cierta trascendencia y, consecuentemente, valora la delegación terrestre del *basileus*. Igualmente, el prólogo del *Eklogé* presenta a este último como un nuevo Moisés, por una inspiración que debe, evidentemente, más a la lectura del Pentateuco que a los judíos coetáneos. Tal identificación contribuye también a concentrar la luz sobre el soberano terrestre, primera figura de un período de extremada ansiedad, debida al avance árabe, y agravada unos meses antes por un violento temblor de tierra en Creta. El retorno de la cruz es el del signo que había conducido a Constantino I a la victoria.

Con Constantino V se va más lejos, pues se percibe desde entonces el conflicto que animará, más allá de la primera restauración de las imágenes y de la segunda iconoclasia, todo el siglo IX y el principio del X. La oposición no es tanto entre el emperador y la Iglesia como, en el seno de esta última, entre el bando, cada vez más pujante y finalmente victorioso, de los monjes y un episcopado en cuya cúspide el patriarca ecuménico comparte el gobierno del mundo con el emperador. Constantino V parece dominar personalmente la controversia. Esta

competencia cultural, y no solamente legislativa, del poder imperial anuncia las actitudes de León VI y Constantino VII, para los que será esencial. Y en este caso corre paralela a una insolvencia teórica del patriarcado de la capital. En las provincias, el episcopado apenas se deja oír en este plano, al menos en tanto que cuerpo constituido. Tal vez este relativo silencio se deba al declive de la vida urbana. Sea como sea, deja el campo libre a los monjes. La *Crónica* compuesta por el monje Teófanes relata episodios que muestran, en todo caso, que Constantino V atacaba directamente, como antagonista del suyo, al poder monástico, así como el culto a los santos, que era su soporte más evidente, mientras que era respaldado por el clero secular. Las bodas puestas en escena por el estratega de los tracesios se mofan del *schema,* el hábito negro que desde el siglo IV atraía para los monjes el respeto y la veneración de los cristianos. La destrucción de los libros que contenían los «apotegmas de los padres», recopilación de historias edificantes o milagrosas del antiguo monaquismo, indica que a través de los iconos, el *basileus* se revestía del prestigio local y cotidiano del «hombre santo», cuyo auge vimos en los siglos V y VI y que aún estaba vigente. Por otra parte, Teófanes imputa a Constantino V el valerse de brujos, o dicho de otra manera, de hombres santos desleales. El suplicio de Esteban, abad del convento del monte San Auxencio, cerca de Calcedonia, en 764, es presentado por el narrador monástico, que escribe en 806, como el crimen de un emperador y de una capital aún fieles a las fiestas del viejo calendario.

Pero las fuerzas vivas del monaquismo en tiempos de Constantino V están fuera de la capital. Quizá la represión fuera la causa de un éxodo de monjes griegos hacia Italia y hacia Roma, cuyas consecuencias culturales fueron notables: así, puede verse, en el concilio de 787, la firma del higúmeno de San Sabas en el Aventino. Pero, sobre todo, el monaquismo forma entonces las personalidades que surgieron en 787, en el momento de la

primera restauración de las imágenes. Platón, nacido en Constantinopla en el seno de una familia adinerada, perdió a sus padres en la gran peste de 746 (o 747). Educado por un tío, entra con su ayuda en el servicio de pesos, un apartado de las finanzas imperiales, antes de optar por la vida monástica en un convento del Olimpo, del que llega a ser higúmeno en 780. Volveremos a encontrárnoslo más adelante. Su sobrino e hijo espiritual, Teodoro de Studa, nacido hacia 759, será el primer artífice del definitivo triunfo de la Iglesia de los monjes en Bizancio.

Irene, una mujer emperador

El gran siglo iconoclasta acaba con la muerte de Constantino V en 775. Su hijo, León IV, llamado el Jazar en recuerdo del origen de su madre, parece haber sido el único superviviente de los tres hijos del primer matrimonio, ya que los nombres de los otros dos, Cristóforo y Nicéforo, son impuestos a los hijos de la tercera esposa del emperador. Este, iconoclasta moderado, busca y consigue adhesiones de monjes promoviéndolos al episcopado. Muere en 780, y su muerte abre un problema de sucesión en el interior mismo del linaje imperial. Su hijo, Constantino, tiene entonces diez años, pero León IV lo asoció al trono desde 776, y lo coronó con el asentimiento de todas las clases políticas, «ejércitos de los *themas*, senado, ejército central y todos los ciudadanos y patrones artesanos», según palabras de Teófanes. Otra posible solución se descarta en seguida: la de la sucesión por generación, del emperador a sus hermanos. León IV no les ha hecho coemperadores. La edad de Constantino VI implica entonces que la sucesión de padre a hijo se resuelva en la práctica por la regencia de su madre, Irene, y por tanto, por la atribución del poder imperial a una mujer. Si se considera la parte de guerra y victoria que pesa sobre el personaje imperial, se comprenderá que esta decisión entrañaría dificultades. Las intrigas de palacio, las opciones religiosas, las

posiciones tomadas por los ejércitos provinciales cristalizan en torno a este problema, cuyos actores parecen cobrar vida de repente para nosotros, gracias a la posesión de fuentes más directas, más numerosas y más elocuentes. Pero, sin duda, hay una trampa, que no siempre han evitado los historiadores. Trazar un retrato que parece dado no consiste en reproducir las opciones y los agravios difuntos, ni tampoco en proyectar sobre el pasado la engañosa transparencia de una cultura y una moral actuales. Pero a quien quiera hacer el esfuerzo de imaginación necesario, el siglo XI le ofrece un material abundante y, desde su comienzo, la biografía del patriarca Tarasio, redactada por el diácono Ignacio, la narración de las tareas del patriarcado, la historia familiar de María de Amnia, esposa de Constantino VI, escrita hacia 821 por uno de sus primos, el monje Nicetas, y, en fin, la considerable obra de Teodoro de Studa, todos ellos capaces de enriquecer con su discurso y su testimonio la trama establecida por la *Crónica* de Teófanes.

Entonces, ¿cuál es la verdad de Irene? ¿Lúe, para empezar, una madre preocupada por asegurar el futuro de un hijo demasiado joven frente a sus tíos paternos, en quienes convergían las fidelidades de los ejércitos de Oriente y las de los allegados a Constantino V? ¿Percibió desde un primer momento la perspectiva de un imperio propio, ásperamente disputado, poco después, a su propio hijo? No lo sabremos nunca. ¿Por el hecho de haber nacido en Atenas habría aportado al palacio la tradición de una piedad que ninguna disidencia regional pudo nunca enturbiar, lo que explicaría que, vivo aún León IV, hubiera sido condescendiente con los monjes? Es posible. Por otro lado, su condición de mujer en la familia imperial la consagraba a una vida palaciega y urbana, y le dictaba la elección de sus cartas y sus apoyos. El período que transcurre entre la muerte de León IV y su propia caída en 802 se puede dividir claramente en tres fases.

En primer lugar, de 780 a 790, una situación de regencia, en que Irene está asociada al poder imperial. Ante todo, frustra todas las esperanzas puestas en el César Nicéforo, hermano de León IV, que encarnaba la continuación de la actitud iconoclasta y militar de Constantino V. Irene pondrá en juego a los monjes, cuya simpatía se ha ganado, la capital y sus civiles, el personal del palacio. Y tendrá en contra los ejércitos de los *themas* de Oriente. En ese momento es respaldada por dos hombres. Uno es un eunuco de su casa, Estoraquio, que llega a ser logóteta del dromo (policía, correo político, asuntos exteriores) y que conduce en 781 la campaña contra los eslavos sublevados en Macedonia y en Grecia, aunque su mutilación le impida toda aspiración al trono. El otro es el jefe de una oficina de la cancillería imperial (*a secretis*), Tarasio, un laico al que ella convierte en patriarca en 784, tras haber empujado a la dimisión al patriarca iconoclasta Pablo. Hace que el «pueblo» reunido en el palacio de la Magnaura elija a Tarasio, imprimiendo así la marca imperial a un antiguo procedimiento. Ambos preparan a partir de entonces la restauración de las imágenes a través de negociaciones con Roma y con los patriarcas orientales. El 31 de julio de 786 se convoca un primer concilio en la iglesia de los Santos Apóstoles, que es perturbado por los soldados iconoclastas de la guardia. Irene envía entonces las tropas iconoclastas de la capital al frente del Asia Menor y las sustituye por tropas partidarias de las imágenes, que hace venir de Europa. Se celebra entonces un nuevo concilio en Nicea, del 24 de setiembre al 13 de octubre de 787. Es el VII y último concilio reconocido como ecuménico por la Iglesia salida de Bizancio. El protocolo final es firmado en la Magnaura, donde son aclamados «el nuevo Constantino y la nueva Helena», referencia al modelo de emperador cristiano que refuerza la elección de la ciudad donde tuvo lugar el concilio de 325. La asamblea de 787 subraya la distinción entre «veneración» y «adoración» de las imágenes, y da

o recuerda disposiciones generales sobre los bienes de la Iglesia, la disciplina de los clérigos y los criterios de validez de la liturgia. Admite la recepción de los iconoclastas arrepentidos en el seno de la Iglesia. De hecho, no es una asamblea homogénea ni unánime.

El problema de la reconciliación en el seno mismo de la clericatura abre un debate que se prolongará, por diversos motivos, hasta el siglo X. Por un lado, Tarasio inaugura el tipo de patriarca reclutado directamente en el servicio público, e inclinado a una actitud primordialmente política de colaboración con el soberano delegado de Cristo. Por otro lado, Platón y su sobrino Teodoro encarnan la exigencia de una prioridad absoluta de la Iglesia, investida de la misión de dictar el derecho a todos, comprendido el emperador: y esta Iglesia es la Iglesia de los monjes. Platón fundó en una propiedad familiar, en la región de Olimpo, el convento de Sacudión del que llega a ser higúmeno a partir de 781, pues la regencia de Irene supone, en primer lugar, la liberación del monaquismo. La rigurosa organización de Sacudión está elaborada sobre la base de un retorno a las fuentes, es decir, al modelo cenobítico de Basilio de Cesárea. Teodoro, nacido en 759, es hijo de la hermana de Platón, y toda su familia ha abandonado el mundo. Se convierte en monje en Sacudión y se adhiere a la reforma emprendida por Platón, al que sucederá. Sus seguidores no aceptan la reintegración de los obispos iconoclastas.

Al año siguiente, Irene casa a su hijo. La esposa es María, nieta de Filareto, un hacendado de Amnia, en Paflagonia. Otro nieto, el monje Nicetas, escribió en 812 la historia de su abuelo y padrino, que, según cuenta, le consagró, siendo aún niño, al hábito religioso para que realizara esta tarea. El relato, importante fuente para nuestro conocimiento de la sociedad de su tiempo, se desarrolla en dos planos. El primero, edificante, suple la ausente ilustración sobre el linaje, en una época en que se

empezaba a tener en cuenta, por la hagiografía de Filareto, a quien una caridad demasiado ardiente despoja poco a poco de todos sus bienes, como a un Job cristiano; el matrimonio imperial es fuente de una nueva prosperidad, que el autor puede contemplar después de la beatitud eterna. El segundo plano es el familiar: el autor hace la relación exacta del estado de los hijos y de los nietos de Filareto, y describe el regreso de los enviados imperiales, que buscaban por las provincias una jovencita cuyo origen no importaba, pero que debía tener unas determinadas características. De la práctica del concurso para la provisión de una esposa imperial, hay testimonios en esta época por algunos casos más. Quizás estuviera inspirada en la vieja costumbre irania ilustrada por la historia de Esther, pero, sea como sea, es sin duda el equivalente femenino de la elección viril por la victoria militar.

El triunfo de los monjes

El segundo período del reinado de Irene y Constantino empieza en 790. Impaciente por el yugo, este último promueve una conspiración contra Estoraquio, a raíz de la cual Irene exige recibir sola, mientras viva, el juramento de fidelidad de las tropas. Las de la capital aceptan la medida, las de Asia Menor la rechazan, en un contexto de dificultades militares con los árabes, los búlgaros y los lombardos de Italia. Sin embargo, Constantino la admite de nuevo a su lado en 792. Pero lleva mal sus asuntos. Es derrotado por los búlgaros en 793 y elimina definitivamente a sus tíos paternos de la competencia, haciendo cegar a Nicéforo y cortar la lengua a los demás, ultrajando así la fidelidad, aún muy viva, al gran Constantino V. Priva también de la vista al armenio Alejo Moselé, estratega de los armeniacos, que le había ayudado contra Irene en 790. Entonces, el *thema* se subleva y a él no le queda otra solución que servirse de una parte del elemento armenio, que a continuación sufre tam-

bién las consecuencias de la represión. Tras perder el apoyo de este esencial *thema,* pierde el de los monjes. En 795 envía a María a un convento y encuentra a un sacerdote, José, que bendice su unión con su amante Teodota, pariente de Teodoro, que más tarde será conocido como el de Studa. Desencadena así, no solamente el engranaje de su propia pérdida, sino también un conflicto revelador del estado de los poderes, y capital. El gesto de Constantino VI es, en efecto, contrario a la legislación sobre la separación de los cónyuges elaborada por la Iglesia a partir del siglo IV y formalizada por la legislación de Justiniano: a falta de un acuerdo común, el repudio de una esposa se limita a casos poco numerosos y estrictamente definidos. El patriarca Tarasio no opone resistencia, ya que se sitúa, como vimos, en la línea del patriarcado político, en la que se situarán los patriarcas reclutados, como él, en el servicio público. En cambio, Platón, higúmeno de Sacudión, y su sobrino Teodoro encuentran en este asunto el motivo para afirmar la autoridad primordial de la norma eclesiástica en todas las circunstancias, y al mismo tiempo la competencia prioritaria de la Iglesia de los monjes. Constantino los encarcela y posteriormente los exilia, en marzo de 797. Se halla desde entonces aislado frente a las intrigas de palacio, conducidas por su madre. Un día del verano de 797, Irene lo hace cegar «en la habitación púrpura donde le había traído al mundo». Entonces, prosigue la *Crónica* de Teófanes, «el sol se oscureció, las naves equivocaron su rumbo; y todo el mundo convino en que si el sol ocultaba sus rayos, era porque se había dejado ciego al emperador». El cronista da así la clave de un relato cuya atrocidad literal ha llamado mucho la atención de los historiadores. La «habitación púrpura» es la del nacimiento imperial, que cobrará una creciente importancia en el siglo IX, y sobre todo después, en la descendencia de Basilio I, como criterio de legitimidad durable del poder: Constantino VI es, pues, descalificado por la ceguera en el corazón mismo de su

herencia; y, por otra parte, la equivalencia, más explícita aún en griego, entre los rayos del sol y la vista, remite el carácter solar de la soberanía imperial, bien conocido a partir del siglo III y desde Constantino, y permite comprender por qué la ceguera es escogida en Bizancio como la mutilación incompatible con la posesión o la esperanza del poder supremo. Constantino se limita, a partir de entonces, junto a Teodota, a una vida puramente privada. Deja dos problemas sin resolver: el conflicto provocado por su matrimonio en el seno mismo de la Iglesia, y el ejercicio del poder imperial por una mujer, que lo asume sola, y sin poder invocar en lo sucesivo ninguna delegación temporaria. Es la tercera parte del período que acabará en 802 con la caída de Irene.

Un acontecimiento decisivo, al comienzo de esta parte, en el mismo año 797, es la instalación de Teodoro y su tío, con sus monjes, en la capital. Un número de monjes a partir de entonces demasiado grande para Sacudión, una amenaza árabe, pero sobre todo, sin duda, la coyuntura llegada a su punto culminante, todo esto comporta la instalación definitiva de la comunidad en la capital, donde vuelve a abrir un viejo convento abandonado, el convento de Studa o Studiu (en genitivo), llamado así en recuerdo de un patricio que lo habría fundado en el siglo V. Como se recordará, Platón y su sobrino se consideraban promotores de una vuelta a los puros principios monásticos de Basilio de Cesárea. De hecho, Teodoro dota a Studia de una regla sistemática, que no tiene precedente. La distribución minuciosa de las horas, la elaboración de las penitencias monásticas, la variedad de ocupaciones, que reparten a los monjes en diversos talleres y en los campos, la existencia de un hospital para los monjes y un hospicio, incluso de una escuela, constituyen una clara alusión a los principios de Basilio de Cesárea, e incluso a las comunidades de Pacomio y, en todo caso, a los monasterios de Siria y Palestina en los siglos V y VI. Pero el carácter

exhaustivo y coherente de la *Regla* la convierte, sin embargo, en el primer documento que merece verdaderamente este nombre en el medio bizantino. La modernidad de Studa reside, sobre todo, en el hecho de ser urbano y estar, además, situado en la capital, por lo que desempeña un relevante papel cultural, aparte de un papel político: en la estructura del Imperio, Studa seguirá siendo en el futuro, bajo diferentes formas, el interlocutor monástico tanto del emperador como del patriarca. El problema del poder supremo tiene a partir de entonces tres términos.

La eliminación de Constantino VI por su madre no ocasionó, repitámoslo, una dificultad moral, sino política: cuando la *Crónica* de Teófanes relata el eclipse de sol y la ceguera de Constantino VI, reprueba un atentado contra el soberano legítimo, y no el crimen de una madre contra su hijo. La acción de Irene tampoco hace mella en Teodoro de Studa, que considera a Constantino culpable de haber perturbado el orden del que la Iglesia es guardiana, y que Irene ha restablecido. Esta última debe dedicarse, de diferentes maneras, y a fin de cuentas sin éxito, al verdadero problema —el hecho de que el emperador sea una mujer—, agravado por un contexto de reveses militares y diplomáticos en parte ligados a la ascensión de los carolingios, consagrada por la coronación de la Navidad del año 800. Irene intenta una solución simbólica, cuyo alcance no hay que subestimar en el limitado medio del palacio donde está en juego el poder. Toma el título de *basileus* («emperador»), tanto en lo referente a las leyes como a su aparición en las monedas. El día de Pascua de 799 se pone el traje de púrpura y oro, toma la cuadriga tirada por caballos blancos y arroja las monedas que constituyen la pompa imperial. Un mimetismo sin duda más significativo que el proyecto de matrimonio con Carlomagno, que solo Teófanes toma en serio. Por otra parte, Irene continúa beneficiando a sus interlocutores de siempre, los «ciudadanos» de la capital, cuya carga fiscal aligera, y los monjes, a los que

destina su generosidad y su celo. La ley que, al declarar suficiente la bendición para santificar un matrimonio de pobres, le confiere a esta una nueva importancia, y la prohibición de las terceras nupcias señalan la voluntad de adaptar la ley civil a la formalización canónica cuyos artífices son, a la sazón, los estuditas. Irene no ha previsto todavía su sucesión, al parecer, al menos en la línea dinástica, ya que hace cegar a los hermanos de León IV que, a excepción de Nicéforo, aún conservaban la vista. Rodeada por las rivalidades de sus eunucos, Estoraquio y Aetio, y de sus familiares, la muerte del primero en 800 la deja más sola. Sucumbe a una revolución de palacio, que la exilia, y que está al mando del logo teta del Tesoro (ministro de Economía), Nicéforo. Es confinada en la isla de los Príncipes y después en Lesbos, donde muere en agosto de 803.

Con el advenimiento de Nicéforo I comienza el siglo IX y la lenta ascensión de Bizancio hacia el esplendor clásico de la dinastía fundada en 867 por Basilio I.

EL «PRERRENACIMIENTO» BIZANTINO

La historia de los años 802-867 está marcada por un segundo período iconoclasta (815-843), cerrado por la proclamación definitiva del papel de las imágenes, por la fundación de la dinastía impropiamente llamada «macedonia», iniciada por Basilio I, que empieza en 867 y se extingue en 1056, por la conversión del soberano búlgaro en 864, y por el primer ataque ruso contra la capital en 860. Se produce entonces la estabilización política de los pueblos que entraron en escena en los siglos VII y VIII, los búlgaros en vías de eslavización y los jazares, la aparición de los rusos en el horizonte de Bizancio, el auge internacional del gran comercio y una recuperación de los emplazamientos urbanos, y la clara afirmación, en fin, de las estructuras sociales aparecidas en la segunda mitad del siglo VIII. Pero estos

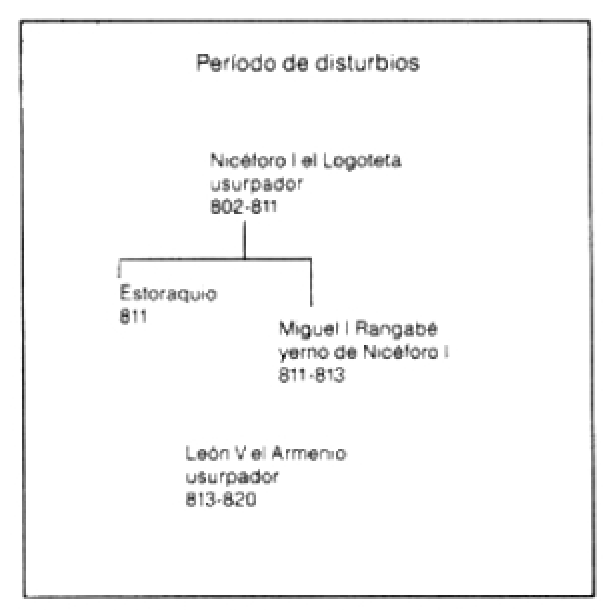
mismos años se presentan, ante todo, como los de un auge cultural sin precedentes, si no sin patrimonio, que proporciona al historiador abundantes textos. Y este último, ocupado continuamente en la clasificación de las instancias determinantes, percibe en el primer plano de su estudio la cultura, en el sentido que elige entonces dar a este término: discursos de los poderes sobre sí mismos, referencias de estos discursos, medios técnicos de su difusión, sistema de representaciones fabricado o aceptado en los diferentes niveles del sistema social. La historiografía del siglo IX plantea un problema difícil, pues la conocemos a través de la producción del siglo X, enteramente orientada, como se verá, a la justificación de los orígenes de la dinastía. A esto hay que añadir numerosas *Vidas*, desde la del patriarca Ignacio, en el centro del debate político, a la de Joaniquio, el modelo ascético de Bitinia, muerto en 846, así como las historias de los piratas sarracenos o de los santos de la Italia meridional y de las islas.

Las tensiones históricas y las relaciones exteriores de Bizancio se pueden definir, pues, en términos culturales: la cultura clásica y la creencia, la Iglesia patriarcal y la Iglesia monástica, la capital y las provincias, pero también el helenismo y las minorías, Bizancio y los pueblos y, por último, ordenando, resumiendo y explicando toda la estructura, la figura imperial. Y esta cultura no se expresa solo en los textos, sino también en una iconografía triunfante después de mediados del siglo IX. Añadamos a esto las fuentes escritas fuera del Imperio, sobre todo la imponente aportación de los cronistas y geógrafos musulmanes, así como la documentación de la arqueología, que tiene aún mucho que revelar.

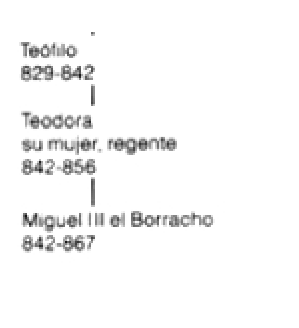
La sucesión es aún difícil y siempre confusa

Como de costumbre, refirámonos en primer lugar a los protagonistas: los emperadores, cuya sucesión está regida en teoría, y salvo accidente de la historia, por el principio patrilineal; pero no solamente ellos serán protagonistas en lo sucesivo. La personalidad del patriarca es igualmente primordial en la política del siglo IX. Y, por otra parte, la evolución social ya revelada bajo el reinado de Constantino V alcanza su madurez: los dirigentes, que se encargan de la alta función pública y sobre todo militar, tienden a constituirse en una clase coherente, aunque completamente abierta, por lo que cobran importancia la ascendencia, las alianzas matrimoniales, el parentesco, como prueba el nuevo cuidado con que la historiografía indica estos datos de un personaje. Se comprueba a este respecto el surgimiento del nombre de linaje, que señala progresivamente, desde el final del siglo VIII, en el seno del medio dirigente, a aquellos cuya notabilidad se remonta ya a una generación anterior. En ocasiones nombre propio convertido en nombre de linaje, como en el caso de Focas, en ocasiones nombre extranjero helenizado, sobre todo los de procedencia armenia, y, menos frecuentemente, tomado de un toponímico, el nombre de familia se suele presentar como la fijación de un sobrenombre. Cuando proviene de la lengua hablada, por ejemplo Onomagulo, «de carrillos de asno», es revelador al mismo tiempo de la apertura social de la aristocracia en vías de constitución y de un nivel de la lengua que los textos apenas conservaron en relación a esta época.


DINASTÍA ISÁURICA
León III el Isáurico
usurpador
717-740
Constantino V Coprónimo
740-775
León IV el Cázaro
775-780
Irene
su mujer,
regente: 780-790
Constantino VI
780-797
Irene (de nuevo)
basileus: 797-802


Período de disturbios
Nicéforo I el Logoteta
usurpador
802-811
Estoraquio
811
Miguel I Rangabé
yerno de Nicéforo I
811-813
León V el Armenio
usurpador
813-820


DINASTÍA AMORIANA
Miguel II el Tartamudo
usurpador
820–829



Nicéforo I, que sustituye a Irene en 802 es, como acabamos de ver, un ministerio de Economía (*logothetos tou genikou*); su éxito se sitúa en la lógica de este reino de mujer cuyo centro es el palacio. Sale victorioso de dos intentos de socavar su poder, debido uno a Bardanes Turco en 803, y el otro a Arsaber en 808: estos dos nombres armenios y el apodo del primero, remiten al polo oriental de Bizancio, políticamente decisivo desde el siglo VIII y por mucho tiempo todavía. Sin embargo, Nicéforo casa a su hijo Estoriquio, asociado al trono en 803, con una ateniense, Teófana, porque está emparentada con Irene y ha resultado la ganadora del concurso de belleza que constituye entonces la versión femenina de la victoria imperial. Su hija Procopia se casa con Miguel Rangabé, cuyo padre, Teofilactos Rangabé, apoyó a Nicéforo, hermano de León IV, y ejerció el cargo de *drongarios* («comandante») del Dodecanese. Pero en 811, la guerra búlgara acaba con el emperador. Tras una campaña victoriosa, en cuyo curso tomó Plisca, Nicéforo I cae muerto en combate, y el kan Krum se hace una copa con su cráneo revestido de plata. La profunda impresión producida por esta batalla se transparenta en historias como la del soldado Nicolás, que ve a un personaje sobrenatural observar el desarrollo de la batalla, que se sabe a salvo en razón de su castidad de la noche anterior, y abraza entonces el estado monástico. Estoraquio es herido y muere unos meses después sin dejar heredero. El trono le corresponde entonces a Miguel, padre de dos hijos y tres hijas: como se ha visto en el capítulo precedente, a partir de He-

raclio las familias imperiales llegan a ser numerosas. Miguel I es vencido a su vez por los búlgaros en 813. Según parece declaró entonces: «El Imperio de mi suegro y de su linaje no tenía el beneplácito divino». Esta declaración, aunque no sea literalmente auténtica, es, al menos, perfectamente coherente con el pensamiento de la época. Abandonado por la victoria, Miguel I es enviado a un convento con su esposa y sus hijos.

La sucesión imperial será disputada entonces por tres hombres que habían participado de la sublevación de Bardanes Turco: León, un armenio, estratega del *thema* anatólico, Miguel el Tartamudo, originario de Amorion, en Frigia, y Tomás el Eslavo, nacido en los alrededores de Comana, en el *thema* armeniaco. Instalado en el trono en 813, León V entrega el mando militar a Tomás y, sobre todo, a Miguel el Tartamudo, a cuya hija, además, apadrina. En 820, una conjura en favor de este le quita la vida. Miguel II hace frente entonces al levantamiento encabezado por Tomás, su adversario de siempre. Este último, que se hace llamar Constantino VI, se apoya en una coalición de fuerzas: el Asia Menor, y fundamentalmente la zona fronteriza del nordeste, en contacto con los iberos, los armenios y los abasgos, el descontento fiscal y los marinos de las flotas themáticas. En cambio, los estrategas de Anatolicón y Opsiquion le son hostiles. Consigue la ayuda del califa al-Ma'mün, y sitia Constantinopla en diciembre de 821. Miguel II se rehace con la ayuda del kan búlgaro Omurtag y de la flota imperial, que le sigue siendo fiel, y Tomás muere en el suplicio en octubre de 823. El episodio, más que un eco del conflicto planteado en torno a las imágenes, es sin duda uno de esos sobresaltos que recuerdan de tanto en tanto que Constantinopla, entre el Mediterráneo y Anatolia, no es la capital de un imperio homogéneo.

Miguel II se había casado con Eufrosina, la hija de Constantino VI, salida a este efecto del convento, trabando de este modo una continuidad con la gran dinastía del siglo VIII. Asocia al

Imperio a su hijo Teófilo, que le sucede a su muerte en 829. Este hace ejecutar a los asesinos de León V, a los que su padre debía el trono. Esta acción, así como el matrimonio de Miguel II, coloca el poder imperial por encima de las rupturas de hecho. Teófilo se casa con una joven vencedora del concurso ya mencionado, y a su muerte, en 842, deja un hijo aún niño, Miguel, nacido en 829. Su viuda, Teodora, cuyas hermanas se han casado con aristócratas, gobierna entonces con la colaboración de sus hermanos, Petronas y, sobre todo, Bardas, el *logothetos tou dromou* (ministro de Asuntos Exteriores, Correos y Policía), el eunuco Teoquisto, agregado al poder antaño, al advenimiento de Miguel II, padrino de bautismo de Teodora y, según un cronista árabe, algo más, a pesar de su mutilación. El reinado de Irene entre Aetio y Estoriquio parece repetirse. Sin embargo, la salida será diferente. Los hombres tienen otra envergadura. Teoctisto, Bardas y el propio Miguel III, emergen poco a poco del descrédito acumulado sobre ellos por los rumores de la polémica contemporánea y las informaciones de la historiografía posterior. La situación se resuelve de otra manera. Primero, domina Teoctisto, hasta el año 855, en que Teodora quiere separar a su hijo de su amante Eudocia Ingerina para obligarle a tomar esposa. Teoctisto es asesinado con la complicidad de Bardas, y Teodora apartada del poder. Bardas ocupa el trono y recibe el título de César. Por último, se inicia la fulgurante ascensión del futuro emperador Basilio, fundador de una dinastía que rodeará sus orígenes de historias justificativas.

Basilio, casi desconocido, originario de Andrinópolis y tal vez de ascendencia paterna armenia, que había venido a probar fortuna a la capital, se convierte en el compañero indispensable de Miguel, y su caballerizo. Además, Miguel le proporciona mujeres, en primer lugar Tecla, una de sus hermanas, a la que puede verse en las monedas con su madre y él, y después su ya citada amante, Eudoxia Ingerina, con la que Basilio se casa, una

vez devuelta a su familia su propia mujer. Basilio elimina a Bardas en 865. En 866 es asociado al Imperio. Y en 867 asesina al propio Miguel III en su cámara, tras la comida imperial, con la ayuda de conjurados parientes o amigos; la escena nos ha llegado a través de relatos de una violencia shakespeariana. El encadenamiento de sucesos políticos que conducen a Basilio al poder supremo se desarrolla en su totalidad en el palacio.

Un sosiego religioso

Frente a los emperadores, la serie de patriarcas obedecía al principio que se perfilaba ya bajo el mandato de Irene. Unos proceden de la alta función pública de la capital, como es el caso de Nicéforo I, que es monje cuando sucede a Tarasio en 806, y Focio, que en 858 es nombrado antes incluso de ser ordenado. Otros son monjes, como Metodio (843-847), familiar, además, de Teófilo, con cuya viuda colaboraría en la restauración de las imágenes, o como su sucesor Ignacio. Esta alternancia expresa la línea directriz de los conflictos del siglo IX e incluso del X, en cuyo curso la Iglesia de Bizancio elabora su fisonomía definitiva, que no merma la personalidad de los patriarcas ecuménicos. Tanto los unos como los otros están acostumbrados al palacio antes de su designación, y sus vínculos familiares son a veces dignos de mencionarse: Focio, sobrino de Tarasio por línea paterna, está emparentado por línea materna con Teodora, esposa de Teófilo; Ignacio no es otro que Teofilacto, un hijo de Miguel I, castrado y recluido en un monasterio, siendo aún un niño, a la caída de su padre. El gran patriarca de la segunda iconoclasia, Juan Morocarciano (837-843), pertenece a una familia distinguida: su hermano Arsaber (el nombre revela ascendencia armenia) se casa con Calomaría, «Bella María», una hermana de la emperatriz Teodora, de la que el propio Juan fue padrino de bautismo. El primer patriarca iconoclasta, Teodotos (815-821), pertenece a la familia de los Melisenoi, ya ilustre en

el siglo VII. Él mismo, titular en el mundo de la dignidad de *spatharocandidat,* y amigo del futuro Miguel II, era hijo del patricio Miguel Meliseno, emparentado por matrimonio con Constantino V.

Todo esto ayuda a comprender en qué tipos de hombres y en qué círculo social se encarnan los debates de la capital. El patriarca está también, por lo demás, a la cabeza de una administración: así, las *Vidas* de los patriarcas Tarasio y Nicéforo fueron escritas por el diácono Ignacio, conservador del tesoro patriarcal. El monasterio de Studa, a cuya instalación en la capital se ha hecho referencia, forma asimismo parte de la historia del siglo IX. La regla, compuesta en verso por Teodoro, determinaba un organismo social completo, desde la escuela para los niños destinados a profesar en el hospital, pasando por una serie de talleres, entre los cuales pronto destacará el de copia. Aunque el origen de Teodoro se sitúa en la alta función pública de la capital, el reclutamiento social de Studa parece bastante abierto, lo que es lógico, puesto que expresa la intransigencia radical de una Iglesia. Studa no será, por lo demás, el único en encarnar el partido monástico, aunque conserve la dirección: el auge del monaquismo provincial es también un aspecto de la época.

El conflicto entre la facción patriarcal partidaria del compromiso y la reivindicación estudita de la intransigencia se prolongará durante todo el siglo IX con diferentes excusas, y su verdadera clave sigue siendo la definición de las relaciones entre lo político y lo religioso en la cumbre del poder. La posición de Nicéforo I es opuesta a la de Irene. Apremiado por el esfuerzo bélico y, por lo tanto, financiero, pone término a las disposiciones que favorecen los bienes de los monasterios y otros establecimientos piadosos. Por otro lado, ha heredado el contencioso originado en las designaciones episcopales de la primera iconoclasia, y por el divorcio y las segundas nupcias de Cons-

tantino VI: se pone en cuestión el estatuto del sacerdote que consintió en celebrarlas. El patriarca Tarasio muere en 806 y el emperador lo sustituye por un personaje de similares características, Nicéforo, miembro, en primer lugar, del secretariado imperial al que ya había pertenecido su padre, y enviado en virtud de este cargo al concilio de 787, y después retirado a un monasterio de su fundación. Aunque el emperador consultó a Teodoro a propósito de esta designación, la voluntad de compromiso del nuevo patriarca suscita la oposición de los estuditas. El monasterio es ocupado por la tropa en 808; en 809, un sínodo condena a los estuditas, pero declara, no obstante, el primer matrimonio de Constantino VI como el único válido: una prueba, por si había necesidad de ella, de que lo que está realmente en juego es menos el respeto del canon que la reivindicación del poder religioso, o más precisamente de su autonomía determinante en el seno del poder en general. Los dirigentes de Studa se exilian, y Teodoro apela en vano a Roma: paso lógico, pues el papa es el primero de los cinco patriarcas y el único contrapeso concebible en Constantinopla, de la que Roma sigue separada por el contencioso relativo a los patrimonios confiscados durante el reinado de León III, y por la alianza franca. Y paso característico, en lo sucesivo, por parte de los monjes, que lo repetirán, no sin que el propio emperador recurra a veces a él. Bajo el mandato de Miguel I, dócil a los estuditas, este primer episodio acaba con una reconciliación.

León V conduce el Imperio a la iconoclasia, en un contexto de angustia causada por la gravedad del peligro búlgaro, ya comprobada por los reveses de 811 y 813. Este mismo año, la población de la capital acudía a la tumba de Constantino V, cuyas victorias recordaba. Debido a sus incursiones en Tracia, los búlgaros comprometían además el abastecimiento de grano de la capital, lo que provocaba carestía. León V quiere ser un nuevo León III, aun cuando haga coronar a su hijo Smbat con el

nombre de Constantino. La deliberada voluntad de restaurar el modelo victorioso del siglo precedente explica sin duda, por una parte, la decisión iconoclasta. En primer lugar comporta, en 815, la destitución del patriarca Nicéforo, cuya cooperación con el poder no llega al rechazo de las imágenes. Es sustituido por Teodoto Meliseno, emparentado, como se ha visto, con Constantino V. Un mes más tarde, un concilio reunido en la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, define la doctrina. Esta asamblea fue precedida por un trabajo de recopilación de manuscritos con vistas a constituir un legajo de textos justificativos. La comisión estaba dirigida por Juan Morocarciano, futuro patriarca. Las actas del concilio no sobrevivieron a la restauración de 843 y solo podemos hacernos una idea de ellas a través de las citas y refutaciones del patriarca exiliado. Teodoro es desterrado también después de haber apelado al papa una vez más; algunos de sus partidarios son ejecutados. Miguel II, también él iconoclasta, intenta en vano una reconciliación, llamando en primer lugar a los exiliados y tolerando el culto privado de las imágenes. Pero Teodoro exige la restauración del patriarca Nicéforo y la reunión de un concilio, y se remite, contra el emperador, a la autoridad de la sede de Roma. Miguel escribe en 824 una carta de justificación al emperador carolingio Luis II, en la que expone lo que había llegado a ser en la práctica la devoción a los iconos, y le pide su apoyo en Roma. La misiva no surte efecto. La Iglesia latina no ignoró el conflicto de los poderes en Bizancio, en el que ella seguía siendo una eminente instancia de apelación. Pero la polémica sobre las imágenes, que constituyó una de las fases de este conflicto, le siguió siendo tan ajena como, al menos en esta época, la veneración de las imágenes mismas.

Tras la muerte de Teodoro en 826, y de Nicéforo en 828, la cuestión se marchita, aunque sin cerrarse. Teófilo adopta una posición más severa. Prohíbe pintar imágenes y castiga con ri-

gor a los monjes, más que nunca asociados a su culto. En 836, se imprimen con hierro candente versos injuriosos en el rostro de dos frailes «fichados», Teodoro y Teófano, monjes palestinos. Asimismo, se taladran las manos con las que pintaba el monje Lázaro. Juan Morocarciano, cuyo papel hemos visto en 815, llega a ser patriarca en 837. Pero Teodora y sus hijos veneran en secreto los iconos en el palacio, y la iconoclasia imperial no sobrevive a la muerte de Teófilo en 842. Juan es destituido en 843 y reemplazado por el monje siciliano Metodio, tiempo atrás víctima de la represión de Miguel II por ser portador de un mensaje pontificio de apoyo a los iconos.

La restauración solemne y definitiva de la devoción a las imágenes tiene lugar el primer domingo de Cuaresma, fiesta conocida desde entonces y hasta nuestros días por las Iglesias nacidas de Bizancio como domingo de la Ortodoxia. No obstante, se asegura la continuidad del poder imperial y de la dinastía al relatar el arrepentimiento de Teófilo en su lecho de muerte, la visión, concedida a la piadosa emperatriz, de Cristo perdonándole en su tribunal, y el hallazgo por el patriarca del nombre de Teófilo borrado milagrosamente de una lista de emperadores heréticos depositada la víspera sobre el altar. Se restaura la Sala de Oro del palacio: la imagen de Cristo corona nuevamente el trono imperial, en tanto que, en la puerta occidental, se ve a la Virgen con el emperador, el patriarca y los santos.

Se acaba así la segunda iconoclasia. Se distingue de la primera por la ciencia de la que se hace alarde en las justificaciones, tanto en uno como en otro campo, por lo que hemos podido juzgar. La profundización filosófica de la teoría de las imágenes y la profundización política de la Encarnación son fruto de esta época. La obra continuada hasta su muerte por el patriarca Nicéforo, aún inédita en parte, lo muestra claramente, con sus referencias aristotélicas. Este hecho va ligado, sin duda, a la ma-

durez de un movimiento que disponía ya de una tradición, por una y otra parte, pero sobre todo al resplandor intelectual del siglo IX, período brillante, creador y curioso, indudablemente en mayor medida que la gran edad clásica abierta a continuación por el advenimiento de Basilio I.

Hacia un nuevo rostro de la Iglesia

En primer lugar, se produce un cambio decisivo en los medios de difusión de los libros. Bizancio desconoce aún el papel, ya utilizado en esa época en los países del Islam. En cambio, sus copistas pasan entonces de la escritura uncial a la minúscula, tan rápida que su invención se ha podido comparar con la de la imprenta; y, como podrá observarse, este mismo paso se da, en este mismo siglo IX, en la escritura latina del Occidente carolingio. El más antiguo manuscrito griego conocido en minúscula, una colección de los cuatro Evangelios, fue copiado en 835 en el taller de Studa. El uso de la nueva escritura, signo de una creciente necesidad de libros, está en relación con el carácter erudito de la segunda iconoclasia: no podemos dudarlo aunque se hayan perdido los libros de la vertiente iconoclasta. La serie de manuscritos fechados, que en primer lugar recogen textos de las Escrituras y teológicos, continuará después con obras técnicas como los tratados de agrimensura o de medicina y, finalmente, con la literatura en el sentido más amplio de la palabra.

El reinado de Teófilo señala verdaderamente los comienzos del «renacimiento» del siglo IX, que es en realidad, como todos los renacimientos, el florecimiento de una modernidad. Dos hombres desempeñan aquí un considerable papel. Uno es Juan Morocarciano, llamado Juan el Gramático, hombre de ilustre origen y gran cultura clásica, a pesar de lo que dijeran de él sus adversarios, que le designaban con el diminutivo popular de Jannis. Su inclinación, al parecer, le llevó hacia la ciencia griega,

y sin duda hacia la magia, inseparable de ella en el pensamiento de la época. Tuvo influencia sobre Teófilo, del que había sido su preceptor y quien le envía en misión a Bagdad. León el Filósofo (o el Matemático), nació en Constantinopla hacia 790, recibió una primera formación constituida por la retórica, pero también por la filosofía y por la aritmética. Enseña en privado, en su propia casa, sobre todo matemáticas, y posteriormente Teófilo le confía una enseñanza oficial. Llega a ser metropolitano de Tesalónica en 840, pero vuelve a Constantinopla tras la restauración de 843. Iconoclasta moderado, sabemos que repartía sus trabajos fundamentalmente entre Platón, corrigiendo su propio ejemplar, Euclides y la influencia de los astros sobre el destino. El futuro patriarca Focio, nacido hacia 810, estaba ya en actividad bajo el mandato de Teófilo. Prosiguiendo entonces una carrera de alto funcionario, en cuyo curso irá también a Bagdad, encuentra tiempo para componer, hacia 838, en honor de su hermano, su famosa *Biblioteca*, conjunto de 279 reseñas de libros que ha leído, entre las cuales algunas, más detalladas, constituyen el único testimonio de obras antiguas hoy perdidas. La curiosidad de Focio le lleva menos hacia la ciencia y la filosofía que hacia la retórica, que englobaba entonces, no hay que olvidarlo, la historia. Parece que tuvo también una especie de círculo de lectura y de enseñanza.

El propio Teófilo no solo fue el jefe de los hombres de los que acabamos de hablar y el inspirador de una política creadora de una élite pública y de un aparato cultural del poder. La figura imperial participa con él de la elaboración en curso, y le confiere la dimensión intelectual, y no ya solamente teológica, como en el caso de Constantino V, que ofrecerá en los siglos IX y X. Su curiosidad respecto del poder y la civilización del califato se traduce, entre otras cosas, en sus copias del arte del palacio omeya, problema específico de un emperador iconoclasta, que no podía mantener la decoración crística tradicional desde

el final del siglo VI. La victoria imperial es puesta en escena en las entradas triunfales que le conducen a Constantinopla tras sus éxitos de 831 y 837. Su protocolo ha sido conservado por el *Libro de las ceremonias* de Constantino VII. Y aunque Teófilo no dejó leyes a sus sucesores, sus virtudes de juez supremo son, no obstante, ilustradas por los relatos piadosos relativos a su absolución, y en la colección de *Vidas* de emperadores compuesta en el círculo de Constantino VII: la descendencia de Basilio I subraya así la dignidad ininterrumpida del poder imperial, más allá del personaje de Miguel III, negativo puesto que fue asesinado.

En resumidas cuentas, la cultura oficial de la segunda iconoclasia está marcada por la relectura de lo antiguo y por una curiosidad específicamente laica, incluso en el caso del patriarca Juan, pero no así en el de Focio, cuyas preocupaciones siguen siendo cristianas, y que no ocupa, de hecho, un primer plano hasta la siguiente generación, después de 843. Esta heredará, pues, un modelo cultural basado en referencias antiguas elevadas a la categoría de clasicismo, y a partir de entonces en manos de un poder que es de nuevo, y para siempre, partidario de las imágenes. No se puede negar la parte que corresponde a lo individual, al placer particular de los protagonistas de este «renacimiento», pero corresponde al historiador comprobar su coherencia política y explicarla.

La segunda iconoclasia es también, cosa que no es extraña, un período de auge monástico. Studa prosigue su existencia, como lo prueban el manuscrito citado más arriba, copiado bajo el mandato de Teófilo, la hagiografía estudita, relatos de las experiencias de Teodoro y de su sucesor Nicolás, compuestos en el monasterio durante el reinado de Basilio I, y la formación dada en el monasterio, de la que el patriarca Ignacio será un ilustre ejemplo. Studa no es ajeno a la cultura antigua, a la que aborda desde otro punto de vista, el de la primacía de la Iglesia

de los monjes en el Imperio. Pero la segunda iconoclasia es también contemporánea, y sin duda causa, en parte, de una proliferación provincial de monasterios, cuyas consecuencias serán importantes. El Olimpo de Bitinia, cerca de Brusa, se convierte en el ámbito predilecto, donde se lleva a cabo la carrera ascética de los modelos de la época. Mientras Pedro, higúmeno del monasterio de Atroa (773-837), continúa siendo una autoridad provincial, Joaniquio, nacido en el reinado de Constantino V en una familia iconoclasta y muerto en 846, llega a ser un punto de referencia a la medida del Imperio. Las *Vidas* de estos santos hombres, escritas en ese tiempo, narran al mismo tiempo las actitudes de la piedad laica. Son menos curanderos que sus predecesores de los siglos V y VI, y mucho más videntes. La previsión del futuro y del destino que un León el Matemático pedía a los cálculos astrológicos es asumida por sus fieles como una aplicación de su santidad. Por lo demás, su visión no se limita a iluminar los hechos alejados en el espacio o en el tiempo. Penetra en el secreto de los corazones culpables, a los que arranca la confesión, preludio de la penitencia. La autoridad del «padre espiritual» deviene entonces, en todos los niveles de la sociedad, un elemento esencial del poder monástico. Además, las hagiografías subrayan cuidadosamente que sus héroes son sacerdotes. También a partir de ahora, la devoción común hacia las imágenes confirma sus rasgos futuros y ya tradicionales. La carta de Miguel II a Luis II manifiesta la presencia viva que se esperaba de los iconos, haciéndoles apadrinar a los hijos en su bautismo, por ejemplo. Andando el tiempo, se referirá que Teodora y sus hijos tenían los suyos en un armario de su residencia, y que el bufón de Teófilo se deslizaba en él diciendo: «¡Emperador, tened cuidado con las muñecas de la emperatriz!».

Ímpetu cultural, ímpetu imperial

Por tanto, sería erróneo definir esta época por la distinción entre una cultura erudita y una cultura popular. Ante todo, podemos decir, manifiesta una cultura común, en la que destacan en primer término la creencia y la práctica cristianas, a las que se superpone efectivamente un nivel erudito, recobrado de lo antiguo en los medios dirigentes, sea que trate del círculo imperial o del de Studa, que, como es evidente, no escogen exactamente lo mismo de la herencia de la Antigüedad. Pero, si la curiosidad científica parece haber sido una característica de los intelectuales iconoclastas, la construcción de un relato biográfico, por ejemplo, está en todas partes sometida a las mismas reglas retóricas y la lengua en todas partes alejada de la que los propios autores hablaban cotidianamente. Igualmente, sería erróneo hacer una distinción entre la cultura de la capital y la de las provincias, al menos en el plano erudito: el estudio de las escrituras y los grabados de los manuscritos muestra la difusión del trabajo. En cambio, en el plano que llamamos común, se percibe una cierta cultura regional: volveremos a tratar este tema a propósito de la frontera de Oriente en la segunda mitad del siglo IX.

La cultura dominante inmediatamente posterior a 843 se elaboró ya, de hecho, durante la segunda iconoclasia, e incluso desde principios del siglo. La segunda restauración de las imágenes modifica aún menos que la primera la elaboración en curso de la figura imperial. Solo el trabajo teórico e historiográfico llevado a cabo de Basilio I a Constantino VII, su nieto, irá más lejos todavía. Pero el reinado de Miguel III cosecha, por su parte, los frutos del auge cultural que le precedió. El poder imperial continúa ligado a una enseñanza superior, en primer lugar con el impulso de Teoquisto —que hace remunerar la enseñanza de la filosofía a Constantino-Cirilo, futuro apóstol de los eslavos— y, posteriormente, de Bardas. Este último organiza hacia 855-856 la escuela de la Magnaura, en el palacio impe-

rial, donde las enseñanzas de geometría, astronomía y gramática son colocadas bajo la autoridad de León el Filósofo. Existe la misma continuidad en lo tocante a la posición simbólica del soberano y de su poder. El palacio sigue siendo el lugar de su representación, con el ceremonial de las audiencias de los embajadores o el de la comida imperial, que se prolonga en el hipódromo, las procesiones y las cacerías. La adoración de las imágenes inspira al patriarca Metodio, desde 843, el oficio del domingo de la Ortodoxia (el primero de Cuaresma), celebrado en todas las iglesias del Imperio, en cuyo transcurso son aclamados los nombres de los soberanos, y reprobados los de los herejes. En una palabra, la ideología imperial cambia de posición en 843, pero no su pretensión cósmica. La vuelta a las imágenes significa para ella la definitiva opción por la Encarnación del poder supremo, la vuelta a la tierra del «Cristo-emperador». El relato del perdón milagroso otorgado a Teófilo revela claramente que 843 no significa una ruptura en la línea de la dinastía.

El radicalismo monástico señala también su continuidad, subrayando por el contrario el corte entre el gobierno iconoclasta y la ortodoxia restaurada, con una exultación de la que las miniaturas de un grupo de salterios de la segunda mitad del siglo IX ofrecen una sorprendente ilustración. A partir de entonces, el conflicto entre los poderes vuelve a encontrarse en los mismos términos que a principio de siglo, entre una Iglesia auxiliar del soberano y la reivindicación de Studa. El propio Metodio, aunque monje, no se alinea en las posturas de sus pares, con los que se irrita después, por verles demasiado pasivos ante el retorno a las imágenes. A su muerte, acaecida en 847, Teodora elige a Ignacio, el hijo eunuco y monje de Miguel I. Representa una concesión a los estuditas y, habida cuenta de que se trata de un hombre de linaje imperial, vincula el poder presente con una dinastía pasada. Sin embargo, significa la apertura de

otro conflicto, pues Teodora no ha hecho votar al sínodo, de donde surge una oposición episcopal a Ignacio, una de cuyas voces es Gregorio Asbestas, obispo de Siracusa. En 858, Ignacio es desterrado por Miguel III y Bardas, por haber negado la comunión a este último, acusado de incesto con su nuera, y negarse también a aprobar la reclusión de Teodora y sus hijos en un convento. Es sustituido por Focio, a la sazón director de la cancillería imperial y, como se recordará, sobrino de Tarasio y aliado de Teodora. Recibe de una sola vez los diversos grados de la clericatura y se hace consagrar por Gregorio Asbestas, al que Ignacio había destituido y que había apelado a Roma. Desde entonces, una guerra de impugnaciones enfrenta a Focio y a Ignacio y sus partidarios, con apelaciones al arbitraje del papa Nicolás I: este último encuentra en ello la ocasión para reabrir el expediente de los patrimonios confiscados por el emperador León III, y se ve comprometido, por otra parte, en la rivalidad con Bizancio, junto a los búlgaros, como se verá más adelante. En septiembre de 867 se reúne un sínodo en Constantinopla bajo la presidencia de Miguel III, que firma las actas. Focio obtiene de otros patriarcas de Oriente la excomunión del papa, declarado hereje en virtud de la doctrina romana sobre el Espíritu Santo, que para los griegos procede «del Padre a través del Hijo», y para los latinos «tanto del Padre como del Hijo». Esta divergencia, ya explícita en el siglo VI, se convierte, a partir de 867, en un criterio de la ortodoxia según Bizancio, que se volverá a encontrar en el cisma de 1054. Además, Focio declara ilícita la intervención del papa y hace circular por Oriente las conclusiones del sínodo. A partir de entonces, no solo hay un conflicto interno, que separa dos concepciones de las relaciones entre el soberano y la autoridad de la Iglesia. Existe también, de cara al exterior, la asociación del emperador y su patriarca, esbozada ya, como se recordará, en tiempos de Heraclio, y desarrollada en lo sucesivo a la medida de los espacios

que se abren al poderío imperial, sobre todo en lo que se refiere a los eslavos.

BIZANCIO REANUDA LA OFENSIVA

En este poderoso desarrollo de una soberanía y de su cultura, ¿qué sucede con las minorías y las fronteras del Imperio? La cuestión no puede separarse de la de las relaciones exteriores de Bizancio. Una primera ojeada permite percibir el conjunto de los territorios, sus pueblos, su respiración, sus constantes, así como la guerra en la que están comprometidos. Pero sería erróneo escribir este capítulo únicamente en términos de la integridad del territorio imperial, como se suele hacer. Más que nunca, la guerra sigue siendo una forma normal y permanente de la vida pública, de la ideología del soberano, de las relaciones internacionales. Constituye, junto con las embajadas y el comercio, el sistema de estas últimas, de sus prestigios, de sus beneficios.

A principios del siglo IX, requieren la atención tres grandes zonas que a veces se interfieren. La primera está en el oeste: comprende los mares, el Egeo y el Mediterráneo central, con sus islas, Calabria, el Adriático y la costa dálmata, y la laguna veneciana: todo esto aún oficialmente bizantino. A continuación vienen las provincias balcánicas, con sus islotes eslavos aún parcialmente distintos, y los traslados de población efectuados por el Imperio; los estrechos y la costa occidental del mar Negro dominan la ruta de Constantinopla; frente a Bizancio está el Estado búlgaro, y, en la costa norte, donde Bizancio dispone del puesto avanzado de Querson, elevado a la categoría de *thema* a partir de 833, la zona al mando del Estado jazar, entre el Don y el Volga. Por último, al este se halla una región sensible desde el siglo VII, el gran arco de circunferencia apoyado en el Tauro por un lado y en el Cáucaso por el otro, por donde

toca, en los confines del Imperio, los viejos países cristianos de Armenia e Iberia. Además, tanto en Melitene, Manzicerta y Arzen como en Tiflis, están instalados desde el siglo VIII los emiratos árabes fronterizos, poco dóciles a Bagdad, incluso rebeldes si llega el caso, pero familiares, en cambio, de los príncipes armenios de la región, con cuyas hijas se casan a veces.

El camino, la aldea y la moneda, recuperados

Las vías y los puntos clave de la estrategia se vuelven a encontrar en el gran comercio, cuyo auge a partir del siglo IX corresponde al del consumo de palacio y el urbano, así como al de un conocimiento mercantil de las lenguas, los itinerarios y los productos. Un saber en el que destacan los judíos, gracias a su facilidad de comunicación escrita con una extensa red de corresponsales solidarios, tal vez acrecentada por los caraítas (del hebreo *qara*, «leer»), disidentes judíos fieles al texto exacto de la Ley, con exclusión de la exégesis rabínica y de sus conclusiones. Se les encuentra desde esta época en Crimea. En la misma región, en lazaría, los judíos ocupan una posición privilegiada a partir de mediados del siglo VIII. Los comerciantes musulmanes son igualmente activos. Se reconocen dos grandes corrientes comerciales: la primera, tradicional, aporta las especias y la seda de la India y la China; la segunda importa de Ucrania cuero, pieles, madera, miel y esclavos. El Estado búlgaro ocupa una posición dominante en la ruta del bajo Danubio, que procede de los países eslavos. El Estado jazar se beneficia de la que, más oriental, conduce a Querson y a Trebisonda. Un poder vulnerable que decae en provecho de los rusos, cuando estos comienzan a navegar por el Volga y alcanzan el Caspio a finales del siglo IX.

Dentro del amplio movimiento de productos y monedas que se lleva a cabo a través de los tres espacios consumidores, el

Oriente musulmán, el Occidente y Bizancio, el saldo de esta última no es sin duda tan deficitario como se ha dicho. Constantinopla y Tesalónica siguen siendo centros de redistribución cuyo papel no admite competencia, y cuya actividad comercial queda en manos de los propios bizantinos. Atenas y Corinto dan señales de renacimiento desde el principio del siglo IX. La moneda, por último, aporta una prueba de lo que decimos.

Como se recordará, a partir de Constantino, el sistema monetario de Bizancio se fundamentaba en el sueldo de oro, acuñado a razón de 72 piezas por libra de 327 g de peso aproximadamente, y una ley muy elevada, 24 quilates *(keratia)*. El sueldo, medio para los pagos públicos, los impuestos, las pagas, las rentas concertadas para los particulares o los establecimientos piadosos y los tributos sufragados por el Imperio, era igualmente muy apreciado en los mercados internacionales. Por otra parte, una moneda de bronce, aleación donde predominaba el cobre, servía, por el contrario, para los intercambios de la vida cotidiana: los poderes públicos tendían a hacerla más pesada, y por tanto más eficaz, en tanto que el uso la atraía hacia abajo, hacia gastos cada vez más fraccionados, haciéndola cada vez más ligera. Entre ambas, la moneda de plata aparecía como un recurso ocasional y discontinuo. Ahora bien, desde el siglo VIII, el sistema bizantino fundado en el oro se encontró situado entre un Occidente que se limitaba por aquel entonces a la plata, signo de una capacidad financiera y monetaria inferior, y un Oriente islámico más próximo al bimetalismo, pues el califato acuña un diñar de oro inspirado en Bizancio y un dirhan de plata heredero de la moneda persa, e inspirador a su vez de acuñaciones bizantinas. Añadamos que estas monedas se vuelven a encontrar y a ser competitivas en las nuevas vías del mundo escandinavo y eslavo, ganadas por los mercenarios y aportadas por los comerciantes.

A partir del reinado de León III se acuñaban monedas de plata conmemorativas, aunque tendían a un uso comercial. Teófilo reanuda una acuñación regular de la moneda de plata (*miliarision*), con un aumento temporal del peso. Miguel II acuña ya una moneda de bronce más pesada (*fallís*) continuada por Teófilo, cuya moneda permanece estable a lo largo de dos siglos. Estos dos movimientos, en tanto que la moneda de oro sigue inmutable, indican a las claras una aceleración de los intercambios locales y del tráfico a larga distancia. El mapa de los hallazgos de piezas aisladas, perdidas por sus usuarios, perfila sumariamente las direcciones de los intercambios, así como su respectiva importancia. En el siglo IX aún circulaba poca moneda en Bulgaria, mientras que en Moldavia, al igual que en Transilvania, la moneda seguía las rutas de los pastores, que sin duda conducían el ganado a las ferias. En la costa del mar Negro circulaban monedas de bronce, tal vez en relación con el mercado de abastos de la capital. Solo había moneda de oro de Teófilo en los Balcanes del oeste, sobre todo en el interior. Por último, y fundamentalmente, existía un auge económico en la costa del Egeo y en la Grecia central, donde penetran las monedas árabes, las piezas de cobre de los emiratos árabes de Creta y los dirham de plata vueltos a acuñar en *miliarisia* en Corinto y sobre todo en Atenas. Estas indicaciones son esenciales para representarse un mundo en que la guerra y la piratería, por un lado, y los intercambios, por otro, estudiados en los libros de historia en capítulos distintos, forman de hecho la trama de una misma realidad.

La ruptura del cerco al Oeste y al Norte...

La primera mitad del siglo está dominada en el Mediterráneo, por una parte, por la flota musulmana y sus éxitos, y, por la otra, por la extensión terrestre y marítima del sistema defensivo bizantino. En 805, las naves árabes toman parte en una

gran sublevación de eslavos en la región de Patras. Nicéforo I acaba con ella y procede en consecuencia a un traslado de población desde el Asia Menor. Un estratega de Cefalonia es mencionado por primera vez en 809. Los árabes multiplican los desembarcos en las islas del Egeo, en Chipre en 806 y en Rodas en 807. El *thema* marítimo del Egeo es mencionado por primera vez en 843. Las posiciones bizantinas en el Adriático están amenazadas por los piratas eslavos de la costa dálmata, las codicias carolingias y la expansión de los propios venecianos.

Finalmente, un tratado, firmado en 813 u 814, preserva la autoridad de Bizancio bajo la cual Venecia gozará de hecho de una situación de autonomía, pronto puesta de manifiesto por la posesión de las reliquias de san Marcos, que los comerciantes venecianos roban en Alejandría en 828, y que permiten a la ciudad reivindicar la dignidad apostólica indispensable en el juego de precedencias políticas de la época. En 836 se encuentra la primera mención de un estratega de Tesalónica, que tal vez existe desde 824, y en 842-843 la de un estratega de Dirraquio (Durazzo).

En 825, los árabes de Córdoba, expulsados de Alejandría, donde se habían refugiado, toman Creta: privan así a Bizancio de una posición estratégica y comercial de primera importancia, que le asegura el control de las rutas marítimas en el centro del Mediterráneo. Una expedición bizantina, que no será la única, puesta en marcha en 828-829, no obtiene ningún resultado positivo. Los árabes fundan Candía en la isla, que conservarán en su poder hasta el siglo X. En 827, los aglabidas de África desembarcan en Sicilia, aprovechando una sublevación local contra la autoridad bizantina: Sicilia, convertida en *thema* hacia 700, ocupaba una posición periférica gracias a la cual conservaba la tradición de una cierta autonomía. No obstante, su Iglesia era griega desde su incorporación al patriarcado ecuménico efectuada por León III. Las fuerzas árabes asedian Palermo en

830 y se apoderan de ella en 831. La conquista prosigue durante mucho tiempo, ya que Siracusa no caerá hasta 878 y Taormina hasta 902. Los árabes pasan de Sicilia a la Italia del Sur, donde Bizancio tenía el ducado de Calabria, Otranto, etc., y de manera más teórica aún que en el caso de Venecia, el ducado de Nápoles, del que dependió Amalfi hasta 839 aproximadamente. Los árabes toman Tarento en 839-840, lo que les permite amenazar el tráfico marítimo de Venecia. Una embajada bizantina se dirige a Venecia en 840 y la flota veneciana interviene este mismo año contra Tarento, pero sin éxito. En 842, los árabes se adueñan de Barí. Desde sus posiciones insulares, asuelan periódicamente las costas griegas, por ejemplo la península de Atos. Las *Vidas* de santos de la época se hacen eco continuamente de estos desembarcos. El desastre causado por una incursión sarracena abre, por ejemplo, la *Vida* de la santa monja de Tesalónica, Teodora, nacida en 812 y que abandonó, siendo aún niña, su isla natal de Egina. La historia de la dominación árabe en Creta es singularmente carente de acontecimientos. Conviene apreciar en su justa dimensión el vínculo existente en esta época entre Bizancio y su periferia italiana. Las exigencias fiscales y militares del poder central en Sicilia pudieron provocar una fractura en esta isla donde este mismo poder parecía tan lejano. Mientras que la historia de Venecia, de Nápoles o de Amalfi es característica del mundo en que la independencia de hecho, indiscutible, es paralela a una fidelidad formal al Imperio, puesta de manifiesto por los títulos que Bizancio otorga a los dirigentes, y a veces traducida en ayuda concreta de estos últimos: una superposición que nos es difícil concebir y que, sin embargo, es inherente a la definición misma del Imperio.

En los Balcanes, el comienzo de siglo está marcado, como se ha visto, por la guerra entre Bizancio y el Estado búlgaro. El kan Krum lleva a cabo una política de ofensiva en numerosas direcciones, con desigual fortuna, ya que Nicéforo I se había

apoderado de la capital, Plisca, poco antes de la derrota en la que encontró la muerte el año 811. Tras haber amenazado Constantinopla en 813, Krum muere a su vez en 814, y su hijo Omurtag pacta en 814 u 815 una paz de treinta años con Bizancio, en cuyo curso, como también hemos visto, ayuda a Miguel II contra el levantamiento de Tomás el Eslavo. El problema de los islotes eslavos en territorio del Imperio aún no se ha solucionado en esta fecha. Más arriba recordamos la sublevación de 805 en la región de Patras. En 841 se produce otra. Pero, en lo que atañe a los búlgaros, durante algunos decenios reinará la paz: la eslavización de la nación, el progreso del cristianismo y la maduración de la estructura política requieren dar otros pasos, que se inician con la llegada al poder del kan Boris en 852. El hecho de que un nuevo pueblo turco, los húngaros, procedente de la estepa, alcance las bocas del Danubio hacia 837, no representa todavía ningún problema en el horizonte de Bizancio.

Más al Este hay que hacer la misma observación respecto al dominio jazar. El poder de los jazares se basa en los pagos impuestos a las tribus de la región y a los usuarios de las rutas del gran comercio. Los judíos se habían instalado entre ellos hacia 740, y la adopción oficial del judaísmo por el grupo dirigente es un hecho comprobado en la segunda mitad del siglo IX, que traduce evidentemente el propósito de abandonar el viejo politeísmo turco por una forma religiosa más acorde con la madurez política del Estado. Una opción análoga a la que los Estados eslavos o eslavizados tomaron a partir de 860, y notable puesto que preservaba su independencia frente a la cristiandad y el Islam, las dos esferas políticas vecinas, pero por este mismo hecho insuficiente para garantizarlas. Sus relaciones con Bizancio en la costa norte del mar Negro son pacíficas. Hacia 833, solicitan a Constantinopla ingenieros bizantinos que vienen a construirles la fortaleza de Sarkel, a orillas del Don. Bizancio con-

vierte entonces en *thema* su antigua cabeza de puente de Querson, término marítimo de la ruta del gran comercio llegado de Kiev. Y precisamente es el Estado de Kiev, es decir, los rusos (del griego *ros*), el que constituye la nueva amenaza de esta parte del mundo, tanto para los jazares, cuyo lugar tomaron finalmente en el siglo X, como para Bizancio, bajo cuyas murallas aparecen sus naves por primera vez en 860. Pero en toda esta historia la guerra está en segundo término y la volveremos a encontrar más adelante, al tratar de la integración al sistema dominante requerida por los jóvenes Estados, y proporcionada por Bizancio en la forma de misión cristiana.

...al Este y al Sur

Al oriente de Bizancio, la frontera estratégica está en principio trazada, al comenzar el siglo, por las campañas de Harün al-Rashid, muerto en 809, tras la anulación por Nicéforo I del tributo que había aceptado Irene. Las campañas árabes en Asia Menor, llevadas a cabo durante su reinado, entre las cuales una alcanza Ankara en 806, son semejantes a las expediciones marítimas de los mismos años. El período de calma de los años 814-829 apenas es perturbado por la ayuda que la sublevación de Tomás el Eslavo recibe de al-Maʿmün. La guerra propiamente dicha vuelve a estallar con Teófilo. Pero no se puede comprender lo que está en juego en ella sin volver a situarla en el contexto regional tan particular en el que ya supuso un problema en los siglos VII y VIII, y más concretamente en la coyuntura del siglo IX, a la que, por lo demás, hace referencia el papel desempeñado por las tropas del *thema* anatólico en la sucesión imperial, contra el poder palaciego de Irene, y la sublevación de Tomás el Eslavo. Ya dijimos hasta qué punto la afirmación de una vocación natural del Oriente hacia la iconoclasia estaba desprovista de fundamento. En cambio, lo que sí se constata es

la distancia cultural entre la Iglesia griega de la capital, incluso en tiempos de los iconoclastas, y la cristiandad regional, animada por el clero jacobita de lengua siriaca. El patriarca jacobita de Antioquía reside de hecho, desde el siglo IV, no en esta ciudad, sino en los conventos fortificados de los alrededores de Harran (la antigua *Carrhae)*, sobre todo en el convento llamado de Barsoma, en territorio del Islam. La primera mitad del siglo IX corresponde a una edad de oro de la literatura siriaca, en que las traducciones del griego, homilías, hagiografía, derecho canónico, están próximas a una historiografía original en que se expresa la conciencia colectiva de una particularidad cuyo signo es la diferencia cristológica con Constantinopla.

Otro elemento de esta larga y ancha frontera es su estribación caucasiana. Durante los reinados de Nicéforo I y Miguel I, y desde el siglo VIII, tanto Bizancio como el califato concentraron su atención en las luchas feudales entre los grandes linajes armemos, los bagratunis del nordeste, una de cuyas ramas dominaba Iberia, y los ardzrunis, dueños del Vaspurakan, y pronto de todo el sudeste. Las dos potencias mantienen su rivalidad a base de títulos, que constituyen un aval político, sin dejar sin embargo establecerse en esta posición estratégica indispensable un Estado unificado que había sido peligroso, o en todo caso molesto. En 806, Ashot Bagratuni, establecido en Bagarán, recibe de los árabes el título de príncipe de Armenia. Casa a una de sus hijas con un ardzruni y a otra con el emir de Arzen. Sus hijos dividieron de nuevo el territorio, y tuvieron que luchar contra los emires de Tiflis. En 813, su primo y homónimo de Iberia recibe la misma investidura. El linaje ocupa desde entonces una posición dominante en el Cáucaso.

Los emires de la frontera se instalan en Melitene, Tarso y Arzen. Se cuentan entre los protagonistas de esta sociedad de las fronteras que, de Tauro a Armenia, aparece en el siglo IX, se extiende en el X, y se convierte, hasta la llegada masiva de los tur-

cos en el siglo XI, en uno de los rostros de Bizancio, como Constantinopla o la región de Tesalónica. Un mundo tan estable en su propia coherencia como fluctuante en sus fidelidades políticas y guerreras. Los guerreros del Imperio se pasan allí, si se tercia, al otro campo, como en el caso del estratega Manuel, de origen armenio, refugiado, en tiempos de Miguel II, en el bando musulmán, tras una falsa acusación, y que más tarde volvió al lado de Teófilo en 830, para ocupar el cargo de doméstico de los *scholes* («comandante de la guardia») y ministro de los correos públicos, además de estar unido al soberano por los vínculos del bautismo y del parentesco. Los emires actúan en el radio de la región; por ejemplo, emprenden ataques contra la vecina Armenia, cuyos habitantes llevan consigo entre 812 y 825, al igual que hace Teófilo en su campaña de conquista de 837. Su gloria local los coloca entre los héroes de los cantares épicos, conservados a través de los siglos hasta nuestros días en la poesía popular griega, pero cuyos primeros acentos se dejaron oír allí, como sabemos, en el siglo IX, y tal vez desde el reinado de Teófilo: cantos de amor y de guerra, donde los «sarracenos» son los enemigos, sin duda, pero donde «el emir» también está a veces situado en el bando bizantino debido a sus amores con una cristiana, figura de una ambigüedad tan significativa que entrará, algunas generaciones más tarde, en la epopeya de *Digenis Akritas*, el guerrero «de doble raza».

La misma región y la misma época son testigos, finalmente, del auge de la secta cristiana de los paulicianos. Los paulicianos mantenían entre su Dios y el mundo creado una distinción radical que recordaba las enseñanzas del gnóstico Marción (siglo II). Su rechazo de la imagen y, en consecuencia, del estatuto de María y de los santos, los acercaba a los iconoclastas, aunque ellos eludían el uso simbólico de la cruz. En cambio, les separaba de los iconoclastas su absoluto rechazo de los sacramentos y de la jerarquía eclesiástica, que justificaban como un retorno a

la pureza de la cristiandad apostólica. Se colocaban bajo la autoridad de «maestros» inspirados, entre los que a veces se producían fricciones, y cuya doble serie encontrada por la investigación llevada a cabo bajo el mandato de Basilio I permite remontarse hasta finales del siglo VII. Dos de ellos fueron ejecutados en 682 y 688. Su negación de cualquier tipo de jerarquía les destinaba igualmente a la persecución de los soberanos iconoclastas: uno de sus maestros fue, en efecto, convocado e interrogado por León III. Solo durante el reinado de Irene la secta pudo tal vez servir de refugio a los iconoclastas: el mismo fue, en todo caso, un momento de apogeo. El patriarca Nicéforo consiguió de Miguel I que los paulicianos fueran condenados a muerte, en tanto que Teodoro de Studa se oponía a tanto rigor: los dos hombres eran en esto fieles al respectivo orden de sus valores, pues el patriarca afirmaba, tanto con esta severidad como con su flexibilidad en el asunto de las segundas nupcias de Constantino VI, la prioridad que concedía al orden político del Imperio hasta en sus aspectos religiosos.

Pero los paulicianos tenían también una definición provincial. En el origen de la secta se encuentra, sin duda, un armenio. De todos modos, la Iglesia armenia reprime, y tal vez expulsa en el siglo VIII, a unos herejes que son, también sin duda, los paulicianos. A lo largo del siglo VIII, los movimientos de los maestros de la secta les llevan a una y otra parte de la frontera con el Islam, en la región del alto Éufrates y de Melitene, y uno de ellos alcanza Antioquía de Pisidia. Durante el mandato de León V, el maestro Sergio y los suyos se refugian junto al emir de Melitene. Posteriormente, sin dejar esta situación fronteriza que tanto les conviene, la secta se instala en un territorio propio: hacia 830 toma posesión de la ciudad de Argaún, bajo la protección del emir de Tarso. A partir de entonces, los paulicianos son guerreros de frontera, enemigos de Bizancio. En 843 o 844 surge un pequeño Estado pauliciano, cuyo jefe es Carbeas,

sin duda un tránsfuga bizantino, y su capital Tefrik, fundada antes de 856. Los paulicianos se constituyen así en los guerreros auxiliares del emir de Melitene. A su muerte, en 863, Carbeas es sustituido por su sobrino y yerno Crisoqueir («Mano de Oro»). Los nombres de Carbeas y de Crisoqueir se vuelven a encontrar en la epopeya de *Digenis Akritas*, gesta de la frontera oriental, que no aporta datos concretos. En el lado bizantino, la defensa de la frontera descansa, durante la primera mitad del siglo IX, en los *thema* («desfiladeros»), mandos militares convertidos posteriormente en *thema*, como Carsiano, Seleucia y Capadocia.

La guerra propiamente dicha se inicia en 830 con una ofensiva del califa al-Maʿmün, y prosigue en Anatolia, al ritmo de campañas anuales y de triunfos de unos y de otros, entre los que destaca la toma de Amorión por los árabes en 838: un resonante acontecimiento, ya que la ciudad era la cuna de la dinastía en el poder rápidamente recogido por relatos relativos a los traidores que habían entregado Amorión y a los 42 mártires que permanecieron firmes en su fe cristiana. La muerte de Teófilo y la de al-Mamün, en 842, señalan un corte. Con la mayoría de edad de Miguel III se inicia una política más ofensiva. El empuje árabe de 860, apoyado por los paulicianos de Carbeas, y la campaña del emir de Melitene en 863 que llega hasta la ciudad de Amiso, van seguidas, ese mismo año, por dos grandes victorias, una de ellas conseguida por el tío del emperador, Petronas.

Los griegos en territorio eslavo

Las embajadas bizantinas en Aquisgrán o en Bagdad, en Venecia o en Córdoba, en 839-841, y la llegada de embajadores extranjeros a Constantinopla no constituyen solo una serie que alterna con la de las campañas militares. Son otras tantas etapas

en los contactos de civilización, particularmente entre Constantinopla y Bagdad, a causa de las ocasiones proporcionadas frecuentemente por la guerra, y de la importancia claramente otorgada por Bizancio a las realizaciones califales. Las imitaciones hechas por Teófilo del arte de los palacios omeyas, herederos, sin duda alguna, del Oriente helenístico, constituyen un ejemplo clásico. La negociación sobre los prisioneros se prolonga en este sentido, a causa de las compensaciones y presentes que pone en juego. Un embajador árabe señalaba que había llegado en 861 con «cerca de mil vejigas de almizcle, vestidos de seda, gran cantidad de azafrán y cosas curiosas y nuevas», junto a costosos productos ofrecidos como obsequio y otros que tenían valor informativo. Recíprocamente, el esplendor y el protocolo de las audiencias imperiales y las observaciones hechas en la capital llevaban lejos el prestigio del poder bizantino. Pero en la segunda mitad del siglo estas relaciones internacionales, por lo demás conformes a una tradición secular, dan un giro particular en la misión cristiana pedida y recibida por los Estados del mundo eslavo oriental.

Fuera cual fuera su origen étnico, estos Estados se encontraban situados entonces, por su propia maduración política, ante la opción de una dimensión religiosa adecuada a la elaboración de un poder soberano. Sin duda, sus contactos de todo tipo, y en particular la presencia de prisioneros de guerra, producían en su seno un creciente número de cristianos. Pero el problema no se plantea así en el siglo IX, ni tampoco, por otra parte, en el tiempo ya lejano en que Justiniano hacía evangelizar el Cáucaso: la cristianización era una forma de la romanidad a partir de Constantino, es decir, una manera de integrar un Estado bárbaro en el sistema imperial del mundo en el que encontraba también, y quizás ante todo, su propia referencia política. Si se pudiera resumir en una frase una evolución tan decisiva, diríamos que los viejos politeísmos eslavos o búlgaros llegaban a ser, en

cualquier caso, insuficientes a partir del momento en que el modelo del soberano se perfilaba mejor, en detrimento de la aristocracia que tendía a dominar, y también desde el momento en que este soberano deseaba un reconocimiento internacional de principio, y no solo un tratado en que se aceptara una extensión territorial. El acontecimiento de la conversión de los Estados eslavos es pues, en esta época, una decisión política tomada en la cumbre, aunque su efectiva cristianización fuera otra historia, sensiblemente más larga. Por el lado bizantino, la misión es igualmente una solución satisfactoria para poner en orden la periferia, tradicional también, como acabamos de decir, a la que, no obstante, el auge cultural descrito más arriba dará un relieve y una eficacia sin precedentes. Por último, la misión en tierra eslava, considerada como un nuevo mundo, inmenso y prometedor que se abre entonces entre el Elba y el Danubio, suscita de hecho el interés no solo de Bizancio, sino también del imperio carolingio y del papa. Esto ocasionará una lucha que desembocará, a fin de cuentas, en una división de las influencias que trazará el límite más o menos definitivo entre la Iglesia griega y la latina. Los jazares, como vimos, escogieron el judaísmo aisladamente, a pesar de que la cristiandad de «Gothia» se extendía por su territorio, de Crimea a Kubán y a Kertch, y de que la conversión de sus vecinos, los abasgos, se remontaba al siglo VII. Pero la estructura del poder jazar era también especial. El movimiento misionero se concreta a partir de 860. Ese año, algunos embajadores venidos de Kiev tras el ataque ruso contra la capital habrían recibido el bautismo: al menos eso da a entender una homilía de Focio, a la sazón patriarca. Pero el gesto no fue imitado de inmediato. El verdadero acontecimiento lo constituyen las misiones de Constantino, cuyo nombre religioso era Cirilo, y de su hermano Metodio.

Constantino y Metodio habían nacido en Tesalónica, puerta bizantina del mundo eslavo, de padre funcionario y, tal vez, de

madre eslava. Constantino había estudiado en Constantinopla y posteriormente había enseñado filosofía a instancias de Teoquisto. Su conocimiento del eslavo, apenas diferenciado en esta época de un país a otro, le capacita para resolver el problema esencial de la misión, la escritura de la lengua, condición previa para la difusión del cristianismo en su forma bizantina. En primer lugar, en 860 se dirige a territorio jazar, donde se dice que polemizó en hebreo con los maestros judíos en presencia del soberano. Cualesquiera hayan sido las circunstancias de este paso aislado, Constantino y Metodio son enviados en 863 junto al príncipe de la Gran Moravia, Svatopluk, en respuesta a su petición de un misión. Ambos idearon una primera escritura del eslavo llamada glagolítica (a partir del vocablo ruso *thema*, «verbo»), instrumento decisivo de penetración cultural, y por tanto política, del Imperio. No se está de acuerdo en si fue Moravia o Bulgaria el lugar en que se tradujo el más antiguo código escrito, la *Ley de los justiciables*, calcado del *Eklogé* de León III y Constantino V, el código en vigor en Bizancio en esta época. El bautismo del soberano búlgaro, Boris, se sitúa en 865. La cuestión se venía madurando desde su advenimiento, en 852. Pero Boris se inclina entonces hacia los francos y la alianza franca. Una demostración militar y marítima de Bizancio hizo variar la situación, y Boris recibió el bautismo, sin duda en 865, con el padrinazgo del emperador, que le dio su propio nombre, Miguel, con lo que le convertía en su «hijo espiritual». El parentesco bautismal proporcionaba un nuevo vigor a un sistema, de hecho, antiguo y ya atestiguado en el siglo VI, el de un parentesco jerarquizado entre los soberanos, sistema que alcanzaría su verdadero apogeo en torno a Bizancio en los siglos IX y X. Un segundo aspecto de la conversión del soberano era la situación jurídica de la Iglesia así fundada. Boris deseaba sin duda que fuera independiente, y Bizancio, por el contrario, que dependiera del patriarca ecuménico. En esta coyuntura, Boris di-

rige al papa Nicolás I, en 866, la célebre carta en que le interroga tanto sobre la cuestión jerárquica, como sobre las normas a seguir en lo sucesivo y sobre la posibilidad de conservar algunas costumbres tradicionales, sobre todo en materia matrimonial. Sus preguntas no recibieron una respuesta satisfactoria para él. Añadamos que su bautismo había desencadenado una sublevación de la aristocracia búlgara, en el sentido étnico del término, los boyardos, que durante mucho tiempo fueron hostiles tanto a Bizancio como a la población eslava del país: esta configuración, que se volverá a encontrar en Kiev, demuestra el significado político de las conversiones reales expresado más arriba. Pero la continuación de la historia pertenece ya al reinado de Basilio I, cuando alcanza su máximo esplendor en el Imperio convaleciente el renacimiento de las fuerzas vivas del Oriente cristiano.

Capítulo 8
EL RENACIMIENTO EN EL ESTE

(mediados del siglo IX - mediados del siglo X)

Con la toma del poder por Basilio I en 867, tras la muerte de Miguel III, conviene comenzar un nuevo capítulo. En efecto, hoy en día sabemos que este cambio inauguraba una época de apogeo del Imperio o, mejor dicho, daba el último toque al modelo que debía quedar en la historia general como el ejemplo y la herencia de Bizancio. De hecho, Basilio (867-886), su hijo León VI (886-912) y su nieto Constantino VII (913-957) tienen que justificar a la vez el homicidio inicial, la ruptura así introducida y su propia continuidad dinástica. Resuelven tan bien este problema que la dinastía resiste las conmociones del siglo X, a saber, la minoría de edad de Constantino VII, que introduce el reinado de su suegro Romano I Lecapenos (920-944), y más tarde la minoría de edad de sus nietos, a la muerte de su hijo Romano II en 963. Y lo resuelven como herederos no solamente de la tradición imperial anterior, desde Constantino, sino, más directamente, del auge ideológico y cultural de la primera mitad del siglo IX. Tal es, en efecto, el sentido político profundo de lo que se ha llamado el renacimiento macedónico, de este clasicismo que viene a coronar la empresa cultural de las generaciones precedentes. De modo que los textos e imágenes que constituyen nuestra documentación sobre la historia de estos tres reinados y del de Romano I son en gran parte el producto de una elaboración deliberada, en la que los emperadores tomaron parte personalmente. Esta elaboración, evidente aunque todavía no enteramente elucidada, es el primer objetivo que se impone al historiador del período.

RESTAURACIÓN DE LAS ESTRUCTURAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

Pero veamos en primer lugar el contexto de la empresa política, la evolución económica y social del siglo, en la que la fecha de 867 no impone un corte. Un primer dato importante es la reactivación urbana, acentuada precisamente a partir de Basilio I y a lo largo del siglo X, aunque provenga en parte del auge del comercio a gran escala, ya sensible antes, y aunque suponga, tras las dificultades del siglo VIII, un saldo demográfico restablecido, o al menos un equilibrio demográfico renovado.

El despertar de las ciudades

La documentación del problema está aún incompleta, faltan numerosos datos para dar cuenta de la variedad de emplazamientos urbanos en el Imperio en los siglos IX y X, razón por la que la última palabra sobre la materia ha de proceder de la arqueología. Además, la absoluta prioridad otorgada, desde el siglo XIX, a los niveles antiguos ha dañado irremediablemente diversos emplazamientos urbanos, fundamentalmente en Grecia, y en Atenas en primer lugar. Las indicaciones que siguen son, pues, parciales y sin duda provisionales, pero, no obstante, sugestivas. Corinto cayó en el siglo VIII, a tal punto que las tumbas invadían la antigua ágora: en el siglo IX se vuelve a encontrar alfarería local, monedas e incluso sellos de funcionarios, que prueban que la ciudad recuperó cierta actividad en la organización administrativa del Imperio; en el siglo X se construyó una costosa iglesia, así como otra capilla. En Atenas aparecieron, sin embargo, monedas de los emires árabes de Creta, un lugar de culto musulmán levantado sobre el ágora en el siglo X o a principios del XI, así como iglesias cuya decoración, a base de mármol local, utiliza caracteres cúficos entre los siglos X y XII, lo que supone la presencia de artesanos árabes. Sardes resucita igualmente en el siglo IX, pero no se parece ya a lo que era: a partir de ahora será una ciudad medieval, si se quiere, pero des-

de luego no antigua; posee una fortaleza refugio con un hábitat en terreno llano. En el siglo X, la antigua acrópolis es vuelta a ocupar y el hábitat se extiende por el antiguo territorio, pero a través de islotes independientes entre los que se encuentran cultivos. Éfeso también renace en el mismo momento, pero de la gran y agitada ciudad que fue, se convierte en una ciudad provincial fortificada, cuyo movimiento hacia la acrópolis, se explica sin duda, el menos en parte, por el enarenamiento del puerto. Se ha intentado también considerar los hallazgos de monedas aisladas sobre el emplazamiento como un indicador de la actividad humana: se piensa, en efecto, que la proporción de monedas perdidas por los particulares es más o menos constante en todo momento, y que la variación de su cantidad de un nivel a otro del emplazamiento excavado expresa, en consecuencia, la de la propia circulación monetaria. El método es por supuesto imperfecto. Tropieza en particular con el hecho de que las piezas de un emperador continúan en circulación durante mucho tiempo, al menos medio siglo, después de su muerte. Sin embargo, es sorprendente encontrar un mismo vacío en el diagrama en el caso de Atenas, Corinto, Antioquía y Sardes, un vacío que abarca el siglo VII, el VIII y una parte del IX, mientras que, de manera evidentemente variable, los cuatro emplazamientos acusan una recuperación que empieza, en líneas generales, con Basilio I.

Por último, la función productiva de las ciudades de provincia no se percibe claramente. Además de las construcciones públicas, iglesias, murallas y otras, la arqueología revela, como se espera, un tejido urbano salpicado de cultivos y, por tanto, una división todavía incompleta del trabajo y una producción al modesto nivel de las necesidades locales, pesas, alfarería, en tanto que los cueros o los tejidos corrientes no se han conservado. No obstante, constituye una producción digna de tenerse

en cuenta en relación a la época, como lo muestran las excavaciones americanas de los niveles bizantinos de Corinto.

Lo escrito añade información a la puramente arqueológica y sugiere la interpretación de esta última. En primer lugar, deja constancia de las funciones que recaen en este tiempo en las ciudades. Estas pierden su antigua competencia con la organización de los *themas*: una ley de León VI abroga los últimos restos de responsabilidad de las curias. Pero la administración del *thema*, la sede de un obispo, un astillero, una oficina de la aduana terrestre o marítima conservan aquí o allí, y a menudo juntas, actividades ciudadanas, de las que, a decir verdad, es difícil concretar su alcance local. El término *kastron*, que subsiste en numerosos toponímicos griegos terminados en *castro* (por ejemplo, Palaiocastro), llega a reunir así los sentidos de «plaza fuerte» y de «pequeña ciudad provincial», lo que sin duda encierra un profundo significado. La actividad económica parece ser esencialmente el comercio, de cuyo auge en el siglo IX ya se ha hablado, aunque esto solo es cierto en situaciones favorables, como en Querson, Tesalónica y Trebisonda, las dos primeras en la salida de las rutas del mundo eslavo y la tercera a la llegada de la ruta del Extremo Oriente. Los *panegyreis*, reuniones religiosas, comerciales y lúdicas a la vez, dan cuenta de un tipo muy antiguo, y muy apreciado por los fieles, aunque no enteramente por la Iglesia. La fiesta de san Demetrio en Tesalónica y la de san Juan en Efeso son tradicionales; en cambio, la de san Eugenio de Trebisonda es instituida bajo el reinado de Basilio I. Muchas de estas fiestas permanecen durante siglos, y algunas han llegado hasta nuestros días. Si tal solemnidad no basta para conferir una verdadera importancia comercial a una ciudad, sí es a menudo su signo, y la red de estas jornadas a través del Imperio conserva por su parte un papel específico en las ciudades. Lo mismo ocurre con las oficinas del comercio marítimo, instaladas para controlar el tráfico de viajeros y produc-

tos con el extranjero, y que dependen de la oficina del mar abierta en la capital, sede del *drongarios*, comandante supremo de la flota, cuya nueva importancia caracteriza la estrategia marítima de Basilio I y de sus sucesores. Los sellos de los «jefes y condes» (*archontes cometes*) de estas oficinas manifiestan su actividad, por ejemplo en Sinope y Querson, en Esmirna y Efeso, en Tesalónica, Tebas y Atenas, en Corinto y Patras, en Palermo y Cagliari, sin contar naturalmente los estrechos, entre los que el puesto de Abidos había recibido ya un reglamento aduanero bajo el mandato de Anastasio, a la medida del tráfico comercial asociado a Constantinopla. La hagiografía indica los ejes de las rutas, señala los desembarcos árabes, de los que los emplazamientos excavados prueban que no impidieron la reactivación urbana. La historiografía sugiere algo que estará aún más claro en la segunda mitad del siglo, que la política de reconquista pudo ser, por el contrario, un factor estimulante para determinadas ciudades, en tanto que suponía una punción peligrosamente fuerte sobre la producción de grano.

Segunda juventud de Bizancio

Constantinopla es un caso aparte. En primer lugar por la información: no ha sido posible ninguna investigación arqueológica, salvo en relación al emplazamiento de los palacios imperiales (autoritariamente desprovisto de sus viviendas a principios del siglo XX) y ello solamente en parte. En cambio, existe un incomparable caudal de textos: los relatos de la historiografía y la hagiografía; los protocolos del *Libro de las ceremonias de la corte*, compilado por Constantino VII; el *Libro del prefecto*, reglamento de la actividad artesanal y comercial destinado por León VI a este funcionario, responsable de la gestión de la capital, al que el *Epanagoge*, el código de 879, restituye su antiguo prestigio, situándole inmediatamente después del emperador y el patriarca; los relatos, en número creciente, de los viajeros y

embajadores árabes; los tratados firmados en 907 y 911 con Rusia y Kiev y cuyo texto, perdido en griego, se ha conservado en la más antigua crónica rusa, el *Relato de los tiempos pasados*, del siglo XI, y, por último, la literatura tradicional de las «maravillas» de la ciudad y de sus orígenes más o menos legendarios. A partir de este material se cree adivinar, a pesar de todo, una evolución similar, salvando las distancias, a la de la provincia. Como se recordará, la ciudad estaba rodeada de dos murallas, la de Constantino y la posterior de Teodosio II. El espacio exterior a esta última tendió a despoblarse, mientras que el espacio intermedio no estará verdaderamente ocupado antes del siglo XII: comprende los monasterios y las grandes cisternas. En cambio, el espacio interior densificó su hábitat a partir del siglo VI, con sus casas de madera, rara vez con más de dos plantas, ocupadas por inquilinos. Subsistían, sin embargo, las calles, las plazas, los jardines, las residencias particulares, además del conjunto central del Gran Palacio, que doblaba en densidad todo lo demás. Se ha estimado que, en sus mejores tiempos, en la víspera de la peste de 541-544, o bien bajo el mandato de los Comnenos, la ciudad no sobrepasó nunca los 400 000 habitantes. Esta cifra fue, sin duda, alcanzada por la decadencia del siglo VIII, ya que la población no era suficiente para cuidar las murallas, y un cierto número de cisternas estaban inutilizadas. Pero da, por el contrario, una impresión de recuperación y de actividad tal vez desde 760. En 766, un equipo de obreros repara, durante una sequía, un acueducto derribado tras el sitio de 626. Pero es Basilio I quien hace revisar las cisternas colmadas desde Heraclio.

Tal vez sea ya de por sí significativo que León VI promulgara el *Libro del prefecto*, el primero desde las *Novelas* de Justiniano que reglamentó sistemáticamente la actividad productiva de la capital a través de las asociaciones de oficios, de los chacineros a los notarios, y de los fabricantes de cirios a los mercaderes de

seda. El texto ofrece el cuadro de un consumo urbano diversificado, y por tanto de una activa demanda. El palacio desempeña por su parte una función productiva de lujo, vinculada a su función política. De los talleres imperiales salen los tejidos de seda adamascada, y las placas y cofrecitos de marfil esculpido que servían tradicionalmente para los regalos diplomáticos, que llevaron en el siglo X las imágenes del poder bizantino a la corte de los Otones. El palacio posee asimismo sus copistas y pintores, que ejecutan libros suntuosamente iluminados, y otros simplemente destinados a equipar de textos la biblioteca imperial. El trabajo de la administración central es otra actividad específica de la capital: el palacio adquiere, también en este terreno, una primordial importancia en los siglos IX y X, por las responsabilidades de dirección confiadas a su personal, por el tribunal del emperador, a la vez tribunal supremo y jurisdicción de apelación, por la cancillería y sus expediciones a la provincia. El patriarca dispone de una organización administrativa central. Por último, la propia capital se encuentra siempre bajo la autoridad del prefecto de la ciudad, fundamentalmente encargado de la policía, que dispone también de diversas oficinas.

Desde entonces, Constantinopla es un foco del comercio internacional, y tal vez también su centro de redistribución más importante. Los dos célebres documentos que son los tratados pactados con los rusos en 907 y 911 muestran la significativa indistinción de la diplomacia y del comercio, así como el principio de asignar a los extranjeros lugares de residencia específicos, en este caso el barrio de la iglesia de San Marcos. Los amalfitas son los primeros comerciantes de Oriente que se instalan en la capital: su colonia está presente en 944. Se dedicaban a exportar a Italia mercancías prohibidas para la exportación, como la seda púrpura. Tenemos pruebas de la existencia de una mezquita, a finales del siglo X, pero los musulmanes emprenden antes el camino de la ciudad. Finalmente, los judíos

constituyen desde siempre un grupo, al que se añaden, precisamente en esta época, comerciantes llegados del extranjero.

La tradición urbana de Constantinopla prosigue sin interrupción desde el siglo IV, y en esta primera mitad del siglo X subsisten muchos rasgos antiguos tales como los barrios, el hipódromo o las representaciones de las relaciones entre el emperador y su pueblo. Y, no obstante, es otra ciudad, del monasterio de Studa a la iglesia de Blanquernas, lugar predilecto de las oraciones dirigidas a la Virgen; del palacio a las casas aristocráticas, llenas de parientes, amigos, compañeros de fortuna, abiertas, como el propio palacio, al santo hombre que ve a distancia y predice el futuro, y de los talleres de los artesanos a los mercados de los comerciantes extranjeros. Constantinopla no experimenta ya los sobresaltos del siglo VI, ni aun los del XI, que expresarán una etapa efervescente de su evolución. Tal como es, sigue siendo única en la conciencia de los habitantes del Imperio y en el horizonte de todo el mundo medieval. La distinción entre la capital y las provincias reviste una significación tan grande como la de las ciudades y los campos, a los que brevemente nos referiremos a continuación.

Solidez de la aldea

La historia del campo presenta dos aspectos que conviene asociar sin confundirlos: por un lado, la vida y el trabajo de los campesinos, el hábitat, las técnicas agrarias y las producciones anexas; por otro, la deducción sobre la producción, la relación entre los campesinos y los dueños de la tierra, allí donde estos últimos son distintos, lo que implica el problema del estatuto de los campesinos y, sobre todo, de las formas de dependencia. Hemos visto que los campesinos de épocas anteriores habitaban en aldeas, agrupadas casi siempre, dotadas de una organización colectiva sin duda muy antigua, anterior en todo caso a

la llegada de los eslavos que, por lo demás, no podrían dar cuenta de los hechos orientales: aldeas patrimoniales o formadas por propietarios, o incluso compuestas, reuniendo a unos y otros, cuando no era el caso de un cabeza de familia que se declaraba dependiente de unas tierras y propietario de otras. La época que se inicia en 867 proporciona al estudio histórico del campo documentos que invitan a detenerse en ella. Ante todo, las primeras escrituras de los archivos del Monte Atos, las más antiguas de las cuales datan del reinado de Basilio I, trasladadas al monasterio de Lavra partir de 963, al mismo tiempo que los bienes otorgados y conservados por él hasta nuestros días. A continuación, una serie de leyes (*novellae*) del siglo X sobre las desavenencias entre los campesinos, el fisco y los dueños de la tierra, difíciles a veces de fechar o de restablecer en su texto original a causa de la multiplicación de copias en los libros destinados a la práctica de los juristas, provistos en cambio algunos de ellos de glosas marginales que aclaran su aplicación. También del siglo X es un curioso *Tratado* de percepción fiscal, conocido por un manuscrito de la biblioteca Marciana de Venecia, destinado a facilitar el trabajo de los funcionarios en visita de inspección.

El autor explica en este texto que la aldea comporta normalmente un centro agrupado, pero que la unidad puede romperse en virtud de desacuerdos entre vecinos o de otras circunstancias, como el exceso de población y la fragmentación de una familia convertida en demasiado numerosa. La comunidad aldeana, cimentada en las relaciones de vecindad, que a menudo son también las de parentesco, está gobernada por el consejo de «dueños de casa». Un gran propietario puede estar presente en la comunidad de la aldea si posee una o varias parcelas de la tierra de esta. Por otra parte, el dominio bizantino está esencialmente constituido en esta época, según parece, por un conjunto de rentas y de derechos como la montanera o el pastoreo

sobre la tierra comunal. No existe la corvea de explotación. La prestación personal, atestiguada en los documentos de inmunidad, sigue siendo un requerimiento público, sobre todo para el mantenimiento de los caminos y los puentes. La explotación directa dispone, cuando existe, de esclavos capturados y de asalariados. De hecho, un cuadro fiel exigiría que se estudiaran por separado las regiones y, por tanto, las producciones.

Por otra parte, los campos soportan también, desde el comienzo de Bizancio, lo esencial del impuesto. La comunidad aldeana independiente, y eventualmente el dominio privado o monástico, se constituyen en motor fiscal. El campesino independiente paga su impuesto en el primero y el dependiente en el segundo. La dependencia campesina se define, pues, por sus pagos, no por su estatuto personal, aunque la obligación comunal y fiscal implica desde siempre una vinculación con la tierra. La continuidad del Estado en Bizancio era, en efecto, incompatible con una mengua civil en la categoría de hombres libres, o sea, los no-esclavos. Los historiadores rusos, y más tarde los soviéticos, pudieron, pues, sostener con razón que la renta comunal y la renta fiscal de esta época tenían idéntica naturaleza. Esta propuesta explica bastante bien las relaciones sociales en el campo bizantino de este tiempo y la posición del Estado en el seno de estas relaciones. Se comporta, en efecto, como un propietario eminente, haciendo perseguir a los contribuyentes refugiados en dominios privados, lo que sin duda es un antiguo procedimiento, haciendo responsable a la aldea de las parcelas abandonadas por uno de sus habitantes, y disponiendo, con plenos derechos de propiedad, de las tierras abandonadas más de treinta años (*klasmata*), para enajenarlas por venta, alquiler o donación. Esta confusión estructural implica también el germen de la del dominio público y el dominio imperial, que será flagrante en la época de los Comnenos, posterior etapa de la evolución social de Bizancio. En una palabra, la condición cam-

pesina no podía variar entonces más que en virtud de circunstancias locales. La escala concreta de los recursos campesinos se mide, como antaño y siempre, a través de esta clasificación de origen público, en términos de medios de trabajo y ante todo de labranza. A partir del siglo XI, la propia terminología fiscal distinguirá a los que poseen «un par de bueyes» o «un buey» de los que «no poseen nada», estando inscritos, no obstante, en los registros. Más abajo aún, el campesino «libre» no es titular del estatuto de independencia, ni de ningún otro, está ausente de los marcos fiscales del campo, es un individuo fluctuante. Los documentos del siglo X autorizan su inscripción en el registro de tal dominio monástico, para provecho tanto del fisco como del propietario, siempre dispuesto a aumentar su fuerza de trabajo. Finalmente, más abajo solo se encuentran los esclavos, mano de obra de la familia campesina o de los dominios, a manera de asalariados de refuerzo.

El principio de clasificación fiscal de los campesinos no tiene nada de sorprendente, pues el campo es ante todo proveedor del grano, necesidad vital de las ciudades y los ejércitos. Tanto los dueños de la tierra como los campesinos tienen acceso al mercado, cosa que es muy necesaria ya que estos últimos pagan sus impuestos y sus cánones en especie en su mayor parte. Existe el mercado comunal, que incluso parece ser una ventaja codiciada por los grandes propietarios. Para el abastecimiento de Constantinopla se echa mano sin duda de las haciendas de los alrededores de la ciudad, de Bitinia, de Tracia: por Tesalónica pasa una vía terrestre, mientras que el puerto de Rodosto recibe el trigo por mar. Al este, otro itinerario que pasa por Trebisonda exporta hacia Querson el trigo de las riberas del mar Negro. Lo que no excluye, en cambio, que el trigo búlgaro sea importado a través de Mesembría y Anquialo. Pero recuérdese la frecuencia de los desplazamientos de las poblaciones transplantadas a Tracia: la práctica sigue en vigencia, y asegura sin

duda no solo una mejor cobertura de la frontera, sino también un refuerzo de la mano de obra, variable esencial de una productividad cuyas técnicas no cambian.

La expansión de las grandes fortunas

El Estado, titular de la renta fiscal, se comporta, como hemos dicho, como un propietario eminente. Dos importantes variables concurren en el orden social de los campos: la propia superficie de los propietarios y el reparto de las detracciones sobre el producto de la tierra entre el Estado y los propietarios. Se puede, pues, clasificar a estos últimos en virtud del viejo principio de la inmunidad, que dispensa al beneficiario de las contribuciones extraordinarias, de hecho las más pesadas, en compensación de una tarea particular de interés general. Los bienes monásticos pertenecen a esta categoría, ya sean los conventos independientes, propiedad de otros conventos o de particulares que a veces son sus fundadores, entre los que se cuentan los propios emperadores. La época es testigo de un desarrollo del monaquismo en nuevos centros. La segunda mitad del siglo IX presencia un hecho capital para la historia cultural de Bizancio: los inicios de la institución monástica del monte Atos, atestiguados en la larga *Vida de Eutimio el Joven* (823/824-898) y los primeros documentos oficiales. El lugar está protegido por su aislamiento peninsular, y dispone al mismo tiempo de aperturas favorables a las rutas terrestres y marítimas. Tal vez la población eslava de Calcídica le confiera una función regional de «desierto» desde el final del siglo VIII. Un oscuro asceta, Pedro, es objeto de un canon (poema litúrgico) que se remonta al reinado de Teófilo. Pero el verdadero desarrollo se atribuye a Eutimio el Joven, que llega del Olimpo de Bitinia a Atos en busca de soledad hacia 859. En 871 funda el convento de Peristerai, en Calcídica, y su compañero Juan Colobo funda

el de Colobu, primero en Siderocausia y luego, más en el interior, en Hieriso, en el mismo estrecho de la península. Una resolución de Basilio I, fechada en 833, libra a esta tanto de los funcionarios recaudadores de impuestos como del habitual pastoreo de los habitantes, pero la primera delimitación entre Hieriso y Atos no tiene lugar hasta 942, en el mismo momento (941-942) en que esta última recibe su primera renta, deducida por Romano I de los ingresos de un convento que le pertenecía. Una acta de 908 la hace independiente de Colobu, y menciona por primera vez, a propósito del paso dado por los monjes atónitas con este motivo, el envío a la capital de un *protos* (primero), dirigente de la colectividad. Un acta de 958 habla del *protos* y de las tres asambleas anuales, es decir, la institución convertida ya en tradicional. La montaña reúne entonces las formas de vida solitaria o semisolitaria y las comunidades del monaquismo griego. El convento de Xeropótamu es anterior a 956. Pero las grandes fundaciones no comienzan antes de 963.

La justificación de las inmunidades que el emperador otorga a las fundaciones monásticas, y de las donaciones de tierras o de rentas que reciben, hace hincapié sobre el papel intercesor de los monjes, cuya función de «padre espiritual» que les corresponde siempre en la sociedad es una aplicación. Su labor asistencial apenas es invocada como lo era en el Oriente de los siglos IV-VI, o como lo será en la capital en el XII. El cambio remite sin duda a la disminución de la población, sobre todo en las ciudades convertidas en bizantinas después del siglo VII. Por otro lado, el desarrollo patrimonial de los monasterios atónitas desde el siglo X no puede explicarse sin la renovación de la población aportada a la región por los eslavos. Un célebre informe del monasterio de los Iberos (Iviron) nos da, en el siglo X, un ejemplo referido a los alrededores de Tesalónica, y muchos otros documentos lo atestiguan en los siglos X y XI, a través de

los nombres eslavos de algunos campesinos y a veces de algún lugar.

Los bienes militares, soporte del servicio armado en los *themas*, constituyen igualmente, como hemos visto, una categoría estatutariamente inmune. El sistema está plenamente atestiguado, al menos en lo referente a la segunda generación, por la *Vida de Eutimio el Joven.* E\ mismo, y aún más otro héroe de la hagiografía, Lucas el Estilita, en el siglo X, aparecen situados a un buen nivel de la escala de la propiedad territorial; son miembros de una «casa» propietaria de un patrimonio inmune a cambio del servicio que presta uno de sus miembros. Tal patrimonio puede, por otra parte, ser fraccionado entre varios propietarios y el servicio personal puede ser conmutado en especie, según la antigua costumbre. Una ley de Constantino VII concreta la situación social de esta clase fiscal hacia mediados del siglo X. El legislador prohíbe las enajenaciones que rebajen el valor global de determinado patrimonio por debajo de 4 libras para el ejército de tierra de los *themas* y de sus flotas, y de 2 libras para los marinos de la flota imperial. Respecto a las muy poco numerosas cifras de los documentos de los archivos de los siglos IX y X, el valor mínimo de 4 libras aparece ya alejado del nivel inferior de la escala patrimonial, y por tanto social. Sin duda, la época señala el apogeo de la institución. Pero esta no es en ningún momento el único soporte de la guerra, y menos aún del propio reclutamiento. Las aldeas independientes y los dominios proporcionan reclutas a manera de impuestos, como se recordará. Sobre todo, el reclutamiento de mercenarios entre las etnias de la frontera y los extranjeros es una vieja práctica cuya importancia no cesa de crecer desde el principio del siglo X, en las mismas fuerzas themáticas, así como en la marina y las fuerzas centrales (*tagmata*), de las que forman parte especialmente los rusos a partir de principios del siglo X. Los cimientos sociales de los grandes jefes de guerra son, en fin, mucho más

complejos en relación a su primordial importancia política, por lo que trataremos de ellos más adelante.

Los «poderosos» y los «pobres»

En resumidas cuentas, a quienes distinguimos peor es a los propietarios laicos, desprovistos de títulos estatutarios para la inmunidad, pues desgraciadamente carecemos aún de documentos de archivos en relación a este período, y nos debemos basar principalmente en textos jurídicos y narrativos. Siempre existen propiedades del emperador, mal diferenciadas de las del Estado, ya sean bienes modestos, inscritos en la instancia fiscal de una ciudad o de una aldea, ya propiedades considerables, como las de la familia Maleinoi en la región de Carsianon; o incluso señoríos armenios fronterizos convertidos en mandos militares en el siglo X. En líneas generales, la matriz de la aristocracia militar y política cuya expansión caracteriza al siglo X, de León VI a Basilio II, es incuestionablemente el centro y el este del Asia Menor, y sus propiedades se encuentran allí, cuando las posee.

La historia social de los campesinos y la de los dueños de la tierra marchan, pues, a la par por sus relaciones con el Estado. Las concesiones de inmunidad, conservadas en los archivos monásticos de los que disponemos, enumeran exactamente los casos de exención de impuestos para sus beneficiarios, cuya lista nominal ofrece el documento. El Estado renuncia así a una parte de su renta fiscal. Pero el reparto más significativo, y el más conflictivo también, es puramente práctico. Los funcionarios, que compran su cargo y que son pagados en el acto por los contribuyentes o los justiciables, agravan desde siempre el descuento fiscal, tanto como pueden, en su propio provecho, aunque, es cierto, han de soportar la eventual responsabilidad de un déficit en la percepción. Los grandes propietarios se esfuer-

zan a la vez por extender el campo de dependencia y reducir su propio pago fiscal. Las *novellae* del siglo x describen, a fin de condenarlos, los procedimientos ya clásicos: desplazamientos fraudulentos de los límites del dominio reconocidos por el registro fiscal, entrada en la comunidad aldeana por ventas o donaciones ficticias, comparables a la cesión de lo precario de Occidente, o incluso convirtiéndose en el hijo adoptivo de un campesino miembro de la comunidad.

Los propietarios usurpadores son conocidos como los «poderosos», detentadores de una parcela del poder público, lo que les proporciona capacidad de presión o de protección. Los miembros de la jerarquía episcopal o monástica pueden contarse entre ellos, al igual que determinado campesinado pujante. Se instaura así una rivalidad en la detracción sobre el producto de la tierra entre el Estado y los «poderosos», cuyo motivo pudo ser, qué duda cabe, el prestigio político y social tanto como el beneficio propiamente dicho. El envite está constituido por los propietarios desprovistos de poder. Los más modestos de los bienes militares pueden verse así afectados, lo que explica la insistencia de la ley sobre su carácter inalienable. Pero los poderosos anexionan ante todo los bienes de los campesinos independientes, que el legislador designa con un término tan significativo como los «pobres», en un sentido menos económico que social de la palabra. Bizancio da cuenta, pues, de la misma pareja *potenslpauper* del Occidente carolingio. Los «poderosos» penetran, como se acaba de decir, en las comunidades independientes que acaban por privatizar. El legislador se dedica, en consecuencia, en la primera mitad del siglo x, a reafirmar el antiguo derecho de «preferencia de compra» reconocido a los «próximos», vecinos, parientes, aliados y fiscalmente solidarios, mientras que León VI lo había debilitado.

En 927-928 una hambruna que sigue a un invierno riguroso arruina a muchos «pobres»: una *novella* de 934 se esfuerza por

paliar las catastróficas enajenaciones que se habían hecho y otra de 947 debe volver a dictar las mismas disposiciones. Esta lucha de la administración contra las fuerzas locales, llevada por una y otra parte al corazón del poder público, no es ninguna novedad. Ya la habíamos observado en el siglo VI, e incluso antes. Pero la fisionomía de los unos y los otros, así como la misma teoría del poder público han cambiado. ¿Se está llegando a una Bizancio feudal? El problema no se planteará verdaderamente hasta después del 960.

LOS «MACEDONIOS» SE INSTALAN

La figura imperial disfruta, a partir de Basilio I, de una elaboración teórica más rica al deber la dinastía su existencia a un homicidio, a lo que se añade la brillantez general de la época comenzada con Teófilo: en la cumbre de la sociedad imperial, en el corazón del mundo visto desde Bizancio, el soberano requiere una ilustración sin precedente, cuya sabia cultura enriquecerá el discurso, y de la que la iconografía se hace eco. Conviene también prestar una atención particular a las devociones imperiales: Cristo, cuya imagen ha vuelto a ocupar su lugar por encima del soberano en la Sala de Oro del palacio con Miguel III; la madre del Señor, protectora de la capital desde el sitio de 626, como se recordará, cuyo culto conoce un gran fervor en los siglos IX y X y concretamente por parte de algunos soberanos; san Miguel, el guerrero; san Elias, al que Basilio profesa un culto que se podría explicar por la fisonomía celeste y solar que corresponde al profeta en Bizancio, en virtud de su carro, e incluso, tal vez, de su nombre (del griego Helios, «el sol»).

Basilio y Focio: un nuevo comienzo

Basilio se instala en el palacio imperial. Se hace representar en la pared de la Sala de Oro con su esposa y sus hijos, donde se pintan también sus campos. Edifica en el complejo palatino la iglesia Nueva (*Nea*), consagrada en 881 a Cristo, a la Virgen, a Miguel y Gabriel, al profeta Elias y a san Nicolás. Asimismo hace construir una iglesia dedicada al profeta Elias en el palacio de verano de Hieria, cerca de Calcedonia. Pero antes de seguir adelante es preciso hacer mención de sus relaciones con la Iglesia, y más concretamente con el patriarca Focio.

En el momento en que Basilio toma el poder, la sede patriarcal está ocupada por Focio y en una situación de ruptura con Roma. Basilio hace intervenir a Ignacio, buscando así el apoyo de Roma y de los intransigentes; con esta finalidad le envía a Roma las actas del concilio de 867. La reacción romana es contundente. En 869-870, Focio es condenado, Ignacio rehabilitado y los hombres ordenados a partir de 858 suspendidos, a menos que reconozcan por escrito la supremacía pontificia. Focio, aunque exiliado, conserva su influencia. Incluso regresa a Constantinopla en 873, vuelve, sin duda, a enseñar en el círculo de la Magnaura y dirige la educación de los hijos de Basilio I, entre los que se cuenta el futuro León VI. Se reconcilia con Ignacio. Por lo demás, este último disentía de Roma en relación a la cristiandad búlgara en que tomaba partido a favor de Constantinopla: de este modo se interferían, en sentido contrario, la cuestión eclesiástica y la cuestión política. A la muerte de Ignacio, en 877, Focio vuelve a la sede patriarcal y la ocupa hasta 886. En 879, convoca un concilio al que acuden legados pontificios y que le rehabilita mediante concesiones de Roma a Bulgaria. Tras la muerte de Basilio I, es destituido y sustituido por Esteban, hermano del nuevo emperador. Muere retirado hacia 893.

Focio es una figura primordial del siglo IX, determinante para el futuro. Como vimos más arriba, compuso la *Biblioteca*, al

tiempo que se dedicaba a la carrera pública bajo el reinado de Teófilo. Hizo además una labor de hombre de Iglesia, cuando escribió durante su primera deposición, entre 868 y 872, sus respuestas sobre cuestiones difíciles a Anfiloquio, metropolita de Cízica, las *Amphilochia*. Fundamentalmente, hizo oír la voz patriarcal del Imperio Bizantino y de la romanidad cristiana. Predica en Santa Sofía, donde algunos de sus sermones señalan acontecimientos de profunda resonancia: el primer ataque de los rusos en 860, la colocación o reposición en la Iglesia de una imagen de la Virgen, que manifiesta el lugar que ocupa en la devoción imperial de Basilio I. Será el inspirador del prólogo que encabeza el *Epanagoge (Restauración de las leyes),* que se sitúa después de 879, carta completa en lo sucesivo de las relaciones entre las dos figuras, la del emperador y la del patriarca, el primero responsable del bienestar del Imperio, defensor de la ortodoxia del dogma, intérprete y responsable de las leyes; el segundo, único intérprete de los cánones y los concilios. Esto es una buena muestra de la interpretación específicamente bizantina de las relaciones entre el poder político y militar, y el poder religioso, modelo para las cristiandades eslavas, y sobre todo, más tarde, para la tercera Roma moscovita; y también del desarrollo lineal de las premisas constantinianas, con la continuidad de los dos poderes unidos en la misma capital, en el sentido simbólico y no solamente geográfico que hay que dar, como hemos dicho, a este término en el Imperio Romano cristiano. Pero en una capital que no era sin embargo más que la Nueva Roma, la segunda, mientras que el papado recogía solo la eminente dignidad histórica e imperial de la primera. Esta fundamental diferencia puede explicar la diferente evolución del problema de los dos poderes, en Occidente y en Bizancio.

La solución bizantina no tiene nada que ver con el concepto confuso y sin fundamento de «cesaropapismo», inventado por algunos historiadores de Bizancio. Está, en cambio, en la base

de la discordia entre las cristiandades latina y greco-eslava. Desde este punto de vista, se concibe que se haya atribuido a Focio el *Nomocanon en XIV títulos* (883). El Nomocanon, concordancia entre las leyes (*nomoi*) y los cánones, presentada metódicamente, esbozada ya en el siglo VI, se remonta en su primera forma al siglo VII. La redacción del siglo IX produce a su vez el nacimiento de una posteridad que se prolonga hasta el siglo XVI, bajo la dominación turca, y que vuelve a encontrarse, por otra parte, en la cristiandad rusa. Por último, la biografía del patriarca Ignacio, que escribía entre 901 y 912, afirma que Focio compuso para Basilio una genealogía tan brillante como falsa, que escribió «en caracteres antiguos», y que la ocultó en la biblioteca imperial, de donde un cómplice la sacó ante el soberano. Más adelante trataremos el tema historiográfico de la dinastía, elemento esencial de su política. Señalemos solamente que Focio desempeña en esta malévola narración el papel que fue efectivamente el suyo cerca de Basilio y que él representa ingeniosamente, a todas luces, el papel de teórico del poder imperial.

Unificación, legislación, enciclopedismo

La historia interna del reinado de Basilio I ilustra, en gran medida, la definición que se le da a mitad de su trayectoria. Su observancia ortodoxa se traduce políticamente en el intento, en gran parte conseguido, de reducir las disidencias culturales de todo tipo. Los eslavos de Macedonia y de Grecia constituyen el objeto de un sistemático esfuerzo de integración, de helenización y de cristianización que no se verá totalmente coronado por el éxito, como atestigua, bajo el mandato de Romano I todavía, la sublevación que a finales de 921 o a principios de 922 abre el Peloponeso a la invasión búlgara. En 873 o 874 está atestiguado un decreto de bautismo obligatorio de los judíos

por una *novella* de León VI, y por un curioso testimonio judío, el *Libro genealógico,* compuesto en honor de su linaje, a mediados del siglo XI, por un tal Ahima'az de Oria, cerca de Otranto. El autor ofrece en un hebreo versificado historias de milagros y sortilegios que deben sin duda mucho al ambiente del sur de Italia de su época, preciosas indicaciones sobre la situación, a menudo mediadora, de los judíos de la región en el siglo IX, entre bizantinos, árabes y lombardos, y un relato de este infortunio, del que, según él, se libró la comunidad de Oria gracias a la intervención del rabino Chefatia, abuelo del narrador. Una vez en Constantinopla, convenció al emperador, tanto por su talento polemista como por la curación de su hija endemoniada. Si la medida de excepción es cierta, tal vez se explica en el contexto de esta región de Italia, donde acababa de comenzar, como se verá, la reconquista bizantina.

La cruzada contra los paulicianos de la frontera oriental constituye un éxito completo del reinado de Basilio I, al menos en el plano más aparente de las operaciones militares. La guerra empezada en tiempos de Miguel III prosigue con las incursiones que lleva a cabo Crisoqueir, yerno y sucesor de Carbeas, hasta Éfeso y Nicea en 869. Es entonces cuando se sitúa la embajada a la que Pedro de Sicilia se refiere en su informe sobre los paulicianos. En 872, Crisoqueir emprende una campaña en Galatia, y resulta muerto por uno de los suyos en el curso de una batalla con los bizantinos. Basilio lanza otras ofensivas contra Melitene en 873 y en 876. Por último, en 872, la caída de Tefrik señala el final del paulicianismo militar y político, cuyo desarrollo favorecido por los emires de Melitene y Tarso hemos visto ya. Esta victoria forma parte de la empresa de reconquista puesta en marcha por Basilio en Oriente. Entre 871 y 882, Bizancio vuelve a adueñarse, en efecto, de los pasos del Tauro y del Antitauro, garantes de su protección. Pero el problema religioso sigue abierto: los bogomilos a partir del siglo X,

en Bizancio y los Balcanes, y los tondraquitas en la Armenia del siglo XI podrían ser a su vez los retoños de la vieja corriente que despreciaba la carne y la jerarquía, el engendramiento y el mundo, que la cristiandad de Oriente conocía desde el siglo IV. Nos encontramos frente a un problema de continuidad que sigue sin aclararse.

Basilio I es también, conforme al modelo, un emperador legislador, el primero del siglo IX. Más arriba hemos hecho alusión al *Epanagoge*, de 879 como muy pronto, cuya aplicación no es, por otra parte, segura. A partir de 876, el *Manual de las leyes* (*Procheiron*) vuelve a tomar la legislación privada y penal corriente del *Eklogé* de los emperadores León III y Constantino V, al tiempo que utiliza las *Institutas* de Justiniano. El *Epanagoge* afirma de manera patente la referencia clásica indispensable en lo sucesivo, no solo en la apertura teórica ya evocada, sino en la misma ordenación de los capítulos, que empieza por las definiciones de derecho público como emperador, patriarca o prefecto de la ciudad, ausentes del código del siglo VIII, y no por los esponsales y matrimonios como este último. Además, Basilio ordena una revisión general del cuerpo de las leyes (*Anakatharsis*), que no dará de hecho su fruto hasta la época del mandato de su sucesor. Se hace leer «relatos históricos» y vidas de hombres ilustres, y se informa asimismo sobre la disciplina y las acciones de los santos de su tiempo. Se conserva una colección de homilías de Gregorio Nacianceno para el uso litúrgico, hecha por él entre 880 y 886, y adornada con una serie de pinturas suntuosas, a cuya cabeza se encuentra su propio retrato y el de su esposa, entre sus hijos León y Alejandro, así como imágenes de la soberanía cristiana: el arcángel Gabriel coronando a Basilio bajo una gran cruz con la leyenda: «¡Jesucristo vencedor!», y Cristo dominando la escena y bendiciendo con un libro en la mano. Este manuscrito, insigne producto del taller imperial, presenta la expresión iconográfica de la ideología imperial que

sigue siendo la del siglo X, la forma y el fondo del modelo en el que el joven imperio otomano se inspirará tan acertadamente. A pesar de todo, Basilio no fue todavía en sí mismo un emperador docto, aunque conozcamos bajo su nombre las instrucciones a su hijo, una especie de espejo del príncipe. La sabiduría y la escritura de una obra propia como rasgos inherentes a la figura imperial solo se perfilaron firmemente en su hijo León VI, y sobre todo, en su nieto Constantino VII.

La obra legislativa de León VI no es quizás a este respecto la más significativa, aunque marca una etapa importante en el compromiso clasicista que inaugura la ideología de los sucesores de Basilio I. Las *novellae,* dirigidas en su mayor parte al favorito Estiliano Zautcés, muerto en 896, deben sin duda mucho, si no todo, a este último, al que volveremos a encontrar más adelante, y manifiestan el deseo de este tipo de textos de poner al día, o de completar, el derecho vigente. En cambio, la gran obra de las *Basílicas* (*Basilika,* «las Imperiales») emprendida bajo el reinado de Basilio I, como hemos visto, ofrece un repertorio metódico del derecho clásico, o sea, del justiniano, que será a su vez objeto de *scholies* («comentarios») y, desde el siglo X sin duda, de un resumen (sinopsis) enriquecido por la continuación de las *novellae* imperiales a partir del siglo X, y diversos fragmentos, para uso de los funcionarios que eran a menudo sus poseedores. Se han conservado numerosos manuscritos a partir del siglo XI.

Después de todo, era tradicional que el emperador distinguiera con su nombre y su voluntad, sino con su puño y letra, una obra jurídica. Sin embargo, se atribuye también al propio León VI una producción que no tiene los mismos precedentes. En primer lugar, un *Tratado militar* (*Taktika),* nutrido de referencias a los tácticos antiguos, pero, no obstante, de una inspiración teórica absolutamente contemporánea en la definición del emperador como responsable de la paz y, por esta razón,

obligado a hacer la guerra, y principalmente en la del general, cuyas cualidades guerreras están fundadas en la nobleza de su origen. A continuación, las homilías pronunciadas desde el púlpito de Santa Sofía, como el elogio fúnebre de su padre: notable intrusión del soberano político en el terreno eclesiástico, que ofrece una prueba más, si es que era necesaria, de la unión de los dos poderes en el modelo bizantino, aunque estallasen los conflictos entre sus titulares o en sus definiciones. Y, por último, la historiografía oficial subraya que León IV era un cualificado copista.

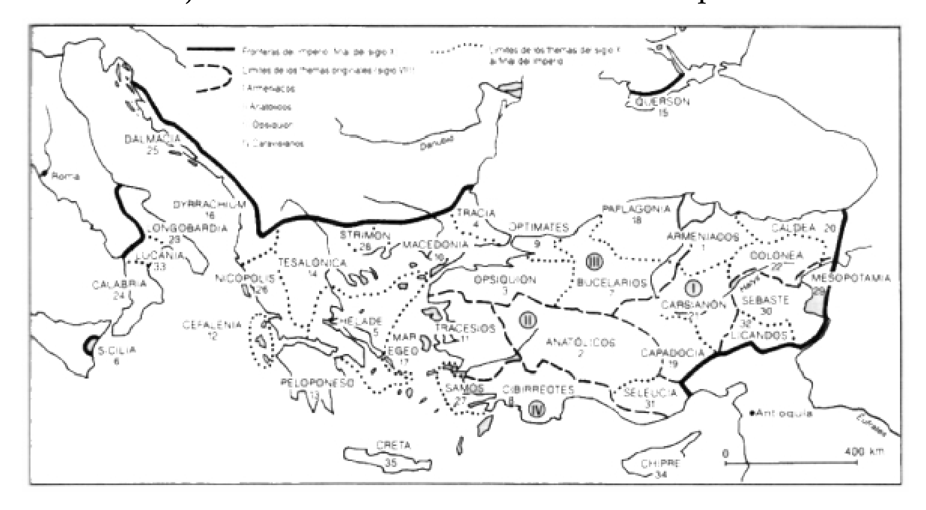
La competencia cultural del emperador culmina con Constantino VII, aunque sin duda es insuficiente su explicación no solo por una inclinación personal, sino por la inacción en la que le deja, hasta 944, el gobierno de su suegro Romano I Lecapenos, convertido en emperador gracias a la corta edad del porfirogéneto. Por el contrario, cabe pensar que la responsabilidad ideológica del poder soberano no estuvo nunca en manos de su legítimo heredero, incluso cuando Romano I asumía la práctica. Dejando aquí de lado sus *novellae*, los discursos y el *Libro de las ceremonias*, Constantino compuso dos tratados, *De los themas* y *De la administración del Imperio* (título dado a la primera edición en 1611). Este último, escrito entre 948 y 952, considera las relaciones con los pueblos bárbaros, sus principios y su práctica, que varían de uno a otro caso. Nos proporciona no solo una compleja teoría de las relaciones internacionales de Bizancio, sino también un conjunto de valiosas noticias sobre el pasado y el presente de los pueblos en cuestión, rusos, pechenegos y turcos. Posteriormente, Constantino aparece como el inspirador y organizador de un trabajo colectivo de gran envergadura, que se hace por medio de la biblioteca constituida en el palacio y del taller de copia del que disponía esta última. El trabajo consiste, en primer lugar, en la compilación de repertorios de textos antiguos sobre determinados temas, como

las labores de la tierra (*Geoponika*), las emboscadas o las embajadas; dan prueba, al igual que sus semejantes de Bagdad, de la afición del siglo x por las enciclopedias, característica de una época de equilibrio y clasicismo. Pero también constituye un trabajo historiográfico, el más importante para nosotros, que establece bajo su dirección la historia oficial no solo de la dinastía, sino también la de los soberanos que le precedieron en los siglos VIII y IX: su objeto era mostrar la perfecta continuidad del poder, constantemente en las manos de los hombres más dignos. Encarga a un equipo anónimo, conocido como «los continuadores de Teófano» una serie de biografías imperiales, a partir de León V, que reflejan también el gusto de la época, lectora de Plutarco. El propio Constantino aparece, con cierta verosimilitud, como autor de la *Vida de Basilio,* importante narración donde se da cuenta de los prodigios anunciadores de su grandeza futura, desde la antigua águila que se cierne sobre su sueño de niño hasta las visiones piadosas, las virtudes del buen soberano y, sobre todo, la misericordia fiscal, así como la genealogía que hacía de Basilio un descendiente de los reyes arsácidas de Persia, la misma de la que sin duda Focio había hecho una primera redacción. El último libro alcanza de hecho hasta 961. Constantino encargó también a José Genesio un *Libro de los emperadores,* de León V a Miguel III.

El discurso del palacio

La historia más evidente de Bizancio entre 886 y 959 se nos presenta, una vez más, a pesar de todo, centrada en el palacio. El sentido del espacio palatino y de las ceremonias que allí se desarrollan está ilustrado de manera fehaciente por el tratado de las prelaciones (*taktikon*), fundamentalmente para las comidas imperiales, compuesto por el maestro de ceremonias Filoteo en 899. El autor señala en el texto el lugar de cada uno en

función de su dignidad; por ejemplo, la del patricio y de su cargo: sitúa así la jerarquía episcopal, militar, civil, los servicios y guardias del palacio, los «amigos búlgaros» y otros mandatarios. Para Filoteo, el sistema de días festivos en el palacio no es más que el propio sistema imperial, por lo que este documento adquiere un relevante interés. Constantino VII, en su *Libro de las ceremonias*, hace hincapié más en el desarrollo mismo de las ceremonias que en las prelaciones, en relación a las fiestas del año cristiano o imperial, las etapas de la vida en la familia imperial y las recepciones particulares. Tampoco faltan los relatos de los embajadores árabes referentes a todo este período.



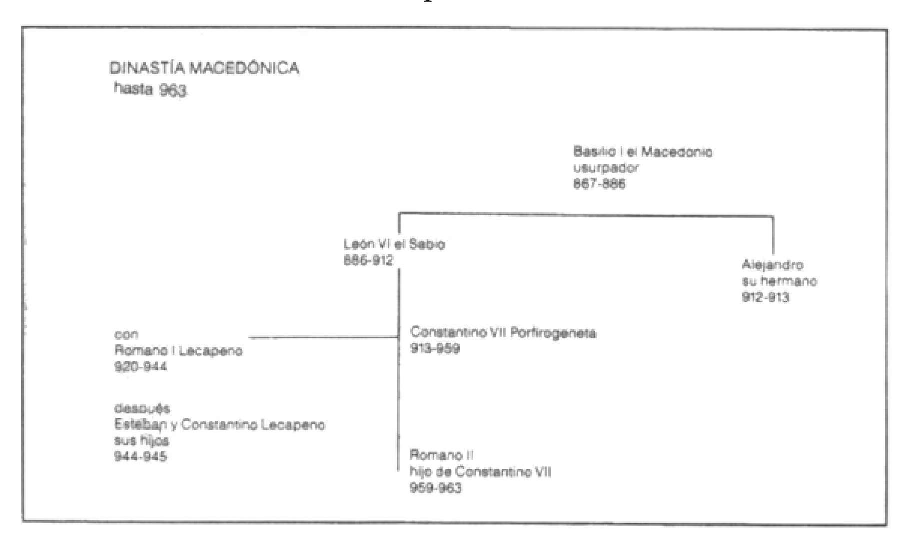
Los themas bizantinos en los siglos VIII-X.

Pero el palacio no es solo el escenario de la pompa soberana, se convierte también, a lo largo de diversas generaciones, en un organismo de gobierno y administración cuyos documentos de archivos conservados o mencionados dan cuenta de su funcionamiento: tribunal de apelación, o jurisdicción directa para determinados monasterios, oficina fiscal donde se redactan los documentos de inmunidad o de donación, etc. Desde finales del siglo IX, la cancillería imperial expide los *chrysobulloi*, los documentos sellados con el sello de oro imperial, que se distinguían por una escritura especial, con palabras escritas con tinta

roja, y una firma autógrafa refrendada por el «encargado del tintero». Finalmente, de lo que acabamos de decir, es fácil concluir que el palacio es un centro de decisión política de impulso ideológico. La celebración de la grandeza y de la victoria imperial, de los banquetes festivos y de los matrimonios es confiada a los discursos del orador de palacio. Esta función la cumplió, en 901-902, Aretas de Patras, nacido hacia la mitad del siglo IX y convertido después, hacia 902-903, en arzobispo de Cesárea de Capadocia. Aretas, partícipe en los manuscritos, sobre todo en los de filósofos antiguos, entre los que se cuenta uno de Platón en dos volúmenes revisado por su puño y letra, desarrolla la correspondencia estructural entre Cristo y el emperador en un lenguaje cuyo sabio virtuosismo, en el límite de lo inteligible, no es, o al menos no exclusivamente, deleite de pedante o guiño sabihondo: el uso de las palabras y la retórica antigua significan que el presente es tan grande como el pasado, ya que la grandeza imperial es inmóvil e inmutable. A partir de aquí se comprende que la actividad cultural de León VI y de Constantino VII no fuera tampoco un simple capricho de hombres de elevada dignidad, sino una parte integrante de su obra de soberanos.

Las otras fuentes, aunque no emanen del palacio, no se comprenden más que en función de él. Es por definición el punto de mira del relato historiográfico, sea cual sea. A las obras citadas más arriba se añade una crónica que continúa la de Jorge el Monje, escrita bajo el mandato de Miguel III, e interrumpida el año 842. Su tradición manuscrita, aún incompletamente analizada, está llena de adiciones, variantes y continuaciones bajo nombres de autores de los que apenas sabemos nada, como es el caso del continuador de Jorge el Monje, Simeón el Magistros, o el Logoteta (funcionario de finanzas), y algunos otros. Y de hecho poco importa, pues, al nivel de los relatos en sí mismos, se distinguen perfectamente las polémicas, sobre todo en torno

a Basilio y Focio, en cuyo tono y propósito los autores manifiestan su pertenencia a la alta función pública, o a algún ambiente aristocrático de la capital. El palacio como lugar político es también el punto de mira de las biografías patriarcales. Dos de ellas revisten un particular interés, la *Vida de Ignacio* y la *Vida de Eutimio*, que aparecerán en el momento de la crisis desencadenada por el cuarto matrimonio de León VI. De hecho, la *Vida de Ignacio* está escrita por Nicetas, convertido en el monje David, en el contexto de esta crisis. Ignacio es presentado como ejemplo de la resistencia de la Iglesia a la omnipotencia imperial, frente a los compromisos de Focio. Es también un ejemplo de la misma virtud que propone el monje contemporáneo del patriarca Eutimio al componer la *Vida* de este último en el monasterio de Samada, fundado por él.



Implantar una dinastía

Los relatos relativos al palacio y al poder imperial están lejos de representar todo lo que nos queda como fuentes referentes a los años que van de 867 a 957. Pero ocupan, por así decirlo, el primer lugar en la escena y dan cuenta de los acontecimientos

en un medio restringido pero abierto, determinante, ya que es el de las decisiones políticas. El emperador está rodeado por un doble círculo: en primer lugar, los grandes, sobre todo los jefes militares y sus parientes; a continuación, todos los allegados al soberano más allá de su propia familia, como son los consejeros, los favoritos o eunucos a su servicio personal y los monjes, todos ellos también con sus familiares: a esta altura de la competición política nadie está aislado. Los historiadores de Bizancio hicieron antaño caso omiso de estos vínculos, cuya importancia está sin embargo puesta de manifiesto por la atención que les otorga la historiografía. Las redes familiares se consolidan, se rompen, desaparecen o se mantienen unidas en su más elevada expresión, y así se va tejiendo la historia de la clase dirigente en la medida en que gravita alrededor del trono y del palacio.

Basilio tuvo cuatro hijos. Constantino, el preferido, nació de su primera mujer y fue asociado al Imperio en 869. León era tal vez hijo de Miguel III y no de Basilio. Eudocia dio a luz también a Alejandro y Esteban. Basilio asoció asimismo al trono a León, en 870, y a Alejandro poco después de 871. Constantino murió en 879, y León se convirtió desde entonces en el presunto heredero. El emperador lo casó con Teófano, descendiente del linaje de Martinacio, al que posiblemente perteneciera también Eudocia Ingerina. León le era hostil, e incluso llegó a apartarlo de él durante un tiempo. El autor contemporáneo de la *Vida de Teófano*, un laico familiar de los Martinacios, atribuye esta actitud a las sospechas despertadas en el ánimo de Basilio por el monje mago Teodoro Santabarenos. El día de san Elias tuvo lugar una solemne reconciliación. Y en 886, antes de morir a causa de un accidente de caza, Basilio designó a León su sucesor. Alejandro quedó como coemperador y León sustituyó a Focio por Esteban. Esta reunión de las supremas funciones en la hermandad imperial es significativa. Caracteriza un modelo

que el imperio otoniano aplicará a su manera, cuando Brunon, hermano de Otón I, sea arzobispo de Colonia. O, si se quiere, es una primera aplicación de la figura familiar, consanguínea o metafórica, que traduce la estructura política de este tiempo.

León abandona a su esposa: la biografía de esta mujer, su hagiografía más bien, la pintará como seguidora de una vocación ascética, puesta de relieve por los milagros operados posteriormente en su tumba. Desde el siglo X, figura, en efecto, en el calendario de los santos de la Iglesia bizantina. León «se une amistosamente», según la expresión de su tiempo, con Zoé Zantcina, cuyo marido había sido envenenado a raíz de esta relación, y la lleva a vivir al palacio. Era hija de un armenio, Estiliano Zautcés, a quien León le encomendó la gestión de sus asuntos y para quien creó el título de «suegro del emperador» (*basileopator*), aunque el parentesco fuera ilegítimo. Zautcés, convertido en *logothetos tou dromon*, responsable del correo, del interior y de una parte de las relaciones internacionales, desempeñó hasta su muerte, en 896, un papel del que quedó constancia por el hecho de que la mayor parte de las *novellae* de León VI están dirigidas a él. Teófano murió en noviembre de 897, y León se casó con Zoé, que murió asimismo en 899, dejando una hija. Los parientes de Zoé que, por lo demás, habían conspirado, debieron dejar el palacio. A falta de heredero, León se casó en terceras nupcias con una jovencita originaria del *thema* de Opsiquion, Eudocia Baiana, que murió en 901, con un hijo recién nacido. León había alcanzado el límite de la tolerancia canónica en materia de segundas nupcias sin haber resuelto el problema de su sucesión: él mismo había renovado algunos años antes la prohibición de terceras nupcias, lo que hacía que su descendencia fuera ilegítima, y le censuraba sus segundas nupcias. Vivió con una cuarta mujer, Zoé Carbonopsina («la de ojos ardientes») sin casarse, por tanto. Parece ser que esta mujer era pariente de Himerio, comandante supremo de la flota

(*drongarios tou ploimou*) en los primeros años del siglo X. En 905 dio al emperador el tan esperado heredero, el futuro Constantino VII. A partir de entonces, se podía añadir un nuevo capítulo al secular conflicto entre el bando integrista en el seno de la Iglesia y los patriarcas políticos procedentes de la función pública.

Esta serie de cuatro matrimonios sorprende en primer lugar como ejemplo de una historia familiar catastrófica. Los motivos del emperador pudieron ser: la animadversión, sin duda, frente a Teófano y el amor por la primera Zoé en todo caso, pero también, incuestionablemente, la preocupación por la sucesión imperial, puesta de manifiesto en él en virtud de las dificultades que encontraba, y no porque fuera un problema nuevo; asimismo, siguiendo el ejemplo de Teófilo, que condenó a los cómplices de su padre, León hizo enterrar a la víctima del suyo, Miguel III, en la iglesia de los Santos Apóstoles, lugar de las sepulturas imperiales. Por último, de las cuatro mujeres, la primera y, sin duda, la última, en menor grado, pertenecen a familias ilustres, mientras que Zautcés aparece, por su mismo nombre, como miembro de un linaje de corta tradición. Sus parientes están bien situados hasta la muerte prematura de Zoé, que deshace una fortuna aún poco afianzada. Los demás personajes aún están en escena o acaban de salir en el momento en que el nacimiento de Constantino reaviva un enfrentamiento apenas aplacado. El patriarca Esteban, hermano de León IV, había muerto en 893. La sede ecuménica estaba ocupada desde 901 por el patriarca Nicolás I, un hombre en la línea de Focio, pariente y tal vez ahijado de este último, en todo caso bastante próximo a él como para haber buscado refugio en un monasterio tras su destitución. Nicolás I, pariente del comandante de la guardia y «hermano adoptivo» del emperador, además de ser su secretario particular (*mystikos*), tenía unas experiencias y unos contactos que le destinaban a mostrarse partidario de un

compromiso favorable al palacio. León consigue, en primer lugar, que bautice a su hijo en Santa Sofía en enero de 906; el monje Eutimio actuó como padrino. En la primavera siguiente, un sacerdote celebra el matrimonio y León corona a Zoé. El conflicto queda abierto desde entonces entre el patriarca, que prohíbe al emperador avanzar más allá de la sacristía de Santa Sofía, pero que acepta y prepara un proceso de penitencia, aunque el emperador lo rechaza y pide el arbitrio de Roma, y un bando rigorista, a cuya cabeza se encuentra esta vez no el higúmeno de Studa, como un siglo antes, sino Aretas, convertido en arzobispo de Cesárea.

Sin embargo, la relación de fuerzas y el envite del conflicto han cambiado. Nicolás, preocupado por la unidad de la Iglesia, disgusta a León, que le conduce a la dimisión en 907, acusándole de complicidad en la reciente conspiración de Andrónico Ducas. El emperador lo sustituye por Eutimio, que no manifiesta la intransigencia monástica que se esperaba de él. El autor de su *Vida* lo describe, sin embargo, como un notable «padre espiritual», uno de esos directores espirituales cuya omnipotencia es uno de los factores de la práctica religiosa desde el siglo IX: le atribuye cierta influencia sobre el emperador. Pero, en realidad, Eutimio cede ante la apelación hecha por León a Roma y a los patriarcas orientales y, si hemos de creer a su biógrafo, ante su amenaza de promulgar una ley que autorice las cuartas nupcias. El matrimonio es entonces legitimado. León se hace representar en una placa de mosaico colocada en Santa Sofía sobre la Puerta Imperial: se le ve postrado en actitud de arrepentimiento a los pies de Cristo, que domina la escena entre la Virgen y un ángel, salvado ya que se encuentra a su derecha. Muere en 912 y Alejandro toma el poder. Vuelve a ofrecer a Nicolás el trono patriarcal, lo que implica la destitución de los obispos nombrados por Eutimio. Los partidarios de este último le perdonan la rehabilitación de Nicolás. Alejandro muere en

junio de 913, en medio de las dificultades ocasionadas por los asuntos búlgaros. Nicolás forma entonces parte del consejo de regencia y el peso del Imperio reposa sobre él una vez apartada Zoé. Se reconcilia con Eutimio antes de la muerte de este en 917. En 920 un Tomo de Unión puso fin oficialmente al contencioso, aunque no consiguió apaciguar los resentimientos.

El conflicto y su desenlace dan que pensar sobre el estado de las relaciones entre el emperador y la Iglesia de Bizancio en este principio del siglo X. La reivindicación del poder monacal, aún presente en el conflicto entre Ignacio y Focio, no aparece aquí prácticamente. El propio patriarcado político es, a fin de cuentas, subyugado por la voluntad imperial. La victoria de esta última queda de manifiesto no solo por la legitimación de una unión contraria al derecho vigente, sino también por la amenaza esgrimida como argumento por León VI. Auténtico o no, es significativo que incluso un monje lo tuviera en cuenta en la biografía de otro monje, un monje puesto, además, como modelo.

En mayo de 919, Constantino VII se casa con la hija de Romano Lecapenos, que vuelve a tomar el título de «suegro imperial» (*basileopator*), hacía poco ostentado por Zautcés; posteriormente recibe el de César, como Bardas, tío de Miguel III (septiembre 920), para convertirse finalmente en co-emperador de su yerno (diciembre de 920). Para comprender este acontecimiento, hay que volver a aludir a dos líneas directrices de los decenios precedentes, que corren paralelamente: las relaciones internacionales de Bizancio y el movimiento de personas y linajes en el círculo imperial.

LA FUERZA DE LAS FAMILIAS, CULTURA DOMINANTE

La espléndida apariencia de continuidad de la cultura bizantina y la verdadera continuidad de la teoría política, junto a

la sofisticación, sin rival en esta época, de la maquinaria administrativa y de sus medios escritos han disimulado frecuentemente ante los historiadores los verdaderos resortes del poder de este tiempo en Bizancio. Un poder que pertenece incuestionablemente, por una parte, a los hombres cultos, como prueba el hecho de que León VI y Constantino VII se cuenten entre ellos: pues les incumbe la justificación histórica, jurídica y cristiana del poder soberano. Pero no hay que olvidar, sin embargo, la importancia de la guerra: de su infinita serie de episodios proceden entonces los principales papeles de la historia política y de los linajes.

Los poderosos linajes

Hemos visto que en el siglo VIII y después en el IX, se afirmaba una conciencia de linaje atestiguada por los nombres de familia, la preocupación por las relaciones de parentesco y las palabras de elogio en relación a la notabilidad anterior. El movimiento continúa de Basilio I a Constantino VII, paralelamente a la doctrina oficial del origen real en que se fundaba la legitimidad imperial. El problema de un Bizancio «feudal», de un imperio «feudal», solo se plantea verdaderamente con Basilio II. Pero el relato historiográfico de los reinados de Basilio I y de León VI, de Romano I y Constantino VII deja percibir, por una parte, la presencia y el papel de las familias, algunas de las cuales seguirán en escena en los siglos siguientes y, por otra parte, la dinámica de un grupo social en que los valores guerreros, políticos y culturales tradicionalmente característicos de una aristocracia se conjugan con una apertura social todavía incompleta. Seleccionaremos tres ejemplos. El primero es el de los Ducas, con su fulgurante desarrollo y su rápida caída a principios del siglo IX. El primer Ducas conocido, Andrónico tiene un nombre propio que evoca «la virilidad» y «la victoria», jun-

to a la designación de «Ducas», a la vez título y sobrenombre, que parece que se convirtió en un nombre de casta a partir de la siguiente generación. Se le encuentra, bajo el reinado de León VI, junto a Himerio en la guerra contra los árabes y desempeñando un importante papel de gobierno en Asia Menor, con un hijo ya adulto en 906, Constantino, casado con una hija de Gregorio, llamado el Ibero, que era a la sazón *domestikos* de los *scholai*. Este mismo año, comprometido, con razón o sin ella, ante el emperador por su favorito, el eunuco árabe-cristiano Samonas, Andrónico se separa de «sus parientes, sus hijos y sus hombres», según un autor de la época. Se encierra en primer lugar en la fortaleza de Cavalla, cerca de Conia, y posteriormente se refugia en Bagdad. Sin embargo, su hijo Constantino vuelve a Constantinopla y se deja tentar por el poder en 913, tras la muerte de León VI, cuando era *domestikos* de los *scholai*. Su intento fracasa, pierde un hijo en la conspiración y otro, aún niño, es castrado, una medida excepcional que da cuenta de la importancia otorgada al asunto. Otro Ducas, Nicolás, muere en la guerra contra los búlgaros en 917. A pesar de todo, tras esta erradicación, el linaje Ducas vuelve a salir a la luz en el siglo XI, y esta vez por más tiempo, aunque probablemente proviniera de otra rama.

El segundo caso que expondremos es el de Romano I Lecapeno. Basándose en un célebre pasaje de Constantino VII, se suele señalar su modesta condición. Aunque nadie discute su origen armenio, los hechos no son sin embargo tan simples. Es cierto que no nos remontamos más allá de su padre Teofilacto, «el Insostenible» (*Abastaktos*), cuyo sobrenombre no se transmitió, y de quien solo sabemos que salvó la vida de Basilio I en el curso de una desafortunada campaña en Tefrik. Sea cual sea la verdad de la aventura, al menos se puede concluir que el servicio de guerra se remonta al padre de Romano, aunque este último no hiciera de ella una profesión. Sin embargo, una parien-

te de Romano se había casado con Adralesto, estratega del *thema* de Oriente, hacia mediados del siglo IX, pues fue abuela del monje Miguel Maleino, nacido en 894. Pero Romano I es el primero que se distingue en su actuación pública. Esto se traduce, en primer término, en el rango de los suegros de sus hijos, sus consuegros: mientras su hija Helena se casa con el joven emperador, su hija Ágata se convierte en la mujer de un Argiro, León, cuyo linaje está en ese momento en plena ascensión, y se remonta a Miguel III; su hijo Constantino se alía con el patricio Panterio, y su hijo Cristóforo con el patriarca Nicetas. Cristóforo y Constantino son asociados al Imperio, así como su hermano Esteban, mientras que el menor, Teofilacto, es investido del patriarcado, según el esquema puesto en práctica por los hijos de Basilio I, y el hijo bastardo, Basilio el Pájaro, desempeña el papel de eunuco en el palacio, y, posteriormente, ocupa junto a Constantino VII la privilegiada posición de guardián de la cámara (*parakoimomenos*).

Tras los Ducas y los Lecapenos, nuestro tercer ejemplo nos conduce a mediados del siglo X. Se trata del linaje de los Focas, del que provendrá el emperador Nicéforo II, y a cuyo alrededor, por el juego de las alianzas, se organiza poco a poco la mayor constelación aristocrática de la época. La genealogía, presumiblemente puesta en circulación por los propios Focas, se remonta hasta un tatarabuelo de Nicéforo II, un tal Focas, cuyo nombre corresponde al de un mártir venerado en la región de Sínope. Parece ser que el emperador (¿Teófilo?) se fijó en él «por la fuerza de su cuerpo y la nobleza de su alma», y lo puso a la cabeza de una *turma*, división principal de un *thema*. Un comienzo verosímil y comparable al de Teofilacto Abastactos, acción ejemplar al menos, característica de una sociedad en que la fortuna obtenida con la guerra servía para inaugurar nuevas estirpes ilustres. El nombre de Focas se convierte en linaje: su hijo, Nicéforo Focas, es ya uno de los generales más brillantes de

Basilio I y de León VI: ya vimos cómo se destacó en la Italia meridional. Sus nietos, Bardas, cuyo nombre procede de algún tío o abuelo armenio, y León, se distinguen bajo la regencia de Zoé, madre de Constantino VII Romano Lecapenos encuentra en ellos unos rivales, respaldados por sus alianzas. Bardas se casa con una Maleina, de cuyo linaje dio cuenta ya la historiografía bajo el mandato de Miguel III y Basilio I, y cuyo abuelo fue patricio y general, mientras que una de sus abuelas estaba emparentada con Romano Lecapenos: los Maleinos eran oriundos del *thema* de Carsianon, donde su pariente Eudocimo, tal vez estratega del *thema*, murió en olor de santidad hacia 840. León, hermano de Bardas, fue cuñado del *parakoimomenos* Constantino, eunuco favorito de León VI al final de su reinado. Uno de los hijos de Bardas, Nicéforo, nacido hacia 912, será emperador, tras una carrera a la que nos referiremos más adelante, cargo en el que posiblemente fue secundado por su hermano León; una de sus hermanas se casó con un sobrino de Juan Curcuas, el mismo del que Romano I deseaba una hija para el hijo de Constantino VII. De esta unión nacerá otro emperador, sobrino y asesino de Nicéforo II, Juan I Zimisces, que se casará en primeras nupcias con una hija de los Escleras, otro linaje dominante, atestiguado desde el principio del siglo IX. Esta anticipación genealógica solo pretende mostrar al lector que los Focas están emparentados a lo largo de dos generaciones, la de Bardas y la siguiente, con algunas familias que competían por obtener el poder supremo, ninguna de las cuales, por otra parte, se remontaba más allá del siglo IX, por lo que hemos podido juzgar.

El acierto de Romano Lecapenos consistente en la elección de su hija para Constantino VII representa de hecho la eliminación de León Focas, que en 917 estaba al mando de una expedición en Bulgaria, por el drongario de la flota, respaldado en el palacio, ante la emperatriz Zoé y el patriarca Nicolás I. Los es-

ponsales imperiales incitan a León Focas, destituido de su cargo de *domestikos* de los *scholai*, o lo que es igual, apartado del palacio por Romano, a sublevar los *themas* de Oriente. Su intento fracasa y es eliminado definitivamente dejándolo ciego. Su hermano Bardas conserva, en cambio, el mando e interviene en respuesta al ataque ruso de 941. Pero la impecable estrategia de Romano I, basada en una numerosa descendencia, no basta para garantizar el futuro de los Lecapenos. En 928 fracasa una conspiración en favor de Cristóforo urdida por su suegro. Tras la muerte de Cristóforo en 938, sus hermanos Esteban y Constantino apartan a Juan Curcuas, el general ya citado, que Romano I deseaba como suegro para su nieto, el futuro Romano II. Por último, destituyen a su padre, pero son a su vez destituidos por Constantino VII, que recobra así la realidad del poder en enero de 945, y les envía a reunirse con su padre en el monasterio. Aunque una hija de Cristóforo se casó con Pedro, zar de Bulgaria, el linaje desaparecía definitivamente de la escena política, y Constantino VII vuelve a tomar en cuenta, naturalmente, a los Focas. Bardas Focas se convierte en *domestikos* de los *scholai* y sus hijos Nicéforo y León en estrategas. El hijo de Constantino VII, Romano, asociado al trono desde 945, siendo aún niño, se había casado bajo el gobierno de su abuelo con una hija bastarda de corta edad de Hugo de Provenza, que murió pronto. Hacia 956 toma por esposa a una joven hermosa y misteriosa, se decía que camarera de mesón, llamada Anastaso, convertida tras el matrimonio en Teófano. Esta elección eludía el inconveniente de los cuñados aristocráticos y ambiciosos. La historiografía de la época la representa como teniendo a Romano hechizado. Volveremos a encontrarla más adelante, inaugurando en los relatos de su tiempo el papel de la voluptuosidad impulsada al crimen, inusitado a nivel imperial.

Constantino muere en 959, tal vez envenenado por su hijo, instigado por Teófano. Se ha querido trazar de él un relato in-

telectual, a la vista de su obra, que corre el riesgo, como tantos otros, de transmitir al lector de hoy sus propias sugestiones. Pero no hay que olvidar, se quiera o no, que no era solo emperador. Romano I y algunos generales como Juan Curcuas asumían muy bien la función guerrera del poder imperial, como lo hicieron los Focas cuando Constantino se apoyó en ellos tras la caída de los Lecapenos. Constantino, que no dejó de ser emperador hasta el día de su muerte, ejerció por su parte, como ya dijimos, la función del discurso, orientado a la justificación de la dinastía de los descendientes de Basilio en el trabajo historiográfico, al simbolismo del poder en el *Libro de las ceremonias*, y a la ubicación definitiva de las tradiciones y conocimientos necesarios para su ejercicio universal en los libros sobre los temas y la administración del Imperio.

Los límites de una cultura dominante

A mediados del siglo X Bizancio goza de excelente salud, si es cierto que para una sociedad que vive en torno al año 1000 la guerra y el comercio a gran escala son síntomas de salud. Como toda sociedad sana desarrolla una actividad cultural a través de la que expresa su presente.

Hemos hecho alusión constantemente a los resortes culturales de la historia política de Bizancio, y en último término hemos visto a Basilio, a través de Focio, a León VI y Constantino VII elaborar y llevar a la práctica la secular teoría del poder imperial, y a Constantino VII especialmente, asentar la dinastía violentamente fundada por su abuelo sobre bases historiográficas. Pero también hemos visto, a partir de Teófilo, cómo el propio poder imperial fundaba sus derechos sobre la reivindicación de continuidad interrumpida de la cultura clásica legada por la Antigüedad y acabada, de hecho, después de la segunda iconoclasia, a través de una teoría completa y definitiva

de la imagen. La exigencia clásica, facilitada, como también hemos visto, por el uso de la minúscula, se manifiesta en la revisión filológica de los textos antiguos, de manera que nuestro Platón, por ejemplo, es en una gran medida el de los siglos IX y X. Pero no hay que engañarse, esta depuración no traduce, o mejor dicho no traduce solamente, la búsqueda desinteresada de una cultura erudita, sino también, y sobre todo, el espíritu totalitario de una cultura dominante. Así, por ejemplo, la colección de efemérides de las *Vidas* de los santos según el orden de los días de cada mes o menologio, consiste en una ordenación draconiana que afecta tanto a los personajes, entre los que los contemporáneos están prácticamente ausentes, como a los relatos, sometidos despiadadamente a una reescritura (*metaphrasis*) retórica fácilmente reconocible, cuya difusión masiva no hizo, por suerte, desaparecer las versiones anteriores. El autor de este trabajo, Simeón el Metafrasto, tal vez ejecutó una directriz de Constantino VII Se sospecha que tras su obra podría estar el cronista Simeón el Logoteta, del que sabemos muy poco, o incluso el magistros Simeón, del que se han conservado sus cartas.

La cultura dominante supone también, como se recordará, el ininterrumpido ennoblecimiento del emperador por el retórico del palacio, el perfeccionamiento administrativo imperial y patriarcal y la victoria de la ortodoxia. El palacio, el monasterio de Studa, el patriarcado, la capital, en una palabra, son, al mismo tiempo, el caldo de cultivo de esta cultura dominante, centralizada pero no localizada. Los documentos administrativos de las provincias, de los que empezamos a disponer a partir de Basilio I, y sobre todo las cartas conservadas del siglo X aportan la prueba de lo contrario. La carta, mensaje individual, era también un género de la retórica tradicional, lo que motivó la composición de algunas colecciones que han llegado hasta nuestros días, en las que se encuentran misivas de hombres que partie-

ron a las provincias como funcionarios u obispos, dirigidas a sus amigos de la capital, a sus protectores, a veces al mismo emperador o al patriarca, e incluso cartas de estos últimos. Conocemos así cartas de Focio y de Nicolás I, del secretario imperial de Romano I, Teodoro Dafnopatés, al igual que un conjunto muy valioso para el estudio de la segunda mitad del siglo. De estas cartas, así como de las reflexiones anotadas por Aretas, convertido en obispo de Cesárea de Capadocia hacia 904, hasta su muerte en 932, se desprende la nostalgia medio convencional, medio sincera, de letrados alejados de sus semejantes y perdidos en medio de gentes sin instrucción.

La cultura dominante es, en fin, el discurso figurativo de las imágenes. Muchas de ellas han desaparecido, como los mosaicos de la iglesia Nueva de Basilio I, hoy día destruida. Pero no nos faltan testimonios de la restauración deliberada de los antiguos cánones a este nivel en el desarrollo de la escultura sobre marfil, que servía para decorar cofrecillos y tapas de libros; en la producción de platería cincelada; en la pintura de manuscritos de contenido, sin embargo, religioso, como el admirable Salterio de París, de principios del siglo X. Esta es la cultura dominante que Bizancio exporta a Preslav, y más tarde a Kiev, a través de sus productos y sus artesanos. Pero, no obstante, cabe preguntarse sobre sus límites sociales, provinciales, incluso nacionales, se puede decir, en el interior del inmenso imperio.

La primera certidumbre es que su lengua está desde ahora, y ya irreversiblemente, alejada de la lengua hablada por todos, comprendida la élite política. Fonéticamente, las tendencias que han conducido a la pronunciación actual del griego eran ya seculares en el siglo X, especialmente la evolución hacia el sonido único *I* de otras vocales y diptongos. Pero la misma configuración de la lengua, por la simplificación de la flexión principalmente, anuncia desde esta época lo que conocemos hoy. Los errores de las copias de los manuscritos son esclarecedores a

este respecto. En cuanto al vocabulario del griego moderno, lo vemos aparecer según los textos, en algunas *Vidas* de santos en particular, mucho antes del siglo X. El renacimiento clásico de los siglos IX y X, que vuelve a ensalzar los tratados de retórica antigua, acentúa el corte, tanto político como cultural, entre los dos niveles de la lengua, que desempeña en Bizancio el mismo papel que el uso del latín y de las lenguas vernáculas en la cristiandad medieval de Occidente. La lengua vernácula hará su entrada en el terreno de la escritura en los siglos XII y XIII. En cambio, el principio de un doble lenguaje subsistió en Grecia hasta el siglo XX, con un significado ideológico, en resumidas cuentas, inalterado. En esta primera mitad del siglo X, pues, la lengua hablada no aparece a nuestra vista más que en manifestaciones indirectas, como la *Vida* (mutilada) *del patriarca Eutimio,* compuesta por un monje de su monasterio de Samacia, que al menos antes que el único manuscrito, escrito hacia 1080-1100 y hoy día perdido, fue corregido por su editor. Se encuentra también en algunas canciones anatólicas de guerra y amor, algunas coplas cortesanas conservadas en el *Libro de las ceremonias,* y también, aunque no se ha tenido muy en cuenta, en determinados nombres de linajes que surgen en la historiografía de los siglos IX y X: Garidas, «el del camarón», o Gonguilios, «el del colinabo», formaciones cuyo significado social hemos señalado.

Por otra parte, qué duda cabe que la propia cultura dominante no es impermeable y sufre influencias periféricas. Así, un Evangelio copiado en el siglo X, y tal vez no ilustrado hasta el siglo XI, muestra una influencia islámica en los ornamentos de los títulos hechos por el escriba, así como en las orlas arquitectónicas de las figuras de los evangelistas; este Evangelio procede de la frontera oriental. En cambio, otro manuscrito, el tratado ascético de Juan de la Escala *(klimakos),* copiado en Italia en el siglo IX, tiene una decoración similar a la occidental contem-

poránea. La Italia meridional produce, por otra parte, manuscritos característicos por su escritura, ornamentación y pinturas. Igualmente, la arquitectura armenia, floreciente en la época del reinado de Ani, ejerce entonces en Bizancio una influencia que se pondrá de manifiesto en la segunda mitad del siglo, con la llegada al poder de Juan Zimisces, en la época en que los georgianos desempeñaron también un papel. Los caminos de Bizancio son, pues, el terreno de un trabajo de aculturación.

Los judíos, que hemos vuelto a encontrar en la Italia meridional, nos proporcionan otro ejemplo, situados como estaban, con una cultura propia y floreciente, en la intersección entre Bizancio, el Islam y la latinidad. No ocurre lo mismo en el caso de la minoría judía en el Imperio, arrinconada por el rigor de la identificación en curso entre la romanidad y la cristiandad ortodoxa, y por añadidura asociada, con o sin razón, como se recordará, a los movimientos iconoclastas. La conversión de los judíos aparece por este hecho como cada vez más necesaria. Basilio I la decreta, como vimos, en 873 o 874, y León VI recuerda esta medida en una *novella* que ordena a los judíos a seguir en lo sucesivo la ley cristiana, al estar la suya caduca. Un relato hagiográfico compuesto tras la muerte de Basilio sitúa bajo su mandato la peripecia de Constantino de Sinnada, un judío que se sintió cristiano por haber trazado, siendo aún muy joven, una cruz en la boca después de un bostezo, según la costumbre, y que se hizo en seguida monje. Sea lo que fuera, Romano I dio a su vez un decreto de conversión en 932, que parece haber provocado un éxodo, tal vez hacia Jazaria, y luego hacia la Rusia kieviana, sobre cuya cultura la influencia judía fue directa e importante. La minoría judía no fue, pues, aniquilada en Bizancio, ni entonces ni más tarde, aunque no encontró el terreno adecuado para una floración comparable a la que se observa entonces en Italia, Renania o en tierras del Islam. Sin embargo, se observa permeable a la cultura bizantina, la cultura

judía erudita o cuasierudita que produjo la curiosa descripción del rey Salomón que estaba en el hipódromo en medio de los cuatro colores, cuyo hebreo integra palabras griegas y cuyo autor conocía la capital, e incluso el palacio, tal vez en la primera mitad del siglo X. La situación de los judíos en Bizancio cambió después de 960.

Pero ¿qué sucedió con la cultura de la mayoría? Ante todo conviene aclarar la ambigüedad que se desprende de este término. Refirámonos, por ejemplo, a la cultura material. Han llegado hasta nosotros muchos objetos entre los que algunos, marfiles, tejidos de seda, joyas y cerámica de lujo, remiten, si no al palacio, al menos a la élite. Pero también conservamos otros, procedentes de niveles más modestos de consumo, cruces y amuletos, iconos portátiles de piedra dura, cerámica ordinaria. Comprobamos, de todos modos, la uniformidad del repertorio iconográfico religioso y, por tanto, del sistema de representaciones y creencias. En cambio, la hagiografía de finales del siglo IX y del siglo X está a menudo más cerrada socialmente que la de los siglos V al VII, que pintaba un cuadro social muy diverso, incluso a través de sus tópicos. Los santos contemporáneos de Basilio y de sus sucesores son monjes, padres espirituales e interlocutores de los emperadores y los grandes personajes, como ya se ha dicho. El vulgo solo ocupa en los relatos, en el mejor de los casos, un segundo lugar indiferenciado. Está presente, sin embargo, cuando los aldeanos de la región de Latros se dirigen a Pablo el Joven (muerto en 955) para pedir la lluvia, o cuando las gentes de Tesalónica se concentran al paso de Eutimio el Joven (muerto en 898) para tratar de tocarlo, los días que baja del monte Atos a la ciudad. El triunfo del monje, implícito en la restauración de 843, envite de todos los conflictos, de Constantino VI a León VI, es definitivo a mediados del siglo X. Será a lo largo de los siglos la voz común de la cultura bizantina a todos los niveles de la sociedad. Un monje que vive en un

monasterio, sumiso al higúmeno, el recluido, el solitario, es sospechoso. Pero existe. Y la práctica religiosa, la representación del otro mundo, que serán los del helenismo moderno, afloran claramente en el siglo X.

BIZANCIO A LA BÚSQUEDA DE UN MURO PROTECTOR

La guerra no ha estado nunca mucho tiempo ausente de nuestra exposición. Sus armas siguen siendo las mismas: los navíos de guerra, los dromones, atacan por mar; por tierra, el primer papel en las batallas campales corresponde a los escuadrones de caballeros que vemos aún galopar en algún que otro evangelio del siglo XI, con el torso protegido por una cota de mallas, un casco de hierro en la cabeza y una adarga triangular o redonda en el brazo izquierdo; intervienen también tropas más ligeras, sobre todo arqueros, mientras que la frontera oriental es el teatro de la guerrilla de los *akritai*, sus guardias. Florecen ya los valores, que alcanzarán en su pleno desarrollo después de 960, de Nicéforo Focas, convertido en el emperador Nicéforo II, hasta Alejo I Comneno. Los tratados tácticos, el más insigne de los cuales se debe al propio León VI, nos sirven de testimonio tanto como la historiografía. No porque esta última dé el protagonismo, como lo hará a partir de 960, a la victoria militar del emperador, y con razón. Más bien demuestra sin cesar a su lector que las promociones políticas proceden de la proeza guerrera. Así pues, los personajes que acceden al primer plano de la escena actúan en el marco de la institución militar que conocemos. Las fuerzas centrales (*tagmata*) están bajo las órdenes del *domestikos* de los *scholai*, su cuerpo más importante. Como siempre, hay también mercenarios extranjeros, y a principios del siglo X, sobre todo, «rusos», los *Ros* (palabra que hacía referencia al elemento escandinavo del joven Estado de Kiev); asimismo, se encuentran hombres reclutados en el Impe-

rio. Las fuerzas themáticas se fundan en parte en el servicio de los poseedores de bienes militares, pero también en el reclutamiento a título de prestaciones fiscales. Por último, está atestiguada también la antigua costumbre de instalar bárbaros en los lotes de tierra a cambio de un servicio armado.

Evidentemente, el emperador sigue siendo el jefe supremo de la guerra. Hemos visto en el capítulo precedente dónde se libraba: Oriente y el Cáucaso; Bulgaria, la costa norte del mar Negro, y Kiev; el Mediterráneo oriental y central, y el Adriático de Tarento a Venecia. Se combina constantemente con otras relaciones, a menudo sobre los mismos ejes, como el comercio a gran escala, la misión y las embajadas. Y todas juntas, como ya hemos visto, imprimen al mundo de este tiempo las divisiones que se pueden aún reconocer en el nuestro: la cristiandad greco-eslava, la cristiandad latina, el Islam. También vimos cómo Bizancio vuelve a encontrar, en la periferia que se afana en constituirse en país eslavo desde el siglo XI, el doble poder cristiano del papado y del Imperio Carolingio, y posteriormente del Imperio Otomano, en tanto que el Islam le disputa en el Este las viejas formaciones cristianas del Cáucaso y el camino mesopotámico.

Bulgaria, espejo de Bizancio

A esto se añade, a partir de Basilio I, la convergencia y el choque de los tres poderes en el Mediterráneo central: Sicilia y la Italia meridional constituyen tal vez el envite más significativo de las guerras de los siglos IX a XI. Y, por otro lado, al este de la cristiandad los datos iniciales del período engendran su propio cambio: la Bulgaria cristiana, nacida del modelo bizantino, evoluciona hasta convertirse en un doble, a pequeña escala, de Bizancio, su asociado y adversario al mismo tiempo, frente a los pueblos turcos aún no cristianos que se apiñan en las bocas

del Danubio, y frente al nuevo protagonista, el Estado, pronto cristiano, de Kiev.

El Estado búlgaro cae definitivamente por el lado de Bizancio bajo el reinado de Basilio I. El problema de Boris, convertido en Miguel, era, como vimos, encontrar en la cristianización el armazón ideológico de la monarquía, frente a los boyardos apegados al viejo politeísmo, pero también, y por la misma razón, asegurarse una Iglesia que fuera el soporte del poder, y no el medio de una dependencia de cara a un poder externo. De aquí sus vacilaciones entre Roma y Constantinopla. Boris, que consideraba insuficiente la reacción romana a su carta de 866, se vuelve hacia Bizancio. En 870, un concilio celebrado en la capital del Imperio decidió la incorporación de Bulgaria a la jurisdicción del patriarca ecuménico, con una relativa autonomía. Y, muy rápidamente, la alfabetización eslava del cristianismo bizantino ofrece la mejor solución. En 885, a la muerte de Metodio, sus principales discípulos son expulsados de Moravia por la influencia victoriosa de la misión franca. Clemente y Naum llegan a Plisca, llevando consigo libros en lengua eslava, lo que supone un decisivo desarrollo de la cristiandad local. Clemente evangeliza Macedonia, en torno a Prespa y Ohrid, anexionada a Bulgaria en la primera mitad del siglo IX, y se convierte en obispo de Ohrid en 893, mientras que Naum, antes de reunirse con él, actúa en los alrededores de Plisca y del monasterio real, otorgado por Boris-Miguel sobre el modelo bizantino, San Panteleimón de Preslav. En 889, Boris abdica y se hace monje. Le sucede su hijo mayor Vladimir, que se pone de parte de los boyardos y se enfrenta al clero y a la alianza franca. Boris-Miguel entra en Plisca en 893. Ciega y encarcela a Vladimir, convoca una asamblea que proclama zar a su segundo hijo, Simeón, educado en Constantinopla, y decreta el traslado de la capital a Preslav.

Se rompe así todo lazo con el pasado búlgaro, en el sentido turco de la palabra, para el mayor provecho tanto de la monarquía como de una unidad nacional ya fuertemente eslavizada. La decisión de 893 implica también la sustitución del eslavo por el griego como lengua oficial del Estado y la Iglesia. La escritura glagolítica es sustituida por la escritura «cirílica», siempre en uso, mucho más flexible y próxima a la escritura griega. Bizancio mantiene una política que asegura la más eficaz aculturación, a través de las traducciones de su literatura religiosa e incluso profana, y de la difusión de su iconografía. Simeón se convierte en el «hijo» del emperador, el más cercano, pues, en la metáfora familiar, que organiza el mundo en torno a él a los ojos de los bizantinos. El reinado de Simeón (893-927) supone para Bulgaria una edad de oro política, cultural y militar, en la que se forma la coyuntura bizantino-búlgara del siglo X. Bulgaria se convierte entonces en un segundo Bizancio, hasta el punto de que Simeón reivindicará para sí mismo el título de *basileus*; y arrostrará sobre su propia retaguardia las presiones de los pueblos eslavos y turcos, cuyas peripecias se enfrentaron con las de la política bizantina en el mismo terreno, las llanuras de Ucrania y del Danubio.

La crisis estalla en 894, cuando el monopolio del comercio búlgaro se otorga a dos comerciantes de Grecia, Estaurico y Cosmas, «amigos» de Estiliano Zaucés. Estos trasladan la sede de Constantinopla a Tesalónica, medida perjudicial para los búlgaros, en cuanto apartaba del tráfico la ruta Plisca-Constantinopla. Además, las mercancías búlgaras se veían afectadas por elevados gravámenes. Simeón invade entonces Tracia. León VI hace intervenir en contra de él en 895 a los magiares de la región situada entre el Dniéster y el Prut, mientras que la flota bizantina bloquea las bocas del Danubio. Simeón replica empujando a los magiares más allá del río y lanzando contra ellos a los pechenegos instalados en el Dniéper. Los magiares, que-

brantados, se dirigen hacia el oeste, y de su definitiva instalación en la llanura danubiana surge Hungría, con el apoyo germánico, en detrimento del Estado moravo, cuya destrucción consuman. Entran así en escena otros dos pueblos turcos. Los magiares no son recién llegados, ya que habían alcanzado el Danubio en 837. Los pechenegos siguen a su vez la trayectoria clásica de los pueblos de la estepa, y los volvemos a encontrar como la gran fuerza complementaria al norte del Danubio, durante todo el siglo X y la primera mitad del XI, sin que nunca su organización nómada se fije de forma estática.

En 896 se restablece la paz mediante un tributo anual pagado por Bizancio. Pero tras la muerte de León VI en 912, su hermano Alejandro suspende el pago, antes de morir, él también, en 913. Valiéndose de este motivo, Simeón ataca y alcanza en septiembre del mismo año las murallas de la capital. Pero el fondo del problema no era en realidad ese. La lección política de Bizancio y la grandeza de su propio reino, y sin duda también la minoría del porfirogeneta Constantino VII, habían inspirado otro propósito al búlgaro educado en Constantinopla: convertirse en *basileus*, es decir, no solo desmultiplicar el poder imperial por un *basileus* de los búlgaros, sino centrar en Bulgaria el poder del *basileus* de los romanos. Una prodigiosa aplicación del modelo que muestra hasta qué punto sigue siendo único al este de la cristiandad del siglo X. El patriarca Nicolás, situado por la minoría de edad de Constantino a la cabeza de los asuntos, le escribe cartas sobre este tema que hemos conservado. El ataque de 913 le abre a Simeón las puertas de la capital, donde se le promete que una de sus hijas se casará con Constantino, y donde el patriarca coloca sobre su cabeza una corona que fue en realidad, según se dice, acompañada de la fórmula «*basileus* de los búlgaros». Pero Simeón no lo entendió así: tenemos constancia al menos de un sello, de plomo y no de oro, cuyo texto griego le da el título de «*basileus* de los romanos».

Las hostilidades prosiguieron, y el matrimonio de Constantino VII con la hija de Romano Lecapenos no hizo más que avivarlas, pues fue una de sus causas. De septiembre de 914, y la apertura de las hostilidades por Simeón, hasta 924, y su último ataque contra Constantinopla, tienen lugar diez años de guerra, en cuyo curso las dos potencias, Bizancio y Bulgaria, intentan por igual poner en juego a pueblos secundarios, los servios eslavos y cristianos, y los pechenegos paganos y turcos. Simeón muere en 927 y su hijo Pedro hace las paces, acepta el compromiso rechazado por su padre, con un tributo anual bizantino, y recibe como esposa a una nieta de Romano I Lecapenos, María: una sutil solución, que otorga a un asociado privilegiado una descendiente del emperador, pero no una porfirogeneta, afianzada según la fórmula familiar que caracteriza el sistema internacional centrado en Bizancio. Hemos visto que en el siglo VIII Constantino V se casaba con la hija del kagan de los jazares, convertida con este fin en la cristiana Irene. Hemos visto también que Boris de Bulgaria se convertía tras su bautismo en el hijo espiritual de Miguel III. El Imperio, único por definición, considera, pues, al creciente conjunto de soberanos como una familia. Y en esta familia el matrimonio búlgaro de María abre con precaución la categoría de las alianzas matrimoniales propiamente dichas, a las que Constantino VII consagra una larga reflexión en su tratado sobre la *Administración del Imperio*. A excepción de los «francos», las considera prohibidas para la descendencia porfirogeneta. La alianza de Basilio II con Svjatoslav de Kiev a través de la hermana del primero, Ana, resquebrajará este principio.

La paz de 927 permite a Bizancio recuperar su autoridad sobre los servios. La sociedad búlgara prosigue por su parte una evolución cuyas principales características son la eslavización, que absorberá en lo sucesivo a la vieja aristocracia de los boyardos, y la cristianización, que progresa fuera de las ciudades y

representa un medio de unificación cultural y nacional. Una sociedad cada vez más compleja y al mismo tiempo cada vez más aculturada, como atestigua el desarrollo de la herejía bogomila bajo el reinado de Pedro (927-969). La fecha de su aparición está señalada por el sacerdote búlgaro Cosmas, en su célebre *Tratado* contra la secta, compuesto bajo el reinado del emperador Juan I Zimisces, y aún mejor por una respuesta del patriarca Teofilacto (933-956) a una consulta de Pedro sobre el problema. La enseñanza de la herejía, atribuida por el sacerdote Cosmas a un pope llamado Bogomil («que Dios compadezca» o «que ruega a Dios»), cuyo nombre es demasiado elocuente para ser ficticio, recuerda de manera insistente los temas dualistas de los paulicianos, su reprobación del mundo y sus poderes, comprendido el de la Iglesia, de la carne y de la procreación. Temas seculares en Oriente, como se ha visto, pero cuya procedencia es lícito buscar en una cristiandad nueva de los Balcanes: recuérdese a este respecto las llegadas forzadas de paulicianos a Tracia en el siglo IX, tras el desmantelamiento de su territorio, y posteriormente, cuando engrosan las filas de los ejércitos imperiales. Pero el *Tratado* de Cosmas muestra al mismo tiempo el terreno local en que el movimiento adquiere un evidente e incuestionable aspecto de descontento social contra la Iglesia integrada por obispos y monjes, y contra los ricos en general. Sin embargo, se estaba lejos de limitar su alcance, puesto que volveremos a encontrar a los bogomilas en el desasosiego religioso del siglo XI.

Cristianizar más lejos

Por lo demás, Bizancio y Bulgaria no están ya solas cara a cara. Los rusos aparecieron ya en el capítulo precedente. Tras su ataque de 860, una carta enviada por Focio a los patriarcas orientales daba cuenta de su conversión. Pero, sin duda, no fue

más que formal, puesto que en 874 un acuerdo preveía la cristianización del Estado, para lo que el patriarca Ignacio designaba un arzobispo. El proyecto se ve comprometido por la llegada al poder de Oleg, hijo de Rurik: la historia del encuadramiento escandinavo de Kiev es comparable en este punto a la del encuadramiento protobúlgaro en Bulgaria. La conversión real esperará la maduración política del Estado ruso, a finales del siglo X. A principios de ese siglo, los navíos rusos amenazan a los jazares y Constantinopla. Hemos mencionado más arriba los tratados firmados con los rusos en 907 y 911, que regulaban las disposiciones desde entonces en vigor para las embajadas y los intercambios en la capital. Los conocemos a través de la *Crónica de los tiempos pasados*, la crónica kieviana cuya tradición textual y crítica provocan más de una dificultad. En cambio, el ataque de 941 está atestiguado también por las fuentes bizantinas. La *Crónica* presenta además el texto de un tratado fechado en 944. Se encuentra allí la tarifa de rescate de los prisioneros hechos por los rusos, el cupo de seda que estos pueden comprar, así como datos sobre la protección de los pescadores de Querson. La importancia de los rusos en el horizonte bizantino queda de manifiesto en el capítulo que les dedica, a mediados del siglo, el tratado de Constantino VII sobre la *Administración del Imperio*. Su evolución les conduce al problema de la cristianización y, en 957, Olga, viuda de Igor, recibe el bautismo en Constantinopla con el nombre de Helena, el mismo, como se recordará, de la esposa de Constantino VII. Aquí también la historia búlgara parece repetirse, y en 959, en efecto, intenta también la solución latina y solicita un obispo y sacerdotes a Otón I.

La cristianización de los eslavos continúa siendo un envite de la rivalidad de poder con Roma y con el Imperio Carolingio. Al oeste, los servios, antaño convertidos bajo el reinado de Heraclio, y vueltos después al paganismo, piden misioneros y reciben el bautismo en el curso de los años 867-874, lo que refuer-

za la influencia bizantina en el nordeste del Adriático. Bizancio se enfrenta a Venecia y al problema de la piratería eslava: los piratas *narentani* son cristianizados bajo el reinado de Basilio I. Se enfrenta principalmente con Croacia, Roma y los francos. Pero las islas y las ciudades de Dalmacia siguen estando en la *common-wealth* bizantina hasta el siglo XII. Por último, el Adriático constituirá también un envite de la guerra con los árabes. El avance bizantino se pone de relieve por la creación del *thema* de Dalmacia entre 868 y 878, mientras que un estratega del Estrimón figura en la lista de las prelaciones de Filoteo en 900.

En el Cáucaso, el reconocimiento de una monarquía armenia se inscribe en la lucha secular entre Bizancio y los árabes en la región fronteriza del Tauro, en Armenia. La guerra pauliciana estaba allí a la orden del día en 867, como se recordará. Después de algunas tentativas infructuosas Basilio lleva a cabo, a partir de 871 y hasta 882, una reconquista triunfal que proporciona a Bizancio los puntos claves de la frontera, el Tauro y el Antitauro, así como los pasos del Éufrates. La posición territorial de los paulicianos es barrida, como ya vimos. En 885, Bagdad envía una corona al armenio Achot Bagratuni, como pago de un tributo, y Basilio hace lo mismo. La capital del reino es la del linaje, Bagaran. Achot, que muere en 891, y su hijo Smbat (892-914) combaten a los emires de Mesopotamia y de Acerbaidján y, tras ellos, consecuentemente, el linaje rival, los Ardzrunis del Vaspuracán, encuentra la oportunidad de obtener un apoyo. El reino bagratida experimenta, sin embargo, un apogeo a partir del primer tercio del siglo X, con Ani como capital, un desarrollo intelectual y monumental, contemporáneo, por lo demás, del primordial papel desempeñado por los generales armenios en Bizancio, a cuya cabeza se encontraba Juan Curcuas.

Inicio de la réplica contra el Islam

La guerra mesopotámica prosigue. Romano I continúa la empresa de Basilio I e inicia una verdadera reconquista hacia el este. Juan Curcuas toma Melitene en 934, después de muchos intentos. Lleva a cabo campañas triunfales en Armenia en 942 y en Mesopotamia en 943: este mismo año los bizantinos vuelven a apoderarse de viejas plazas como Darás, Amida y Nísibe. Asedian Edesa y la vieja ciudad les entrega el *mandylion*, la imagen de sí mismo que Cristo, según se decía, había enviado en vida del rey Abgar. La reliquia es conducida triunfalmente a Constantinopla el 15 de agosto de 944. Bizancio se encuentra enfrentada a los emires de la región, y sobre todo al de Alepo y Mosul, Saif al-Dawla, de la dinastía local de los hamdanides, héroe legendario de la alta Siria árabe. Los cristianos son al mismo tiempo el envite y el medio de la lucha. Jefes y señores armenios están integrados en el dispositivo fronterizo, cuya organización prosigue, siendo a menudo la *kleisoura* («desfiladero») una primera etapa antes de la constitución del *thema*. Este es el caso de Licando, mencionado en 908 y después hacia 916, y Sebasteia, mencionada antes de 908 y más tarde en 911. Igualmente son mencionados un *thema* de Carsianon desde 873, y entre 899 y 901 (lo más tarde en 911), un *thema* de Mesopotamia que no es más que un principado armenio cedido a León VI y del que el príncipe armenio de Taron se convierte en estratega entre 900 y 930. Todos estos hombres de la frontera van y vienen, pues, de una fidelidad a otra, como siempre, sin alejarse después de todo. Bizancio, por su parte, utiliza deliberadamente la cristiandad regional. Los armenios repueblan, desde el principio del siglo, las inmediaciones del emirato de Melitene, abandonadas por la derrota de los paulicianos. Ocupan el *thema* de Mesopotamia. Después de 950, e incluso bajo el mandato de Romano I, la migración armenia hacia el oeste reviste un carácter más regional y más masivo que la de los guerreros en busca de fortuna que se alineaban ante el emperador

en los siglos VII y IX. Los *themas* fronterizos posteriores a 950 se reducen a menudo a una plaza fortificada donde reside el estratega. Son, pues, más pequeños y, por otra parte, calificados así frente a los «grandes» *themas* del interior, o incluso, cosa que es significativa, de «armeniacos» frente a los *themas* «romaicos». En efecto, sus fuerzas se componen de armenios, sirios jacobitas y también de paulicianos, familiarizados con el terreno, e incapaces, en cambio, de constituir una amenaza para la capital. Finalmente, durante el mismo período, las guerras de los grandes linajes armenios, de sus aliados georgianos y de los emires de Melitene, a principios del siglo X, son objeto de una historia propia, en las fronteras de Bizancio y del califato, conocida, o más bien accesible, a través de las fuentes armenias, sirias y árabes (cristianas y musulmanas) mejor que por las fuentes bizantinas, que no aportan aquí más que un complemento informativo. Es la historia de sociedades nacionales, insuficientemente exploradas aún, a pesar de investigaciones filológicas y arqueológicas prometedoras y ya fecundas, pero de la que al menos hay que subrayar su riqueza e importancia en el umbral oriental de la cristiandad.

No obstante, en los últimos años de Constantino VII, Saif al-Dawla vuelve a tomar la delantera. Nicéforo Focas sustituye en 954 a su padre a la cabeza del ejército y consigue la victoria en el campo bizantino. En 958, el sobrino de Nicéforo, Juan Zimisces, entra en Samosata. Ambos están desde entonces en el camino que les conducirá al trono.

Progresos más inciertos en el Oeste

En el Mediterráneo la situación es diferente a causa tanto de los aliados como de las posturas enfrentadas. En el mar, de Rodas y Creta a Sicilia y al Gargano, la carrera árabe plantea a los ribereños y a los transportes marítimos un problema de seguri-

dad. En Sicilia e Italia meridional, cualquier maniobra bizantina reviste necesariamente los contornos de la reconquista, del gran proyecto justinianeo, que renace periódicamente en la historia del Imperio para gloria de Basilio y su dinastía en los siglos IX y X, y para la de los Comnenos en el XII. Y, sin embargo, también allí el cuadro está dominado en 867 por los progresos árabes y modificado, respecto al modelo justinianeo, por el hecho carolingio y por la existencia de los principados lombardos en el sur. Es evidente que las dos situaciones están relacionadas entre sí, cosa que salta a la vista leyendo, por ejemplo, las *Vidas* de dos monjes de la época, uno siciliano, Elias el Joven, nacido en Enna hacia 823 y muerto en Tesalónica en 903, y un calabrés, Elias de la Gruta (*Speleotés*), nacido en Reggio entre 860 y 870, y muerto hacia 960 en su convento. Ambos son fundadores de monasterios al pie del Aspromonte, en la punta extrema de Calabria. Ambos mantienen vínculos con Roma, puestos de manifiesto por el lugar que ocupa su estancia romana en su biografía. Y ambos navegan mucho y son empujados en particular hacia el Peloponeso por las circunstancias. Elias el Joven está, sin embargo, en contacto con el gobernador de Calabria y con León VI.

Dicho esto, la historia de las incursiones árabes en las costas griegas e italianas y la de las campañas marítimas en la Italia meridional tienen un alcance diferente. El dominio marítimo de los árabes se traduce en golpes de diversa magnitud. En 896, los habitantes de Egina huyen al continente a raíz de un asalto, que conocemos por la *Vida de Lucas el Joven*, cuya continuación tiene Grecia por escenario. En 904, una expedición conducida por un renegado bizantino, León de Trípoli, se aventura hasta los Dardanelos para atacar Constantinopla y luego se desvía hacia Tesalónica. El relato de la toma de la ciudad, hecho por el clérigo Juan Cameniatés, muestra que el apresamiento de cautivos para vender era un motivo para tales expediciones. Juan

Cameniatés presenta a los asaltantes según el estereotipo bizantino del salvaje, a través del que se distingue, a pesar de todo, la considerable violencia del acontecimiento, cuya resonancia estuvo en proporción a la ciudad que afectaba. En 925, Oria sufrió un desembarco referido en una carta (en hebreo) del médico y filósofo judío Shabbetai Donnolo, que pertenecía a la comunidad local ya mencionada aquí a propósito del decreto de conversión de Basilio I. Sin embargo, junto a los muertos y desaparecidos que producían estas incursiones, la proximidad árabe ofrecía también aspectos cotidianos. Un manuscrito fechado en 916 contiene la historia de Atanasia de Egina, que había perdido a su marido once días después de las bodas, durante una incursión árabe, y que obedece luego un decreto imperial que ordenaba a todas las viudas y solteras de la isla a tomar un esposo «bárbaro». Sin duda, el caso es ejemplar ya que este último se dejó persuadir posteriormente para hacerse monje… La circulación de monedas árabes, sobre todo las de los emires en Atenas, ha sido ya señalada, y el descubrimiento de un lugar de culto musulmán en la misma ciudad, mejor aún, el uso ornamental de caracteres cúficos en la decoración de las iglesias de las inmediaciones, manifiesta, alrededor del siglo X, una presencia árabe pacífica. En una palabra, un Bizancio marítimo se extiende de Sicilia a la Apulia y de Calabria a Tesalónica y el Egeo, donde la gama de contactos con el Islam es comparable en cierta medida a la que mencionamos a propósito del Bizancio continental en el este. Por ello, ese Bizancio de las islas y las costas está en relación incluso con el Asia Menor, a decir verdad, por el envite chipriota, y por las ofensivas marítimas de los emires de Tarso.

La política imperial apunta, pues, a dos objetivos, la reconquista de las rutas marítimas y la de Italia. El primero apenas será cumplido antes de la segunda mitad del siglo X. Sin duda alguna, Basilio cosecha de entrada éxitos en el Adriático. Libera

Ragusa en 868 y toma Bari en 876 al emperador Luis II, que la había ganado a los árabes en 871. Esta victoria es el germen del futuro *thema* de Longobardía, uno de cuyos estrategas es mencionado por primera vez en 911, que se extiende, como su nombre indica, en detrimento de los príncipes lombardos de la región, o mejor dicho, por encima de ellos, como un eminente poder. En 885-886, una campaña victoriosa de Nicéforo Focas entrega a los bizantinos Amantea, Tropea y Santa Severina, mientras que en 901 los árabes toman Reggio. Hasta la mitad del siglo, la denominación administrativa sigue siendo la del *thema* de Sicilia, aunque más tarde la terminología se hace eco de los hechos: el tratado sobre la *Administración del Imperio* (entre 948 y 952) menciona a un estratega de Calabria. De este modo, Bizancio es de nuevo un asociado político y un adversario militar en la Italia del sur a partir del reinado de Basilio I. Y esta historia oficial se superpone a la de un helenismo provincial, cuya obediencia política se debe a Constantinopla y la religiosa a Roma. La conocemos por la literatura monástica a la que ya hemos aludido, una de cuyas partes se perdió en accidentes posteriores, y cuyos vestigios dan ya cuenta holgada de la rica complejidad de una cultura de confines, que solo declinará lentamente tras la conquista normanda del siglo XI. Subsisten también restos arqueológicos cuyo inventario no se ha acabado de hacer, así como documentos de archivos muy excepcionales, cuyo número tal vez se acrecentará. Por último, el muy discutido problema de los dialectos griegos de Calabria, aún hoy en día vivos, forma parte, en todo caso, de la historia.

La extensión de Bizancio en la Italia meridional no resuelve el problema general de las comunicaciones marítimas. A lo largo del siglo X los árabes acaban, por el contrario, de cercar Sicilia, desde donde amenazan Calabria y donde, sin embargo, sobrevive el helenismo. Las claves del mar están de hecho en Creta y Chipre, y Bizancio fracasa allí, en 904 en Tesalónica, como

vimos. La flota bizantina está al mando del *logothetos tou dromou* Himerio, que desembarca en Chipre en 910, tras una victoria en el Egeo en 905 o 906. Pero en 911, a la vuelta de una inútil expedición a Creta, su flota es destruida a la altura de Quío. Sin embargo, la segunda mitad del siglo IX es testigo de una importante reorganización de la marina bizantina. El *drongario* de la flota imperial se convierte en comandante supremo, apoyado por la oficina del mar. En 899 aparece la primera mención de un nuevo *thema* marítimo, el de Samos. Bizancio se apresta igualmente a un gran esfuerzo de construcción marítima, y fortifica algunos importantes puntos costeros como Tesalónica, tras el desastre de 904, y Atalia.

Alrededor de 950, Bizancio es, pues, al este de la cristiandad, un modelo imperial, una moneda, una cultura dominante, y su periferia, pero también una sociedad de guerreros y clérigos, de ciudadanos y campesinos, que hay que comparar con el Occidente contemporáneo. Pero, sin duda, no es una sociedad sin agitaciones. Es preciso ir descifrándolas a través del descontento fiscal de una provincia, la disidencia de una herejía, la disconformidad de una cultura regional o las empresas de un jefe militar. Todo esto compone la dinámica de una historia que prosigue su curso, tras la muerte de Constantino VII, hacia lo que hay que llamar con justicia, a pesar de una contradicción en los términos que no es solo una en realidad, un Estado «feudal».

Tercera parte

LOS PRIMEROS ESTRE-MECIMIENTOS DE EUROPA

(siglo VII - mediados del si-glo X)

Capítulo 9

¿MONARQUÍAS BÁRBARAS, IMPERIO CRISTIANO O PRINCIPADOS INDEPENDIENTES?

Los reinos germánicos y celtas del siglo VI experimentaron un equilibrio frágil aunque real a mediados del siglo VII, con grandes variaciones regionales. A ese equilibrio siguió, a partir del 650 aproximadamente y hasta mediados del siglo VIII, y de nuevo del 850 al 950 (después del intermedio carolingio), una serie de crisis multiformes. Parecía iniciado un nuevo ciclo de destrucciones.

En realidad, las consecuencias de las regresiones de la romanidad y de los progresos de las novedades germánicas produjeron el que se cuestionaran los éxitos anteriores. Las dos fuerzas que habían colaborado en la vuelta al orden, los reyes y los clérigos, no pudieron impedir la desaparición irremediable de las costumbres y las instituciones romanas ni contener el empuje de una nueva clase social, la nobleza. La causa de ello se encuentra en una nueva evolución de la población que pasó de un estado de profunda debilidad a una renovación imputable al restablecimiento del orden. Esas fuerzas nuevas pudieron enfrentarse al Estado y a la Iglesia gracias a los lazos de hombre a hombre, pudieron transformar radicalmente los métodos agrícolas y crear nuevos métodos de intercambio y de expansión marítima. Al mismo tiempo, una nueva cultura permitió reinsertar la herencia de la Antigüedad en aquel mundo trastornado. Ya no se trataba de una redistribución de las cartas, sino de otro juego y de otra civilización. El lento y frágil enderezamiento de la población liberada del peso fiscal llevó a recuperar las tierras perdidas y dirigió un primer ataque a las tierras yermas. La privatización del Estado provocó la aparición de nue-

vos poderosos; los grandes propietarios nobles sometieron a la Iglesia a sus secularizaciones e hicieron aparecer principados regionales. De aquella situación confusa surgieron innovaciones fundamentales: los lazos de hombre a hombre, el espacio marítimo nórdico, el dominio bipartito, la *houlke* (navío frisón), la moneda de plata y la Biblia como fundamento de toda la cultura. La mezcla de los mundos germánico y romano tuvo lugar mediante un lento desplazamiento desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte de la herencia antigua, hasta tal punto que el prerrenacimiento intelectual y artístico fue mayor en el territorio más germanizado: Gran Bretaña. De ese modo, durante el episodio carolingio, se hizo sentir «el estremecimiento de superficie» de que habla G. Duby como precursor de un despertar ulterior.

Casi todas las innovaciones agrícolas y técnicas se dieron en tres regiones: la cuenca del Támesis, el norte de la Galia y Germania y la llanura del Po. Ahora bien, esas fueron las regiones donde las rupturas fueron mayores; después de haber sido tierras de futuro durante el Imperio tardío, estas llanuras de vocación cerealística habían visto interrumpido su primer desarrollo por las invasiones germánicas o por la peste. Convertidas en zonas de contacto entre los recién llegados y sus antiguos ocupantes, funcionaron como bisagra entre el mundo antiguo y el nuevo, entre la vieja Europa y la joven Europa. Los bárbaros mostraron allí sus notables dotes de adaptación y dieron a aquellos territorios, desde principios del siglo VIII, el esplendor que en condiciones normales tenían que haber conocido en el siglo V. De los lugares donde los trastornos fueron más profundos surgieron las soluciones más nuevas: a lo largo de una zona de fractura que era al mismo tiempo una línea de fuerza, de Italia a Gran Bretaña, pasando por Austrasia y Frisia. La clave de aquellas grandes mutaciones e innovaciones estaba en la alian-

za compleja entre la violencia guerrera germánica y la fe pacífica romana.

En efecto, el trinomio romanidad-cristiandad-germanidad provocó, tras fuertes agitaciones, una emulsión desconocida hasta entonces. Se transformó de amalgama heteróclita en cóctel original. La dosificación fue particularmente acertada entre los francos de Austrasia o entre los sajones que aceptaron las lecciones de sus maestros meridionales, sin por ello perder su originalidad. Convertidos en dueños del nuevo espacio económico, amigos y protectores de una Iglesia por cuya reedificación procuran, fueron los adversarios resueltos de todo poder regional y de cualquier potencia religiosa herética o extranjera como el Islam y Bizancio. Cuando se legitimó a Pipino con la unción real que le faltaba, y cuando los magnates religiosos hicieron comprender a los primeros carolingios que el Imperio Romano se había venido abajo definitivamente con la caída de Jerusalén en el 638 y que era preciso reconstruirlo, entonces el cóctel se volvió explosivo. El bárbaro germánico, traumatizado por haber saqueado la Roma pagana en el 410, intentó reparar su falta convirtiéndose en el salvador de la Roma cristiana. Ello le permitió, gracias al papado, abrirse camino hacia la hegemonía europea.

EL FIN DE LOS BÁRBAROS

La segunda mitad del siglo VII y la primera mitad del siglo VIII vieron cómo se resquebrajaba el equilibrio de los reinos bárbaros a consecuencia de crisis internas. Estas llevaron a una verdadera inversión de las posiciones que reforzó a los reinos anglosajones, lombardo y, sobre todo, franco. Las causas políticas de aquellas crisis provenían del rechazo de las instituciones monárquicas germánicas heredadas de Roma y del ascenso de

las aristocracias. Tras la fragmentación del Imperio apareció la fragmentación de los reinos.

Pulverizaciones y desapariciones

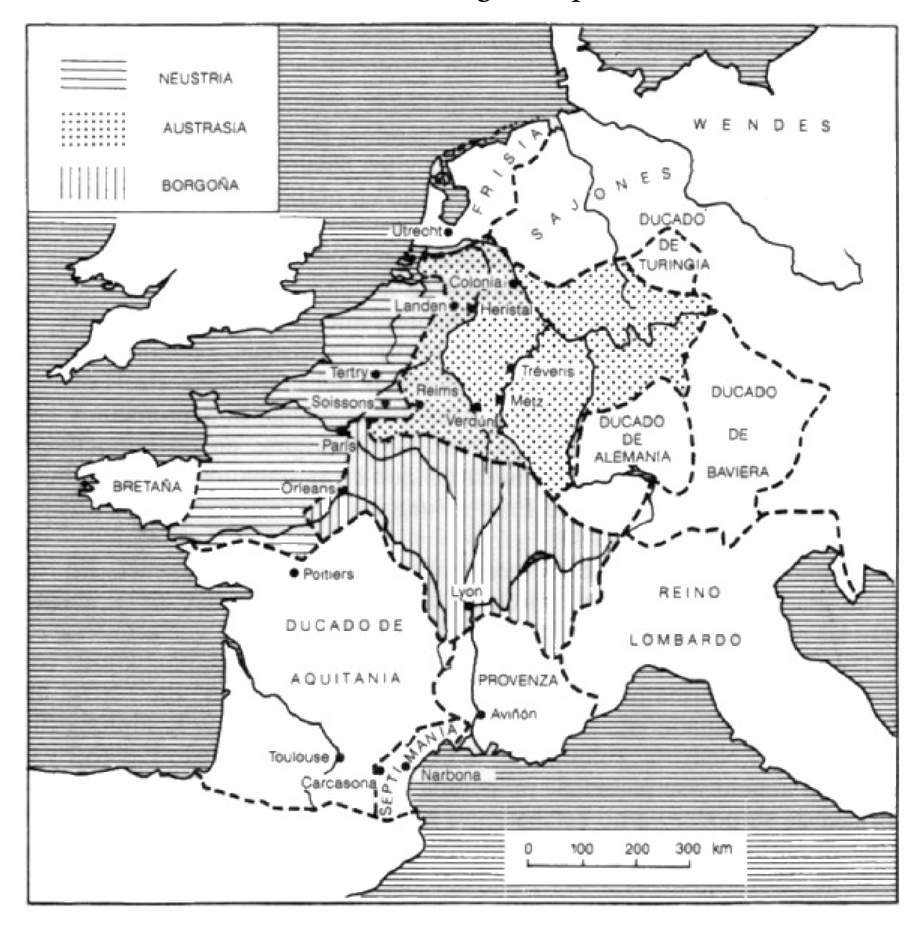
En efecto, el nacimiento de los principados territoriales fue la gran característica de aquella época. En la Galia, aprovechándose de las rivalidades entre Neustria y Austrasia, los turingios, los alamanes y los bávaros volvieron a adquirir su antigua libertad. En el sur, Borgoña se dividió en múltiples ciudades gobernadas por príncipes locales. Lo mismo ocurrió en Provenza a partir del 702, bajo la dirección del patricio Antenor. Finalmente, Aquitania pasó a las manos de una nueva dinastía fundada por Eudes (antes de los años 700-735). En el noroeste, los bretones eran cada vez más independientes, mientras que en el noreste, dirigidos por Radbodo (antes de los años 689-719), los frisones extendieron su área de influencia política y económica en las costas del mar del Norte. Los reinos vecinos imitaron aquellos comportamientos. En Hispania, la Septimania y la Tarraconense mostraron una tendencia constante a erigirse en un reino visigodo oriental independiente de Toledo, mientras que en la Italia lombarda los duques de Benevento, de Espoleto o de Friul se negaron a someterse a las órdenes de Pavía.

Esas múltiples tomas de poder fueron obra de la nobleza germánica. En Neustria, un gran funcionario, el mayordomo de palacio Ebroín (653-687), ahogó en sangre las revueltas nobiliarias y acumuló tales odios contra él que acabó cayendo ante la nobleza austrasiana dirigida por la familia de los Arnulfianos, que consiguió detentar de forma hereditaria la mayordomía de palacio. En Tertry, en el 687, Pipino II, llamado «de Heristal», instauró definitivamente la supremacía de Austrasia sobre Neustria, culminando la obra que habían iniciado Pipino I y Grimoaldo, su abuelo y su padre. Se preparaba el nacimiento

de una nueva dinastía. El origen de su poder ya no estaba entre el Sena y el Escalda, sino en el Mosa. Dueño de un importante capital territorial y financiero, Pipino, mayordomo de palacio de Austrasia desde el 679 y mayordomo de Neustria desde el 687, se tituló entonces príncipe de los francos e intentó recuperar las tierras del reino que se habían independizado. Pero, prácticamente, solamente pudo rechazar a sus adversarios más peligrosos, los frisones, al volver a ocupar Utrecht. En otras partes, en el sur del Loira y en Borgoña particularmente, su autoridad era nula. Incluso su muerte en el 714 provocó una revuelta en Neustria, dominada rápidamente por su enérgico hijo bastardo Carlos, en la sangrienta batalla de Vinchy en el 717. Este tomó el sobrenombre de Martel, que expresa bien cómo «martilleó» a los rebeldes y luego suprimió la independencia de los frisones, los alamanes, los borgoñones y los provenzales.

Al igual que los reyes merovingios, los monarcas visigodos no pudieron hacer frente al ascenso de la aristocracia. Esta rechazó la idea de herencia dinástica e intentó incesantemente hacer elegir a su candidato. La Iglesia intentó en vano convertir al rey en intocable mediante la unción real, que ya estaba generalizada en el 672 cuando Wamba fue elegido. Pero no por ello cesaron las rebeliones. Cuando los árabes empezaban a ser una amenaza para la península ibérica, esta se encontraba dividida entre el rey Rodrigo y los hijos de uno de sus predecesores, Witiza. Hemos visto cómo el ataque del Islam la derrumbó como a un castillo de naipes. En el 718, el invasor ocupó Narbona y la Septimania. Desde ahí, los bereberes lanzaron sus primeros ataques contra la Galia, pero en el 721 fracasaron ante Eudes, príncipe de Aquitania, a las puertas de Toulouse. Al volverse hacia el valle del Ródano, saquearon Autun en el 725. En el 732, después de asolar Aquitania, se enfrentaron a Carlos Martel al norte de Poitiers y sufrieron su segunda derrota. Pero hubo que esperar a una grave crisis interior en al-Andalus para que Pi-

pino el Breve pudiese reocupar Narbona en los años 752-759, mientras que el emir de Córdoba ‘Abd al-Ráhmán fundaba con dificultad, en el 756, un nuevo régimen político.



La Galia en la primera mitad del siglo VIII.

Entre tanto, ya en el 722, aprovechándose de la victoria de Toulouse, algunos hispanogodos dirigidos por Pelayo habían aplastado a un ejército musulmán cerca de Covadonga. Eran los inicios del reino cristiano de Asturias. La irrupción del Islam en Europa meridional reducía el dominio bizantino del Mediterráneo al sector adriático y tirreno del sur, mientras que el único adversario que había resistido, el reino de los francos, aumentó su prestigio. En adelante, la península iba a estar en

manos de los musulmanes, y el pequeño reino asturiano de Alfonso I (739-757) parecía incapaz de reconquistar por sí solo el antiguo reino visigodo.

Las repercusiones europeas de la batalla de Poitiers llegaron hasta Gran Bretaña, cuya forma de entrar en la cristiandad veremos más adelante. Mientras que los pictos seguían dominando en Escocia, el reino anglosajón de Wessex tendió a convertirse en el centro de gravedad político de la isla bajo la dirección del rey Ina (689-726), que dominaba desde el paso de Calais al canal de Bristol. Pero mientras continuaban las rivalidades entre reinos, Gran Bretaña dirigía cada vez más su mirada hacia el mar del Norte y el canal de la Mancha, es decir, hacia los francos. Del mismo modo, en Italia crecía la atracción hacia los francos, sobre todo a medida que se acentuaba la fragmentación. Los territorios italo-bizantinos se fueron separando del Imperio; el exarcado de Ravena tendía a convertirse en una Romana independiente; el ducado de Roma pasó a la autoridad del papa; el ducado de Nápoles, Calabria y Sicilia eran los únicos que seguían siendo fieles. Además, la adopción de la herejía iconoclasta por parte de Constantinopla opuso todavía más al papado con los bizantinos. Por eso, cuando Liutprando, rey de los lombardos (712-744), reanudó la política de expansión y de unificación, el papado se encontró totalmente aislado. Ya en el 739 pidió ayuda en vano a Carlos Martel. Y cuando Astolfo, rey de los lombardos, avanzó hasta amenazar a Roma, la situación se agravó sensiblemente.

Los austrasianos entran en escena

Desde el 741, el hijo de Carlos Martel, Pipino III «el Breve», asumía sin ningún título la dirección del reino de los francos. Ante el hecho de que las autonomías regionales seguían siendo fuertes, planteó la siguiente cuestión al papa Zacarías: «¿Quién

debe ser el rey en Francia, el que posee el poder o el que no lo tiene en absoluto?». Respondió el papa que debía ser el primero para que no se alterase el orden, y Pipino se hizo aclamar rey y consagrar por los magnates en Soissons. En el 754, el papa Esteban II, que había ido a la Galia a pedir su ayuda contra los lombardos, lo consagró por segunda vez en San Dionisio, al igual que a sus dos hijos y a su esposa. Surgía una nueva dinastía, mientras que Childerico III, el último merovingio, era tonsurado y encerrado en un monasterio. A la raza sacralizada por la sangre sucedía la raza consagrada mediante la unción. El carisma pagano se borraba ante el de la gracia divina. Con la nueva dinastía nacía una nueva legitimidad; esa dinastía no tardaría en llamarse «carolingia».

Pero poco después surgió una segunda novedad igualmente importante, consecuencia de la anterior. Para agradecer al papa su ayuda, Pipino el Breve, influido quizás por la célebre «falsa donación» de Constantino que le habrían podido mostrar entonces (pretendía que el emperador, antes de partir hacia Oriente, había dado toda Italia al papa Silvestre), dirigió dos expediciones, en el 754 y en el 756, contra los lombardos. Pipino obligó a los lombardos a «restituir» al papa veintidós ciudades de Italia central que habían sido bizantinas. Eran los inicios del «patrimonio de san Pedro» destinado, según las intenciones del papa, a consolidar y asegurar su poder universal sobre la cristiandad. Estamos ante la aparición de un nuevo equilibrio.

Así terminó, a mediados del siglo VIII, la crisis de los reinos bárbaros. De los ocho grupos políticos fundados en los siglos V y VI, solamente tres se mantenían en pie: los anglosajones, los lombardos, y los francos. Pero solo los francos seguían siendo poderosos y dinámicos, ya que realmente habían empezado a suprimir las autonomías regionales y pretendían reconstruir una unidad política que ya no era solamente nórdica y franca, sino europea e internacional. Los francos habían establecido

numerosos lazos económicos y culturales con los anglosajones, los lombardos e incluso los asturianos del norte de la península ibérica. Así pues, eran el centro de gravedad de una Europa que se estructuraba de nuevo. Habían salido vencedores de las crisis y de las mutaciones del siglo VII, eran los dueños de un nuevo espacio económico nórdico desconocido en el siglo V, amigos y protectores de la Iglesia, adversarios resueltos de cualquier principado independiente y de cualquier potencia religiosa herética (como Bizancio), o considerada como pagana (el Islam); por todas estas razones, el papado los empujaba hacia la hegemonía. Los bárbaros germánicos que habían saqueado Roma en el 410, ahora, tres siglos más tarde, querían restaurarla y asegurar la supremacía de la Roma cristiana. Pero, después de haber creado el patrimonio de san Pedro, origen del futuro Estado pontificio que duró hasta 1870, Pipino el Breve abandonó al papa enfrentado siempre a los ataques continuos de los lombardos y prefirió ocuparse de restablecer el orden interior en su reino, donde todavía había restos de principados regionales. A pesar de una primera sumisión de Frisia en los años 732-734, y de expediciones continuas contra el este, solamente estaban en sus manos verdaderamente Borgoña y Provenza.

Por eso, después de sus dos expediciones italianas, preparó cuidadosamente sus campañas contra Wifredo, príncipe de Aquitania. Empezó por aislarlo tomando la Septimania musulmana y garantizando a los hispanogodos, que tomaron Narbona después de un largo sitio (752-759), el mantenimiento de su ley y de una verdadera autonomía. Luego, del 760 al 768, cada año casi sin interrupción, el rey de los francos lanzó una expedición contra Aquitania. Ciudad tras ciudad, condado tras condado, se apoderó de todo el principado hasta el Garona. Después de haber destruido 35 monasterios y cortado la expansión de la última zona de civilización meridional durante dos generaciones, murió de vuelta de la última incursión y fue enterra-

do en San Dionisio. En adelante, el triunfo de los germánicos sobre el viejo sur romano había de ser completo. En cambio, sus asaltos repetidos contra los alemanes, los sajones y los bávaros habían fracasado.

CARLOMAGNO

Pipino el Breve había dividido su reino entre sus dos hijos, Carlomán y Carlos, como los merovingios. Pero ese repartimiento duró poco, ya que el primero murió en el 771 y su hermano se encontró a la cabeza de todo el territorio. Al principio, siguió la política de su padre: «dilatación del reino» o más exactamente recuperación de las antiguas tierras merovingias. Pero las circunstancias y el temperamento de Carlos habían de llevarle por otros derroteros.

La «dilatado regni»

Ese gigante de siete pies (1,92 III), con voz de falsete y gran bigote, fue rey a los 21 años. En primer lugar, era un soldado aguerrido en las campañas de Aquitania y un cazador tan empedernido que un año antes de morir, en el 813, cuando tenía sesenta y seis, todavía iba tras el jabalí en las Ardenas. Fue un estratega sagaz, pero empírico al mismo tiempo, que seguía sus empresas con clarividencia, las interrumpía en caso de derrota y las acababa con prudencia. Para consolidar definitivamente la posesión de Elisia, empezó por intentar anexionar Sajonia, desde el Rin hasta el Elba. En el 722, destruyó el gran santuario pagano de los sajones, el Irminsul, y empezó una lenta conquista atrayéndose una parte de la nobleza. Pero llamado por el papa Adriano, a quien amenazaba Desiderio, rey de los lombardos, Carlos franqueó los Alpes y sitió durante largo tiempo la capital lombarda, Pavía, que se rindió en el 774. Entonces, el rey de los francos se hizo coronar rey de los lombardos, confirmó el

patrimonio de san Pedro y recibió el título de «patricio» de los romanos, lo cual le tenía que arrastrar a otras intervenciones. Cuando había vuelto de nuevo a la conquista de Sajonia, tuvo que abandonarla al recibir la llamada de rebeldes musulmanes y cristianos en al-Andalus. En el año 778, cruzó los Pirineos por los dos extremos, pero fracasó al no ver claro en el embrollo hispanomusulmán que había alrededor de Zaragoza. De vuelta, al pasar por el desfiladero de Roncesvalles, el 15 de agosto, su retaguardia, dirigida por Rolando, marqués de Bretaña, fue exterminada por vascos y musulmanes unidos. Ante esa noticia, toda Sajonia se rebeló.

Carlos intentó superar esa primera gran crisis de los años 778-779 tomando una serie de medidas oportunistas destinadas a calmar las oposiciones internas y a someter a los irreductibles en el exterior. En el 781 dio como reyes a los aquitanos y a los lombardos a sus dos hijos, Luis y Pipino. Luego redactó un terrible «capitular» contra los sajones e inició siete años de expediciones continuas. Después de una grave derrota en el monte Suntal, hizo decapitar a 4500 jefes nobles sajones para extirpar el prestigio religioso de aquellos sacerdotes guerreros. Por otro lado, recibió juramento de fidelidad de los habitantes de la ciudad de Gerona en el 785; de ese modo, consiguió llegar al flanco sur de los Pirineos. En el 787, sometió teóricamente al duque lombardo de Benevento, que debía pagarle tributo, pero de resultas, empezó a inquietar al Imperio Bizantino, cuyos territorios se encontraban próximos. En el 788 obtuvo la condena y la destitución de Tasilón III, duque de Baviera, a causa de las repetidas negativas de este a someterse. Desde entonces, colocó a la cabeza de aquella región a su cuñado, Geroldo, para acabar con la independencia de los bávaros.

Hemos de creer que esas medidas no bastaron porque, a partir de los años 791-795, estalló una nueva crisis: hubo una incursión musulmana en la Septimania, una rebelión del duque

de Benevento, malas cosechas y hambre y, finalmente, un intento de asesinato contra su persona por parte de su hijo Pipino. La recuperación se garantizó de nuevo gracias a una mezcla de flexibilidad y de fuerza. Para suprimir la posibilidad de conspiraciones, hizo prestar un juramento de fidelidad a todos sus súbditos. Con el fin de consumar la conquista de Sajonia, cesó el régimen de excepción inaugurado por el capitular precedente (¿782-785?) y lo sustituyó por una práctica de igualdad entre francos y sajones. A continuación emprendió numerosos ataques contra los nómadas avaros, que eran una amenaza para las tierras italianas y bávaras, en el 791 y el 795. En el 796 se apoderó finalmente de su *ring*, fortaleza circular sita entre el Danubio y el Tisza. El botín que allí obtuvo le permitió recompensar ampliamente a sus fieles servidores. Así pues, la victoria de nuevo era la principal fuente de su autoridad y del respeto que se le confesaba. Carlomagno es incomprensible sin sus fracasos, que le atrajeron la simpatía, y sin sus triunfos, que le aportaron prestigio y grandeza.

La Navidad del año 800

En esta fecha se inició la marcha hacia el Imperio. En los medios eclesiásticos nació una corriente de ideas políticas surgida de la nueva cultura. El príncipe, al reunir a los mejores representantes en su corte (Alcuino, anglosajón, en el 781; el lombardo Pablo Diácono, en el 782; el hispano-visigodo Teodulfo, etc.), dio impulso al fortalecimiento de su poder. Ya se había restaurado la realeza, con las unciones de los años 751 y 754, y también el papado, dueño de Roma, con las donaciones y confirmaciones de Pipino y de Carlos. Así pues, el paralelo bíblico con David y Samuel aparecía a menudo bajo la pluma de los letrados carolingios, sobre todo la de Alcuino, que llamaba a Carlos rey-sacerdote. El papa Adriano I no dudó en otorgar al soberano el epíteto romano imperial de *Magnus* (grande) que le

quedó. Luego, en un mosaico de San Juan de Letrán, se le comparó al emperador romano y cristiano por excelencia: Constantino. En él se le representa recibiendo de manos de san Pedro, como Constantino, el estandarte, símbolo del poder. Aparecieron, pues, dos movimientos ideológicos; uno alrededor de Carlos y el otro alrededor del papado. Pero ambos intentaban, más o menos oscuramente o conscientemente (no lo sabemos), llevar al rey de los francos y de los lombardos hacia un poder que Alcuino calificó, en el 798, de «imperio cristiano». Pero, mientras que para el papado la restauración del Imperio significaba volver a tener autoridad sobre el patriarca de Constantinopla y la Iglesia de Oriente, parece que en los círculos allegados a Carlomagno había intenciones más laicas al respecto. El mismo Teodulfo suprimió la idea jurisdiccional de la supremacía del papa sobre toda la Iglesia, cuyo pontífice habría sido investido por san Pedro. Carlomagno, mediante la pluma de Alcuino, precisó que, si era misión del papa ayudar a Carlos con la oración para que fuese victorioso, solo a él, el rey de los francos, correspondía «defender donde fuese, en el exterior, a la Iglesia de Cristo contra los ataques de los paganos y las devastaciones de los infieles, y velar desde dentro para que se reconociese la fe católica». Los intelectuales que rodeaban al rey franco consideraban al papa como un servidor espiritual del príncipe. Los clérigos pontificios estimaban que ambos poderes, papado e Imperio, provenían de san Pedro, y por consiguiente que lo espiritual era superior a lo material.

Mientras que esas corrientes políticas se debatían en la ambigüedad, el «proyecto imperial» se materializó bruscamente. En Bizancio, la emperatriz Irene había hecho sacar los ojos a su hijo, Constantino VI, y había tomado el poder en su lugar. ¿Significaba ello para los francos que ya no había emperador? El 25 de abril de 799, el papa León III, a quien había encarcelado una facción de nobles romanos, escapó y consiguió refugiarse en la

corte de Carlos, en Paderborn. Fue entonces cuando se entablaron las negociaciones definitivas. De los tres poderes (Imperio, papado y realeza), solamente la realeza, concretada por el rey de los francos, se mantenía todavía intacta. Así pues, le correspondía a aquel príncipe restaurar al segundo y apoderarse del primero, a la sazón vacante. De ese modo, el 25 de diciembre del año 800, en Roma, en la basílica de San Pedro, el papa colocó la corona imperial sobre la cabeza de Carlos y la muchedumbre de los francos en armas aclamó al nuevo emperador. Decían: «Carlos, coronado por Dios, gran y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria». Finalmente, el papa se arrodilló ante el nuevo emperador. Según Eginardo, su biógrafo, el rey de los francos salió furioso de aquella ceremonia.

En efecto, el papa había invertido el ceremonial habitual. En Bizancio, donde se había conservado el protocolo romano, las aclamaciones de la multitud y el ejército precedían a la coronación por parte del patriarca. Ello significaba que el poder imperial provenía del pueblo y el ejército. León III, al coronar en primer lugar a Carlos, antes de que estallasen las aclamaciones, afirmaba que todo poder proviene de Dios mediante su intermediario. Así, la concepción laica del Imperio que tenía Carlomagno se batía en retirada, y de ello venía su furor, puesto que de aquel modo la independencia del emperador se veía fuertemente hipotecada. Esta querella es capital para la comprensión de todo el ideal político de la Edad Media. Allí empezaron las difíciles relaciones entre el Imperio y el papado; Napoleón prefirió acabarlas brutalmente en 1804, cuando se colocó él mismo la corona imperial sobre la cabeza.

Durante los últimos catorce años de su reinado, Carlomagno intentó clarificar la noción de Imperio y hacer triunfar su concepción personal. Consideraba que el Imperio debía ser franco; por ello nunca abandonó sus títulos de rey de los francos y rey de los lombardos. En el 806, previo que, a su muerte, su reino

se dividiría entre sus tres hijos (Luis, Pipino y Carlos), como con los merovingios. La muerte de sus dos últimos hijos le obligó a desechar tal proyecto, pero ello demuestra que pensaba como franco. Además, englobó en el Imperio al pueblo cristiano y, en consecuencia, a la Iglesia. La manera con que hizo condenar el adopcionismo (una herejía hispana) y la iconoclasia bizantina durante el concilio de Frankfurt en el 796, sin tener en cuenta la opinión del papa, muestra que a su modo de ver este no era más que el primero de los obispos. Así pues, asumió perfectamente la tradición de Constantino. Asimismo, transformando y corrigiendo las leyes germánicas, adoptaba la idea romana del emperador como fuente de la ley. Pero las relaciones con Constantinopla fueron más difíciles, porque desde allí se había considerado la coronación del 800 como una usurpación por parte de un bárbaro de un título cuya única depositaría era Constantinopla. Una primera serie de negociaciones fracasó en el 802. Luego, al apoderarse Pipino en Italia de los territorios bizantinos de Venecia e Istria en el 810, una nueva embajada obtuvo en el 812, a cambio de la restitución de aquellas conquistas, el reconocimiento de Carlomagno como «emperador y augusto», con la condición de que no pudiese presentarse como «emperador de los romanos». En adelante, hubo, pues, dos emperadores. En cuanto fue evidente que el único hijo de Carlos le sucedería, el problema de la investidura imperial se clarificó. En la capilla de Aquisgrán, Carlomagno hizo que los grandes aclamaran el título imperial en favor de su hijo y le colocó la corona sobre la cabeza. Finalmente había hecho triunfar su concepción de que Roma y los romanos, la Iglesia y el papa ya no tenían nada que ver. Los nuevos romanos eran los francos y de ahora en adelante Roma estaba en Aquisgrán.

Sombras y límites

Los últimos años del reinado de Carlomagno estuvieron ocupados por las necesidades del gobierno. Por ello, del 800 al 814, disminuyeron las conquistas. En efecto, a partir del 794, Carlos pasó todo los inviernos en Aquisgrán, donde estaba ocupado con las construcciones del palacio y de la capilla. Entre tanto, sus ejércitos hacían grandes progresos en Hispania, donde el rey Luis asistió a la toma de Barcelona en el 801 y a la de Tarragona en el 808. Sin embargo, no pudo conservar Pamplona, tomada en el 811, y el país de los vascos (incluidos los territorios que estos ocupaban en Navarra y Gascuña) solo fue sometido en teoría. La única zona que se dominaba efectivamente era la marca de Hispania, más tarde llamada Cataluña. En Italia, los bizantinos conservaban Venecia, Istria, Apulia, Calabria, Sicilia y Cerdeña; el duque lombardo de Benevento era prácticamente independiente. En cambio, en Sajonia, Carlos hizo constantes esfuerzos por consolidar la frontera con los eslavos. En el 804, conquisto Nordalbingia (Holstein) y colonizó, con francos, ambas márgenes de la desembocadura del Elba donde fundó Hamburgo. Lanzó expediciones contra los sorabos en el 806, contra los bohemios en los años 805-806, los *wilzes* (809-812), y los *linones* (808-811). Al mismo tiempo se enfrentó con los daneses; su rey, Gotfrid, se convirtió en una amenaza entre el 810 y el 813. Cerró el istmo mediante un muro de tierra con una empalizada: el Danevirke. Todo ello cuando ya las incursiones de sus compatriotas los vikingos alcanzaban las costas del Imperio.

Así pues, cuando el emperador murió el 28 de enero del 814, y fue enterrado en la capilla de Aquisgrán, había agrupado a casi todo el mundo germánico y el latino durante cuarenta y siete años de reinado. Pero aquella unificación, debida bien al azar de las circunstancias favorables, bien a su obstinada perseverancia (tardó 33 años en conquistar Sajonia), no logró hacer desaparecer las originalidades regionales en Aquitania, en

Lombardía, en Baviera, etc. No obstante, su prestigio en el exterior fue inmenso. El califa de Bagdad, Harün al-Rashid, intercambió embajadas con Carlomagno sobre la suerte de los peregrinos cristianos en Jerusalén, y le reconoció quizás un cierto derecho de protección sobre ellos. Sus relaciones fueron excelentes con el rey Offa de Mercia, así como con el de Asturias. Pero esos dos reinos, al igual que Irlanda, quedaron completamente fuera del Imperio.

En efecto, mientras que el emirato de Córdoba era cada vez más poderoso, el reino de Asturias estaba territorialmente separado del imperio nuevo por la creación de un principado navarro, en zona vasca, que era ferozmente independiente y estaba por cristianizar. El rey Alfonso II (791-842) empezó por hostigar seriamente a los musulmanes con expediciones lejanas (una de ellas llegó incluso a Lisboa). La guerra continua tuvo por resultado la aparición de una verdadera tierra de nadie intensamente despoblada en las márgenes del Duero. La zona más expuesta se llenó de torres y de castillos fortificados, lo que le dio el nombre de Castilla. Mientras que Alfonso II acondicionaba una nueva capital en Oviedo, el descubrimiento de un sarcófago, a principios del siglo IX, en Galicia, tuvo consecuencia políticas y religiosas importantes. Se creyó que habría contenido las reliquias del apóstol Santiago, aunque probablemente se trataba de las de un Santiago de Mérida, transportadas a Galicia cuando la huida de los musulmanes. Santiago de Compostela se convirtió pronto, por su peregrinación, en una afirmación de la fe cristiana frente al Islam y en una incitación a la lucha. Como Carlomagno, los reyes asturianos desarrollaron un espíritu de precruzada. Todo estaba preparado para una reconquista de la península.

A pesar de que había buenas relaciones intelectuales y económicas, el mundo céltico y anglosajón quedó fuera del alcance de Carlomagno. Para empezar, Bretaña siguió totalmente inde-

pendiente, con sus jefes locales y su organización eclesiástica particular, a pesar de las expediciones del 786, 789 y 811. Al final, se cerró simplemente con una marca fronteriza centrada en Rennes y Nantes. Las intervenciones del emperador a favor de un rey anglosajón u otro jamás se tradujeron en una influencia real sobre la isla de Gran Bretaña. En efecto, bajo la dirección del rey Offa (757-796), Mercia estuvo a punto de unificar toda la parte meridional de la isla. Offa consiguió reunir Sussex y Anglia Oriental; estableció su protección en Wessex y, para luchar mejor contra los bretones, hizo construir una gran fortificación de tierra con empalizadas llamada el Dyke de Offa. Incluso obtuvo una alianza con Northumbria. Sin embargo, aquel esbozo de unidad no duró mucho, pues al morir Offa reaparecieron los antiguos reinos. Northumbria se independizó, mientras que Wessex, bajo la dirección de Egbert (802-839), acabó dominando el antiguo reino de Offa. Luego obligó a Northumbria a obedecerle y suprimió el reino bretón de Cornualles. Por primera vez, la hegemonía de Wessex reunía en una sola formación a toda la Inglaterra sajona. Frente a aquella unificación, los reinos célticos e irlandés hacían un pobre papel, víctimas de continuas luchas intestinas. La Italia bizantina presentaba el mismo panorama: el duque de Benevento estaba incesantemente en estado de guerra con el ducado de Nápoles, al que intentaba usurpar territorios. Venecia era la única que se mantenía al margen con su dux independiente, al no mezclarse en los litigios entre ambos imperios.

DE LA UNIDAD A LA PLURALIDAD

A pesar de la pérdida de importancia de las guerras exteriores, verdadero motor de la supremacía carolingia, el Imperio mantuvo cierta estabilidad gracias al impulso de Carlomagno. A causa de esto, bajo el reinado de Luis el Piadoso (814-840) los

problemas internos pasaron a primer plano y las facciones aristocráticas intentaron de nuevo, a partir del 840, apoderarse del mando del Imperio. Al aumentar bruscamente la peligrosidad de las invasiones extranjeras y al multiplicarse las guerras civiles, el Imperio estalló en tres reinos en el 843, a raíz del reparto de Verdún, y luego desapareció en medio del desorden general.



El Imperio Carolingio en el año 814.

El Imperio ¿era laico o clerical?

El capital de autoridad adquirido por Carlomagno fue importante para la llegada al trono de su hijo; Luis, a la edad de 36 años, salía de un largo reinado en Aquitania. Aunque su lengua materna fuese el germánico, había recibido una educación religiosa, de la mano de un hispano-visigodo de Septimania (Benito de Aniane) que le había influido mucho. Ya en Aquisgrán, instaló a sus consejeros aquitanos en los altos cargos (el canciller Helisachar, por ejemplo) y se rodeó de clérigos como Agobardo, un hispano, que luego había de ser arzobispo de Lyon y cuyas ideas políticas romanizantes constituían un todo coherente. Para ellos, el Imperio era único y sus instituciones políticas debían traducir rigurosamente su esencia cristiana, ya que la Iglesia, que era superior a él, era la única detentadora de la verdadera justicia. Este programa de unidad del Imperio apenas fue modificado después de la muerte de Benito de Aniane, ocurrida en el 821, cuando volvieron a gozar del favor del rey los antiguos consejeros de Carlomagno como Adalardo, abad de Corbie, y el hermanastro del emperador, Wala, antiguo gobernador de Sajonia. También ellos eran partidarios de la racionalización de las instituciones en pro de una mayor eficacia.

Querían someter integralmente la Iglesia y el papado al control del emperador. Este último, cuyo físico no tenía la prestancia del de Carlomagno (era de estatura baja y tenía las manos y los pies muy grandes), poseía una mentalidad abierta ante todos los que intentaban influir sobre él. Desprovisto del empirismo de su padre, creyó sinceramente que su programa era aplicable, olvidándose del azar que le había convertido en el único superviviente entre sus hermanos suprimiendo así toda posibilidad del reparto tradicional entre los germánicos. Entre tanto, las guerras exteriores y los botines, elementos indispensables de riqueza y de autoridad, siguieron hasta el 825 con expediciones contra los obodritas en el Elba en el 817, contra los croatas (820, 821, 822), contra los bretones (818, 822, 824), y contra los

musulmanes de la península ibérica (822, 824). Las pocas incursiones de saqueo de los vikingos en las costas no parecieron, de momento, peligrosas.

Por ello, la política imperial y religiosa pudo pasar a primer plano. Luis el Piadoso, contrariamente a su padre, que se había negado a hacer evangelizar a los daneses por razones políticas, aprovechó el bautizo del rey Haroldo, refugiado en su corte, para mandar al misionero Anscario a Dinamarca, y luego a Birka, en Suecia. A pesar de la creación de un arzobispado inmenso con sede en Hamburgo, los resultados fueron escasos. En cambio, bajo la inspiración de Benito de Aniane, el emperador convocó una serie de concilios en Aquisgrán (816, 817, 818 y 819) con el fin de reorganizar la Iglesia. Todos ellos se caracterizaron por una verdadera imposición del ideal monástico a los clérigos seculares. La renuncia de Luis el Piadoso a la posibilidad de convertir las tierras de la Iglesia en «precario», aunque estas sobrepasaran el mínimo vital indispensable para cada obispado o abadía, tuvo consecuencias políticas importantes. De resultas, la propiedad eclesiástica volvió a iniciar un crecimiento imparable. Finalmente y a raíz de una entrevista con el papa Esteban IV en Reims en el 816, reconoció la existencia del patrimonio de san Pedro. Así, la Iglesia se reformaba y se sustraía a la influencia de los laicos. Ahora bien, ello era contrario a las intenciones de Carlomagno, que había intentado controlar al clero. La Iglesia, gracias a la independencia que le concedía Luis, podía convertirse en una potencia externa al Imperio.

Luis el Piadoso estaba demasiado convencido de la necesidad de defender y glorificar a la Iglesia para ver los peligros de su política de reformas, que a sus ojos solo tenía intenciones morales. De igual modo, abandonó la concepción paternal de un imperio laico por encima de la Iglesia. Desde el momento de su llegada al trono, renunció a los títulos de rey de los francos y rey de los lombardos, importantes para su padre, y se tituló

«por la providencia divina, emperador augusto». El principio unitario cristiano se afirmaba finalmente en Reims en el 816, en el momento en que el papa renovó la coronación y consagró a Luis el Piadoso, como si la ceremonia laica del 813 fuese nula y solo la intervención pontificia pudiese crear al emperador. Finalmente, para acabar de realizar su programa y ordenar su sucesión en un sentido unitario, Luis el Piadoso creó en el 817 la *Ordinatio Imperii*. Conforme a las prácticas germánicas del reparto con las que no podía encararse, dejó intactos los tres vicereinos: Italia, confiada a Bernardo, hijo de Pipino, por Carlomagno; Baviera, reino creado el 814, que dio a su hijo Luis, y Aquitania, finalmente, atribuida en el mismo año a su otro hijo Pipino. Pero sometió estrechamente esos tres reyes a su hijo mayor, Lotario, a quien hizo coronar emperador y único heredero del Imperio. Por otro lado, el padre mismo coronó a su hijo Lotario, como Carlomagno había hecho con él en el 813. En resumen, el Imperio indivisible quedaba por encima de los tres reinos. Pero la nobleza, inquieta ante el gran favor otorgado a la Iglesia, protestó alegando que los derechos de Bernardo habían sido silenciados en la *Ordinatio Imperii* del 817 y empujó al rey de Italia a la rebelión. Luis el Piadoso la aplastó y le hizo sacar los ojos por su tentativa de usurpación. Pero su sobrino murió a causa de ello y los consejeros eclesiásticos del emperador impusieron a este último una penitencia pública que cumplió en el 822 en el palacio de Attigny. No contentos con esta primera humillación del poder imperial, Adalardo, Wala, Agobardo e Hilduino (archicapellán y abad de san Dionisio), siguieron serrando la rama sobre la que estaban sentados. Enviaron a Lotario como rey a Italia y le hicieron coronar y consagrar emperador por el papa Pascual I en Roma en el año 823, como si la coronación del 817 hubiese sido también inútil. Con esas prácticas, el clero ataba el título imperial a lo sagrado y a la coronación; hacía de él una prerrogativa exclusivamente religiosa en

manos del papa y de la sede de san Pedro. Pero como contrapartida, Lotario, en el 824, puso a Roma y al papa bajo su autoridad.

Los clanes codiciosos

Un segundo grupo de presión se formó alrededor de Lotario; estaba dirigido por Hugo, su yerno, jefe de una gran familia de Alsacia y conde de Tours, y por Matfrid, conde de Orleans. Sus intereses, puramente materiales, les llevaban a defender la unidad del Imperio en el que tenían sus bienes dispersos. Un tercer grupo se reunió alrededor de la segunda mujer de Luis el Piadoso, Judith, de la familia bávara de Welf, casada en el 819. Ahora bien, en el 823, esta le dio un hijo, el futuro Carlos el Calvo. Este nacimiento convertía en caduca la *Ordinatio Imperii* del 817, y Judith no cejó hasta que el principio del reparto se aplicó también a su hijo. Entre tanto, los dos hermanos Pipino y Luis intentaban con sus clientelas sacar provecho de aquellas rivalidades.

Una primera crisis (826-827) terminó con el triunfo del principio de los repartos: Carlos obtuvo la promesa de un territorio que comprendía Alemania. Retia. Alsacia y una parte de Borgoña, y Lotario fue relegado a Italia. Una segunda crisis (830-831) se solucionó de forma que los hermanos colocaron a Lotario como emperador asociado al tiempo que aumentaban sus territorios respectivos. Ese nuevo triunfo del principio del reparto se acentuó cuando Luis desposeyó a Pipino de Aquitania de su reino en provecho de Carlos. Entonces, Lotario cruzó los Alpes, acompañado por el papa Gregorio IV, y al traicionar los jefes nobles al emperador, se obligó a Luis el Piadoso a hacer penitencia, a separarse de su mujer y a entrar en un monasterio, dejando a Lotario como emperador único. Sin embargo, lo fue por poco tiempo, puesto que, en febrero del 835, Luis el

Piadoso fue de nuevo entronizado solemnemente por los obispos en la catedral de Metz. Así pues, la crisis acentuó, mediante la incapacidad de Lotario y de los laicos para consolidar la unidad imperial, el deslizamiento de la función imperial en manos de los clérigos.

Los últimos años de reinado de Luis el Piadoso giraron en torno a una obsesión: crear un reino para Carlos el Calvo. Mientras que Aquitania volvía a su antigua independencia y Baviera hacía otro tanto con Luis el Germánico, Luis el Piadoso dividió el Imperio en dos partes a uno y otro lado del Ródano, del Saona y del Mosa: Lotario se quedó con la del este y mientras que Carlos obtuvo la del oeste. Cuando Luis murió, el 20 de junio del 840, el Imperio estaba completamente desmantelado.

Había cesado la expansión. El fisco real había visto disminuir sus bienes territoriales de forma considerable y quebrantarse seriamente la fidelidad de los nobles y los vasallos a causa de las numerosas reiteraciones de los juramentos de fidelidad a nuevos reyes siempre cambiantes. La idea imperial les pareció demasiado abstracta para ser defendible, mientras que el clero, acaparándola, influyó en el sentido de someter la dirección de lo temporal a lo espiritual. De resultas, este mismo clero se vio envuelto en el fracaso de una empresa que había querido dirigir. Pero a pesar de todo, conservó el tema del Imperio del que naturalmente se convertía en propietario. Los clérigos intentaron incesantemente profundizarlo con la esperanza de hacer resucitar aquella solución política.

Verdún (843) y sus consecuencias

Las querellas condujeron a una división definitiva del Imperio en tres reinos, y luego a la desaparición misma del Imperio. Además, las nuevas invasiones facilitaron la fragmentación.

Apenas había muerto su padre cuando Carlos el Calvo y Luis el Germánico se aliaron contra el mayor, Lotario, que quería reunir toda la herencia imperial bajo su dirección, sin reconocer a sus hermanos la corona de reinos autónomos. Le vencieron en Lontenoy-en-Puisaye, el 25 de junio del 841, y luego se prometieron, con todos sus vasallos, una ayuda mutua contra su hermano. Intercambiaron tres juramentos de fidelidad en Estrasburgo, el 14 de febrero del 842. El historiador Nithard nos ha transmitido los textos respectivos. Cada uno pronunció su juramento en la lengua del otro; uno y otro son los textos más antiguos de antiguo francés y de alto alemán que se conservan. Esa división en dos lenguas es ya el anuncio del reparto que iba a producirse. Después de un año de laboriosas negociaciones, y gracias a los dictámenes de 120 árbitros, los tres hermanos llegaron a un acuerdo serio, el primero, sobre el reparto del Imperio; ese tratado fue ratificado en Verdún en agosto del 843.

Aquel reparto, que ha marcado a Europa hasta nuestros días, se guio por cuatro principios: los lazos de parentesco entre linajes con el fin de no dividir las herencias, igualdad de las tres partes, unidad territorial de cada parte, y respeto integral de los tres vicereinos anteriores: Aquitania, Italia y Baviera. Como se ve, se trataba de un compromiso delicado entre los nobles y los príncipes. Además, algunos casos particulares modificaron aquellos principios. Por ejemplo, al haberse unido los nobles de los Países Bajos a Lotario en el 840, su territorio se atribuyó a este monarca. Asimismo, se reservó el condado de Chalon-sur-Saóne, cuyo conde se había mantenido fiel a Carlos el Calvo, a este otro monarca. Pero lo más difícil fue asignar a cada rey un número igual de fiscos reales. Situados principalmente en el norte de Europa, los de Neustria se atribuyeron a Carlos; los que había entre el Mosa y el Rin a Lotario, y los del Rin medio, desde Maguncia a Espira por la margen izquierda del río, a Luis el Germánico. Así se explica el trazado curioso de las fron-

teras que no tenía en cuenta para nada las unidades lingüísticas. A grandes rasgos, y con las correcciones precisadas más arriba, los países del este del Rin se atribuyeron a Luis. Carlos el Calvo obtuvo las tierras situadas al oeste del Escalda, del Mosa, del Saona y del Ródano, pero con excepciones como el Lionesado, la zona de Vienne, el Vivarais y Uzége, que se reservaron a Lotario.

Este último quedó como dueño de Frisia, de las regiones entre el Mosa y el Rin, de Borgoña, Provenza y la Italia franca. Instalado en ambas capitales, Aquisgrán y Roma, fue normalmente el emperador preeminente sobre los otros dos reinos. Teóricamente, a los ojos de los coetáneos, existía un solo imperio en cuyo interior había tres reinos. En la práctica, muy pronto empezó la costumbre de llamar al reino de Luis el de los francos orientales y al de Carlos el de los francos occidentales; otros hablaban de Francia oriental y Francia occidental. Entre ambos, en lugar de un nombre étnico, fue el de Lotario, y luego el de su hijo homónimo, el que designó al reino. El país de los «Lothringen», de la gente de Lotario, de donde viene Lorena, fue en sus inicios un conjunto artificial ligado a un hombre. La Lotaringia llevaba en su mismo nombre la fuente de su descomposición ulterior; ni tan siquiera tenía continuidad territorial a causa del difícil obstáculo que la partía en dos: los Alpes.

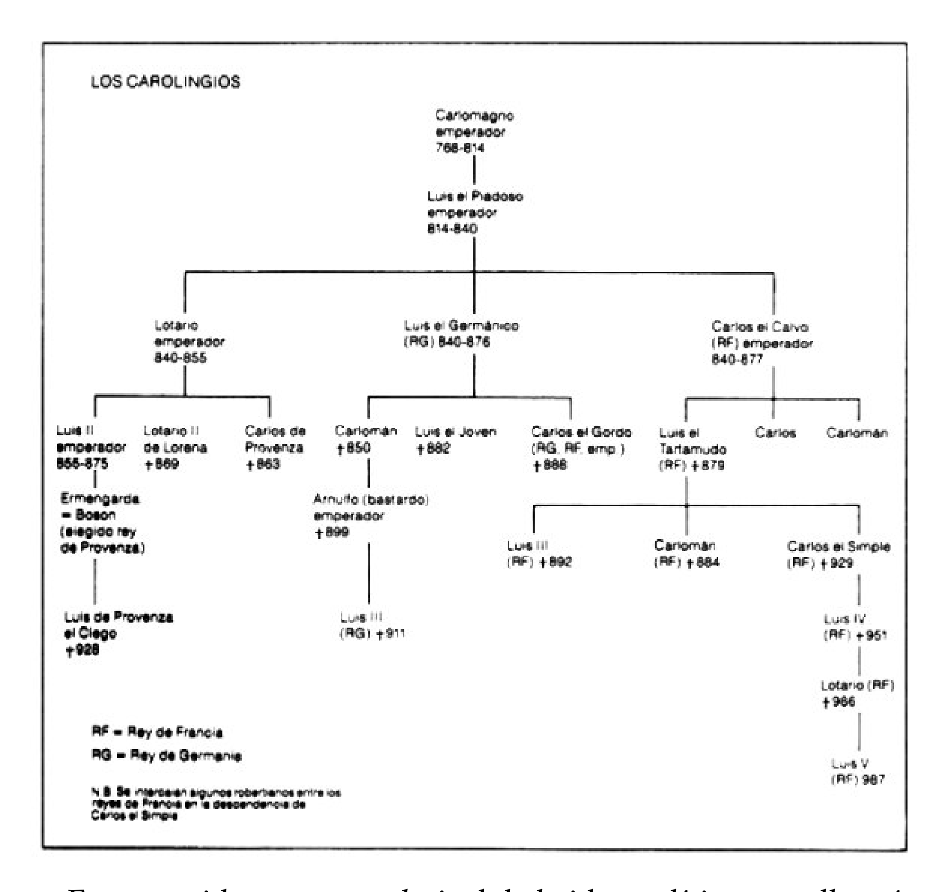
Así pues, el Imperio se fue vaciando poco a poco de su contenido y de su realidad. Al principio, los tres hermanos intentaron vivir en buena armonía bajo la égida del clero que propuso un régimen llamado «de fraternidad» y de concordia. El compromiso duró, a pesar de algunos choques y de diversas alianzas, hasta la muerte de Lotario I en el 855. Pero al morir el emperador y dividir su reino entre sus tres hijos, el título y la función sufrieron de nuevo una degradación. En efecto, si bien es cierto que Luis II se convirtió en «emperador», de hecho solo dominaba Italia. Carlos obtuvo Provenza. Finalmente, Lota-

rio II dominó sobre los territorios que iban del morro de Alsacia hasta Frisia: la Lotaringia propiamente dicha. Los tíos no tardaron en acechar la herencia de los sobrinos. En el 863, la presa era el reino de Carlos de Provenza, que murió sin heredero. Sus dos hermanos se lo dividieron al capricho de los deseos de las aristocracias. Luego, como Lotario II no tenía heredero de su esposa Teutberga, quiso divorciarse de ella para casarse con su amante Waldrade, que le había dado un hijo. La crisis del divorcio de Lotario II (861-869) provocó de nuevo la intervención del clero, con Hincmar, arzobispo de Reims (845-882), y sobre todo con el papa Nicolás I (858-867), que se mantuvieron siempre hostiles a aquel atentado contra la indisolubilidad del matrimonio, fuesen cuales fuesen las consecuencias de su intransigencia. Por ello, al morir Lotario II también sin heredero, sus dos tíos se pusieron de acuerdo para dividirse la Lotaringia, en el tratado de Mersen, el 8 de agosto del 870, pero sin que este satisficiese a nadie. La Lorena siguió siendo objeto de discordias hasta aproximadamente el año 1000.

Carlos el Calvo, después de haber expulsado a Girard de Vienne de Provenza para poner en su lugar a su cuñado Boson, esperó la muerte de Luis II de Italia, que tampoco tenía heredero. Cuando esta sobrevino, el mundo intelectual representado por el clero estimó que Carlos el Calvo era el único que podía restablecer la unidad imperial. El papado, que había visto cómo Luis II había defendido victoriosamente Italia contra los árabes, necesitaba un hombre fuerte. Juan VIII coronó a Carlos como emperador el 25 de diciembre del 875, en San Pedro de Roma, tres cuartos de siglo después que a su abuelo. Pero el nuevo emperador no pudo hacer nada: sufrió una derrota sangrienta ante Andernach en octubre del 876 al intentar quitar la Lorena oriental a su sobrino Luis el Joven. A pesar de que Hincmar presionaba para combatir a los escandinavos en Francia, Carlos

quiso someter a los nobles italianos rebelados y murió de regreso en el valle del Maurienne, el 8 de octubre del 877.

El fracaso fue tan patente que el Imperio permaneció vacante del 877 al 881. De los tres hijos de Luis el Germánico, solo uno, Carlos el Gordo, consiguió reunificar la Francia oriental y luego hacerse reconocer como rey de la Francia occidental por parte de los grandes. Por ello, a instancias del papa, fue coronado emperador en Roma en junio del 885, puesto que había reconstruido la unidad territorial del Imperio. Pero las llamadas de las poblaciones a las que acosaban los invasores escandinavos o musulmanes y las revueltas de los grandes fueron superiores a él, y Carlos el Gordo abdicó y murió en enero del 888, en medio de la anarquía general. A partir de entonces, el título de emperador no fue más que un juguete. Los grandes de Italia lo otorgaron, en el 891, a Guido de Espoleto, a quien el papa Formoso coronó, y luego a Arnulfo de Germania en el 896. Luis el Ciego, rey de Provenza, se lo atribuyó en el año 911, y luego Berenguer, rey de Italia, en el año 915. Pero nadie tomó el relevo a partir del 924 cuando este último murió.



En resumidas cuentas, al nivel de la idea política, aquella caída del Imperio se había acompañado de una coloración cada vez más clerical. La concepción laica de Carlomagno había desaparecido. Como hemos visto, y bajo la influencia de los clérigos, ya Lotario I había sido coronado emperador en Roma en el 823 por el papa Pascual I, a diferencia de su padre, que había sido coronado en Aquisgrán. Después del año 843, el movimiento se precipitó: la consagración y la coronación estuvieron cada vez más ligadas, y en adelante se iban a producir en Italia y de manos del papa. En el 850, Luis II fue consagrado y coronado por el papa Juan IV, sin aclamación de los grandes ni del ejército. En el 875, Juan VIII consagró a Carlos el Calvo, le coronó y le hizo prestar juramento de que sería el defensor de la Iglesia: los grandes aceptaron aquella proclamación imperial sin parti-

cipar. Lo mismo ocurrió con Carlos el Gordo. Así pues, el papado hizo triunfar su concepción de un Imperio Romano, y no ya franco, otorgado por el vicario de san Pedro en la ciudad eterna. La idea imperial se había convertido en una prerrogativa de los papas como consecuencia de la incapacidad de los laicos para asumirla. Los pontífices aseguraban la unidad moral de la cristiandad, inspiraban y controlaban a los reyes y definían qué era el Imperio Romano por oposición al de Oriente, rebajado a la categoría de imperio de los griegos. Luis II, que solo era un emperador italorromano, no dudó en decir a Basilio I en el año 871: «Nosotros somos los sucesores de los antiguos emperadores por asentimiento de Dios y del papa». Al rechazar así al imperio bizantino, el papado fue más consciente de las nuevas realidades políticas en que se habían convertido Roma y Occidente. El fracaso de los carolingios hizo que su herencia pasase a manos de la Iglesia. El alto clero consiguió emanciparse de la tutela imperial. Nicolás I, al afirmar que la Iglesia de Roma era la cabeza de todas las Iglesias y la madre de todos los emperadores, forjó la argumentación que utilizarían más tarde los reformadores gregorianos. Así pues, el imperio carolingio no era un gran recuerdo, sino que se había convertido en una idea-fuerza, en un programa sólidamente estructurado. De la crisis carolingia surgieron las bases de un ideal teocrático destinado a triunfar gracias precisamente a aquella derrota. Esas bases eran una Iglesia libre y un imperio único a su servicio.

Poderes reales con dificultades

Se pueden sacar conclusiones idénticas de la evolución interna de los reinos surgidos del reparto de Verdún del 843. A raíz de la asamblea de Coulaines, en el mismo año, Carlos el Calvo se vio obligado a prometer a los nobles y a los vasallos que no les desposeería de forma arbitraria de las tierras que hu-

bieran obtenido en beneficio. Aceptaba con ello un régimen monárquico contractual y no absoluto. Más tarde, tuvo que retroceder ante algunos jefes bretones como Nominoé, Erispoé y Salomón, y aceptar la pérdida de Vannes, Nantes y Rennes; e incluso, en el 867, tuvo que tolerar que la frontera bretona llegase al Mayenne y al Dives. En Gascuña, no tuvo ninguna autoridad sobre el duque, aunque este era de origen franco. En Aquitania, la situación era todavía peor. Para eliminar a Pipino II, apoyado por los grandes, se hizo coronar como rey de los aquitanos en el 848 en Orleans. Al no conseguir atraerse a los nobles, hizo coronar a su segundo hijo, Carlos el Niño, como virrey de los aquitanos en Limoges (855). Esperaba llegar a la solución utilizada por Carlomagno con su hijo Luis el Piadoso, pero solo consiguió provocar una revuelta general, acompañada de una llamada por parte de la nobleza a Luis el Germánico que entró en Francia occidental en el año 858. Solo la enérgica intervención del clero salvó a Carlos el Calvo; un clero encabezado por Hincmar que apeló a la fidelidad que se debía al rey legítimo. Pero no por ello se consiguió la sumisión de Aquitania. Carlos prefirió, a partir del 860, crear grandes dominios militares, una especie de marcas interiores, que confió a leales de los que pudiese fiarse. Se atribuyeron muchos condados entre el Loira y el Sena a Roberto el Fuerte para que luchase contra los escandinavos. Creó otra marca alrededor de Autun y desvinculó las marcas de Hispania y de Gotia del reino de Aquitania. Pero la mínima ausencia o debilidad le obligaban bien a reconocer, por ejemplo, mediante el capitular de Quierzy-sur-Oise (877), el derecho de los hijos de los condes a suceder a sus padres, bien a tolerar la intervención de los grandes en el nombramiento de los *missi dominici*, sus enviados. Sus hijos, Luis el Tartamudo (877-884), Luis III (879-882) y Carlomán, debieron a menudo su salvación a la intervención de Hincmar hasta que este murió. En efecto, el hijo menor de Luis el

Tartamudo fue apartado del trono por un no carolingio, Eudes, elegido por la nobleza.

En la Lotaringia y en Italia, donde se encontraban todos los grandes linajes francos, como en Francia occidental, las rebeliones nobiliarias fueron idénticas. Después de que fuese eliminado el todopoderoso Girard, conde de Vienne. Boson aprovechó la situación para hacerse aclamar rey en Borgoña y en Provenza por los grandes (Mantaille, 879). Las fuentes indican claramente la causa de la usurpación: su mujer, hija del emperador de Italia, Luis II, no podía estar en una posición que no fuese real. En Italia, dos familias francas se disputaban el trono: la de Guido de Espoleto y la del conde Berenguer, marqués de Friul. En resumen, sería pesado enumerar todos los casos de revueltas para apoderarse del trono en todas esas regiones.

Ante esa anarquía, el clero intentó intervenir reforzando la idea monárquica. Los obispos proclamaban que solo la unción, y no solamente la elección, hacía al rey. Por inspiración de Hincmar en particular, después de la consagración de Carlos el Calvo (848), se condenó cualquier rebelión contra el rey como un acto de impiedad. Cuando se consagró a Carlos el Calvo como rey de Lorena en Metz (869), Hincmar afirmó que la unción era el signo de que Dios le había elegido. Cuando Luis el Tartamudo fue coronado en Reims (877), recibió el cetro como símbolo del reino que debía conducir a su destino final en manos de Dios. Así pues, a finales del siglo IX todo el ceremonial de la consagración de los reyes de Francia occidental en Reims estaba ya establecido. Se trataba de una ceremonia envuelta de una atmósfera de sublimación cristiana en la que aparecía la leyenda de la Santa Ampolla. En el momento en que renacía la elección real, la Iglesia acababa de introducir una doctrina de la legitimidad del poder del rey de Francia occidental. Como había ocurrido con el ideal imperial, esa teoría, convertida en prerrogativa del clero, fue la base del poderío capeto. En definitiva, y

a pesar del fracaso momentáneo de finales del siglo IX, las grandes ideas políticas carolingias se habían convertido en uno de los fundamentos de las monarquías medievales clásicas.

En Francia oriental no fue necesario que ningún teórico clerical se manifestase. El reino, continuamente amenazado por los daneses y los eslavos, descansaba esencialmente sobre el elemento étnico franco. Las necesidades de la guerra y la política de matrimonios entre los príncipes reales y las hijas de altos linajes impidieron la división del reino entre los tres hijos de Luis el Germánico. En realidad, la realeza todavía era fuerte cuando murió el último rey carolingio, Arnulfo, en el año 911, y ello fue un hecho capital.

LA CATÁSTROFE FINAL

Las únicas causas del fracaso de la unidad no habían sido la torpeza de los clérigos o la incapacidad de los reyes. La conjunción de los peligros exteriores e interiores fue mucho mayor y mucho más ruinosa. Por otro lado, las invasiones escandinavas, musulmanas o húngaras tuvieron efectos suplementarios: crearon la división e hicieron renacer fenómenos de defensa local. Así pues, la reaparición de los principados territoriales no se debió solamente a las ambiciones de la nobleza; las necesidades militares también jugaron un papel importante.

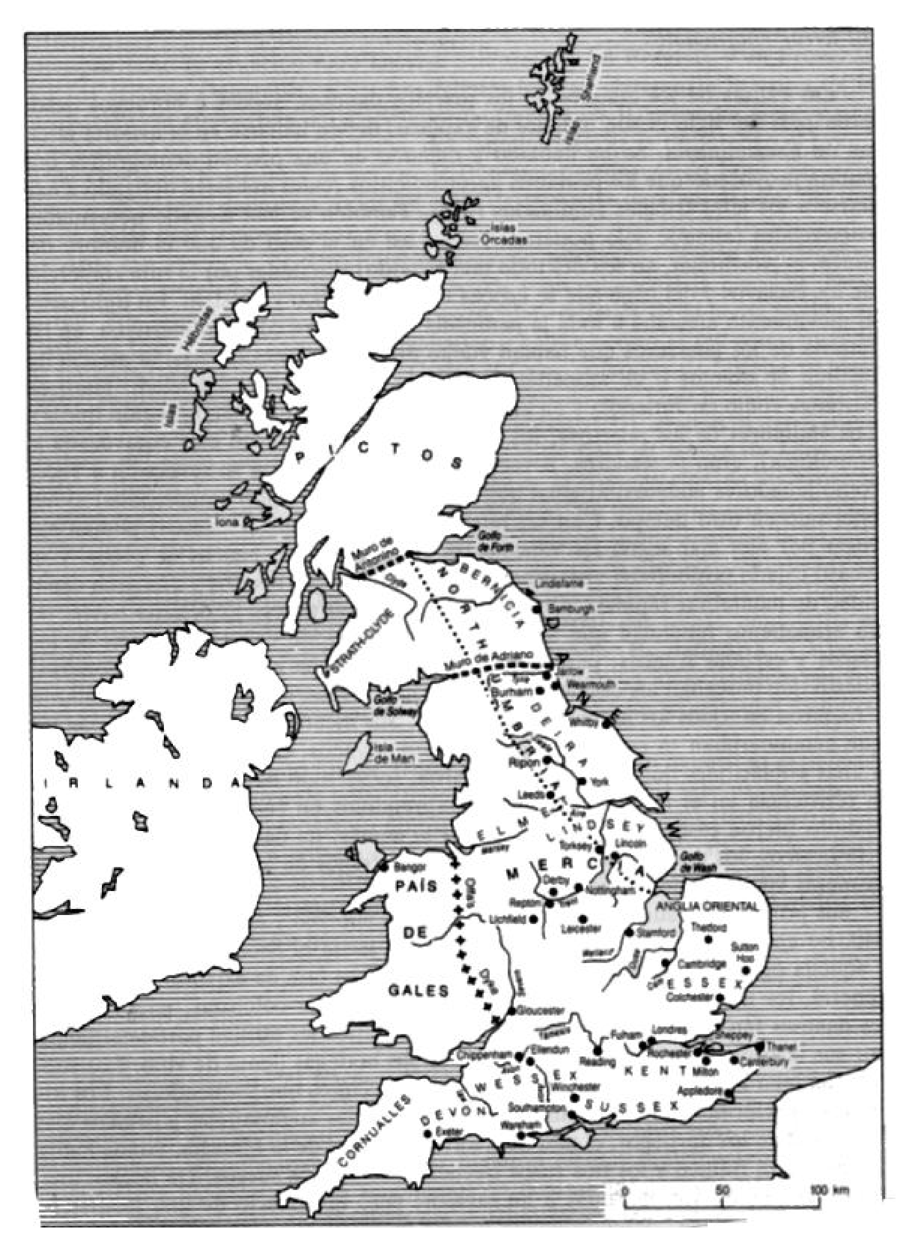
El terror «normando»

Las causas de los ataques de los marinos daneses, suecos y noruegos desde principios del siglo IX son difíciles de explicar; deben hallarse en la historia interna de Escandinavia. Se ha hablado a menudo de una presión demográfica que habría provocado que los primeros agrupamientos reales hubiesen obligado a exiliarse a los jefes tribales eliminados (*jarl*). También se han

alegado necesidades comerciales (aunque solo podamos hablar así en el caso de que el hombre del norte, el Northman, no sea del todo mal acogido) suscitadas por la ruta comercial de los esclavos y del trigo que se esboza entre el Báltico y el Islam. En todo caso, el movimiento afectaba a toda la península escandinava como lo atestigua, en las tumbas de los guerreros que habían vuelto de expediciones lejanas, la mezcla indistinta de objetos o de monedas de Irlanda, de Polonia y del Islam, tanto en Noruega como en Jutlandia y en pleno Báltico (en Gotland y en la región finesa). Los «hombres de los puertos», los vikingos (a menos que no esté equivocada la etimología), eran pescadores, a veces de altura, y también se revelaron a veces como leñadores audaces, al igual que los godos (sus posibles antepasados) lo habían sido en otro tiempo. Con sus largas naves sin puente (*esnéques*) podían navegar por alta mar según los vientos, las corrientes y los bancos de peces, y su escaso calado posibilitaba una penetración profunda por los ríos y una gran capacidad de maniobrar rápidamente. En el plano militar parece justificado hablar de un armamento mediocre que solamente se perfeccionó con la adopción de los cascos y espadas francos; pero como no les interesaba cargarse de prisioneros, puesto que buscaban los objetos preciosos y los víveres, los normandos quemaron y mataron en todos los lugares que atacaron. Sus incursiones fulminantes con las que enmascaraban su reducido número, y sus saqueos, causaban terror y pánico a unas poblaciones que apenas reaccionaron, sobre todo hasta que se reorganizó la resistencia en el interior; entonces, sorprendidos en campo abierto, los normandos fueron casi siempre vencidos. Por lo demás, no debemos olvidar que los eclesiásticos, los únicos que nos describen los estragos de los que ellos fueron las primeras víctimas, debieron exagerar la nota.

Sus primeras oleadas de ataques, iniciadas el año 788 y aceleradas a partir del 840, no empezaron a encontrar seria oposi-

ción hasta el 880, aproximadamente, y aquella oposición duró hasta el final de su primera fase de expansión (930). En general, los noruegos buscaban sobre todo tierras para colonizar, mientras que los daneses tan solo buscaban botín. Los monasterios les atraían particularmente por sus tesoros de orfebrería litúrgica o por sus bodegas llenas de vino. Los suecos, también llamados varegos, fueron más negociantes que saqueadores. Los itinerarios preferidos por los escandinavos eran las islas anglosajonas y célticas que frecuentaban los noruegos, el mar del Norte y el canal de la Mancha, donde había daneses, y el Báltico y los ríos rusos frecuentados por los suecos. De hecho, muchas regiones no vieron jamás a un invasor, pero el anuncio de una incursión, aunque fuese lejana, desencadenaba huidas masivas, éxodos hacia las murallas de las ciudades, y, en todo caso, grandes perturbaciones de la vida social.



Las islas británicas en los siglos VIII y IX.

Las primeras incursiones se dirigieron hacia el norte de Inglaterra y hacia Irlanda, mientras que a partir del 839 los varegos consiguieron llegar al mar Negro y luego al mar Caspio remontando y descendiendo los ríos rusos y con la ayuda de nu-

merosos transportes de sus embarcaciones por tierra. Pero, a partir del 840, los daneses atacaron en las partes más ricas del Imperio Carolingio. Duurstede fue saqueado por primera vez, luego (842) atacaron Quentovic, que fue temporalmente destruido; en el 843 tomaron, saquearon e incendiaron Nantes; Burdeos padeció la misma suerte dos veces (844 y 847-848): Hamburgo fue completamente arrasado en el 845, etc. Sería farragoso completar la letanía de las ciudades y de los monasterios atacados, saqueados e incendiados. En cada nueva incursión, los daneses remontaban los ríos hasta el límite de la navegabilidad, robaban caballos y sorprendían a los monjes o a las gentes que estaban demasiado confiadas porque vivían lejos de la costa. Incluso encontraron aliados entre los celtas, contentos de luchar contra los anglosajones.

A partir del 850, se organizó sistemáticamente la explotación de los países. Se instalaban en bases de invierno situadas en las desembocaduras de los grandes nos: en Walcheren para el Escalda, en Jeufosse para el Sena y en Noirmoutier para el Loira. En verano, penetraban hacia el interior para saquear regiones que todavía no habían sido atacadas. Exigían entonces, después de cada éxito, el pago de un tributo, el *danegeld* (el dinero danés), pagable en numerario por las poblaciones a cambio de la retirada de los atacantes. Después de saquear Francia, pasaban al otro lado del canal de la Mancha para exigir otros tributos. Pero cuando, en el 856, Roberto el Fuerte murió en Brissarthe durante un combate contra los vikingos, las cosas empezaron a cambiar. Son indicio de ello los primeros intentos de puentes fortificados por iniciativa de Carlos el Calvo, o de construcciones de castillos para las poblaciones locales a partir del 860. La victoria del rey de Francia Luis III en Saucourt en el 881, y luego la del hijo de Roberto el Fuerte, el conde Eudes, al defender París de los daneses en el 885, iniciaron una lenta recuperación.

En el 891, Arnulfo de Carintia tomó por asalto el campamento vikingo de Lovaina.

Pero los vikingos no dejaron de atacar otras costas. Llegaron hasta los ríos de la España cristiana y musulmana, y saquearon Sevilla en el 844. Luego entraron en el Mediterráneo, remontaron el Ródano hasta Arles y saquearon el puerto italiano de Luni (855-860). El reino de Francia oriental fue el único al que apenas afectaron aquellos ataques. En cambio, en el mar del Norte, la acción de los noruegos y los daneses desembocó por primera vez en una colonización y una ocupación de los territorios. Algunos marinos noruegos se instalaron en las islas Shetland y Far Oer, y luego, en el 870, colonizaron sistemáticamente Islandia, que estaba completamente desierta a la sazón. En Irlanda, después de tomar la isla de Man, acabaron creando cuatro pequeños reinos costeros en continua guerra con los reyezuelos irlandeses. En Inglaterra, los daneses fueron todavía más peligrosos. A partir del 866 ocuparon York, luego Northumbria, Mercia y finalmente Anglia Oriental en el 878. Pero Alfredo, rey de Wessex, después de repetidas derrotas, consiguió organizar la resistencia. La victoria de Ethanburth en el 878 y la reconquista de Londres le permitieron firmar un tratado de paz con Guthorm, el jefe danés. Reconocía a los invasores todo el territorio al norte del Támesis, del Lea y de la vía romana de Londres a Chester (Watlingstreet). A Alfredo solo le quedaba Wessex, una pequeña parte de Mercia, Sussex y Kent, o sea, un tercio de Inglaterra. El territorio danés se llamó «Danelaw».

En el 911, un ejército danés dirigido por Rollón se convirtió en una amenaza tan grande que el rey de Francia occidental, Carlos el Simple a la sazón, prefirió concederle el usufructo de las tierras situadas a un lado y otro del Sena, alrededor de Ruán y de Evreux (tratado de Saint-Clair-sur-Epte). Convertidos al cristianismo a base de muchos esfuerzos e instalados, los nor-

mandos no tardaron en ocupar Bayeux, Sées, Avranches y Coutances, y luego, después de una crisis pasajera, «Normandía» se convirtió en un ducado con instituciones originales bajo la dirección del duque Ricardo I (942-956). Mientras que su instalación fue definitiva en aquella región, fue un fracaso completo en Bretaña, de donde fueron expulsados en el 937. En Irlanda, los jefes noruegos se fueron convirtiendo poco a poco y entraron en contacto con la sociedad céltica. A partir del 979, sus territorios se convirtieron progresivamente en enclaves cada vez más aislados respecto a la isla. En cambio, en Inglaterra, el reino danés de York estuvo expuesto a una vigorosa reconquista por parte de los reyes de Wessex y de Mercia. El sucesor de Alfredo, Eduardo el Viejo (899-925), y luego su hijo Aethelstan (925-939), consiguieron recuperar todas las tierras perdidas y someter a los colonos daneses. Tras haber vencido a los escoceses, Aethelstan se pudo incluso proclamar «rey de toda la [Gran] Bretaña». A pesar de la recuperación de los vikingos alrededor del año 1000, de hecho, el protectorado danés ya había aceptado fundirse con el reino anglosajón. La estabilidad reaparecía al tiempo que nacía la unidad.

La expansión sarracena y el horror húngaro

En el Mediterráneo se produjo un fenómeno idéntico. La aparición en Ifriqiya de un nuevo emirato, el de los aglabíes, reforzó la piratería musulmana que ya había aparecido en las costas del Levante español. Hemos visto que a partir del 827, los sarracenos atacaron la Sicilia bizantina que conquistaron ciudad tras ciudad hasta el 902, cuando cayó la última, Taormina. Desde ahí, estaban en una posición excelente para saquear las ciudades costeras de la península italiana: Roma en el 845, Comacchio en los años 875-876, etc. A pesar de la resistencia de Luis II, a veces victorioso, conquistaron Bari y Tarento. Fue necesario un enérgico contraataque bizantino para expulsarlos de

Calabria. En cambio después del 882, establecieron una base en la desembocadura del Garigliano, y en los años 882-883 destruyeron la abadía de Montecassino. Los musulmanes de al-Andalus, después de haber saqueado Marsella, Arles y todo el litoral, intentaron instalar una base en la Camarga. Pero no lograron aquel objetivo hasta el 888, en la Garde-Freinet, al pie del macizo que tomó su nombre: los montes de los «Maures». Atrincherados en aquellos campamentos, podían saquear impunemente los monasterios y las ciudades del interior y entregarse con toda tranquilidad a la caza de esclavos. Con los musulmanes allí instalados, el futuro era mucho más sombrío, porque nadie había conseguido verdaderamente frenarlos, y todo el Mediterráneo occidental parecía estar condenado a la inseguridad: todos los intentos de organizar una flotilla costera fracasaron. Además, aunque parecía preocuparles más la instalación que el saqueo, los sarracenos llevaron a muchos cautivos como esclavos al Magrib; de modo que muchas conquistas se vieron facilitadas por la huida de las poblaciones que temían por su suerte.

Muy lentamente se les fue conteniendo, aunque conservaron las Baleares (tomadas el 903) y toda Sicilia, de modo que separaban al Mediterráneo occidental de Egipto. En el 916, se eliminó la base del Garigliano, pero el imperio griego no pudo restablecer su autoridad real en aquellas tierras. En cuanto a la Garde-Freinet, aquel núcleo desde donde partían incursiones sorprendentemente audaces, incluso hasta Saboya, no pudo ser eliminado hasta los años 972-973 gracias a una expedición ordenada por el emperador y dirigida por los condes de Provenza y de Turín a la vez. En la península ibérica, las relaciones con el Islam eran de una naturaleza demasiado distinta para que se desarrollase un ritmo similar: se trataba de establecer un equilibrio entre un emirato cordobés en el apogeo de su poderío y los pequeños dominios cristianos de las montañas gallegas y

cantábricas. El reino asturiano consiguió, de la mano de Ordoño I (850-866) y de Alfonso II (866-911), y a menudo gracias a alianzas con mozábares y con musulmanes sublevados, llegar a las orillas del Miño y del Duero. En el 884 se concluyó una tregua que colocaba provisionalmente fuera de peligro a los cristianos hispánicos, y a principios del siglo XI, García I fijó su capital en León, en medio de los territorios reconquistados.

Pero de todas aquellas nuevas invasiones, la de los húngaros fue la peor. Esos jinetes nómadas, de origen turco-mongol, se dieron cuenta tras una primera incursión de que Panonia había quedado vacía después de que Carlomagno aplastara a los avaros, ya que los vecinos eslavos habían renunciado a ocupar aquella zona de bajo valor cerealista. Sus ocho tribus cruzaron los Cárpatos por tres lugares distintos y se instalaron entre el Danubio y el Tisza. A partir del 899, sus incursiones de saqueo se sucedieron regularmente; atacaron en Germania, en Italia y en Francia occidental, donde llegaron incluso en el 924 a Mende y Nimes. Saqueaban los monasterios, evitaban las ciudades fortificadas, devastaban los campos, torturaban y aniquilaban a los hombres, mataban a los niños, esclavizaban a todas las mujeres jóvenes para que cultivasen sus tierras y se llevaban todo el ganado. En el 937, los magiares cruzaron toda Germania, Champaña, Borgoña, Italia hasta los Abruzos y regresaron por Emilia y Venecia. Además del pánico que provocaron aquellas devastaciones sin remedio, el sentimiento de impotencia, como un tiempo atrás había ocurrido con los hunos, paralizó la resistencia contra los «ogros»; los fortines hechos a toda prisa en tiempo del sajón Enrique I (*Heinrichsbürger*) se revelaron poco eficaces ante aquella situación. Pero una última gran expedición acabó provocando una reacción general. El rey de Germania Otón I consiguió aplastar a los húngaros a orillas del Lech cerca de Ausburgo el 10 de agosto del 955. Con ello se cortó definitivamente la expansión húngara. Además, los progresos

de la sedentarización y de la evangelización hicieron que la inseguridad que habían creado fuera desapareciendo y les llevaron a acantonarse en Panonia («Hungría» desde entonces).

La fragmentación

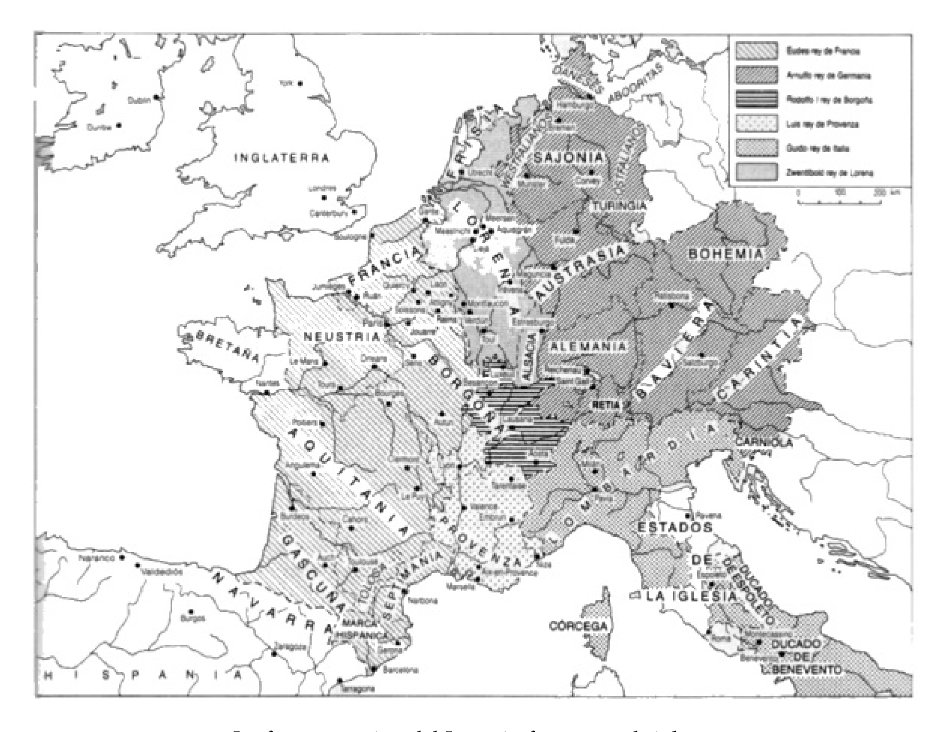
El largo período de impunidad de que gozaron los vikingos, los sarracenos y los húngaros, se debió en gran parte a las disputas entre los reyes y los jefes nobles que habían sido funcionarios o los jefes de linaje. Estos últimos supieron vender con provecho su fidelidad al emperador o a los monarcas y acabaron a menudo apoderándose de la realeza, ya convirtiéndose en soberanos (como Boson), ya participando en la elección de uno entre ellos como rey. El año 888 es particularmente revelador en ese sentido. En Germania se eligió a Arnulfo. En Francia occidental los grandes eligieron a Eudes, célebre por su resistencia contra los daneses, y eliminaron a Carlos el Simple, el heredero carolingio legítimo, que no pudo recuperar el trono hasta el 893. En Borgoña, el duque Rodolfo se hizo aclamar rey. En Provenza, Luis, el hijo de Boson, logró conservar un cierto poder real sobre el país. Finalmente, en el 933, estos dos últimos reinos se unificaron en un solo reino: el reino de Arles. Pero en la práctica, aquellos reyes no eran verdaderamente obedecidos. Tan pronto como los magnates reconocían a un rey, aunque solo fuera de forma oral, empezaban a conspirar y a rebelarse contra él. En el siglo X, la verdadera unidad política estaba en los principados territoriales. Se designa con ese nombre a «un territorio en el que el rey solamente interviene por mediación del príncipe», según la expresión de Jan Dhondt. Ese príncipe era a menudo un antiguo funcionario carolingio que había conseguido unir las tierras personales y las de su jurisdicción pública en una región. Habría ido gobernando y ejerciendo en provecho propio los derechos reales. Así se creaba una dinastía que utilizaba un particularismo tradicional y local como la len-

gua, el dialecto, la civilización o el tribalismo subsistente. Ese empuje, a la vez anárquico y descentralizado, intentaba crear un orden al nivel de conjuntos más homogéneos y más defendibles que los reinos. En el fondo, los principados territoriales eran una resurgencia de los que habían nacido a finales de la época merovingia, después del 673.

Hemos visto cómo surgía el más antiguo: Aquitania. Tras numerosas revueltas y la desaparición del título de reino en el 877, se dividió en dos partes. Guillermo el Piadoso, dueño de Auvernia y Lemosín, se proclamó duque de los aquitanos en el 909. Su dominio se extendía hasta los condados de Mácon y de Lyon, pero sus descendientes perdieron territorios y el título; ambos pasaron al conde de Poitou, Guillermo III, «Cabeza de Estopa», que tomó el título de duque de «toda Aquitania». Pero al mismo tiempo, Guillermo III estaba bloqueado en el sur por la familia de Raimundo, fundador del condado de Toulouse. Durante todo el siglo X, Poitou y Aquitania estuvieron en continua rivalidad. En la orilla izquierda del Garona, una familia condal, los Sancho, consiguió imponerse y apropiarse del título de duque de Gascuña a partir del 977. En los condados de Cataluña, la marca franca se disolvió lentamente, al principio en dos principados: Gotia (la antigua Septimania) e Hispania. Luego, del 878 al 897, Wifredo el Velloso, el último conde de Barcelona nombrado por el rey de Francia occidental, fortaleció su poder local, se apropió de los derechos fiscales y convirtió el título de conde en hereditario dentro de su familia. Fue prácticamente independiente, y solo prestaba un juramento de fidelidad teórico al soberano legítimo.

En el norte de Borgoña, Ricardo, conde de Autun, Mácon y Chalón, después de haber incrementado sus posesiones a partir del 890, hizo que el rey le reconociera el título de duque. En el norte, un conde de Flandes, Balduino, aprovechó el desorden reinante para raptar a la hija de Carlos el Calvo, Judith, e im-

plantar a su familia. En el 891, Balduino II se apoderó del Artois y amplió sus territorios hasta Canche. En Bretaña, que volvía a ser independiente, los condes locales se disputaban el título de duque. Finalmente, la familia de Eudes, que había obtenido la realeza en el 888, provenía del marqués Roberto el Fuerte, instalado por Carlos el Calvo en Turena, Anjou y Blésois. Esta familia añadió a aquellas posesiones el condado de París y numerosas abadías.



La fragmentación del Imperio franco en el siglo IX.

Así pues, todos los principados territoriales estaban reconocidos en Francia: eran de derecho público, puesto que el rey consentía en ello la mayoría de las veces. También se desarrollaron en la península ibérica y en Inglaterra. Es particularmente impresionante ver cómo nació Castilla, el país de los castillos, bajo la dirección de un conde, Fernán González (923-970), que desligó al país del reino de Asturias y fundó una dinastía. En el este, en el 905, Navarra se erigió en reino y anexionó

temporalmente en el 925 un pequeño condado cristiano independiente: Aragón. En Inglaterra se observa una fragmentación similar. Como Carlos el Calvo, Eduardo el Viejo y Aethelstan crearon grandes regiones de dominio militar que agrupaban a numerosos condados bajo la autoridad de un *eal-dorman*. Conocemos dos en Wessex, uno en Mercia, etc. De hecho, recuperaban los antiguos reinos anteriores a la unificación, pero no gozaban todavía de la independencia que tenían los príncipes continentales. Su evolución fue más tardía y no se llegó al mismo punto hasta el siglo XI.

Este examen del nacimiento de los principados territoriales en Francia occidental, en la península ibérica y en Inglaterra es por otro lado muy revelador, porque en cada proceso vemos aparecer el medio militar que posibilitó aquella independencia: el castillo. A las torres de piedra y a los conjuntos fortificados de Cataluña (*Castlania*, país de los castlans) y de Castilla, correspondían en Wessex los *burths* del rey Alfredo. Toda una red de castillos reales se fue construyendo al sur del Humber. Pero en Francia, el rey perdió el privilegio de construir fortificaciones: el edicto de Pitres, del 864, prohibía la construcción de *firmitates* y de *haias* (fortalezas y setos), pero en la práctica los nobles se apoderaron rápidamente de aquella prerrogativa so capa de defender a la población contra los vikingos y los sarracenos. Esas fortalezas y setos eran como unas colinas rodeadas de estacas y de una empalizada de árboles entrelazados; eran impenetrables, y todos los nobles construyeron algunas. En Provenza, el primer castillo privado apareció en el 950, y en el Lacio el más antiguo que conocemos data de los años 945-946. En el norte, el ejemplo que mejor se puede datar y que sería de los mismos años es el de la mota de Douai. Así pues, un mosaico de poderes locales cuadriculaba el campo y reestructuraba completamente el paisaje. ¿Empezaba una nueva época a mediados del siglo X?

La fragmentación de los principados territoriales en múltiples castellanizas no alcanzó a Italia, a Francia oriental, ni a la Europa del este en general. En efecto, aquella debilidad o aquella desaparición de los poderes políticos centrales o regionales solamente afectó a los territorios que Carlomagno había conquistado. En los otros lugares, la autoridad gravitaba alrededor de las ciudades como en la península italiana, o renacía a partir de las estructuras carolingias, como en el Imperio Germánico.

Tras el fracaso de los últimos emperadores italianos, el reino de Italia (centrado en la llanura del Po), cayó en manos de Hugo de Arles (926-947), que se mostró perfectamente incapaz para hacerse obedecer, tanto más cuanto que sus amplios proyectos de dominar Roma y unirse con Borgoña se frustraron. No pudo evitar el nacimiento de grandes marcas dominadas por príncipes laicos, como el marquesado de Friul, el de Ivrea (que incluía los condados de Turín y Asti) y el de Toscana. Pero en los lugares donde las ciudades eran numerosas, los obispos eliminaron a los condes y se arrogaron la protección de sus ciudades. Por eso aparecieron importantes principados eclesiásticos en Parma, Módena, Plasencia, Cremona y Bérgamo. En esos principados, cada obispo ejercía los derechos reales, construía castillos, etc. El resto de la península estaba atiborrado de pequeños principados surgidos en los antiguos territorios lombardos: Espoleto, Benevento, Salerno, Capua… Pero era más preocupante el destino del ducado de Roma, que cayó en manos de una familia aristocrática, la de los Teofilactos (904-932), en la que destacan Teodora y Marozia, dos mujeres que hicieron y deshicieron papas a su antojo, y luego en la familia de Alberico, marqués de Espoleto, a partir del 954. De ello resultó una considerable postración del papado.

Ahora bien, la evolución de Germania fue totalmente diferente. Por un lado, es cierto que reaparecieron agrupamientos territoriales en base a antiguos particularismos regionales, étnicos o incluso a veces tribales, que ya anteriormente habían tenido duques independientes. Son los casos, por ejemplo, de los duques turingios, suabos o bávaros. Pero de hecho, Carlomagno había destruido los antiguos ducados nacionales, y a veces los había remodelado formando ducados-frontera. Los antiguos *Stamme*, unidos por una misma ley que se convirtió en territorial y por una organización militar igual, tuvieron que adaptarse a la defensa contra los húngaros. En Baviera, la familia Liutpold tuvo un papel capital en la lucha contra el invasor. En Suabia (antiguo país de los alamanes), la familia ducal, los Ahaholfingianos, desposeída en el 746, reapareció y luego sucumbió ante los Hunfroi. En Franconia, los Conradinos aplastaron a partir del 902 a los Babenberg, héroes de la lucha contra los escandinavos. Cuando murió el último rey carolingio de Francia oriental, Luis el Niño (899-911), el jefe de los Conradinos, Conrado I, fue elegido rey. No pudo evitar que los agrupamientos territoriales siguiesen administrándose como reinos independientes: Lorena, Frisia con su régimen totalmente particular, Turingia, las marcas orientales de Bohemia y de Carintia, etc. Pero a pesar de todo, los cinco grandes duques (Baviera, Franconia, Sajonia, Lorena y Suabia) no consiguieron nunca que sus títulos fuesen hereditarios, como se había logrado en Francia occidental. El rey no les reconoció ninguna existencia jurídica.

Aquel fracaso de los principados territoriales de Germania se debió esencialmente a Sajonia. Esta era la región más próxima a sus orígenes tribales, aunque también la más marcada por la organización carolingia que había destruido sistemáticamente los cuadros anteriores. Era el prototipo de país nuevo por excelencia, en el que el orden carolingio se había implantado en

su forma más pura. Los daneses mataron al conde Liudolfo en el curso de un combate en el 880, y su hermano Otón, que le sucedió, obtuvo tales victorias sobre los escandinavos, los eslavos y los húngaros, que acabó dominando todo el país de forma totalmente independiente. Era tan poderoso, que el rey Conrado sugirió poco antes de su muerte que el hijo de Otón, Enrique el Pajarero, fuese rey. Enrique I, elegido en el 918, fortificó sistemáticamente todos los grandes centros y contemporizó hábilmente con los húngaros con el objetivo de someter mejor a los duques. Obtuvo tal prestigio a raíz de sus victorias sobre los wilzes, los eslavos de la margen derecha del Elba y los checos, que al morir él, en el 936, los cinco duques aceptaron elegir como rey a su hijo Otón.

Desde su llegada al trono, aquel descendiente del jefe sajón rebelde, Widukind, demostró que estaba actuando como sucesor de Carlomagno. Se hizo coronar y consagrar como rey en Aquisgrán. Luego se enfrentó dos veces con los duques rebeldes, a los que fue sometiendo, y los sustituyó por miembros de su familia a los que destituía a su antojo. Incluso a veces suprimió algún ducado, como Franconia, que unió a Sajonia. Tras haber bloqueado (bloqueo que iba a durar 200 años) el proceso de fragmentación del reino sometiendo a la aristocracia laica, se apoyó en el clero para gobernar y reinició el programa de expansión, a costa de los eslavos, que habían inaugurado los primeros carolingios. Hizo entrar al duque de Bohemia en su fidelidad y creó dos marcas en el Elba y Suabia contra los polacos que confió a Hermann Billung y a Gero. Mientras que esos marqueses alcanzaban el Oder gracias a repetidos ataques, Otón convirtió a Magdeburgo en la base de una metrópolis eclesiástica que dominase sobre todos los eslavos que se convirtieran en el futuro. Finalmente, su rotunda victoria sobre los húngaros en Lechfeld hizo de él el salvador de Occidente. Widukind, su pariente, monje del monasterio de Corvey en Sajo-

nia, alabó en sus *Res gestae* la gloria del pueblo guerrero sajón, vencedor definitivo sobre las hordas orientales. El rey fue en adelante llamado Otón «el Grande», el que había iniciado la expansión germánica hacia el este, el «Drang nach Osten». Añádase a ese panorama triunfante la incorporación de Lorena, que arrancó al débil rey de Francia a partir del 942 y a cuya cabeza colocó a su hermano Brunon, arzobispo de Colonia, y finalmente el vasallaje constante en el que se mantuvo al rey de Borgoña. Otón era ya más que un rey; era el «tutor y provisor de Occidente».

Desde entonces, el camino hacia el Imperio estaba ya marcado. Aprovechando la situación de anarquía reinante en Italia en el 951, Otón se apoderó de la corona de Italia y se casó con la última reina legal del reino, Adelaida. En el 961, llamado por el papa, que quería liberarse de los señores romanos, entró en Roma y se hizo coronar emperador. Ello ocurría el 2 de febrero del 962. Acto seguido, demostró ser el dueño de la situación al promulgar un edicto que colocaba las elecciones pontificias bajo su control: en adelante, ningún papa podía ser consagrado si no había prestado anteriormente juramento de fidelidad al emperador. Restablecía así las ambiciones de Carlomagno y la práctica de Lotario I en el 824. Por otro lado, tomó el mismo título que el ilustre fundador: «emperador augusto». Por el momento, nadie observó que aquel imperio se reducía a los países germánicos e italianos. Además, las rebeliones de los príncipes italianos y de los papas demuestran que el parecido era engañoso. Sin embargo, después de nuevas expediciones para someter Italia, hizo consagrar a su hijo Otón II y se apoderó de Apulia y Calabria con el objetivo de obtener a cambio la mano de la princesa bizantina Teófano para su heredero (972). En el momento de su muerte (973) era el soberano más poderoso de Europa, pero no había recreado el Imperio Franco de Carlomagno; solamente había fundado un Imperio Romano Germánico.

Por otro lado, el único reino que no le pertenecía, Francia occidental, era prácticamente su protectorado. En efecto, los reyes carolingios restaurados, en particular Carlos el Simple (893-922) y Luis IV de Ultramar, intentaron apoderarse de Lorena para volver a tener unos cimientos políticos y territoriales sólidos. Pero a consecuencia de ello cayeron en la dependencia de los reyes de Germania, que no podían tolerar aquel crecimiento. En el año 954, el jovencísimo hijo de Luis IV, Lotario, pasó a la tutela de Brunon, arzobispo de Colonia. Como su padre y su abuelo, Lotario volvió a emprender aquella política de conquista condenada al fracaso. Pero la causa de tal política eran los crecientes progresos de la familia de los robertianos. En efecto, Roberto, hermano de Eudes, obtuvo la realeza en los años 922-923; su hijo, Hugo el Grande, al que los fracasos habían hecho prudente, avanzó lentamente: acechaba el momento en que Lotario se encontrase reducido al máximo. Al ser nombrado duque de los francos (del Loira a Flandes) y al ser teóricamente duque de Aquitania y de Borgoña, era más poderoso que el rey, que se encontraba limitado a los dominios de Attigny. Compiégne y Laon. Pero al mismo tiempo no era más que un príncipe entre todos los demás. Ya a mediados del siglo X era evidente que su familia acabaría apoderándose del trono, puesto que la realeza se encontraba en un estado tal de debilidad que ya era imposible que se repusiese. No obstante, por el momento no podía desaparecer a causa de la protección germánica que la mantenía.

Así pues, Europa presentaba un nuevo aspecto político a principios del siglo XI. Mientras que en el oeste dominaba la fragmentación, en el este se iba hacia el fortalecimiento y la expansión. Alrededor del Imperio estaban naciendo nuevos reinos. Dinamarca se consolidó con el bautizo del rey Harald II Diente Azul (966). Con la introducción del cristianismo se preparaban en Noruega y en Suecia dos nuevas entidades. Tam-

bién iban a entrar en el concierto europeo Polonia, con el bautizo de Miesko (966), y Hungría. En definitiva, a pesar del poderío del «Sacro Imperio Romano Germánico», Europa ya no era una, sino que estaba diversificada. A la oposición norte-sur de la época bárbara, se añadía ahora la oposición este-oeste surgida en la época otoniana. Se había terminado la era de los grandes trastornos; todos los bárbaros se habían integrado en reinos cristianos que dirigían sus miradas hacia Roma. El Imperio ya no representaba a la cristiandad: la Roma antigua, tomada en el 410, había muerto del todo y la Roma franca del año 800 no logró rehacer la unidad. En cambio, los programas políticos y religiosos elaborados en el curso del siglo IX estaban a punto. Su aplicación en el siglo XI demuestra que el fracaso carolingio no fue más que una peripecia surgida de las invasiones y de las ambiciones de la nobleza. Los imperios Carolingio y Otoniano fueron una etapa indispensable en la reconstrucción del Estado. En efecto, el auge de los principados y el triunfo de las estructuras feudales no pueden explicarse sin la intervención de Carlomagno y de sus sucesores. Por eso es importante analizar por qué los coetáneos tuvieron la impresión de que los tiempos del emperador de la barba florida habían sido una edad de oro que acabó en una edad de hierro.

Capítulo 10
LA «RENOVACIÓN» CAROLINGIA

Las dos primeras generaciones de la época carolingia, la de Pipino el Breve y la de Carlomagno dieron indiscutiblemente la impresión de que se estaba produciendo un verdadero despegue de la civilización. Consideraron que su mundo bárbaro y pagano se convertía en civilizado y cristiano. Tradujeron esta dilatación y este bautismo de un mundo nuevo con un término preciso, el de renovación. Esta palabra, salida de un renacimiento intelectual que se buscaba desde fines del siglo VII, fue en particular utilizada en la expresión *Renovado regni Francorum,* renovación del reino de los francos. Los clérigos del entorno de los primeros carolingios idearon la nueva formación política no sobre los recuerdos de la Roma antigua sino a partir de la respuesta de Cristo a Nicodemo (Juan, III, 3): «Os hace falta nacer de arriba». Al primer nacimiento debe suceder un segundo nacimiento a través del agua del bautismo. Entonces aparece una criatura nueva por segunda vez *(renovatio).* Por consiguiente, el renacimiento carolingio fue concebido como el bautismo de una vieja sociedad bárbara o como la cristianización de un mundo pagano y pecador. Los monjes y clérigos de Saint-Martin de Tours, Saint-Denis, Reims, Corbie, Corvey o Fulda estimaban que esta nueva sociedad debía aparecer primero en el marco de un nuevo Estado y una nueva Iglesia. La reforma política no consistía solo en reinventar el Imperio y en volver a crear la monarquía, debía transformar todas las estructuras políticas y eclesiásticas. Se manifestó además a través de un indiscutible florecimiento artístico e intelectual: el primer renacimiento de nuestra historia. Pero surgió en gran parte de las lecciones y de las innovaciones de fines de la época merovingia.

Es particularmente sorprendente leer en la obra del historiador Gregorio de Tours el término *respublica*, el Estado, constantemente aplicado al Imperio Romano de Oriente. A su modo de ver, la monarquía franca no puso en pie un Estado. Hemos visto que la sociedad romana intentaba constantemente escapar de la influencia estatal y que acabó por conseguirlo. En las leyes germánicas, tal como hemos subrayado, no existía la distinción entre derecho público v derecho privado. Los dos fenómenos se conjugaron y, por un efecto perverso, desembocaron en la privatización del Estado.

Los tanteos de las monarquías bárbaras (siglos VI-VII)

Las monarquías germánicas reposaban en la libre elección del rey por los guerreros en función de sus aptitudes para ganar en la batalla. Por eso la sucesión dinástica, prenda de continuidad política, tuvo algunas dificultades para enraizarse. En Hispania, tras la desaparición de la familia de los Balthos, en el 531, la elección recayó en manos de los dignatarios del palacio de Toledo y de los obispos. Mientras los primeros se rebelaban sin cesar contra su propio elegido, los segundos hicieron cuanto pudieron por reforzar la monarquía. A partir del 633 se reunieron concilios en Toledo, ante cada gran avatar, para asistir al rey, deliberar sobre las cuestiones políticas y religiosas, votar las leyes que les eran propuestas o que estaban en preparación, juzgar los casos de alta traición, etc. Para reforzar la legitimidad real, el cuerpo episcopal practicó, siguiendo el ejemplo del profeta Samuel, la unción real, reutilizada entre el 621 y el 641. En el 672 ya está atestiguada como normal por el rey Wamba. Pero este fortalecimiento sacro de la legitimidad real no tuvo mucho efecto. Los nobles de origen visigótico consiguieron tomar parte en los concilios y el número de laicos aumentó a ex-

pensas de los obispos de origen romano. En el 711 esta inversión de la tendencia desembocó en un conflicto agudo entre los hijos del rey Witiza y el nuevo elegido, Rodrigo, que fue fatal para la monarquía visigoda.

En el caso de los lombardos, la elección también prevaleció, después del 584, con ocasión del restablecimiento de la monarquía. Pero se practicaba una especie de sucesión restringida gracias a la posibilidad que tenían las mujeres de transmitir sus derechos a la corona. Este fue el caso a partir de Teodelinda hasta principios del siglo VIII. El pueblo lombardo, más próximo a sus orígenes que el de los visigodos, practicaba todavía en el siglo VII la asamblea de hombres libres. Esta reunión del pueblo en armas tuvo lugar aún en el 643, con ocasión de la proclamación del edicto de Rotario. Más tarde, las reuniones de duques o *gastaldi* («intendentes de las propiedades reales»), obispos y abades sustituyeron a las de hombres libres. Ratificaban los tratados, elaboraban los textos de leyes y ejercían así un efectivo derecho de control sobre el rey. En cuanto a las monarquías tribales anglosajonas, estas eran aún más germánicas e incluso escandinavas en su concepción. El término de *eyning* o *cyng* (más tarde *king*) significa «hijo de», «miembro de la familia». Ello prueba que era rey todo aquel que poseía una genealogía, la cual remontaba la mayoría de las veces al dios Wotan. Existía, pues, un carisma pagano de la monarquía. Pero también allí las necesidades de la guerra hacían que la heredabilidad real no fuese automáticamente practicada. A fines del siglo VII, en particular, parece corriente la elección de un jefe de guerra. Se trataba casi siempre de que los nobles escogiesen entre los hijos del rey difunto. Entre los doce reinos anglosajones existentes hacia el año 600 se puede incluso constatar la coexistencia de tres a cuatro reyes en el interior mismo de Sussex o de Essex. A pesar del título de *bretwalda* («dominador de los bretones») que se arrogaban algunos reyes, ninguno consiguió

alcanzar verdaderamente una posición dominante. Además, cada uno era asistido por un consejo de sabios (*witenagemot*) que promulgaba con él la ley del reino. Así se hizo con la ley de Kent, bajo el reinado de Ethelberto, o con el nuevo código de Wihtred de Kent, en el 695. En la misma época, alrededor del rey Ina se agrupaban obispos y jefes de familias nobles que ocupaban importantes funciones. Visiblemente, esta asamblea sustituía a los sacerdotes paganos y a los guerreros libres que rodeaban al rey originariamente. En Escandinavia nada había cambiado, el rey estaba incluso completamente sometido a la decisión de la asamblea tribal, reunión de sacerdotes y guerreros.

Quizás solo la monarquía merovingia intentaba escapar a las concepciones primitivas del «Estado» germánico. Los sucesores de Clodoveo, utilizando a fondo el carisma pagano de los cabellos largos y de la dinastía siempre victoriosa, capaz de distribuir el botín en abundancia, procuraron eliminar el reparto del reino entre los herederos. A esa concepción del reino, propiedad privada de un jefe vencedor, se la llama «patrimonialidad» y condujo a las guerras civiles que hemos visto durante la segunda mitad del siglo VE Clotario II y Dagoberto se esforzaron con éxito en suprimirla mediante asesinatos sin piedad. Pero a partir de la muerte de Dagoberto, el reparto reapareció. En el 614 el edicto de Clotario II, que establecía que todos los altos funcionarios debían ser originarios del territorio administrado, bloqueó lentamente la unidad monárquica. Por otra parte, el resurgimiento del reparto en el 640 hizo revivir el bloque Neustria-Borgoña contra Austrasia, mientras que Aquitania y Provenza se alejaban irremediablemente de las capitales merovingias. Ciertamente, a partir del 687 no hubo más que un solo rey, Teodorico III, pero como el intendente de los dominios reales, el «mayordomo de palacio» Pipino II de Heristal, había tomado el poder efectivo, esta unidad era puramente ficticia.

En efecto, en Neustria y otras partes, las facciones aristocráticas eran totalmente independientes. La asamblea de hombres libres que Clodoveo y sus sucesores reunían regularmente antes de cada campaña militar, y que se llamaba Campo de Marte en honor al dios de la guerra, solo era controlada en Austrasia, allí donde Pipino conducía continuas ofensivas contra sus adversarios los frisones y otros vecinos germánicos. Fue en esta época cuando los pipínidas difundieron la leyenda de estos reyes merovingios holgazanes llevados por carros de bueyes de dominio en dominio. En realidad, el jefe de guerra había reducido al rey a este estado de dependencia, y como no osaba tocarlo a causa de la legitimidad que le daban los obispos, intentaba ridiculizarlo. En resumen, a principios del siglo VIII, por todas partes la monarquía se encontraba en estado de debilidad o de crisis abierta, literalmente privatizada por las facciones nobiliarias o las asambleas de altos funcionarios. Solo permaneció poderosa donde su fuente seguía manando: la guerra. La paz terminó por destruir la monarquía germánica.

El Estado en manos de intereses privados (siglos VII - VIII)

Además, se desarrollaba el nuevo fenómeno de los principados territoriales. Sin tener en cuenta los reinos anglosajones, que nunca accedieron al estadio unitario, los lombardos, los visigodos y los francos, todos conocieron el desmembramiento. En Hispania, la revuelta de Paulo, que se hizo ungir rey en Narbona en el 672, es reveladora de esta tendencia. Los tarraconenses y los septimanos se mostraban reiteradamente separatistas. En la Italia lombarda, la continuada independencia del Friul, de la Toscana, de los ducados de Espoleto y de Benevento es otra prueba de ello. El hecho de que tras la caída del reino visigodo un principado de Murcia se mantuviera, bajo la dirección del noble Teodomiro durante un cierto tiempo, demuestra que esta fragmentación dependía de la presencia de poderosos

jefes locales. Por otra parte, Hispania renacería gracias a uno de ellos: Pelayo. Pero el fenómeno tenía una mayor amplitud en la Galia. Ya en el 656 en Aquitania la dignidad y la función de patricio de Toulouse dieron lugar a un principado romanizante que en tiempos de Eudes (hacia 700-735) se transformó en un virreino. Igualmente Alamania, Turingia y Baviera reencontraron su antigua independencia con una dinastía local. La Frisia, que en parte había sido conquistada por Pipino II, recuperó su territorio en la desembocadura del Rin. La Borgoña se fragmentó en pequeños ducados, y aprovechando la lucha contra el Islam un patricio se puso al frente de la Provenza. En resumen, por doquier aparecieron agrupaciones políticas autónomas que correspondían en cada caso a rasgos regionales caracterizados por su población o su civilización. En algunas regiones, era el retorno a las tribus originales (turingios, vascos) o una nostalgia del pasado romano real y ficticio a la vez (Aquitania); en otras partes era la afición al poder de un noble ambicioso (Espoleto) o el desarrollo de actividades marítimas originales (Frisia); en una palabra, todo concurrió a la multiplicación de estas monarquías locales. En los países germánicos, la ruptura debida a la gran peste no hizo sentir sus efectos, pero unas estructuras administrativas incompletas y la ausencia de la noción de bien público produjeron los mismos efectos.

La concepción romana del funcionario solo sobrevivió de forma plena y completa en la Italia bizantina, alrededor del exarca. Este mandaba a los gobernadores civiles (*judices*), nombrados con la recomendación de los obispos y los notables de las provincias. Tenía también bajo su autoridad a los duques y funcionarios militares que él mismo nombraba.

La solidez del Estado romano-bizantino era envidiada por los visigodos y los lombardos. Sus reyes imitaban los títulos y los fastos de la corte de Constantinopla. Pero en el caso de los monarcas de Pavía todo esto no llegó muy lejos. Como no ha-

bían conservado un sistema fiscal, la treintena de duques dispersos por el reino se quedaron con las tierras de las que se habían apoderado y otro tanto ocurrió con sus subordinados, los *sculdhais*. Los *gastaldi* no pudieron oponer mucha resistencia, más aún cuando las *farae*, los clanes primitivos, habían desaparecido. Solo quedaban los *arimanni* («hombres del ejército») instalados en las tierras del fisco. Estos fueron puestos bajo las órdenes de los *gastaldi*, que tenían el derecho de juzgarles. Como el fisco había sido ampliado por las conquistas de Aistulfo en la Liguria y en Emilia, este último pudo entonces imponer el servicio militar a todos los súbditos de su reino. Esto permitió el fortalecimiento de un embrión de administración central en Pavía alrededor de un «mayordomo de palacio», un chambelán, un condestable y un senescal, jefe de los criados. Estos oficiales privados existían en todas las demás cortes germánicas con títulos diversos. En la Hispania visigótica eran llamados «conde del Patrimonio», «conde del Tesoro», quien se encargaba de la tesorería junto con los «condes de las cámaras», el «conde del establo» para la remonta de los caballos y el «conde de los espatarios» para la guardia personal del rey. A esto se añadía una cancillería con un «conde de los notarios» para tomar documentos por escrito. En la Galia, la cancillería estaba en manos de un refrendario. Visiblemente, en Hispania existía la distinción entre lo público y lo privado, ya que se distinguía entre el tesoro público y la cámara del rey. Asimismo, en la administración local existía todavía el conde de la ciudad, vieja institución romana, ayudado por los vicarios; pero hay que subrayar que los condes de los ejércitos eran comandantes divisionarios de los ejércitos provinciales. La distinción entre lo civil y lo militar existía aún porque la percepción de impuestos directos continuaba en la península ibérica en el siglo VIII. En cambio, su desaparición gradual en la Galia e incluso en Aquitania, donde los príncipes los hacían recaudar por los judíos, permitía al

conde de la ciudad acumular, por osmosis con su homólogo germánico, el *grafio*, actividades militares, judiciales y financieras. Así se explica su tendencia a la usurpación. En el siglo VIII, muchos condes de la Galia merovingia, en particular en las fronteras, se convirtieron en verdaderos potentados locales. Pero aun cuando en la Hispania visigoda sobrevivían la noción de funcionario y la separación entre condes civiles y condes militares, es sorprendente encontrar la vieja tendencia a la deserción. El rey Égica era incluso tan impotente contra esta práctica que se vio forzado a enrolar en sus ejércitos a los clérigos y esclavos de los dominios reales. Así, bien sea por impotencia de una administración central todavía privada o por exceso de poder de una administración central pública, la monarquía no era obedecida a menos que incrementara las tierras de su fisco y que adoptara el sistema del soldado-campesino.

En Inglaterra, la casa del rey era aún más de orden privado que la de los merovingios. Como en el caso de los francos, los príncipes atraían a los hijos de las familias nobles, les alimentaban y les educaban, esperando obtener, a partir de estos jóvenes, adultos que fuesen servidores fieles y agradecidos. En sus palacios de madera, las funciones de botellero y copero parecían más importantes que las de administrador de los dominios, el chambelán y el condestable. Evidentemente, todo sistema fiscal había desaparecido y los impuestos habían sido privatizados y asimilados a los otros tributos que pagaban los campesinos por sus tierras. El rey tenía sus propios dominios. En todos los demás obtenía rentas en alimentos (*feorm*, del latín *firma*) suficientes para alimentarle a él y a su mesnada durante un día y una noche: los aldeanos depositaban en el *tun* del rey cerveza, trigo, ganado, miel y queso, como lo prueban las leyes de Ina del 690. Este *feorm* (que ha dado *ferme* en francés y *farm* en inglés) era a veces conmutado en moneda. Por último, se le añadían los tributos de los pueblos vencidos. Cada rey se des-

plazaba de un dominio, cercado por un seto, a otro para consumir estas provisiones. Por su parte, los merovingios hacían otro tanto y la leyenda de los reyes holgazanes es una buena prueba de estos viajes de una tierra a otra. Así, en el siglo VII, desprovistos de una verdadera organización central, los reyes anglosajones no dejaron de elaborar algunos elementos de administración local. Hacia el 690, algunos nobles (*ealdormen*) recibían en Wessex un *scir* (más tarde *shire*, condado). Quizás se trataba ya de una circunscripción territorial que tenía como subdivisión la centena, que ya existía en el norte del reino franco. Pero no podemos afirmar nada por falta de pruebas. Allí, «el Estado» germánico aún estaba en la fase de comunidad sin domicilio fijo y con la violencia como única institución de base.

Esta privatización del Estado se extendía incluso a la Iglesia. Hemos visto cuáles eran los esfuerzos de los reyes por nombrar los obispos. Era normal que intentasen apoderarse del único poder ajeno al suyo. Además, los obispos, teniendo en cuenta sus cargos y la codicia de los poderosos hacia las tierras eclesiásticas, buscaron la forma de hacer garantizar sus bienes por los monarcas. En particular obtuvieron de los reyes francos exenciones de impuestos, donaciones de talleres monetarios y títulos de inmunidad que prohibían a todo conde ejercer su función en los patrimonios de los obispados y más tarde de las abadías. El obispo o el abad cumplían entonces las tareas del funcionario y rendían cuentas directamente al príncipe. La Iglesia secular, más tarde la regular, entró así en el juego del poder. Los pipínidas se apoyaron en gran parte en los monasterios. Carlos Martel fue aún más lejos y nombró fríamente laicos al frente de obispados o de monasterios, que fueron así transformados en bases de poder político a su servicio. Un pariente llamado Hugo fue nombrado a la vez obispo de Ruán, abad de Jumiéges y de Saint-Wandrille. Milon, otro aliado de la familia, sin estar consagrado, acumuló durante 40 años los

obispados de Tréveris y de Reims, así como el abadiato de Mettlach. En las regiones mediterráneas, supuestos obispos ocuparon las sedes, cuando en realidad llevaban una vida de jefes de guerra, hasta el punto de que más tarde los redactores de las listas episcopales se negaron a inscribir en ellas sus nombres. Se había ido mucho más lejos de la compra de obispados (la simonía) que estigmatizaba Gregorio el Grande en un carta a la reina Bruneguilda. Prácticamente, la Iglesia era arrastrada hacia su privatización por el Estado, e incluso laicizada, ya que los grandes propietarios nombraban a los curas de sus *Eigenkirche* (iglesias propias). La crisis de la monarquía comportaba la del obispado y la del abadiato. Todo favorecía al príncipe guerrero que sabía hacerse respetar y encontrar nuevos medios de mandar y recompensar.

Una solución: el Estado cristiano y legislador

Pipino el Breve tuvo como consejeros políticos a dos obispos: Bonifacio y Chrodegang. Carlomagno se apoyó en Alcuino, un monje anglosajón. Luis el Piadoso hizo venir a su lado a Benito de Aniane, un monje hispano-visigodo, y más tarde a Adalardo, abad de Corbie. Carlos el Calvo se apoyó a veces en el muy molesto arzobispo de Reims, Hincmar. Hemos visto el papel que jugaron en la reaparición del Imperio y de la monarquía, y cómo los convirtieron en propiedad de la Iglesia. Pero cuando quisieron reconstruir el Estado chocaron con la concepción de los francos que acabamos de describir, especie de condominio de los hombres libres y el rey que habían conseguido someter otros pueblos, y cuyo poder solo era respetado en la medida que aportaba la victoria, el botín y la prosperidad. Pipino y Carlos conservaron cuidadosamente sus prerrogativas, sobre todo el derecho de *ban*, derecho de castigar y obligar al que no obedecía, y su opuesto, la *grada*, favor real que se manifestaba en regalos suntuosos a los amigos leales. Pero es evi-

dente que en un reino en expansión estas simples relaciones de jefe a guerrero no podían ser suficientes. Carlomagno puso de nuevo en vigor, al menos en tres ocasiones, en el 789, el 793 y el 802, los juramentos de fidelidad a la manera romana. Todos los hombres a partir de los doce años juraban ante el conde local no hacer nunca nada que pudiera poner en peligro la vida del rey. Pero estas prestaciones de juramento fueron mal comprendidas porque su formulación era negativa, aunque cada vez fuera precisada y mejorada. Algunos creyeron que el soberano las exigía porque tenía necesidad de apoyo y esto fue interpretado como un signo de debilidad. Otros creyeron que, no habiendo prestado juramento, no debían obedecer. Carlomagno y sus consejeros también se esforzaron en dar a conocer y aplicar sus decisiones de diversas maneras. La primera fue convertir a sus consejeros eclesiásticos en verdaderos expertos políticos. En el 813, el último capitular de Carlomagno ordenaba que los condes, los jueces y el pueblo asistieran al obispo en sus funciones judiciales, ya que solo él sabía adonde debía ir la sociedad. Así, durante el reinado de Luis el Piadoso, el término latín *res publica*, el Estado, fue «renovado» con la adición del término *christiana*. El Estado no podía existir si no era cristiano. Para conseguirlo, tal como dice un capitular de 823-825, el emperador velaba por la Iglesia, mantenía la paz y la justicia; pero de hecho, la carga estaba dividida de tal manera que «cada uno, allí donde habite y en el rango social donde se halle situado, sepa que tiene una parte del peso, de lo que resulta —dice el emperador— que yo debo ser vuestro admonitor y que vosotros debéis ser mis auxiliares». Todos los súbditos debían colaborar al buen funcionamiento del Estado, empezando por los escribanos eclesiásticos que proponían *Espejos de los príncipes*, verdaderos manuales de política para uso de los miembros de la familia real. Smaragdo, Agobardo, Jonás, obispo de Orleans, e Hincmar contribuyeron ampliamente a esta educación. Arnul-

fo, rey de la Francia oriental, en el sínodo de Tribur, en el 895, no dudó en definir esta concepción como un arte de «gobernar según el derecho eclesiástico». La base del Estado carolingio era, pues, en primer lugar, de esencia espiritual y eclesiástica.

A la ley de la Iglesia se añadía la ley laica. Esta verdadera repatriación del Estado desde el Oriente bizantino hasta la Europa del norte se acompañó de una búsqueda de unidad en la legislación. Carlomagno volvió a ocuparse de la vieja asamblea anual de hombres libres, que Pipino el Breve había transferido del 1 de marzo al 1 de mayo, en el 756. El «Campo de mayo», llamado también «asamblea general», era la ocasión, antes de partir de expedición, para ver causas importantes y anunciar a los grandes, laicos y eclesiásticos, las decisiones reales y luego imperiales. Se enviaba una lista de proposiciones a los nobles y clérigos, que las discutían separadamente y reconocían si eran conformes a derecho. Entonces eran proclamadas en voz alta delante del pueblo en armas, después puestas por escrito, capítulo por capítulo *(capitula)*. Esta enumeración en pequeños parágrafos dio al texto, copiado en cuatro ejemplares, de los cuales uno era depositado en los archivos de palacio, el nombre de «capitular». Las decisiones eran aplicables inmediatamente después de su proclamación verbal por el soberano, a causa del derecho de *ban* que le permitía mandar y castigar.

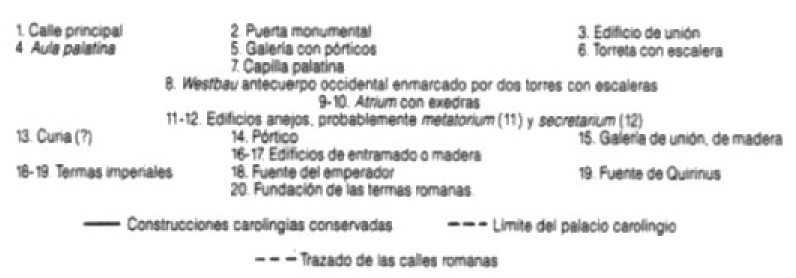
Pero ahí Carlomagno innovó, para hacer sus decisiones aún más eficaces. Las hizo escribir para reforzar la orden verbal e incluso para reemplazarla, ya que hasta entonces pretendían obedecer solo los individuos presentes durante la publicación de las leyes. Los capitulares fueron mucho más instrumentos de reglamentación administrativa que actos legislativos. Algunos concernían exclusivamente a Italia. Fueron documentos de referencia copiados, difundidos e incluso releídos en el interior de cada condado. Recurriendo al documento escrito. Carlomagno prolongó el alcance de sus decisiones. En el campo de

las leyes propiamente dichas, mantuvo la personalidad de las mismas. A lo largo de todo el Imperio y a pesar de las protestas de Agobardo, arzobispo de Lyon, quien hubiera querido una ley única a la manera romana, los antiguos códigos continuaron siendo aplicados. Mientras los romanos conservaban sus leyes, igual que los hispano-visigodos en Septimania, los bávaros, los burgundios o los lombardos, Carlomagno hizo correcciones y suplementos a las leyes francas, alamánicas y bávaras. Hizo poner por escrito la ley de los frisones y la ley de los sajones. En cada proceso mixto que opusiera a un miembro de una comunidad étnica a uno de otra, este debía declarar, antes de que empezara la audiencia, de qué ley dependía. Señalemos sin embargo que toda la gente de Iglesia dependía, fuera cual fuera su origen, del derecho romano, así como de las decretales pontificias, cuyas colecciones se acumularon en el curso del siglo IX. El clero realizó en efecto un esfuerzo legislativo y reglamentario mucho más importante que el de los laicos.

Un extraordinario esfuerzo por tomar las riendas

El gobierno imperial de Carlomagno y de Luis el Piadoso fue pues un intento constante por salir de la herencia primitiva y hacerla evolucionar hacia una mayor unidad dentro de un espíritu romano. Pero la búsqueda de centralización no llegó hasta la uniformización. Dejaron subsistir en el interior del Imperio reinos como Aquitania, Italia y Baviera, primero prefectura y después reino. Cada uno de lo que se ha convenido en llamar un virreino tuvo su propio gobierno central, su corte y sus iniciativas particulares, en la medida en que el emperador del momento los toleraba. De todas formas, este conservaba siempre una posibilidad de intervención directa en el interior de estas entidades políticas oficialmente sometidas a los francos, e incluso, como hemos visto, en el patrimonio de san Pedro. En cambio, esta descentralización relativa necesitaba de una sede

central de gobierno. La monarquía itinerante, que se desplazaba de gran dominio en gran dominio estatal, fue siempre practicada en los virreinos, pero terminó por ser abandonada por Carlomagno. Escogió el fisco de Aquisgrán, una estación termal gala y luego romana situada a ocho leguas (32 km) del puerto fluvial muy frecuentado de Maastricht, en el centro de los dominios patrimoniales carolingios. Allí residió todos los inviernos a partir del 794 y después todo el año, a partir del 807 y hasta su muerte. La construcción de un palacio y una capilla concretó el nuevo programa ideológico imperial y el poder político del conquistador. Aquisgrán simbolizó siempre, a partir de entonces, un imperio laico, por oposición a Roma, la ciudad de lo sagrado, la capital religiosa. A partir del 840, las necesidades de las guerras convirtieron de nuevo a los reyes en viajeros. Carlos el Calvo intentó también hacer de Compiégne su capital, pero no lo consiguió, mientras que Hincmar conseguía hacer de Reims la capital religiosa del reino de Francia occidental.



Plano del palacio de Aquisgrán.

En el palacio, a la vez residencia y entorno, fue instalado un gobierno central aún mal demarcado del de los reyes merovingios. El «mayordomo de palacio», demasiado peligroso, des-

apareció. Pero dentro de la clásica confusión entre cargos privados y cargos públicos, el senescal (*sinisskalk*, el criado más viejo) se ocupaba del aprovisionamiento de la mesa y, junto con el botellero, del suministro de los vinos. Al mismo tiempo supervisaba la gestión de las tierras fiscales mediante los *domestici*, verdaderos administradores de los grandes dominios reales. El «chambelán» continuaba ocupándose del tesoro privado del soberano, pero entonces era ayudado por «sacelarios» que vigilaban las entradas en numerario. El condestable, con dos mariscales, aseguraba la remonta de los caballos y el transporte para el abastecimiento del ejército. Recién incorporado, el conde de palacio sustituía al soberano cuando se ausentaba para resolver los procesos de súplica que se multiplicaban, y debía utilizar, como el chambelán, los servicios de algunas oficinas rudimentarias. Todos estos grandes oficiales laicos podían recibir de improviso el encargo de una misión diplomática o un mando militar. Por último, el emperador podía convocar a sus vasallos o a los grandes *(proceres)* laicos o eclesiásticos, para pedirles su consejo. Y eran numerosos los porteros encargados de levantar o bajar las cortinas ante cada solicitante o embajador que llegara para pedir una audiencia.

El personal clerical, ocupado sobre todo en estimular el renacimiento del documento escrito y de la correspondencia, estaba agrupado en la Capilla. Este organismo religioso tenía como finalidad primitiva conservar la más insigne reliquia del reino de los francos: el manto de san Martín o, más exactamente, la mitad que quedaba, la «capa». La Capilla era dirigida por un abad o un obispo de importante familia, Fulrad con Pipino el Breve, Angilram y luego Hildebold, fueron consejeros importantes, en el reinado de Carlomagno. El gran capellán tenía, entre sus clérigos, notarios que registraban en notas abreviadas (llamadas tironianas, del nombre del liberto de Cicerón) las deliberaciones y decisiones, y que luego redactaban en forma ofi-

cial los documentos y diplomas reales. Su jefe, el protonotario, que vigilaba también el envío de la correspondencia oficial y la publicación de la legislación eclesiástica, hacia el año 808 acabó por tomar el título de canciller. Este nombre le venía de que, en la capilla, se situaba delante del cierre de piedra calada, llamado «cancel», que separaba a los clérigos de los laicos. En época de Luis el Piadoso, con el desarrollo de sus servicios, incluso fue llamado archicanciller. Cuidaba de los archivos del palacio, donde eran conservados todos los documentos enviados al rey y las copias de todos los que él expedía.

La orden emanada del palacio era inmediatamente ejecutable al nivel de la unidad principal de la administración local, el condado. Según las últimas investigaciones, parece que en el Imperio se podían enumerar cerca de setecientos condados, llamados *pagi* o bien, en la zona germánica, *gau*. En algunos casos excepcionales *pagi* y *gau* eran subdivisiones de condados. Visiblemente, eran las antiguas ciudades romanas convertidas en diócesis o los antiguos territorios tribales. En Germania, la red de los condados no era aún estrictamente continua. Cada condado era dirigido por un conde nombrado por el rey, pagado por él, desplazado según su voluntad o revocable por una falta cometida. El cargo, llamado *honor,* como en el Imperio Romano, o bien aun *ministerium* (oficio, servicio), era remunerado de varias maneras. El conde obtenía el usufructo de bienes territoriales imperiales, llamados también por asimilación *honores* o incluso *res de comitatu,* que estaban situados dentro de su circunscripción. Recibía un tercio de las multas infligidas a los justiciables y un tercio de los peajes percibidos en su territorio. Como las multas eran en general fijadas al tercio de la composición, el conde de hecho conservaba en su poder la novena parte de la suma desembolsada por el condenado. Finalmente, tenía derecho a un tercio de las multas infligidas por la ruptura del *ban* real, es decir veinte sueldos de los sesenta previstos. Sus

ingresos eran pues muy importantes. Los condes estaban investidos de poderes múltiples: ejecutaban las órdenes reales y cada primavera convocaban los hombres libres al ejército (hueste, del latín *hostis,* el enemigo). Aseguraban la presidencia de un tribunal real, el *malí* público, a razón de al menos tres sesiones por año, en cada subdivisión del condado, para todas las causas mayores que implicaran asesinatos, adulterios o traición. A menudo, incluso eran llamados para una misión especial y se ausentaban de su condado al menos tres o cuatro meses, aunque solo fuera para conducir los soldados al lugar de concentración de las tropas.

Sus funciones eran tan numerosas que a fines del reinado de Carlomagno aparecieron unos subordinados, los vizcondes, encargados de sustituirles en su ausencia. Pero estos solo existieron en la Galia. De todas formas, en territorio latino, el conde se apoyaba en vicarios (*vicarii*) encargados de causas menores (juicios de deslindamiento, robos, etc.), y en territorio germánico, en «centenarios», responsables de una pequeña tropa de hombres encargada de hacer reinar el orden. Vicarios y «centenarios» formaban un tribunal cada quince días. En conjunto, el conde y sus auxiliares debían formar un personal administrativo de unas doce personas. Esto permitiría suponer que el Imperio Carolingio disponía de unos ocho o nueve mil funcionarios públicos, cifra que, como se ve, es inferior a la del Imperio Romano tardío que mantenía, recordémoslo, sobre una superficie un tercio más grande, quince mil funcionarios, de los cuales dos mil solo en Tréveris. En resumen, la administración carolingia, con el personal de Aix cuyo número ignoramos, debía quizás igualar la de la Romanidad tardía. Así, el retraso político de las monarquías bárbaras había sido borrado.

No olvidemos tampoco que existían otros grandes funcionarios. Carlomagno conservó la institución merovingia de los duques, o bien creó condes especiales, llamados condes de la mar-

ca (*Markgraf*, de donde procede marqués). Les confió varios condados situados en zonas fronterizas peligrosas. A la vez que administraban su propio condado tenían autoridad en lo civil y en lo militar sobre los demás, para poder responder rápidamente a las amenazas de invasión antes de que el rey o el emperador hubieran tenido tiempo de ser prevenidos. Las marcas más importantes fueron las de Hispania y Bretaña, así como las que fueron establecidas frente a los daneses, los wendos y los avaros. En resumen, cada marqués era el jefe de la administración en el territorio que le había sido concedido. Allí representaba la autoridad real. No es sorprendente que en Germania, ya en 891, Poppon haya sido nombrado marqués por Arnulfo, igual que Liutpold, en Baviera, en el 898, y que hayan sido siempre considerados funcionarios fieles por el rey, mientras en Francia occidental, Roberto, marqués de Neustria en el 893, o Ricardo, marqués de Borgoña, solo hacían lo que les venía en gana. La administración imperial, con el conde, no era solo romana de espíritu, también era de esencia germánica con esta concepción muy descentralizada de los poderes civiles y militares.

Esta imbricación de las marcas en los reinos y de los reinos en el Imperio fue consolidada por la creación de los *missi dominici*. Estos enviados especiales del soberano, ya documentados en época merovingia, fueron sistematizados por Carlomagno a partir del 775, y sobre todo después del 802, cuando su cometido de inspección fue cuidadosamente delimitado. Circulaban en grupos de dos, tres y a menudo más, y en general eran al menos un conde y un obispo. Velaban por la publicación de los capitulares, presidían el tribunal en lugar del conde, inquirían sobre los abusos de poder de este último, imponían sanciones y a continuación hacían su informe al emperador. Escogidos entre los miembros de las grandes familias para que no fuesen tentados por la malversación o la venalidad, eran

además íntegramente alimentados y transportados a expensas del antiguo *cursus publicus* romano, con la ayuda de cartas de requisición. Algunos estaban encargados de misiones *ad hoc*: inspeccionar los dominios reales en una región, inquirir sobre tal o cual conde. Pero a la mayor parte les fueron encomendados territorios denominados *missatica*. Estos territorios donde los *missi* eran nombrados regularmente todos los años correspondían, en el 802, a la Francia y la Borgoña del norte. En el 827, alcanzaron el Rin, el Loira y el Ródano. Por consiguiente, esta institución centralizadora no entró realmente y de manera continua en Aquitania, Provenza, Italia y Germania. Se tiene pues la prueba de que el gobierno de Carlomagno y de sus sucesores solo fue verdaderamente eficaz en la Galia del norte, allí donde justamente se encontraban las bases de su poder económico. El respeto de la autonomía de los reinos fue un medio de integrarlos a largo plazo, medio que por otra parte fue más tarde utilizado de nuevo por los capetos con la técnica del «apanage». En todo caso, los *missi dominici* fueron tan eficaces que, bajo el reinado de Carlos el Calvo, los grandes exigieron que se les diese posesión de los *missatica* donde intervenían. Sea como fuere, este debilitamiento de los *missi dominici* no impidió que continuaran su acción en los tres reinos. En el 875 todavía existía uno en la ciudad de Cambrai y algunos son mencionados aún en el siglo X.



En el 802

Límites del imperio carolingio
Límites del reino de Aquitania
Límites de las missatica



En el 827

Límites del imperio carolingio
Límites del reino de Aquitania
Límites de las missatica



En el 853

Límites del imperio carolingio
Límites del reino de los francos occidentales





Circunscripciones de los missi dominici.

Intentar juzgar y buscar dinero

La actividad esencial de estos funcionarios centrales y locales parece haber sido ante todo la justicia, incluso antes que la hacienda y el ejército. Por otro lado, fue en este campo en el que Carlomagno intervino más frecuentemente. Sus capitulares incluyen numerosas prescripciones para mejorar la justicia administrada por el tribunal del conde. Suprimió los *rachimburgi,* hombres libres de la comunidad aldeana que asesoraban en materia de derecho, y los reemplazó por *scabini (échevins),* especie de jueces profesionales permanentes, a razón de siete por *malí*. Los primeros aparecen hacia el 774 en el norte de Francia. Para compensar e incluso eliminar la prueba por «conjurados» (el acusado era absuelto si un mayor número de personas que las del acusador juraban que era inocente), intentó desarrollar la prueba por testigos o aun la prueba por escrito. Pero las tentativas de eliminar la ordalía, prueba de origen pagano, destinada a resolver los casos dudosos, no tuvieron éxito. Se continuó haciendo andar al acusado descalzo sobre nueve rejas de arado al rojo vivo o bien, para los más ricos, se siguió con la práctica del duelo judicial con la ayuda de un campeón. Quien degollaba al otro era absuelto, ya que la victoria era siempre considerada como una intervención divina. Carlomagno organizó la apelación al tribunal de palacio mediante queja por falso juicio. Pero hemos visto cómo rápidamente el conde de palacio fue desbordado por la afluencia de causas. El principio del sistema judicial carolingio, con sus dos distinciones, alta justicia (conde) y baja justicia (vicario, «centenario»), permaneció intacto durante el resto de la Edad Media, incluso después de su acaparamiento por los antiguos funcio-

narios. Los hombres del conde o del «centenario» hacían ejecutar la sentencia.

La intervención de los emperadores fue aún más activa en el campo de la hacienda. Carlomagno y Luis el Piadoso, sin olvidar a sus consejeros, insistieron enormemente para establecer contabilidades escritas de sus posesiones territoriales. El capitular *de Villis,* que ordenaba inventarios exactos de lo que debían hacer los campesinos en los dominios fiscales, y los célebres *brevium exempla,* un tipo de fichas descriptivas de los recursos disponibles en un fisco dado, aún están ahí para probar el gran esfuerzo de productividad y conocimiento matemático de los recursos del Imperio. La tradición romana de los catastros, relación de censos o de capitación se perpetuaba en los «polípticos» eclesiásticos. Los clérigos, los emperadores y los reyes debieron conocer, si no siempre el número de hombres, al menos la cantidad de fiscos y unidades territoriales (mansos) de que disponían. La prueba está, como hemos visto, en el hecho de que los expertos que intervinieron en el reparto del 843 tenían en las manos documentos que les permitían hacer una partición equitativa de las tierras públicas. Además, los tributos percibidos en dinero por Carlos el Calvo para pagar la retirada de los daneses, en los años 845, 860-861, 862 y 866, fueron cobrados a razón de una cierta tasa por cada tipo de manso. Para que las 6000 libras de plata del *danegeld* del 866 fueran así percibidas era preciso que el gobierno central conociera el número exacto de unidades imponibles. El renacimiento de la escritura y de la cifra permitió, pues, a los carolingios llegar a una cierta eficacia en materia de hacienda.

Por orden de importancia, los fiscos, tierras públicas cultivadas e incultas, iban en cabeza. Además de los bienes familiares, podían ampliarse por conquista en países como Sajonia o Italia, por desherencia, por confiscación a expensas de los traidores o mediante condena judicial. Como estos dominios servían esen-

cialmente a la manutención de los reyes, al pago de los funcionarios y, como veremos, cada vez más a la remuneración de los servicios de los vasallos, este capital territorial estaba constantemente amenazado de disminución. La guerra también era indispensable para mantenerlo. En otros casos, como en tiempos de Carlos Martel, los reyes podían lanzarse sobre las tierras eclesiásticas para distribuirlas entre los nobles a fin de granjearse su fidelidad. Luis el Piadoso debió decidirse a ello a raíz de las primeras revueltas. Sus hijos hicieron lo mismo y a fines del siglo IX casi todos los grandes dominios reales habían sido dispersados, mientras que los de la Iglesia habían pasado a manos de los laicos. Sin embargo, podemos señalar que la mayor parte de estos fiscos estaban situados en Neustria y Austrasia. Precisamente allí era donde se encontraban los últimos de que dispuso la dinastía. Carlomagno disponía de unos doscientos palacios, seiscientos fiscos y doscientas abadías. Los otros ingresos estaban formados por el segundo tercio de las multas judiciales (*freda*), por las multas por infracción al derecho de *ban* (cuarenta sueldos sobre los sesenta restantes) o por no acudir al ejército (*heriban*). Venían a continuación los impuestos indirectos, los peajes percibidos en puentes, por carros, en mercados o bien en puertos de montaña, a razón del 10 por 100 *ad valorem*. El conjunto era entregado al tesoro real, una vez descontada la remuneración al agente encargado de percibir estos impuestos indirectos. Vista la enormidad de las sumas (en particular los 60 sueldos), algunos debían pagarlas en especies, armas, caballos, esclavos, etc. La acuñación de la moneda real proporcionaba una media de doce denarios por los doscientos cincuenta y cuatro acuñados con una libra de plata. Los antiguos impuestos romanos, censo y capitación, no habían desaparecido. Pero, como hemos visto, entonces su montante era fijo. Esta «costumbre» ciertamente aún existía en Aquitania, Provenza. Italia y algunas otras regiones, pues Carlomagno mandó hacer un inven-

tario exacto allí donde sobrevivía. Entre los ingresos «muebles» citemos además los regalos, a menudo muy importantes, que los nobles debían hacer en el Campo de mayo, y los tributos entregados por los bretones o el duque de Benevento (7000 sueldos anuales). Y no olvidemos los botines: fueron necesarios quince carros para transportar los tesoros que los avaros habían acumulado en su *ring*. En resumen, la guerra y la importancia de los fiscos enmascaraban la necesidad de reanimar el antiguo sistema fiscal romano que continuó periclitándose, más aún cuando se había convertido en un símbolo de servidumbre.

En definitiva, solo el ejército sostenía al poder

La clave del sistema carolingio estaba pues en el ejército. Teóricamente, en virtud del derecho de *ban*, todos los hombres libres podían ser convocados por el rey en caso de invasión general. Debían presentarse armados a sus expensas en el Campo de mayo, ya que la asamblea de los grandes coincidía frecuentemente con la reunión del ejército. La movilización tenía lugar en tres tiempos: orden de alerta, concentración bajo la dirección del conde y finalmente encuentro en el punto de reunión general. Durante el reinado de Luis el Piadoso, para acelerar el proceso, cada *missus* recibía la orden de alerta y la transmitía a los interesados, que partían equipados dentro de las doce horas siguientes hacia la base de partida del ejército. Las expediciones, casi siempre anuales, duraban como mínimo de tres a cuatro meses. Era preciso prever requisiciones de forraje (*fodrum*), convoyes de carros cubiertos de cuero (*bastarnae*) capaces de transportar provisiones para tres meses y armas y equipaje para seis. Cuando el peligro exterior estaba más localizado, solo eran convocados los vasallos de las grandes familias nobles, del emperador, de los abades, abadesas y obispos. Para los hombres libres bastaba entonces el viejo sistema romano que consistía

en pedir el envío a la hueste de un solo hombre por cada cuatro mansos. Los que poseían menos se agrupaban para llegar al mismo número de unidades territoriales y ayudar materialmente a uno de ellos a marchar equipado. En las fronteras o marcas, el servicio era más exigente. Todos los hombres libres estaban sujetos a la guardia (*wacta*) en las torres o castillos. Unas unidades especiales, las *scarae*, compuestas por guerreros profesionales, estaban implantadas allí de forma estable. La disciplina era particularmente severa y la deserción en plena campaña (*herisliz*) era castigada con la pena de muerte. Estos ejércitos contaban con numerosos soldados de infantería armados con una lanza, un escudo, un arco y doce flechas. Pero tenían un papel poco importante al lado de los combatientes a caballo, cuya función era provocar el choque y la victoria final. Al lado de la caballería ligera de los bretones, sajones, austrasianos, gascones e hispanos, destacaba la importancia creciente de la caballería pesada. Armados con una espada larga, un tahalí, una lanza y protegidos por una *broigne* («loriga»), pesada capa de cuero cubierta de placas de hierro, como mínimo eran propietarios o tenentes de doce mansos. Su armamento costaba en líneas generales de treinta y seis a cuarenta sueldos, o sea el muy elevado precio de veinte vacas. Carlomagno y Luis el Piadoso, sobre todo, utilizaron hábilmente estos combatientes a caballo acorazados. La mayoría de sus operaciones militares consistieron en concentraciones de tres o cuatro columnas sobre un objetivo preciso, o bien, a la inversa, para las operaciones de pillaje, en la dispersión de un gran ejército desplegado, como los dedos de una mano, a través del país a someter. Esta estrategia original explica el éxito de los francos.

El número de soldados fue también un elemento considerable del éxito. En el 811, por ejemplo, cuatro ejércitos pudieron operar a la vez en el Elba, el Danubio y el Ebro, así como en los confines bretones. Cada uno comprendía de seis a diez mil sol-

dados de infantería, más dos mil quinientos a tres mil combatientes a caballo, de los cuales ochocientos iban acorazados. Sin movilización general, el Imperio era capaz de poner en pie de guerra alrededor de cincuenta y dos mil hombres, de los cuales doce mil eran combatientes a caballo. En resumen, se estima que los emperadores podían reunir cien mil soldados de infantería y treinta y cinco mil de caballería. Incluso si consideramos estos cálculos como demasiado optimistas, es cierto, de todos modos, que los carolingios tuvieron en sus manos un instrumento militar particularmente bien entrenado y ciertamente superior a los sesenta y cinco mil hombres realmente eficaces de que disponía el Imperio Romano tardío de Occidente. Por el contrario, estamos muy mal informados sobre las flotas de guerra. En el 811, Carlomagno restauró el sistema romano de vigilancia costera en Gante, Boulogne y desembocaduras de la Gironda y del Ródano, para luchar contra los escandinavos. Cada flotilla tenía tropas de embarco dispuestas a partir a la primera alerta. No tenemos ningún detalle sobre sus operaciones pero a la vista de los resultados se puede dudar de su utilidad.

El ejército carolingio se cohesionó sobre todo por otra iniciativa de Carlomagno: la introducción del vasallaje en el Estado. Recordemos la importancia de las clientelas en el ascenso de la dinastía. Mientras estos vínculos eran de dominio privado y el beneficio era un regalo absolutamente gratuito del señor al vasallo, Carlomagno sistematizó la unión del beneficio con el vínculo personal. Exhortó a todos los hombre libres a entrar en la obediencia de un señor por la ceremonia de la encomendación. A cambio del servicio militar de este hombre, el señor estaba entonces obligado a ofrecerle no ya su mantenimiento a domicilio como antaño, sino el usufructo vitalicio de uno de sus propios bienes territoriales. El servicio del vasallo se convertía también en la causa del beneficio. Toda una jerarquía de subordinados se creó de este modo. Carlomagno mismo se vin-

culó a unos vasallos reales (*vassi dominici*) a los que dotó («casó») con tierras fiscales. Considerando que los bienes eclesiásticos le pertenecían, ya que los protegía concediéndoles el beneficio de la inmunidad (es decir, mediante la prohibición a todo oficial público, conde o duque, de ir a cumplir sus funciones públicas en aquellas tierras), exigió a los obispos y a los abades que entrasen a su vez en los vínculos personales por medio de la encomendación. Así se explica que estos grandes personajes eclesiásticos hayan figurado en el ejército rodeados de sus propios vasallos. A través de esa red de fidelidades entrecruzadas y centralizadas en su persona, el emperador esperaba hacer reposar el edificio político en el respeto a la palabra dada, en la fe jurada sobre los evangelios o sobre las reliquias y, sobre todo, en las obligaciones mutuas del señor y del vasallo y en el llamamiento a los guerreros. No es menos evidente que una doble contradicción minaba e incluso arruinaba esta forma pública vital: la que oponía un ideal cristiano pacífico a la obligación de saquear para vivir y perdurar, y la que, a falta de medios para ser obedecido con seguridad, obligaba al príncipe a caer en manos de las ambiciones privadas y las clientelas.

Reflejos empañados en torno al Imperio

Las formaciones políticas independientes del Imperio tuvieron unas estructuras mucho menos completas. Las únicas que se les aproximaban eran las del reino anglosajón. Alfredo fue de algún modo el Carlomagno de la isla, mucho más que Offa. En el 780, este último había dotado al reino de una moneda fuerte, de plata, el *penny* (=penique), que inspiró la reforma monetaria de Carlomagno. Igualmente, había inaugurado, contra los celtas del país de Gales, la técnica de una poderosa línea de fortificaciones de tierra coronadas por una empalizada, el *Dyke de Offa*, que cerró la península a sus ataques. La *Tribal Hidage*, lista de las *hides* (el equivalente del manso carolingio o de la *bufe*

germánica) de toda Inglaterra, puesta por escrito en esta época, demuestra que la monarquía anglosajona era capaz de conocer las rentas imponibles sobre cada unidad territorial. A partir de Eigfrith, el hijo de Offa, consagrado en el 796, la unción real se convirtió, a imitación de los francos, en un medio de consolidar la monarquía. Igualmente, la prerrogativa jurídica del rey fue puesta de nuevo en vigor por Alfredo, que publicó un código que recogía algunas leyes de sus predecesores, y que limitaba el derecho de venganza (*faide*) y reforzaba las obligaciones debidas a los señores por sus hombres. El gobierno central de los reyes anglosajones es mal conocido, pero a nivel local sabemos que el *ealdorman* dirigía varios condados en el plano militar. En cada condado (*shire*) se encontraba un agente real, el *shire-reeve,* que más tarde se convertiría en el *sheriff*. Presidía dos veces al año el tribunal de justicia delante de los grandes propietarios rurales, anunciaba las decisiones reales y recibía las rentas y tributos debidos al rey. Fue el agente principal de la reforma militar decidida por Alfredo. Este creó, como hemos visto, toda una red de burgos fortificados. Cada uno debía ser construido y luego defendido con la ayuda de los habitantes del país. El *sheriff* fijaba las contribuciones de cada cual en función de su riqueza. Finalmente, en virtud del *fyrd,* análogo a la hueste franca, el rey tenía el derecho de convocar a todos los sajones al servicio militar anual. Para obtener un ejército permanente, prefirió reclutar la mitad de cada contingente dos veces al año, durante tres meses. Además, para resistir a los daneses, hizo construir una flota de guerra, utilizando las técnicas de los marineros frisones. Finalmente, también aquí, los hombres libres fueron más o menos obligados a entrar en la encomendación de un señor propietario territorial (*thane*), forzado también a cumplir unas obligaciones militares.

En Danelaw o en Islandia, el elemento dominante siguió siendo la asamblea de hombres libres, es decir de los guerreros.

Los reyes escandinavos solo eran jefes de guerra sometidos a estas asambleas. En Islandia, la asamblea lo dirigía todo: la *Althing* fue así el primer «parlamento» europeo.

A la manera de los reinos irlandeses, la Bretaña, casi siempre independiente en los siglos VIII, IX y X, conservó un gobierno estrictamente local. Cada parroquia (*plebs*) era dirigida por un noble de familia antigua, el *machtiern*. Como en Escocia, residía en un dominio donde tenía su corte (*lis*). Allí ejercía funciones judiciales y recogía los impuestos romanos convertidos en consuetudinarios. Por otra parte, no ejercía funciones militares como en las islas, pero a partir del 830 un bretón de la región de Vannes, Nominoé, convertido oficialmente en *missus dominicus* de Luis el Piadoso, intentó edificar un poder central. En el 845, tras haber derrotado a Carlos el Calvo en Bailón, hizo independiente a la Iglesia bretona creando una metrópolis eclesiástica en Dol. Instituyó y nombró condes y *missi dominici*. Sus hijos, Erispoé y Salomón, se proclamaron reyes. Vivían rodeados de fieles, guerreros privados que les servían a la antigua manera céltica. Pero su esfuerzo por imitar la monarquía carolingia fue interrumpido por las invasiones escandinavas, y la Bretaña continuó de hecho viviendo bajo la dirección de sus *machtierns*.

Por el contrario, en Galicia y en Asturias, el reino neovisigodo continuaba las prácticas gubernamentales del reino de Toledo. Nada cambió, ni siquiera el viejo impuesto romano, el *tributum*, que seguía cobrándose. Solo desapareció la moneda, mientras que las necesidades de la guerra omnipresente concentraban todos los poderes en manos del rey. La monarquía se hizo pronto hereditaria en lugar de ser electiva. El príncipe estaba rodeado de gardingos que le habían prestado juramento de fidelidad. Todos los hombres libres le debían el servicio militar. El rey les daba armas o bien les pagaba concediéndoles una tierra del fisco (préstamo). Nombraba condes que tenían bajo sus órdenes sayones y merinos. Estos eran amovibles y administra-

ban justicia en función de las leyes del Fuero Juzgo de Recesvinto. Incluso la Iglesia se hallaba totalmente en manos del soberano. Del 755 al 1037, más de cien monasterios fueron fundados por los reyes asturianos. Nombraban obispos e incluso creaban obispados sin intervención de Roma. En resumen, el aislamiento de la monarquía y la necesidad continua de encontrar hombres para luchar en el *fossatum,* la zona fronteriza desertizada que la separaba del Islam ibérico, hicieron que los reyes cristianos hispánicos creasen un sistema mucho más centralizado y mucho más obedecido. La nobleza no tenía tiempo de implantarse en sus tierras. El clero meditaba sin cesar sobre las innumerables miniaturas del Apocalipsis. Una sociedad sin clases, bajo la dirección de un rey guerrero al frente de campesinos-soldados, luchaba por su supervivencia.

El régimen político del Imperio Otónida también se parecía mucho al de un gobierno de guerra. Como hemos visto, no hacía más que imitar y reutilizar el programa y las estructuras administrativas carolingias. Otón I, iletrado hasta los treinta y cinco años, guerrero y cazador, como Carlomagno, desplazó el Estado carolingio a Germania, indiscutible progreso para una región que solo había conocido el régimen carolingio en estado puro en Sajonia. Ya Enrique el Pajarero había inaugurado su reinado con el lema *Renovado regni Francorum,* renacimiento del reino de los francos. Como Alfredo, fortificó sistemáticamente las grandes abadías, los grandes burgos rurales y hasta ciudades como Ratisbona y Augsburgo. Ampliando el sistema de los que contribuían y los que partían (un solo guerrero por cuatro mansos), prescribió que de cada nueve *agrarii milites* solo uno tendría guarnición en el centro fortificado; sin embargo, los alojamientos de los ocho restantes estaban previstos para el caso de movilización general. Estos guerreros profesionales, dotados de tierras, protegían asila vida de los centros donde se reunían los tribunales del conde, los concilios, los mercados,

etc. Enrique I. al mismo tiempo que hacía un llamamiento al campesinado sajón para luchar contra la caballería húngara, desarrolló progresivamente los *milites armad*, es decir, los hombres a caballo y acorazados. Hacia mediados del siglo X, Otón I y Otón II podían reunir, tan solo al norte de los Alpes, unos quince mil hombres, de los cuales más de ocho mil iban a caballo y acorazados. ¡La proporción de la infantería pasó así, en relación a la época de Carlomagno, de tres cuartos a menos de la mitad! Y esto en un territorio que no representaba más que un tercio del imperio de Carlomagno. Esto permite suponer pues que las tropas del Imperio Otónida eran iguales en número a las de Carlomagno, pero que la inversión a favor de la caballería pesada anunciaba una época diferente, la de los guerreros profesionales. Señalemos finalmente que este ejército estaba aún más estrechamente vinculado al soberano, ya que estaba compuesto, tanto su guardia personal como sus vasallos, por *ministeriales* o *Dienstlehen*, es decir antiguos esclavos encargados de un servicio militar y que ocupaban un manso de aquel. Volvemos a encontrar aquí la tradición germánica primitiva del dependiente de origen servil, tanto más fiel al jefe de la guerra cuanto que le debía toda su fortuna. La fraternidad militar de los tiempos antiguos aún servía para reforzar un sistema carolingio que Carlomagno había querido basar en los vínculos de hombre a hombre. Indiscutiblemente, el instrumento militar en Europa occidental no hizo más que progresar regularmente en número y calidad, hasta el punto de superar las cifras del Imperio Romano tardío.

¿BLOQUEAR LA SOCIEDAD?

«Carlomagno fue traicionado por los hombres», ha escrito con mucha razón Robert Folz. Y hubiera podido añadir: «porque fueron poco numerosos los que comprendieron sus inten-

ciones y las de sus sucesores». En efecto, de todas sus construcciones solo la estructura política fracasó totalmente. Las demás, en particular las de la Iglesia, las de la enseñanza y las de la economía, en parte sobrevivieron. El fracaso político es también incierto, ya que el mejor sucesor de Carlomagno, Otón, supo reencontrar su inspiración. El estudio de los mecanismos mentales que llevaron a la disociación interna del Imperio puede esclarecer este fracaso. En efecto, estallaron incomprensiones y divergencias no solo en cuanto a la obediencia al rey y al emperador, sino también en lo que se refiere a las exigencias religiosas de la Iglesia, tanto más peligrosas ya que implicaban la supervivencia en el más allá. Los grandes rechazos son la clave de la explicación de los desordenados años que van del 850 al 950. El impulso que no había podido desencadenarse dentro del orden imperial estalló entonces en el orden local, el del feudalismo.

La obediencia al más próximo

Carlomagno esperaba fortalecer la obediencia de todos sus súbditos a través del viejo juramento de fidelidad de los ciudadanos romanos. Las múltiples modificaciones del texto, las campañas de explicación de los *missi*, la introducción de la cláusula «obedecer como un hombre obedece a su señor» demuestran por el contrario el fracaso constante de esta práctica. La causa del rechazo era la impresión subjetiva de que el rey no tenía más remedio que pedir esta promesa porque era débil. También el juramento de fidelidad de los súbditos desapareció, excepto en Cataluña, por ejemplo, donde en el siglo x aún se prestaba este tipo de promesa al conde local.

Más grave fue, con la unión del vasallaje y el beneficio, el deslizamiento de la obligación de servicio del vínculo personal hacia el vínculo real. Bajo la influencia de la noción meridional

de *stipendium* («salario») y de la noción germánica de que todo don es definitivo, la idea de goce temporal de los frutos de una tierra no fue comprendida. En una mentalidad primitiva, acostumbrada a los dones y contradones, la iniciativa venía ante todo del jefe o del poderoso. El intercambio de regalos, bien fuese de los que hacían los grandes al rey a cambio de las partes del botín, o de los *xenia*, capones y huevos que entregaban los campesinos en agradecimiento por la tenencia, era un simple medio de reconocimiento mutuo. Significaba en el fondo que el regalo era un deber, no una gracia o una generosidad excepcional. El aspecto social y contractual del don borraba todo impulso del corazón y no tenía nada que ver con un impulso caritativo, a pesar de que la Iglesia procuraba darle este tipo de coloración. También la tierra se convirtió poco a poco en un regalo definitivo, causa del servicio militar. Por esta incomprensión, el soberano y luego el señor mismo, se hicieron solicitadores del servicio y de la obediencia, cuando normalmente debían ser sus beneficiarios naturales. La Iglesia intentaba hacer del emperador o del rey un personaje intocable y sagrado, hasta el punto de que efectivamente jamás tuvo lugar ningún atentado contra la persona real, pero no pudo impedir que su soberanía se redujese cada vez más. Y aun contribuyó a ello pidiendo, con Hincmar en particular, que los obispos, cuando eran investidos por el rey con el obispado y con sus bienes, ya no fuesen sometidos a la *immixtio manuum*, es decir por las manos, a la manera franca, a la entrega de sí mismos en una relación de inferior a superior. Ciertamente, este rechazo se hacía apoyándose en el axioma evangélico de que nadie puede servir a dos señores, pero de todos modos esto debilitaba el poder real. Desde entonces se asistió a un primer fenómeno de degradación: el rey solo podía hacerse obedecer si concedía favores. En Coulaines, en el 843, se vio obligado a prometer a la Iglesia no despojarla de sus bienes para obtener beneficios, y a los grandes no quitarles sus

cargos (*honores*) de forma arbitraria. Si no aplicaba estas decisiones, los súbditos podían considerarse desligados de su juramento de fidelidad. La inversión entre la obediencia y el don era total. La formulación contractual de igual a igual, de tipo romano, quitaba al rey todo medio de presión, enmascaraba la rapacidad de los grandes y limitaba el poder real mediante la referencia a las leyes de Dios.

Condenado a dar, el rey distribuyó bienes fiscales sin cesar. Después del 840, en efecto, la fidelidad ya no retenía a un solo noble, ni siquiera tras la ceremonia de encomendación, a pesar de ser tan sobrecogedora. Efectivamente, las guerras civiles y los múltiples repartos habían enturbiado completamente el respeto al señor, rey o emperador. ¡En Borgoña, del 806 al 839, los nobles debieron encomendarse seis veces seguidas a un nuevo rey! Y esto únicamente para obedecer las órdenes legales de Luis el Piadoso. En estas condiciones, ¿cómo practicar una fidelidad de por vida? A cada revuelta, el vasallo era convocado a la hueste. ¿A quién debía seguir?, ¿al hijo sublevado, señor directo, o al emperador escarnecido, señor supremo? Casi automáticamente, el vasallo, e igualmente el vasallo del vasallo, seguían al señor más próximo, el que directamente podía quitarles el beneficio si no obedecían. Así, el contrato y el poder directo eliminaban la autoridad suprema a través de la pantalla que constituía el señor interpuesto entre el rey y el vasallo. Así pues, para atraer de nuevo la fidelidad era necesario un nuevo don de tierras. Carlos el Calvo distribuyó a sus fieles, en treinta y siete años, cuatro veces más tierras que Carlomagno en cuarenta y seis años en toda la extensión del Imperio. Carlomán, desde el inicio de su reinado, por miedo a no ser obedecido, concedió tierras a diestro y siniestro, antes incluso de que cualquier oposición se hubiera manifestado. Así, en el siglo X, una vez que el capital de tierras fiscales se había dilapidado y reducido a algunos dominios en la cuenca parisiense, los vasallos se

apartaron de un rey que no tenía nada más para darles. Incluso empezaron a recibir beneficios de varios señores diferentes, última prueba de que la fidelidad se había convertido en una palabra vana.

Juramentos locales

Pero ha de señalarse que estos bienes eran otorgados solo por un tiempo o de por vida, y que si el caso de confiscación injusta era a partir de entonces imposible, las recuperaciones nunca habían sido prohibidas. Ahora bien, ya en el reinado de Carlos el Calvo, los honores del conde empezaron a ser asimilados a sus beneficios. En el 867, cuando quiso sustituir al conde de Bourges, Gérard, y nombrar en su lugar a Effroi, este último fue obligado a apoderarse del condado a mano armada. En ello dejó la vida y Gérard conservó su condado como un bien patrimonial. A fines del siglo IX, ningún conde era revocable. Sin embargo, sus bienes fiscales y sus beneficios habrían podido ser recuperados a su muerte. Pero pronto esta posibilidad desapareció. El linaje del difunto se interpuso e intentó convencer al rey o al poderoso de que era oportuno, por razones de interés bien comprendido, dejar al heredero en las mismas tierras. Desde el 868, Hincmar encontraba normal, para sus vasallos de la iglesia de Reims, «dejar los beneficios, en vista del servicio militar, a los hijos de los padres que han servido bien a la Iglesia…». En el 877, Carlos el Calvo, por el capitular de Quierzy-sur-Oise, que procuraba salvaguardar su derecho de disposición de los *honores* y los beneficios, constataba que en su ausencia, durante su viaje a Italia, era preciso tolerar que los hijos sucedieran a los padres, sin perjuicio de que a su vuelta fuesen confirmados o se hiciesen nuevas nominaciones. Era confesar que la sucesión hereditaria se había convertido en la norma habitual. En efecto, esta se instaló insensiblemente a pesar de algunos retrocesos y se comprende que, en el curso del

siglo X, Luis IV y Lotario lucharan encarnizadamente por conquistar la Lotaringia, donde el fenómeno aún no había aparecido y donde, por consiguiente, habrían podido reconstituir su fisco. El vínculo personal desapareció. El beneficio pasó de manos del propietario a las del detentador. El regalo, recompensa de una fidelidad de toda una vida, se convirtió en la base de un poder político nuevo, el señorío rural. El poder siguió el mismo camino que la tierra. Después de haber pasado del imperio al reino, descendió del rey al príncipe territorial, más tarde al señor del castillo.

Así pues, el vínculo de fidelidad negativa y el vínculo de la encomendación se habían hundido, ya que el primero había sido absorbido al nivel del condado y el segundo se había hecho automático, fuera cual fuera el heredero. Otros dos subsistían. Eran los vínculos de igual a igual y los de sangre. Pero estos también se volvieron contra el Estado. Sin embargo, no implicaban una dependencia del noble hacia el soberano, como la encomendación. Las *convenientiae* meridionales tenían por finalidad establecer la paz o alianzas entre familias nobles, y los reyes, excepto en Coulaines en el 843, no quisieron utilizarlas debido a las condiciones restrictivas que podían comportar. Daban pues ventaja a la aristocracia al invertir los papeles. Lo mismo sucedía con el juramento prestado con la mano para la *trustis*, la fidelidad. Implicaba, como hemos visto, un apoyo incondicional, en la vida y la muerte, para cualquier causa. Si esta guardia personal era privada, como en el caso de los nobles constituidos en *convenientia*, pero con una duración y una intensidad sin límite, la *trustis* podía volverse aún más peligrosa para el poder público. Por esto fue severamente prohibida por Carlomagno. Luego, en Dijon, en el 857, Carlos el Calvo reiteró, probablemente en vano, la misma prohibición, pidiendo a los *missi* que tomaran medidas contra los habitantes que se dedicaban al pillaje, a las mutilaciones, al asesinato, que organiza-

ban *trustis*, mandaban su rebaño a pastar en los prados cercados y devastaban las cosechas. Los esclavos también formaban asociaciones de este tipo, auténticos grupos de presión cuya ley era justamente tener solo la ley que ellos decidieran. Este tipo de agrupación local era totalmente extraña a la noción de bien público. A la organización vertical de la sociedad oponía vínculos horizontales entre los hombres libres de un lugar. El Estado carolingio se apoyaba sobre tales mentalidades sin imbricarse.

Igualmente, prohibió en vano las *ghilde* («guildas») en el 778 y el 884. Estas agrupaciones de juramento mutuo estaban prohibidas incluso cuando estaban destinadas a reforzar organizaciones de socorro mutuo contra el naufragio y el incendio, pues la ley de estos «medios» era radicalmente ajena al Estado cristiano. La Iglesia, en particular, las denunció muy violentamente e Hincmar nos explica por qué eran peligrosas estas *conjurationes*. Sus miembros se reunían en banquetes y allí, después de muchas comilonas y borracheras, se hacían juramentos mutuos de ayuda y promesas de apoyo financiero o físico. De ello resultaban asesinatos o incluso auténticas guerras civiles. Las guildas parecen haber sido numerosas en el norte de Francia. Se perpetuaron en particular en el comercio marítimo, y los escribanos eclesiásticos continuaron denunciando su apego al beneficio, la dureza de corazón y sobre todo la ausencia de cualquier tipo de ley en estas agrupaciones de negociantes que efectivamente solo tenían un objetivo: asegurar el éxito del grupo, pasase lo que pasase. La *trustis* o la guilda solo tenían un imperativo, la supervivencia a toda costa. Eran perfectamente ajenas al nuevo mundo que querían construir los carolingios y que solo podían rechazar.

Retorno a la llamada de la sangre

Más temible aún era el vínculo de sangre. Como se recordará, existían en las sociedades germánicas venganzas sagradas, llamadas faidas, que se perpetuaban de generación en generación sin que a veces las composiciones propuestas, como el *Wergeld*, lograsen parar esta cadena de asesinatos, ya que el linaje herido en su honor podía rechazarlas por respeto a sus muertos. Ahora bien, como la personalidad de las leyes todavía subsistía, con sus tarifas de multas, la paz debía alcanzarse con la ayuda de juramentos mutuos de seguridad llamados, entre los germánicos, *treuwa*, de donde deriva nuestra palabra tregua. Todo esto, en la mayoría de los casos, se arreglaba fuera de las instituciones jurídicas y reforzaba las estructuras horizontales. Si el Estado intervenía para ponerles fin, también allí se revelaba impotente. En Inglaterra, a pesar de las intervenciones de Alfredo para limitar las faidas, el asesinato del *earl* Uhtred por parte de un noble llamado Thurbrand provocó una cadena de asesinatos que solo se detuvo en el 1073, cuando el bisnieto de Uhtred, el *earl* Waltheof, mató a la mayor parte de los descendientes de Thurbrand en Settring, cerca de York. Sin embargo, la faida hubiera podido continuar si Guillermo el Conquistador no hubiera hecho ejecutar a Waltheof en el 1076. Igualmente, grandes familias carolingias se lanzaron también a interminables venganzas. Carlos Martel había tenido, con una concubina bávara de la familia ducal Swanahilde, un hijo llamado Grifón. Este había reclamado, de forma turbulenta y desordenada, una parte de la herencia de su padre. Tras intentar aliarse con el duque de Aquitania, Wifredo, y luego con el rey de los lombardos, acabó por ser asesinado en el 753. Al mismo tiempo, la familia de los Eticónidas perdía todas sus posesiones primitivas, expulsada por Pipino el Breve, en provecho de los Bernard. Ahora bien, los Eticónidas estaban aliados con los Welf de Baviera, que descendían de la familia ducal, la cual, con Tasilón, luchó constantemente contra Carlomagno hasta el 778. Cuando Judi-

th se casó con Luis el Piadoso, la familia de los Welf entró nuevamente en el linaje carolingio. El recuerdo de su antepasado Grifón, privado de la herencia, y de las luchas infatigables de su hermanastra Hiltrude para que el duque de Baviera lo vengase, fue ciertamente la causa de su empecinamiento por obtener un reino para su hijo Carlos el Calvo. Pero el apoyo que le proporcionó el «chambelán» Bernard, de origen carolingio, fue interpretado como una traición por los Eticónidas Hugo y Matfrid, quienes intentaron acabar con Judith por todos los medios. Seguramente se trataba de un gigantesco ajuste de cuentas entre dos grandes familias austrasianas, la de los pipínidas, que había conseguido apoderarse del trono, y la de los Eticónidas, desposeídos de Alamania como los Welf lo habían sido de Baviera. Si esta hipótesis pudiera ser consolidada, ¿la caída del Imperio Carolingio sería solo el resultado de una faida interminable? El linaje habría destruido la dinastía y reducido su legitimidad a un accidente histórico.

Esta permanencia de los antiguos vínculos jurados o carnales explica la contradicción insoluble con el programa aquitano-hispano de Luis el Piadoso, Benito de Aniane, Agobardo y otros consejeros eclesiásticos. Dos mundos y dos mentalidades se enfrentaban. Mientras que, por un lado, dos linajes se lanzaban a una lucha encarnizada por conservar el poder o vengar las esperanzas aniquiladas, por otro, el arzobispo de Lyon, Agobardo, no encontró nada mejor que poner aceite en el fuego con un solemne discurso a los grandes. Con una incomprensión total de la situación, se dedicó, en una paráfrasis blasfematoria de las Lamentaciones de Jeremías, a hacer un ataque particularmente misógino de la mala conducta de la emperatriz, que los otros testimonios no confirmaron. Creyendo defender el Imperio, lo arruinaba aún más. Ofrecía armas inesperadas a los adversarios de Judith y del emperador, quienes además no habían aceptado su nuevo matrimonio. El nudo de víboras se

había vuelto inextricable por la intervención clerical, y las divisiones de los años 830-840, inscritas en esta torpeza. La faida visceral y la abstracción moralizante tuvieron el efecto del azufre en el agua: una deflagración instantánea.

La unión imposible

Podrían ser aportados otros ejemplos de estos rechazos surgidos de psicologías demasiado opuestas. El cambio de pesos y medidas y el lanzamiento de nuevos denarios chocaron repetidamente con oposiciones categóricas de la población. Fue necesario amenazar con los peores castigos a los que se oponían. La prohibición de la usura que, después del capitular de Nimega en el 806, afectó a toda transacción mobiliaria que conllevara un interés, había sido hecha en nombre de los principios evangélicos. El usurero era condenado a una multa de 60 sueldos. Ahora bien, los mismos que en nombre del Deuteronomio condenaban el préstamo con interés, se convirtieron a su vez en prestamistas. Los abades, en particular, prestaban sumas importantes, cayendo así bajo el peso de la prohibición. Esta fue beneficiosa para los campesinos, a los que, si no salvó de la ruina, si al menos de la prisión por deudas, pero fue un impedimento considerable para el comercio y quizás aún más para el alma de los negociantes que se preocupaban por su reposo eterno. Explica al mismo tiempo que bastantes obispos hayan confiado la gestión de sus capitales a administradores judíos. Así, el programa chocó con obstáculos tales que, o bien quedó pulverizado, como en el caso de los pesos y las medidas, que se diferenciaron según las regiones, o bien fue eludido, como ocurrió con la usura, y en el mejor de los casos aplazado en su aplicación, como lo fue respecto al sistema monetario, que se mantuvo.

Queda una última causa del fracaso político que condujo a la fragmentación en principados territoriales: la oposición entre pueblos, que Jan Dhondt ha descrito con el término de «disolvente étnico». Por mi parte, vista la ausencia de unidad racial en muchos casos, prefiero el término de particularismo regional. En efecto, no acabaríamos nunca de citar los clichés mentales de los contemporáneos de los siglos IX y X para definir a sus vecinos. Cuando Luis el Piadoso desconfiaba de los francos del oeste, prefería apoyarse en los germanos, es decir en los sajones, que consideraba buenos, leales y fieles. También Notker de Saint-Gall oponía a este sólido núcleo «los galos (es decir, los francos del oeste), los aquitanos, los borgoñones, los hispanos, los alamanes y los bávaros», que en tiempos de Carlomagno estaban muy orgullosos de poderse vanagloriar del título de «esclavos de los francos». Pero aquel tiempo no duró mucho y la unidad no les sedujo, a pesar de las apelaciones del hispano Agobardo para formar un imperio donde, a la manera del ideal expresado por san Pablo, no hubiera «ni aquitanos, ni lombardos, ni burgundios, sino uno en todos y todos en Cristo». Al «corazón de hierro» de los francos se oponía la necedad de los welchos, la ligereza y la continua propensión a la traición de los romanos. La historia de las relaciones con los aquitanos es particularmente reveladora. Carlomagno a menudo tuvo miedo de que el joven Luis el Piadoso se dejara contaminar por las costumbres insolentes de sus administrados. Temores bastante justificados puesto que Luis volvió a Aquisgrán, en el 814, acompañado de consejeros aquitanos que le hicieron aplicar un programa excesivamente osado para la época y demasiado avanzado respecto a las mentalidades. Por el contrario, las familias francas instaladas por Carlomagno en Aquitania se meridionalizaron muy de prisa, seducidas por el modo de vida muy opulento y refinado de estos romanos. A partir del día en que los francos de Lombardía y Aquitania adoptaron costumbres y

nombres mediterráneos y se pasaron a la vieja Europa abandonando la joven Europa, el ejército carolingio y la concepción de un Imperio franco se hundieron. Igualmente, en sentido contrario, el día en que, pronunciada por Luis el Piadoso, era propuesta la concepción aquitano-hispana de un Imperio igualitario y uniforme, se despertaron los sentimientos germánicos y la oposición a los traidores meridionales. «Los romanos son estúpidos, los bávaros sabios», dice el glosario de Kassel. ¿Y qué decir entonces de los inasimilables vascos o de los obtusos bretones? «Completamente ajenos a toda civilización, propensos a la cólera, tienen costumbres incultas y chapurrean una jerga estúpida», decía Raúl Glaber a principios del siglo XI. El foso cultural entre estos diferentes pueblos fue una de las causas del desmembramiento del Imperio. Se demuestra con el simple hecho de que, después del 930, el rey de Francia occidental no intervino más en el sur del Loira. Cuando, en el 987, el conde de Barcelona solicitó ayuda contra el Islam, en nombre de la antigua solidaridad, a su señor el nuevo rey Hugo Capeto, este ni tan siquiera se tomó la molestia de moverse.

Pero se podría replicar que la fragmentación alcanzó también al núcleo primitivo del Imperio, Neustria, Austrasia, el norte de la Borgoña, donde la centralización, implantada con la ayuda de los *missi*, designados en un puesto fijo, había sido particularmente fuerte. Allí donde las antiguas poblaciones galorromanas se enorgullecían de llamarse «francos», la unidad debió haber subsistido. Sin embargo no fue así, puesto que la aristocracia seguía aún respetando al rey solo en función de sus victorias. La concepción germánica del Estado se desplazó entonces hacia el este, a Sajonia, donde el carisma de la violencia se reencarnó en el linaje de Widukind, el único jefe sajón que había sabido resistir a Carlomagno, familia representada por Enrique y Otón. Entonces, la idea romana del Estado cayó en manos de los aquitanos Girard de Vienne, Géraud d'Aurillac,

Gerberto, y de los cluniacenses, cuyos primeros abades, como Odón, eran también meridionales. El Estado fue todavía para los primeros una propiedad personal y para los segundos un servicio público. La unión fracasada de estas dos grandes mentalidades produjo separaciones que anunciaban sin embargo otras disputas, en particular en el siglo XI, entre papado e Imperio.

¿RENOVAR LA IGLESIA?

El factor principal de la renovación de las instituciones políticas fue el grupo clerical de los intelectuales, auténticos «consejeros de Estado», especie de tecnócratas de un sistema imperial o real. En todas partes encontramos su influencia y su deseo de «bautizar» las estructuras. Cuando los primeros carolingios comprendieron perfectamente que no podían hacer nada sin la Iglesia, y se persuadieron de que debían defender y promover la fe cristiana, ya no se sabe muy bien, en medio de tal imbricación, quién sostenía a quién. En efecto, las reformas de la Iglesia, las misiones o los éxitos intelectuales y artísticos se debían a iniciativas que venían tanto de unos como de otros.

Mezclar la Iglesia y el Estado

Es evidente que la primera serie de concilios, del 743 al 747, que marcó el fin del mayorazgo de Carlos Martel, solo pudo reunirse con su autorización. Primero se solucionó el problema de los bienes de la Iglesia que habían sido cedidos a los vasallos. Frente a las necesidades de la guerra, los obispos aceptaron estas sustracciones temporales de las tierras eclesiásticas, a condición de que el titular pagara un censo de reconocimiento al abad o al obispo propietario del bien, y que este volviese al patrimonio eclesiástico a la muerte del beneficiario. Fue la precaria «por orden del rey». Bonifacio esperaba obtener a cambio

una depuración del clero y el restablecimiento de los arzobispados. Pero los príncipes y los laicos tenían demasiado interés en conservar su poder sobre la Iglesia, como para dejarlo tan pronto. Chrodegang, obispo de Metz (742-766), puso a punto una regla para los sacerdotes que rodeaban a cada obispo en su catedral, los canónigos. Inspirada en los usos de san Agustín, intentaba hacerles vivir en común, en el refectorio y en el dormitorio, haciéndoles atender el servicio de la catedral y los oficios monásticos. Pero fue preciso esperar prácticamente hasta el concilio de Aquisgrán, en el 816, para que esta regla se generalizara y se aplicara en todos los capítulos canónicos. Indiscutiblemente, tuvo como resultado unificar la vida y la cultura espiritual del alto clero. Esta primera generación de reformadores fue relevada por una segunda, con Angilram, obispo de Metz, y Teodulfo, obispo de Orleans, y una tercera, durante el reinado de Luis el Piadoso, donde destaca sobre todo la acción de Jonás, obispo de Orleans, y de Agobardo, arzobispo de Fyon.

Con Carlomagno, las relaciones entre Estado e Iglesia fueron más estrechas. Y hemos visto cómo intentaba dominarla Carlomagno. Efectivamente, como en tiempos del Impero Romano, nadie podía entrar en la clericatura sin su acuerdo. Nombraba todos los obispos e incluso, a veces, los abades. Para obtener un contingente más importante de vasallos, llegó a poner un abad laico al lado del abad regular. Hizo entrar al clero en el vasallaje, obligó a los grandes dignatarios a ir a la hueste con sus contingentes de vasallos, a participar en el tribunal de la asamblea general, a vigilar a los condes nombrándoles *missi dominici*, o incluso a formar parte de la capilla real. Sus capitulares legislaban también para la Iglesia y están llenos de consideraciones de moral cristiana. Por último, Carlomagno presidía los concilios.

Esta penetración recíproca de la Iglesia y el Estado tenía ventajas indiscutibles para la primera. El emperador era el pro-

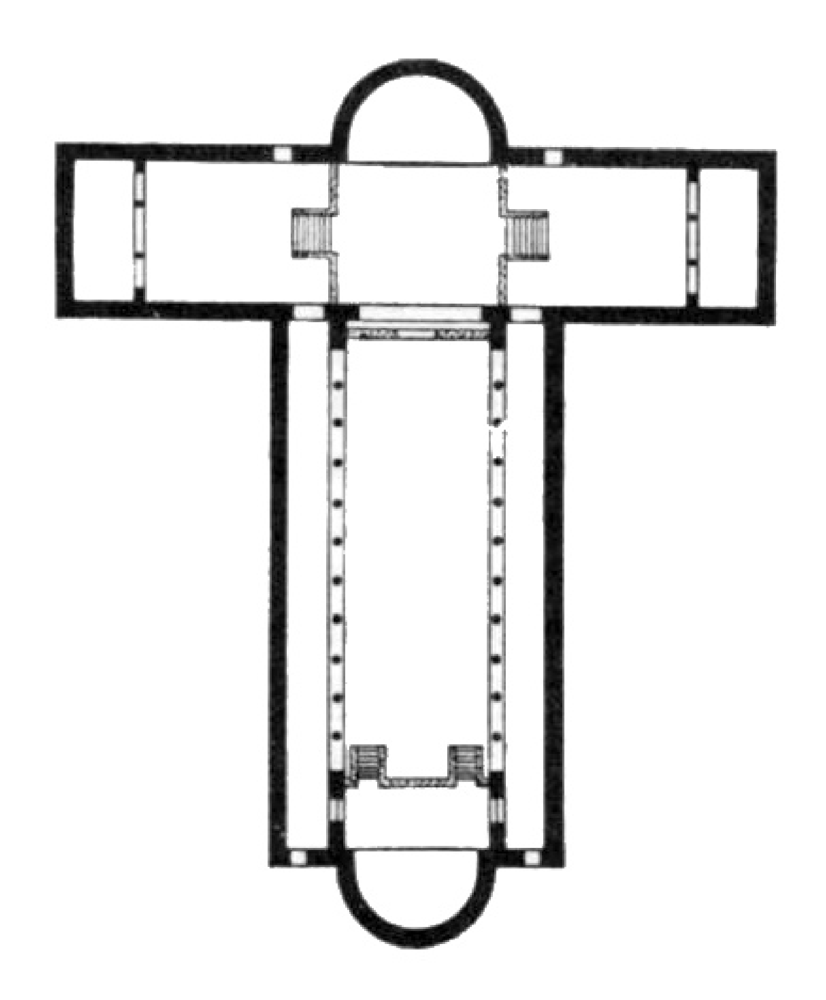
tector normal de las tierras de la Iglesia, a las que otorgaba el privilegio fiscal de la inmunidad y la protección del *ban*. Carlomagno creó el *advocatus* para proteger y descargar al obispo o abad inmunista de funciones que le estaban prohibidas (juicios por crímenes de sangre, etc.). Este laico estaba encargado de ejercer, en los territorios inmunes, las obligaciones del conde. El alto personal clerical estaba así mejor situado para ocuparse de su función espiritual. Cuando, a partir del 814, la reforma episcopal estuvo casi terminada con el establecimiento de dieciséis arzobispados en lugar de las metrópolis desaparecidas al norte de los Alpes, las múltiples funciones del obispo pudieron entonces ser mejor atendidas: visitar cada año las parroquias rurales y las iglesias privadas pertenecientes a los grandes propietarios, ordenar curas párrocos a los esclavos emancipados que estos les presentaban, crear escuelas de chantres y de lectores, vigilar los monasterios, nombrar *jorepiscopoi* si el ámbito episcopal era demasiado extenso, rezar y defender la fe y, por último, asegurar el servicio de la catedral con los canónigos. A partir de la reforma de estos, promulgada en el 816, los ingresos de bienes episcopales fueron divididos en dos partes: la *mensa* (o mesa) episcopal y la *mensa* capitular (o mesa de los canónigos). La segunda *mensa* fue repartida en tantas «prebendas» como canónigos. Cada prebenda estaba calculada para poder mantener y alimentar un canónigo cada año. Finalmente, el obispo emitía una legislación sinodal que estaba destinada a regular la situación de los diáconos y los sacerdotes.

En efecto, el nivel requerido para estos últimos fue mejorado, primero por exigencias precisas en cuanto a su instrucción: saber escribir y leer, conocer el símbolo de los apóstoles, el Padrenuestro, el sacramental gregoriano, los exorcismos, el penitencial, el calendario, el canto «romano», es decir, gregoriano, la *Pastoral* de Gregorio el Grande… en resumen, un mínimo estricto de aculturación. Con sus sermones, el cura del pueblo

desempeñaba un papel capital en la transmisión de las iniciativas episcopales y fortalecía, a través de sus exhortaciones, la obediencia al rey. La estructura eclesiástica, ahí, era mucho más eficaz que la del Estado, porque afectaba en su sede, de forma estática, a todos los campesinos, mientras que el conde y sus subordinados solo podían hacerlo desplazándose. Así, los carolingios hicieron todo lo que pudieron para hacer del cura un personaje más respetado y para facilitar su celibato. Dadas las confiscaciones de tierras por causa de precaria, Carlomagno aceptó, por un capitular del 775, que se diera una compensación al clero. Generalizó una medida esbozada por el concilio de Macón, en el 585: el diezmo. Todas las tierras, incluso las del rey, debían entregar a las iglesias rurales la décima parte de su producción. Un cuarto de este diezmo se enviaba al obispado. Finalmente, en el 827, Luis el Piadoso hizo obligatoria la propiedad, para cada iglesia rural, de un manso con dos esclavos para cultivarlo y satisfacer las necesidades del cura. De esta manera, toda actividad fuera de la espiritual podía serles prohibida.

Si la estrecha alianza de Carlomagno con el clero permitió al obispo desempeñar un papel brillante, esta tuvo consecuencias aún más importantes para el mundo monástico, cuya variedad era infinita a mediados del siglo VIII. El emperador vio, en el monasterio, un medio ideal de dominación, destinado a eludir a obispos recalcitrantes como los de Aquitania, o bien a implantar la fe, sobre todo en Germania. Favoreció las abadías que tenían una misión político-religiosa, como Saint-Denis y Fulda, o que le permitían ser mejor obedecido, como Aniane, fundada en el 782, Charroux, en Aquitania, y Lorsch y Hersfeld, a orillas del Rin y del Fulda. Las transformó en abadías reales, lo que, con la inmunidad, reforzó su estabilidad a pesar de los servicios y prestaciones debidos al rey. En efecto, Carlomagno desconfiaba de los monasterios donde se encerraban hombres

libres, porque esto disminuía su potencial militar. No quería la libre elección del abad y prefería el sistema del abad laico que le permitía, a cambio del disfrute de tierras abaciales, obtener un mayor número de vasallos para la hueste. Pero, al exigir tantos servicios de seiscientos o seiscientos cincuenta monasterios del Imperio, de los cuales doscientos estaban bajo su dependencia directa, Carlomagno tuvo dificultades para unificarlos porque los hundía demasiado en el mundo.



Plano de la iglesia abacial de Fulda.

En Fulda, creación de san Bonifacio, la iglesia abacial fue reconstruida entre 791 y 819. El edificio, de tres naves y presbiterio en hemiciclo, se completaba en el oeste por un importante crucero continuo, ampliamente saledizo, sobre el que se abría un segundo ábside semicircular.

Fue necesaria toda la obstinación de Benito de Aniane y de su protector imperial Luis el Piadoso para conseguir una reforma general del orden monástico. El capitular del 10 de julio del 817 reafirmaba la obligatoriedad de la regla de san Benito en cada convento, masculino o femenino, con el propósito de dar al culto y a la plegaria una primacía absoluta, a costa de las funciones políticas, evangelizadoras o culturales. Esta medida per-

mitía al mismo tiempo prohibir rigurosamente el eremitismo, considerado como generador de anarquía. Efectivamente, esta corriente de piedad individualista fue impedida hasta el siglo X. El trabajo manual volvió a ser obligatorio, la escuela monástica se reservó a los oblatos y la clausura de los monjes fue observada severamente. La reforma se impuso lentamente y con resistencias, en particular a propósito de la libre elección del abad, que repelía a los grandes. También allí, Luis el Piadoso había puesto los fundamentos del programa gregoriano.

La prueba es que Otón acentuó todos los defectos de una Iglesia cada vez más sometida a los príncipes y a los laicos, a pesar de los buenos reclutamientos que hicieron él y sus sucesores. Nombrando a los obispos e incluso a los abades, como Carlomagno, Otón terminó por encontrar ventajoso ceder los poderes del conde a sus excelentes servidores en el interior de su ciudad episcopal: Spira, Magdeburgo, Maguncia, Coire y Colonia. Luego acrecentó los poderes del tribunal episcopal en los territorios eclesiásticos que gozaban de la inmunidad. Después les concedió la percepción de peajes y el derecho de acuñar moneda para evitar el acaparamiento por parte de los príncipes laicos. Por último, dio a los obispos los derechos condales en todo el condado. Estos condes-obispos fueron unos funcionarios perfectos a ojos del rey de Germania. Aseguraban el cobro de los derechos reales por la gracia del privilegio de inmunidad. Aportaban al rey su contingente militar: mil ochocientos veintidós combatientes a caballo de los obispados y mil doscientos de los monasterios reales, ¡o sea, un cuarto del total! Finalmente, cuando morían estos condes-obispos, que carecían de herederos, el obispado y el condado revertían automáticamente en el rey. Este fue el resultado del sistema carolingio: el *Kirchensystem*, un clericalismo que integraba la Iglesia en el Estado, el cual no podía sobrevivir sin ella.

En cambio, allí donde el desmembramiento del Imperio dejó completamente desarmados a los laicos fieles a la reforma inaugurada por Luis el Piadoso, la evolución fue diferente. Tras un tiempo de incertidumbre en que los monasterios y los obispados cayeron en manos de los laicos, nobles meridionales marcados por el ideal de Benito de Aniane fundaron monasterios en los que la elección del abad era totalmente libre. Girard de Rosellón creó, en 858-859, el monasterio de Vézelay, al que puso bajo la autoridad directa de san Pedro de Roma. Igualmente, Géraud d'Aurillac inauguró, hacia el 871, bajo el mismo régimen, el monasterio de Saint-Clément d'Aurillac, que más tarde tomó su nombre. Finalmente, el duque de Aquitania, Guillermo el Piadoso, fundó, el 11 de septiembre del 909, el monasterio de Cluny, con la condición expresa de que las tierras fueran propiedad exclusiva de san Pedro de Roma. Así, a salvo de toda injerencia laica, Bernon, el primer abad, obtuvo la libre elección del abad por los monjes y la supresión de la jurisdicción del ordinario, es decir del obispo de Macón. Cluny vio confirmados sus privilegios de exención por el papa Juan XI. Pero al otorgar el sacerdocio a casi todos los monjes, Cluny abandonó la antigua tradición del laico especialista en la plegaria. Luego, en el 951, el abad de Cluny recibió la autorización para poner bajo su autoridad todos los monasterios que reformase. Los abades Odón (926-942) y Maíeul (954-994) ejercieron una influencia enorme sobre sus contemporáneos, en particular el segundo, por su papel al lado de Otón el Grande. Este último, sin embargo, no aceptó nunca la solución cluniacense que disminuía su potencial militar y administrativo. Las iniciativas de Gerardo de Brogne, abad del monasterio del mismo nombre, que este había fundado para poder ser libre en su propio alodio, y las iniciativas de Juan de Vandiéres, restaurador de Gorze, en el 993, quedaron confinadas a la Lorena. Así se reve-

ló la incompatibilidad entre las dos visiones de la Iglesia que habían tenido Carlomagno y Luis el Piadoso. Para uno, una libertad vigilada y un Estado superior; para el otro, una independencia parcial y un Estado diferente. Debido a ello, sus herederos iban a chocar en el siglo XI.

La exaltación de la fe guerrera

Una oposición idéntica separó a Carlomagno y a Luis el Piadoso a propósito de la misión. Para el primero, el refrán ciceroniano «No hay Estado sin justicia», completado por el comentario agustiniano «No hay Estado sin Dios» que enseñaba solo la verdadera justicia, exigía que no hubiera Estado pagano. Así pues, imponiendo su dominación a los sajones, Carlomagno les aportaba los beneficios de una auténtica estructura política y del verdadero Dios. Todo se sostenía. Con una perfecta buena conciencia, practicó pues el bautismo forzoso utilizando tropas enteras, al mismo tiempo que tenía una creencia sincera en un sacramento eficaz incluso sin el consentimiento de los interesados. El célebre capitular del 785 solo proponía como alternativa el bautismo o la muerte. Fue necesario que Alcuino protestase para que Carlomagno acabara por aceptar el recurso a predicaciones sumarias durante 40 días. Los bautismos siguieron siendo colectivos, pero ya no fueron obligatorios. A pesar de la promulgación de un capitular más suave, en el 795, la percepción rigurosa del diezmo aún provocó revueltas. Fueron necesarios treinta y tres años para aplastar definitivamente a los sajones. Aún se produjeron algunos resurgimientos del paganismo en el 830 y el 842. Al mismo tiempo era fundada una jerarquía nueva. Entre el 785 y el 787, Willehad fundó el obispado de Bremen; en 802-805, Liudger fundó el de Munster; un sajón, Fíat-humar, el de Paderborn, etc. Durante el reinado de Luis el Piadoso fueron añadidos otros cinco obispados. Una nueva metrópolis, Hamburgo, creada en el 804, intentó englobarlos,

pero fue un fracaso ya que Colonia y Maguncia, los otros dos arzobispados, se opusieron. Los monasterios desempeñaron entonces un gran papel en la conversión, en particular la nueva Corbie, Corvey, fundada en el 815 por monjes de la antigua Corbie.

Otro pueblo pagano fue evangelizado: los avaros. Tras un ataque de estos nómadas en el 788, la respuesta fue lanzada en una atmósfera de guerra santa. ¡Al día siguiente de la toma del *ring* todo el ejército ayunó y siguió a las procesiones de los clérigos durante tres días! La misión fue confiada a Arn, arzobispo de Salzburgo, que aplicó las modalidades fijadas y precisadas por un concilio a fin de evitar los excesos cometidos en Sajonia. Efectivamente, todo transcurrió sin incidentes pero, en cambio, Carlomagno, en el 804, prohibió formalmente al frisón Liudger ir a evangelizar Dinamarca, con la cual estaba en guerra. Así se afirmaba una concepción primitiva de la misión, entendida como instrumento de expansión del Imperio.

Con Luis el Piadoso las motivaciones fueron diferentes. La voluntad de dominación política pasa a un segundo lugar en provecho de la conversión en el interior de la civilización circundante. Pero esto implicaba al mismo tiempo que los resultados fuesen mucho más lentos. Además, el miedo a los vikingos paralizó largo tiempo a los misioneros. La ignorancia de su vida provocó fracasos resonantes, sobre todo porque aquellos no veían por qué tenían que convertirse a la fe de los vencidos y a un Dios que se dejaba crucificar pasivamente. En 826-828, Luis el Piadoso había encargado a Anscario acompañar a un rey danés, Harold, hasta su casa. Este se había hecho bautizar para obtener el apoyo político del emperador. Pero fue apaleado por sus propios compatriotas. Con anterioridad, en respuesta a la demanda de sacerdotes por parte de los suecos, en el 823 les había sido enviado Anscario. Luis había creído que los suecos esperaban el bautismo, cuando en realidad querían establecer

lazos comerciales. El misionero fue muy bien acogido en Birka, pero casi no convirtió a nadie. A su retorno, cuando apenas había sido nombrado arzobispo de una nueva metrópolis, Hamburgo, destinada a la creación de una Iglesia escandinava, esta fue quemada por los vikingos en el 845. Retirado en Bremen, intentó en vano mantener los lazos con Birka y murió sin obtener resultados. Todo fue abandonado.

En efecto, era necesario solucionar lo más urgente: la conversión de los daneses instalados en Inglaterra desde el 888, y en Normandía desde el 911. Muy a menudo, estos aceptaban el bautismo para obtener el derecho a comerciar, y así llegaban a recibirlo varias veces. La inestabilidad de estos neófitos era pues el mayor obstáculo. El cristianismo solo se implantó verdaderamente con los esfuerzos del arzobispo de Ruán, Hervé, que utilizó de nuevo los métodos progresivos y prudentes de Gregorio el Grande. Con los escandinavos, el factor decisivo fue la acción de los reyes. Cuando en el 949 el rey de Dinamarca, Gorm, tomó la decisión de convertir a su pueblo, permitió al obispo de Hamburgo, Adalgag, crear tres obispados, Slesvig, Ribe y Aarhus. Harald del Diente Azul, su sucesor, se hizo bautizar con toda su guardia personal. Sin embargo, en Noruega y en Suecia la progresión fue más lenta y hacia el año 1000 estaba lejos de estar terminada, incluso en Islandia, donde aquel año el cristianismo fue aceptado como religión oficial por el *Althing*.

El reino de Francia oriental encontró muy pronto, en el Elba y a lo largo de los montes de Bohemia y de Leitha, a las tribus eslavas paganas. Aunque la historia de estos contactos sea tratada en otro capítulo, es importante ver que ahí reapareció la concepción de Carlomagno. A partir del 874, el arzobispo de Maguncia intentó hacer franquear el Saale a sus misioneros para evangelizar a los sorabos. Pero la resistencia de los eslavos transformó estas tentativas en expediciones guerreras, hasta el punto de que germanización y cristianización fueron a la par.

Pronto los obodritas, los liutizos, los sorabos y los lusacos resistieron ferozmente los ataques de los marqueses de Otón. Este último, en el 937, creó un monasterio en Magdeburgo, lo transformó en obispado en el 955 y luego, en el 968, en arzobispado. Esta nueva metrópolis debía recibir bajo su dependencia otros tres obispados creados en el 947. Pero no duraron mucho. Teóricamente, estaba incluso previsto que Magdeburgo englobara a todos los eslavos, comprendidos los polacos. Pero también allí, el arzobispo, tras el bautismo del príncipe Miesko en el 966, chocó con los deseos de independencia de la nueva Iglesia. Salzburgo sufrió las mismas dificultades con el príncipe húngaro Vaík, bautizado en el 955. Como se puede constatar, la concepción carolingia de una misión imperial e imperialista comportaba la guerra, el fortalecimiento del paganismo, luego su supresión violenta y la sumisión de la Iglesia al Estado. En cambio, la práctica de Luis el Piadoso y sus émulos, más romana y meridional de espíritu, conducía a la muy lenta creación de iglesias locales en una cristiandad pluralista.

Esta ampliación de la cristiandad había sido percibida ya por los contemporáneos de la época de Carlomagno. En relación a la zona romana mediterránea, nació un nuevo espacio geográfico: Europa. Pero adoptó un sentido político y religioso que no coincidía exactamente con la noción de Imperio. Un clérigo irlandés, Catulfo, calificaba a Carlomagno de «jefe del reino de Europa». Nithard, nieto del emperador, declaró hacia el 840 que «Carlos, llamado por todas las naciones el gran emperador, ha dejado a Europa entera saciada con sus bondades». Este concepto de Europa interesaba pues a todos los pueblos cristianos, latinos y romanos, porque según Teodulfo, que hablaba en hispano-visigodo impregnado de fe romana: «Es la Iglesia de Roma quién fija la fe romana». Así, todo europeo era romano en el sentido religioso y ya no político del término, mientras que no europeo era el que no hablaba latín sino griego. El con-

flicto del papa Nicolás I con el patriarca Focio, en el curso de un cisma que duró del 863 al 867, es revelador de este primer rechazo del Oriente cristiano en provecho de una Europa cristiana. Por otra parte, algunos años después, el papa Juan VIII no dudó en tomar el título, en otros tiempos atribuido a Carlomagno, de «rector de Europa». Así se revelaba la naturaleza profunda de una nueva civilización cuya unidad no podía ser política sino religiosa.

Unos límites evidentes

La renovación, es decir, el bautismo de las poblaciones paganas, ¿tuvo éxito? También en este caso las poblaciones del Imperio Carolingio y de los reinos vecinos se comportaron como un Israel testarudo, incluso aunque los francos se enorgullecían de ser el nuevo pueblo elegido. Es difícil enumerar todas las prácticas paganas que tomaron un revestimiento cristiano. Volvamos por ejemplo a las guildas y las conjuraciones. Los banquetes que originaban el grupo eran en realidad ágapes religiosos paganos. Tenían lugar el 26 de diciembre, día de san Esteban, pero en realidad se trataba de un período de doce días, el *Jul*, que empezaba en aquella fecha para englobar la vuelta y el cambio del año. Durante este lapso de tiempo, en que todo acababa y todo empezaba de nuevo, los muertos y los vivos entraban en contacto y se sentaban juntos en la mesa de los banquetes. Eran fiestas, pues, en las que el tiempo histórico quedaba roto, donde la comunión entre los dos mundos se conseguía en el curso de festines sobreabundantes, destinados a excitar la fecundidad de los participantes, y de gigantescas borracheras en las que la embriaguez sagrada ponía a los participantes fuera de sí mismos, en comunión profunda con los demás. ¿Cómo podía rechazarse después de esto el cumplimiento de los juramentos contraídos bajo tales auspicios? El miedo a enojar a los muertos y a sus espíritus hacía entonces realizar a los miembros de la

conjuración actos que parecían insensatos a los clérigos. También estos intentaron en vano cristianizarlos, autorizándolos primero fuera de las iglesias y luego en su interior. Pero aún fue peor, porque las iglesias parroquiales se convirtieron entonces en el lugar de verdaderas bacanales en el sentido pagano y moderno del término. Raoul, arzobispo de Bourges, se vio obligado a prohibirlas severamente en su diócesis y a replicar intentando transformar este sitio eclesiástico en un espacio sagrado.

Se comprende mejor ahora cómo repercutían estas costumbres paganas en los hábitos más cotidianos y por qué los ciento veinte a ciento treinta días de ayuno reclamados por la Iglesia tenían como objetivo bloquear los hábitos alimentarios que provocaban somnolencia, embrutecimiento y, al mismo tiempo, violencias instintivas bajo el efecto del alcoholismo ambiental. El trasfondo pagano estaba siempre cerca de la superficie, detrás de cualquier acontecimiento. ¿Por qué, por ejemplo, en el 834, Lotario I hizo ahogar a Gerberga, hija del héroe conde Guillermo, en un tonel, «a la manera de las hechiceras»? Quizá se trataba de una ordalía: si hubiera salido con vida, entonces habría sido considerada inocente. Esto prueba en todo caso que el emperador, en el cual el partido unitario había puesto sus esperanzas, creía en la existencia de las brujas y en su capacidad de encadenar a alguien (¿Bernard?) con filtros amorosos. Las ordalías estaban efectivamente tan ancladas en las mentalidades que el arzobispo Agobardo, por más que las denunció, encontró para defenderlas, algunos años después de él, a otro obispo igualmente culto pero de origen germánico: Hincmar. Para él, Dios, que había juzgado a los israelitas con la prueba del agua que fue el paso del mar Rojo y castigado a Sodoma y Gomorra con la del fuego, no podía tolerar ser engañado por una vulgar trampa en el curso de una ordalía. Una interpretación fundamentalista de las Escrituras venía así en soco-

rro de una mentalidad pagana cristianizada solo en ciertas zonas del inconsciente religioso.

Esta imperfecta penetración de las novedades cristianas en los espíritus fue facilitada por errores de evangelización. El caso más claro concierne a la noción pagana de lo sagrado. En todos los pueblos de origen indoeuropeo la sacralidad exterior del individuo manifiesta de dos maneras su ambivalencia. En latín, la palabra *sacer* significa «consagrado a los dioses y manchado con una mácula imborrable, augusta y maldita». Es, pues, bastante próxima a la noción de tabú. En cambio, *sanctus* designa más bien al que está protegido de toda profanación por una intervención divina. Esta dualidad existía también en antiguo alto alemán bajo la forma de las palabras *weihs* y *hails*. Esta última no tenía el sentido peligroso de su homologa latina. Significaba «dotado por un dios de buena suerte, salud, etc». Sin embargo, los misioneros anglosajones escogieron, para traducir *sanctus*, la palabra *hails* y no *weihs*. Esta confusión entre sagrado y santo perpetuó el culto al jefe guerrero, sacerdote de su tribu, propietario de lo sagrado. El significante cristiano continuó siendo utilizado e interpretado con un sentido pagano por los fieles germánicos. La aculturación del nuevo sentido cristiano no podía nacerse con esta perpetuación del vocabulario primitivo. El jefe de guerra o el santo permanecían como personajes llenos de una fuerza divina que era preciso atraerse con aclamaciones (*heii*. vida, salud, victoria), sacrificios, ceremonias y plegarias. No debe sorprendernos, pues, que la sacralización del jefe de guerra pudiera mantenerse mucho tiempo en Germania y que permitiera la revivificación del Imperio en el linaje sajón y sagrado de los otónidas.

Toda presencia de algo sagrado exterior a la persona o «poseído» por un individuo fuera de lo común, debía ser exorcizada cuando era mala o bien captada cuando era buena. También las prácticas mágicas y astrológicas continuaron realizándose.

El concilio de Leptines, en el 743, las prohibía todas en un catálogo particularmente revelador… Pero sobrevivieron mucho tiempo, como, por ejemplo, la técnica que consistía en hacer desaparecer un eclipse de luna, acontecimiento particularmente maléfico para la fecundidad de las mujeres. Mientras Rábano Mauro (*h.* 780-856) preparaba un sermón en su abadía de Fulda, una tarde, se alzó un inmenso clamor. «Se oía el bramido de cuernos como si fuera una llamada a la guerra y los gruñidos de los cerdos; se veía gente lanzando flechas y dardos hacia la luna, y otros que lanzaban fuegos al cielo en todas direcciones… Afirmaban que no sé qué monstruo amenazaba a la luna y que si no la ayudaban sería devorada. Finalmente, otros rompían los jarros que tenían en sus casas con el mismo objetivo». Ahora bien, hacía más de cien años que esta abadía había sido fundada. ¡Debería haber irradiado su mensaje como mínimo en las proximidades de sus edificios! Bajo una cristianización superficial, las dos mentalidades, la antigua y la nueva, quedaban estancadas. La prohibición de esta ceremonia mágica ni tan siquiera había sido percibida.

Igualmente, los concilios carolingios protestaron en vano contra los penitenciales. Carlomagno había hecho obligatoria la presencia de un penitencial en la biblioteca básica de cada sacerdote rural. De hecho, eran muy numerosos y las tarifas penitenciales variaban de uno a otro. Por su clasificación de los pecados nos revelan la importancia del perjurio y de los comportamientos paganos, pero por el modo de conmutación de las penas de ayuno a pan seco y agua en número de misas o en moneda, nos muestran cómo el concepto antiguo de un contrato con la divinidad (*do ut des*, te doy una penitencia para que me des el perdón) se mantenía vivo. La gratuidad total del perdón de los pecados era ignorada. Los clérigos de la época de Luis el Piadoso lo percibieron. El concilio de Chalón, en el 813, pidió la supresión de los penitenciales. El de París, en el 829, decidió

quemarlos. Ordenaron la vuelta a la penitencia antigua. En realidad, los penitenciales, que correspondían más bien a una religiosidad aún en el estadio de la pena del talión, continuaron pululando. El único resultado práctico fue la coexistencia de dos penitencias: por un pecado grave, público, penitencia pública, y por un pecado grave, confesado secretamente en confesión, penitencia tarifada según el catálogo de los penitenciales. Este compromiso condujo una vez más a separar dos mentalidades, una consciente de un dios personal pero terrible y otra persuadida de que el poder sagrado podía ser dominado mediante prácticas rituales.

La Iglesia, propietaria de lo sagrado

Una resistencia tal tuvo entonces como resultado convencer a ciertos miembros del clero de que una aculturación demasiado intelectual solo podía fracasar y de que era mejor evangelizar partiendo de esta noción de poder sagrado, utilizando el miedo más que la esperanza y el respeto de la ley escrita. Nadie fue más jurista que Hincmar durante la mayor parte de su episcopado. Pero al final de su vida debió confesar que las ideas romanas de contrato, cosa juzgada, permanencia y universalidad de los principios jurídicos habían fracasado totalmente y no eran todavía comprendidas. Asimismo, hacia el 880, poco antes de su muerte, redactó la vida de san Remigio, un «testamento de irracionalidad». El pedagogo del futuro ya no sería el clérigo intelectual sino el santo protector de los mediocres, de los fieles libres y pobres que escuchaban, y al mismo tiempo el vengador que ponía a los poderosos en su sitio a través de sus milagros de castigo. Efectivamente, el culto de los santos fue el gran recurso de esta sociedad en pleno movimiento atravesada por oposiciones y corrientes contradictorias.

Basta con estudiar las compilaciones de milagros de los grandes santuarios religiosos del Imperio Carolingio para darse cuenta de que las reliquias de los santos habían «recibido de Dios una virtud», en el sentido primitivo de potencia, capaz de eliminar todos los males y de castigar a los impíos. En esta fuerza estaba el origen del milagro. Era, en efecto, característico ver que los milagros de castigo golpeaban a nobles y abades, mientras que las curaciones iban preferentemente a los «pobres», en el sentido carolingio del término. Descubrimos entonces en qué medida las comidas desequilibradas y las raciones alimenticias de más de 6000 calorías provocaban enfermedades a base de avitaminosis o exceso de glúcidos, como las polineuritis paralizantes o la gota. Enfermedades características del tercer mundo actual, el paludismo o el tracoma, causaban estragos. Los desheredados que se arrastraban por el suelo de las basílicas eran, pues, hombres y mujeres que por medio de una penitencia lo esperaban todo del poder de los santos. De esta manera, la Iglesia, con una primera cristianización ambigua, hacía desplazarse la esfera pagana de lo sagrado benéfico o maléfico hacia el mundo de la eternidad divina o santa. Se convirtió en propietaria de lo sagrado, encargándose luego de depurarlo, pero alcanzó así a un pueblo doliente al que hizo pasar del miedo a los malos espíritus a la esperanza en los santos protectores. La aparición de las primeras estatuas relicario, como las vírgenes negras, a partir del 946, muestra, a pesar de su aspecto a los ojos de los intelectuales aún próximo al ídolo, que a partir de entonces la bondad maternal de María introducía la idea de la encarnación de Dios.

¿Hacia una célula familiar más compacta?

El fracaso de una evangelización carolingia formalista enseñó pues las vías intrincadas que era preciso seguir para cubrir el foso entre los clérigos y el pueblo. En otro campo, el clero es-

ta vez no se anduvo con rodeos para hacer triunfar su ideal: la indisolubilidad del matrimonio monogámico. En efecto, las costumbres sociales de origen pagano, la familia amplia y la consanguinidad, aún eran practicadas. En el interior de su parentela, la joven era considerada como un objeto de intercambio con otra familia, lo que hacía difícil la libertad del consentimiento. Además, en las aldeas como en las familias aristocráticas, los matrimonios por endogamia eran muy corrientes. En fin, la vieja poligamia germánica aún sobrevivía, con una mujer libre en un primer rango, concubinas libres *(friedlehe)* de segundo rango y concubinas esclavas. Además, la repudiación de la mujer por parte del hombre a causa de la esterilidad era considerada normal en una sociedad que asumía la fecundidad como una prueba del favor de los dioses. El emperador Carlomagno ofrece el último ejemplo de prácticas poligámicas, puesto que se le conocen cuatro esposas sucesivas, de las cuales la primera fue devuelta, y seis concubinas que le dieron en total dieciocho hijos conocidos. Esto no le impidió apoyar la política eclesiástica que consistía en prohibir los matrimonios consanguíneos hasta el séptimo grado y en luchar contra los raptos. La primera prohibición tenía como objetivo dislocar las parentelas y los linajes y pulverizar finalmente las herencias. También encontró feroces oposiciones y en numerosos casos no fue observada antes de mediados del siglo XI. El rapto, en el espíritu de los contemporáneos, tenía como finalidad evitar la oposición de los padres y convertir el matrimonio en definitivo mediante la consumación de la unión. Esto negaba la igualdad de los sexos y la libertad del consentimiento, proclamadas por todos los textos conciliares. De hecho, aun ahí la voluntad de los padres permaneció como un elemento constitutivo fundamental del matrimonio. Por último, en cuanto a la indisolubilidad, el hecho que más influyó en la época carolingia fue el divorcio de Lotario II, que intentó en vano hacer válida su separación de su

esposa Teutberga, estéril, para casarse con su concubina Waldrade, que le había dado un sucesor. Del 850 al 868 el asunto tomó una mayor dimensión política, puesto que estaba en juego la Lotaringia. Sin embargo, Hincmar y Nicolás I se opusieron claramente al divorcio y el reino, sin heredero legal, como hemos visto, fue repartido. De hecho, esta proeza no resolvió nada. Muchos príncipes y aristócratas siguieron eludiendo la prohibición. En el 887, Carlos el Gordo quiso separarse de su mujer Richegarde, a la que acusó de adulterio. Esta no solo ofreció justificarse, tanto a través de un duelo judicial como de la ordalía con rejas de arado ardiendo, sino también demostrar que aún era virgen. Entonces el emperador afirmó haber padecido impotencia y la relegó a un convento, despreciando las leyes religiosas. Como podemos ver, la sociedad carolingia era un mundo en plena transición, víctima de transformaciones capitales y de reacciones de rechazo brutales. La ley de la Iglesia interfería en las viejas tradiciones, quebraba los conformismos y suscitaba querellas de resultados catastróficos.

El bautismo de la sociedad carolingia por la Iglesia no fue pues total. Del mismo modo que la noción romana de bien público no pudo eliminar completamente la de un Estado propiedad de los vencedores, la Iglesia no pudo inclinar totalmente a las poblaciones hacia la reunión de un pueblo de bautizados. La prueba está en que Hincmar fue el primero en definir la Iglesia como un pueblo de Dios y en que estuvo dispuesto a unirse *in extremis* a la concepción de una Iglesia propietaria de lo sagrado mediante el culto de los santos. El cristianismo estaba obligado a comportarse como cómplice y como adversario del paganismo. Los contemporáneos rechazaron pues el juramento de fidelidad, la relación de superior a inferior, los vínculos verticales en provecho de *trustis* y guildas, poner fin a la venganza o al desprecio hacia los pueblos vecinos, abandonar los viejos miedos y prácticas paganas, y la indisolubilidad del matrimonio

para las mujeres estériles. Todos estos bloqueos acumulados, estos éxitos parciales y estos conflictos fueron el premio de una sociedad que el clero intentaba renovar. La inversión intelectual de tres generaciones de letrados carolingios no fue suficiente para triunfar en un tarea semejante. Es admirable que la empresa fuera intentada, sorprendente que su programa solo fracasara en parte en los aspectos político y espiritual, y revelador que se haya deslizado del plano del orden universal al del orden local, puesto que después del 950 lo volvemos a encontrar intacto, de nuevo en manos de los otónidas, los cluniacenses y los primeros capetos, quienes lo utilizaron para domesticar la violencia y el feudalismo.

UN «RENACIMIENTO»

Si hay un campo en el que la unanimidad de los historiadores de este período se haya producido, este es el de la renovación sistemática de la cultura erudita, el de la reorganización «por arriba» del sector intelectual. Que se trate de una imitación de la Antigüedad, de matices locales a veces, de un asunto de clérigos sobre todo, justifica su débil audiencia entre el pueblo; pero fue uno de los esfuerzos más sorprendentes del siglo IX. Sin embargo, nos exponemos a no comprender su originalidad y sus éxitos parciales si no indagamos profundamente las premisas.

En busca de una nueva cultura

La crisis de la escuela antigua en el siglo VI y la de la Iglesia en el siglo VIII encontraron soluciones que resultaron a la vez de la ruptura con Roma y de la continuidad al escoger la herencia intelectual a transmitir.

Los germanos no fueron, en efecto, únicamente responsables de la desaparición de las escuelas antiguas. Teodorico, en particular, hizo todo lo que pudo por mantenerlas y protegió a los escritores. Justiniano las restauró y prácticamente no desaparecieron hasta el último tercio del siglo VI, incluso más tarde en África. En Hispania y en la Galia, no consiguieron casi superar el principio del siglo VI, pero la enseñanza por medio de preceptor continuó mucho tiempo entre las familias senatoriales. También la península ibérica y la Galia meridional se mantuvieron como centros de cultura clásica romana, incluso en materia de derecho y de técnicas utilitarias: agrimensura, arquitectura, medicina, etc. Pero esta cultura clásica, aún intacta en la España visigótica, en el caso de Julián de Toledo por ejemplo (muerto en el 690), fue privilegio de una élite cerrada, vuelta exclusivamente hacia el esteticismo y la mundanidad. Ello solo pudo exasperar a los monjes preocupados por la cultura espiritual y a los obispos preocupados por la catequesis práctica. Las violentas críticas monásticas contra el paganismo de las letras antiguas junto con las proposiciones concretas de una nueva cultura cristiana hechas por san Agustín condujeron, poco a poco, a preferir el *sermo rusticas* (la lengua simple) al *sermo scholasticus* (el esteticismo de la escuelas) y a proponer la Biblia en lugar de Virgilio como textos de estudio.

Hombres como Cesáreo de Arles (470-542) y Benito de Nursia (*h.* 480-556) rechazaron voluntariamente la escuela antigua para volverse hacia una cultura espiritual. En realidad, el estudio de la Biblia precisaba de un mínimo de conocimientos literarios para comprender las dificultades del texto y, de hecho, las buenas letras antiguas se pusieron al servicio del cristianismo. Los niños oblatos ofrecidos al padre abad por sus padres fueron educados por los primeros monjes en base al aprendizaje de memoria del salterio. La regla de san Benito hacía obligatoria la lectura de las obras de espiritualidad, alrededor de

veinte horas por semana. El conocimiento de los Padres del desierto y de la Biblia debía bastar para todo. Y Cesáreo de Arles fue incluso más lejos, ya que quiso someter a los clérigos de su obispado de Arles a la disciplina monástica según los ejemplos agustiniano y de Lérins.

En el fondo, las escuelas monástica y episcopal nacieron antes de su manifestación oficial. En el 527, el concilio de Toledo, y en el 529, el concilio de Vaison-la-Romaine, decidieron que los jóvenes lectores debían ser educados en cada casa episcopal de tal manera que, una vez que estuvieran bien instruidos, a la mayoría de edad, si escogían convertirse en curas, pudiesen enseñar al pueblo. Parece que incluso se quiso extender estas escuelas a las parroquias rurales. Pero fueron muy raras. En realidad, solo funcionaron las de las ciudades episcopales, y gracias a la personalidad de los obispos, antiguos senadores convertidos en profesores de sus jóvenes curas, estaban mucho más impregnadas de cultura clásica que las escuelas monásticas. A pesar de todo la falta de clérigos era tan importante que poco a poco las exigencias en materia de conocimientos se redujeron de forma continuada. En el siglo VII, las necesidades de la evangelización, que habían agotado los recursos en hombres versados en las Escrituras, llegados de las regiones mediterráneas, dieron paso a un auténtico estiaje cultural. Bonifacio denunciaba la ignorancia de algunos curas, a veces incluso su analfabetismo o su incapacidad de pronunciar correctamente las fórmulas consagradas en latín. Asimismo, mientras las grandes familias laicas germánicas ya habían adoptado la escritura en los testamentos y aceptado una cierta cultura con fines utilitarios, hecha de conocimientos jurídicos y morales, a principios del siglo VIII algunos aristócratas no sabían ni tan siquiera escribir su nombre.

La renovación surgió de la obra de los grandes pioneros de la cultura cristiana, que fue propagada por los monjes celtas y

anglosajones. Presintiendo el retroceso irremediable del griego, Boecio, miembro de una de las más grandes familias senatoriales de Italia, tradujo al latín los principales textos de Aristóteles, la geometría de Euclides y la astronomía de Ptolomeo. Si sus traducciones fueron más tarde indispensables para el ejercicio de la lógica, su *Consolación de filosofía*, escrita en prisión, se convirtió en una obra muy apreciada, impregnada de sabiduría estoica. A pesar de la fe cristiana del autor, esta obra queda como el ejemplo mismo de la cultura moral pagana, desprovista de referencias a Cristo y muy alejada de la que buscaban los monjes. Otro gran funcionario de Teodorico, Casiodoro (480-575), adoptó en su vejez la vida monástica. En su monasterio de Vivarium intentó lanzar el proyecto de una universidad cristiana, pero fracasó. De su obra quedan las *Instituciones*, auténtico manual de las siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música), integradas en tanto que ciencias profanas en el interior de una cultura sagrada. Otro senador, Gregorio el Grande, uno de los últimos que pasaron por la escuela antigua, se convirtió al monaquismo hacia el 573. Fue también un gran letrado, a pesar de sus protestas de ignorancia. Excelente pedagogo, tuvo sobre todo mucha influencia a través de sus *Diálogos*, una vida de san Benito en preguntas y respuestas, y a través de la *Pastoral*, verdadero manual del obispo perfecto o del buen cura. Sea como fuere, no rechazaba las «ciencias exteriores» y las consideraba instrumentos para llegar a la comprensión de la palabra de Dios y de las cosas espirituales. Asimismo, Isidoro de Sevilla (*h*. 570-636) tuvo una formación monástica, pero a sus dotes de exégeta, moralista y teólogo añadió sus cualidades de poeta, epistológrafo, gramático y músico. Compuso una enorme enciclopedia, las *Etimologiae*, que recoge en veinte libros todos los conocimientos científicos de la Antigüedad poniéndolos al servicio de la ciencia cristiana. Isidoro de Sevilla sentó así los fun-

damentos de toda la cultura medieval. Sus manuales fueron utilizados en todas partes y las *Etimologiae* consultadas sin cesar. La nueva cultura estaba ya fundada: era ascética, bíblica, humanística y latina.

Los monjes, propagadores de una cultura espiritual

Pero era preciso que se extendiera, a pesar de la crisis. En estas circunstancias se convirtió en privativa de los clérigos y, en primer lugar, de los monjes. La evangelización de Irlanda tuvo como resultado la transformación de los celtas en latinistas, tanto más cualificados cuanto que debían aprender esta lengua extranjera. Recibieron de Aquitania e Hispania toda la nueva cultura y se lanzaron a la exégesis e incluso al esteticismo. En resumen, muy rápidamente, los monasterios difundieron activamente la cultura, y ya hemos visto cómo los misioneros irlandeses se desperdigaron por el continente. En la Galia y en el norte de Italia las fundaciones de Columbano se convirtieron a su vez en nuevos centros de cultura, en los que la escuela monástica y el *scriptorium* para copiar manuscritos eran los centros de una vida espiritual e intelectual activa. Poco a poco, en Bobbio, en Luxeuil, en Corbie (fundada en el 659) y en Chelles, se percibió que el impulso puramente ascético de los irlandeses iba unido a una preocupación por la cultura religiosa que se hacía más profunda gracias a la influencia de la regla benedictina.

Asimismo, la evangelización de Inglaterra condujo, gracias a las influencias conjugadas de los monjes irlandeses de lona que fundaron Lindisfarne y Whitby y de los monjes romanos que propagaron las escuelas catedralicias y monásticas a partir de Canterbury, a la eclosión de numerosos centros de cultura. Los anglosajones, con Wilfrid hacia el 653, Benito Biscop y muchos otros, adoptaron entonces la costumbre de viajar a Roma para obtener los numerosos manuscritos de Casiodoro elaborados

en Vivarium, sin olvidar las prácticas litúrgicas y el modo de canto romano llamado más tarde canto gregoriano. En el 664, un monje griego y un monje africano, Teodoro y el abad Adriano, fueron enviados a Inglaterra por el papa. Se ocuparon, uno de la escuela catedralicia de Canterbury, y el otro de la escuela monástica de San Pedro y San Pablo. En Wearmouth y Yarrow, en Northumbria, Benito Biscop hizo venir al archichantre de Latran y maestros de obras «capaces de construir a la moda romana». Estas escuelas monásticas de Northumbria, en la confluencia de las corrientes irlandesa y romana, fueron el marco de la vida del mayor sabio de la alta Edad Media, Beda el Venerable (673-735). A los siete años ingresó en Wearmouth, en el 685 se instaló en Yarrow, donde más tarde enseñó durante cuarenta años sin interrupción. Autor de libros científicos, históricos y exegéticos, escribió con una pluma clara y fácil, muy lejos de las oscuridades del esteticismo de los autores irlandeses. Willibrord, que había estudiado en la verde Erin, también estaba marcado por este género, así como Bonifacio. Pero el éxito de Beda fue mucho más grande precisamente por su simplicidad. A partir de entonces las letras insulares, con Beda, crearon un programa de estudios que englobaba claramente la gramática, la poesía y todos los fenómenos naturales, es decir, un embrión de las ciencias naturales o astronómicas. Cuando Beda murió, su discípulo Egbert recibió como oblato al joven Alcuino, nacido hacia el 730, y le transmitió este nuevo programa que había dado a Inglaterra una indiscutible superioridad intelectual. Ahora bien, Alcuino fue, como veremos, el «maestro» de la Europa carolingia.

El retroceso del conocimiento en el continente fue, en efecto, particularmente claro a principios del siglo VIII, sobre todo a causa de la política de secularización de Pipino y de Carlos Martel. Solo una élite de monjes consiguió mantener un cierto nivel. Entonces, monasterios como Luxeuil, Corbie, Saint-De-

nis y, sobre todo, Fleury-sur-Loire entraron en relación con Italia. En efecto, se produjo un cierto despertar de la cultura en Pavía, Milán, Cividale, Luca y Benevento, bajo la influencia del rey Liutprando. En el 715, el futuro Pipino el Breve fue enviado a la corte de Pavía por su padre Carlos Martel. Hacia 670-672, unos monjes llevaron a Fleury-sur-Loire las reliquias llamadas de san Benito, que habían robado en Montecassino, pero también manuscritos italianos. Durante la primera mitad del siglo VIII, los monasterios galos situados al norte del Loira reconstituyeron sensiblemente sus bibliotecas. Sin embargo, los monjes de la Galia del norte eran menos instruidos que los de los nuevos monasterios fundados por los misioneros en Turingia, Alamania y Baviera. En efecto, los anglosajones y sus émulos velaban por poner hombres muy cultivados al frente de sus nuevas fundaciones: Murbach, Wissemburgo, Reichenau, Nieder-Altaích, Kremsmunster, Mondsee y, sobre todo, Fulda, en 744. Por otra parte, en cada caso las concepciones irlandesas y anglosajonas rivalizaban o se compenetraban en las nuevas escuelas.

La apertura de la Galia y de la Germania francas a las influencias exteriores preparaba una importante renovación intelectual y artística. Se sentía ya que los motivos animales, vegetales o abstractos que caracterizaban al arte germánico de las hebillas de cinturón o de las fíbulas tendían a retroceder frente a la reaparición de la escultura en altorrelieve, bien sea en el *tempietto* de Cividale o en las criptas de Jouarre. Las páginas-tapiz de los manuscritos ilustrados de Northumbria, por más que sean puramente abstractas por su práctica del descentrado asimétrico, y resplandecientes de color, no estuvieron por ello menos abiertas a las influencias italianas con la aparición de rostros humanos y drapeados. Igualmente, las miniaturas de los manuscritos de Corbie, Luxeuil y Saint-Denis tienen aún motivos estilizados y sin modelado, pero están impregnadas de un

expresionismo nuevo. Esta mezcla de concepciones germánicas y antiguas o bizantinas se percibe aún mejor en la orfebrería, arte de los reinos bárbaros por excelencia. Las coronas votivas ofrecidas por Recesvinto y Suintila a la catedral de Toledo, las joyas de Monza o la cruz de san Eloy en Saint-Denis, demuestran que el gusto romano por la simetría y la atracción germánica por los colores resplandecientes podían combinarse bien.

Es evidente que gracias a la obra monástica fueron salvaguardados el pensamiento antiguo y la síntesis de las expresiones artísticas romana, gótica o celta. Europa debe, pues, un reconocimiento eminente al puñado de hombres que, antes de la aportación oriental del siglo XI, preservó los legados de la Antigüedad. Pero también es preciso constatar que, privilegiando el objetivo de la conversión dentro y fuera de la romanidad, los escribanos anglosajones, italianos o neustrianos eliminaron sistemáticamente las formas «inútiles» de la cultura antigua, como la lírica, el teatro o la arquitectura urbana con fines sociales. Preservaron, pero poniendo unos cimientos brutos.

La vuelta al orden carolingio

La renovación carolingia, proyecto esencialmente cristiano, se apoyaba en la Biblia y en una cultura humanística que se quería universal. Carlomagno había comprendido la importancia de los monjes como educadores y profesores. Llegado a la edad adulta, «cultivó las artes liberales y, lleno de veneración por los que las enseñaban, los colmó de honores. En el estudio de la gramática, siguió las lecciones del diácono Pedro de Pisa, entonces ya en su vejez. En las demás disciplinas, su maestro fue Alcuino… el hombre más sabio que había entonces. Consagró mucho tiempo y trabajo a aprender a su lado la retórica, la dialéctica y, sobre todo, la astronomía. Aprendió cálculo y se aplicó, con atención y sagacidad, a estudiar el curso de los as-

tros. Intentó también escribir y tenía la costumbre de poner sobre los cojines de su cama tablillas y hojas de pergamino a fin de aprovechar sus momentos de ocio para ejercitarse en trazar letras: pero lo hizo demasiado tarde y el resultado fue mediocre».

Podemos ver hasta qué punto el emperador estaba convencido de la necesidad de renovar los estudios, puesto que él mismo se dedicó a ello. También recogió todas las iniciativas merovingias en este campo. En el célebre capitular *Admonitio generalis*, del 789, ordenó «que en cada obispado y en cada monasterio se enseñen los salmos, las notas, el canto, el cómputo, la gramática y que se tengan libros cuidadosamente corregidos». En los últimos veinte años del siglo VIII se realizó un esfuerzo inmenso. Primero fue preciso, tras la reforma del clero, pasar a la refundición de la liturgia. Carlomagno pidió al papa, en el 774, una colección entera de textos conciliares y decretos pontificios para codificar la legislación eclesiástica en un texto base.

Desencadenó así el auge de un derecho propio de la Iglesia, que más tarde, a mediados del siglo IX, fue reforzado por la colección llamada de las *Falsas decretales*. En el 786, obtuvo del papa Paulo I un sacramental gregoriano que le permitió introducir la liturgia romana y eliminar en el Imperio las liturgias precedentes: galicana, visigótica o irlandesa. De allí surgió toda una revolución musical con la invención de la polifonía. Fue el resultado conjunto de la creación del neuma, signo que permite señalar la altura de un sonido en una partitura, y del tropo, sílaba de un texto situada bajo el neuma. A partir de entonces, una composición musical podía ser conservada por escrito. Así se sentaron las bases del contrapunto melódico, que perduró hasta el *Tratado de la armonía* de Rameau en 1750.

El perfeccionamiento de los manuscritos en los talleres monásticos se tradujo en otros progresos. Algunos escribanos de Corbie pusieron a punto, hacia el 770, a partir de una letra mi-

núscula anglosajona, una minúscula redonda que ahora llamamos «Carolina». Aún hoy en día, a causa de su legibilidad, sigue siendo, desde su reintroducción en la imprenta en el siglo XV, con el nombre de «romana», el carácter básico de todos los tipógrafos. Con esta caligrafía más clara y más agradable fueron copiados de nuevo numerosos manuscritos. Durante todo el siglo IX, los monasterios y las catedrales recibieron la orden de crear escuelas. El concilio de Maguncia del 813 ordenó la creación de escuelas rurales para la formación de jóvenes curas. Poco a poco, sobre todo en el norte de Europa, apareció una red escolar. Esto hizo preciso para cada una de ellas la posesión de Biblias en número siempre importante. Alcuino hizo establecer una, mientras que Teodulfo publicó una Biblia crítica establecida según todas las variantes de los manuscritos subsistentes. Los autores paganos no fueron dejados de lado. Las bibliotecas monásticas de Inglaterra y del Imperio se llenaron entonces de textos latinos clásicos o patrísticos. Alrededor de ochocientos cincuenta autores fueron así escogidos, y muchas ediciones actuales de obras antiguas se basan en manuscritos carolingios del siglo IX. En cambio, a pesar de la afluencia al continente de sabios irlandeses expulsados por los vikingos, muy pocas obras griegas fueron copiadas o traducidas después del 840.

Triunfo del pensamiento erudito

Lo más sorprendente es que este redescubrimiento del latín clásico se operó cuando esta lengua incluso ya se dejaba de hablar. El concilio de Tours, en el 813, ordenó a todos los sacerdotes predicar en lo sucesivo «en lengua romance rústica o germánica». El francés antiguo o el alto alemán estaban pues ampliamente difundidos en esta época. Al mismo tiempo que aparecían los primeros textos en lengua germánica, el catalán empezaba a diferenciarse del futuro castellano. En la Galia se pro-

dujo un fraccionamiento lingüístico entre las lenguas del norte del Loira, que fueron más tarde denominadas «lenguas de *oil*» (que se debe pronunciar *oui*, ya que es así como se asiente en francés), y las más próximas al latín, que se llamarían occitanas o lenguas de *oc*. Así, las lenguas europeas aparecen netamente constituidas en el momento en que el latín empezaba su desarrollo como lengua muerta universal. Esto corresponde al nacimiento de una Europa compuesta por varios reinos pero unificada por una misma cultura cristiana. En cada una de las nuevas lenguas nacía al mismo tiempo otra tradición, principalmente guerrera. En efecto, Carlomagno ordenó poner por escrito los poemas épicos germánicos. Desgraciadamente, no ha subsistido nada de ellos. Circulaban epopeyas en lengua romance, transmitidas por vía oral, de generación en generación, como la célebre *Chanson de Roland*. Existía toda una cultura popular de iletrados, pero de ello no nos ha quedado nada.

Así, los clérigos tenían casi el monopolio de la cultura letrada erudita. Aprendían a leer con el salterio, a escribir con la gramática y a redactar bien con la ayuda de la retórica. Las demás materias del *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y del *quadrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música) eran poco o nada enseñadas. Pero esto era suficiente para que los escritores que tomaban la pluma progresaran de generación en generación, aunque todos fuesen hombres de Iglesia. Las obras pedagógicas de Alcuino, la *Historia de los lombardos* de Pablo Diácono, los poemas de Teodulfo y los *Anuales* redactados en los monasterios eran obras de clérigos. El único laico de su generación que escribió, Eginardo, ha dejado una biografía clásica de Carlomagno, llena ciertamente de giros estilísticos tomados de Suetonio, pero de gran valor histórico. En la segunda generación, durante el reinado de Luis el Piadoso, los frutos de este renacimiento intelectual se hicieron más originales. Las obras de reflexiones políticas de Jonás de Orleans, Agobardo o

Adalardo, los poemas religiosos de Walafrid Strabon o de Sedulio Scoto, las cartas bien escritas de Loup, abad de Ferriéres, muestran una mayor madurez y un buen dominio del humanismo antiguo. La *Historia de los hijos de Luis el Piadoso*, de Nithard, es la obra histórica de un laico preocupado por la autenticidad y la exactitud. Por ejemplo, optó por insertar en su texto un documento coetáneo de capital importancia: los juramentos de Estrasburgo, del 842. Los progresos fueron tales que la destrucción de bibliotecas por parte de los vikingos no obstaculizó en nada este renacimiento.

Escritura semiuncial

Escritura llamada de Luxeuil, siglos VII-VIII

Escritura az de Laon, siglo VIH

Escritura merovingia documental

Precarolina italiana, siglos VIII-IX

Carolina minúscula

Escritura Carolina de la **Biblia de Amiens**

La tercera generación de letrados carolingios, después del 840, constituye el apogeo de este renacimiento y supera am-

pliamente a las precedentes. La teología renació, después de tres siglos de silencio, con las polémicas que opusieron a Rábano Mauro, abad de Fulda y luego arzobispo de Maguncia, y al monje Gottschalk, acusado de creer en la predestinación de la salvación solo para ciertos fieles y no para todos. Este lejano precursor del jansenismo fue condenado en el 845. Un irlandés, Juan Scoto Erígena, tradujo a partir del original griego los textos de Pseudo-Dionisio el Areopagita y creó la reflexión filosófica cristiana con su *De divisione naturae*, gran síntesis acabada en el 866, de tendencia neoplatónica, que no parece haber sido demasiado comprendida por los contemporáneos. El pensamiento político se precisó aún más con la obra de Hincmar, arzobispo de Reims del 845 al 882, a través de sus cartas y su *De ordine palatii*. Hombre de acción, pastor y jurista, Hincmar dejó una obra capital para la definición de la Iglesia, considerada un pueblo de Dios, que no tenía nada de gregoriana. Hizo de Reims, gracias a la biblioteca y a la escuela que desarrolló, un centro intelectual e histórico, particularmente al escribir la tercera parte de los *Anuales* llamados de Saint-Bertin. Reims se pareció a Fulda como centro de desarrollo de un pensamiento político y literario que apoyaba a la monarquía. Por otra parte, en el siglo XI, Reims fue ilustrada por el analista Flodoardo, por el historiador Richer, apasionado por Salustio, y sobre todo por Gerberto, monje de Aurillac, quien, tras haber hecho sus estudios en Cataluña, enseñó en las escuelas de Reims del 972 al 980 y del 983 al 997. En efecto, Gerberto fue el primero en superar la herencia intelectual carolingia y así abrió una nueva época.

Al mismo tiempo, no hay que olvidar la penetración de las reformas escolares carolingias en Germania. En Lorsch, Wurzburgo, Reichenau y Saint-Gall fueron copiados nuevamente numerosos manuscritos antiguos. Excepto en Fulda, la expansión intelectual aún no se manifestó en el siglo IX, porque la

aculturación estaba solo en su primera generación. En Saint-Gall, en particular, Notker el Tartamudo (muerto en el 912), autor de una vida novelada de Carlomagno, y Notker el Hocicón (muerto en 1020), el único que hizo traducciones en alto alemán de Boecio, Catón, Virgilio, Terencio y Aristóteles, eran famosos maestros de escuela. En Corvey, Widukind (925-1004?) escribió las *Res gestae saxonicae,* obra histórica escrita en un latín bastante bueno que describe los grandes hechos de la dinastía otónida. Es muy curioso observar que, después del reinado de Otón I, este renacimiento se efectuó primero en la lengua vernácula y luego en latín. El mismo fenómeno tuvo lugar en Inglaterra, donde el rey Alfredo hizo traducir al anglosajón la Biblia, la *Pastoral* de Gregorio el Grande, obras patrísticas, especialmente la *Historia contra los paganos* de Paulo Osorio y, sobre todo, la *Historia eclesiástica* de Beda. En el siglo XI, las obras pedagógicas de Aelfric (*h.* 955-1020), una gramática latina y el *Coloquio,* diálogo entre un maestro y un discípulo, de Byrhtferth, el célebre *Enchiridion,* demuestran que los escolares ingleses poseían a menudo un mejor latín que el de sus condiscípulos del continente. En cambio, la obra del obispo Liurprando de Cremona (muerto hacia el 970), la *Legado,* historia apasionada de su embajada a Constantinopla, nos revela la importancia y la calidad de los laicos cultivados, en la Italia lombarda. En este país no se planteaba el problema de la lengua vernácula ya que el latín aún no se había convertido en el italiano. Pero en Cataluña y Asturias, las guerras interminables relegaron la cultura al interior de los claustros, sin que surgiera ningún escritor de talla. En resumen, el renacimiento cultural carolingio no se debilitó nunca y continuó enriqueciéndose hasta el punto de permitir una nueva expansión a partir de fines del siglo X.

Primeros inicios de un arte europeo bajo el ropaje antiguo

El renacimiento cultural carolingio fue notable sobre todo en el campo artístico, especialmente en la arquitectura. Pensemos en el considerable número de construcciones religiosas y laicas realizadas durante los cuarenta y seis años del reinado de Carlomagno: ¡doscientos treinta y dos monasterios, siete catedrales y sesenta y cinco palacios! El culto a las reliquias y la adopción de la liturgia romana requerían nuevos tipos de iglesias y monasterios. Las soluciones se encontraron bien en las iglesias merovingias, bien en la basílica constantiniana de San Pedro de Roma o bien compulsando el tratado de arquitectura clásica de Vitrubio. Entre las nuevas fórmulas cabe señalar la aparición de criptas, especie de construcciones con bóveda, medio enterradas, destinadas a contener los restos de un santo, y la occidentalización de las iglesias. Se añadieron mausoleos en la cabecera y se idearon santuarios-tribunas, para la celebración de las Pascuas, en el primer piso de las torres de la fachada. Así nacieron las iglesias de doble ábside: Saint-Gall, cuyo célebre plano fue imitado sin cesar; Saint-Denis, Colonia, Fulda o incluso las iglesias precedidas de un imponente macizo occidental *(Westwerk)*, especie de crucero coronado por una torre y dos torrecillas, como en Saint-Riquier, Corvey, Lorsch, Reims, etc. La obra maestra es evidentemente la capilla de Aquisgrán, construida del 790 al 796, a partir de la cifra ocho, por el arquitecto Eudes de Metz. Él fue quien ideó, con tres siglos de anticipación, el arbotante interior para sostener el tambor que soporta la cúpula. Por su plano y su simbolismo recuerda los palacios bizantinos, el Santo Sepulcro de Jerusalén y el baptisterio de San Juan de Letrán en Roma o la iglesia de San Vital en Ravena.

Este arte carolingio, que quería parecer antiguo, hacía alternar el mármol de color y la piedra blanca tallada en cubos con el ladrillo largo, como en la puerta triunfal de Lorsch. Fue transmitido sin ninguna ruptura a Germania gracias al notable

edificio que es la segunda abadía de Corvey, construida del 873 al 885, con su célebre *Westwerk*. Las primeras iglesias otonianas continuaron utilizando sus propias fórmulas, diversificándolas, por ejemplo en Minden (913-952) o bien, en Francia occidental, en Cluny II (955-981). Si hacia el 960-970 fueron construidas nuevas iglesias, estas eran indistintamente carolingias y románicas. Tampoco en este sentido se perdió nada.

Las otras artes habían seguido también esta expansión. El interior de las iglesias estaba adornado con mosaicos de fondo dorado, como el que subsiste en Germigny-des-Prés, o con frescos que cubrían todos los muros, como en Saint-Germain de Auxerre o bien en Saint-Jean de Mustaír. La escultura reapareció en semiplano sobre los canceles, luego en altorrelieve en las estatuas. El trabajo del marfil y de los metales preciosos permitió la creación de cálices y relicarios con una decoración suntuosa destinada a crear una impresión de poder fuera de lo común. Pero el arte más logrado fue el del libro. La influencia antigua, y particularmente la helenística, hizo reaparecer la tercera dimensión en los manuscritos de pompa, escritos con letras de oro o plata sobre fondo púrpura del taller de Aquisgrán. Después del 814, la dispersión de los artistas por los centros de Saint-Denis, Tours, Reims o Metz permitió la manifestación de temperamentos poco comunes. Los plumazos agudos del autor del *Salterio de Utrecht* o las atmósferas atormentadas de gran intensidad, como las del miniaturista del *Evangeliario de Ebbon*, revelan que el arte figurativo ya había conquistado un lugar de primera fila, muy por delante de los manuscritos que perpetuaban la tradición abstracta irlandesa en Saint-Bertin o en Saint-Amand. Y aun allí, los manuscritos otónidas pintados en Reichenau, Tréveris, Echternach o Colonia, a pesar del hieratismo adoptado de Bizancio, constituyen innovaciones carolingias. Las bases del arte occidental acababan de ponerse: sentido de la

línea y del volumen, juego de colores, rechazo del arte por el arte y afirmación de una grandeza divina y humana.

En este balance de la renovación carolingia está pues inextricablemente mezclado lo político y lo religioso, lo romano y lo cristiano. Conducidas por tres generaciones de clérigos, las dinastías carolingias e incluso otónidas hicieron reposar sus construcciones políticas, religiosas, intelectuales y artísticas sobre la ley laica y la ley religiosa. Reencontraron el sentido romano del Estado modificando el derecho de *ban* germánico con la llamada a la moral cristiana. Construyeron el Imperio con la ampliación de sus tierras fiscales y la práctica de continuas operaciones guerreras. Introdujeron el vasallaje en el Estado. El empirismo de un Carlomagno preparó las medidas más radicales de un Luis el Piadoso, mucho más favorable a la Iglesia que su padre. Esta última, protagonista esencial de la renovación, fue de hecho la única estructura que dio al Imperio, así como a los otros reinos europeos, un alma común y una organización común que tuvo el mérito de alcanzar a las poblaciones mucho más profundamente que los agentes locales del poder real. Por eso, Carlomagno y Otón lo hicieron todo para someterla, mientras que Luis el Piadoso creyó más justificado darle una cierta libertad. La continuación de la misiones más allá del Imperio permitió esta distinción entre el Estado y la Iglesia y la aparición de la noción de Europa. La unidad ya no pudo lograrse mediante la uniformidad política, sino a través de una cultura común. La generalización de las escuelas monásticas y catedralicias y la adopción de una cultura basada en la Biblia y el humanismo antiguo, transformaron los espíritus e hicieron entrar definitivamente a la Germania en el concierto europeo. Finalmente el renacimiento artístico, con sus numerosas construcciones, comprendidas las de la España cristiana y las de la Inglaterra sajona, demuestra que a partir de modelos antiguos se difundieron auténticas innovaciones para satisfacer las exi-

gencias litúrgicas. El programa de renovación mediante el bautismo fue pues muy real. Carlomagno y luego Luis el Piadoso lo orientaron en direcciones diferentes. Pero ambos no hicieron más que sistematizar y coordinar las soluciones descubiertas en el momento de la crisis merovingia. La continuación y la ampliación de las novedades de fines del siglo VII caracterizaron la evolución social y económica de los hombres que hicieron posible los renacimientos carolingio y otónida.

Capítulo 11
LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA

(siglos VI-IX)

En diversas ocasiones, los letrados carolingios intentaron reflexionar sobre su sociedad. Tras haber definido su programa y su objetivo, consideraron, empleando un viejo esquema de san Agustín, que tres grupos formaban toda la humanidad en marcha hacia Dios: los clérigos, los monjes y los laicos. Los primeros dirigían, los segundos oraban y los últimos, casados, trabajaban según la tipología bíblica de Noé, Daniel y Job. Podemos leer estas distinciones en las obras de Teodulfo, consejero de Carlomagno, y de Rábano Mauro, preceptor de Carlos el Calvo. Dos laicos también las proclamaron: el emperador Luis el Piadoso y el escritor Ermoldo el Negro. Este cómodo esquema, ¿corresponde a la realidad de su tiempo? De entrada, es indispensable intentar precisar, aunque solo sea aproximadamente, el número de hombres y su evolución en este período. Entonces aparecerán los conflictos entre sacerdotes y monjes, entre poderosos y pobres, entre libres y esclavos, en resumen, todo un mundo en plena evolución, fluido y difícil de captar. Este mundo atravesaba por los inicios de una mejora de la producción agrícola y de los métodos de labranza, por una renovación urbana, por la apertura de nuevos circuitos comerciales y por el desarrollo de la economía monetaria. Todo esto lleva pues a reconsiderar las causas del hundimiento del Imperio Carolingio, en función de los últimos hallazgos y en relación a los fracasos y éxitos de las monarquías bárbaras.

LOS HOMBRES

A pesar de la ausencia de cifras y documentos precisos es posible, sin embargo, señalar algunos rasgos generales de la evo-

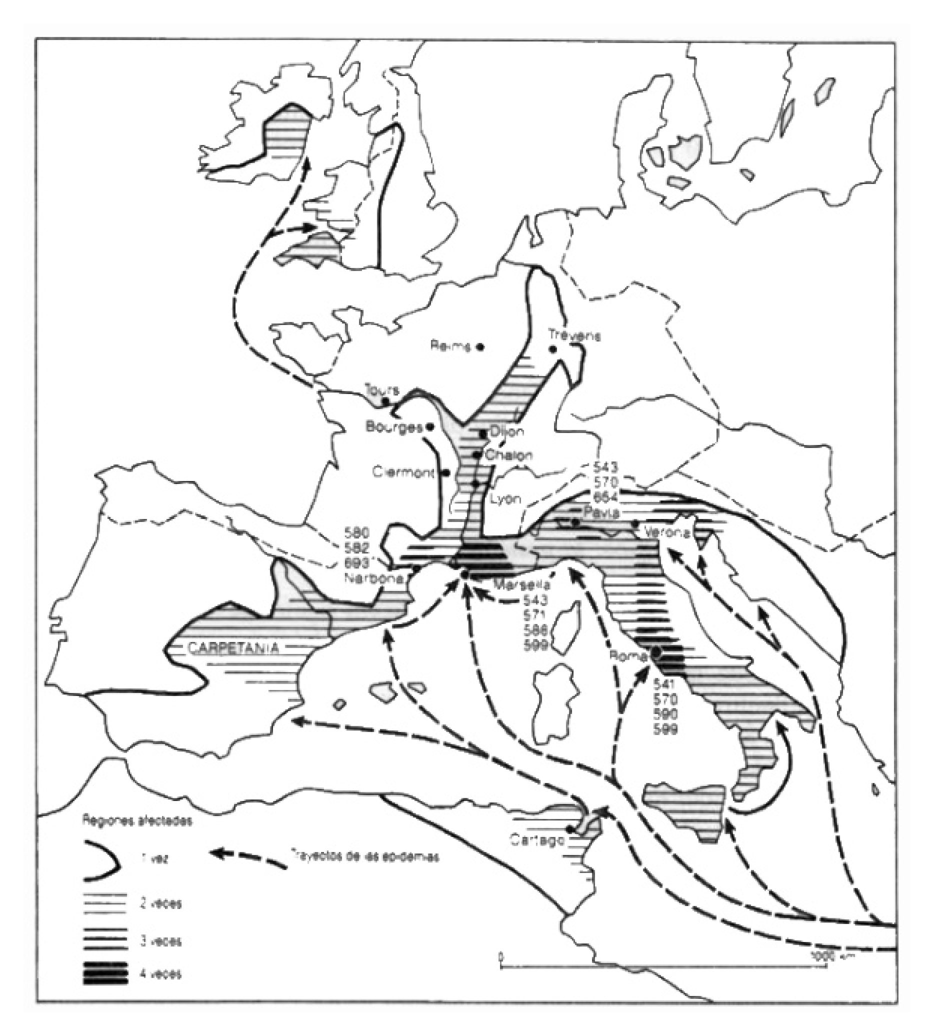
lución de la población durante los primeros siglos de la Edad Media. Las guerras y las invasiones del siglo V, según todas las evidencias, afectaron seriamente a las ciudades y al campo, ya sea por las masacres de África y Gran Bretaña, por ejemplo, ya por la sujeción a esclavitud, especialmente en la Galia y en Italia, o bien, por último y sobre todo, por las hambrunas que aparecieron en casi todas partes y que numerosos cronistas señalan en la Galia, Hispania e Italia, en el 409 y el 411. En Italia, en particular, la del 450 fue calificada de «muy obscena», hasta el punto de que los padres vendían a sus hijos como esclavos para procurarse alimentos.

Por otra parte, hemos visto que el escaso número de invasores no era suficiente para llenar los vacíos. Quizás solo la Bretaña armoricana sacó provecho de una emigración constante de bretones insulares y vio aumentar su población hasta alcanzar posiblemente los trescientos mil habitantes. Pero aparte de este caso, la subalimentación dejó a la población totalmente indefensa ante una calamidad venida de Oriente; la peste bubónica, que hizo su aparición ya en el 442 en Italia, la Galia e Hispania. Este primer aviso pasó desapercibido, pero con las malas cosechas de fines del reinado de Teodorico y con la llegada de tropas bizantinas en convoyes regulares desde Constantinopla, Alejandría y Cartago, el azote venido de Oriente se desencadenó brutalmente en el 542.

Un gran choque demográfico: la peste del siglo VI

Esta primera gran peste de la historia medieval siguió las mismas rutas marítimas que más tarde seguiría la de 1348; alcanzó simultáneamente la Iliria y África, y después toda la Hispania oriental y meridional. En el 543, contaminó la Toscana y la llanura del Po a través de Roma, mientras que por Marsella remontó el Ródano y el Saona; luego descendió por la margen

izquierda del Rin para detenerse ante las puertas de Reims y de Tréveris. En el 544 llegó incluso a las costas de Irlanda y del País de Gales. Una segunda oleada irrumpió en el 559 en Istria y Ravena, en el 570 rebrotó en Ostia y Génova, y en el 571 en Marsella, alcanzando esta vez la Auvernia, el Berry y la Borgoña. Una tercera ola epidémica tuvo lugar en 580-582 y en 588-591. Hispania oriental fue asolada hasta Toledo inclusive; después afectó a Cataluña, la Narbonense y la región de Albi, y nuevamente a Marsella y al valle del Ródano, excepto Lyon. Volvió desde Antioquía a Ravena e Istria y contaminó Italia central hasta Roma. Al mismo tiempo, la disentería había afectado a toda la cuenca parisiense. Una cuarta oleada, en 599-600, afectó los mismos territorios italianos, Marsella y África. Luego la virulencia del bacilo pareció atenuarse. En el 654, únicamente la Provenza, el Lacio y Pavía fueron contaminados. En el 664, un foco anglosajón se desencadenó hacia el sur de la isla e irradió hasta Northumbria, el País de Gales e Irlanda. La peste reincidió en 682-683. En el 694, la Narbonense experimentó aún una reaparición de la epidemia. En el 746 y el 767, finalmente, Sicilia y el sur de Italia fueron alcanzadas por última vez.



Trayectos de las epidemias de peste en Occidente, siglos VI-VIII.

En conjunto, a la inversa de su homologa de 1348, la peste «justinianea» probablemente causó menos muertos porque penetró bastante poco en el interior del territorio. El mapa muestra que estaba vinculada a las grandes rutas comerciales más frecuentadas, en particular a los ríos, y que no progresó más allá de los puntos de intercambio. Los puertos y las ciudades debieron pagar un fuerte tributo a la calamidad, la cual al mismo tiempo se enquistó perceptiblemente en las zonas rurales, a excepción de la península italiana, donde el hambre ya había

provocado el vacío con anterioridad. En efecto, según Procopio, en 538-542 hubo cincuenta mil muertos a causa del hambre en el Picenum. En cuanto a los doscientos obispados de la península, sesenta desaparecieron definitivamente; es evidente que la peste terminó lo que el hambre había empezado. No debió quedar nada en Carpetania (la Mancha española), Auvernia e Italia, donde hacía 590-591 se abatió la langosta en densas oleadas. En resumen, a excepción de Aquitania y la Hispania atlántica, todo el viejo mundo romano urbanizado fue asolado por la peste. Esta ruptura demográfica disminuyó la población y benefició a los bereberes, a los vascos y a los bretones, que empezaron entonces a descender de sus montañas hacia las llanuras vacías o bien a salir de su territorio para expandirse a costa de las monarquías visigótica y franca. Favoreció pues el retroceso de la civilización romana, en beneficio de la barbarie indígena. En las islas afectó mucho más a los celtas que a los anglosajones y permitió a estos últimos reemprender su avance. Además, como casi nunca alcanzó a los países germanizados o germánicos, favoreció especialmente a los lombardos, que desde el 568 entraron en una llanura del Po cuya población estaba diezmada y luego se infiltraron fácilmente en la península. En el trascurso del siglo VII, grupos tribales eslavos, encuadrados por los avaros, se instalaron a lo largo de los cursos de agua de la costa occidental del Adriático, en el ducado de Benevento «en tierras que habían permanecido desiertas hasta esta época», tal como hicieron los búlgaros en la Pentápolis. En resumen, mientras que la península italiana estuvo disminuida durante todo el siglo VII e incluso aislada del resto de Europa bajo los golpes de los lombardos, en otras partes, en particular al norte del Loira, en Galicia, Aquitania, Baviera e Inglaterra, pudo producirse la recuperación demográfica. Entre el Rin y el Mosela, cerca de Coblenza, el cementerio de Rübenach-Krefeld muestra cómo la población local se duplicó del siglo VI al VII.

Demográficamente hablando, el centro de gravedad de la población se desplazó de la Europa mediterránea hacia el norte de la Europa continental, que no fue alcanzado por la gran peste.

Mientras este desfase en provecho de los países germánicos se aceleraba, especialmente en el Mosa y el Rin inferiores, las peculiaridades regionales se acentuaron. Al oeste del Escalda, en particular, las poblaciones permanecieron diseminadas. A fines del siglo VII, los campos de la ciudad de Thérouanne estaban aún vacíos cuando dos irlandeses, Lugle y Luglien, la atravesaron. Igualmente, los habitantes de la llanura del Po solo empezaron a aumentar en número después del 700. Una de las raras regiones meridionales que experimentaron un incremento de su población fue la cordillera de los Pirineos, la Narbonense y Aquitania. La primera causa de esto fue la persecución de los judíos por parte de los reyes visigodos, que les hicieron afluir a las llanuras del bajo Languedoc. La segunda fue la ocupación musulmana de Hispania y las recaudaciones consecutivas de impuestos. Los cristianos hispano-visigodos se refugiaron entonces en las cordilleras Cantábricas; luego, tras la gran hambre de 749-750, en los Pirineos, en sus flancos septentrionales, casi en los límites meridionales de las Cévennes y a menudo incluso más lejos. Esta emigración de hecho solo se detuvo después del reinado de Carlomagno. Asimismo, el abandono de las ciudades romanas del levante hispánico y la débil ocupación beréber que le siguió explican la insuficiente ruralización y la aparición de la piratería a partir de pequeños puertos de la costa, a falta de otros recursos. En la vertiente pirenaico-vasca, del Adour al Garona, la red urbana también desapareció, a falta probablemente de población local o de aportes del exterior. Un fenómeno idéntico debió producirse en las costas centrales de la península italiana. Quizá sea preciso incluso fechar en esta época el abandono de las llanuras irrigadas del Lacio que tomaron entonces el nombre de marismas pontinas.

Dicho esto, allí donde las últimas investigaciones permiten afirmar que la curva demográfica se recuperó, los aspectos propiamente humanos de esta recuperación deben ser tomados en consideración a fin de comprender bien su naturaleza. En este sentido, el cementerio galo-romano, luego merovingio, de Frénouville (Calvados), cuyas tumbas van del siglo ni al VII, es particularmente revelador. Mientras que el poblado galo-romano estaba habitado por 250 personas, durante los tres siglos merovingios su cifra osciló entre 1100 y 1400. ¡El número de habitantes, como mínimo se había quintuplicado! Como la presencia de anglosajones es difícilmente discernible y el número de guerreros poco importante, es casi seguro que estos aldeanos pacíficos aumentaran en número durante el siglo VII Pero esto se produjo siempre en condiciones muy próximas a las del tercer mundo actual. La esperanza de vida al nacer era muy débil, apenas de treinta años, y la mortalidad infantil muy fuerte; de un cuarenta y cinco por cien. En la época merovingia la longevidad media se situaba alrededor de los cuarenta o cincuenta años para los hombres, pero solo alrededor de treinta a cuarenta años para las mujeres. Natalidad y mortalidad debían ser muy elevadas: cuarenta y cinco por mil de media en los dos casos, pero en realidad fluctuarían según incesantes variaciones recíprocas. Todo permite suponer, pues, una recuperación demográfica delicada, con ausencia de célibes y con matrimonios desde la pubertad. Además, esta fragilidad debía ser incrementada por una clara consanguinidad, como lo demuestran la evolución de los diámetros horizontales de los cráneos y ciertas taras en número superior a la media. Todo este aumento demográfico, aparecido en el siglo VII, pero mucho más claramente en el siglo VIII, podía peligrar al menor acontecimiento militar o con el primer pillaje.

Esta lenta recuperación después del choque de la gran peste justinianea tuvo, como hemos visto, consecuencias en la ocupación del suelo. Sucesivamente se desarrollaron grandes zonas boscosas en las tierras abandonadas y luego aparecieron algunas roturaciones. Fue el caso de la región entre el Rin, el Mosela y el Eifel, así como de la baja llanura del Po. Cuando los bosques alcanzaban los llanos borgoñones, los valles del Auxerrois experimentaban el fenómeno inverso. Una vez que las treinta y pico parroquias instaladas en las antiguas *villae* galo-romanas quedaron arruinadas, se crearon otras a lo largo del valle del Loing, a partir del siglo VII, según un itinerario nuevo, e incluso a veces la planicie forestal se vio afectada. Pero al final, una vez recuperado el terreno perdido, el progreso fue débil. Los resultados de los análisis polínicos efectuados en la Bélgica media y en las Ardenas apuntan en el mismo sentido. Desde principios del siglo V, árboles, helechos y zarzales progresaron a costa de los prados y los cultivos. Estos últimos reaparecen en los siglos VI y VII, pero hacia el año 700 se produjo un fuerte empuje de las hayas y los alisos. Luego vuelven a ser numerosos los pólenes de plantas cultivadas. Aquí, el fin de la época merovingia representaría quizás un retroceso temporal de los cultivos, ocurrido antes de que los pipínidas, auténticos dueños de aquellas regiones, donde se han localizado noventa grandes dominios agrícolas que les pertenecían a lo largo del Mosa, transformaran definitivamente el país tras su victoria de Tertry en el 687.

Inglaterra, después de la reocupación de ciertas tierras cultivadas en época romana y del bloqueo de la conquista, experimentó también un inicio de la roturación en el curso del siglo VIII. Este nuevo desarrollo de la colonización anglosajona a partir de una vieja inmigración sería detectable, según algunos historiadores ingleses, gracias a los raros topónimos acabados en *inga* que se encuentran en Weald, Cambridgeshire y East

Anglia. Pero los análisis polínicos no conducen a los mismos resultados que en el continente. En cambio, el estudio arqueológico de los *terpen* frisones demuestra que, a pesar de las transgresiones marinas, la Groninga y la Frisia incrementaron su población regularmente y que, por falta de espacio para cultivar o para producir forraje, se volvieron cada vez más hacia el comercio marítimo. El proceso fue, pues, rigurosamente opuesto al de las costas del levante hispánico. Es un buen ejemplo del cambio del equilibrio en provecho de la Europa del norte. En resumen, este primer empuje de la población y de la roturación se observa claramente en Inglaterra, la Galia del norte y la llanura del Po.

Así, la crisis demográfica de los siglos V y VI produjo una ruptura perjudicial sobre todo para el área mediterránea urbanizada, luego una lenta recuperación que empezó en el siglo VII y que se aceleró en el siglo VIII en las tierras de la Europa germánica y germanizada. Pero esta recuperación era aún demasiado débil, especialmente para justificar la preeminencia austrasiana o sajona.

Las desigualdades carolingias

En el siglo IX, el paralelismo con la época merovingia permite captar mejor algunas características de la evolución demográfica. Un primer hecho salta a la vista: la ausencia de epidemias. La peste había desaparecido por mucho tiempo. El hambre solo aparecía tras una inundación o una sequía. Desde el 751 hasta el 840, solo se cuentan tres hambrunas, luego aumentaron con las invasiones y las guerras civiles: ocho en cincuenta años. Igualmente, en Italia, el hambre solo reapareció en el 859, el 872 y el 940, y la plaga de la langosta lo hizo en Germania en el 877. Pero muy frecuentemente los autores de los anales califican exageradamente de hambrunas a simples escaseces que se

reducían a coyunturas difíciles. En el 779, Benito de Aniane suprimió una supuesta hambre distribuyendo carne. Indiscutiblemente, el aumento demográfico debió continuar hasta mediados del siglo IX.

En algunas regiones, uno de los factores de este incremento fue el aflujo de inmigrantes. Los mozárabes, conmovidos por la derrota de Zaragoza, en el 778, y aplastados tras sus inútiles revueltas en Córdoba, en 850-859, y en Bobastro, en 850-928, tomaron por costumbre dirigirse al reino asturiano, a Cataluña y al sur del reino de Aquitania. Allí fueron bien acogidos, como lo testimonian los preceptos de Carlomagno del 802, renovados por Carlos el Calvo en el 884. Pudieron instalarse en las tierras desiertas de Septimania, y esta emigración duró hasta fines del siglo IX. Asimismo, en Inglaterra, la construcción de grandes murallas de tierra, alineadas a través de valles y colinas, como el *Dyke* de Offa, demuestra que la población había sido suficientemente numerosa como para roturar bosques de gran extensión. Los frisones, que abandonaban sin cesar sus *terpen,* ciertamente también se encontraban estrechos en su territorio. Anglosajones y daneses, al otro lado del mar del Norte, imitaban sus técnicas poniendo en cultivo las marismas de Wash y los *Fens* de East Anglia. Finalmente, los movimientos de colonización vikinga ciertamente acrecentaron las poblaciones locales de Danelaw y Normandía. En Islandia, fueron alrededor de veinte mil personas, señores noruegos y esclavos irlandeses mezclados, las que colonizaron la isla a fines del siglo IX. A estas pruebas de aumentos locales de la población se añaden indicios de densidades de población rural interesantes.

A partir del estudio del políptico de la abadía de Saint-Germain-des-Prés, Ferdinand Lot estima que la densidad media de estos dominios era en la cuenca parisiense de veintiséis a veintinueve habitantes por kilómetro cuadrado. Otros historiadores, que han estudiado el políptico de Saint-Bertin (844-859),

atribuyen a partir de estos documentos densidades de treinta y cuatro habitantes por kilómetro cuadrado al territorio situado entre el Yser y las laderas del Artois, de veinte habitantes en una zona más al norte, de nuevo doce en los alrededores de Lille y de cuatro en el valle del Mosela. Del mismo modo, se ha calculado que la zona de los *terpen* frisones tenía, hacia el 800, veinte habitantes por kilómetro cuadrado en las arcillas marítimas, para descender hasta cuatro en las arenas del sur del Drenthe. El estudio del políptico de Saint-Rémi de Reims (hecho del 845 al 882) aporta idénticos datos. Un burgo rural como Viel-Saint-Rémy tenía cincuenta habitantes por kilómetro cuadrado; dominios como Villers-le-Tourneur, veinticuatro; Sault-Saint-Rémi, cuarenta y cinco, y Courtisols, quince. Cuando a estos territorios cultivados se añaden todas la dependencias, la mayoría situadas en pleno *saltus*, evidentemente las densidades caen respectivamente a treinta y siete, trece, veinticinco y quince habitantes por kilómetro cuadrado. En resumen, en la Champaña seca, a mediados del siglo IX, es posible avanzar como cifra de densidad media en las tierras cultivadas una treintena de habitantes por kilómetro cuadrado, y en las tierras incultas una decena. Estas estimaciones, que se apoyan en documentos de la práctica dominical, no pueden ser puestas en duda seriamente, porque probablemente los polípticos pecan más bien por defecto que por exceso en el recuento de campesinos, con la reserva, es cierto, de que podamos estar seguros de la superficie que cubren. Demuestran que se realizó un indiscutible progreso en relación a la Antigüedad tardía, en las mismas tierras catastradas, procedentes de la herencia familiar de Saint-Rémi, ya que la cifra del siglo V, de ocho trabajadores agrícolas por kilómetro cuadrado, había sido superada y que el índice ideal de dieciséis braceros fijada por el agrónomo Columela ¡se había doblado! Revelan, finalmente, la diferencia de uno a tres que separaba a las zonas del *saltus* y las del *ager*. La población

de la época carolingia, estaba, pues, formada por un entramado de pequeños villorrios muy poblados en medio de grandes territorios más o menos incultos.

Como podemos ver, zonas más cultivadas que otras atraían a la población. A principios del siglo X, la vertiente catalana de la montaña pirenaica estaba totalmente superpoblada, con densidades que alcanzaban, a más de mil metros de altitud, como mínimo los dieciocho habitantes por kilómetro cuadrado. Igualmente, la alta Lombardía y el Piamonte estaban más ocupados que los Apeninos y la baja llanura del Po. A fines del siglo IX, la llanura del Limagne estaba claramente saturada. En resumen, a partir de esta gran irregularidad geográfica de la expansión demográfica, especialmente nítida en la cuenca parisiense, Picardía, Flandes, el eje del Mosa y la región de Colonia, no es arriesgado proponer algunas hipótesis sobre la población total del Imperio. Para un millón doscientos mil kilómetros cuadrados, se han propuesto alrededor de quince millones de habitantes. Ferdinand Lot calcula de catorce a quince millones, pero para la superficie actual de Francia. Jan Dhondt, en cambio, no atribuye más de tres millones al mismo territorio, setecientos mil en Germania y la misma cantidad en Inglaterra. Sin embargo, no olvidemos los diecinueve mil funcionarios y los cincuenta y dos mil soldados con que podía contar Carlomagno. Más vale, pues, aceptar los quince millones como un mínimo seguro y quizás suponer un total de dieciocho millones, a razón de diez habitantes por kilómetro cuadrado para las tierras incultas (75 por 100 de las tierras) y treinta para las tierras cultivadas (25 por 100). Así, la población del Imperio Carolingio sería ligeramente superior, teniendo en cuenta su menor superficie, que la del Imperio Romano tardío, que era, según se cree, de veintiséis millones.

Todo esto, una vez más, es solo una aproximación, igual que la de los demógrafos ingleses que atribuyen al Imperio Otóni-

da, en el siglo X, alrededor de diez millones de habitantes. De todos modos, un hecho es absolutamente cierto: la interrupción de este crecimiento demográfico después del 840, y probablemente hasta el 950. Los estudios sobre el abandono de aldeas muestran que el fin de la colonización agrícola en el Eifel se sitúa a mediados del siglo IX. Hasta el 972, las *razzias* de los sarracenos ciertamente vaciaron la Provenza oriental de su población. En el 867, nueve mil cristianos del Benevento fueron llevados esclavizados, en seis barcos musulmanes, a Trípoli de África y Alejandría. Los esclavos capturados por los vikingos en sus *razzias* acabaron sus días en Islandia, Noruega o bien en Dinamarca. Las mujeres desnudas, atadas por los cabellos en fila india a los carros húngaros, poblaron las planicies del Danubio. Al mismo tiempo, los esclavos y la mano de obra agrícola huían de los vikingos para escapar de sus manos. Un capitular de Carlos el Calvo reconocía que valía más que se escondieran en los bosques de los alrededores. En el 853, un éxodo general afectó la Neustria, a causa de los saqueos de bretones y daneses. No olvidemos tampoco las masacres debidas a las guerras civiles. En el 841, en Fontenoy-en-Puisaye, varios miles de soldados habrían caído muertos. En el 923, Rodolfo de Borgoña y Berenguer del Friul chocaron en la llanura del Po: quinientos combatientes de la caballería pesada, miembros de las más grandes familias, quedaron, según se nos dice, en el campo de batalla. Flodoardo nos indica el número preciso de muertos en cada *raid* de los vikingos: mil doscientos normandos muertos en el sitio de Clermont-Ferrand en el 923, mil trescientos cerca de Étampes en el 925, mil cien en Fauquembergue en el 926. Semejantes pérdidas ciertamente detuvieron el crecimiento de la población, y los desplazamientos intensos de mano de obra agrícola redujeron el cultivo de los suelos.

Un clero rico y dividido

En un mundo tan diverso como el de la Europa cristiana de los siglos VIII y IX, atravesado por este claro despertar demográfico, ¿podía la sociedad ser clasificada, según el lecho de Procusto de la antropología espiritual, en clérigos, monjes y laicos? Sí, en la medida en que, justamente, clérigos y monjes se oponían; no, en la perspectiva siempre presente de una violencia que separaba a los laicos en dos grupos: los que poseían la seguridad material o política, es decir, los esclavos y los nobles, y los que no tenían ninguna influencia ni protectores, los hombres libres y todos los que formaban parte solo de pequeños grupos. Del mismo modo, la división social vigente en Sajonia o entre los daneses y los suecos, que oponía de manera severa a los nobles (*edhelingi*) que debían gobernar, a los libres (frilingi) y a los esclavos (*lazzi*) que debían obedecer, no se correspondía en absoluto con la realidad que se vivía, ya que los *status* sociales cambiaban muy rápido y nadie estaba seguro de conservar el suyo, sea porque deseara cambiarlo, sea porque le expulsaran.

Hemos visto la fuerza y el poder del clero. El concilio de Aquisgrán del 816 clasificaba la fortuna de las iglesias según el número de mansos que poseyeran. La primera categoría poseía de tres mil a ocho mil mansos, la segunda de mil a dos mil, y la tercera agrupaba las instituciones más pequeñas, de doscientos a trescientos mansos. La catedral de Augsburgo tenía mil quinientos siete mansos, la de Ratisbona mil cien. En cambio, monasterios como Wissemburgo, Lorsch y Saint-Gall poseían cada uno alrededor de cuatro mil, ¡y Luida llegaba hasta los quince mil! Los monjes de Lontenelle (Saint-Wandrille), que se quejaban de haber sido despojados por los carolingios, oficialmente eran señores de al menos cuatro mil mansos. Un «pequeño» monasterio como Saint-Bertin alcanzaba ya, con doscientos cincuenta y cuatro mansos, solo para el uso de los monjes, ¡una superficie de más de diez mil hectáreas! Alcuino fue abad a la vez de Lerriéres, Saint-Loup de Sens, Saint-Josse, Flavigny,

Cormery y Saint-Martin de Tours. Se le reprochaba que fuera amo de más de veinte mil esclavos. Además, la impresión de una desproporción entre los bienes de las catedrales y los de los monasterios, es corroborada por las diferentes cargas que soportaban las primeras. Aparte del servicio de hostelería para los viajeros, de ayudar a los pobres y de la escuela para los oblatos, los monjes desempeñaban menos tareas de asistencia que los canónigos de las catedrales. Todos los servicios creados en época antigua y merovingia: *xenodochia*, matrícula de pobres, derecho de asilo, tribunal episcopal, etc., siguieron recayendo sobre ellos, mientras que sus propiedades territoriales eran inversamente proporcionales a sus necesidades, sobre todo en comparación con las de los monjes. Se comprende que en estas condiciones los obispos carolingios practicaran prodigiosas argucias jurídicas para someter completamente a los monasterios. El célebre asunto de los documentos falsos de Le Mans, donde el obispo intentó en vano poner a Saint-Calais bajo su autoridad, es revelador de la aspereza de estos conflictos, de los cuales el rey y los grandes se aprovechaban a menudo para obtener un beneficio material. Así, a pesar del hecho de que los bienes episcopales estuvieran en el límite de la supervivencia, como lo demuestra la obstinada actividad epistolar de Hincmar destinada a recuperar sus tierras, no existía ninguna solidaridad entre seculares y regulares. Por otra parte, hemos visto cómo utilizaba Carlomagno en Aquitania a los monasterios contra los obispados. El privilegio de exención obtenido por Cluny en el 910 fue, en parte, un resultado de esta lucha para sustraerse al obispo.

Aparición de la aristocracia guerrera desde el siglo Vil

Las aristocracias, desconocidas entre los vencedores pero poderosas entre los vencidos, se impusieron a principios del siglo VIII. ¿De dónde procedían? Es inútil extenderse en el mante-

nimiento y la supervivencia de las grandes familias senatoriales que, al monopolizar los obispados meridionales, redujeron el número de sus miembros por falta de herederos numerosos, y mantuvieron su fortuna e incluso la aumentaron mediante fructuosas alianzas con las familias reales. En el caso de los germanos, la lenta desaparición de las asambleas de hombres libres en provecho del *officium palatinum* del consejo del rey o de la asamblea de los grandes, demuestra que habían aparecido familias nobles. En el caso de los pueblos más arcaicos, lombardos y anglosajones, esta nobleza era una auténtica aristocracia de sangre. Estas familias siempre podían aspirar a la monarquía, como los *aethelings* en Kent o los *ealdormen* en otros reinos. En Lombardía, los duques fueron capaces de suprimir la monarquía durante diez años y, luego, de hacerle frente constantemente. En la Hispania visigoda y en la Galia merovingia, la nobleza de sangre fue menos importante porque muy rápidamente, gracias a «las escuelas de cuadros» que eran las cortes reales, apareció una nobleza de función, ya no igual sino inferior al rey. Bien recompensados con tierras por sus señores, estos nobles debían, como los guerreros y todos los súbditos, prestarle un juramento de fidelidad, análogo al de los antiguos legionarios romanos. Pero su sed de tierras y su voluntad de poder no fueron detenidas por esta barrera demasiado ligera. Chindasvinto y Ebroín decapitaron en vano a los principales cabeza de fila de estos nuevos linajes. En la Galia, especialmente, la conjunción de tres noblezas, galo-romana y borgoñona en la zona mediterránea, franca en el norte, condujo a la formación de un grupo de presión que sacó partido de su fidelidad, desde el 614, con el edicto de Clotario II contra la concesión automática de funciones públicas en el condado de residencia.

Era preciso pagar los servicios de los «compañeros» del rey convertidos en importantes cargos de función. En la Galia, el rey merovingio era el mayor propietario territorial de toda

Neustria, Borgoña del norte y la parte occidental de Austrasia. Mientras que en tierra hispánica o en la Galia meridional la distinción entre propiedad y posesión permanecía clara, no ocurrió lo mismo en el caso de los francos, que consideraron todo salario como un don perpetuo y todo cargo como un bien propio. Al igual que los anglosajones y los lombardos, consiguieron conservar las tierras fiscales mezcladas con los regalos reales o con el botín que habían recibido. Solo el rey lombardo bloqueó el proceso de desaparición de su fisco en la mitad del camino, ampliándolo con sus conquistas del siglo VIII. Consiguió formar una clientela propia, pero no logró demoler las de los duques. En la Galia merovingia, a medida que las tierras fiscales pasaban a manos de los poderosos, estos adquirieron al mismo tiempo el privilegio de inmunidad que las caracterizaba. Las ventajas de estos bienes, que estaban exentos de toda intervención de los administradores públicos, fuera del control de los intendentes reales (*domestici*, al servicio del «mayordomo de palacio») y libres de todo censo del Estado, fueron otorgadas junto con las tierras a los nuevos propietarios. Estos aprovecharon la circunstancia para someter más rigurosamente a los esclavos y colonos, y empezaron a sustraer importantes masas de la población rural al rey.

Llegó un momento en que el fisco real fue insuficiente para responder a las demandas. Hacia el 600, el rey Recaredo encontró una solución: arguyendo que las tierras eclesiásticas eran roturaciones efectuadas en tierras públicas y que él era el protector de la Iglesia, atribuyó a un duque una parte de los bienes territoriales de un monasterio, como salario por sus funciones militares. Dagoberto lo imitó en seguida, en el 630, e ingresó en su fisco numerosas tierras monásticas o episcopales, para entregarlas en usufructo a sus soldados. Cuando aparecieron los principados, el método se generalizó y los pipínidas hicieron lo mismo para ahorrar sus propios dominios. A través

de este contrato, llamado de precaria, la tierra de la Iglesia era entregada a un grande laico a ruego (*precaria*) del príncipe. Carlos Martel lo utilizó de forma tan desmesurada que así pudo disponer de un numeroso ejército. Pero desorganizando completamente las estructuras eclesiásticas se granjeó los anatemas del clero. Como siempre en esta época, crisis del Estado y crisis de la Iglesia estaban estrechamente ligadas, ya que los grandes dominios eclesiásticos tenían desde Clodoveo el mismo régimen que los fiscos reales, y así se comprende mejor porque fueron puestos laicos a la cabeza de obispados o abadías.

Al mismo tiempo, las insuficiencias políticas, las violencias privadas, las faidas entre linajes y las exacciones de ciertos cargos de función empujaban a buscar más ávidamente que nunca la protección de los poderosos. En los países meridionales se multiplicaban los vínculos de hombre a hombre, siempre fundamentados en la fidelidad, que era un contrato revocable de igual a igual, y en el mantenimiento por parte del patrón. Hemos visto la importancia de los *gardingi* visigodos y de los *gasindi* lombardos. En Hispania, el rey Ervigio (680-687) admitió a los primeros en el *officium palatinum*, el consejo del rey. En Italia, los segundos se convirtieron en *gastaldos*. Todos eran retribuidos con tierras del fisco real. En la Galia merovingia, donde la relación de superior a inferior entre el señor y sus vasallos o bien entre el rey y sus *antrustiones* era más forzada, se percibía sin embargo un mismo ascenso social. Se mezclaban con la alta aristocracia a pesar de su origen humilde. Igualmente, los *gesiths* anglosajones, de guardias personales que eran, accedieron al nivel de nobleza intermedia, los *thegns*. Así surgieron alrededor de los reyes y los poderosos unas redes de subordinación que formaban varios círculos concéntricos. A cambio de una función doméstica o privada, o de un servicio anual o perpetuo, reyes, jefes de guerra y poderosos, llamados *optimates* o *proceres*, concedían a sus «séquitos» auténticos regalos

(*beneficia*, de donde más tarde salió el término beneficio) en múltiples formas: mantenimiento a domicilio, don de armas, salarios por usufructo de una tierra o bien en plena propiedad, o incluso en precaria, etc.

El «salto adelante» carolingio

A pesar de sus tentativas por reestructurar el Estado, los carolingios no pudieron frenar este movimiento: más aún, creyeron posible, se ha dicho, apoyarse en las encomendaciones individuales para reforzar la pirámide social y prolongar de nivel en nivel su propia autoridad hasta llegar a la base. La única precaución que tomaron fue privilegiar esencialmente a los miembros de los clanes parientes, o susceptibles de serlo, de su propio linaje. En efecto, no podemos más que sorprendernos ante el pequeño número de grandes familias nobles y sus continuas alianzas con la familia carolingia, deseadas ciertamente por los emperadores, con un objetivo de dominación.

La dinastía nació de la unión de dos patrimonios, el de Begga en Austrasia y el de Ansegisel en la región de Metz, donde su padre, Arnoul, y luego Clodulfo, su hermano, fueron obispos. También los grandes monasterios fueron reservados a los parientes del príncipe, como Adalardo y luego Wala, en Corbie, o bien a los amigos, como Eginardo, el biógrafo de Carlomagno, abad laico de Selingenstadt, San Juan Bautista de Pavía, Saint-Servais de Maastricht, Saint-Pierre y Saint-Bavon de Gante. El emperador favoreció ya a las antiguas familias nobles de Austrasia ya a las nuevas, como las de Sajonia, Lombardía, Baviera, Hispania visigoda o Frisia. Una sola familia de este último país proporcionó, hacia el 804, el obispo de Chálons, Hildegrin, el abad, luego primer obispo de Munster, san Liudger, y su sucesor, tío o sobrino, no se sabe, Gerfrid. Tomemos otro ejemplo: la familia alamánica de los Eticónidas, dueña de Alsacia al final

de la época merovingia. Entre el 709 y el 746, el nieto de Etich, Liutfrid, conquistó para Carlos Martel los territorios situados al este del Rin. En época de Carlomagno y Luis el Piadoso, Hugo fue conde de Tours. Una de sus hijas se casó con el emperador Lotario I, la otra con el conde Conrad, de la familia de los Welf, hermano de la emperatriz Judith. El tercero, su hijo Girard, se convirtió en conde de París, luego de Vienne y finalmente en regente del reino de Provenza. Matfrid, otro descendiente de Etich, fue conde de Orleans y, junto con Hugo, uno de los principales opositores de Luis el Piadoso. Sus descendientes monopolizaron el condado de Eifel y su hija se casó con Boson, el cual, como hemos visto, se proclamó rey. Este linaje estuvo en lucha constante, como consecuencia de sus alianzas con los Unroch, contra otra gran familia austrasiana, la de los Guillermo. Carlomagno nombró conde de Toulouse al primero de este nombre en el 790. Este héroe de canción de gesta, vencedor de los musulmanes, se retiró a un convento que había fundado en el 804. Pero un poco más tarde encontramos a su hijo Bernardo, marqués de Septimania, luego chambelán de Luis el Piadoso, denunciado por Hugo y Matfrid como amante de la emperatriz. Conspirador audaz y sin escrúpulos, Bernardo terminó siendo condenado por lesa majestad por Carlos el Calvo y ejecutado en el 844. Su hijo mayor, Guillermo, también traicionó y fue ejecutado en Barcelona en el 850. Su hijo menor, Bernardo Plantevelue, hizo lo mismo, pero recobró el favor del soberano y se convirtió en marqués de Septimania y conde de Auvernia. Finalmente, el nieto, Guillermo el Piadoso, asentó definitivamente la independencia del ducado de Aquitania y fundó el monasterio de Cluny en el 909. Los bienes territoriales de esta familia germánica, «importada» en las regiones mediterráneas, se extendían entonces de Austrasia a la región de Toulouse, pasando por la de Autún, el Maçonnais y la Au-

vernia. Igualmente, los bienes de los Guido y los Lambert iban de la Bretaña a Italia.

Todos estos linajes estaban aliados con los carolingios, pero, apenas salían de Francia, se mezclaban con las viejas familias senatoriales y se implantaban con una rapidez sorprendente en el territorio donde habían sido nombrados condes o marqueses. La «meridionalización» de los Guillermo y los Bernardo fue impresionante. Además, estas grandes familias debieran haberse unido para hacer triunfar sus intereses. Sin embargo, no fue así. Lucharon unas contra otras. El linaje de origen sajón de Roberto el Fuerte, aliado de los carolingios, fue introducido en los condados de Tours y Angers no solo para luchar contra los vikingos, sino también para eliminar a los Guido-Lambert. También hubieron querellas semejantes entre Ramiro II, rey de Asturias, y Fernán González (923-970), rebelado y preso en dos ocasiones. Sin embargo, estos ricos aristócratas eran cultos, como lo demuestra el testamento de Eberardo, marqués del Friul en el 865, que repartió numerosos libros entre sus hijos. Paradójicamente, sabían cómo debía ser la sociedad, lo que les enseñaban los *Espejos de los príncipes*, pero hacían lo contrario. No hay nada más sorprendente que leer los consejos de fidelidad al rey que Dhuoda, madre afectuosa, dirige a su hijo Guillermo en el 841, ¡pues este murió decapitado por traición en el 850! Sin embargo, la fidelidad existía. Los condes visigodos de Cataluña permanecieron leales hasta el 888, fecha de elección de Eudes, rey ilegítimo a sus ojos, ya que no era carolingio. Y la fidelidad de la nobleza sajona a Luis el Piadoso y Luis el Germánico nunca se desmintió.

Nacimiento del vasallaje

El poder territorial proporcionaba pues a los nobles prestigio, fuerza y altas funciones, pero no explica su comportamien-

to absolutamente contradictorio y su falta de solidaridad. Su tendencia al acaparamiento y al enriquecimiento estaba efectivamente contrapuesta a la red de vínculos de vasallaje destinados a estructurar la sociedad. En el 757, Pipino el Breve intentó hacer indisoluble el vínculo de hombre a hombre con un grande, añadiendo a la encomendación germánica la fidelidad romana. La prestación que hizo Tasilón, duque de Baviera, es reveladora: «Se encomendó en vasallaje por la manos, prestó múltiples y numerosos juramentos poniendo las manos sobre las reliquias de los santos, y prometió fidelidad al rey Pipino y a sus hijos susodichos, los señores Carlos y Carlomán, así como por derecho un vasallo debe hacerlo con espíritu leal y con una firme abnegación, tal como un vasallo debe serlo con su señor». Como vemos, esta amalgama de derecho privado y derecho público, esta mezcla de dos tradiciones tenía como objetivo hacer absolutamente irrescindible este contrato, hasta la muerte de los dos asociados. Todo perjurio comportaba la confiscación de las tierras concedidas en usufructo (como fue justamente el caso de Baviera), e incluso la muerte eterna, la condenación, ya que el juramento era prestado ante Dios. El vínculo personal, el parentesco adoptivo que acababa de nacer y el afecto que se derivaba de ello en la tradición germánica debían detener al vasallo en la pendiente de la ruptura, y se explica así que en numerosos casos el contrato fuera respetado. La Iglesia, que glorificaba sin cesar los contratos de derecho romano o de derecho canónico, intentó impregnar la sociedad carolingia de esta noción. Además, el interés bien concebido de la nobleza la empujaba a aceptar la entrada en encomendación. La obtención de un beneficio a cambio del servicio militar ampliaba su capital territorial. El rey o emperador ganaba con ello en autoridad o en poder. A partir de entonces, con la generalización de esta práctica, un conde tuvo tres clases de bienes: tierras personales o familiares, adquiridas por compra o recibidas en plena pro-

piedad por dote o por testamento y llamadas, por esta razón «alodios». En segundo lugar, los *honores*, tierras fiscales recibidas en usufructo como salario por su función. Ciertamente, esta posesión estaba limitada a la duración del cargo administrativo y un desplazamiento hacia otro condado implicaba automáticamente un cambio de titular para los bienes del *comitatus*. Finalmente, el conde disponía de una tercera clase de tierras: los beneficios recibidos esta vez a título vitalicio a continuación de la entrada en vasallaje. En efecto, tras poner sus manos entre las del rey o señor, y hacer el juramento de fidelidad, recibía la investidura del «beneficio», con la ayuda de un símbolo: un puñado de tierra o una rama con hojas que representaban el usufructo de la tierra concedida (y, otra vez, no su propiedad). Carlomagno empujó a los nobles a hacer lo mismo con los hombres libres, lo que le proporcionó numerosos subvasallos, además de los vasallos reales que dependían de él directamente. Así, la sociedad estaba estructurada desde la base hasta la cumbre por toda una cadena de vínculos de hombre a hombre, incluyendo a los obispos y abades. Además, el emperador precisó bien que los contratos así concluidos eran indisolubles, excepto en caso de crimen o injusticia del señor con su vasallo. La unión del beneficio y el vasallaje se extendió así por todos los territorios que van del Rin al Loira.

En todas partes los emperadores y los reyes intentaron generalizar estos contratos: en Italia septentrional y en Aquitania. En el 884, Carlos el Calvo empujó a los hispano-visigodos libres a «entrar en el vasallaje de nuestro conde». Pero parece que esta invitación fue hecha en vano. Excepto entre las familias francas instaladas al sur del Loira y en la llanura del Po, los antiguos juramentos de fidelidad con contenido negativo continuaron practicándose. Las funciones públicas, tanto en Hispania como en el sur de la Francia occidental, fueron siempre remuneradas con un *stipendium*, un salario constituido por el

goce de una tierra pública. En el siglo X incluso apareció el término de *feo* o *fevum* para designar este modo de pago. Aunque esta palabra, «feudo», aparezca por primera vez en las regiones mediterráneas, la sociedad llamada feudal aún no aparecía ahí, al contrario de lo que ocurría en el norte. No existe ninguna relación entre la fidelidad y *el feo*. Los contratos de igual a igual entre nobles, las *convenientiae,* se hicieron cada vez más numerosos, en el siglo X, en el Languedoc, Cataluña y Lombardía. Este mantenimiento de las viejas tradiciones romanas representa el límite de las influencias septentrionales y un comportamiento muy diferente de la alta nobleza.

En Inglaterra y en Germania, países siempre próximos a sus orígenes, el intento carolingio de unir la fidelidad con la encomendación por las manos o el vasallaje con el beneficio, también encontró obstáculos. Los nobles ingleses propietarios solo estaban vinculados al rey por el juramento de fidelidad. En Sajonia y en Francia oriental, la vieja práctica del juramento de encomendación, que permitía a los esclavos entregarse por las manos a un señor, no había desaparecido. Por eso, muchos grandes de altas familias nobles, a diferencia de las de Francia occidental e Italia, rechazaron esta práctica y esta ceremonia, que les parecían infamantes. En cambio, las viejas comunidades de guerreros libres, las *trustes,* que se encomendaban al jefe por la mano, tocando su mano y ya no dándole las dos manos, lo que era considerado signo de inferioridad, continuaban conservando sus atractivos para ellos. En Gran Bretaña, los *thegns,* que habían recibido tierras en un *manor* real o que incluso disfrutaban de más de un *manor,* le debían toda clase de servicios en moneda. Formaban comunidades horizontales naturales agrupadas en familias amplias alrededor del señor, fuera este el rey o pronto un *ealdorman*. Le debían el servicio militar únicamente porque le habían jurado fidelidad. En Castilla, la *behetría* (benefactoría) recompensaba al guerrero fiel, pero no consti-

tuía un derecho. En Italia, la encomendación estaba siempre separada de la concesión del beneficio. Del mismo modo, en Frisia, las comunidades aldeanas permanecieron aún más próximas a los orígenes e impidieron el surgimiento de cualquier tipo de señor. Así se explica que la relación de inferior a superior finalmente solo haya podido desarrollarse entre el Rin y el Loira, allí donde el poder carolingio era particularmente fuerte.

Por esto aparecieron cuatro clases de vasallos. En la cumbre, los vasallos reales (*vassi dominici*), integrados por aristócratas y grandes propietarios; luego los vasallos señores de cuatro a treinta mansos, que dependían de los grandes, laicos o eclesiásticos; después los vasallos no establecidos, es decir, «no *casatus*» (no dotados de tierras), que formaban la escolta de un poderoso. Entre los escandinavos, este grupo de guerreros, análogo a la *trustis*, era llamado *hird*. Finalmente, el cuarto grupo, más o menos híbrido, a medio camino entre los vasallos ordinarios y los no dotados de tierras, era el de los *ministeriales*, antiguos esclavos encargados de un servicio para su señor, como los *caballarii* de Saint-Bertin, que detentaban mansos de unas cuarenta hectáreas y acompañaban a su señor a caballo. Se les encontraba sobre todo en las tierras germanizadas: Flandes, Lotaringia y Germania. Solo los primeros formaban parte de la gran aristocracia. Los segundos formaban una nobleza intermedia, aún bastante mal conocida. Los siguientes estaban justo encima de los esclavos y los últimos fueron considerados siempre como parte integral de los esclavos. En otros sitios solo existían fieles o *thegns*, todos libres, evidentemente.

Persistencia de un esclavismo mejorado

Ya hemos abordado pues insensiblemente el mundo de los libres y los no libres a través del vínculo de hombre a hombre. De los poderosos aristócratas pasemos directamente a aquellos

que disfrutaban, en período de paz, de otra seguridad material, los esclavos. Como en la Antigüedad tardía, los esclavos, en efecto, tenían ventajas apreciables, ya que, como hemos visto, estaban todos dotados de tierras (*casatus*), a semejanza, por otra parte, de los vasallos, y el acercamiento no era fortuito. La trata de esclavos experimentó un incremento importante gracias a las conquistas de Carlomagno; luego declinó con la prohibición a los mercaderes judíos de poseer esclavos cristianos. Ciertamente, un hombre libre podía aun venderse él mismo, definitivamente o bien temporalmente. A veces, como indican las fórmulas imperiales, aún algunos poderosos esclavizaban a los pobres. Pero al mismo tiempo, el concilio de Meaux, en el 845, prohibió la venta de esclavos paganos no solo a los judíos sino también a los paganos. La legislación conciliar se volvió cada vez más precisa y consideró casos que pueden parecemos sorprendentes. Si un esclavo se casaba con una mujer noble sin saberlo, ¡debía ser liberado! Si un esclavo tenía por concubina a su propia esclava, podía separarse de ella para casarse con otra, esta vez legalmente. Así, poco a poco, a causa esencialmente de los sacramentos del matrimonio y de la ordenación, apareció la personalidad jurídica del esclavo.

Desde luego, las liberaciones de esclavos eran poco numerosas e incluso estaban prohibidas en las tierras de la Iglesia. Pero indiscutiblemente se produjeron. Apareció un nuevo tipo: la liberación *in albis* para el hijo de un libre y una esclava, nacido en la casa del amo, que era automática. En resumen, excepto en países germánicos, como Flandes, Sajonia y Baviera, el grupo de los esclavos estaba en disminución constante. En ciertas tierras de Saint-Germain-des-Prés, no representaban más que el diez por ciento de la mano de obra. En Champaña, en tres *villae* de Saint-Rémi de Reims, no eran más que el ocho, el siete y el cuatro por ciento del total de la mano de obra. Estamos muy lejos de las tasas del doce por ciento características de los domi-

nios del Imperio Romano tardío. Evidentemente, esta categoría estaba en retroceso. Los esclavos carolingios tenían un estatuto económico y una personalidad jurídica en algunos dominios. Hemos visto que podían convertirse en *ministeriales*, comerciantes o guardias personales. Algunos se convirtieron en obispos, como Ebbon, arzobispo de Reims, y Arn, arzobispo de Salzburgo; otros, en condes, y esto provocó, por otra parte, el furor de sus contemporáneos.

Pero una vez más, la evolución fue diferente según las áreas de civilización. En la joven Europa, los antiguos esclavos liberados pedían la protección real o eclesiástica. Como siempre, la búsqueda de un protector era más interesante que la independencia total. ¡Qué importaban los tributos, simbólicos o no! Por otra parte, la mayoría de las veces, estos se desviaban de los individuos a las tierras. Además, como demuestra la lectura de los polípticos, eran los propios campesinos «libres y colonos» quienes juraban ante los enviados del gran propietario haber entregado el importe exacto de las cargas que debían cumplir. El poder del amo no podía imponerles demasiadas, ya que hubieran huido. Sin embargo, este no era el caso en la Europa septentrional, en la época carolingia. Por eso, antiguos esclavos liberados, colonos y otros campesinos con un estatuto más o menos preciso entraron en una dependencia más o menos ventajosa según las regiones, que daría lugar más tarde al apelativo «servidumbre». En el 941, en Cambrai, los esclavos aún estaban diferenciados de los dependientes. En cambio, esta evolución era mucho menos rápida en la Europa romanizada. Los esclavos de tipo antiguo son mencionados en los cartularios meridionales hasta mediados del siglo XI. Visiblemente, se continuó considerando a todos los colonos y otros tenentes como *mancipia*, esclavos para todo. En el 889, Géraud d'Aurillac se contentó con aplicar la ley del reinado de Augusto, incluida en el código de Justiniano, y liberó tan solo a cien esclavos cuando

seguramente poseía muchos más. Las liberaciones eran hechas siempre *cum obsequio*: el antiguo amo continuaba conservando toda su autoridad de patrón sobre el antiguo esclavo. Además, la rigidez de la ley romana fue reforzada por la presencia de esclavos musulmanes prisioneros de guerra. En ciertas regiones, como Cataluña y el Lacio, es preciso esperar hasta la mitad de siglo X para ver desaparecer a los últimos esclavos entre los campesinos libres, gracias a las roturaciones. Ya no suponía ninguna ventaja quedarse al lado del amo. En otras zonas, en el sur de Italia y Aquitania, el esclavo de tipo romano, es decir, ni eslavo ni musulmán ni extranjero, aún tardó en desaparecer, a causa del conservadurismo jurídico de estos países.

¿Se podía ser libre y pobre?

A medio camino entre los poderosos nobles protectores y los esclavos a salvo de la necesidad se encontraban los propietarios libres del condado, los *pagenses*, y los colonos. Podían optar entre dos soluciones, en esta sociedad que iniciaba su expansión pero que volvió a caer rápidamente, después del 840, bajo el peso de la violencia. En el primer caso, podían aprovecharse de las conquistas, entrar en vasallaje y escalar varios peldaños en la jerarquía social. En el segundo, podían convertirse en una capa social turbulenta que vendía sus servicios armados al mejor postor. En cambio, antes que caer en manos de los poderosos, les convenía convertirse en tenentes y perder el estatuto de hombre libre o convertirse en protegidos de una abadía. Eterno ludión subiendo y bajando, el libre pasó por todas las vicisitudes de una sociedad sacudida por movimientos contradictorios.

A pesar de la escasez de la documentación concerniente a esta capa de la población, que debía constituir la mayor parte de la sociedad rural, es posible percibir que los colonos, aunque

fuesen oficialmente libres, eran situados justo encima de los esclavos. Es verdad que las cargas fiscales que pesaban sobre ellos o sobre los campesinos aún libres disminuían, se hacían consuetudinarias, desaparecían o se desvanecían entre otros tributos. Pronto, pagar el impuesto sería asimilado a la servidumbre, tanto más cuanto que los germanos no lo pagaban. Así se explica que el étnico Franco haya terminado por dar el adjetivo «franco», que significa libre. Entre el Loira y el Rin, a lo largo de los siglos VII y VIII, estos campesinos tuvieron pequeñas explotaciones llamadas mansos. La palabra, atestiguada hacia el 620, designaba ya un alodio, propiedad integral de un campesino, ya una tenencia de un esclavo *casatus* o de un colono perteneciente a un gran dominio. Por otra parte, en las regiones mediterráneas era llamada *colonica* y el campesino estaba estrictamente fijado a ella. Es cierto que, en el 802, el capitular para los *missi* señalaba que ciertos colonos del fisco o de la Iglesia tenían beneficios u oficios (*ministerio*) y formaban parte del círculo de allegados al señor. La situación económica de los colonos era, pues, muy variable.

De todos modos eran todos tenentes de un manso o de una *colonica*, de una *hufe* en territorio germánico o de una *hide* en tierra anglosajona. Esta tenencia era a menudo definida como «la tierra de una sola familia». Su superficie estaba pues calculada para permitir teóricamente la vida del hogar del colono. En Italia era definida como la cantidad de tierra que se podía labrar con dos bueyes durante un año. La superficie variaba mucho según las regiones y la calidad de los suelos. A veces tenía de doce a veinticuatro hectáreas. En Inglaterra podía pasar de dieciséis a cuarenta y ocho hectáreas. En cada una se encontraba la morada, a menudo una choza donde vivía la familia del campesino. Estos colonos eran convocados cada año a la hueste real y al *malí* condal. Hemos visto que si tenían menos de cuatro mansos debían asociarse para llegar a esta cifra, para

que uno de ellos pudiera ir. Algunos se las arreglaban para conservar un pequeño alodio o bien para obtener una tierra en precaria de un abad o de un obispo. En el Imperio Otónida los *leibeigen* eran campesinos dotados de una cierta libertad de movimiento, pero parece que pertenecían en plena propiedad al señor eclesiástico. De estos dependientes salieron los artesanos y los mercaderes. En Inglaterra, el *gesith* podía ser asimilado al colono porque estaba vinculado a la tierra y no tenía derecho a legar lo que poseía. En cambio, con el *ceorl* entramos en la categoría de los hombres totalmente libres, que podían ser tanto patronos como artesanos, orfebres, herreros o mercaderes. Estos también debían prestar el servicio militar y pagar ciertas tasas. Podían purgarse en justicia de una acusación con el juramento de tres conjurados de su grupo social. Su *wergeld* era particularmente elevado: doscientos sueldos, es decir, el equivalente de treinta y tres bueyes. Podían enriquecerse claramente e incluso entrar en la nobleza. En el Imperio Carolingio, sus homólogos eran los *franci*, hombres libres, o aun los *pagenses*. En líneas generales, eran propietarios de alodios que equivalían como mínimo a cuatro mansos y como máximo a doce. El umbral de la riqueza y la nobleza parece haber estado en más de un centenar de hectáreas, ya que un capitular del 805 precisa que un individuo de estas características debía automáticamente ir a la hueste con el equipamiento del combatiente acorazado a caballo.

Pero al lado de estos propietarios medios, señores de más de cincuenta hectáreas, encontramos numerosos hombres libres. Una categoría desconocida hasta entonces, los «huéspedes», apareció en las tierras incultas, cerca de las tierras de cultivo. En la Italia lombarda, los campesinos libres concluían contratos de *libellum* con los grandes propietarios por un período de veintinueve años renovable, o bien por dos o tres generaciones. Este alquiler por veintinueve años tenía como finalidad evitar

que se convirtieran en propietarios al cabo de treinta años por la ley romana de la prescripción trentenaria, pero era muy ventajoso para estos pequeños propietarios. Igualmente, el contrato de *complantatio,* utilizado sobre todo para la viña, continuó siendo un excelente medio para multiplicar el número de pequeños propietarios, porque al cabo de cinco años se dividía en dos la parcela puesta en explotación. Por último ¡cuántos cultivadores completaron sus ganancias alquilando sus brazos! En Corbie, trabajaban en los huertos de los monjes a cambio de su alimentación. En Prüm y en Saint-Bertin se les llamaba *prebendara* porque eran pagados con raciones diarias. Este era el estadio del libre más pobre, el de simple asalariado en especie.

Los fermentos de una conmoción

Todas las categorías de campesinos tenían, además, la ventaja de vivir en comunidades aldeanas o en familias amplias. Allí, los diferentes grados de riqueza se difuminaban. La necesidad de explotar en común los pastos y las tierras incultas las obligaba a agruparse. Resolvían sus diferencias entre ellas. Aparecen claramente en León y Cataluña, donde permanecieron intactas hasta el siglo XI, y en Provenza, Languedoc, Borgoña y la Italia lombarda. En este último país se reunían en asamblea delante de la iglesia de la parroquia. En el norte, las comunidades de campesinos frisones eran tan poderosas que rechazaban pagar el *danegeld* a los daneses porque ya lo habían pagado al rey Luis el Germánico, y consiguieron efectivamente expulsar al enemigo. En Sajonia permanecieron intactas, y en el Imperio Otónida, los libres del rey, los *Kónigs Freie*, antiguos colonos vinculados al suelo, que dependían en lo judicial del juez carolingio de la centena, el *vogt,* continuaron pagando impuestos territoriales, capitación y pronto una tasa de rescate para el servicio militar, cuando los combatientes a caballo comenzaron a eclipsar

a los soldados de infantería. Allí, la protección del rey les permitía conservar su estatuto; en otras partes, les vemos pleitear la defensa de sus derechos ante el abad de Saint-Gall o bien, en el 864, rechazar los transportes de margas o las trillas que les imponían.

Este mundo de libres estaba en plena transformación. Tan pronto era elevado hacia lo alto de la jerarquía social, en los reinos hispánicos particularmente, como arrastrado por el envilecimiento de su situación, a consecuencia de los abusos de poder de los condes (servicio militar demasiado largo o convocatorias a los tribunales demasiado frecuentes), o bien de los intentos de los grandes propietarios por sujetarlos a su autoridad. También es sorprendente ver, en los capitulares, que los libres a menudo eran llamados «pobres». Es evidente que un hombre libre que no acudía a la convocatoria de la hueste era automáticamente condenado a pagar una multa de sesenta sueldos. Entonces quedaba irremediablemente arruinado. Los métodos utilizados por los grandes propietarios de la Antigüedad tardía para transformar a un campesino libre en colono continuaban siendo practicados. Todos los capitulares y concilios carolingios dan fe de ello. Protestaban contra los poderosos que despojaban a los pequeños propietarios de alodios. Como en época merovingia, pues, el pobre era sobre todo un libre que no tenía protector político. A partir del 840, la Iglesia, que soportaba materialmente a todos estos nuevos pobres, reclamaba sin cesar la restitución de sus propias tierras para darles pan. Al norte del Loira, antes del 840, cuando pudo haberse hecho un esfuerzo muy nítido en favor de las matrículas y los hospitales, parece que la situación empeoró con las invasiones. La imposibilidad de pagar las deudas tras una mala cosecha, la rapacidad de jueces y condes, los peligros de los saqueos y la posibilidad de ser capturado como esclavo por los piratas o los húngaros, precipitaron a numerosos campesinos libres en la dependencia

de los poderosos o, de hecho, les obligó a recorrer los caminos. Saint-Riquier alimentaba cuatrocientos pobres cada día. En Corbie, cada pobre recibía un pan y medio, o dos kilos y medio de pan, por su jornada y el viaje. Tales cargas debieron ser insostenibles durante la segunda mitad del siglo IX, y la excomunión o el miedo al infierno solo se tradujeron en limosnas de los poderosos de manera insuficiente. Los pobres eran, pues, oprimidos de toda clase. Además de los campesinos, empobrecidos y despojados, había jóvenes, viejos, enfermos, lisiados, peregrinos que habían dejado su patria y extranjeros expulsados de su hogar, por ejemplo los irlandeses, o bien refugiados que huían de los vikingos. Se comprende que la amenaza de ser reducido a la esclavitud acrecentara la necesidad de buscar un protector y luego encontrar un estatuto ventajoso. Así era favorecido el sistema del señorío rural. La libertad, que había sido una ventaja social innegable durante el período de la expansión carolingia, se convirtió en un inconveniente. Así se explica el desplazamiento hacia la servidumbre a lo largo del siglo XI.

De nuevo encontramos estas contradicciones propias de una sociedad que atravesaba un despertar demográfico y un comienzo de expansión, y que luego se encontró bloqueada brutalmente por desórdenes internos y externos. La paz y luego la violencia continua explican estas oposiciones entre clérigos seculares y regulares, entre grandes familias aristocráticas, estos movimientos de ascenso social o de proletarización en el mundo de los libres. La lenta desaparición de los esclavos es otro factor sorprendente de esta época. Cualesquiera que fueran las variantes regionales, invita a examinar la economía agraria a fin de saber si los violentos contrastes de esta sociedad eran debidos a un régimen de escasez fundamental o de abundancia real.

LA TIERRA

La tierra seguía siendo la única fuente fundamental de riqueza. Ahora bien, numerosos indicios demuestran que la producción agraria había aumentado, sea por una mejor utilización de las tierras sin cultivar, sea por la difusión del gran dominio bipartito, sea por último a causa de las innovaciones técnicas. No hay que olvidar, sin embargo, que todos los datos, accesibles en un puñado de fuentes aristocráticas, solo pueden referirse a una ínfima parte del suelo (del 2 al 10 por 100, todo lo más) y no hablan mucho del resto, lo esencial.

Progresos agrícolas

El paisaje rural no había cambiado mucho y los bosques, las ciénagas y las landas seguían estando presentes. Y los inmensos espacios germánicos cubiertos de hayas y robles, añadidos al Imperio por Carlomagno, eran también predominantes. Pero visiblemente, los recursos que se extraían eran mejor obtenidos. Los emperadores velaban cuidadosamente por el mantenimiento de sus cotos de caza y sus «bosques», o sea, sus viveros. El capitular *De villis* está lleno de prescripciones sobre el arte y la manera de dejar prosperar la caza, persiguiendo a los animales salvajes. En el mes de mayo, los cazadores de lobos debían cavar fosos o depositar alimentos envenenados para capturar a los lobeznos. En otoño, casi todas las operaciones guerreras se interrumpían para la caza y cada cual se dedicaba a ella sin parar, ¡hasta el punto de que los accidentes eran numerosos! Así, en el 884, el rey Carlomán fue mortalmente herido en el curso de una cacería de jabalí. Entre los pescados, cada vez más consumidos por la ampliación de los días de ayuno (de 120 a 130 días al año), parece que los más apreciados eran las anguilas y las truchas. Los monjes de Bobbio recibían quinientos peces cada año, en censos de sus campesinos; los de Saint-Germain-des-Prés y de Corbie, doscientas anguilas. Se pescaban también muchas lampreas, esturiones y salmones, en las costas y los

ríos. El potencial animal debió ser muy explotado, porque desaparecieron entonces los uros y pronto también los castores, ya que después del siglo IX no vuelven a ser mencionados.

Los polípticos distinguen a menudo la *silva grossa* de la *silva minuta*. Este último tipo de bosque, explotado, proporcionaba toda la madera de trabajo, pértigas para los setos, estacas para las viñas, lechos vegetales para los animales, etc. El bosque de castaños, cada vez más extendido en Italia, se desbordaba fuera de la zona mediterránea. Los sauces que crecían en estado natural a lo largo de los ríos eran podados cuidadosamente, para obtener mimbre y fabricar harneros y cestos. Los bosques de hayas y robles eran frecuentemente protegidos a expensas de los bosques resinosos, a los que se continuaba destruyendo para obtener la pez. En efecto, valía más dejar que se desarrollaran los árboles portadores de hayucos y bellotas para los cerdos. La carne salada de estos últimos seguía siendo la alimentación cárnica fundamental de los campesinos. Los pastos de las comunidades rurales también estaban situados en el *saltus*, y numerosos litigios estallaban entre ellas y los grandes propietarios vecinos por falta de delimitaciones precisas. Se criaban corderos para obtener lana, quesos, sebo y pergamino. El ganado bovino era alimentado sobre todo para tirar del arado, pero había poco en los pastos. Además, los productos silvopastorales eran tan importantes en el equilibrio alimentario, y la explotación de las tierras incultas tan activa, que paradójicamente se tomaron medidas para protegerlas. No olvidemos que, en Europa meridional, ¡oficialmente aún eran propiedad pública! Pero incluso allí donde la apropiación privada había sido tolerada, Carlomagno, en el capitular *De villis*, intervino para recomendar que «allí donde debe haber lugares para roturar, que se hagan roturar, pero que no se permita avanzar los campos sobre los bosques; y allí donde debe haber bosques, que no se tolere cortar demasiado o que se sigan deteriorando». Este miedo a

ver roto el equilibrio entre el *saltas* y el *ager*, entre las tierras incultas y las zonas cultivadas, en provecho de los campos, puede parecer curioso. Esta preocupación muestra dos cosas: que los recursos silvopastorales eran demasiado importantes para ser despreciados y que había al mismo tiempo una tendencia constante a roturar.

En efecto, indiscutiblemente, la tendencia a la roturación existía en la Europa carolingia. Los campesinos del monasterio de Montierender eran impulsados a hacerlo gracias a la ayuda técnica del seto forestal. En Germania, el *bifang* continuó practicándose e incluso a veces era previsto sistemáticamente. En el 867, un diploma de Lotario II concedía la propiedad de un espacio sin cultivar: el futuro propietario podía crear cien mansos o dejar pastar allí mil puercos. En Italia, los *gualdi publici*, el equivalente de las *forestes* carolingias, también eran acometidos por campesinos libres o antiguos colonos. Pero los movimientos más claros de roturación se perciben sobre todo en el Languedoc, el sur de Aquitania, Cataluña y Asturias. Los emigrantes hispanos recibían de los reyes carolingios la autorización para acometer las tierras públicas desiertas y convertirse en sus propietarios al cabo de treinta años de ocupación continua. Estas tenencias por *aprisio* acabaron por conducir al nacimiento de pequeños propietarios rurales libres, completamente aislados en sus alodios. Así, descendieron lentamente de sus montañas superpobladas hacia las llanuras. A la inversa, en Auvernia, desde fines del siglo IX, la llanura del Limague, saturada de hombres a causa de su fertilidad, se lanzó al asalto de las tierras «yermas» (desiertas) escalando las primeras laderas situadas por encima de Sauxillanges y Brioude. Es cierto que se trata de una zona muy al margen de los conflictos de la época. En la cordillera cantábrica, también superpoblada, se produjo el mismo fenómeno, con la garantía jurídica del mismo contrato, llamado esta vez de *pressura*. La palabra designa lo mismo. Se tra-

taba de ocupar, de abrir una tierra vacía y de arrancarla del áspero desierto (*eremus squalidus*). En Galicia y el norte de Portugal, más de catorce topónimos neovisigodos corresponden a esta ola de poblamiento, en la cual se fusionaban todas las condiciones sociales para detenerse temporalmente a orillas del Duero. Pero, en resumen, estos movimientos de roturación estaban claramente localizados. En otras partes parecen poco importantes. El hambre de tierras, incluso en época carolingia, era débil pero no despreciable.

Unos resultados discutidos

¿Es preciso creer que la imbricación del *saltus* y el *ager* aportaba recursos suficientes? Primero señalemos la existencia de prados cultivados y regularmente segados, como muestra el calendario carolingio de Vienne para el mes de julio. Parecen particularmente importantes en el norte de Francia occidental, Frisia e Inglaterra. Es evidente que la cría de ganado bovino, carneros y caballos estaba más desarrollada en estas regiones. En Frisia se hablaba corrientemente de tierras de 16 ovejas, 15 vacas, 12 bueyes o 40 carneros. Alcuino, para alabar al obispo de Utrecht, encontró un curioso neologismo: *vaccipotens*: ¡poderoso en vacas! En las remontas imperiales, los intendentes debían hacer entrar con cuidado a los potros en el establo antes del 11 de noviembre. El *Mulomedicus*, tratado de medicina veterinaria para bestias de carga, se encontraba en las bibliotecas de ciertos monasterios.

Pero lo esencial de las tierras cultivadas evidentemente estaba reservado al cultivo de cereales. En los países mediterráneos podemos ver que el trigo y la cebada eran los más frecuentemente sembrados. En Europa occidental, para luchar contra la humedad, se utilizaba más bien el centeno y el trigo. La cebada era más característica de Inglaterra, junto con la avena, ya que

servían para la elaboración de cerveza. Pero los cereales pobres aún eran muy apreciados: el mijo y el sorgo en la llanura del Po y en la Gascuña, y la espelta en Francia. Finalmente, las legumbres secas: habas, garbanzos y lentejas, desempeñaban un papel de primer orden porque podían conservarse mucho tiempo.

El cultivo era aún más intensivo en tres lugares privilegiados: el huerto, los vergeles y las viñas. Los textos mencionan a menudo huertos, cercados o aun *setici* cuya superficie no excedía una hectárea. Cuidadosamente trabajados con la azada y abonados, producían coles, nabos, puerros, pastinacas, ajos, chalotes, etc. En el plano del monasterio de Saint-Gall, modelo que fue frecuentemente imitado, figuran los bancales del huerto con las diferentes especies de legumbres verdes y condimentos que en teoría debían plantarse. Pero el huerto también tenía un objetivo curativo y numerosas plantas medicinales eran cultivadas allí por los monjes o los campesinos de los dominios imperiales. El capitular *De villis* aconseja plantar sesenta y dos especies de plantas, de las cuales un tercio eran de uso alimentario. Los vergeles son menos conocidos y parecen poco importantes. El de Saint-Gall estaba situado en el cementerio; los manzanos, perales, ciruelos, nísperos, laureles, castaños, higueras, membrillos, melocotoneros, avellanos, almendros, moreras y nogales no debían ser muy numerosos, quizás uno por especie; y también era preciso que el clima les fuese propicio. Cultivar un solo tipo de árbol parecía impensable. Esto solo ocurrió con el olivo, que era ignorado en Cataluña pero remontaba el Ródano hasta Donzére. La viña arborescente o bien a ras del suelo estaba en cambio cada vez más extendida. Era apropiada para un obispo, un gran propietario noble o un campesino libre, para quien consiguiera hacerla crecer lo más al norte posible, a fin de disponer de una cantidad apreciable de vino para consumir. Entre los dominios que dependían del fisco de Annapes, uno de ellos producía vino, *Treola*. Se trata del actual te-

rruño de Lille (cuyo antiguo nombre se ha convertido en Nuestra Señora de Treille), donde hoy en día sería preocupante hacer crecer cepas de viña. Los viñedos eran tan importantes que Luis el Germánico obtuvo los de la orilla izquierda del Rin, en el reparto de Verdún, en el 843, porque no tenía otros en Francia oriental, y de aquí el curioso trazado de la frontera. Como el vino era el único verdadero tónico de la época, se hacían prodigios para proveerse de él. Los monjes de Redon hicieron plantar viñas hasta en Vilaine. El obispado de Tongres acabó por ser desplazado a Lieja, en gran parte a causa de las viñas de las laderas del Mosa. Otras abadías de Flandes y Austrasia preferían comprar parcelas de viña en Laon, Champaña e incluso en la orilla de los lagos de Italia del norte. El artículo 8 del capitular *De villis* está enteramente consagrado a los cuidados que se debía tener en los dominios imperiales con las prensas, toneles, etc. En suma, todo podía producirse en las tierras de los ricos, y podía pensarse en el ideal de autarquía expresado por los textos carolingios. Pero ¿era verdaderamente realizable?

Sea cual fuere el modo de unión entre sus dos partes, el gran dominio no podía de hecho ser autárquico, a pesar del ideal pregonado, puesto que debía alimentar lo que hoy llamaríamos el sector terciario. Además, le era rigurosamente imposible procurarse sal y hierro sin comprarlos en el exterior. Hacía falta pues salir obligatoriamente de la agricultura de subsistencia mediante innovaciones técnicas y aumentos del rendimiento. En Corbie habían seis fundidores de mineral y seis herreros fabricantes de lingotes de hierro, y en la Celle-les-Bordes treinta y dos esclavos debían producir cada año una tonelada de hierro, es decir, el equivalente a más de un millar de azadas. Ciertamente, la industria de armamento consumía mucho, pero justamente Carlomagno prohibió la exportación de espadas por razones a la vez estratégicas e internas. En el fisco de Annapes fueron construidos cinco molinos y cuatro cervecerías. Las tie-

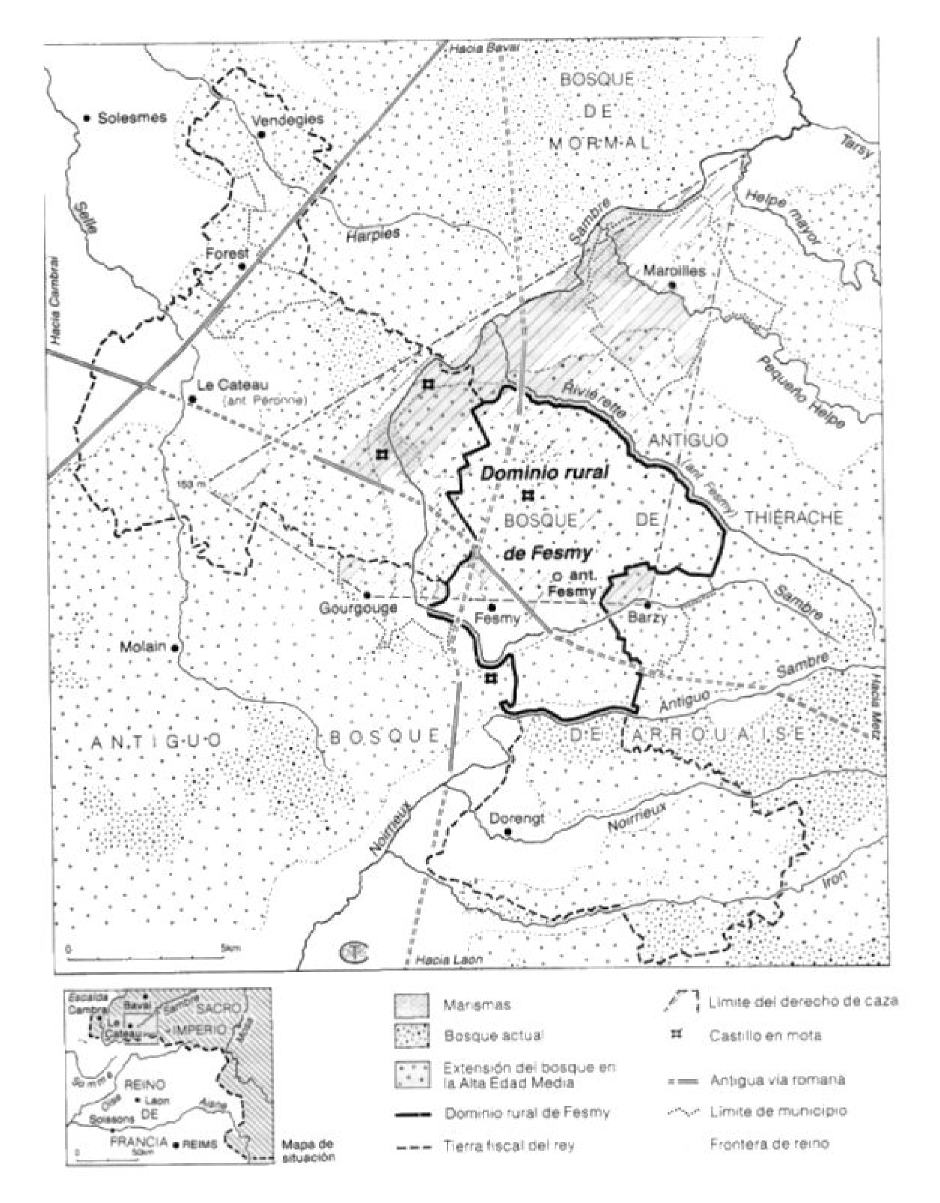
rras de Saint-Germain-des-Prés tenían 83 u 84 molinos de agua. Algunos, en Corbie, tenían de tres a seis ruedas. Irminón se enorgullecía de haber instalado siete y renovado cuatro. Desgraciadamente, esto no quiere decir que el molino de sangre hubiera desaparecido, sino simplemente que se intentaba economizar la mano de obra allí donde gestores conscientes de las necesidades y lectores atentos de los agrónomos antiguos intentaban valorizar el gran dominio.

El arado de ruedas pesado, tirado por seis a ocho bueyes, existía en Île-de-France. Las excavaciones arqueológicas han descubierto en Frisia la existencia de surcos asimétricos y simétricos, prueba de que fueron hechos por dos tipos de aparatos: el arado romano y un instrumento de origen eslavo (rejas moravas del siglo VIII) o germánico (citado en el edicto lombardo de Rotario, en el 683, y en la ley de los alamanes, en el 725, con el nombre de *plum,* la *Pflug* germánica y la *plough* sajona). Ahora bien, cuanto más al norte, mayor era la proporción de prados de siega en relación a las tierras arables, lo que permitía alimentar bien a los bueyes que tiraban de los ingenios agrícolas. Además, el arado de ruedas, si realmente se utilizaba, podía acentuar el avance económico de los países situados al norte del Loira, ya que solo él permitía poner en cultivo las tierras pesadas compuestas por limo de las planicies o sedimentos arcillosos glaciares. Como por azar, aun en el siglo XIX, el límite norte del arado de ruedas muestra los territorios favorecidos por esta innovación: Galicia, Francia, Inglaterra, Germania y la baja llanura del Po. Añadamos finalmente la aparición de la herradura, señalada por primera vez en el 855, y el desarrollo de la collera rígida representada en el Apocalipsis de Tréveris en el año 800.

En cuanto a los tratamientos dados a la tierra, estos mejoraron. La labor de la tierra yerma en el mes de junio está representada en el calendario de Vienne. Pero hemos visto las difi-

cultades que Carlos el Calvo encontró para imponer las corveas de cargamentos de marga para mejorar la fertilidad del suelo; en cambio, las corveas de estiércol existían ya en el dominio de Viel-Saint-Rémy, mientras que la entrega de paja para el lecho de animales era impuesta a los tenentes de Gerson. Y Carlomagno ordenó que se echara abono compuesto en campos y parcelas. En fin, la rotación trienal de los cultivos quizás estaba señalada en un diploma de Saint-Gall en el 763, y en Turingia en el 783. En el capitular *De villis* y en el políptico de Montierender aparece como algo corriente. Este sistema no parece haber sido exportado fuera de Francia y Germania en los siglos IX y X. Sin embargo, combinada con el cultivo de las leguminosas, que fijan el nitrógeno en el suelo y mantienen su fertilidad, la rotación trienal podía hacer aumentar las cosechas en un 33 por 100. Avance considerable que explicaría que el hambre de tierras fuera moderado y las roturaciones poco extensas, excepto en los frentes pioneros hispánicos e italianos, donde además continuaba el uso del arado romano y del sistema bienal. Por eso es difícil suscribir las afirmaciones de ciertos historiadores que consideran que los rendimientos eran muy débiles. Los menos pesimistas estiman, en efecto, que el grano rendía tres por uno. Ahora bien, ¡Columela declaraba que cuatro por uno era un rendimiento de mal año! Nuestros grandes propietarios laicos y eclesiásticos que poseían a Columela y a Paladio en su biblioteca, ¿podían tolerar y encontrar normal un resultado tan miserable? De hecho, estos rendimientos han sido calculados a partir de los *Brevium exempla* de Annapes, donde aparentemente, a la vista de las cantidades de cereales mencionadas, la tasa era de 1,6 por 1. Pero, como bien indica el término que designaba estas cosechas (*conlaboratus*), se trataba solamente de una parte de los productos del dominio. El capitular *De villis* precisa, en efecto, que los intendentes debían dividir en varias partes las cosechas de los dominios fiscales, una para el

rey (el *conlaboratus*), una para el intendente militar, una para los *prebendara,* una para las mujeres del gineceo, etc. A cada parte correspondía una lista diferente. Una contabilidad semejante, tan diversificada, en los fiscos imperiales y eclesiásticos, invita pues a considerar las cifras dadas no como las de la totalidad de la producción sino más bien como una parte de los ingresos en especie del propietario. De este modo, los rendimientos habrían estado situados ciertamente, entre 5 y 7 por 1, vistas las otras cantidades de trigo que quizá fueron contabilizadas en otra parte, fuera de los documentos que han sobrevivido. Esto nos daría una cosecha media de diez a catorce quintales por hectárea, cifra enorme a primera vista. Y si la reserva era cultivada de forma descuidada y extensiva por trabajadores no remunerados y refunfuñantes, en cambio los mansos debían ser cuidadosamente labrados, cavados y escardados con la azada para producir aún más. Consideremos, en efecto, las viñas. En las de Saint-Germain-des-Prés, los monjes imponían un tributo fijo a los esclavos y colonos que las cultivaban en forma de tenencias. Estos tenían, pues, interés en producir mucho para vender el excedente. Efectivamente, el rendimiento medio era de treinta hectolitros por hectárea en la reserva. Era ligeramente superior en las tenencias y, en total, cada año, deducido todo el consumo, quedaban seis mil hectolitros de vino para vender para los monjes, y aún más contando la producción de los campesinos, ¡quizás alrededor de diez mil hectolitros!



Un dominio inculto: el dominio de Fesmy en el año 845.

Así pues, el agricultor carolingio satisfacía sus necesidades y disponía de excedentes reales. El gran dominio respondía a las esperanzas que en él habían depositado sus promotores. Esta prosperidad incluso se tradujo en un claro y confortable aumento de la ración alimenticia de los monjes. Mientras que la

regla de san Benito la fija en alrededor de trescientos gramos de pan y medio litro de vino por día, en época de Carlomagno pasó a más de un kilo y medio de pan y a un litro y medio de vino. Añadamos cien gramos de queso y más de doscientos gramos de legumbres secas en puré. Este no era un régimen de ricos privilegiados, ya que los laicos que vivían en los grandes monasterios: Corbie, Saint-Germain, Saint-Denis o Soissons, tenían raciones idénticas o casi, a las que es preciso añadir como mínimo cien gramos de tocino o cerdo salado. Este fuerte consumo, que será necesario explicar, no era extensivo a los hambrientos o a las poblaciones presas de la escasez. La gran variedad de recursos, junto a la eficacia del gran dominio, allí donde existía, incluso privilegió a ciertas regiones. Las corveas de transporte impuestas a los campesinos para llevar vino o trigo hacia los puertos fluviales o a los mercados urbanos demuestran que se vendían cantidades importantes. Ciertos campesinos de Saint-Germain-des-Prés debían incluso ir hasta Quentovic. Indiscutiblemente, una producción agrícola sostenida, dotada de rendimientos superiores a los de la Antigüedad tardía, desembocaba finalmente en una economía de mercado, el menos para el puñado de grandes explotaciones que iluminan estas escasas fuentes.

Desarrollo del sistema dominical

Sucesivamente preconizado como una originalidad, luego considerado como un reflejo de la explotación de las tierras imperiales antiguas, para unos en pleno apogeo en el siglo VIII, para otros una reliquia de otra edad, el «sistema» de explotación del suelo en dos partes, el sistema «dominical», marcó toda la primera mitad de la Edad Media. De todas formas, era el resultado de los problemas de explotación planteados al amo por un esclavismo en decadencia y unas posesiones dispersas.

Tres tipos de solución fueron aportados de manera casi simultánea en el norte de la Galia y en la Italia lombarda. El primero fue la parcela roturada llamada *akker* en flamenco (probablemente la vieja palabra latina *ager*), situada en una zona inculta cuyos fuertes ingresos silvopastoriles iban directamente al propietario; en Italia se les llamaba «*curtes* pioneras». El segundo caso consistía en masas importantes de tierras arables, reagrupadas por compra o intercambio, llamadas en Flandes *kutter* (en latín, *cultura*, cultivo), pertenecientes al mismo dueño que poseía tenencias dispersas en la zona boscosa o pantanosa donde los colonos estaban unidos entre sí por usos comunitarios. El aprovechamiento de la parte central se hacía en explotación directa por esclavos (*mancipia*) y con la ayuda de algunos días de trabajo anuales de los tenentes. Este vínculo entre la parte señorial, la «reserva» y las tenencias, era aún más claro en el tercer tipo «dominical» que deriva de él. Estas *curtes*, llamadas *gewanne* en Flandes, estaban muy próximas al hábitat del señor. La reserva comprendía amplias parcelas dedicadas a la cerealicultura, llamadas también *condominae* (pertenecientes al dueño). Los esclavos y los tenentes la trabajaban, estos últimos en función de un número importante de días de «corvea», a menudo de uno a tres por semana. En este último caso se trata cada vez de tierras pesadas, compuestas por aluviones fluviales o limos, que necesitaban el empleo del arado de ruedas con reja de hierro.

Además, este nuevo sistema de aprovechamiento de un gran dominio por bipartición parece desarrollarse en la misma época al sur y al oeste de Inglaterra. Las leyes de Ina, a fines del siglo VII, describen, en efecto, grandes dominios donde señores laicos habían recibido el usufructo de tierras ocupadas por tenentes. Se trataba de tierras que estos últimos habían roturado. Estos *gesiths* eran considerados colonos libres. A menudo eran confundidos con los *geburs*, esclavos *casad* en el mismo tipo de

tierras que las de los *gesiths*, que llevaban el nombre de *gesithland, gafolland* («tierra que paga el impuesto») o incluso *outland* («tierra del exterior»), por oposición a la *inland*, la tierra interior, reservada al dueño. No se puede precisar si la corvea en la reserva era impuesta a los tenentes, pero ciertamente pagaban tributos y antiguos impuestos al señor. Grandes probabilidades inclinan pues a pensar que el sistema del *manor*, como se le llamó más tarde, fue creado poco antes de la proclamación de las leyes de Ina, rey de Wessex.

¿Cuándo y cómo fue inventada esta unión orgánica por medio del tributo en días de corvea entre la reserva y las tenencias? El segundo tipo de gran dominio, con parcelas instaladas en amplias llanuras, parece haber sido inaugurado en los dominios imperiales de África en el siglo II. Los colonos poseedores de tenencias debían al intendente de uno a seis días de trabajo cada año. En un solo dominio de la Iglesia de Ravena, a finales del siglo VI, tres tenentes estaban obligados a cumplir uno a seis días de corvea a la semana. Pero esto parece absolutamente excepcional. La generalización del principio fue probablemente obra de Dagoberto, entre el 623 y el 635, cuando confirmó las leyes de los alamanes y los bávaros. Estableció que en todos los dominios fiscales y eclesiásticos los esclavos debían hacer tres días de corvea a la semana en la tierra del dueño, la reserva, mientras que los colonos, además de pagar los tributos habituales, debían cumplir un trabajo a destajo, llamado más tarde *riga* (raya o surco de labranza), en los campos, prados y viñas del propietario. Así, mientras que era normal hacer trabajar a los esclavos reales en el dominio, como antaño, la extensión de los tributos en trabajo a los colonos creó un nuevo sistema de explotación de las tierras que paliaba la insuficiencia de la mano de obra servil e intentaba reemplazarla por un colonato en el que se mezclaban los antiguos esclavos, los libertos, los antiguos libres y los nuevos libres. Estas tres soluciones evolutivas

se extendieron entonces, gracias a su flexibilidad, de manera diferente según las regiones. Mientras que en Austrasia los nobles aprovecharon la decadencia del poder real para desarrollar la corvea privada en sus propias tierras, el tercer tipo de gran dominio se desarrolló mejor, gracias a la fuerte autoridad del jefe de guerra sobre sus *servi ministeriales*, sus acompañantes más o menos libres, a los cuales convertía en sus administradores. La ley de los alamanes, puesta de nuevo por escrito en 717-719, y la de los bávaros, 744-748, demuestran la extensión de estas grandes propiedades y el agravamiento de las corveas que pesaban sobre los colonos. Es probable que en Wessex ocurriera lo mismo. En cambio, en la Italia padana y en Sabina, el segundo tipo de gran dominio, con unas relaciones más o menos laxas entre la reserva y las tenencias, fue mucho más corriente a causa del dinamismo de la conquista agraria en células dispersas. Por doquier, en la Galia meridional, la Hispania del noroeste, y la Italia central y meridional, el primer tipo, los campos creados en el *saltus*, es decir, en el fondo del viejo gran dominio de la Antigüedad tardía, se perpetuó, multiplicándose, como lo demuestran los topónimos *herm* y *hermas* en Aquitania y en Galicia. En resumen, esta «invención» de un gran dominio bipartido dio sus mejores resultados fuera de los territorios de la vieja Romanidad, allí donde la distinción entre esclavo y libre era vaga, y sobre todo allí donde el dueño tenía fuerza guerrera a su disposición: entre los lombardos, los francos de Austrasia y los anglosajones.

El tercer tipo, llamado *villa* en nuestros documentos, era una explotación agrícola que, sobre todo en el caso de los reyes y los eclesiásticos, intentaba crear grandes conjuntos macizos, mediante una operación de concentración de tierras, en los que las tenencias estaban lo más próximo posible a la reserva para facilitar la prestación de corveas por parte de los tenentes. Su superficie era de al menos cien hectáreas y llegaba a alcanzar

algunos miles. Agrupaba en la reserva, llamada entonces manso señorial, grandes parcelas de tierras arables, prados, bosques y zonas no cultivadas, sin olvidar las viñas. Los edificios de la explotación, la *curtís,* se encontraban allí junto con los graneros, las bodegas, los molinos, etc. La mano de obra de esta reserva estaba compuesta por esclavos que vivían en casas cerca del patio. Otros eran dotados de tierras (*casati*) en mansos vecinos (mansos serviles) que cultivaban para cubrir sus propias necesidades, pero constantemente eran llamados por el dueño o su administrador para realizar trabajos en la reserva. Ahora bien, como no bastaban en el momento de los grandes trabajos: labranzas, siegas de heno o cereal y vendimias, entonces era preciso llamar a los colonos detentores de mansos llamados *ingenuiles* (= libres) y que de alguna manera pagaban el alquiler de su tierra con trabajos de distinta especie. O bien trabajaban un lote de tierra de la reserva, el *ansange,* o eran obligados, como en Saint-Bertin, a hacer corveas de *riga,* es decir, a labrar un cierto número de rayas o surcos. En otros casos, debían un cierto número de días o de «noches» de trabajo en la reserva: reparar los setos, conducir cargamentos de vino o trigo hasta un lugar preciso, y las mujeres hilar o tejer en el gineceo, es decir, el taller de la reserva. Por último, cabe añadir los tributos en especie o en dinero que existían por doquier y en todos los tipos de gran dominio: huevos, capones, tablillas o chillas, lechones o trozos de tocino, o algunos denarios para el censo o el rescate de cualquier vieja prestación. Este sistema nos es revelado sobre todo por los grandes polípticos del norte de Francia: Saint-Germain-des-Prés, Saint-Bertin, Saint-Rémi de Reims, Montierender y Prüm, en suma, en la región comprendida entre el Sena y el Rin.

Pero tras la aparente simplicidad del sistema se esconde de hecho una gran complejidad y grandes variantes de un dominio a otro. Este régimen no fue jamás conforme al modelo teórico.

En el políptico de Saint-Germain-des-Prés, escrito a principios del siglo IX, la superficie en tierras arables de los mansos serviles varía de 0,25 ha. a 9,25 ha. y la de los mansos libres de 1,50 ha. a 15 ha. Si ciertos mansos eran ocupados efectivamente por una sola familia, otros estaban repartidos entre varias parejas, ¡mientras que numerosos mansos solo eran ocupados por un único colono y otros estaban registrados como vacíos! Además, ciertos mansos serviles estaban en manos de libres y viceversa. Por esto, los tributos se desplazaban del tenente al manso y este, fuese cual fuese su estatuto, debía pagarlos. Esto explica la uniformización de la condición campesina alrededor del colonato y la aparición de la dependencia intermedia que solo podemos calificar de no libertad. Estas disparidades, incluso en el interior de la región que vio florecer el gran dominio clásico bipartido, solo pueden explicarse por la dificultad que encontraron los dueños para imponer su sistema, hacer desplazarse a los campesinos hacia mansos que no querían y suscitar las iniciativas de tenentes que preferían, más que ampliarse, permanecer en un manso dividido por el juego de las herencias. La resistencia de los campesinos a esta reorganización fue la causa de estas variantes innumerables.

Por eso, este «sistema» solo estaba próximo a la ejemplaridad en regiones recientemente conquistadas para el cultivo, cuyos mansos y reservas habían sido previstos y creados desde el principio de manera mucho más amplia y compacta, como en el norte de la Francia occidental o bien en las tierras nuevas de Baviera o de Franconia. En otras partes la concentración necesaria jamás pudo lograrse, y a menudo el vocabulario que designaba las antiguas parcelas aparece como una filigrana. En el Beauvaisis, por ejemplo, ¡vemos un vasto huerto (*seticus*) convertido en reserva! A pesar de estas dificultades, esta organización «dominical», con su vínculo orgánico entre la reserva y los mansos, se difundió a través del reino carolingio, adaptán-

dose a las situaciones locales. En Saint-Rémi de Reims, se dejó fríamente fuera del sistema a algunos campesinos llamados *forenses*. En el Maine, Anjou y Touraine, las viejas parcelas creadas a partir de roturaciones hechas por esclavos fueron transformadas en mansos. Basta revisar todos los diplomas reales emitidos por Carlos el Calvo para darse cuenta de que, durante su reinado, este régimen de organización del suelo había alcanzado los territorios entre el Sena y el Loira. Pero su frontera no llegaba hasta la Bretaña, no traspasaba el Loira; llegaba a Cosne, evitaba el Morvan y en Borgoña no se aventuraba más allá de Macón, mientras que caracterizaba el centro y el norte de la Lotaringia. Esta expansión corresponde exactamente a la zona cubierta por las *missatica*, donde la autoridad carolingia fue más fuerte. Sin duda alguna, la difusión de este tipo de gran propiedad fue estimulada por el poder político, quizá con el propósito de armonizar los recursos fiscales y eclesiásticos; y en consecuencia, los de los nobles que servían al Estado carolingio. Las ventajas económicas que se obtenían eran tales que todo debía ser intentado para obtener su generalización. No concluyamos por ello que este sistema cubría todo el territorio, ya que tenemos numerosas pruebas de que la pequeña propiedad seguía siendo mayoritaria incluso en estas regiones. Simplemente, era un instrumento político para organizar las estructuras gubernamentales: avituallamiento de las tropas, beneficios para los vasallos, honor para los condes, alimentos para los pobres, etc.

Allí donde la influencia política de los reyes era directa, este tipo de dominio se reforzó. Esto está claro para la Inglaterra sajona, donde, tras las luchas contra los daneses, el *manor* inglés estrechó los lazos entre la reserva y las tenencias. En un dominio de Hampshire, los *ceorls* que detentaban *hides* entregaban al señor cuatro denarios por año y por *hide*, cerveza, trigo y cebada; labraban alrededor de una hectárea de la reserva y la sem-

braban con su propia semilla, segaban menos de una hectárea de prado y estaban obligados a presentarse en la reserva cada semana para cumplir corveas (excepto tres veces al año). Sin embargo, antes solo los *geburs* y los *gesiths* eran requeridos de esta manera. En cambio, cuando el poder real era indirecto, especialmente en los virreinos, vemos desaparecer este tipo carolingio de gran dominio y reaparecer los dos primeros. En Aquitania, las grandes propiedades comprendían varias tierras que se explotaban directamente, llamadas mansos señoriales o *capmansos*, y numerosos mansos dispersos, a menudo muy lejos de los primeros. No existía ningún vínculo entre los primeros y los segundos. Asimismo, en Germania, la *curtís* era con frecuencia solo un centro de percepción de tributos. La yuxtaposición de dos sectores, reservas y tenencias, se percibe también en las zonas italianas de roturación: baja llanura del Po y Sabina. En otras partes, eran los esclavos quienes trabajaban en la reserva, y en las tenencias lo hacían campesinos libres, contractuales, los *libellarii*, que debían entregar una parte de la cosecha al dueño y a veces uno o dos días al año de corvea. Italia poseía un sistema de grandes dominios mucho más flexible que el de Francia. La *casa colonica*, la tenencia campesina, jamás estuvo superpoblada porque no se hizo ninguna tentativa de concentración o reagrupamiento de tierras. La resistencia de los campesinos era más grande y el poder político más débil.

LOS NUEVOS INTERCAMBIOS

Ahora es posible observar el desplazamiento de la economía local hacia la renaciente economía de los intercambios, particularmente en las zonas esenciales: llanura del Po, Francia, Frisia e Inglaterra, y comprender también cómo pudo desarrollarse una economía de mercado rudimentaria, bien sea gracias a la renovación urbana o mediante un sistema monetario que su

uniformó en todo el mundo europeo conocido, con nuevos circuitos internacionales.

Remodelar la ciudad

Una de las primeras tareas de Carlos Martel fue facilitar, con el capitular del 744, la creación de mercados rurales en cada *vicus*. Se multiplicaron rápidamente. Allí se intercambiaban productos de primera necesidad con una única monedilla, el denario (*per denarata*), expresión que ha dado la palabra francesa *denrée* («producto»), lo que se compra con un denario. Su éxito fue tal que Carlos el Calvo, en el 864, intentó limitar su número. Otros mercados aparecían al lado de las ciudades, en particular las ferias de vino, como las de Troyes, Chappes, cerca de Bar-sur-Seine, y Saint-Denis, que se abría cada año el 9 de octubre. En Germania, los reyes multiplicaron las autorizaciones para crear puertos y mercados. Un poste de madera (*stapl*) era clavado en las proximidades de una fortificación circular de tierra, como los *grods* eslavos, o de un emplazamiento urbano antiguo, o incluso en una playa. De ahí viene el nombre del puerto de Étaples y la palabra «etapa», que significaba primitivamente lugar de intercambio. El fenómeno era tan generalizado, que solo puede ser una prueba suplementaria del aumento de la oferta de productos para intercambiar.

Esto repercutió en las ciudades. Recordemos el número de iglesias, catedrales y abadías construidas o reconstruidas en los siglos VIII y IX. Tras el concilio de Aquisgrán, se organizó la vida canónica: fue necesario acondicionar en el interior de cada ciudad episcopal un claustro y casas para los canónigos. Esto desembocó en un auténtico remodelaje de las ciudades antiguas. A menudo, en esta ocasión, la vieja muralla del siglo III fue abatida y sus piedras utilizadas para construir nuevos edificios. Además, el cambio de liturgia implicaba la desaparición de múlti-

ples santuarios temporales merovingios a fin de reagruparlos en vastas naves. En Lyon, Leidrade reparó los techos de Saint-Jean y de Saint-Etienne, amplió su palacio episcopal, edificó el claustro canonical y restauró dos iglesias y tres monasterios. Metz, Arras, Reims, Le Mans y Vienne estaban visiblemente en pleno crecimiento. Arrabales poblados por mercaderes nacían en el exterior de las antiguas murallas. Metz poseía veinticuatro iglesias, de las cuales diecisiete estaban fuera de los muros. Pronto un frenesí de grandeza sacudió a los constructores de iglesias. Mientras que las iglesias merovingias superaban solo excepcionalmente los 20 metros de largo, la primera iglesia de Reichenau, que tenía 21 metros en el 724, pasó a 43 metros en el 746. Saint-Just de Lyon, reconstruida por Agobardo, alcanzó más de 60 metros de largo. La catedral de Colonia, empezada en el 800, llegaba los 94,5 metros; Fulda, tenía 39 metros en el 744, y en el 842 había pasado a 98 metros. Finalmente, Saint-Gall, según su plano y las excavaciones, batía el récord con 102 metros. Luego, hacia el 820-830, esta carrera hacia el gigantismo se detuvo por falta de nuevos medios financieros. La catedral de Hildesheim, construida entre el 852 y el 872, solo tenía 60 metros. Todo esto revela la misma dicotomía que hemos encontrado varias veces: expansión hasta mediados del siglo IX y luego recesión.

Las ciudades antiguas se despertaban. En Roma, los papas restauraron o reconstruyeron más de una veintena de iglesias, desde Adriano I, muerto en el 795, hasta León IV, muerto en el 852. En los reinos hispánicos astur-leoneses, desde Ordoño I, hacia el 860, hasta Ramiro II, hacia el 940, veinticuatro ciudades recuperadas a los musulmanes fueron enteramente repobladas con cristianos descendidos de las montañas, en particular Astorga, Burgos y Ávila. En Inglaterra, las antiguas ciudades romanas se habían convertido todas en obispados: Canterbury, Rochester, Londres, Winchester, Dorchester, Leicester y York.

Pero, a partir del reinado de Alfredo, fueron pronto superadas por los puertos, los *wic* y sobre todo los *burhs,* a la vez ciudades y mercados fortificados. La aparición de ciudades nuevas fue también característica del norte de Francia. En la desembocadura del Aa, a partir del puerto, y al pie de dos abadías, Saint-Bertin y Saint-Omer, se desarrolló una aglomeración comercial. En el Escalda, alrededor de los monasterios de Saint-Pierre, en el monte Blandin, y de Saint-Bavon, a partir de un castillo construido en el 900, nació poco a poco Gante, y más arriba, en un fisco imperial, Valenciannes. Ratisbona, cuyo obispado fue creado en el 739, incorporó más adelante, en el 917, el barrio de Saint-Emmeran y el de los mercaderes a su núcleo primitivo.

Esta recuperación fue evidentemente frenada por las invasiones escandinavas. Quienes habían practicado importantes brechas en las murallas galo-romanas debieron darse prisa en taponarlas. En el 869, Carlos el Calvo ordenó fortificar las ciudades. Primero se rodeó a los arrabales con empalizadas y castillos de madera, luego un muro de piedra circundó Saint-Vaast en Arras, Saint-Rémi en Reims y Saint-Martial en Limoges. En Saint-Omer, las dos abadías fueron unidas por una sola muralla a partir del 879. El obispo de Metz reconstruyó la muralla romana y englobó una iglesia exterior. En Troyes, tras el incendio del 887, la población se agrupó dentro del recinto galo-romano, que fue reedificado. En Provenza, en cambio, las pérdidas fueron muy claras; ciertos arrabales y algunas ciudades, como Fréjus o Cimiez, se vaciaron. Lo mismo ocurrió en los puertos germánicos, que tenían construcciones de madera dispersas a lo largo de la orilla: Hamvih, Quentovic y Duurstede, donde los incendios y los pillajes fueron desastrosos. Todos terminaron por ser completamente abandonados, a pesar de algunas recuperaciones después de los pillajes, por la razón esencial de que eran ciudades de crecimiento rápido creadas solo por una ex-

pansión de tipo primitivo y que no estaban sostenidas por construcciones sólidas. A principios del siglo X, ya habían desaparecido, de la misma manera que Haithabu fue abandonada poco a poco, a pesar de sus espesas murallas de tierra, en provecho de Slesvig, obispado y verdadera ciudad nueva. En total, pues, el despertar de las ciudades había sido frenado. Pero la mayor parte de los progresos realizados fue conservada y el estancamiento que siguió no puede ser asimilado a un retroceso.

La supresión del oro

En este primer y breve sobresalto urbano, como en la recuperación o innovación de los intercambios, el papel del instrumento monetario parece haber sido capital. Después de una vuelta atrás, exige una investigación precisa.

En primer lugar, la picota deflacionista impuesta por el sistema monetario del Imperio Romano tardío desapareció ya en el siglo VII, por iniciativa de los dinámicos mercaderes frisones y anglosajones. Para comprar los productos pesados o ligeros de consumo corriente que ellos ofrecían, el patrón oro resultaba cada vez más incómodo. En efecto, después de que los monederos de Duurstede hubieran acuñado imitaciones de *trientes* merovingios, hacia 630-650, el retroceso de la influencia franca permitió a los frisones innovar. Casi al mismo tiempo que sus rivales anglosajones, entre el 650 y el 660, emitieron monedas de plata llamadas *sceattas*, del viejo inglés *sceatt* (en alemán *Schatz*, tesoro). Algunas llevaban a veces inscripciones rúnicas. La zona en que fueron descubiertas estas monedas corresponde exactamente al área de influencia comercial de los frisones hacia el 730-740: Inglaterra propiamente dicha, el norte de la Galia, el Mosa, el Rin, Frisia y Dinamarca. Alcanzaban a veces la desembocadura del Loira y la Gironda e incluso Provenza. Por eso, ante un éxito tal, el reino merovingio, gracias a la apertura

de las minas de plata de Melle, en Poitou, lanzó a su vez una moneda de plata: el denario. Su peso era aproximadamente de 1,23 gramos y acabó por eliminar las antiguas monedas de oro, que por otra parte eran devaluadas sin cesar. Las últimas fueron acuñadas en Marsella hacia 690-700, mientras que el denario apareció hacia el 670. Finalmente, solo al-Andalus y Lombardía conservaron el patrón oro. La primera acuñó dinares de oro, análogos por su peso y sus títulos al *nomismon* bizantino; la segunda, cuyo monopolio real estaba intacto, continuó acuñando el oro a causa de sus lazos económicos con Bizancio. En efecto, mientras que las monedas bizantinas desaparecen después del 670 de los tesoros descubiertos en la Galia, aún están presentes, después de esta fecha, en los encontrados en la llanura del Po.

Las ventajas de la nueva moneda de plata eran numerosas. Por su poder de compra inferior a la de oro, gracias a la relación de uno a doce entre el precio de los dos metales, la de plata permitía procurarse cantidades más pequeñas de mercancías. Mientras que el sueldo o el tercio de sueldo obligaban al campesino a vender sus excedentes de trigo en grandes cantidades para pagar el impuesto, a partir de entonces con un denario podía procurarse un cerdo o el moyo de trigo que le faltaba. En tanto que en el siglo VI la utilización del oro monetarizado tan pronto hundía brutalmente los precios como los hacía subir vertiginosamente, caricaturizando los azares de la coyuntura, a partir del siglo VII la moneda de plata permitió a los precios subir o descender más lentamente, en función de una demanda mejor repartida en el tiempo y en el volumen. En fin, la pérdida en poder adquisitivo de la unidad monetaria quedaba ampliamente compensada por la ganancia en número de usuarios de la nueva moneda. Ciertamente, el denario no permitía comprar un huevo o un pan, puesto que ningún submúltiplo fue acuñado. Pero no estaba ahí el problema de la sociedad de la época,

cuyos gastos se hacían a nivel de un hogar familiar muy amplio o mediante trueque. Lo importante era el acceso a la economía monetaria de toda una masa de productores y consumidores para su propio uso. En consecuencia, el *sceatta* y el denario permitieron un aumento ciertamente importante del volumen de los intercambios, del número de clientes y de la velocidad de circulación de las monedas. Por eso sus cantidades fueron insuficientes, como permite constatarlo su devaluación continua durante la época de los primeros carolingios. Pero al mismo tiempo, esto demuestra que la deflación había cedido definitivamente el paso a la inflación y que la expansión acababa de empezar realmente.

Aquí también fue decisiva la acción de Carlomagno, aunque no hiciera más que generalizar soluciones anteriores. Antes de Pipino el Breve, el denario se devaluó y cayó a 1,10 gr. El primer gesto del rey fue volver a ocuparse de la acuñación monetaria y emitir monedas de calidad. En el 751 apareció un nuevo denario, de 1,23 gr. A partir de entonces fueron precisos 12 denarios, y ya no 40, para completar un sueldo. Luego, mientras el rey se esforzaba por hacer desaparecer las acuñaciones privadas, el denario pasó a 1,30 gr. Convertido en dueño de Italia, Carlomagno eliminó la moneda de oro como patrón. Por último, en 793-794, por el capitular de Frankfurt, decidió imitar el denario de Offa (*penny*) y lanzó una nueva moneda con un peso de 1,70 gr. Esto coincidía con la refundición de todo el sistema de pesos y medidas. El «grano» de cebada, unidad de peso germánica, fue sustituido por el grano de trigo, unidad de peso romana, que pasó así de 0,048 gr a 0,053 gr y de este modo la libra-peso fue elevada a 409 gr. Al mismo tiempo apareció una nueva unidad monetaria, el óbolo, que valía medio denario. Durante el reinado de Luis el Piadoso, hacia 829-835, una nueva revaluación situó al denario en 1,75 gr. Luego, durante el de Carlos el Calvo, aunque el monopolio completo de la acuña-

ción monetaria había sido recuperado, para suprimir la falsificación el rey intentó, con el edicto de Pitres del 864, concentrar las emisiones en solo nueve talleres. Asimismo, el denario fue llevado de nuevo a 1,50 gr. Pero la reforma fracasó y durante el reinado de sus sucesores reapareció insensiblemente la devaluación en el peso. En el siglo X, los denarios de tipo inmóvil de Carlos el Calvo pesaban alrededor de 1,30 gr. La acuñación privada reapareció en Corbie hacia 884-887 y hacia 900-910 con el monedaje de los duques de Aquitania; y los príncipes territoriales hicieron otro tanto. En cambio, el Imperio Otónida y el reino anglosajón continuaron centralizando la acuñación monetaria, conservando así el sistema carolingio.

Triunfo de la plata

Este breve esbozo de la evolución monetaria merece ser explicado. El triunfo del monometalismo de la plata era deseado. Su débil poder de compra permitía la multiplicación de los mercados rurales. Además, estos denarios fueron acuñados en inmensas cantidades. Jan Dhondt ha destacado que los 230 000 *dirhams* de plata descubiertos en Escandinavia y en Rusia corresponden al capital de una media docena de mercaderes «varegos» o «rusos» y que las 60 000 libras de plata de los *danegelds* entregadas a los vikingos por Carlos el Calvo representaban la colecta de 14 400 000 denarios. El estudio de los troqueles es aún más revelador. A partir de 5000 troqueles encontrados y utilizados en los talleres del rey Burgred de Mercia (852-874), fueron acuñados más de cincuenta millones de *pence*. El tesoro de Ide, fechado en el 850 y descubierto en los Países Bajos, demuestra, a través de sus 112 denarios, una circulación de al menos diez millones de monedas. Estamos, pues, en un período de recuperación económica, porque el aumento del número de monedas debió corresponder al de la oferta en los mercados. Pero entonces, ¿por qué, en estas condiciones,

fue revaluado el denario en dos ocasiones? ¿No era volver a una política monetaria deflacionista que hacía peligrar el despertar económico? Quizá se trataba de una consecuencia de las variaciones de precios de los metales preciosos en el mercado internacional. La relación entre el oro y la plata era, en Occidente, de 1 a 12. En el Oriente bizantino y musulmán, que emitían sueldos de oro y *dinares* de oro, luego en al-Andalus, que a partir del 929 sustituyó el *dirham* de plata por el *diñar* de oro, el Estado hacía subir los precios del metal oro a expensas de la plata. Los precios del metal plata eran pues más bajos en Oriente que en Occidente. Los mercaderes internacionales, italianos o judíos, que frecuentaban Alejandría, podían entonces hacer dos tipos de especulación. O bien compraban plata en una relación de 1 a 15, por ejemplo, y la revendían en Occidente para acuñar denarios en una relación de 1 a 12, de modo que, antes de la reforma del 794, ganaban en peso de plata y en número de denarios, o bien preferían importar *dinares* y venderlos al precio internacional, a cambio de metal plata a precio europeo, que era más elevado. Ganaban entonces con la diferencia del precio del metal plata entre Occidente y Oriente. Los emperadores carolingios, que tenían horror a la especulación, preferían en estas condiciones equiparar el valor nominal del denario con el valor intrínseco de la plata y entonces revaluar. Esta política no frenó en nada los intercambios, a pesar del aumento del poder de compra, porque temporalmente la moneda de oro, gracias a estos intercambios, reapareció para transacciones muy grandes.

En efecto, aparte de algunas piezas de oro de prestigio emitidas en el 814 y el 815 por Luis el Piadoso, sabemos que en Italia, Francia e Inglaterra circulaban monedas de oro llamadas *mancusi*. Eberardo, marqués del Friul, en su testamento, fechado en el 838, legó cien *mancusi* a uno de sus hijos. Offa (757-796) había acuñado monedas de este tipo. Se trataba de

una imitación del *diñar* musulmán. Por otra parte, la palabra árabe *manqush* significa «grabado». Esta circulación de monedas de oro probablemente quedó reducida a las personalidades más ricas del Imperio, y fue más a menudo tesaurizada que puesta en circulación. De todos modos, estas monedas, según las menciones de los textos y los hallazgos, corresponden a la zona de los intercambios comerciales más intensos de la época: el eje Italia, Frisia, Inglaterra. Pero los descubrimientos son muy poco numerosos. Sobre treinta y seis hallazgos, solamente seis conciernen el período 750-850. Delimitan pues la misma época de prosperidad que hemos señalado, en la que la cantidad de productos para intercambiar hacía preciso el retorno al oro en ciertos casos. Otros siete hallazgos, del 880 al 950, efectuados en las costas, provienen de los pillajes de los vikingos. Así pues, la aportación del oro musulmán jugó un papel muy débil en la economía carolingia, el de simple apunte y anuncio del papel que jugará en los siglos XII y XIII. Además, cuando la plata musulmana dejó de llegar a Escandinavia, las monedas de plata inglesas y carolingias, raras en el siglo IX (102 en Escandinavia y 115 en Polonia), se convirtieron entonces en mayoritarias. Nos encontramos, pues, en plena génesis de una zona monetaria de plata que salía a la conquista de mercados extranjeros.

Instrumento de expansión, el denario era también un instrumento político. Carlomagno y Luis el Piadoso utilizaron a fondo una iniciativa de Dagoberto y san Eloy: la moneda acuñada en palacio. Se trataba de centralizar las emisiones monetarias a fin de que el fraude fuera nulo. Esta acuñación fue practicada hasta el reinado de Eudes, incluido, y quizás aún más tarde. Los lugares donde las monedas han sido descubiertas muestran claramente las zonas más importantes en el plano comercial: la Francia al norte del Loira, Frisia e Inglaterra. Carlos el Calvo, con su edicto del 864, quiso concentrar los talleres, además del

palacio, en Quentovic, Ruán, Reims, Sens, París, Orléans, Chalon-sur-Saóne y Melle (donde se encontraban las minas de plata). He aquí las grandes metrópolis económicas del reino de Francia occidental, a las que haría falta añadir los puertos del Mosa y el Rin. El estudio de la circulación de las monedas de Carlos el Calvo demuestra, en efecto, que en todo el reino predominaba la circulación local, excepto en la Francia propiamente dicha, del Sena al Rin. Por Ruán, Quentovic y Duurstede llegaban las monedas de Aquitania, Inglaterra e Italia. Ninguna venía de Lotaringia o Germania, donde aún no habían talleres de acuñación. En cambio, las monedas acuñadas en Francia inundaron literalmente los países renanos, Neustria y Borgoña. Además, el 20 por 100 de esta circulación estaba constituida por óbolos, prueba de las numerosas pequeñas transacciones. Así, podemos confirmar la importancia económica de esta región, verdadero centro de gravedad político, agrícola y comercial del Imperio Carolingio.

Quedan entonces los países que no acuñaban moneda: el norte de Hispania, Irlanda, Escocia y Escandinavia. Los vikingos fueron durante mucho tiempo reacios al instrumento monetario y sus primeras monedas datan, de hecho, del siglo X. Pero en realidad, el trueque fue influenciado por la proximidad de las monedas robadas. Los vikingos utilizaban láminas de plata, de peso idéntico, denominadas plata cortada (*hacksilber*). Otros utilizaban collares de plata marcados con una señal regular y que se rompían pieza a pieza según las necesidades. Exigían que el *danegeld* les fuese entregado en lingotes de plata tras la fundición de las monedas. La economía escandinava estaba, pues, en camino de imbricarse en la de la Europa del norte. Pero entonces, ¿por qué recurrieron a los *raids* de pillaje en lugar del comercio? La única hipótesis que permite explicar la multiplicación de los *raids* después del 840 es la siguiente: a falta de medios de intercambio para compensar sus compras de trigo y

vinos, los vikingos acabaron por tomar la plata allí donde la encontraban. La *razzia* tuvo como finalidad paliar sus carencias en un gran comercio que no dominaban, al contrario de los varegos, que consiguieron imponerse pacíficamente en Rusia. Los vikingos obtuvieron por la fuerza lo que el freno de la expansión ya no podía procurarles mediante el trueque habitual. En efecto, la desaparición del oro en el momento álgido de sus expediciones y la devaluación del denario a partir del 864, son el reflejo de una disminución de los intercambios y de una inversión de la tendencia en el precio del metal plata, que volvía a aumentar.

Las nuevas vías comerciales en los siglos VII y VIII

El viejo comercio mediterráneo continuó en el siglo VII, pero cambió de naturaleza y redujo su alcance. Los productos de lujo (seda, especias, incienso y perfumes) aún eran importados, sin ignorarlas mercancías básicas exportadas: la madera, el *garum*, los esclavos, etc. Pero el aceite de oliva y el papiro desaparecieron, sustituidos por la cera para la iluminación y el pergamino. Las rutas marítimas se habían desplazado con la integración del reino lombardo en la cristiandad y la irrupción del Islam: el periplo hispánico se convirtió en episódico, Cartago ya no servía más como escala, Narbona y Marsella desaparecieron como puntos finales de las rutas bizantinas. Incluso si las relaciones con Alejandría se mantuvieron, de hecho el sector occidental del Mediterráneo sufrió una disminución del tráfico debido al incremento de la piratería musulmana, en provecho del mar Tirreno y de los pasos alpinos que fueron abiertos de nuevo por los lombardos. A partir de 630-640, la ruta de Provenza por el Ródano, el Saona, el Mosa y el Rin quedó cada vez más eclipsada por la del Po, los pasos alpinos y el Rin. Mientras que los mercaderes anglosajones y los peregrinos aparecían en este nuevo itinerario, los negociantes griegos y si-

rios desaparecieron en provecho de los judíos. En efecto, estos últimos mantuvieron el antiguo tráfico hacia África por la península ibérica, y hacia Oriente por Italia. Empezaron incluso a instalarse en las ciudades mosanas y renanas (Verdún, Maguncia) y entraron en contacto con los mercaderes francos que se internaban en búsqueda de esclavos y pieles más allá del Elba, en pleno territorio eslavo.

Esta aparición de nuevas rutas continentales correspondía a nuevas actividades marítimas, especialmente en el mar Tirreno. A partir del 680, los lombardos, haciendo retroceder a los bizantinos hacia las costas, desbloquearon el comercio interior. Mercaderes de Comacchio remontaban el Po e intercambiaban la sal de sus salinas y el pescado con el trigo del interior, pero vendían también pimienta y aceite, pruebas de un comercio aún más lejano. Los ciudadanos que habían huido de los lombardos desde fines del siglo VI, para vivir entre los pescadores en las lagunas, terminaron por fundar en el marco bizantino varias pequeñas ciudades, entre las cuales la situada en la isla de Rialto, Venecia, empezaba a convertirse en la más importante. En 726-727, como más tarde haría Ravena, Venecia eligió por primera vez a su duque, rebelándose contra la iconoclasia bizantina. El primer dogo, Pablo, y su sucesor Orso, no tardaron en extender su dominación marítima, mientras que sus marinos vendían madera y esclavos eslavos a los bizantinos y a los musulmanes. Venecia, gracias, por un lado, a sus relaciones continentales a través de Pavía y a las rutas alpinas, y, por el otro, a sus relaciones marítimas, se convirtió en un poderoso organismo económico en la desembocadura de la llanura del Po, cuyo progreso agrícola, interrumpido en los siglos V y VI, volvía a generarse. El desarrollo de Ravena y de su puerto, Classis, ahora lleno de arena, da testimonio de un primer intento debido a la Romanidad tardía. Más al norte, pero también más

cerca del paso del Brennero y de los territorios germánicos, Venecia sostuvo un segundo intento: este sería el bueno.

La situación era la misma al otro extremo de las rutas comerciales, pero menos madura. La progresión franca en dirección a Frisia y la llegada de los monjes y de los negociantes anglosajones cambiaron los ejes comerciales. Periclitó la vieja vía romana que pasaba por Boulogne, Thérouanne, Arras, Cambrai, Maastricht y Colonia, mientras que, en el Mosa, Verdún, Mouzon, Dinant, Namur y Huy se convirtieron en centros de intercambio tanto más importantes cuanto que eran la salida natural de los productos de los grandes dominios carolingios vecinos. En el siglo VIII, finalmente, el obispado de la región terminó por instalarse en Lieja. El eje mosano se hizo fundamental. A causa de esto se desarrollaron dos puertos. Los sajones de Quentovic en el Canche se habían convertido en cristianos hacia el 660, y la actividad de este puerto, así como la de Ruán, estaba cada vez más vinculada a Inglaterra, ya fuese en dirección a Hamvih, ya hacia las abras del estrecho de la Mancha y Londres. Relaciones cada vez más frecuentes animaban las costas de Irlanda, Inglaterra y el norte de la Galia, hasta el Poitou. Los productos intercambiados eran esclavos de las islas, vinos del continente, estaño de Cornualles, plomo de Melle, en el Poitou, y sal de la desembocadura del Loira. Quentovic era de alguna manera el punto de convergencia de todos estos intercambios con el mundo anglosajón. Pero sufría la competencia de una potencia marítima claramente superior, la de los frisones. Del Escalda al Elba, estos consiguieron dominar todas las costas y las desembocaduras de los ríos. Una vez vencidos y dominados por Carlos Martel, en el 734, prosiguieron sin embargo su expansión a partir de su principal *emporium*: Duurstede. Fundada probablemente a principios del siglo VII, entre los tortuosos Lek y Rin, se convirtió rápidamente en el punto de contacto de todos los negociantes venidos de Inglaterra, del

Rin o de Escandinavia. Con sus grandes casas de madera y sus desembarcaderos hechos de maderos puestos uno al lado de otro sobre pilotes, atrajo lo esencial de la vida marítima del mar del Norte e incluso del Báltico. Las excavaciones arqueológicas han demostrado la importancia de su comercio y, más allá de los productos clásicos ya mencionados, de la exportación de cristalerías renanas a Suecia, y de la producción y venta de paños de lana, llamados frisones porque justamente eran fabricados en el país. Incluso se han hallado tablas de toneles untadas con pez, prueba de un comercio de vino de tipo mediterráneo. La actividad de los frisones fue multiforme. Remontaban el Rin para comprar trigo en Maguncia y Worms; remontaban el Mosela hasta Tréveris, el Sena hasta Saint-Denis. En Inglaterra estaban presente en Londres y en York. En Escandinavia se instalaron en Ribé, en Haithabu, en el istmo danés y en Birka; en Suecia, cerca del lago Malar. Este embrión de red comercial evidencia que un nuevo espacio marítimo había nacido en torno al mar del Norte a partir de los grandes ejes fluviales reno-mosanos.

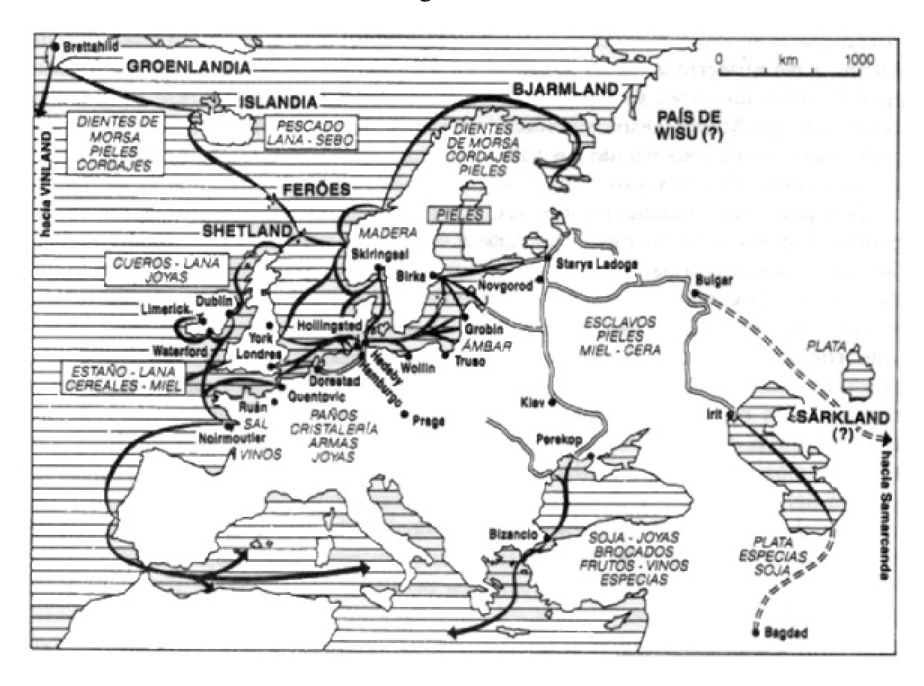
Nos podemos interrogar sobre las causas de este desarrollo, que apareció de pronto. Hemos visto sus bases humanas y económicas. Pero la innovación técnica fue ciertamente una de las claves de la expansión. A principios del siglo VIII, el uso de la vela cuadrada se había convertido en habitual en los barcos de remos frisones, lo cual liberaba espacio y mano de obra. Pero además, los frisones inventaron un nuevo tipo de barco en el curso del siglo VIII, la *houlke*. Este barco redondo con un mástil era capaz de soportar el oleaje de alta mar, tanto como remontar los ríos. A semejanza del barco descubierto en Utrecht, podía llevar diez toneladas de flete. Por tanto, esto constituía un primer progreso en relación a los tonelajes de la Antigüedad tardía. La potencia marítima frisona es pues la prueba del advenimiento de un nuevo espacio comercial marítimo en Europa

del norte y el signo de un desplazamiento del centro de gravedad de la civilización más allá de los antiguos límites del Imperio Romano. El gran eje económico europeo de Italia a los Países Bajos acababa de aparecer.

En los inicios del siglo IX*: ¿primera expansión?*

Podemos imaginar los circuitos comerciales de la Europa carolingia y otónida de la manera siguiente: todo gira en torno a dos grandes polos económicos: Venecia y Pavía al sur, y Quentovic y Duurstede al norte, hasta su destrucción. Entre ambos, los pasos de los Alpes eran, junto con los dos puertos nórdicos, los mayores peajes del Imperio, en los que se cobraba a su paso el 10 por 100 *ad valorem* de toda mercancía. El eje económico europeo estaba, pues, bien definido. El sector mediterráneo era activo sobre todo en el Adriático. Venecia acabó por eliminar a Comacchio y se apoderó de su monopolio de la sal. En el 883, acuñaba moneda y luchaba contra los esclavones, los croatas y los serbios paganos, a los que redujo en esclavitud y vendió a los musulmanes a pesar de las prohibiciones. Pero proporcionaba también madera para los talleres navales egipcios y armas. Dos mercaderes lo aprovecharon para robar, en el 828, en Alejandría, las reliquias del apóstol san Marcos, que se convirtió entonces en el patrón de la nueva potencia. En Bizancio vendían los mismos productos que en Egipto, además de trigo, y adquirían sederías y especias. Las ciudades de Campania hicieron lo mismo, aliándose incluso más claramente con los musulmanes vecinos. En cambio, del Tíber al Ebro, la guerra continua con el Islam y la piratería impidieron un comercio regular. Solo la ruta continental que atravesaba el Languedoc y los Pirineos occidentales u orientales permitía un comercio regular con al-Andalus. Judíos y cristianos vendían esclavos, en particular eunucos. En época de ‘Abd-al-Rahmán III, hacia el 930, Córdoba contaba con una guardia personal del califa formada

por catorce mil eslavos. Él mismo era hijo de una cautiva cristiana, de la que heredó los ojos azules y el pelo rubio. Los andalusíes compraban tambien pieles, armas francas y telas, y cedían a los cristianos perfumes, especias, sedas y cueros teñidos de Córdoba. En cambio, a pesar del *diñar* de Offa, no existe ninguna prueba de que hubieran relaciones marítimas continuadas de al-Andalus con Inglaterra.



Las rutas del comercio vikingo.

Para penetrar en Europa desde el Oriente lo mejor era, pues, salir de Venecia remontando el Po hasta Pavía, verdadera plataforma giratoria del comercio internacional, en dirección a Francia y Germania. Allí llegaban, desde los pasos alpinos, peregrinos anglosajones que iban en dirección a Roma, así como negociantes. Mientras que los venecianos acudían a buscar trigo y vino, los anglosajones les llevaban armas francas, pieles, caballos, paños de lana y lino, telas de cáñamo y estaño. Se iban, evidentemente, con productos orientales comprados a los venecianos. En el siglo X, este comercio continuaba con normali-

dad. Tres itinerarios posibles, después de los pasos alpinos, les conducían a Ruán, Quentovic o Duurstede y luego a Inglaterra. A lo largo del Rin se encontraban con los frisones, que remontaban el río halando sus navíos, a pie, por la orilla. Compraban el trigo de las llanuras germánicas, el vino de las laderas renanas y vendían *las pallia frisonica*, paños de lana teñidos de colores variados que anunciaban ya los célebres paños de Flandes del siglo XII. A su paso compraban cerámicas y muelas de molino de lava de Maguncia, para venderlas en Inglaterra y en Haithabu, y cristalerías de Colonia para Suecia. Las excavaciones arqueológicas de Duurstede han demostrado la importancia de las actividades de este puerto: tejidos, trabajo del hierro y del cobre, del hueso y el ámbar. El número de monedas francas que allí han sido descubiertas demuestra que su actividad aumentó regularmente desde Pipino el Breve hasta Luis el Piadoso; luego, durante el reinado de Lotario I, se produjo la ruina y a fines de siglo la desaparición.

Desde Duurstede se abrían dos grandes rutas comerciales. La primera bordeaba los *terpen* frisones y permitía alcanzar el istmo danés; luego, por tierra, el puerto de Haithabu, otro gran centro internacional. Por supuesto, los frisones venían a vender sedas, especias, vinos y otros productos occidentales, a cambio de pieles, cueros, ámbar, cera, miel e incluso mantequilla, que era transportada en tazones de esteatita. A partir de allí se podía ir de isla en isla hasta Birka, en Suecia, otro centro cosmopolita, o bien a Kaupang, en Noruega. Desde estos puertos, los escandinavos iban hacia las riberas sur del Báltico y penetraban en Rusia. Pero desde mediados del siglo IX, los vikingos, como hemos visto, cortaron claramente el gran comercio frisón, y las excavaciones arqueológicas muestran en todas partes su dominio en este sector y hasta en las costas inglesas e irlandesas. Las colonias danesas o noruegas de York y Dublín practicaron un comercio totalmente distinto orientado hacia Dinamarca e Is-

landia. En el siglo X llegaban a Dublín los esclavos y los vinos continentales, las pieles y los colmillos de morsa del cabo Norte y de Groenlandia, seda y especias procedentes del Báltico, a través de Rusia. Incluso llegaban a Londres telas de lana irlandesas.

El sector Duurstede-Londres, Quentovic-Londres y Ruán-Hamwih fue también muy activo, en particular para las exportaciones de vinos parisienses y de sal de la desembocadura del Loira. En contrapartida, los anglosajones exportaban estaño y telas. En resumen, se desarrollaron dos mundos marítimos que practicaban tanto el comercio pesado como el de objetos de lujo. El más joven, el espacio nórdico, parecía bloqueado por la desaparición en el siglo X de todos sus grandes puertos: Quentovic, Hamwih, Duurstede, Haithabu, Birka y Kaupang. Pero este retroceso solo era aparente, porque los sucesores de estos *emporia* demasiado jóvenes ya nacían desde mediados del siglo X. En cambio, el espacio mediterráneo, con Venecia, acababa de tomar una ventaja considerable que no disminuyó ni fue bloqueada.

Mercaderes aún al margen de la sociedad

Quien dice comercio dice mercaderes. Estos eran de todo tipo y muy difíciles de comprender, pues no interesaban mucho a los escribanos del mundo clerical. De la época precedente surgían los judíos, siempre intactos en sus comunidades del Languedoc y, entonces, también de la Champaña. Sus grupos más importantes estaban situados a lo largo de los grandes ejes comerciales: Narbona, Arles, Vienne, Mácon, Verdún, Troyes y las grandes ciudades renanas. Carlos el Gordo trasladó el de Lucca a Maguncia. Otro se estableció pronto en Magdeburgo, al extremo de la gran ruta continental que por Praga y Polonia alcanzaba Kiev. A principios del siglo X, en el peaje de Raffels-

tetten, en la confluencia del Enns y el Danubio, era habitual y de muy antigua costumbre que entrasen en el Imperio con convoyes de esclavos. Otros, llamados radaníes, castraban a los esclavos en Verdún y los expedían a al-Andalus, hacia Zaragoza y Toledo, o bien se embarcaban con su cargamento en dirección a Egipto. Estos mercaderes profesionales, cuidadosamente protegidos por los emperadores, a los que servían a veces como embajadores, eran ciertamente muy ricos. En el 877, Carlos el Calvo los gravó con el décimo del valor de sus mercancías, en contraste con otros negociantes a los que impuso solo un onceavo. Estos últimos eran sin duda de orígenes diversos, pero es preciso decir que destacan los frisones. Sus colonias estaban instaladas a lo largo del Rin, desde Birten hasta Estrasburgo, y a partir del siglo X en los ríos germánicos, en Hildesheim, Brunswich o Magdeburgo. Otros estaban implantados en Hamwih, York, Haithabu y Birka, en Suecia, pero solo permanecieron allí durante la primera mitad del siglo IX.

Estos pequeños comerciantes independientes fundaban barrios comerciales en el interior de las ciudades, las más de las veces a la orilla de los ríos. En Birka, como en York, ya se beneficiaban de un privilegio de extraterritorialidad. Los únicos rivales de los frisones eran los anglosajones, pero sus relaciones eran especialmente activas en Francia. Presentes en Ruán y Saint-Denis, los vemos también en la desembocadura del Loira. En el siglo X atravesaban los Alpes para comerciar en Pavía. Los mercaderes suecos y daneses de Birka y Haithabu frecuentaban sobre todo York y Duurstede. Pero eran menos numerosos y estaban menos especializados. Finalmente, no podemos olvidar a los mercaderes italianos y particularmente a los venecianos, «que no siembran ni labran» y que vivían únicamente del comercio. Esta afirmación es por lo demás completamente falsa: así, por ejemplo, el dogo Justiniano Partecipiazo, en su testamento del 829, nos dice que era un gran propietario y que ob-

tuvo de este capital territorial mil doscientas libras de plata que invirtió en los negocios marítimos. En el 840, Lotario I concluyó con los venecianos un tratado comercial de libre circulación en el interior de Italia que demuestra que ya estaban en vigor los contratos de *commenda,* que permitían acumular un capital mueble para el comercio marítimo. Por otra parte, los venecianos no estaban solos, ya que en los mercados interiores iban codo a codo con los mercaderes de Comacchio, Pavía, Cremona, etc. En el sur, gracias a sus contactos con Bizancio, salernitanos, amalfitanos y napolitanos se lanzaron también por las mismas rutas marítimas. No olvidemos tampoco las pléyades de comerciantes más o menos ocasionales, peregrinos al acecho de buenos negocios, vendedores ambulantes, carreteros, portadores de cargas dentro de caravanas y *ministeriales* de abadías encargados de cumplir ciertos pedidos a cuenta de Saint-Denis, Saint-Vaast de Arras o Saint-Germain de Auxerre. En el punto de unión de este pequeño y de este gran mundo social se encontraba el monedero, cambista y prestamista a menudo obligatorio.

Por otra parte, este gran comercio era organizado por los reyes y los emperadores. Carlomagno fijó los precios de los productos en el 794 y prohibió en el 805 la exportación a los eslavos de las corazas y las excelentes espadas francas. Luis el Piadoso, en el 825, eximió a los mercaderes de palacio del servicio militar y de las requisiciones y los peajes dentro del Imperio. Hemos visto el cuidado que se ponía en vigilar o prohibir el comercio de esclavos cristianos. Pero los emperadores lo hacían mejor cuidando la red de carreteras romanas, que lo necesitaban. Los *missi dominici* estaban encargados de vigilar que los puentes públicos y los albergues fueran reparados o reconstruidos. En el 821 debían obligar a los campesinos a reconstruir los doce puentes sobre el Sena (Pont-sur-Seine, más abajo de Troyes) que permitían ir de Meaux a Sens, luego a Troyes y, por lo

tanto, a las ferias vecinas. En el 853, Carlos el Calvo recordaba a los que habían recibido el usufructo de las tierras fiscales que debían prestar, a cambio, el servicio de reparación de carreteras. Así se explica, en particular, el excelente estado de conservación de las célebres «calzadas de Bruneguilda» en el norte de Francia. Pero también las invasiones danesas tuvieron resultados catastróficos para la red de carreteras, ya que el primer medio de defensa que se utilizó, a partir del 850, consistía en cortar los puentes e inundar las calzadas a fin de bloquear su penetración. Ahora bien, más tarde, la iniciativa privada sustituyó a la del Estado y la red de carreteras romana fue desmantelada, aunque otras rutas menos buenas aparecieron aquí y allá. Una vez más, encontramos un frenazo del comercio semejante al de la segunda mitad del siglo IX. De nuevo se trataba solo de un frenazo porque, a pesar de la presencia de los moros en Provenza, que cortaban de vez en cuando los pasos de los Alpes, Géraud d'Aurillac consiguió realizar siete veces el viaje de Lyon a Roma cruzando el Grand-Saint-Bernard.

A partir de entonces quedaba establecido el armazón económico y comercial de la Edad Media central. Solo experimentaría variaciones y desplazamientos ligeros. Fuesen cuales fuesen las consecuencias para la sociedad y la economía carolingia, de la ralentización del 850 al 950, los inicios de la expansión demográfica permitieron mejoras sociales como la desaparición muy lenta de la esclavitud, pero también mejores modos y métodos de cultivo de las tierras. Al menos en el gran dominio bipartido desarrollado en Francia, la producción agrícola, estimulada por un poder político preocupado por la rentabilidad y gracias a una contabilidad precisa, aumentó considerablemente. Permitió obtener excedentes que fueron la base de un primer despertar comercial al que ya no faltaron medios monetarios. Al mismo tiempo, las rapiñas guerreras, dentro y fuera del Imperio, permitieron esta primera «acumulación» primitiva

indispensable para el desarrollo ulterior. Toda la sociedad se vio afectada por este principio de expansión. Pero esto fue particularmente claro allí donde el gobierno directo de los carolingios era muy eficaz, en Francia, del Sena al Rin. Allí fueron sentados por escrito los polípticos de los más grandes dominios conocidos, allí se desarrollaron los más grandes puertos, allí también fueron mejor reparadas las vías romanas. En resumen, la «edad de oro» de Carlomagno y de Luis el Piadoso no fue un mito. Además, tanto más dura fue la caída y tanto más dolorosos fueron los desórdenes, cuanto que la paz y la prosperidad habían sido vislumbradas. Fa «edad de hierro» fue tomada por una edad de bronce, la disminución de la actividad por una parada completa. Sin embargo, la energía desplegada en los márgenes hispánicos o escandinavos están ahí para probar lo contrario.

UN BALANCE DEL PERÍODO CAROLINGIO

«Que cada cual aprenda aquí que quien comete la locura de descuidar el interés público y se libra insensatamente a sus deseos personales y egoístas, ofende con ello a tal punto al Creador que torna a los mismos elementos contrarios a su extravagancia… Porque en tiempos de Carlomagno, de dichosa memoria, que murió hace ya cerca de treinta años, cuando el pueblo caminaba por una misma vía recta, la vía pública del Señor, la paz y la concordia reinaban en todas partes; pero ahora, al contrario, como cada cual sigue el sendero que le place, por todos lados se manifiestan las disensiones y las querellas. Entonces había en todas partes abundancia y alegría, ahora hay miseria y tristeza». Así termina, melancólicamente, la *Historia de los hijos de Luis el Piadoso*, escrita por el historiador Nithard, algunos meses antes de su muerte en combate, en junio del 844. Él mismo era abad laico de Saint-Riquier, hijo ilegítimo de Angilberto

y Berthe, una hija de Carlomagno. Por su propia situación personal y su visión dicotómica de los tiempos carolingios, resume bastante bien las contradicciones de una época que buscó desesperadamente el equilibrio.

Del 406 al 962, de la muerte de un Imperio al nacimiento de un tercero que se pretendía semejante al segundo, el cual había sido presentado como el renacimiento del modelo, la primera impresión podría ser la de un desolador y angustioso eterno retorno. Invasiones, masacres, reinos, guerras civiles, Imperio, guerras civiles, invasiones, masacres, Imperio… estaríamos tentados a decir: y así sucesivamente. Dos ciclos infernales se abrieron y cerraron del 406 al 751 y del 751 al 962. Pero su repetición solo fue una ilusión engañosa. El teatro de los acontecimientos permite darse cuenta de que los períodos de desórdenes que van del 650 al 750 y del 850 al 950 eran en realidad aquellos en que las tradiciones y las innovaciones se fundieron en una aleación desconocida hasta entonces. Tras la vuelta al principio se adivinaba una línea de progreso.

En efecto, consideremos cómo evolucionó cada uno de los tres grandes actores de estos dramas: romanos, germanos e Iglesia. La sociedad romana solo tenía un objetivo: la paz, que intentaba desarrollar a través del derecho público y el derecho privado, de un ejército profesional y unos funcionarios al servicio del bien público, el Estado. Pero, acorralado por las necesidades de la guerra, desarrolló un sistema fiscal devorador, introdujo a los germanos en el ejército, fijó a los colonos en la tierra, desarrolló la economía monetaria y se apoyó en la Iglesia. Entonces se produjeron oposiciones que descuartizaron el mundo romano y empujaron a la sociedad a escapar del Estado, mientras aparecían nuevos poderosos: militares, senadores y obispos. En el siglo IX, ¿qué quedaba en pie? Él derecho romano estaba todavía vivo en una parte de Europa; el conde, último funcionario romano, se había apropiado de los poderes y las

tierras públicas del fisco estaban en gran parte en sus manos; las carreteras romanas eran aún utilizables, los mercaderes judíos seguían allí y el sistema monetario reposaba todavía en la libra y en el sueldo. En cuanto al patronazgo, este permitió establecer vínculos de hombre a hombre, una fidelidad de igual a igual, salarios en tierra y santuarios que extendían su protección sobre los campesinos vecinos.

Los germanos aportaron la personalidad de las leyes, la primacía del jefe de guerra, la sacralización de la violencia, la confusión entre lo público y lo privado, el vasallaje y la encomendación por las manos. Concedían a la ganadería un papel de primer orden, así como a la comunidad fraternal amplia, y otorgaban fácilmente a los esclavos su libertad. En el siglo IX se fusionaron con casi todas los poblaciones, crearon tropas en las que dominaba cada vez más la caballería pesada, mantuvieron las leyes de cada pueblo, la *trustis* y las guildas, y generalizaron los vínculos de hombre a hombre hasta el punto de que las instituciones feudovasalláticas pronto invadieron toda la sociedad.

Por su parte, la Iglesia había vaciado todas sus estructuras en las del Estado romano. Desconfiada con los monjes y las herejías, implantó el papado en Roma y se le reprochó estar instalada en un mundo al que admiraba demasiado. En el siglo IX, convertida en heredera del legado romano, escogió de él lo que favorecía sus designios. Convertida en propietaria del Imperio, de la realeza y de la noción de Estado, integró a los monjes benedictinos entre sus miembros y conquistó para la fe a todos los países celtas y germánicos. La cristiandad fue finalmente la única unidad superviviente de las dos tentativas de resurrección del Imperio, y Roma fue a partir de entonces la única capital permanente de Occidente.

En realidad, estas distinciones son puramente intelectuales, porque civilización romana y civilización germánica de hecho habían sido unidas en profundidad por el cristianismo, gracias

por otra parte a los compromisos de este último con ellas. Su acercamiento se produjo en dos tiempos: apogeo de los reinos bárbaros, en los siglos V y VI, y apogeo del reino de los francos en los siglos VIII y IX. De estas dos fusiones surgieron considerables novedades, especialmente en el período capital de la crisis de los reinos bárbaros. Fueron la recuperación demográfica, la privatización del Estado y de la Iglesia a través de la *Eigenkirche*, la toma del poder por parte de nuevos poderosos, los aristócratas y sus vasallos, la génesis de los principados territoriales, el nacimiento de grandes dominios bipartitos, la creación de la moneda de plata, la aparición de los venecianos y de los frisones en las rutas marítimas, y finalmente la puesta a punto de una nueva cultura cristiana. Todas las premisas del éxito de Carlomagno estaban reunidas antes incluso de los inicios de su reinado. Su talento consistió en haber sabido ponderarlas y hacer de ellas un conjunto equilibrado.

Se podría creer que esta época constituye el nudo gordiano de la alta Edad Media y, en rigor, borrar todo lo que ocurrió del 750 al 850, porque, después del Imperio, volvieron con fuerza los rasgos característicos de aquella época, con la única diferencia de que los escandinavos habían reemplazado a los frisones. Pero la repetición, de nuevo, solo era una ilusión. El Imperio Carolingio no fue una ola en la playa que viene, culmina y se retira, dejando en su sitio la arena de los últimos merovingios. Se trataba de una reorganización en profundidad de la sociedad a través de la conjugación del sentido romano del Estado, del ejército sometido al derecho de *ban* y de la moral cristiana.

La introducción del vasallaje en el Estado fue un acontecimiento capital, la primera tentativa laica de estructurar la sociedad hasta el último de los hombres libres, tal como lo hacía la Iglesia a través de la parroquia. Pero el Estado carolingio solo podía tener éxito utilizando al máximo la ayuda de la Iglesia para transformar los espíritus y vampirizando literalmente al

clero. Esta solución, por otra parte, fue utilizada de nuevo por Odón. Pero Luis el Piadoso modificó radicalmente el programa de Carlomagno; llamándose a sí mismo «bonachón», quiso acelerar una centralización que nadie comprendía y obligar a sus súbditos a aceptar unas estructuras políticas que imbricaban a los reinos en un Imperio único. Estimuló la renovación hasta suponer a la Iglesia una influencia que esta aún no tenía. Acelerando la puesta a punto de un programa demasiado avanzado en relación a las mentalidades de la época, provocó un verdadero síncope del organismo social. Carlos el Calvo también lo hizo estallar en pedazos al suprimir la autonomía gubernamental del reino de Aquitania. Demasiado pronto y demasiado rápido. Los carolingios dejaron en su sitio una obra interrumpida. Era preciso adoptar de nuevo un ritmo más natural. Esto solo se consiguió en las células locales, por el abandono del ideal de unidad. Mentalmente sobre todo, la sociedad carolingia estaba despedazada en actitudes contrarias en las que la moral de la sangre y del linaje se oponía a la de un Estado civilizado y la de una Iglesia que era pueblo de bautizados. La incomprensión total de clanes que permanecían en el estadio de *vendetta* hizo fracasar una manera de pensar globalizante. La vieja sabiduría pagana, todavía fuerte, había hecho retroceder una ciencia cristiana aún demasiado poco convincente.

Sin embargo, social y económicamente hablando, la obra era realizable. Recordemos el estiaje demográfico de los veintiséis millones de habitantes del Imperio Romano de Occidente en el siglo V, la sangría de la gran peste justinianea, el ligero incremento en tiempos del buen rey Dagoberto, el frenazo de las crisis del siglo VII, el nuevo arranque en el siglo VIII y los quince a dieciocho millones de habitantes del Imperio de Carlomagno, luego el nuevo frenazo del 850 al 950. Comparemos el número de estos hombres con la continua disminución de las cargas de los campesinos, que hizo derretirse literalmente el montante de

los impuesto romanos al hacerlos consuetudinarios, con el aumento de la producción en los grandes dominios, con la supresión del sistema monetario del oro y con la fijación por escrito de las cargas de los tenentes. ¿No habría aquí dos grandes ciclos agrarios de tipo maltusiano?

Contrariamente al esquema clásico, las disponibilidades alimentarias no habrían limitado la población; habría sido la debilidad de la recuperación demográfica frente a los pillajes y a las guerras civiles la que ralentizó el despertar económico. Cuando desaparecieron las últimas punciones del Estado carolingio, el servicio militar de los hombres libres y las requisiciones de avituallamiento para el ejército en los dominios fiscales privatizados, entonces las grandes roturaciones pudieron emprender su desarrollo. Tal sería quizá la mejor explicación de estos dos despegues, frenados apenas se habían puesto en marcha. Como la presión cultural jamás fue suficiente para permitir que los proyectos políticos calasen en la sociedad, la privatización y el abandono de las cargas específicas del Estado se convirtieron en el único medio de liberar energías. La producción, que disponía de todos los medios técnicos y financieros necesarios para un verdadero crecimiento, podía entonces ser reorientada, en particular, el gran dominio, que había perdido su razón política de existencia. Y los campesinos, a pesar de las violencias nobiliarias, pudieron entonces aprovecharse de este relajamiento de la autoridad central, al que aún no había sucedido el refuerzo de la autoridad local, el señorío banal, para ir al asalto de las tierras vírgenes.

Todo esto solo era cierto en el centro del antiguo Imperio Carolingio. Las marcas, Hispania, Inglaterra y Germania, bloqueadas por la lucha contra el Islam, los daneses y los eslavos, permanecieron en un estadio arcaico cuya expansión era la guerra. El Estado guerrero de tipo germánico, a la manera de Carlomagno, de Alfonso III el Magno, de Alfredo y de Otón,

conservaba toda su razón de ser. La población, con sus rangos acentuados por las batallas, permaneció uniforme en el plano social e hizo progresar lentamente su frontera. Pero bastaba con que la paz definitiva llegase para que todo cambiara, como en Cataluña y el Lacio a partir del 950. El corazón del Imperio Carolingio se encontraba, pues, adelantado respecto al resto del continente.

En el siglo V, en efecto, todo giraba en torno al Mediterráneo. Ahora bien, hemos visto a la Europa meridional debilitarse poco a poco en provecho de una Europa septentrional. Todas las innovaciones beneficiaron esencialmente a la llanura del Po, Francia al norte del Loira y el valle del Támesis. Así, entre la vieja Europa romana y la joven Europa germánica, el corte no fue total. Allí donde las rupturas debidas a las invasiones fueron más fuertes, también brotaron las fusiones y las originalidades más nuevas. La línea de fractura se convirtió en un cinturón de fuerza. Venecia, Pavía, los pasos alpinos, el Saona, el Rin, el Mosa, el Sena, la Mancha, Londres y York formaban una diagonal que estructuraba la nueva civilización y ponía en comunicación lo antiguo con lo nuevo. Venecia había reemplazado a Ravena, Aquisgrán había tomado el lugar de Tréveris. Pronto Brujas sustituiría a Duurstede. Los centros de decisión operaron un desplazamiento significativo hacia las zonas más dinámicas. Al mismo tiempo, el paso del Rin por Carlomagno, que había triunfado allí donde Augusto había fracasado, permitió la creación del Imperio Romano Germánico. El Rin, tras el reparto de Verdún, fue a la vez vínculo de unión y línea de separación. A la Europa del Oeste, en perpetuo movimiento, se opuso una Europa del Este que intentaba cuajar en estructuras arcaicas. Del sur al norte, del oeste al este, la cristiandad europea, en el siglo X, ya había tomado el aspecto que aún tiene hoy en día, el de una taracea.

Glosario

Este glosario de los términos técnicos empleados a lo largo del texto tiene por objeto ayudar al lector a encontrar el sentido de una expresión o de una palabra que le ha sido presentada en un desarrollo anterior, y cuya definición le sería difícil encontrar rápidamente. Por ello se han excluido los términos que no aparecen más que una vez y que, por lo tanto, no necesitan una explicación más amplia. De igual manera, se han descartado todas las expresiones que, por ser insólitas, no figuran ni siquiera en diccionarios más detallados. No ha parecido necesario repetir aquí lo que cada uno ha podido leer en el texto: se trata simplemente de breves definiciones destinadas a ubicar el curso del relato en su perspectiva natural, sin añadir datos o comentarios.

adaeratio: pago en moneda, generalmente de oro, de los tributos debidos a título de impuesto.

adamascado: dícese de un tejido con dibujos en relieve, mediante hilos insertos en la trama, a imitación del damasquinado, nombre reservado a los objetos de metal como hierro, cobre o plata (técnica considerada de origen sirio).

advocatus (fr. **avoué**; al. **Vogt; vicedominus** o **vidame** en Francia occidental): custodio (*cusios*) de un establecimiento eclesiástico que suple a los hombres de la Iglesia en las tareas militares o judiciales; función generalmente confiada o abandonada al señor vecino más poderoso.

aedelingi, aethelings, edhelingi: miembros de las familias nobles, sajonas o godas, situados a un nivel social lo suficientemente alto como para aspirar eventualmente a la realeza.

ager: la tierra labrada, el suelo dominado por el hombre; generalmente, la parte privatizada del suelo.

agnatismo: estructura familiar basada en la pertenencia sólida de sus miembros a un mismo tronco masculino que continúa ejerciendo su control.

akker (del latín *ager*): superficie de tierra roturada (o cultivada desde tiempo atrás) cuyo producto es absorbido en su mayor parte por el amo; el resto corresponde al explotador directo.

akritai: guerreros bizantinos estacionados como guarnición en las fronteras orientales del Imperio.

alfaquí: jurista, y, tardíamente, letrado.

alhóndiga: véase *funduq*.

alodio, allodium: *alleu* (fr.) (del alto al. *All-od,* ¿bien total?): bien particular cuyo propietario no está sometido a más coerciones que las derivadas de su condición de hombre libre, súbdito de un soberano.

'ámil: 'agente recaudador fiscal designado por el califa.

'ánima: la masa urbana de los artesanos, comerciantes, ociosos y gentes sin trabajo de las ciudades musulmanas, por oposición a la *jdssa*.

anisar (sing. **misr**): ciudad nueva del Islam, generalmente formada en torno a una guarnición militar.

ansange: parcela generalmente amputada de la «reserva» de un propietario terrateniente y concedida como lote para cultivar bien a un oficial del «dominio», bien a un esclavo a

quien se quiere dotar con tierras, o bien a un hombre libre a cambio de servicios domésticos.

antrustion: hombre libre, de rango social elevado, unido a la persona de un rey franco o de uno de sus representantes mediante un juramente de fidelidad (véase *trustis*).

aprisio: contrato de alquiler-posesión, concebido como la *complantatio,* y con una duración de 30 años; particularmente utilizado en Septimania para establecer a los godos que procedían de la Hispania invadida por los musulmanes.

archontes cometes: en Bizancio, jefes de los departamentos marítimos; eventualmente, jefes de departamentos, en general.

arimanni (los hombres del ejército): entre los lombardos, hombres libres guerreros, instalados en lotes de tierra y susceptibles de ser convocados por el rey o sus agentes.

‘atá^{s}**:** pensión pagada a los guerreros musulmanes retirados de los combates y residentes en la ciudad.

atrium: espacio de asilo alrededor de una iglesia, donde solía estar el cementerio o las casas de los huéspedes; lugar de reunión de la comunidad, y tierra considerada como «común» de los hombres libres de la aldea.

baríd: servicio de correos en el imperio persa y, después, en el Islam; órgano de transmisión de las decisiones fiscales o militares del soberano.

basílica: o bien un edificio (destinado a funciones judiciales y, después, de culto) concebido según la planta de las salas de recepción de los príncipes antiguos romanos o persas; o bien, texto de origen real que crea jurisprudencia en la legislación bizantina postjustinianea.

bastarnae: convoyes de forraje, de remonta o de armas, que acompañaban a los ejércitos francos en campaña; se

abastecían generalmente con lo suministrado por los hombres no combatientes.

behetría: beneficio en tierra o en especie concedido por un soberano castellano-leonés a un guerrero fiel.

beneficium: regalo, al principio de toda clase, más bien a cambio de un servicio prestado; quizás una donación de tierra en plena propiedad.

bretwalda: dominador de los bretones: título tomado por algunos reyes sajones para des tacar su superioridad sobre los restantes jefes locales.

breuil, broilum: véase *coto de caza*.

broigne, brogne, brunia: capa de cuero reforzada con anillos de metal que protegía el tórax del guerrero carolingio; armamento pesado y costoso reservado a los combatientes ricos.

buccelarii, bucelarios: los que comen el pan de los servicios de intendencia; designaba a los soldados de baja extracción social que formaban la guardia personal de un grande y que eran aptos para cualquier servicio.

burhs: aldeas nuevas sajonas.

caballarii: tenentes de parcelas a menudo grandes, y que efectuaban servicios a caballo para su amo (mensajes, vigilancia, transporte, ¿servicios de labranza?); con frecuencia, eran de origen servil.

cadí (qádi): oficial de justicia en la ciudad o en el campo, en el mundo islámico.

calzada, calceata: vía romana.

camarero, camerarius: servidor y, después, oficial palatino entre los germanos, responsable de la *camera* real, y, por extensión, de su tesoro personal y de su guardarropa.

canciller, cancellarius: responsable de la validación y de la autentificación de las cartas redactadas en palacio; un eclesiástico al corriente de los usos diplomáticos.

capitular: texto ordenado por capítulos (*capitula*) donde se contenían las disposiciones enunciadas y aprobadas con ocasión de la reunión del Campo de mayo que precedía a cada partida del ejército en la época carolingia.

caraíta: disidente judío, que pretende limitarse a la estrictísima lectura (*qara* en hebreo) de la Ley mosaica.

cármatas (qarmati, pl. **qarámita)**: secta musulmana de espíritu igualitario y de inspiración próxima al ismailismo.

casatus: dícese de un individuo al cual se ha concedido una tierra para que la explote, a cambio de una fidelidad o un servicio.

cenobitismo: vida en común de los religiosos; en principio, el «monje» (*monos*) vivía solo, según la etimología de la palabra.

centena, hundred: en su origen, designaba el territorio donde el orden era mantenido, en la zona germánica, por un grupo de cien guerreros; por extensión, circunscripción inferior al condado.

ceorl: hombre libre sajón.

códice, codex: libro, tal y como nosotros lo concebimos hoy, es decir, formado por hojas encuadernadas, por oposición al *rotulus* (rollo) de la Antigüedad.

cognatismo: estructura familiar amplia pero donde las relaciones de origen masculino y femenino se admiten en pie de igualdad, lo que limita la autoridad del tronco inicial (véase *agnatismo*).

colonge, colonica: tenencia de un colono; posteriormente, podrá designar a un conjunto de pegujales dispersos por varios lugares.

colono: tenente de una tierra mediante contrato, en principio, libre por lo que respecta a su persona pero sujeto a obligaciones fiscales o militares; en el mundo bizantino, cayó en la dependencia de un poderoso.

collatio lustralis: impuesto exigido a los mercaderes independientes.

collegia: agrupamientos profesionales del mundo antiguo urbano, generalmente eran controladas por los poderes públicos.

comitatenses: ejército de campaña en Bizancio.

comitatus: o bien la función del conde y, por extensión, sus derechos, sus rentas y el territorio donde las percibe o ejerce; o bien, tropas de asalto en Bizancio.

condestable (de *comes stabuli*): doméstico y, después, oficial de corte, responsable de la remonta de la caballería de los reyes germánicos; ejerce un control militar sobre el ejército.

condomina: parcelas generalmente agrupa das, explotadas directamente por un amo.

conroi: grupo de guerreros parientes o amigos, a veces ligados entre sí por juramentos de fidelidad, y que se ejercitan en el combate o guerrean de común acuerdo.

convenientia: en derecho romano, contrato sinalagmático escrito; designó después cualquier acuerdo jurídico sancionado por un texto (fidelidad, arriendo de tierras, etc.) donde las dos partes se trataban en pie de igualdad.

coto de caza: espacio generalmente cerrado, situado en tierra no cultivada (bosque, landa…) y que se reservaba el amo del suelo o el soberano para la caza y el deporte.

cúfica: (de Küfa, ciudad de la Baja Mesopotamia): escritura cursiva relativamente alejada de la escritura sagrada, esta reservada a las inscripciones coránicas.

curíales, decuriones: orden de los agentes municipales en la Antigüedad tardía.

cursus publicus: servicio de correos romano, utilizado para la transmisión rápida de las órdenes militares o de gestión de los emperadores o de los gobernadores.

chambelán: véase *camarero*.

chrysobulloi, crisóbulas: documentos imperiales bizantinos autentificados por una bula de oro.

danegeld: tributo en plata o en oro pagado a los normandos en el siglo IX.

Danelaw: porción noreste de Inglaterra prácticamente «bajo la ley danesa» en el siglo X.

daya: gran propiedad en usufructo, en el mundo musulmán, decuriones: véase *curiales*.

denario, denarius: objeto de comercio, «artículo»; simbolizaba el instrumento monetario, pero bajo todas sus formas: moneda de plata (Occidente), de oro (*diñar* del Islam), así como también la ley de la moneda (denario de ley).

dhimmí: subdito no musulmán, «protegido» por el Islam.

Dienstleute, Dienstmannen: gentes de servicio.

dihqans: propietarios terratenientes que se ofrecieron voluntarios para la percepción de los impuestos en el mundo musulmán y que percibían en su favor una parte de los ingresos.

dirham (del griego *Drachma*): moneda de plata musulmana.

diwan, diván: el libro, el registro y, por extensión, el servicio público, cualquiera que sea, en Oriente: *diwán* del ejército, de las finanzas, de correos, etc.

djarid: medida persa para los cereales pagados en concepto de *djizya*.

djihád: la extensión de la fe por todos los medios, sobre todo, la guerra santa, aunque esta forma violenta no está forzosamente implicada por el significado del término.

djizya: el impuesto «sobre las nucas», es decir, pagado por los *dhimmíes*.

djund: contingente árabe, después, de cualquier otro pueblo, asoldado por el poder central; por extensión, circuscripción militar.

drakkar: navío de aparato entre los escandinavos, algunas veces dotado de puente y ocupado por un edículo donde se colocaban los despojos del jarl muerto (véase *jarl*).

dromon: navío de guerra bizantino del tipo mediterráneo de la galera de la Antigüedad.

dromos: el *cursus publicus* bizantino, es decir, correos, la policía e incluso las relaciones exteriores; el logoteta del dromo juega un papel preponderante en el palacio imperial.

drongarios: comandante de una circunscripción marítima en Bizancio; después, jefe de la flota.

dunatoi: los poderosos, los ricos, los primeros.

earl: conde sajón.

earldorman: miembro de un clan sajón susceptible de acceder al condado; posesor de tierras.

échevin: véase *scabini*.

edhelingi: véase *aedelingi*.

Eigenkirche: *les ser churches* en Inglaterra o «iglesias propias» en los reinos hispánicos, designaban a las iglesias y, por extensión, a las parroquias fundadas o apropiadas por un gran propietario terrateniente, el cual designaba al sacerdote de la iglesia, se quedaba con el diezmo y explotaba los bienes eventuales, a veces, con mesura y piedad.

enfiteusis: tipo de contrato romano de 18 años, por lo menos, y 99 años como máximo, que preveía el pago de un alquiler, llamado *canon*, y la atribución de la propiedad al tenente, al final del contrato.

eremos, yermo: el desierto, el espacio vacío, la soledad.

esnéque: navío de combate y de transporte escandinavo, sin puente, y casi siempre dotado de remos.

estilita: dícese de un asceta encaramado en una columna para entregarse a la meditación.

exarca: gobernador bizantino, colocado en las fronteras del Imperio y que, por ese hecho, gozaba de grandes libertades.

exilarca: representante y defensor de las comunidades judías en los imperios orientales.

faida: la venganza familiar en las costumbres germánicas.

fals: véase *follis*.

faqih: véase *alfaquí*.

fara: elemento del clan lombardo.

faramanni: véase *arimanni*.

feo, feum, fevum: antes de finales del siglo X, forma que adquirió el don, generalmente en propiedad, pero a título de recompensa por un servicio prestado; renovable a la manera del *stipendium* romano; se emparenta más con el salario que con el regalo, *beneficium*.

feorm (¿del latín *firma*?): entre los sajones, renta en alimentos; por extensión, exigencias de avituallamiento y de albergue exigido por el soberano y sus agentes.

fiqh: la ciencia jurídica y religiosa en el Islam.

firmitas: fortín, «fortaleza»; obra de defensa hecha de tierra y madera, de pequeñas dimensiones.

fisco: el bien público y los servicios con él relacionados; se identificó poco a poco con las tierras públicas romanas, reales, imperiales.

fodrum: las requisiciones en forraje exigidas para el ejército germánico.

foggara: técnica de irrigación en zona subtropical que permitía conducir el agua, sin experimentar una notable evaporación, a través de canalizaciones subterráneas.

follis: moneda fraccionaria de bronce, en Occidente y en Bizancio; *fals, fulus,* monedas de cobre en el Islam.

for, fuero: texto normativo concedido por el poder central a una comunidad de hombres, que regulaba sus privilegios; aquitano e hispánico.

fossatum: particularmente, la zona fronteriza hispánica que separaba a cristianos y musulmanes.

freda: las multas de justicia en los países germánicos.

frilingi: hombres libres entre los sajones, **fuero**: véase *for*.

funduq, fondaco (it.): *albóndiga*, mercado cerrado y vigilado en las ciudades del Islam, donde la venta al por mayor se admitía bajo ciertas condiciones; por extensión, el mercado y, después, el barrio de los comerciantes extranjeros.

fundus: conjunto territorial y jurídico que formaba un gran dominio con un hábitat central que, a menudo, reagrupaba a todos los trabajadores del terruño.

fuqahá: plural de *faqih*.

fíituwwa: sociedad urbana iniciática en las ciudades del Islam, que constituyeron una fuerza política susceptible de apoyar un movimiento religioso, frecuentemente, shín.

fyrd: el ejército de los hombres libres entre los sajones, y las diversas obligaciones que de ello derivaban para los hombres.

gafolland: en territorio sajón, el suelo que paga el impuesto.

gardingi, gardingos: guardias jurados y personales del rey en la Hispania visigoda; o guardias personales del rey encargados de un servicio militar concreto.

garum: espesa salsa de pescado, muy apreciada en la Antigüedad, que servía para sazonar algunos platos; parece próxima a los condimentos anamitas.

gasindi: entre los lombardos, servidores de origen servil.

gastaldi: entre los lombardos, intendentes de las propiedades regias, que se elevaron al rango de responsables de funciones públicas.

gau: circunscripción germánica que se debe poner en relación tanto con el *pagus*, es decir, el espacio territorial que tenía cierta cohesión étnica o geográfica, como con el condado, área de administración pública.

gebur: esclavo *casatus*, entre los sajones.

geniza: archivos de una sinagoga, particularmente la de El Cairo.

gesiths: guardias sajones, parecidos a los *gasindi* lombardos; con frecuencia, eran dotados de tierras y quedaban asimilados a colonos; trabajaban la *Gesithland*.

giróvago: dícese de un monje que ha abandonado su comunidad, o que nunca la ha tenido, y que erra predicando y mendigando.

gnosis: actitud filosófica, desarrollada en los primeros siglos después de Cristo, que se proponía articular en un programa coherente las aportaciones del pensamiento pagano y las enseñanzas cristianas.

grafio, Graf, Markgraf: conde en los países germánicos, particularmente encargado de defender las zonas fronterizas.

grod, gorod: «ciudad» eslava; campamento fortificado en torno al cual se agruparon artesanos y comerciantes.

gualdi publici: equivalente al fisco entre los lombardos.

guilda: agrupamientos de hombres libres, artesanos, comerciantes, etc., bajo juramento de prestarse ayuda y socorro mutuos.

gynecia, gineceos: talleres de mujeres reservados al tejido, a la cerámica, etc.; generalmente, estaban ubicados en los «fondos de cabana» de la Alta Edad Media occidental.

hacksilber: plata rota, es decir, fragmentos de piezas de plata o de orfebrería, a veces, también monedas, recortadas por los vikingos para facilitar su comercialización al **peso**.

hadith ihadiz: juicios y axiomas atribuidos a Mahoma y que no figuran en la «recitación», esto es, el Corán; el concepto se ha ampliado a las glosas que se refieren a este último.

hadjdj: la peregrinación a La Meca.

haia: bosque generalmente público; pero parece designar también una empalizada de ramajes erigida con finalidades defensivas.

hanif: hombre piadoso, que vive en medio de la comunidad y que sirve de ejemplo a los fieles en el Islam.

henotikon: fórmula de conciliación entre ortodoxos y monofisitas.

heriban: la ausencia a la convocatoria militar entre los francos; castigada con una fuerte multa.

herísliz: abandono del ejército, deserción en campaña.

hide, hufe: véase *manso*.

hidjra: emigración; por excelencia, la partida de Mahoma hacia Yathrib (Medina), la «hégira».

himáya: protección ejercida por un personaje poderoso, en tierra del Islam, sobre los débiles; a veces, paga el impuesto

debido por estos para asegurarse su devoción.

honor: cargo público cuya remuneración se basa en unos beneficios eventuales y en las rentas de una tierra afectada a la función; por extensión se aplica a dicha tierra.

hospitalitas: costumbre de alojamiento de tropas en campaña durante la Antigüedad tardía, convertida en una obligación para los propietarios terratenientes romanos quienes estaban obligados a ceder una parte de sus bienes (viviendas, tierras, rentas o esclavos) a las guarniciones bárbaras.

houlke, hougge: navío frisón de vela y casco en forma de cascara de nuez.

hueste: (del latín *hostis*): el ejército de los hombres libres germánicos (véase *fyrd*).

hufe: véase *manso*.

hundred: véase *centena*.

imam, imán: guía de la plegaria a Alláh; puede no ser más que el director de la oración; por extensión, jefe espiritual con ocasión de cualquier nueva toma de conciencia religiosa.

immixtio manuum: unión de las manos de dos individuos; generalmente, un superior encierra entre las suyas las manos de un inferior; símbolo de entrega.

immunitas: situación jurídica de una tierra, muy a menudo de la Iglesia, que los agentes de la autoridad central no pueden someter al impuesto ni controlar ni requerir nada sin el consentimiento del poder en ella establecido; privilegio, en un principio, únicamente fiscal.

indicción: período de quince años correspondiente a los períodos de rectificación del catastro romano o bizantino; por este hecho, elemento de cronología.

infield: suelo explotado por los hombres, por oposición al *outfield* que permanece en estado salvaje. No implica forzosa-

mente la labranza. *Inland* tiene un sentido comparable.

iqtá': en tierra del Islam, concesión en principio temporal de una tierra fiscal por el soberano a un servidor, un guerrero o un gran propietario terrateniente.

ismatlí: de Ismael, hijo de Abraham, protector de los árabes y eslabón entre el mundo bíblico y el Islam; epónimo recuperado por las formas contestatarias del Islam, particularmente, el shrasmo; en ciertos casos el propio nombre del jefe religioso ha sustituido a la expresión genérica.

jan: o bien un jefe de tribus asiáticas turco-mongolas federadas; o bien, un centro de intercambio de monedas en tierras del Islam, una especie de «bolsa».

jaradj: el peso, el tributo territorial, en tierra del Islam.

járidjíes: los «que se salieron», los que optaron por una aplicación rigorista, casi «puritana» de la Ley musulmana; terreno fértil para el shfismo.

jarl: jefe de clan escandinavo.

jássa: en las ciudades islámicas, la parte rica y organizada que formaban la aristocracia, los servicios de corte, los funcionarios; por oposición a la *ánima* (véase *'ámma*).

jitta: en las ciudades islámicas, concesión de una parte del suelo urbano para la implantación de una tribu o de uno de sus elementos.

jugatio, jugum: superficie fiscal en la Antigüedad tardía y Bizancio y, por extensión, los impuestos que la afectan; se calculaba en función del trabajo anual de un yugo de bueyes.

jutba: la proclamación, con ocasión de la plegaria musulmana del viernes, de la santidad del dogma y del nombre del jefe de los creyentes.

ka'ba: el cubo, la casa primitiva de Ismael, centro de reunión de las creencias premusulmanas, adoptado y santificado

por el Profeta como lugar preferente del *hadjdj* (= peregrinación).

kalám: la teología dogmática musulmana.

kan: véase *jan*.

kátib: secretario, escriba, en el Islam.

klasmata: tierras que han permanecido incultas durante treinta años y que son ocupadas para ser redistribuidas (Bizancio).

kogge: navío báltico de estructura parecida a la de la *houlke*.

konigsfrei: antiguo colono dotado de tierras y sometido al impuesto por el conde germánico.

kouter, kutter (¿del latín *cultural*)?: tierras entregadas a tenentes, en Europa del norte, y puestas por ellos en cultivo, a cambio de diversas obligaciones que conservaban un carácter comunitario.

latifundia: grandes dominios, en general, reservados a la ganadería extensiva bajo el control de esclavos; eran fruto, en la cuenca mediterránea, de las concentraciones de tierras.

lavra, laura: agrupamiento de carácter piadoso de hombres y mujeres, que vivían aislados conforme a las exigencias ortodoxas y que se reagrupaban en los fines de semana para realizar los oficios en común.

lazzi: esclavos sajones o escandinavos.

leibeigen, leibingen: campesinos, poseedores de su propio cuerpo, es decir, que poseían la libertad de poder desplazarse.

leti: mercenarios; generalmente germánicos (aunque también pueden ser iranianos o celtas), enrolados por los romanos y acantonados formando efectivos bastante densos en campo raso.

libellum, libellarii, livello (ital.): contrato de arriendo de tierras de 29 años de duración, y sin graves contrapartidas en servicios y prestaciones.

libra: peso romano (alrededor de 327 gramos y que en Occidente aumentó a 406 y, después, a 491) mediante el cual se estimaban las mercancías; particularmente, elemento de peso para la plata y el oro, pero que no era utilizado sino a título de estimación de una cantidad de artículos que valían tal o cual peso de metal precioso.

limitanei: soldados del *limes,* es decir, de la frontera de la Antigüedad; ejército de cobertura. *Riparienses* tiene un sentido parecido.

logoteta: responsable de un «departamento» administrativo en Bizancio.

loriga: véase *broigne*.

machtiern: jefe de linaje bretón que ejercía un control sobre la o las parroquias en las cuales estaban ubicados sus bienes.

madrasa: casas de estudios y de reflexión, en territorio islámico.

mahdi, mahdismo: el «bien guiado», el anunciador profético de un retorno a la pureza; su aparición y su reconocimiento acompañaban a todos los movimientos de contestación religiosa en el Islam, sobre todo, entre los shfies.

maimbour: véase *mundeburdium*.

malí: asamblea de hombres libres germánicos; por extensión, tribunal del Estado.

mancipia: los esclavos.

mancuso: expresión que designaba, entre los cristianos, las monedas de oro o de plata del Islam; su etimología es problemática (¿de *manqush*: grabada?).

mansio: relevo de correos, romano y griego.

manso, hide (entre los sajones) **hufe** (entre los germanos): superficie de tierra susceptible de alimentar a una familia de trabajadores, con todas las variaciones que ello entraña; el manso podía estar repartido en una o varias parcelas; base fiscal y militar de las exigencias públicas.

maqsura: espacio cerrado en la mezquita, donde se colocaba el imam que dirigía la oración.

marescalci: mariscales, servidores que asistían al senescal y que estaban encargados de organizar los convoyes para el abastecimiento del ejército.

markgraf: véase *grafio*.

martyria: tumbas de santos, lugares de devoción.

massae: conjunto de tierras, generalmente dispersas en una amplia extensión (en Lombardía).

matricula, matricularii: lista de derechohabientes en la Antigüedad tardía, ya fuese con ocasión del servicio de la anona, ya fuese en la época en que los obispos tenían las listas de los inscritos; lista de los asistitos (por ejemplo, «matrícula de pobres»).

mawálí: clientes, armados o no, en el Islam (plural de *mawlá*, señor, pero también esclavo liberto).

medersa: véase *madrasa*.

mensa: porción de un temporal eclesiástico reservada a la mesa (*mensa*) del abad o de la comunidad; puede ser un reparto de tierras o un reparto de las rentas.

merinos: en el reino astur-leonés, jueces amovibles especializados en derecho visigodo.

mihráb: nicho abierto en el muro *qibla* de la mezquita y que indicaba la dirección de la oración.

minbar: en la casa de Mahoma, lugar donde se sentaba el Profeta; en la mezquita, púlpito donde el *imam* puede subir para predicar o recitar.

ministerium, ministeriales: oficio, función, profesión y quienes la ejercen; tomó el sentido general de agente del poder local.

misáha: medida de tierra que servía en el Islam oriental de base a la percepción del *jaradj*.

misr: véase *amsár*.

monofisismo: creencia cristiana según la cual la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo se hallan confundidas en una sola donde predomina la divina.

monotelismo: solución bizantina de compromiso religioso según la cual en Cristo las dos naturalezas son distintas, pero animadas por una única acción y voluntad de esencia divina.

montañistas: iluminados cristianos que atribuían a la intercesión de los santos un papel esencial en la espera de un paraíso próximo; tendencias milenaristas.

mozárabes: cristianos que vivían entre los musulmanes, esencialmente en al-Andalus.

mudéjares: musulmanes que vivían entre los cristianos, esencialmente en los reinos hispánicos.

mufti: jurisconsulto de profesión, consultado como consejero por el soberano.

muhádjirún: musulmanes que siguiendo a Mahoma, emigraron de La Meca a Medina.

muhtasib (almotacén): guardián, del mercado, por ejemplo; por extensión, responsable del orden público.

mujahena: sociedad formada por la puesta en común de bienes muebles que permitían el lanzamiento de un asunto

comercial en el Islam.

Mund, mundeburdium, maimbour: fuerza mágica adquirida por ciertos clanes germánicos y sus jefes, debido a una ascendencia divina; protección así ejercida sobre los parientes y los clientes; por extensión, forma de protección del fuerte sobre el débil.

muqásama: en territorio islámico, reparto de los tributos debidos al soberano y a los amos efectuado en la misma era.

musáqá: aparcería en territorio islámico.

mutazilí: creencia musulmana según la cual la espera de un imam justo sostiene una fe muy rigorista; convicción de que se establecería entonces una sociedad sin clases, un gobierno del bien.

muwallad (muladí): en al-Andalus y en el Magrib, indígena recientemente convertido al Islam.

nestorianismo: creencia, en la frontera del cristianismo, según la cual Cristo no ha sido más que el «templo» provisional del Verbo divino.

neuma: notación destinada a guiar la voz en el canto llano, marcando las acentuaciones y las duraciones del sonido; no comporta pentagrama musical.

nomisma: la figura y, por extensión, la moneda griega que incluye la efigie del soberano.

noria: rueda con cangilones destinada a la irrigación y movida por un curso de agua, por animales o por esclavos cuando se trata de una capa subterránea.

novella: considerandos y decisiones de jurisprudencia post-justinianea.

oblato: individuo que se daba a una Iglesia, con sus bienes, para recibir a cambio protección y medios de existencia.

óbolo: trébedes para incienso; por extensión lejana, moneda fraccionaria del denario.

obsequium: respeto, obediencia debidos por el liberto a su antiguo amo; por extensión, obligación moral del débil respecto al poderoso.

outfield: el suelo que el hombre no domina; *outland* tiene un sentido comparable.

pagus, pagenses: país, habitantes del país; no tiene significación obligatoriamente rural; circunscripción propia de la Antigüedad tardía, o más antigua aún, que ofrece una cierta homogeneidad de estructura, física, étnica, lingüística, etc.

pallium: banda de lana blanca adornada con cruces negras llevada por el papa y que este entrega al obispo metropolitano cuando este viene a realizar la visita *ad limina* (hasta las puertas de Roma) para recibir la confirmación de su designación.

panegírico: discurso de corte en honor de un soberano vivo o muerto.

patriarca: título episcopal ligado en principio a las ciudades que jugaron un papel esencial en el desarrollo de la fe cristiana.

patronazgo: protección de un «patrono», de un amo; puede concernir a una Iglesia, a un hombre, a una tierra.

paulicianos: disidentes cristianos, particularmente en Armenia, hostiles a las imágenes, a la jerarquía eclesiástica, a los sacramentos, al matrimonio, etc.

pauperes: los desvalidos.

penitenciales: colección de castigos corporales o religiosos que se presentan en forma de catálogos de faltas que se deben castigar, según el estatuto social del pecador.

penny: denario sajón.

Pflug, plough, plum: ¿se trata del «arado de ruedas» germánico o se refiere a otro instrumento aratorio?

pieve (ital.): véase *plebs*.

placitum: asamblea de los hombres libres; progresivamente, tribunal local.

plebs, plou, pieve (ital.): parroquia de la Alta Edad Media.

políptico: hojas ensambladas; en la práctica diplomática, el término se aplica a los inventarios de bienes y de prestaciones confeccionados por los señores entre los siglos VI y X; en su mayoría, se refieren a dominios de la Iglesia.

politikoi: panes distribuidos en las ciudades por los poderes públicos bizantinos.

porfirogénito: nacido en la «cámara de púrpura» imperial en Bizancio; designaba al soberano legítimo nacido durante el reinado de su padre.

praedium: sentido parecido al de *fundus*.

prebenda, prebendarii: conjunto de rentas, territoriales o no, que permiten el mantenimiento de un canónigo; designa también cualquier donación de víveres y dinero que permiten la supervivencia: los *prebendarii* eran entonces clientes «alimentados» (por el amo).

precaria: tierra de la Iglesia cedida mediante un censo de reconocimiento a un propietario laico, a «petición» (*precaria*, de *precor*) del propio beneficiario, o del rey (*precaria sub verbo regis*).

préstamo: concesión de tierra fiscal en el reino astur-leonés hecha a un *gardingo*.

protonotario: oficial público bizantino encargado del envío de los despachos y de la correspondencia oficiales.

qádi: véase *cadí*.

qibla: muro de la mezquita hacia el cual se dirige el creyente; indicaba el este y, después, la dirección a La Meca; podía convertirse en un símbolo místico.

quilate: (de *keratia*, unidad de peso, de uso en Mesopotamia): utilizado para el pesaje de las mercancías y, después, para calcular la ley del oro (1 unidad = 24 quilates).

rachimburgi: hombres libres de la comunidad germánica encargados, con ocasión del *malí*, de asesorar en cuestiones de derecho.

raqiq: sin honor; designaba al campesino dependiente en el Islam.

reeve: intendente sajón colocado al frente de la administración de los dominios; el *shire-reeve* (sherif) era el intendente del *earl* sajón.

refrendario: agente público, generalmente de Iglesia, encargado de verificar la autenticidad de las cartas redactadas en el Palacio germánico.

reserva: designa, por conveniencia erudita ya que la palabra no es medieval, la parte del dominio que permanecía a disposición directa del amo y que este explotaba mediante corveas o gracias a la mano de obra servil.

riga: el surco, designaba a la corvea que consistía en abrir y mantener cierto número de surcos en la tierra del amo.

riparienses: véase *limitanei*.

rotulus (rollo): pergaminos cosidos uno a continuación del otro y enrollados en uno o dos pequeños palos; principio del «libro» de la Antigüedad, persistió en la Edad Media para los documentos contables y ciertos documentos litúrgicos o de carácter judicial.

sacellaires: agentes subalternos al servicio del camarero y encargados de vigilar las entradas de numerario en la Cámara.

sacramental: libro de oraciones del oficio cristiano y de los recitados necesarios cuando se impartía un sacramento.

sakka: efecto de crédito, equivalente a una promesa de pago a plazos; cheque.

salterio: libro que contiene los salmos bíblicos.

saltus: la tierra virgen romana: bosques, landas, rozas; por extensión, la tierra no apropiada privadamente y de la que, normalmente, el dueño era el soberano.

saqáliba: esclavos de raza blanca en el Islam occidental; ¿deriva de «eslavos»?

sawáfi: bienes confiscados a la aristocracia vencida por los musulmanes, sobre todo a la aristocracia pena, o bien a las Iglesias cristianas.

sayones: en los reinos hispánicos, oficial inferior de la administración de justicia y un agente ejecutivo.

scabini: jueces profesionales permanentes, que asisten al *malí* o al *placitum,* primero en los países de derecho escrito y después en todo Occidente.

sceattas: moneda de plata sajona (¿del alemán *Schatz,* tesoro?).

scriptorium: escritorio laico o monástico.

sculdhais: agente del rey lombardo encargado de la administración de un barrio de la ciudad.

schola: tropas de guarnición en Bizancio.

senescal (de **sinisskalk**, el criado de más edad): responsable del aprovisionamiento del palacio entre los reyes germánicos.

setici: tierras agrupadas en torno a la vivienda y explotadas por el tenente para su propio uso: jardines y huertos.

sháh, sha: título del soberano persa sasaní, reutilizado por los turcos posteriormente.

sharika: sociedad comercial basada en la aportación de la mitad del capital y puesta a punto para la realización de un solo negocio (en el mundo islámico).

shfa: el partido, la parte legítima del Islam; a partir de la evicción de los álíes, se identifica con el mesianismo que espera su retorno; shi'ísmo.

shire: condado sajón.

silention: en Bizancio, consejo en torno del basileus.

sklaviniai: las zonas ocupadas de manera bastante densa por los sklavenos, nombre genérico aplicado a los eslavos.

Stámme: agrupamientos germánicos donde se mezclaban las especificidades étnicas, lingüísticas y culturales; solo más tarde designaría a un conjunto territorial.

stápl: poste de madera hincado en el agua; por extensión, muelle fluvial o marítimo; «etapa».

stipendium: sueldo o salario; puede ser en tierras.

stratiota: en Bizancio, campesino-soldado.

sueldo, solidus: moneda de oro bizantina, en su origen acuñada para el pago de las soldadas (de ahí su nombre). En Occidente, servía para estimar el valor de una mercancía o de una multa, cualquiera que sea el tipo de pago ulterior: denarios, objetos, lingotes, etc.

suftadja: letra de crédito con pago diferido, eventualmente en otro lugar; ¿antecedente de la letra de cambio?

sulh: tregua o acuerdo de paz entre dos tribus musulmanas.

ta'dil: investigación pública destinada a medir antes del acto impositivo el nivel de las fortunas (en el Islam).

tádjir: en el Islam, mercader sedentario que envía a puntos lejanos a factores y comisionistas.

tagmata: cuerpos de tropa bizantinos que formaban el ejército central (véase *comitatus*).

taldjPa: protección moral y política ejercida por un poderoso en beneficio de un cliente con un cierto nivel social (véase *himáya*).

terpen: montículos insumergibles, eventualmente realzados de forma regular, que forman un cordón litoral a lo largo de la costa de los Países Bajos.

thane: gran propietario terrateniente sajón.

thegns: nobles sajones.

themas, themata: circunscripción territorial bizantina; tropas estacionadas en ella y que estaban encargadas de la defensa cerca de las fronteras.

thing: asamblea de los hombres libres escandinavos.

tiráz: marca del Estado colocada en los tejidos, en el Islam; por extensión, talleres públicos donde se fabricaban los vestidos y otras mercancías bajo control público.

tironianas (de Tiro, ¿nombre del liberto de Cicerón?): dícese de las notas abreviadas (no es una estenografía) que servían de medio rápido de correspondencia en las cancillerías cristianas.

tractus: sentido parecido a *saltus*.

tremisses: pequeñas monedas de oro equivalentes a la tercera parte del sueldo; *trientes* tiene un sentido parecido.

treuwa: tregua; acuerdo obtenido en justicia.

trientes: véase *tremisses*.

tropo: notación musical del canto llano destinada a modificar el sonido de la voz en una sola silaba.

trustis: juramento de fidelidad (véase *antrustion*); podía designar a un grupo unido por juramento.

‘ulamá: doctores de la ley musulmana.

vassus (¿del celta *gwass*, muchacho?): dependiente honorable.

verbum regis: la orden real, sobre todo, pronunciada cuando la reunión en el Campo de mayo.

vicaria: división de los derechos (y, después, del territorio) donde el conde ejercía su *honor*; el *vicarius* ejercía generalmente una justicia menor, la policía de los caminos, la vigilancia en la percepción de impuestos; su papel militar quedaba poco definido.

vicecomitatus: vizconde; en principio, podría tener los derechos del conde en ausencia de este último; prácticamente se convierte en un agente subalterno fijo.

vicus: aldea agrupada; conjunto de tiendas y puestos de venta en torno de un centro religioso o de un palacio; es posible que el *wich* escandinavo (que significa la bahía) llegase a adquirir, por contaminación, el mismo sentido.

villa: en principio, un gran dominio bipartito; muy pronto, designó simplemente a un lugar habitado; después, tomó el sentido de «aldea».

visir, wazir: el que «tiene un cargo», auxiliar; por extensión general, principal ayuda del califa.

vogt: véase *advocatus*.

waqf: tierra exonerada, que generalmente procedía de un bien de la Iglesia; se diría en Occidente, de «mano muerta»; uno de los medios de remuneración de las fidelidades en tierra del Islam.

wazir: véase *visir*.

Wergeld: el oro de la sangre; el total de la composición pecuniaria que tenía derecho a exigir una víctima o su parentela en función del estatuto y del nivel social.

Westwerk: macizo occidental de las iglesias carolingias que generalmente incluía un segundo crucero y dos torres de fachada.

wich: véase *vicus*.

wiláya: control, sobre todo, del mercado; área sobre la cual se ejercía dicho control.

witenagemot: consejo de sabios entre los sajones; guiaba al rey.

xenia: dones en especie impuestos a los colonos bizantinos, una vez alcanzado el techo del alquiler imponible.

xenodochia: abrigos y hospicios para peregrinos, enfermos y mendigos, de origen a menudo irlandés.

zakat, sadaqa, ushr (en al-Andalus): la limosna voluntaria debida por el creyente en tierra del Islam.

zar: (de César): título llevado por los soberanos búlgaros.

zindíq: secta herética musulmana, adepta al dualismo, que practicaba un escepticismo radical hacia los textos sagrados y una libre crítica.

zoco (de **süq**): mercado al por menor en la ciudad musulmana.

CUADRO CRONOLÓGICO

MUNDOS GERMANO-CELTAS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	395 Muerte de Teodosio	398 Edicto sobre la hospitalidad	392 Prohibición de los cultos paganos
400	Honorio emperador de occidente 406 El Rin franqueado por los germanos 407 Las legiones evacuan Gran Bretaña 412 Visigodos instalados en la Galia 418 Arles capital de los galos 419 Visigodos en Hispania		Construcción de San Gereón de Colonia y del Martirio de Tréveris
425	428 Desembarco de los anglo-sajones en Bretaña oriental	438 Publicación del *Código Teodosiano* 442 Peste en Italia	432 San Patricio en Irlanda Evangelización de Irlanda 440-461 San León Papa

450	451 Ataque de Atila en la Galia 453 Muerte de Aecio 455 Instalación de los burgundios 457-461 Reinado de Mayoriano Los sajones en la Galia septentrional	Persecuciones arrianas en Aquitania e Hispania

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	395 Muerte de Teodosio	396 Edicto sobre la estabilidad de los curiales 398 Edicto sobre la hospitalidad	392 Prohibición de los cultos paganos
400			
	Arcadio, emperador de Oriente 406 Expulsión de los visigodos hacia Italia 408-450 Teodosio II, emperador 410 Saqueo de Roma por el visigodo Alarico		407 Muerte de san Juan Crisóstomo 420 Muerte de san Jerónimo
425			
	429 Los vándalos entran en África Instalación de los hunos en Panonia	Murallas de Teodosio 438 Publicación del *Código Teodosiano*	426-429 *La ciudad de Dios* 430 Muerte de San Agustín 431 Concilio de Éfeso Construcción de Santa Sabina en Roma 435-445 Construcción del mausoleo de Gala Placidia en Ravena
45			

452 Incursión de Atila en Italia

453 Muerte de Atila

455 Pillaje en Roma por el vándalo Genserico

457-474 León I, emperador de Oriente

451 Concilio de Calcedonia: condena del monofisismo

MUNDOS GERMANO-CELTAS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	481 ¿Clodoveo, rey en Tournai? 486 Los francos destruyen el «reino» de Siagrio 490-496 Unificación de las tribus francas	Leyes de Eurico en Hispania Ley «Gombetta»	
500			
	507 Vouillé: conquista de Aquitania por los francos 511 Muerte de Clodoveo 516 Segismundo rey de los Burgundios	*Breviario* de Alarico	503 San Cesáreo obispo de Arles Tesoro de Cesena 511 Concilio de los galos en Orleans 513 San Cesáreo, legado de los galos Primeros monasterios irlandeses San Benito se retira al desierto
525			
	530-536 Conquista del reino Burgundio, de Provenza y de Turingia por los francos Inicio de la inmigración bretona de Armórica	542 Gran peste «Justinianea»	525 Montecassino 529 Concilio de Valson: una escuela por obispado Eliminación del arrianismo 537 ¿*Regla* de San Benito?
550			

558-561 Clotario I, único rey franco

Raids francos en Babiera y en Sajonia

568 Avance de los avaros hasta Baviera

Guerras civiles merovingias

559 Peste en Occidente

570-591 Recurrencia de la peste

556 Martín de Braga con los suevos

Muerte de San Benito

Manuscritos y miniaturas irlandeses (inicios)

573-594 Gregorio, obispo de Tours

MUNDOS MEDITERRÁNEOS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	476 Fin del Imperio de Occidente Expulsión de los ostrogodos hacia Italia 491-518 Anastasio, emperador 493 Instalación de Teodorico en Italia		483 Los nestorianos entran en Persia 486 Segundo concilio de Seleucia Herejía de Mazda en Persia
500			
	503 Los búlgaros en el Volga Descenso de los lombardos hacia los Alpes, y de los eslavos hacia el Danubio (?)		524 Ejecución de Boecio. San Benito se retira al desierto
525			
	526 Muerte de Teodorico, rey de los ostrogodos 527 Justiniano, emperador 530-540 Guerras del Yemen 531-579 Cosroes I 533 Reconquista de África 535 Reconquista de Roma 541-552 Totila, rey de los ostrogodos	535-536 Reforma fiscal Reorganización de los sekreta	525 Montecassino 526 San Vital de Ravena 529 Cierre de la Escuela de Atenas 529-533 Código justinianeo Eliminación del arrianismo 536 Construcción de Santa Sofía 537 *Regla* de San Benito 548-562 Monasterios del Sinaí

550	563 Fin de la reconquista en Italia 565 Muerte de Justiniano 568 Instalación de los avaros en Panonia Entrada de los lombardos en Italia 570-572 Guerra greco-persa	552 Introducción del gusano de seda en Grecia	553 *Las instituciones* de Casiodoro *Historia secreta* de Procopio Santa Irene de Constantinopla

MUNDOS GERMANO CELTAS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
		585 Institución del diezmo 599-605 Peste	*Historia de los francos* de Gregorio de Tours 590 San Columbano en la Galia 590-604 Gregorio el Grande, papa 596 Agustín con los sajones
600	613-629 Clotario II, único rey franco	600 Recaredo incauta los bienes de la Iglesia 614 Edicto de Clotario sobre la administración pública	610 Monasterio de Luxeuil 612 Monasterio de Bobbio 615 Muerte de san Columbano
625	629-639 Dagoberto, único rey franco 643 Los sajones de Oswaldo aplastan a los bretones	Monedas de oro en la Galia 635 Fundación de la feria del Lendit	627 Conversión de Northumbria Sarcófagos de Poitiers y Moissac 636 Muerte de Isidoro de Sevilla 643 Código de Rotario
650		Emisión de los sceattas sajones	651 Fundación de Fleury-sur-Loire

654 *Código de Recesvinto*

664 Peste

Leyes de Mercia

670 Última llegada de papiros a la Galia

653 Conversión de los lombardos

654 Corona de Recesvinto

670 Cripta de Jouarre

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	Los persas en el Yemen 580 Penetración de los eslavos al sur del Danubio 582 Los avaros en Sirmium 582-604 Mauricio emperador Los búlgaros en el Danubio 590-628 Cosroes II 591 Los jazares en el Volga	584 Exarcado de Ravena	583 Muerte de Casiodoro
600			
	602-610 Focas, emperador 610-641 Heraclio, emperador 614 Toma de Jerusalén por los persas Contraofensiva griega	Constitución de los *sklaviniai* en los Balcanes Organización de los *themas*	610 Inicio de la prédica de Mahoma en La Meca 622 La «Hégira»
625			
	626 Los avaros ante Constantinopla 627 Derrota de Cosroes II 634 Los árabes en Iraq y en Siria	642 Fundación de Fustát	632 Muerte de Mahoma 635 La Ekthesis de Heraclio 643 Código de Rotario

	636 Los árabes en Persia 641 Muerte de Heraclio 642 Los árabes en Egipto 641-668 Constancio II, emperador		
650			
	656 Alí, califa 661 Asesinato de Alí Empieza el dominio de los Omeyas 669 Ataque árabe a Constantinopla 670-686 Incursiones árabes en el Magrib	670 Fundación de Qairwän	653 Fijación del texto del Corán 656 Cautiverio y muerte del papa Martín 662 Muerte de Máximo el Confesor

MUNDOS GERMANO-CELTAS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	680 Pipino de Héristal, mayordomo		Escuelas de Northumbria (Yarrow, Wearmouth) 690 Willibrord evangeliza la Frisia 698 Fundación de Echternach
700			
	Principado de Aquitania 711 Fin del reino visigodo 713-744 Liutprando, rey de los lombardos 714 Carlos Martel, mayordomo 718 Los árabes en el Languedoc 722 Los asturianos frenan a los árabes en Covadonga	711 Fin de la acuñación de oro en Occidente	719 San Bonifacio evangeliza Hesse y Turingia 722 San Bonifacio, obispo de Germania 724 Fundación de Reichenau
725			
	725 Incursión árabe en Aquitania y Provenza 728-730 Carlos Martel reduce Alamania y Turingia 732 Poitiers 747 Pipino el Breve, mayordomo	Ley de los atamanes Secularizaciones de bienes de la Iglesia Formularios de recomendación 743 Última peste antes del s. XIV	735 Muerte de Beda el Venerable Sacramental de Gellone Tempietto de Cividale

	749 Astolfo, rey de los lombardos	743 Precarios *verbo regis*	
750			
	751 Pipino el Breve, rey de los francos 754 Consagración de Pipino por el Papa 756 Creación del Estado Pontificio 757-796 Offa, rey de Mercia 759 Reconquista de Narbona a los árabes 768 Carlomagno, rey 774 Anexión del reino lombardo	El comercio frisón 775 Generalización del diezmo	754 Muerte de San Bonifacio 767 Alcuino maestrescuela en York 768 Reforma canónica de san Crodegango Escritura «carolina» en Corbie

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	684 Guerra civil qaysí-kalbí Revuelta de los bereberes 670-686 Incursiones árabes en el Magrib 687 Los búlgaros ante Constantinopla	Aparición de los *themata* y los *tagmata* Refuerzo del chorion 695 Emisión del dinar	680 Formación del shiísmo 681 Condena del monotelismo 687 Mezquita de la Roca 695-701 Primera revuelta shií
700			
	705-714 Los árabes en Transoxania 711-713 Los árabes conquistan Hispania 712 Los búlgaros ante Constantinopla 717-718 Sitio de Constantinopla por los árabes 717-740 León el Isaurio, emperador 721-723 Los árabes en el Sind	La conversión de los dhimmíes es frenada «Fuego griego»	705 Gran mezquita de Damasco
725			
	Levantamiento berebere 739 Los árabes en Samarcanda 740-775 Constantino V, emperador		726 Primeros edictos iconoclastas 731 El papa Gregorio III condena la iconoclasia 740 El Écloga de Constantino V

	747 Reocupación de Creta por los griegos		744 Levantamiento shií
775	750 Revuelta abbásí 751 Batalla de Talas 755 Constantino V ataca a los búlgaros 756 Masacre de la familia omeya. Los abbásíes en el poder 765-768 Embajadas francas en Bagdad	762 Fundación de Bagdad	754 Concilio iconoclasta de Hiedeia Muerte de san Juan Damasceno 759-826 Teodoro Estudita Reconstrucción de lamezquita al-Aqsa en Jerusalén 767 Rito *hanif* 768 El Studion en Constantinopla

MUNDOS GERMANO-CELTAS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	778 Sumisión de Baviera Emboscada de Roncesvalles 783-805 Conquista de Sajonia 787 Nueva sumisión de Baviera 793 Primeras incursiones vikingas en Irlanda e Inglaterra	Fragmentos de Offa en leyendas árabes 780 Reforma monetaria carolingia 783-804 Alcuino en la Galia 787 Concilio de Les Estines 790 La Escuela Palatina	776 Inicios de la polifonía Paulo Diácono 794 Capitular del máximum 795 Capitular de *Villis* (?) 796-805 Capilla de Aquisgrán
800			
	800 Carlomagno, emperador 806 *Divisio imperii* 814 Muerte de Carlomagno Luis el Piadoso, emperador	802 Regularidad de los *missatica* 807 Fundación de Hamburgo	Germigny-des-Prés 813 Concilio de Tours sobre la prédica Concilio de Maguncia sobre las escuelas 817 San Benito de Aniane 819 Concilio de Aquisgrán y reforma de los monasterios 823 Plano de Saint-Gall
825			
	830 Los árabes en Palermo 838 Levantamiento de Aquitania	829 Arreglo del denario de plata 843 Acuerdo de Coulaines sobre los honores	El políptico de Irminión Lupo de Ferriéres 840 Muerte de Eginardo

	840-875 Incursiones vikingas endémicas 843 Tratado de Verdún 845 Saqueo de Roma por los árabes	845 Comienzo del Danegeld	842 Los juramentos de Estrasburgo Nithard Juan Escoto Rábano Mauro
850	852 Primeros éxitos de la Reconquista 855 Muerte del emperador Lotario 866 Alfonso III, rey de Castilla 870 Repartición carolingia de Merseen 870-871 El «año terrible» en Inglaterra 871-899 Alfredo, rey de Wesses	850 Fundación de Burgos 852 Formación de guildas en el norte de Europa 864 Edicto de Pitres 869 Las ciudades deben amurallarse Los judíos radanitas Inicio de la formación de los principados territoriales	Biblia de Carlos el Calvo 858 Fundación de Vézelay Salterio de Utrecht 871 Monasterio St. Géraud d'Aurilac 873 Westwerk de Corvey

MUNDOS MEDITERRÁNEOS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	775 Muerte del califa al-Mansúr 783 Paz greco-árabe 786-809 Hárún, califa 787 Huida de Idriss al Magrib 797 Irene, emperatriz	776 Principado de Tahert en conexión con el Sahara	Mezquita de Córdoba 777 Bautismo de los búlgaros 786 Masacre de los alides 787 Concilio iconodulo de Nicea 790 Rito malikita Traducción de Euclides al árabe
800	800 Los idrisíes en Marruecos Los aglabíes en Túnez 811 Krum, rey de los búlgaros Muerte de Nicéforo 813-833 al-Ma’mün, califa 818-879 Tahiríes y samaníes en Irán 820 Creta reocupada por el Islam	800 Fundación de Fez Desarrollo de las culturas de caña, de arroz y de algodón en Iraq	*Vida* de San Filareto Introducción del *O* indio Traducciones de Aristóteles, Ptolomeo, Arquímedes, etc 818 Rito shafí 820 Obra de al-Jwárzimi
825	830-845 Los aglabíes en Sicilia e Italia 845 Saqueo de Roma por el Islam	830 Bloqueo del trigo egipcio 836 Fundación de Samarra	Apertura de «casas de la sabiduría» Metodio, patriarca 843 Fin de la iconoclasia

	Formación de la Gran Moravia	840 Creación de la guardia mameluca Desarrollo del *iqtá‘*	Viajes de Ibn Kurdadbih
850			
	Los turcos de Transoxania 852-889 Boris I, zar de los búlgaros 862 Riurik en Novgorod 867 Usurpación de Basilio I 868 Los tuluníes en Egipto	Mercaderes «rusos» en Constantinopla Los judíos radanitas 864 Fundación de Kiev 869-878 Revuelta servil de los zendj	855 Muerte de Ibn Hanbal Rito hanbalita «Arte de Samarra» 863 Universidad de la Magnaura *Epanagógé* de Basilio 865 Misiones de Cirilio y Metodio 867 Focio, patriarca

MUNDOS GERMANO-CELTAS

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	875 Carlos el Calvo, emperador 878 Creación del Danelaw en Inglaterra 879 Bosón proclamado rey 881 Derrota vikinga en Saucourt 888 Carlos el Gordo depuesto Los sarracenos en Provenza 898 Primeros raids húngaros en el oeste	877 Capitular de Quierzy 881 La palabra «feudo» 895 Pluralidad de los homenajes	880 Cantilena de Santa Eulalia 882 Muerte de Uincmar 883 Sant Miquel de Cuixà 893 Último políptico (Prüm)
900			
	900 Inicio de las devastaciones húngaras en Alemania Eduardo, rey de Wessex 905 Fundación del reino de Navarra 909 Ducado de Aquitania 911 Ducado de Normandía Muerte del último carolingio del este 923 Usurpación «robertiana»	Inicios de la construcción de motas cástrales Arado de ruedas en el norte del Loira	Utilización del astrolabio 905 Muerte de Remigio de Auxerre Santiago de Compostela, lugar de peregrinación 910 Fundación de Cluny 913-952 Construcción de Minden Poemas de Ekkehard de Saint-Gall
925			

	933 Reino de Arles 936 Otón I, rey de Germania 937 Apogeo de los ataques húngaros	Reagrupamientos poblacionales 929 Acuñación del oro en Hispania Los duques alemanes llevados a la obediencia 941 Última mención de siervo en Francia septentrional	931-964 La «pornocracia» romana 933 Reforma de Gorze 934 San Maximino de Tréveris 942 Reforma del clero anglosajón 946 Catedral de Clermont
950			
	951 Expedición de Otón a Italia 955 Lechfeld y Recknitz 962 Coronación de Otón emperador	Nuevas murallas en Génova 958 Sublevación urbana en Cambrai	Flodoardo Abadía de Gernrode 961 *Libro de los milagros* de Ste. Foy y estatua Conques

	Datos políticos	Hechos económicos y sociales	Expresión cultural
	886-912 León VI, emperador 886 Restablecimiento de la monarquía armenia 893-927 Simeón, zar búlgaro 895 Los húngaros en Panonia	877 Revuelta cármata Las basílicas Libro del Eparca 883 Primera acuñación veneciana 893 Extensión del kommerkion	León el Matemático 879 Mezquita de Ibn Tulün en El Cairo Crónica de Teófanes La «biblioteca» de Focio 891 Muerte de Focio Tablas astronómicas en Irán
900			
	902 Sicilia enteramente musulmana 909 Predicación fátimí en el Magrib 913-959 Constantino Porfirogeneta 917 Los búlgaros amenazan Constantinopla 921 Los fátimíes dueños del Magrib	911 Tratado de comercio ruso-griego Rescate de tierras por los poderosos	900-905 Dispersión de los shiíes 922 Inicios del sufismo 923 Muerte de Rhazes
925			
	929 Proclamación del califato de Córdoba Incursiones fátimíes hacia Egipto 941 Igor de Kiev amenaza Constantinopla	Redacción de los Taktika administrativos 934 Edicto de protección de la pequeña propiedad	*Libro de los themas* *Libro de las ceremonias* *Libro de la administración* 935 Muerte de Ashari, codificador

	945 Los büyíes en Bagdad	944 Los amalfitanos en Constantinopla	sunita
950			
	961-964 Los griegos retoman Creta y Chipre 969 Los fátimíes en Egipto	969 Fundación de El Cairo	950 Muerte de Al-Farabí Terminación de la mezquita de Córdoba 962 El Gran Lavra del Athos

Bibliografía

Esta lista de títulos, en general bastante recientes, no tiene otra pretensión que la de ayudar al lector a satisfacer la curiosidad despertada por el carácter necesariamente condensado de la obra. Por razones comprensibles, la proporción de libros escritos en francés es muy amplia.

EL OCCIDENTE «BÁRBARO»

PRESENTACIÓN DE CONJUNTO DE PROBLEMAS Y ESTUDIOS GLOBALES POR REGIONES Y PERÍODOS

1.º Manuales

En la colección Hachette-Université:

Balard, M., J. P. Genêt y M. Rouche, *Des Barbares à la Renaissance,* 1973.

En la colección «U» (A. Colin):

Chelini, J., *Histoire religieuse de l'Occident médiéval,* 1968.

Fossier, R., *Histoire sociale de l'Occident médiéval,* 1970.

Fournier, G., *L'Occident de la fin du* V*e* *à la fin du* IX*e* *s.,* 1970.

Fourquin, G., *Histoire économique de l'Occident médiéval,* 1969.

En la colección «Nouvelle Clio» (P. U. F.):

Doehaerd, R., *Le haut Moyen Âge occidental, économies et sociétés*, 1971; hay trad. cast.: *Occidente durante la Alta Edad Media*, Labor, Nueva Clío, Barcelona, 1974.

Musset, L., *Les invasions,* 1969[2], 2 vols.; hay trad. cast.: *Las invasiones*, Labor, Barcelona, Nueva Clío, 1982[3].

En la colección «Glotz; Histoire générale du Moyen Âge»:

Lot, F., C. Pfister y F. L. Ganshof, *Les destinées de l'Empire en Occident de 395 à 888,* 1940.

Véase también:

Dhondt, Jan, *La Alta Edad Media* (trad. cast.), Siglo XXI, Madrid, 1983[10].

Falz, R., A. Guillou, L. Musset y J. Sourdel, *De l'Antiquité au monde médiéval*, Paris, 1972.

Lot, F., *La find du monde antique et le début du Moyen Àge*, París. 1968[2].

Riche, P., *Grandes invasions et Empires* (*fin* IV[e]*-début XI*[e]) 1968.

2.º Estudios por grandes fases cronológicas

Las invasiones:

Daniélou, J. y H. I. Marrou, *Nouvelle histoire de L'Église*, 1: *Des origines à Grégoire le Grand,* 1963; hay trad. cast.: *Nueva historia de la Iglesia*, Cristiandad, Madrid, 1964.

Joris, *A., Du V*[e] *au milieu du* VIII[e] *siècle: à la lisiére de deux mondes,* Bruselas, 1978.

Riche, P., *Les invasions barbares* (*Que sais-je?*)*,* 1968[4].

Settimane... di Spoleto, 5: Caratteri del secólo VII *in Occidente*, Espoleto, 1958.

Wolfram, EL, *Geschichte der Goten*, Viena, 1976.

Los carolingios:

Boussard, J., *Charlemagne et son temps* (Univers des connaissances), 1968; hay trad. cast. en Guadarrama, Madrid, 1968.

Fichtenau, EL, *Das karolingische Imperium. Soziale une geistige Problematik eines Grossreiches,* Zurich, 1949.

Karl der Grosse. Lebenswerk und Nachleben, Düsseldorf, 1965-1966, 4 vols.

Perroy, E., *Le monde carolingien,* 1973.

Tessier, G., *Charlemagne,* 1967.

Período postcarolingio:

Boüard, M. de, *Les Vikings,* 1968.

Fasoli, G., «Point de vue sur les incursions hongroises au Xe siècle», en *Cah. de CIV. méd*. (1959).

Haenens, A. d', *Les invasions normandes: une catastrophe?* (Questions d'histoire), 1970.

Mor, CG., *Veux feudale,* Milán, 1952.

Occident et Orient au Xe s. (Actes coll. médiév.), Dijon, 1979.

Sawyer, P. EL, *The Age of the Vikings,* Londres, 1962.

Steensthrupp, J., *Les invasions normandes en France,* 1969.

Zimmermann, EL, *Das Dunklejahrhundert,* Graz, 1971.

Algunos estudios regionales:

a) Galia y Aquitania:

Auzias, L., *L'Aquitaine carolingienne,* Toulouse, 1937.

Fossier, R., *La terre et les hommes en Picardie jusqu'à la fin du XIIIe*, Paris-Lovaina, 1968.

Fournier, G., *Le peuplement rural en Basse-Auvergne*, 1962.

—, *Les Mérovingiens* (Que sais-je?), 1969[2].

Perrin, O., *Les Burgondes*, Neuchâtel, 1968.

Roblin, M., *Le terroir de París aux époques gallo-romaine et franque*, 1971[2].

Rouche, M., *L'Aquitaine, des Wisigoths aux Arabes, 418-781*, 1979.

Salin, E., *La civilisation mérovingienne*, 1950-1960, 4 vols.

Tessier, G., *Le baptême de Clovis*, 1964.

b) Zona germánica y escandinava:

Cuvillier, J. P., *L'Allemagne médiévale: naissance d'un Etat*, 1979.

Faider-Feytmans, G., *La Belgique à l'époque mérovingienne*, Bruselas, 1964.

Ganshof, F. L., *La Belgique carolingienne*, Bruselas, 1958.

Holtzmann, R., *Geschichte der sachsischen Kaiserzeit*, Munich, 1955[3].

Musset, L., *Les peuples scandinaves au Moyen Age*, 1951.

Perrin, C. E., *L'Allemagne et L'Italie de 843 à 962*, C. D. U., 1953.

c) Anglosajones:

Hadrill, J. M. Wallace, *English Kingship and the Continent*, Oxford, 1971.

Hodgkin, R. K., *A History of the Anglo-Saxons*, Londres, 1952[3], 2 vols.

Levison, W., *England and the Continent in the eighth Century*, Oxford, 1956.

The Oxford History of England, Oxford, 1957-1962.

Stenton, F., *Anglo-Saxon England*, Oxford, 1947[2].

Whitelock, D. H., *The Beginnings of English Society*, Londres, 1956.

Wilson, D., *The Anglo-Saxons*, Londres, 1971.

d) Penínsulas mediterráneas:

Abadal y de Vinyals, R. d', *Del reino de Tolosa al reino de Toledo*, Madrid, 1960.

Berolini, O., *Roma di fronte a Bizancio e al Longobardi*, Bolonia (t. IV, *Storia di Roma)*, 1941.

Cuento, N., *Italia meridionale longobarda*, Milán, 1966.

Menéndez-Pidal, R., *Historia de España*, Madrid, vols. I II-V, 1947-1957.

Orlandis, J., *Historia social y económica de la España visigoda*, Madrid, 1975.

Pérez de Urbel, J., *España cristiana, 711-1038*, Madrid, 1956.

Thompson, E. A., *The Goths in Spain*, Oxford, 1969; hay trad, cast.: *Los godos en España*, Alianza, Madrid, 1979[2].

Valdeavellano, L. de, *Historia de España*, Madrid, 1968.

CUESTIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES

1.º Presentación global

Bloch, M., «Les invasions: deux structures économiques», en *Ann. d'hist. sec*. (1945).

Boutruche, R., *Seigneurie et féodalité: le premier âge des liens d'homme à homme*, 1968[2]; hay trad. cast.: *Señorío y feudalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979-1980, 2 vols.

Daumas, M., *Histoire générale des techniques*, Paris, vol. 1, 1962.

Ganshof, F. L., *Qu'est-ce que la féodalité?*, 1962[6]; hay trad. cast.: *El feudalismo*, Ariel, Barcelona, 1982[7].

Latouche, R., *Les origines de l'économie occidentale, IV-IX[e] s.*, 1970[2]; hay trad. cast. en UTEHA, México, 1957.

Lelong, C, *La vie quotidienne en Gaule à l'époque mérovingienne*, 1963,

Magnou-Nortier, E., *Foi et fidélité: recherches sur l'évolution des liens personnels chez les Francs du VII[e] au IX[e] siècle,* Toulouse, 1976.

Riche, P., *La vie quotidienne dans L'Empire carolingien*, 1978.

Singer, C, *A History of Technology*, Oxford, vol. 2, 1956.

Tellenbach, G., *Vom karolingischen Reichsadel zum deutschen Reichsfürstenstand*, Berlin, 1943.

Verlinden, C, *L'esclavage dans L'Europe médiévale I: Péninsule ibérique—France*, Brujas, 1955.

2.º La tierra

Chapelot, J. y R. Fossier, *Le village et la maison au Moyen Âge*, 1980.

Duby, G., *L'économie rurale et la vie des campagnes en Occident...*, 1962, 2 vols.; hay trad. cast.: *Economía rural y vida campesina en el Occidente mediéval*, Península, Barcelona, 1968.

Ganshof, F. L., *Manorial Organisation in the Low-Countries in the 7th, 8th, 9th Centuries* (Trans. of the Roy. Soc), Londres, 1949.

Lesne, E., *Histoire de la propriété ecclésiastique en France*, Lille, 1910-1943, 8 vols.

Médiéval Seulement, Londres, 1976.

Rouche, M., «La faim à l'époque carolingienne: essai sur quelques types de rations alimentares», *Rev. hist*. (1973), pp. 259-320.

Settimane... di Spoleto, Agricoltura e mundo rurale in Occidente..., Espoleto, 1966.

3.º La ciudad y el comercio

Ennen, E., *Frühgeschichte des europäischen Stadt,* Bonn, 1953.

Ganshof, F. L., *Etude sur le développement des villes entre Loire et Rhin,* 1943.

Grierson, P., «Carolingian Europe and the archaeology: the myth of the Mancus», en *Rev. belge de philol. et d'hist.*, (1954).

Lewis, A. R., *Naval Power and Trade in the Mediterranean, AD 500-1000,* Princeton, 1958.

Lewis, A. D., *The Northern Seashipping and Commerce in Northern Europe, AD 300-1000,* Princeton, 1958.

Lombard, M., «L'or musulmán du VIP au XI[e] s.», en *Anuales d'hist. soc*. (1947).

López, R. S., *East and West in the early Middle Ages Economic Relations,* Florencia, 1955 (Roma).

Pirenne, EL, *Mahomet et Charlemagne,* 197 0[2]; hay trad, cast.: *Mahoma y Carlomagno,* Alianza, Madrid, 1981[3].

Settimane... di Spoleto. Città nell'alto medioevo, Espoleto, 1959. *Moneta e scambi nell'alto medioevo,* Espoleto, 1961.

EXPRESIÓN CULTURAL DE OCCIDENTE

1.º Las formaciones políticas

Bonnaud-Delamare, R., *L'idée de paix à L'époque carolingienne,* 1939.

Dhondt, J., *Etude sur la naissance des principautés territoriales en France,* Brujas, 1943.

Ewig, E., «Résidence et capitale pendant le haut Moyen Âge», en *Rev. hist*. (1963).

Folz, R., *La naissance du Saint Empire,* 1967.

—, *Le couronnement impérial de Charlemagne*, 1964.

—, *L'idée D'Empire en Occident*, 1953.

Ganshof, F. L., *Recherches sur les capitulaires*, 1958.

—, *The Carolingians and the Prankish Monarchy*, Londres, 1971.

—, *The Prankish Institutions under Charlemagne*, Providence, 1968.

Halphen, L., *Charlemagne et l'Empire carolingien*, 1968[2]; hay trad. cast, en UTEHA, México, 1956.

—, «L'idée D'État sous les Carolingiens», en *Rev. hist*. (1939).

Mitteis, EL, *Der Staat des hohen Mittelalters*, Weimar, 1955.

Teilenbach, G., *Die Entstehung des deutschen Reiches*, 1946[3].

Ulimann, W., *The Carolingian Renaissance and the Idea of Kingship*, Londres, 1969.

2.º Las formas intelectuales y artísticas

Heitz, C,*L'architecture religieuse*, París, 1980

Hubert, J., *L'art préroman*, 1939.

Hubert, J., J. Porcher y V. Volbach, *L'Empire carolingien* (l'Univers des formes), 1968; hay trad. cast.: *El Imperio Carolingio*, Aguilar, Madrid, 1968.

—, *L'Europe des invasions*, (l'Univers des formes), 1967.

Laistner, M,. *Thought and Letters in Western Europe, AD 500-900*, Londres, 1957[2].

Riche, P., *De l'éducation antique à L'éducation chevaleresque* (Questions d'histoire), 1968.

—, *Écoles et enseignement dans le haut Moyen Âge*, Paris, 1979.

Rouche, M., *L'éducation en France*, vol. 1, Paris, 1981.

Verlinden, C, *Les origines de la frontiére linguistique en Belgique et la civilisation franque*, Bruselas, 1955.

Wolff, P., *Les origines linguistiques de l'Europe occidentale*, 1971.

—, *L'éveil intellectuel de l'Europe*, 1971.

Zumthor, P., *Histoire littéraire de la France médiévale (VI-XIV)*, 1954.

EL ORIENTE BIZANTINO

PRESENTACIÓN DE CONJUNTO DE PROBLEMAS Y ESTUDIOS GLOBALES POR PERÍODOS

1.º Manuales

Bréhier, L., *Le monde byzantin*, 1969-1970[2], 3 vols.; hay trad. cast. en UTEHA, México, 1956.

Cambridge Medieval History, vol. IV: *The Byzantine Empire*, Cambridge, 1967-1968, 2 vols.

Ducellier, A., *Le drame de Byzance: idéal et échec d'une société chrétienne*, 1976.

—, *Les Byzantins* (Le temps qui court), 1970[2].

—, M. Kaplan y B. Martin, *Le Proche-Orient médiéval* (Hachette-Univ.), 1978.

Guillou, P., *La civilisation byzantine (Les grandes civilisations)*, 1975.

Lemerle, P., *Histoire de Byzance* (Que sais-je?), 1956[3].

Ostrogorsky, G., *Histoire de l'Etat byzantin*, 1976[2]; hay trad. cast.: *Historia del Estado bizantino*, Akal, Madrid, 1983.

2.º Fases y regiones

a) Períodos cronológicos:

Jenkins, R. H., *Byzantium, the Imperial Centuries, AD 610-1071*, Nueva York, 1969.

Jones, A. H. M., *The later Román Empire (284-602)*, Oxford, 1964.

Rubin, B., *Dos Zeitalter Justinian*, Berlín, 1960.

Stein, E., *Histoire du Bas-Empire (284-565),* 1959, 2 vols.

Stratos, A. N., *Byzantium in the Seventh Century, 602-634,* La Haya, 1968.

Vasiliev, A. A., *Justin the First: an introduction to the epoch of Justinian,* Cambridge (Mass.), 1956.

b) El Oeste y el Centro:

Dvornik, F., *Les Slaves* (trad. fr.), 1970.

Gordon, CD., *Byzantium and the Barbarians,* 1972.

Guillou, A., *Régionalisme et indépendance dans l'Empire byzantin: l'exemple de* L*'exarchat et de la Pentapóle d'Italie,* Roma, 1969.

Lemerle, P., «Invasions et migrations dans les Balkans depuis la fin de l'époque romaine jusqu'au VIIIe siècle», en *Rev. hist*. (1954).

Portal, R., *Les Slaves: peuples et nations (VII-XX s.)* (Coll. Destins du monde), 1965.

Runciman, S., *A History of the first Bulgarian Empire,* Londres, 1930.

c) El Este:

Ahrweiler, H., «L'Asie Mineure et les invasions arabes», en *Rev. hist*. (1962).

Bratianu, *G., La mer Noire des origines à la conquéte ottomane,* Munich, 1969.

Byzantine Dumbarton Oaks Papers, 1970, 1972 (relations avec la Perse).

Cahen, C, «La premiére pénétration turque en Asie Mineure», en *Byzantion* (1948).

Honignan, E., *Die Ostgrenze des Byzantinisches Reiches von 363 bis 1071,* Bruselas, 1971.

Obolensky, D., *The Byzantine Commonwealth,* Londres, 1971.

Pigoulevskaya, N., Bizancio e Irán entre los siglos VI y VII, Moscú, 1946 (en ruso).

3.º El emperador y la Iglesia

a) El basileus y sus poderes:

Ahrweiler, H., *Etudes sur les structures administratives et sociales de Byzance* (Variorum Reprints), 1971.

—, *L'idéologie de l'Empire byzantin,* 1976.

—, «Recherches sur l'administration de l'Empire byzantin aus IX^e^ et X^e^ siècles» en *Bull, corres, hell.* (1960).

Cameron, A., *Circus factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium,* Oxford, 1976.

—, *Continuity and Changes in sixth Century Byzantium* (Variorum Reprints), 1981.

Grabar, A., *L'empereur dans Tart byzantin,* 1971[2].

Oikonomidès, N., *Les listes de préséance byzantines des LX^e^ et X siècles,* 1972.

Svoronos, N., *Etudes sur l'organisation intérieure, la société et l'économie de l'Empire byzantin* (Variorum Reprints), 1974.

b) Algunos problemas religiosos:

Alexander, P. J., *The Patriarch Nicephorus of Constantinople. Ecclesiastical Policy and image worship in the byzantine Empire,* Oxford, 1958.

Barnard, L. W., *The Graeco-Roman and Oriental Background of the iconoclasmic Controversy,* Leiden, 1974.

Brown, P., «The Rise and Functions of the Holy Man in Late Antiquity», en *Journ. Rom. Stud*. (1971).

Bryer, A. y J. Herrin, *Iconoclasm*, Birmingham, 1977.

Dagron, G., «Les moines et la ville: le monachisme à Constantinople jusqu'au concile de Chalcédoine (451)», en *Centre de rech, d'hist, et de CIV. byz*. (1970).

Dvornik, F., *The Idea of Apostolicity in the Byzantium and the Legend of Apostle Andrew*, Harvard, 1958.

Grabar, A., *L'lconoclasme. Dossier archéologique*, 1957.

Honigman, E., *Le couvent de Barsauma et le patriarcat Jacobite d'Antioche et de Syrie*, Lovaina, 1954.

Karlin-Hayter, P., «Le synode à Constantinople de 886 à 912 et le role de Nicolás le Mystique…» en *Jahrbuch Osten. Byzanti*. (1970).

Lemerle, P., «L'histoire des Pauliciens d'Asie Mineure d'aprés les sources grecques», en *Centre de rech, d'hist. et de CIV. byz*. (1973).

Maspero, G., *Histoire des patriarches d'Alexandrie depuis la mort de L'empereur Anastase jusqu'à la réconciliation des Eglises jacobites (518-616)*, 1923.

CUESTIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES

1.º Problemas de sociedad

Charanis, P., *Studies on the Demography of the Byzantine Empire* (Variorum Reprints), 1972.

Le féodalisme à Byzance. Problémes du mode de production dans l'Empire byzantin (Rech. intern, à la lumiére du marx.), 1974.

Jacoby, D., *Société et démographie à Byzance et en Romanie latine* (Variorum Reprints), 1975.

Morris, R., «The Powerful and the Poor in tenth-century Byzantium: law and reality», en *Past and Present* (1976).

Ostrogorsky, G., «Observations on the Aristocraty in Byzantium», en *Dumbarton Oaks Papers* (1971).

Patlagean, E., *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, IV-VII s.*, 1977'.

—, *Structures sociales, famille, chrétienté à Byzance, IV-XI s.* (Variorum Reprints), 1981. Starr, J., *The Jews in the Byzantine Empire (641-1204),* Atenas, 1939.

2.º Ciudad y campo

Ahrweiler, H., *Byzance et la mer...*, 1966.

—, *Byzance: les pays et les territoires* (Variorum Reprints), 1976.

Antonianis-Bibicou, H., *Recherches sur les douanes à Byzance*, 1963.

Beck, H. G., *Ideen und Realitäten im Byzanz*, Bonn, 1972.

—, *Studien zur Frühgeschichte Konstantinopels,* Munich, 1973.

Boulnois, L., *La route de la soie*, 1963.

Dagron, G., *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451,* 1974.

Eickhoff, E., *Seekrieg und Seepolitik zwischen Islam und Abendland,* Berlin, 1966[2].

Grierson, P., «Coinage and Money in the Byzantine Empire, 498-1090», en *Settimane…*, Espoleto (1961).

Janih, R., *Constantinople byzantine,* 1964[2].

Kirstep, E., «Die byzantinische Stadt», en *Berichten z. XI intern. Byz. Kongress* (1958).

Lemerle, P., «Esquisse pour une histoire agraire de Byzance», en *Rev. hist*. (1958).

Lewis, A. R., *Naval Power and Trade in Mediterranean, AD 500-1000,* Princeton, 1951.

López, R. S., *Byzantium and the World around its economic and institutional relations* (Variorum Reprints), 1978.

Morrisson, C, «La dévaluation de la monnaie byzantine au XIe siècle: une réinterprétation», en *Centre de rech. d'hist. et de CIV. byz*. (1976).

Svoronos, N., «Sur quelques formes de la vie rurale à Byzance», en *Annales E. S. C*. (1956). Tchalenko, G., *Les villages de Syrie du nord...*, 1953-1958, 3 vols.

Teall, J. L., «The grain supply of the Byzantine Empire, 330-1052», en *Dumbarton Oaks Papers* (1959).

EXPRESIÓN CULTURAL

Byzantine Books and Bookmen, Dumbarton Oaks Papers (1975).

Dagron, G., «Aux origines de la civilisation byzantine: langue de culture el langue d'État», en *Rev. hist*. (1969).

Delvoye, G., *L'art byzantin*, 1967.

Grabar, A., *L'âge d'or de Justinien* (l'Univers des formes), 1966, 2 vols.

—, *La peinture byzantine*, Ginebra, 1953.

Lemerle, P., *Le premier humanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignement et culture à Byzance des origines au X siècle*, 1971.

—, *Le style byzantin*, 1943.

Peeters, P., *Le tréfonds oriental de l'hagiographie byzantine*, Bruselas, 1950.

EL MUNDO MUSULMÁN

PRESENTACIÓN GENERAL DEL ISLAM

1.º Estudios de conjunto

Cahen, C., *L'Islam des origines à L'empire ottoman* (Coll. Lischer), 1970; hay trad, cast.: *El Islam. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio Otomano*, Siglo XXI, Madrid, 1984[7].

Cambridge History of Islam, vols. 1 y 2, Cambridge, 1970.

Ducellier, A., M. Kaplan y B. Martin, *Le Proche-Orient médiéval* (Hachette-Université), 1978.

Elisseeff, N., *L'Orient musulmán au Moyen Âge* (Coll. «U», A. Colin), 1977.

Encyclopédie de l'Islam, 2.ª éd., a partir de 1960.

Grunebaum, G. E. von, *L'Islam médiéval* (trad, fr.), 1962.

Hitti, P. K., *History of the Arabs*, Londres, 1956[6].

Hodgson, M. G. S., *The Venture of Islam. Conscience and History in a World civilization*, Chicago, 1974, 3 vols.

Lewis, B., *Les Arabes dans l'Histoire*, Neuchâtel (trad, fr.), 1958 (hay trad. cast, en Espasa-Calpe, Madrid, 1956).

Mantran, R., *L'expansion musulmane, VII^e^-IX^e^ s.* (Nouvelle Clio), 1969; hay trad, cast.: *La expansión musulmana*, Labor, Nueva Clío, Barcelona, 1973.

Miquel, A., *L'Islam et sa civilisation* (Destins du monde), 1968.

Sauvaget, J. y C. Cahen, *Introduction à l'histoire de l'Orient musulmán*, 1961[2].

Sourdel, D., *Histoire des Arabes* (Que sais-je?), 1976; hay trad, cast.: *El Islam*, Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1973.

Sourdel, D. y J., *La civilisation de l'Islam classique* (Grandes civilisations), 1968; hay trad, cast.: *La civilización del Islam clásico* (Las grandes civilizaciones), Juventud, Barcelona, 1981.

2.º Algunos puntos de vista particulares

Cahen, C, «Points de vue sur la révolution abbasside», en *Rev. hist*. (1963).

—, *Les peuples musulmans dans l'histoire médiévale*, Damasco, 1977.

Lombard, M., *L'Islam dans la premiére grandeur,* VIII'-*XI' s.*, 1971.

Shaban, M. A., *Islamic History AD 600-750: a new interpretation,* Cambridge, 1971; hay trad, cast.: *Historia del Islam,* Labor, Barcelona, 1976, 1979, 2 vols.

—, *The Abbassid Révolution,* Cambridge, 1970.

Wellhausen, J., *Das Arabische Reich und seine Sturtz,* Berlin, 1960[2].

PROBLEMAS REGIONALES Y ADMINISTRACIÓN

1.º. El Este

Cambridge History of Irán, t. III et IV, Cambridge, 1975-1976.

Canard, M., *Byzance et les musulmans du Proche-Orient* (Variorum Reprints), 1973.

Christensen, A., *L'Iran sous les Sassanides,* Copenhague, 1936.

Gibb, H. A. R., «The Evolution of Government in early Islam», en *Studia Islamica* (1955).

Grousset, R., *L'empire des steppes,* 1969[2].

Sourdel, D., «La politique religieuse du calife abbasside al-Mamoun», en *Rev. des étud. isl.* (1962).

—, *Le vizirat à l'époque abbasside,* Damasco, 1950-1960, 2 vols.

Werner, E. y W. Markov, *Gerchichte der Tiirken von den Anfdngen bis zur Gegenwart,* Berlín, 1978.

2.° El Oeste

Brignon, J., A. Amine y B. Boutaleb, *Histoire du Maroc,* Casablanca, 1967.

Djait, H., Dachraoni y M. Talbi, *Histoire de la Tunisie,* vol. II, Túnez, s. f.

Julien, C. A., *Histoire de l'Afrique du Nord*, 1968[2].

Lévi-Provençal, E., *Histoire de L'Espagne musulmane*, 1960-1967, 3 vols, (hay trad. cast. en Espasa-Calpe, Madrid, 1965 y 1967).

Marcáis, G., *La Berbérie musulmane et l'Orient*, 1948.

Talbi, M., *L'émirat aghlabide, 800-909*, 1966.

LA FE

Blachére, R., *Le Coran* (Que sais-je?), 1967.

Corbin, H., *Histoire de la philosophie islamique*, vol. 1, 1964.

Ducellier, A., *Le miroir de l'Islam: musulmans et chrétiens D'Orient au Moyen Âge, VII-XI[1] s.* (Archives), 1971.

Fattal, A., *Le statut légal des non-musulmans en pays d'Islam*, Beirut, 1958.

Gaudefroy-Demombynes, *Mahomet*, 1968[2].

Glick, T. F., *Islamic and Christian Spain in the early Middle Âges*., Princeton, 1979.

Goldziher, L, *Le dogme et la loi de l'Islam*, 1920 (trad. fr.).

Laoust, H., *Les schismes de l'Islam. Introduction à l'étude de la religión musulmane*, 1965.

Mones, H., «Le role des hommes de religión dans l'histoire de l'Espagne musulmane jusqu'à la fin du califat», en *Studia Islámica* (1964).

Rodinson, M., *Mahomet*, 1968[2].

ECONOMÍAS, SOCIEDADES, CULTURAS

1.º La economía en general y las clases sociales

Cahen, C, «Fiscalité, propriété et antagonismes sociaux au temps des premiers Abbassides», en *Arábica* (1954).

—, «L'histoire économique et sociale de l'Orient musulmán médiéval», en *Studia Islámica* (1955).

—, «L'évolution sociale du monde musulmán face à celle du monde chrétien jusqu'au XII[e] s.», en *Cah. de* CIV. *méd.* (1958, 1959).

Chalmeta, P., «Concesiones territoriales en al-Andalus…», en *Cuadernos de Historia* (1975).

—, *El señor del zoco en España,* Madrid, 1973.

Guichard, P., *Structures sociales «orientales» et «occidentales» dans l'Espagne musulmane,* 1977.

Rosenberg, B., «L'histoire économique du Maghreb», en *Geschichte der islamischen Lander,* 1977.

Tyan, L., *Institutions de droit public musulmán,* 1954-1956, 2 vols.

Vanacker, C, «Géographie économique de l'Afrique du nord selon les auteurs arabes (IX-XI s.)», en *Annales, E. S. C.* (1973).

2.º El mundo de la ciudad y el comercio

Balaguer-Prunes, A. M., *Las emisiones transicionales árabe-musulmanas de Hispania,* Barcelona, 1976.

Barceló, M., «El hiato en las acuñaciones de oro en al-Andalus», en *Moneda y crédito* (1975).

Cahen, C, «Mouvements populaires et autonomies urbaines dans l'Asie musulmane du Moyen Âge», en *Arábica* (1969).

Dennett, D. C., *Conversión and the Poll-Tax in the early Islam,* Cambridge, 1950.

Dévisse, J., «Routes de commerce et échanges en Afrique occidentale en relations avec la Méditerranée», en *Rev. d'hist. éc. et soc.* (1972).

Gardet, L-, *La cité musulmane: vie sociale et politique,* 1961[2].

Grierson, P., «The monetary reform of Abd al-Malik», en *Journ. of econ. and soc. Hist. oflsl.* (1960).

Heyd, W., *Histoire du commerce du Levant au Moyen Âge*, 1967[2].

Hourani, A. y S. M. Stem, *The Islamic City*, Oxford, 1970.

Teres, E., «Le développement de la civilisation arabe à Tolède», en *Cahiers de Tunisie* (1970).

Véase también:

Creswell, K. A. C., *Early Muslim Architecture*, Oxford, 1932-1940, 2 vols. Ottodorn, K., *L'art de l'Islam*, 1967.



ROBERT FOSSIER (Le Vésinet, Francia, 1927 - Meudon, Francia, 2012). Fue un historiador francés dedicado a la Edad Media. Fue uno de los medievalistas más importante del siglo XX, muy influido por la Escuela de los Annales, pero sin alcanzar tanta fama como Georges Duby y Jacques Le Goff. Amplió el conocimiento de la Edad Media en los campos de la historia social y económica.

Fue uno de los difusores de la teoría del incastellamento junto con Pierre Toubert. Contribuyó a desmitificar muchos conceptos que se tenían sobre la Edad Media. En una de sus entrevistas declaró «estoy convencido de que los hombres de la Edad Media somos nosotros».

Notas

[*] La transcripción de los términos árabes de este capítulo ha sido realizada por Julio Samsó, catedrático de árabe de la Universidad de Barcelona. <<

[*] La transcripción de los términos árabes de este capítulo ha sido realizada por Julio Samsó, catedrático de árabe de la Universidad de Barcelona. <<

ÍNDICE